

DOUGLAS  
PRESTON

LINCOLN  
CHILD



# NATURALEZA MUERTA



**L≡LIBROS**

Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Medicine Creek es un pueblo perdido de Kansas, un pueblo tranquilo, donde todo el mundo se conoce y donde nunca ocurre nada... hasta que se produce un asesinato. En medio de un campo de maíz se descubre el cadáver mutilado de una mujer rodeada por un círculo de flechas indias, cada una con un cuervo atravesado en su punta. Y esto es solo el principio.

El asesino está entre ellos y nadie volverá a dormir tranquilo. Justo en este momento llega el enigmático inspector Pendergast. Nadie sabe quién le ha avisado pero será el único capaz de descifrar el misterio de los espeluznantes asesinatos, un misterio que le llevará a un pasado oscuro y torturado...

**L**≡**LIBROS**

Douglas Preston & Lincoln Child

**Naturaleza muerta**  
**Agente Pendergast 04**

*Lincoln Child dedica este libro a su hija Verónica.*

*Douglas Preston lo dedica a Mario Spezi.*

## Uno

Medicine Creek, Kansas. Principios de agosto. Atardecer.

El gran mar de maíz amarillo se extiende de uno a otro horizonte bajo un cielo amenazador. Cuando sopla el viento, el maíz cruje y susurra como si tuviera vida propia; y, cuando el viento amaina, el maíz calla. La ola de calor ya ha entrado en su tercera semana. El aire flota encima del maíz como en cortinas temblorosas.

Hay una carretera que atraviesa los maizales de norte a sur, y otra de este a oeste. El pueblo se sitúa en el cruce de ambas. Es un cúmulo de casas tristes y grises que poco a poco se van espaciando a lo largo de las dos carreteras hasta que desaparecen por completo. Un arroyo perezoso con árboles escuálidos en sus orillas llega del noroeste, traza un meandro alrededor del pueblo y desaparece al sudeste. Es lo único curvo en un paisaje de líneas rectas. Al noroeste se eleva un grupo de colinas rodeadas de árboles.

Al sur del pueblo hay un matadero gigante, perdido en los maizales y con los flancos de metal erosionados por años de tormentas de polvo. Las caprichosas rachas de aire recogen de la planta un leve olor a sangre y fumigante y lo transportan en vaharadas hacia el sur. Más lejos, se ven despuntar en el horizonte tres gigantescos silos, como los mástiles de un gran velero extraviado en alta mar.

La temperatura se acerca a los treinta y ocho grados. Lejos, al norte, el horizonte chispea en silencio con relámpagos de calor. La altura de las plantas rebasa los dos metros, gruesas mazorcas se arraciman en sus tallos. Faltan dos semanas para la cosecha.

Cae el crepúsculo. El cielo anaranjado se tinte de rojo. En el pueblo, unas cuantas farolas parpadean y se encienden.

Un coche patrulla, blanco y negro, va por la calle principal en dirección al este, a la gran nada del maíz, clavando sus faros en la oscuridad. A unos cinco kilómetros, una bandada de buitres aprovecha una corriente térmica para dar lentas vueltas por encima del maíz. Se abaten y vuelven a elevarse en círculos interminables, regulares, inquietantes.

El sheriff Dent Hazen tocó varios botones del salpicadero, lanzando imprecaciones contra el aire tibio que salía por las rejillas. Aplicó el dorso de la mano a una de ellas, pero no enfriaba. La refrigeración se había ido a hacer puñetas definitivamente. Murmurando otro impropio, hizo girar la manecilla y arrojó la colilla al exterior. Fue como abrir la ventanilla de un horno; de golpe el coche se había convertido en un hervidero, con los típicos olores del final de verano en Kansas: tierra y tallos de maíz. Desde ahí se veían los buitres, subiendo y bajando sin descanso sobre la franja agónica de sol que emborronaba el

horizonte. « Anda que no son feos, los pajarracos esos », pensó Hazen, mirando de reojo el Winchester Defender largo que llevaba en el otro asiento. Con un poco de suerte podría acercarse y enviar a dos o tres al otro barrio.

Frenó un poco y contempló la silueta negra de las aves en el cielo. « ¿Se puede saber por qué no se posan? ». Abandonó la carretera por una de las muchas pistas de tierra llenas de baches que surcaban los miles de kilómetros cuadrados de maizales que había alrededor de Medicine Creek, y, mientras conducía, observó el cielo hasta tener los buitres casi encima. En coche no podía acercarse más. A partir de ahí tendría que ir a pie.

Dejó el coche patrulla aparcado, y si encendió las luces fue por costumbre, más que por necesidad. Una vez fuera del coche, miró el muro de maíz acariciándose los pelos de la barbilla con una mano callosa. Las hileras iban en la peor dirección. Meterse allí iba a ser jodido. La idea de cruzar por tantas filas le daba cien patadas. Estuvo a punto de subir al coche, dar marcha atrás y volver al pueblo, pero ya era demasiado tarde. La llamada de aviso estaba registrada. La vieja Wilma Lowry no tenía nada más que hacer que mirar por la ventana e informar de dónde había animales muertos. Suerte que era la última misión del día, y la recompensa a esas horas de más del viernes por la tarde sería un largo y perezoso domingo de pesca en el lago Hamilton...

Encendió otro cigarrillo, tosió y se rascó, mirando las hileras de maíz seco y preguntándose si lo que se había internado por él, y ahora estaba muerto por la hinchazón y la gula, era una vaca. ¿Desde cuándo el sheriff tenía que ocuparse del ganado muerto? Pues desde cuándo iba a ser, desde que se había jubilado el inspector de ganado y no habían nombrado otro; para qué, si cada año había menos granjas familiares, menos ganado y menos gente. Para la mayoría, tener vacas y caballos era una concesión a la nostalgia. El condado se estaba yendo al carajo.

Pensando que ya había remoloneado bastante, suspiró, se ajustó el cinturón, sacó la linterna de la funda, se colgó la escopeta al hombro y se internó por el maizal.

Ya era tarde, pero nada, que no refrescaba. La luz de la linterna parpadeaba en los tallos, que se sucedían como los barrotes de una cárcel infinita. La nariz de Hazen se llenó de olor a tallos secos, aquel olor tan peculiar a podrido que llevaba grabado en lo más hondo. La tierra estaba tan reseca que al pisarla se levantaba polvo. La primavera había sido lluviosa, y el sol de verano, hasta hacía unas semanas, benévolo. Los tallos le pasaban unos treinta centímetros, altura que pocas veces recordaba haber visto. Parecía mentira que la tierra negra se convirtiera tan deprisa en polvo en cuanto dejaba de llover. De niño se había metido corriendo por un campo de maíz para huir de su hermano mayor, y se había perdido. Dos horas. Recordó lo desorientado que se sintió. Entre las filas de maíz olía a cerrado; era un aire caliente, fétido y que producía picores.

Dio una larga calada al cigarrillo y siguió apartando con irritación las pesadas mazorcas. Como el campo era de una empresa de Atlanta (Buswell Agricon), le daba igual estropearlo un poco. Dentro de dos semanas aparecerían en el horizonte las cosechadoras gigantes de Agricon y empezaría a segar el maíz, llenando las tolvas con media docena de chorros de grano. Luego los camiones se llevarían el maíz al grupo de silos enormes que se veían al norte, y de ahí lo repartirían en tren desde Nebraska a Missouri, para ser engullido por reses atontadas y castradas que a su vez serían transformadas en solomillos bien gordos y con vetas, alimento para gilipollas con pasta de Nueva York y Tokio. A menos que se tratara de uno de esos campos de gasohol cuya cosecha no servía como alimento humano ni animal, sino que se quemaba en motores de coche. Qué mundo.

El sheriff se abrió camino sin contemplaciones, fila a fila. Ya se le había congestionado la nariz. Justo después de tirar el cigarrillo, pensó que habría sido conveniente apagarlo. Bah; total, si se quemaban algunos miles de hectáreas de maíz, Buswell Agricon ni se enteraría. Seguro que los ejecutivos nunca habían puesto el pie en un maizal.

Hazen, como casi todos los habitantes de Medicine Creek, procedía de una familia de granjeros que ahora se dedicaban a otra cosa por haber vendido sus tierras a empresas como Buswell Agricon. La población de Medicine Creek llevaba más de medio siglo en declive, y las grandes plantaciones de maíz habían quedado punteadas por granjas abandonadas con ventanas sin cristales, como órbitas muertas mirando el océano vegetal. Hazen era de los pocos que se había quedado, aunque no por amor a Medicine Creek, sino porque le gustaba el uniforme, y que lo respetasen. Le gustaba el pueblo porque lo conocía a fondo, hasta la última persona, el último rincón oscuro y el último secreto inconfesable. No se imaginaba viviendo en otro sitio. Era tan inseparable de Medicine Creek como Medicine Creek lo era de él.

De repente se detuvo y paseó la luz de la linterna por los tallos. El aire polvoriento olía algo más. Era el aroma de la descomposición. Miró hacia arriba. Los buitres volaban muy alto, justo encima de su cabeza. Faltaban menos de cincuenta metros. El aire estaba calmo, y el silencio era total. Desenfundó la pistola y avanzó con más cuidado.

El olor a descomposición flotaba cada vez más dulce entre los tallos. Hazen vio un claro justo delante. Qué raro. El día se había despedido con una llamarada final. Ya era de noche.

Levantó la escopeta y quitó el seguro con el pulgar, antes de cruzar la última fila que lo separaba del claro. Al principio no entendía nada de lo que veía. La comprensión llegó de golpe.

Al chocar con el suelo, la escopeta disparó una carga de balines que casi rozaron la oreja de Hazen, pero el sheriff apenas se dio cuenta.

## Dos

Dos horas después, el sheriff Dent Hazen seguía aproximadamente en el mismo sitio, pero el maizal se había convertido en el inmenso escenario de un crimen. El claro estaba rodeado por lámparas portátiles de vapor de sodio, que lo bañaban todo con su luz blanca y cruda, mientras un generador zumbaba entre el maíz. Los policías del estado habían despejado una vía de acceso, con una zona de estacionamiento donde, sumando coches patrulla, camionetas de los del departamento de pruebas y ambulancias, ya eran varios los vehículos aparcados. Dos fotógrafos iluminaban la noche con sus flashes, y un agente se paseaba en cuclillas por las inmediaciones removiendo el suelo con sus pinzas.

Al mirar a la víctima, Hazen empezó a marearse. Era el primer asesinato de su vida. El último asesinato en Medicine Creek había sido en la época de la Ley Seca, cuando le habían pegado un tiro a Rocker Manning en el río justo en el momento en que estaba comprando una partida de whisky casero. ¿En qué año? ¿El 31? El responsable de los trámites, y de la detención, había sido su padre, pero nada que ver. Aquello era otra cosa. Aquello era una jodida barbaridad.

Dio la espalda al cadáver para observar la vía de acceso, abierta en el maizal para ahorrar medio kilómetro a los policías. Había muchas posibilidades de que por culpa de ella se hubieran perdido pruebas. Hazen se preguntó si era el procedimiento estándar de los policías del estado; suponiendo que hubiera algún procedimiento, porque hasta entonces todo había tenido cierto aire a improvisación, como si los agentes estuvieran tan impresionados por el crimen que decidieran sobre la marcha.

El sheriff Hazen no tenía en gran estima a los policías del estado. ¿Qué eran, en el fondo, sino una pandilla de capullos que iban de duros y siempre tenían las botas como espejos? Pero eso no quitaba que pudiera entender su reacción. Algo así no lo había visto nadie. Encendió otro Camel con la colilla del anterior, y se recordó que en realidad no era su primer asesinato, pues él no pintaba nada. Aunque hubiera encontrado el cadáver, estaba fuera del municipio, y por lo tanto de su jurisdicción. El trabajo correspondía a los policías. ¡Menos mal!

—¿Sheriff Hazen?

El capitán de los policías de Kansas, un hombre altísimo, se acercó haciendo crujir el maíz seco, con las botas negras muy brillantes, la mano tendida y una mueca que pretendía ser una sonrisa. Hazen cogió su mano y la estrechó, molesto por la diferencia de estatura. Era el tercer apretón. Una de dos, o el capitán tenía mala memoria o estaba tan nervioso que se desahogaba así. Probablemente lo segundo.

—El forense ya ha salido de Garden City —dijo—. Debería llegar en diez minutos.

El sheriff Hazen se arrepintió de no haber enviado a Tad. Personalmente,

habría estado encantado de renunciar al fin de semana de pesca con tal de no ver aquello. Por otro lado, pensó que podría haber sido un poco demasiado fuerte para alguien como Tad, que en tantos aspectos todavía era un muchacho.

—Aquí se ve la mano de un artista —dijo el capitán, moviendo la cabeza—. Un artista de los de verdad. ¿Usted cree que saldrá en el *Kansas City Star*?

Hazen no contestó, más que nada porque no se le había ocurrido la idea. Se imaginó su foto en el periódico, y no le gustó. Justo entonces pasó alguien con un fluoroscopio y tropezó con él. ¡Cuánta gente! ¡Joder! Empezaba a haber más personas que en una boda baptista.

Después de llenarse los pulmones de tabaco, hizo el esfuerzo de volver a mirar el cadáver. Le parecía importante fijarse bien antes de que lo recogieran todo y se lo llevarán en bolsas. Se grabó automáticamente en la memoria todos los detalles, a cual más asqueroso.

Casi parecía un decorado de teatro. Alguien había abierto un claro circular en el maíz. Los tallos rotos estaban apilados pulcramente al borde, dejando libre una zona de tierra y farfolla de unos doce metros de diámetro. La terrible irrealidad del momento no impidió que Hazen admirase la precisión geométrica del círculo, ocupado parcialmente por un bosque en miniatura de estacas de entre medio metro y un metro, clavadas en el suelo con el cruel espectáculo de sus puntas señalando el cielo. En el centro exacto del claro había un círculo de cuervos muertos y empalados, pero no en estacas, sino en flechas indias, todas con la punta tallada. Los pájaros eran como mínimo dos docenas, con la mirada inerte y los picos amarillos señalando el interior del círculo.

Y en el centro del círculo había un cadáver de mujer.

En todo caso, al sheriff Hazen le parecía una mujer, aunque le faltaran los labios, la nariz y las orejas.

El cadáver estaba tumbado de espaldas, con la boca tan abierta que parecía una cueva rosada. Le habían arrancado un gran mechón de su pelo teñido de rubio, y desgarrado la ropa con esmero en infinidad de tiras paralelas. No había concesiones al desorden. Se apreciaba algo raro en la relación entre la cabeza y los hombros, que Hazen atribuyó a que tenía el cuello roto, pero no había morados que hicieran sospechar un estrangulamiento. Si el cuello estaba roto, era por efecto de un giro brusco.

Llegó a la conclusión de que el asesinato se había producido en otro sitio. El suelo presentaba marcas que morían poco antes del borde del claro, señal de que el cadáver había sido arrastrado. Al prolongar la línea mentalmente, vio un hueco en las hileras de maíz, debido a la rotura de un tallo. Los policías no lo habían visto. De hecho estaban borrando algunas marcas con sus movimientos. Cuando estaba a punto de decírselo al capitán, se lo pensó mejor. ¡Qué ocurrencia! ¡Si el responsable del caso no era él! En el momento en que, como suele decirse, la mierda llegara al ventilador, este estaría soplando hacia otra persona; en cambio,

solo con que abriera la boca el viento se le pondría de cara. Como se le ocurriera decir « Capitán, ha destruido usted pruebas» , dentro de dos meses lo obligarían a repetirlo en los tribunales delante del capullo que se ocupara de la defensa. Sí, todas sus palabras serían reproducidas en el juicio del loco que hubiera cometido el crimen. Porque a la larga seguro que habría un juicio. No se podía estar tan mal de la cabeza y quedar impune.

Volvió a llenarse de humo los pulmones. Punto en boca. Que se equivoquen ellos. No es tu caso.

Soltó la colilla y la aplastó con el pie. Estaba llegando otro coche a velocidad prudencial, con la luz de los faros brincando por el maíz a causa de los baches. El conductor frenó en el aparcamiento improvisado y bajó. Era un hombre vestido de blanco con una maleta negra. McHyde, el forense.

El sheriff Hazen vio que esquivaba los grumos de tierra seca para no mancharse los zapatos. McHyde intercambió unas palabras con el capitán y se acercó al cadáver para examinarlo desde varios ángulos. A continuación se puso de rodillas y, con gran cuidado, ató bolsas en las manos y los pies de la víctima. La siguiente operación consistió en abrir la maleta negra y sacar un instrumento, cuyo nombre acudió a la memoria del sheriff Hazen: sonda anal. El forense estaba haciendo algo en las partes íntimas del cadáver: tomarle la temperatura. ¡Pues vaya trabajito!

El sheriff Hazen miró el cielo negro, pero ya hacía tiempo que los buitres habían desaparecido. Al menos había alguien que sabía marcharse en el momento oportuno.

El forense y los sanitarios empezaron a envolver el cadáver para su traslado, mientras un policía desclavaba las flechas de los cuervos, les ponía etiquetas y las guardaba en recipientes refrigerados. En ese momento, el sheriff Hazen tuvo ganas de mear. Claro, tanto café... No, era algo más: empezaba a subirle algo ácido por el estómago. Esperaba que no fuera la úlcera de marras, porque no tenía ningunas ganas de echar las papas en presencia de toda aquella fauna.

Miró alrededor, y cuando estuvo seguro de que no lo miraban se internó en la oscuridad del maíz. Recorrió la primera hilera respirando hondo, con la idea de alejarse bastante para que no encontraran su orina y la registrasen como prueba. Claro que para eso no hacía falta apartarse demasiado, porque la curiosidad de aquellos policías no parecía ir más allá de los límites estrictos del lugar del crimen...

Se quedó un paso más allá del círculo de luces. Sepultado en el mar de maíz. Tenía la impresión de estar muy lejos de todo: del murmullo de voces, del zumbido lejano del generador y de la insólita violencia del lugar del crimen. Soplaban un poquito de brisa, un leve movimiento en el bochorno que sin embargo bastó para despertar un susurro en el maizal. Tras una pausa de un minuto para respirar, se bajó la cremallera, gruñó y orinó ruidosamente en el suelo seco.

Después de una fuerte sacudida que hizo tintinear su pistola, sus esposas, su porra y sus llaves, volvió a meterlo todo en su sitio y lo alisó.

Al dar media vuelta, vio que el resplandor indirecto de las lámparas iluminaba algo, y enfocó la linterna hacia las filas de tallos. Estaba en la siguiente. Se fijó. Un trozo de tela, prendido en la parte superior de una farfolla seca. Parecía ser la misma tela que la de la ropa de la víctima. Iluminó más tallos, pero no vio nada más.

Se levantó. ¡Y dale! No era su caso. Quizá se decidiera a comentarlo; si no, dejaría que lo encontraran los policías por sí mismos (suponiendo que tuviera alguna importancia, que ya era mucho suponer).

Cuando apartó el maíz para salir al claro, vio que el capitán iba a su encuentro.

—Lo estaba buscando, sheriff Hazen. —Llevaba un GPS en una mano y un mapa topográfico en la otra. Su expresión ya no tenía nada que ver con la de antes—. Felicidades.

—¿Qué pasa? —preguntó Hazen.

El capitán señaló el GPS.

—Según esta lectura, estamos en el municipio de Medicine Creek, exactamente a cuatro metros del límite municipal; es decir, sheriff Hazen, que el caso es suyo. Como es lógico, lo ayudaremos en todo lo que quiera, pero el responsable es usted. Por lo tanto, permítame ser el primero que lo felicite.

Le tendió la mano, radiante.

El sheriff Dent Hazen no se la estrechó. Volvió a sacar el paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa, lo sacudió y se encendió uno en la boca. Solo habló después de inhalar, echando humo a la vez que palabras.

—¿Cuatro metros? —repitió—. ¡Joder!

El capitán bajó la mano. Hazen se decidió a hablar.

—El asesinato se produjo en otro sitio. Después el asesino trajo aquí a la víctima por el maizal, arrastrándola los últimos cinco o seis metros. Siguiendo la fila que empieza en aquel tallo roto, se llega a un trozo de tela que coincide con la de la víctima. Deduzco que el asesino debía de llevarla a las espaldas. Encontrarán huellas mías y el sitio donde he meado en la fila contigua. No hagan caso. Ah, otra cosa, capitán: ¿es necesaria tanta gente? ¡Es un crimen, oiga! ¡No el aparcamiento de una gran superficie! Que se queden el forense, el fotógrafo y el experto en pruebas. A los demás dígales que se vayan.

—Es que tenemos nuestros procedimientos...

—Ahora sus procedimientos son los míos.

El capitán tragó saliva.

—Quiero ya mismo dos perros policía entrenados para seguir pistas. Y que me traigan al equipo forense de Dodge.

—Bueno.

—Otra cosa.

—¿Qué?

—Quiero que sus chicos corten el paso a la prensa, sobre todo a las camionetas de la tele. Reténgalos hasta que hayamos terminado.

—¿Con qué acusación?

—Exceso de velocidad. Es la especialidad de sus chicos, ¿no?

La mandíbula del capitán se puso aún más tensa de lo que estaba.

—¿Y si no van demasiado deprisa?

El sheriff Hazen sonrió, burlón.

—Seguro que sí. Me juego lo que sea.

## Tres

Inclinado en su escritorio, Tad Franklin, el ayudante del sheriff de Medicine Creek, se dedicaba a rellenar un montón de formularios que no le sonaban de nada, y a actuar como si el indisciplinado grupo de reporteros de televisión y de periódicos del otro lado del cristal blindado no existiera. Siempre le había gustado que las oficinas del sheriff ocupasen una antigua tienda de oportunidades, desde donde se podía ver pasar a la gente, hablar con los amigos y enterarse de quién iba y venía. Hasta entonces no se había dado cuenta de las desventajas.

La luz cruda de otro caluroso amanecer de agosto había empezado a derramarse por la calle, proyectando las largas sombras de las camionetas de prensa, y dorando la expresión malhumorada de los periodistas. La cosa, tras una noche en vela, empezaba a ponerse un poco fea. La fila que entraba o salía del bar de Maisie, al otro lado de la calle, era continua, pero la comida que servían, por lo demás muy normalita, no parecía aliviar el mal humor, sino agravarlo.

Tad Franklin procuró concentrarse en los formularios, pero era demasiado difícil hacerse el sordo a los golpes en el cristal y a las preguntas, acompañadas de alguna que otra palabrota. La situación comenzaba a ser insoportable. Lo peor sería que despertaran al sheriff de su cabezadita en la celda del fondo. Tad se levantó lo más serio posible y abrió un poco la ventana.

—Les vuelvo a pedir que se aparten del cristal —dijo.

La reacción fue un coro de murmullos irrespetuosos, preguntas a voz en grito y, en general, irritación contenida. Gracias a las letras de las camionetas, Tad sabía que no eran periodistas de la zona, sino de Topeka, Kansas City, Tulsa, Amarillo y Denver. Pues nada, que volvieran por donde habían venido...

Al oír un portazo y una tos, se volvió y vio al sheriff bostezando y frotándose los pelos de la barbilla. Tras atusarse los mechones que se le habían levantado en un lado de la cabeza, Hazen se encasquetó el sombrero con las dos manos.

Tad cerró la ventana.

—Lo siento, sheriff, pero no hay manera de que se vayan.

El sheriff bostezó, saludó tranquilamente con la mano y dio la espalda a la multitud. Desde las últimas filas, un reportero de los de peor genio lanzó una inectiva en que podían distinguirse las palabras «paleta microscópico». Hazen se acercó a la cafetera, se sirvió una taza, bebió un sorbo, hizo una mueca, formó un gargajo en su boca, lo escupió al café y, por último, vertió el contenido de la taza en la cafetera.

—¿Preparo más? —preguntó Tad.

—No, gracias —contestó el sheriff, con una palmada viril en el hombro de su ayudante, y se volvió de nuevo hacia el grupo del otro lado del cristal—. ¿No crees que necesitan algo para las noticias de las seis? Es hora de una rueda de prensa.

—¿Una rueda de prensa? —Tad nunca había asistido ni participado en ninguna.  
— ¿Y eso cómo se hace?

El sheriff Hazen enseñó brevemente sus dientes amarillos con una risa ronca.

—Sales y contestas a lo que te pregunten.

Abrió con llave la vieja puerta de cristal y asomó la cabeza.

—¿Qué, cómo va?

La respuesta fue una marea humana, y un galimatías de preguntas a pleno pulmón.

Levantó el brazo enseñándoles la palma de la mano. Como llevaba el mismo uniforme de manga corta que la noche anterior, el gesto reveló un semicírculo de sudor que casi llegaba a la cintura. Hazen era bajo, pero a la manera de un bulldog, y por alguna razón infundía respeto. Tad, que lo había visto aflojar los dientes a un sospechoso que doblaba su estatura, pensó: «Con los que miden menos de metro setenta, mejor no pelearse». Los periodistas callaron.

El sheriff bajó el brazo.

—A continuación, mi ayudante Tad Franklin y yo haremos unas declaraciones y abriremos un turno de preguntas. ¿Qué les parece si nos portamos todos como gente civilizada?

Hubo un movimiento general de luces encendiéndose, micros en alto, clics de grabadoras y susurros de obturadores.

—Tad, dales un poco de café recién hecho a estos amigos.

Tad miró a Hazen, y al verlo parpadear cogió la cafetera, observó su contenido, lo removió un poco y cogió unos cuantos vasos de poliestireno, que repartió al otro lado de la puerta. Algunos bebían (los menos); otros olían disimuladamente.

—¡Beban, beban! —exclamó Hazen, campechano—. ¡Que no se diga que en Medicine Creek no somos gente hospitalaria!

Algunos sorbos más en un clima de inquietud, y algunas miradas de reojo a los vasos. Parecía que el café hubiera atenuado, e incluso domeñado, el espíritu rebelde de los periodistas. El calor ya era agobiante, a pesar de que solo estaba amaneciendo. No había ningún sitio donde dejar los vasos, ni ninguna papelera adonde tirarlos. En la puerta de la oficina del sheriff había un letrero: PROHIBIDO TIRAR BASURA AL SUELO. MULTA: 100 DÓLARES.

Hazen se ajustó el sombrero y salió a la acera, donde se sometió a las cámaras y observó a la multitud en postura marcial. A continuación les dirigió unas palabras. Refirió el descubrimiento del cadáver en seco lenguaje policial; describió el claro, el cadáver y los cuervos empalados, y, aunque los hechos fueran tan impactantes, logró presentarlos con naturalidad, intercalando con llaneza comentarios que neutralizaron casi todos los detalles truculentos. Tad admiró lo sociable, y aun simpático, que podía ser su jefe si se lo proponía.

El discurso de Hazen, que no duró más de dos minutos, dio paso a una

avalancha de preguntas.

—Uno por uno y levantando la mano —dijo—. Como en el cole: al que grite le tocará al final. Empiece usted.

Señaló a un periodista en mangas de camisa e increíble, desmesuradamente gordo.

—¿Hay pistas o sospechosos?

—Estamos investigando algunos datos muy interesantes. Es lo máximo que puedo decir.

Tad lo miró con cara de sorpresa. ¿Qué datos? De momento no tenían nada.

—Usted —dijo Hazen, señalando a otro.

—¿La víctima era de por aquí?

—No. Se está trabajando en la identificación, pero no era de la zona. Se lo asegura uno que conoce a todo el mundo.

—¿Saben cómo fue asesinada?

—Esperamos que nos lo diga el forense. El cadáver ha sido enviado a Garden City. Cuando tengamos los resultados de la autopsia, serán los primeros en saberlo.

El autobús Greyhound que pasaba a primera hora en dirección a Amarillo se acercó traqueteando por la calle principal y frenó ante el bar de Maisie con un chirrido. Para Tad fue una sorpresa, porque casi nunca paraba. ¿Quién podía subir o bajar en Medicine Creek? Quizá más reporteros, de tan baja categoría que ni siquiera podían pagarse un medio de transporte propio.

—Esa señora de ahí; adelante, pregunte.

Una pelirroja que imponía bastante apuntó a Hazen con el micrófono.

—¿Qué cuerpos de seguridad están participando?

—La policía del estado nos ha ayudado mucho, pero, dado que el cadáver apareció en el término municipal de Medicine Creek, los responsables somos nosotros.

—¿Y el FBI?

—El FBI no interviene en asesinatos locales, ni esperamos que se interese por este. Por lo demás, hemos asignado bastantes recursos al caso, entre ellos el laboratorio especial de criminología y la brigada de homicidios de Dodge City, que se ha pasado toda la noche en el lugar del crimen. No teman que intentemos resolverlo Tad y yo solitos. Los dos sabemos gritar, y gritaremos todo lo que haga falta para solucionar lo antes posible el caso con todos los recursos necesarios.

Sonrió e hizo un guiño. De repente el autobús volvió a arrancar, levantando una nube de polvo y humo de motor diésel, y haciendo tanto ruido que hubo que interrumpir la rueda de prensa. Cuando se despejó la humareda, en la acera había un maletín de piel, y junto a él un hombre alto y delgado de negro riguroso, cuya sombra, bajo el sol matinal, se alargaba por medio centro de Medicine Creek.

Tad miró al sheriff de reojo y vio que también lo había visto.

El hombre de negro los miraba fijamente desde la acera de enfrente.

Hazen se recompuso y dijo bruscamente:

—Siguiente pregunta. ¿Smitty?

Señaló la cara llena de arrugas de Smit Ludwig, dueño y periodista del *Cry County Courier*, el periódico del pueblo.

—¿Ya hay alguna explicación de la... escena? ¿Tenéis alguna teoría sobre la colocación del cadáver y todos los complementos?

—¿Complementos?

—Sí, hombre, lo que había alrededor.

—Todavía no.

—¿Podría ser algún culto satánico?

Tad miró involuntariamente la otra acera. El hombre de negro había recogido el maletín, pero seguía en el mismo sitio.

—No descartamos la posibilidad —dijo Hazen—. Lo que está claro es que el autor no está bien de la cabeza.

Tad vio que el hombre de negro había bajado a la calzada, y que se acercaba con paso tranquilo. ¿Quién podía ser? Pinta de reportero, policía o viajante no tenía, eso para empezar. De hecho, si de algo le vio pinta fue de asesino. Quizá lo fuera.

Observó que el sheriff lo observaba, y que también se habían vuelto algunos miembros de la prensa.

Hazen sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su camisa y siguió hablando.

—Independientemente de que se trate de una secta, un loco o lo que sea, quiero subrayar (ojo, Smitty, que es importante para tus lectores) que el asesino seguramente no es del municipio, ni quizá del estado.

Al ver que el hombre de negro se había detenido en las últimas filas, le tembló la voz. Pese a que la temperatura ya superaba de lejos los treinta grados, llevaba un traje negro de estambre, camisa blanca almidonada y una corbata de seda muy ajustada al cuello. Aun así, se le veía más fresco que una rosa. La mirada de sus ojos plateados tenía por destinatario a Hazen.

Todos bajaron la voz.

El siguiente que intervino fue el personaje de negro.

—Una premisa injustificada —dijo.

El silencio era total.

Hazen abrió el paquete sin prisas, lo sacudió para extraer un cigarrillo y se lo introdujo en la boca. No decía nada.

Tad observó al hombre. Era delgadísimo, con la piel casi traslúcida, y unos ojos de un gris azulado tan claro que parecían luminosos. Todo ello le prestaba el aspecto de un cadáver reanimado, de un vampiro recién salido de la tumba.

Podía ser, si no un zombi, el sepulturero. En todo caso tenía algo mortuorio. Tad se puso nervioso.

Hazen, que ya había encendido el cigarrillo, se decidió a hablar.

—No recuerdo haber pedido su opinión.

El hombre de negro se internó en la multitud, que lo dejó pasar en silencio, y cuando estaba a tres metros del sheriff volvió a tomar la palabra con el acento meloso del más profundo sur.

—El asesino actúa en el momento más oscuro de la noche, sin luna. Aparece y desaparece sin dejar ningún rastro. ¿Tan seguro está de que no sea de Medicine Creek, sheriff Hazen?

Hazen chupó con fuerza el cigarrillo y expulsó el humo más o menos hacia su interlocutor.

—Lo veo muy entendido. ¿Se puede saber por qué?

—Eso preferiría responderlo en su despacho, sheriff.

El hombre de negro hizo un gesto con la mano, invitando a que el sheriff y Tad entraran los primeros en la pequeña oficina.

—¿Y con qué derecho me hace pasar a mi propio despacho? ¿Por quién coño se toma?

El hombre lo miró sin alterarse, y contestó con el mismo tono almibarado y grave.

—Excelente pregunta, sheriff Hazen, pero, con su permiso, propongo contestarla en privado, como la anterior. Sepa que lo digo por su bien.

Antes de que el sheriff Hazen pudiera contestar, el hombre se volvió hacia los periodistas.

—Siento comunicarles que la rueda de prensa ha terminado.

Tad se quedó de piedra al ver que todos daban media vuelta y se marchaban.

## Cuatro

El sheriff se apostó tras su escritorio de formica hecho polvo, mientras Tad se sentaba en su silla de siempre con ganas de ver qué pasaba. El hombre de negro dejó el maletín junto a la puerta. El sheriff le ofreció la silla para visitantes, dura y de madera, en la que (según él) los sospechosos no duraban ni cinco minutos. El desconocido tomó asiento con un movimiento fluido y elegante y, tras cruzar las piernas, se apoyó en el respaldo mirando al sheriff.

—Tráele una taza de café a nuestro invitado —dijo Hazen, sonriendo un poco.

Quedaba para media taza, que fue servida *ipso facto*. El hombre de negro la aceptó, pero la dejó en la mesa tras un vistazo y sonrió.

—Se lo agradezco mucho, pero lo mío es el té. Té verde.

Tad se preguntó si era un excéntrico o un maricón. Posiblemente lo segundo.

Hazen carraspeó, frunció el entrecejo y cambió la postura de su cuerpo achaparrado.

—Usted dirá. Más vale que sea algo gordo.

Con un gesto al borde de la languidez, el desconocido sacó una cartera del bolsillo de la chaqueta y dejó que se abriera por su propio peso. Hazen se inclinó para mirarla, y volvió a apoyarse en el respaldo suspirando.

—FBI. Me lo tendría que haber imaginado. —Miró a Tad—. Ya han venido los grandullones.

—Sí, señor —dijo Tad. Nunca había visto a nadie del FBI, pero aquel individuo era justo lo contrario de la imagen preconcebida que tenía de ellos.

—Pues nada, señor...

—Agente especial Pendergast.

—Pendergast. Pendergast. Nunca me acuerdo de los nombres. —Hazen encendió otro cigarrillo y lo chupó con fuerza—. ¿Viene por lo del asesinato de los cuervos?

Las palabras salieron con una nube de humo.

—Sí.

—¿Y es oficial?

—No.

—O sea, que viene a título personal.

—De momento sí.

—¿A qué zona pertenece?

—Técnicamente, a la de Nueva Orleans, pero digamos que tengo un convenio especial.

Pendergast sonrió con afabilidad. Hazen gruñó.

—¿Cuánto piensa quedarse?

—Hasta el final.

«¿Hasta el final de qué?», pensó Tad. El hombre de negro concentró en él sus

ojos claros y sonrió.

—De mis vacaciones.

Tad se quedó mudo de sorpresa. ¿Le había leído el pensamiento?

—¿Sus vacaciones?—Hazen volvió a cambiar de postura—. Pendergast, esto es irregular. Necesitaré una autorización oficial de nuestra zona. Esto no es ningún Club Med para el FBI.

Tras unos instantes de silencio, el hombre que se había identificado como Pendergast dijo:

—Supongo que no querrá que esté aquí a título oficial.

A falta de respuesta, siguió hablando con cordialidad.

—No pienso entrometerme en sus investigaciones. Actuaré con total independencia. Le haré consultas cada cierto tiempo y le facilitaré la información que considere oportuna. El mérito de los arrestos se lo dejo a usted. No pretendo que se me reconozca nada, ni lo aceptaré. Lo único que pido son las atenciones normales entre los cuerpos de seguridad.

El sheriff Hazen frunció el entrecejo, se rascó y volvió a fruncirlo.

—La verdad, a mí me da lo mismo quién se lleve el mérito. Yo lo único que quiero es pillar al cabrón del asesino.

Pendergast dio su aprobación con la cabeza. Hazen chupó el filtro, sacó el humo por la boca y dio otra calada. Estaba pensando.

—Pues nada, Pendergast, que trabaje a gusto durante sus vacaciones. Solo le pido que no se haga notar y que no hable con la prensa.

—Naturalmente.

—¿Dónde se aloja?

—Esperaba algún consejo por su parte.

El sheriff contestó con una risa seca.

—Como no sea en casa de los Kraus, que es lo único que hay en el pueblo... Las cuevas de Kraus. Lo habrá visto al llegar en autobús. Es una casona en pleno maizal, unos dos kilómetros al oeste del pueblo. Winifred Kraus alquila habitaciones en el último piso; claro que últimamente tiene pocos huéspedes, la pobre. Seguro que lo convence para que visite la cueva. Calculo que será el primero en un año.

—Gracias—dijo Pendergast, mientras se levantaba y cogía el maletín.

Los ojos de Hazen siguieron su movimiento.

—¿Tiene coche?

—No.

El sheriff contrajo un poco el labio superior.

—Pues lo llevo.

—Me gusta caminar.

—¿Seguro? La temperatura es de casi treinta y ocho grados, y no lo veo muy vestido para la ocasión.

La expresión de Hazen se había vuelto burlona.

—¿Tanto calor hace? ¿De verdad?

El agente del FBI se dio la vuelta para salir por la puerta, pero a Hazen le quedaba otra pregunta por hacer.

—¿Cómo se ha enterado tan pronto del asesinato?

Pendergast se detuvo.

—Tengo un arreglo con alguien del FBI que me vigila las comunicaciones por cable y correo electrónico de los cuerpos de seguridad locales. Cada vez que se produce un crimen que responda a una determinada categoría, me avisan enseguida. Pero ya le digo que vengo por razones personales. Acabo de terminar una investigación bastante cansada en el este. No le dé más vueltas. Me han llamado la atención las características digamos que... interesantes de este caso.

Algo en su pronunciación de la palabra « interesante» erizó los pelos de la nuca a Tad.

—Ah... ¿Y de qué categoría se trata, si no es mucho preguntar?

En el tono del sheriff volvía a insinuarse un poco de sarcasmo.

—De un asesinato en serie.

—Pues qué raro, porque hasta ahora me consta un solo crimen.

El hombre de negro se volvió lentamente, y posó en el sheriff Hazen la mirada de sus ojos fríos y grises.

—De momento —dijo en voz muy baja.

## Cinco

Winifred Kraus dejó el punto de cruz para mirar algo muy raro por la ventana del salón, algo que la asustó un poco. Un hombre de negro se acercaba por el centro de la carretera con un maletín de piel. Aún estaba a varios cientos de metros, pero Winifred Kraus tenía la vista aguda, y supo ver que la intensa luz del verano iluminaba a un personaje de aspecto fantasmal, delgado y sin sustancia. Tenía miedo porque se acordaba de que hacía muchos años, de niña, su padre le había contado cómo vendría la Muerte: cuando menos lo esperara, en forma de un hombre que llegaría tranquilamente por la calle, subiría a su puerta y llamaría. Un hombre vestido de negro. Al mirar sus pies, no se veían zapatos, sino pezuñas. Después se percibía olor a azufre y fuego, y en ese momento la arrastraban a una, entre gritos, al infierno.

El hombre se acercaba a pasos largos y tranquilos, precedido por su sombra. Winifred Kraus se dijo que era una tontería, un simple cuento, y que en todo caso la Muerte no llevaba maletín. Pero ¿qué sentido tenía ir de negro en aquella época del año? Con tanto calor ni siquiera el pastor Wilbur se ponía ropa negra. Además, no solo iba de negro sino con traje. ¿Sería un vendedor? Pero ¿y el coche? En la carretera de Cry County no caminaba nadie, ni un alma; al menos desde su infancia, antes de la guerra, cuando aún aparecían temporeros que cruzaban el pueblo a principios de primavera hacia los campos de California.

El hombre de negro se había detenido en la intersección de la carretera asfaltada con el camino de acceso a la casa de Winifred, lleno de baches y polvo. Miró la casa como si se fijase justo en el salón, y Winifred dejó automáticamente el punto de cruz. El hombre ya se había metido en el camino. Se dirigía a la casa. ¡Venía! Y tenía el pelo tan blanco, la piel tan clara, el traje tan negro...

Winifred oyó un golpecito de la aldaba, y se tapó la boca con la mano. ¿Qué hacer? ¿Abrir? ¿Esperar a que se fuera? Pero... ¿se iría?

Esperó.

La segunda llamada fue más insistente.

Frunció el entrecejo. Estaba desvariando. Se levantó del sillón y, respirando hondo, cruzó el salón, abrió con llave y separó un poco la puerta de su marco.

—¿La señorita Kraus?

—¿Sí?

El hombre hizo ni más ni menos que una reverencia.

—¿Por casualidad es la señorita Winifred Kraus, que ofrece acomodo para personas de paso? ¿Y que, según tengo entendido, es una de las mejores cocineras de Cry County?

—Sí, yo misma.

Winifred Kraus abrió un poco más la puerta, encantada de tener delante a un

caballero educado y no a la Muerte.

—Me llamo Pendergast.

El hombre le ofreció la mano, que Winifred tardó un poco en coger. Se sorprendió al encontrarla tan tibia y seca.

—Me he asustado un poco al verlo caminando por la carretera. Hoy en día ya no camina nadie.

—He venido en autobús.

De repente Winifred se acordó de sus modales y se apartó de la puerta, abriéndola del todo.

—Perdone. Adelante, adelante. ¿Le apetece un poco de té helado? Con esta ropa debe de tener un calor espantoso. ¡Uy, perdone! ¿No estará de luto...?

—Acepto el té con mucho gusto.

Winifred entró en la despensa, confusa pero extrañamente a gusto, y sirvió té en un vaso con hielo, que, tras la adición de una ramita de menta recién cogida de la maceta del alféizar, llevó al recibidor en una bandeja de plata.

—Aquí tiene, señor Pendergast.

—Cuántas molestias.

—Siéntese, si es tan amable.

Pasaron al salón. Él cruzó las piernas y bebió un poco de té. De cerca, Winifred vio que era más joven de lo que le había parecido, y que su pelo no era blanco, sino de un rubio muy claro. De hecho, quitando el color blanquecino de sus ojos y su piel, se trataba de un hombre guapo y elegante.

—Tengo tres habitaciones de alquiler en el piso de arriba —explicó—. La pega es que el baño es compartido, pero en este momento no hay más huéspedes y...

—Me quedo con todo el piso. ¿Le parecen aceptables quinientos dólares semanales?

—¡Madre de Dios!

—La comida aparte, se entiende. Solo necesitaré un desayuno ligero, y de vez en cuando té y cena.

—La verdad es que es bastante más de lo que suelo pedir. No me parece bien que...

El hombre sonrió.

—Quizá no resulte un huésped fácil.

—En ese caso...

Acabó el té, lo dejó en el posavasos y se inclinó un poco.

—No quiero escandalizarla, señorita Kraus, pero debo contarle quién soy y qué hago aquí. Me ha preguntado si estoy de luto. Como probablemente sepa, ha muerto alguien. Soy agente especial del FBI e investigo el asesinato de Medicine Creek

Enseñó la identificación por deferencia.

—¡Un asesinato!

—¿No se había enterado? Lo descubrieron anoche, en la otra punta del pueblo. Seguro que el periódico de mañana dará toda la información.

—Madre mía... —Winifred Kraus estaba aturdida—. ¿Un asesinato? ¿En Medicine Creek?

—Lo siento. Si ya no está dispuesta a darme alojamiento quédese tranquila, que lo entenderé perfectamente.

—No, no, señor Pendergast, en absoluto... De hecho, con usted en casa me sentiré mucho más segura. Un asesinato... ¡Qué horror! —Se estremeció—. Pero ¿quién...?

—Lamento tener que defraudarla como fuente de información sobre el caso. ¿Me permite ver las habitaciones? No es necesario que me acompañe.

—¡Cómo no!

Al verlo subir por la escalera, Winifred Kraus sonrió con la respiración ligeramente entrecortada. Qué joven tan educado, y tan... De repente se acordó del asesinato, y se levantó para ir al teléfono. Quizá Jenny Parker supiera algo más. Levantó el auricular y marcó el número meneando la cabeza.

Tras una rápida inspección, Pendergast eligió la habitación más pequeña (la de atrás) y dejó el maletín en la cama. El escritorio tenía un espejo basculante, y delante una jofaina y una jarra de loza. Al abrir el primer cajón, salió un leve aroma a agua de rosas y roble. Estaba forrado con ajados periódicos de principios de siglo que anunciaban aperos agrícolas. En un rincón había un orinal con la tapa al revés, a la antigua. El papel de la pared tenía un motivo victoriano de flores muy descoloridas. Las molduras estaban pintadas de verde, el techo era de madera y las cortinas de encaje hecho a mano.

Volvió a la cama y apoyó una mano en la colcha. Al fijarse en el bordado de rosas y peonías, vio que también estaba hecho a mano. El autor (sin duda la señorita Kraus) había tardado como mínimo un año.

Contempló sin moverse la labor, y respiró el vetusto olor del dormitorio. Al cabo de un rato se irguió y, con un crujido de los tablones, se acercó al cristal traslúcido de la vieja ventana para mirar por él.

Vio el tejado metálico en pésimo estado de la tienda de recuerdos, que quedaba a la derecha, separada de la casa. Detrás había una pasarela de cemento agrietado que bajaba por una grieta oscura. Al lado de la tienda había un letrero descascarillado donde ponía:

## LAS CUEVAS DE KRAUS

La mayor caverna de Cry County, Kansas



Pida un deseo en el Estanque del Infinito  
Toque las Campanas de Cristal  
Vea el Pozo sin Fondo  
Visitas guiadas cada día a las 10.00 y las 14.00  
Grupos y autobuses

Al abrir la ventana, se llevó la sorpresa de que cediera enseguida a la presión. El bochorno entró en la habitación, oliendo a polvo y grano. La cortina de encaje se abombó. Fuera, el gran mar de maíz amarillo se perdía en el infinito, sin otra interrupción que algunas hileras de árboles lejanos que seguían el curso del arroyo. En un lugar del interminable campo se levantó una bandada de cuervos que volvió a abatirse para devorar las mazorcas ya maduras. Al oeste se acumulaban nubes de tormenta. El silencio era tan infinito como el paisaje.

Abajo, en el pasillo, Winifred Kraus colgó el auricular. Jenny Parker no contestaba. Quizá estuviera en el pueblo, enterándose de las noticias. Volvería a llamar después de comer.

Pensó en llevar otro vaso de té al amable señor Pendergast. La gente del sur era tan educada... Tenía entendido que, entre otras cosas, bebían mucho té helado a la sombra de sus grandes galerías. Qué idea, venir del pueblo a pie en un día tan caluroso... Entró en la cocina, llenó otro vaso y, cuando llevaba subidos unos cuantos escalones, cambió de idea. Era mejor dejar que deshiciera tranquilamente el equipaje. ¡Qué ocurrencia! La noticia del asesinato la había puesto nerviosa.

Justo cuando había empezado a bajar, oyó una voz en el piso de arriba. Pendergast había dicho algo. ¿A quién? ¿A ella?

Aguzó el oído. Al principio no oyó nada. Después Pendergast volvió a hablar, y esta vez fue posible entender lo que decía su dulce voz.

—Excelente. Excelente de verdad.

## Seis

La carretera era tan recta como la mira del topógrafo del siglo XIX que la había trazado, y la delimitaban dos muros inmóviles de maíz. Al pisar el asfalto, pegajoso y reverberante por el calor, el agente especial Pendergast dejaba huellas casi imperceptibles con sus mocasines negros perfectamente lustrados (comprados en la zapatería artesana John Lobb, de Saint James's Street, Londres).

Vio el punto en que habían entrado y salido del maizal varios vehículos pesados, dejando un rastro negro de neumáticos y grumos de tierra apelmazada por la carretera. Al llegar a la vía de acceso que habían abierto las excavadoras en el campo de maíz, se dirigió al lugar del crimen. Sus pies se hundían en el polvo.

A partir de un momento, la pista se ensanchaba para formar una zona de estacionamiento, ocupada por un coche patrulla en punto muerto cuyo aire acondicionado goteaba. Una cinta amarilla, enrollada en estacas muy altas clavadas en el suelo, impedía pasar. Dentro del coche patrulla, un policía del estado leía un libro de bolsillo.

Pendergast se acercó y dio unos golpecitos en la ventanilla. Tras el respingo inicial, el policía dejó el libro y salió a su encuentro, deslumbrado por el sol y con las manos en las trabillas de los pantalones. Al mismo tiempo salió del coche un chorro de aire frío.

—¿Se puede saber quién es? —preguntó con dureza. Tenía un fino vello pelirrojo en los brazos, y le crujía el cuero de las botas.

Pendergast mostró la chapa.

—Ah, FBI... Perdone. —El agente miró alrededor—. ¿Y su coche?

—Quería echar un vistazo al lugar del crimen —respondió Pendergast.

—Usted sabrá, aunque por lo que queda... Se lo han llevado todo.

—No importa. Por favor, no se moleste más por mí.

—No es molestia, señor.

El agente volvió al coche patrulla con ostensible alivio y cerró la puerta.

Pendergast pasó de largo y se agachó con precaución para cruzar la cinta amarilla y recorrer los últimos veinte metros. Un simple vistazo corroboró las palabras del policía: el claro había quedado reducido a una mera superficie de polvo, farfolla aplastada y millares de huellas.

Permaneció varios minutos bajo el inclemente sol sin mover nada más que los ojos, que lo asimilaban todo. Después metió la mano en la chaqueta y sacó un primer plano del cadáver tomado *in situ*, junto con otra foto que recogía el aspecto general del claro, con los pájaros empalados y el bosque de estacas. Tardó muy poco en reconstruir mentalmente la escena original y examinarla a fondo.

Después de un cuarto de hora sin moverse, guardó las fotos en la chaqueta y,

al dar el primer paso, observó unos restos de un tallo de maíz junto a sus pies. No estaba cortado, sino roto. Algunos pasos más allá recogió otro tallo. Estaba roto, al igual que el tercero, y el cuarto. Volvió al borde del claro y, eligiendo uno de los tallos que seguían intactos, lo cogió, de rodillas, por la base y lo intentó romper con todas sus fuerzas, pero era imposible.

Se adentró un poco en el claro. Daba igual dónde pisase, puesto que no podía removerlo más de lo que estaba. Caminaba despacio. De vez en cuando se ponía en cuclillas para examinar algo en el revoltijo de maíz y polvo, y lo recogía con unas pinzas, que había sacado de un bolsillo de la chaqueta, para una rápida inspección. Se pasó casi una hora reconociendo el claro, con la espalda expuesta a un sol abrasador.

No guardó nada.

Cuando llegó al otro lado, se internó en las filas compactas de maíz. La policía había encontrado algunos trozos de tela prendidos en los tallos, cuya ubicación era fácil de determinar por las etiquetas.

Recorrió la hilera, pero había tantas huellas, humanas y de perro, que no se podía seguir ninguna pista. Según constaba en el informe, dos parejas de perros habían desobedecido la orden de seguir el rastro.

Se detuvo en medio del bosque de maíz para sacarse del bolsillo un tubo de papel brillante. El documento que desenrolló era una foto aérea de la zona, tomada antes del crimen en un momento imposible de precisar. Las hileras de maíz no dibujaban líneas rectas, como parecía desde el suelo, sino que se curvaban en función de la topografía, creando un laberinto de senderos elípticos. Localizó la hilera donde estaba él, y trazó mentalmente la curva que describía. Después se abrió camino con dificultad por la siguiente hilera. Cuando iba por la tercera, volvió a consultar la fotografía para conocer su trazado. Mucho mejor. El primer tramo era llano, y el segundo bajaba hacia el arroyo, coincidiendo con un punto en que éste (Medicine Creek) volvía hacia el pueblo.

De hecho era la única hilera que moría en el arroyo.

La siguió, alejándose del claro. El calor se había atrincherado en el maíz, y como no corría aire lo achicharraba todo. A medida que el terreno descendía hacia el arroyo, se reveló un monótono paisaje de maizales que se alargaba hacia el infinito, agobiante en su inmensidad sin orillas. El arroyo, con sus pequeñas alamedas agostadas y escuálidas, no hacía más que acentuar el sentimiento de desolación. De vez en cuando Pendergast se detenía a examinar un tallo o el suelo, y con menor frecuencia sus pinzas recogían algo y lo volvían a soltar.

Por fin, la hilera de maíz desembocó en la ribera del arroyo. Pendergast se quedó en la confluencia de los tallos y la tierra de cultivo con la arena de la orilla, y miró hacia abajo.

Había huellas en la arena, huellas profundas de pies descalzos. Se arrodilló

para tocar una. Correspondía a un cuarenta y seis. El asesino había transportado un cuerpo muy pesado.

Se levantó y siguió las huellas hasta el arroyo. No seguían por el otro lado. Recorrió la orilla en ambas direcciones, buscando su continuación, pero no la encontró.

El asesino había llegado de muy lejos por el lecho del arroyo.

Volvió a la hilera de maíz, de regreso hacia el claro. El pueblo de Medicine Creek era como una isla en el mar: resultaba difícil llegar o marcharse sin ser visto. Todos sus habitantes se conocían, y en los porches y ventanas había cien pares de ojos (viejos pero agudos) vigilando el movimiento de los coches. Para un forastero, el único modo de llegar al pueblo sin ser visto era por el mar de maíz. Había treinta kilómetros hasta la población más cercana.

Se había confirmado su intuición: probablemente el asesino estuviera entre ellos, en Medicine Creek.

## Siete

Harry Hoch, segundo vendedor de material agrícola de Cry County en volumen de ventas, ya nunca (o casi nunca) recogía autoestopistas, pero decidió hacer una excepción. El hombre de luto de la cuneta parecía tan triste... Hoch estaba sensibilizado con el tema, porque aún no se había cumplido un año de la muerte de su madre.

Acercó el Ford Taurus al arcén, justo a la altura del hombre, e hizo sonar un poco el claxon. Al bajar la ventanilla, lo vio acercarse tranquilamente.

—¿Adónde va, amigo?—preguntó.

—Al hospital de Garden City, si no es demasiada molestia.

Harry se estremeció. ¡Pobre! El sótano del hospital era el depósito de cadáveres del condado. Debía de ser una desgracia muy reciente.

—No, en absoluto. Suba.

Aprovechó el momento en que subía para mirarlo de reojo. Con esa piel tan blanca corría el riesgo de quemarse. Por otro lado, no era de la zona. ¿Con ese acento? Imposible.

—Me llamo Hoch, Harry Hoch.

Tendió la mano. La que estrechó era tibia y fría.

—Encantado de conocerlo. Yo me llamo Pendergast.

Hoch, que se quedó sin saber el nombre de pila, soltó la mano de su pasajero y subió el aire acondicionado hasta que salió un chorro gélido por las rejillas. La carretera era un horno. Metió la marcha y, apartándose de la cuneta, pisó a fondo el acelerador.

—¿Qué, Pendergast, mucho calor?—dijo después de un rato.

—Para serle sincero, señor Hoch, me sienta bien.

—Ya, ya, pero treinta y ocho grados, con cien por cien de humedad... —Hoch se rio—. Se podría freír un huevo en el capó del coche.

—Seguramente.

Se quedaron callados, y Hoch pensó: « Qué tío más raro ».

En vista de que llevaba un pasajero tan poco hablador, condujo en silencio. El Taurus plateado iba a más de ciento cuarenta por hora por la carretera, recta como una flecha, entre paredes de maíz oscilante y tembloroso. Cada kilómetro era idéntico al siguiente. Además, en aquella zona nunca había polis. A Harry le gustaba conducir deprisa por la soledad de aquellas carreteras secundarias, sobre todo en un momento así, de buena racha: acababa de vender una cosechadora-trilladora Case 2388 por ciento veinte mil dólares, la tercera de la temporada, y lo habían recompensado con un fin de semana de borrachera y chatis en el Del Mar Blu de San Diego. ¡Cojonudo!

Había un tramo en que la carretera se ensanchaba. El coche pasó como una exhalación junto a un grupo de casas en ruinas, una hilera de edificios de ladrillo

de dos plantas, desnudos y sin techo, y un silo con la parte superior inclinada hacia una vía muerta llena de hierbajos.

—¿Qué es? —preguntó Pendergast.

—Cráter; bueno, lo que queda. Hace treinta años era un pueblo normal, pero le pasó lo típico, que fue decayendo. Casi siempre es igual: primero cierra el colegio, luego el ultramarinos, luego la tienda de material agrícola, y lo último que pierden es el código postal. No, corrijo, lo último es el bar. Está pasando lo mismo en todo el condado. Ayer era Cráter, y mañana será DePew. Pasado mañana... A saber. Tal vez Medicine Creek.

—La sociología de un pueblo moribundo debe de ser bastante complicada —dijo Pendergast.

Hoch no se arriesgó a contestar, porque no estaba seguro de por dónde iban los tiros.

En menos de una hora despuntaron en el horizonte los elevadores de grano de Garden City, como bulbosos rascacielos. La ciudad, en sí, era sosa, pequeña, invisible.

—Lo dejo delante del hospital, señor Pendergast —dijo Hoch—. Ah, oiga, que lo acompañe en el sentimiento. Espero que no haya sido una muerte inesperada.

Pendergast contestó justo cuando aparecía el edificio de ladrillo naranja del hospital, rodeado por un mar de coches que rielaban detrás de una pantalla de calor.

—El tiempo, señor Hoch, es una tormenta en la que todos nos perdemos.

Hoch tardó otra media hora a toda velocidad, con las ventanillas bajadas, en sacudirse el mal rollo del cuerpo.

El sheriff Hazen (con bata de médico dos tallas demasiado grande, y un gorro de papel que le hacía sentirse ridículo) miraba la camilla. El dedo gordo del pie derecho tenía una etiqueta, pero no le hizo falta leerla. Sheila Swegg, dos veces divorciada, sin hijos, de treinta y dos años, con domicilio en el 40A del parque de caravanas Whispering Meadows, Bromide, Oklahoma.

Chusma blanca.

El cadáver estaba boca arriba en la mesa de acero, abierto en canal como una chuleta de cerdo, con los órganos al lado formando una montaña. Le faltaba la parte superior de la cabeza. El cerebro estaba cerca, en una bandeja. El olor a podrido era brutal. Antes de que llegara el sheriff, la víctima había estado expuesta no menos de veinticuatro horas al calor del maizal. El forense, McHyde, un hombre joven y dinámico, se dedicaba alegremente a cortarla en dados, mientras soltaba su jerga médica en un micro colgante. Hazen pensó que en cinco años el ácido de la realidad empezaría a mellar la laca de la jovialidad.

McHyde, que ya se había ocupado del tronco, hacía cortes en el cuello con breves movimientos paralelos de la mano derecha. Algunos emitían un ruido seco que a Hazen no le gustaba nada. Buscó el tabaco en el bolsillo, pero al acordarse del letrero de prohibido fumar se conformó con el bote de Mentolatum que tenía a mano. Tras aplicarse un poco en cada agujero de la nariz, pensó en otra cosa: Jayne Mansfield en *The Girl Can't Help It*, una noche de baile en Deeper Elks Lodge, domingos de pesca con buenas reservas de cerveza en el lago Hamilton... Cualquier cosa menos los despojos de Sheila Swegg.

—Mmm —dijo el forense—. Mire, mire esto.

Los pensamientos agradables no habían tenido tiempo de arraigar.

—¿Qué pasa? —preguntó Hazen.

—Lo que sospechaba, que tiene roto el hioides. Mejor dicho, destrozado. Tenía unos morados casi invisibles en el cuello. Esto lo confirma.

—¿El estrangulamiento?

—No exactamente. Le cogieron el cuello y se lo retorcieron de golpe. Murió por fractura de la columna vertebral antes de poder ahogarse.

McHyde siguió cortando.

—Un movimiento de una fuerza brutal. Fijese, el cartilago cricoideo está completamente separado tanto del cartilago tiroideo como de la lámina. Nunca lo había visto. Los anillos traqueales están aplastados, y las vértebras cervicales rotas por... a ver... cuatro sitios. No, cinco.

—Le creo, doctor —dijo Hazen, apartando la vista.

El forense lo miró sonriendo.

—Es su primera autopsia, ¿no?

A Hazen le pudo la irritación y mintió.

—No, qué va.

—Ya, ya sé que cuesta acostumbrarse, sobre todo cuando ya están un poco maduros. El verano no es precisamente la mejor época.

Cuando el forense reanudó su trabajo, Hazen sintió que había alguien detrás, y al volverse se llevó un susto; era Pendergast, aparecido como por arte de magia.

El forense lo miró con cara de sorpresa.

—Hola. Perdona, pero...

—No pasa nada —dijo Hazen—. Es del FBI y trabaja en el caso a mis órdenes. Le presento al agente especial Pendergast.

—Agente especial Pendergast —dijo el forense, con un tono más brusco que hasta entonces—, ¿le importa identificarse en la grabadora? Y póngase bata, gorro y mascarilla, si es tan amable. Ahí los tiene.

—No faltaría más.

Hazen se preguntó cómo diantre se las había arreglado para venir, si no tenía

coche, pero no le disgustó su presencia. No era la primera vez que pensaba que tener a Pendergast investigando el caso podía ser beneficioso. Siempre y cuando no se apartara de las directrices.

Pendergast volvió poco después con la bata, el gorro y la mascarilla perfectamente puestos. El forense, mientras tanto, había empezado a trabajar en el rostro de la víctima. Levantaba grandes placas como de goma, y las sujetaba con pinzas. Ya había sido una visión bastante horrible cuando solo faltaban la nariz, los labios y las orejas. Hazen contempló las tiras musculares, el color blanco de los ligamentos y las líneas finas y amarillas de grasa. Qué horror, por Dios.

—¿Me permite?—preguntó Pendergast.

El forense le dejó inclinarse a menos de diez centímetros de la cara apestosa, hinchada y sin facciones, y examinar los puntos sanguinolentos donde habían estado la nariz y los labios. El cuero cabelludo estaba levantado, pero Hazen distinguió los cabellos teñidos de rubio, con las raíces negras. Pendergast se apartó y dijo:

—Parece que las amputaciones fueron realizadas con un instrumento un poco tosco.

El forense arqueó las cejas.

—¿Un instrumento un poco tosco?

—Personalmente, propondría un examen microscópico superficial con abundantes fotos. Por otro lado, como ya debe de saber, se le arrancó una parte del cuero cabelludo.

—Ya, ya. Muy bien.

El forense parecía irritado por el consejo. A Hazen se le escapó una sonrisa. El agente estaba dándole lecciones. Claro que si Pendergast tenía razón... Prefirió no preguntarse a qué clase de «instrumento algo tosco» se refería. Prefirió, con el estómago revuelto, volver a concentrarse en Jayne Mansfield.

—¿Se sabe algo de los labios, las orejas y la nariz?—preguntó Pendergast.

—La policía no ha podido encontrarlos—dijo el forense.

A Hazen no le sentó muy bien la crítica implícita. El forense llevaba así toda la tarde, lanzando insinuaciones sobre las carencias del informe de Hazen y, por extensión, sobre su labor policial, cuando lo cierto era que los policías del estado la habían cagado soberanamente.

El forense siguió haciendo cortes en los restos mortales de Sheila Swegg. Pendergast daba vueltas a la mesa con las manos en la espalda, observando los órganos como si contemplara una escultura en un museo.

—Veo que la han identificado—dijo al llegar a la etiqueta del pie.

—Sí—dijo Hazen, tosiendo—; era de aquí al lado, del oeste de Oklahoma. De clase baja. El coche, uno de esos trastos coreanos, lo encontramos a unos ocho kilómetros en el maizal, al otro lado del río.

—¿Se sabe qué hacía?

—Hemos encontrado varias palas y picos en el maletero. Sería una buscadora de reliquias, de los que rondan por los túmulos desenterrando cosas viejas de los indios.

—Ah, pero ¿es habitual?

—Pues... por aquí no demasiado, pero hay gente que se gana la vida saqueando yacimientos de estado en estado para vender lo que encuentran en los mercadillos. No se salva ni un túmulo o campo de batalla entre Dodge City y California. Son unos sinvergüenzas.

—¿Tenía antecedentes esta mujer?

—Nada importante. Fraude con tarjeta de crédito vendiendo porquería en internet, timos de seguros por calderilla...

—Felicidades, sheriff. Ha avanzado mucho.

Hazen respondió con una pequeña inclinación de la cabeza.

—Bueno —dijo el forense—, esto ya está casi listo. ¿Tienen alguna pregunta, o alguna petición especial?

—Sí —dijo Pendergast—; los pájaros y las flechas.

—Están en la nevera. ¿Quiere verlos?

—Si es tan amable...

El forense tardó poco en traer otra camilla con los cuervos alineados, cada uno con su etiqueta (no en el dedo del pie sino en la garra, claro). Al lado había un montoncito de flechas, las que habían servido para empalarlos.

Pendergast se inclinó para tocar algo, pero antes preguntó:

—¿Puedo?

—Adelante.

Cogió una flecha con los guantes de látex y la hizo girar con lentitud.

—Estas imitaciones las venden en cualquier gasolinera entre aquí y Denver —dijo McHyde.

El agente del FBI siguió dándole vueltas bajo la luz.

—Esto no es ninguna imitación, doctor; es una flecha auténtica de los cheyenes del sur, con plumas de águila calva y punta de tipo « cimarrones de los llanos II » hecha de sílex del parque nacional de Alibates. Yo la fecharía entre 1850 y 1870.

Hazen se quedó mirando a Pendergast, que dejó la flecha en la camilla.

—¿Todas? —preguntó.

—Todas. Evidentemente formaban una serie. Por una colección de flechas originales en tan buenas condiciones, en Sotheby's pagarían como mínimo diez mil dólares.

Se quedaron callados. Pendergast cogió un pájaro y lo palpó, dándole la vuelta con cuidado.

—Parece que tenga todo el cuerpo aplastado.

—¿Ah, sí?

El tono del forense se había vuelto receloso, crispado.

—Sí. Tiene todos los huesos rotos. Es como una pasta. —Pendergast alzó la vista—. Imagino, doctor, que pensaba hacerles la autopsia a los cuervos...

El forense hizo un ruido despectivo por la nariz.

—¿A las dos docenas? Uno o dos y para de contar.

—Yo le recomiendo encarecidamente que se la haga a todos.

El forense se apartó de la camilla.

—La verdad, agente Pendergast, no veo de qué serviría; bueno, sí, para hacerme perder tiempo y el dinero de los contribuyentes. Repito que nos conformaremos con un par.

Pendergast dejó el pájaro en la camilla. Después cogió otro y lo palpó. Cuando iba por el cuarto, cogió un escalpelo de la bandeja (sin que el forense pudiera protestar) y, lentamente, practicó un largo corte en el abdomen del ave.

El forense recuperó la voz.

—¡Oiga, que no tiene autorización para...!

Hazen observó a Pendergast, que enseñó el estómago del cuervo y preparó el escalpelo.

—Suelte enseguida ese pájaro —dijo el forense, enfadado.

Bastó otro rápido corte para que saliera una mezcla de granos podridos de maíz y algo amorfo y rosado que Hazen, bruscamente (y con otro vuelco en el estómago), reconoció como una nariz humana.

Pendergast depositó el cuervo en la camilla.

—Dejo en sus hábiles manos encontrar los labios y las orejas, doctor —dijo, quitándose los guantes, la mascarilla y la bata—. Por favor, envíeme una copia del informe final a la dirección del sheriff Hazen.

Y salió de la sala sin mirar atrás.

## Ocho

Smit Ludwig removía su café en la barra del bar de Maisie, frente a un plato casi intacto de pan de carne. Ya eran las seis, pero no conseguía encarrilar el artículo. Pensó que la noticia quizá fuera demasiado importante, superior a sus capacidades. En tantos años de escribir sobre ferias agrícolas y algún accidente esporádico de coche quizá hubiera perdido facultades. O tal vez nunca las hubiera tenido.

Siguió removiendo el café.

Frente al escaparate del bar, en la otra acera, se veía la puerta cerrada de la oficina del sheriff. ¡Qué nervioso le ponía Hazen, tan agresivo y gárrulo! No había conseguido arrancarle ni un dato. La policía del estado tampoco le había dicho nada. Ni siquiera había podido hablar por teléfono con el forense. ¿Cómo se lo montaban los del *New York Times*? Seguro que aprovechándose de su poder. Con ellos, lo peor era no hacer declaraciones.

Volvió a mirar el café. La pega era que el *Cry County Courier* no intimidaba a nadie. Era un chiste de periódico. ¿Qué respeto podía merecer él como periodista, si al mismo tiempo contrataba los anuncios y, día sí día no, aparecía al volante de la camioneta de reparto porque el conductor, Pol Ketchum, había tenido que llevar a su mujer a Dodge City para la quimioterapia?

En definitiva, que se enfrentaba con la mayor noticia de su carrera y no tenía nada que publicar el día siguiente. Cero. Bueno, siempre podía reciclar lo del día anterior y presentarlo bajo un nuevo ángulo, con insinuaciones sobre pistas e hipótesis sobre los «sin comentarios». Seguro que el resultado sería aceptable, pero el crimen había sido tan salvaje y raro que el pueblo estaba revolucionado, y la gente no se conformaba con tan poco. Una parte de Smit Ludwig deseaba estar a la altura. Ahora que por fin tenía la oportunidad, una parte de Smit Ludwig soñaba con ser un periodista de verdad.

Sonrió y movió la cabeza con escepticismo. ¿Qué era él? Un viudo de casi sesenta y cinco años, cuya hija vivía en la Costa Oeste y cuyo periódico perdía dinero. «Un periodista de verdad». Un poco tarde, ¿no? Menuda ocurrencia.

Se dio cuenta de que el murmullo de las conversaciones del bar había bajado repentinamente de volumen y con el raballo del ojo vio algo negro ante el escaparate. Era el agente del FBI leyendo la carta pegada con celo en el cristal. El hombre de negro se acercó a la puerta y la empujó dando un campanillazo.

Smit Ludwig hizo girar un poco el taburete. Quizá no estuviera todo perdido. Quizá pudiera sonsacarle algo. Le pareció improbable, pero no perdía nada con intentarlo. Se conformaría con cualquier migaja. Smit Ludwig era capaz de hacer milagros con una simple migaja.

El hombre del FBI (¿cómo se llamaba?) se sentó a una mesa, y Maisie fue a tomarle nota. Mientras que a ella se la oía perfectamente (de hecho su vozarrón

resonaba por todo el bar), las respuestas del agente eran tan suaves que obligaban a aguzar el oído.

—El plato del día es pan de carne —tronó la dueña.

—Ah —dijo el agente—, pan de carne...

—Sí, con bechamel, y de guarnición puré de patatas al ajo (casero, no de sobre) y judías verdes. Las judías llevan hierro, que a usted le convendría.

Ludwig disimuló una sonrisa. ¡Pobre hombre! Maisie no iba a dejarle respirar. Si no se marchaba con cinco kilos más, no sería por falta de acoso.

—Veo que tiene cerdo con judías —dijo el agente del FBI—. ¿Qué legumbres emplea, exactamente?

—¿Legumbres? ¡Nuestro cerdo con judías no lleva legumbres! Solo ingredientes frescos. Cojo las mejores judías rojas, echo un poco de tocino, melaza y especias, y lo dejo toda la noche a fuego lento. Las judías se funden en la boca. Es uno de los platos con más éxito. ¿Le apunto una de cerdo con judías?

La cosa se ponía divertida. Ludwig giró un poco el cuerpo para ver mejor.

—Ah, tocino... Qué bueno... —repetió el agente sin comprometerse—. ¿Y el pollo frito?

—Con doble rebozado de maíz, especialidad de la casa, bien dorado y con mucha bechamel. Queda muy bien con los boniatos fritos de la casa.

La mirada del agente, extrañamente inexpresiva, fue de la carta a Maisie.

—Seguro —dijo— que por esta zona tienen ternera Angus de calidad superior.

—Por supuesto, y se la hago como le apetezca: frita, a la plancha, hervida, estofada, con patatas, con ensalada... Vuelta y vuelta, al punto o muy hecha. Dígame cómo la quiere, y si no se lo puedo hacer es que no existe.

—¿Tiene solomillo, por casualidad? —preguntó el hombre.

Ludwig se fijó en que toda la clientela estaba hipnotizada por su voz de terciopelo, casi melosa.

—¡Cómo no! El corte que quiera.

Un largo silencio.

—¿Y dice que puede preparar el bistec de cualquier manera?

—Exacto. Aquí cuidamos a la clientela. —Maisie miró a Smit Ludwig, que se apresuró a sonreír—. ¿A que sí, Smitty?

—Sí, Maisie. El pan de carne está de muerte.

—¡Pues venga, terminatelo!

Ludwig asintió sin perder la sonrisa, mientras Maisie volvía a mirar al del FBI.

—Dígame cómo le gusta y se lo prepararé encantada.

—¿Podría traerme un solomillo limpio de unos doscientos gramos para que lo vea, o es demasiado pedir?

Maisie ni siquiera pestañeó al oír la petición. Si aquel hombre quería ver el bistec antes de que se lo preparara, lo vería. Ludwig vio que iba al fondo del bar y volvía con un buen filete. Sabía que el mejor se lo tenía reservado a Tad

Franklin, por quien sentía debilidad.

Maisie puso la bandeja ante la nariz de su cliente.

—Aquí tiene. Le aseguro que no encontrará ninguno mejor hasta Denver.

El hombre del FBI miró el bistec. Después cogió los cubiertos y cortó la grasa de un lado, hecho lo cual devolvió a Maisie la bandeja.

—Le agradecería mucho que me lo pasara por la picadora en intensidad media.

Ludwig se quedó de piedra. ¿Pasar un solomillo por una picadora? ¿Cómo reaccionaría Maisie? Él casi aguantaba la respiración.

Maisie miraba fijamente al del FBI. Todo el bar estaba en silencio.

—Y ¿cómo quiere que le cocine la... hamburguesa?

—Cruda.

—¿Muy poco hecha?

—No, cruda, por favor; y, si es tan amable, tráigamela con un huevo crudo con cascara y un poco de ajo y perejil picados.

Maisie tragó visiblemente saliva.

—¿El pan con o sin sésamo?

—No, gracias, no tomaré pan.

Maisie asintió, dio media vuelta y (sin volver la cabeza ni una sola vez) entró en la cocina con la carne. Ludwig dejó transcurrir un tiempo prudencial. Después respiró hondo y se llevó el café a la mesa del agente del FBI, que lo acogió con una larga mirada de sus ojos serenos y clarísimos.

Ludwig le tendió la mano.

—Smit Ludwig, director del *Cry County Courier*.

—Señor Ludwig... —dijo el agente, estrechándosela—. Yo me llamo Pendergast. Siéntese, por favor. Lo he visto en la rueda de prensa de esta mañana, y le diré que sus preguntas me han parecido muy agudas.

El inesperado elogio ruborizó a Ludwig, que acomodó su cuerpo (no precisamente juvenil, sino lleno de achaques) en el banco de enfrente.

Maisie reapareció en la puerta basculante de la cocina. Llevaba un plato en cada mano, uno con solomillo recién picado y el otro con el resto de los ingredientes y un huevo en su huevera. Los dejó ante Pendergast y preguntó:

—¿Algo más?

Parecía muy afectada. ¿Y quién no, pensó Ludwig, teniendo que pasar un solomillo tan bueno por la picadora?

—No, muchísimas gracias.

—Aquí nos gusta que el cliente esté contento.

Maisie trató de sonreír, pero Ludwig se dio cuenta de que estaba sumida en la más profunda derrota. Era algo completamente ajeno a su experiencia.

Ludwig —y el resto de la clientela— observaron a Pendergast mientras ponía el ajo sobre la carne cruda, la salpimentaba, le echaba encima el huevo y lo

mezclaba todo cuidadosamente. El agente formó una bonita montaña con el tenedor, la adornó con perejil y se apoyó en el respaldo para contemplar su obra.

De repente Ludwig lo entendió.

—¿*Steak tartare*? —preguntó, señalando el plato con la cabeza.

—Exacto.

—Lo vi un día por la tele, en el Food Network. ¿Está bueno?

Pendergast se llevó a la boca una porción con gran delicadeza, y la masticó entrecerrando los ojos.

—Solo faltaría un Léoville Poy ferré del 97.

—Debería probar el pan de carne —respondió Ludwig en voz baja—. Maisie tiene sus puntos fuertes y sus puntos débiles. El pan de carne es de los primeros. Hay que reconocer que está buenísimo.

—Me lo pensaré.

—¿De dónde es, señor Pendergast? Es que no acabo de reconocer el acento...

—De Nueva Orleans.

—¡Qué casualidad! Fui una vez, a ver el carnaval.

—Me alegro por usted. Yo nunca lo he visto.

Ludwig sonrió forzosamente, mientras buscaba la manera de reconducir la conversación hacia algún tema oportuno. Las del resto de la clientela habían recuperado su volumen normal.

—Lo del asesinato nos ha afectado mucho —dijo, bajando más la voz—. En Medicine Creek nunca había pasado nada parecido. Siempre ha sido un pueblo muy tranquilo.

—El caso tiene algunos aspectos atípicos.

Decididamente, Pendergast no mordía el anzuelo. Ludwig terminó el café y levantó la taza por encima de la cabeza.

—¡Otro, Maisie!

Maisie se acercó con la cafetera y otra taza.

—Deberías aprender educación, Smit Ludwig —dijo, mientras rellenaba la del periodista y le servía una a Pendergast—. Seguro que a tu madre no le gritas así.

Ludwig reaccionó con una sonrisa burlona.

—Maisie lleva veinte años enseñándome modales.

—Es una causa perdida —dijo ella, y les dio la espalda.

Ante el fracaso de la estrategia de la conversación, Ludwig optó por la vía directa y sacó de su bolsillo una libreta de taquigrafía, que dejó sobre la mesa.

—¿Tiene tiempo para unas preguntas?

Pendergast se quedó con el tenedor y la carne cruda a medio camino de la boca.

—El sheriff Hazen prefiere que no hable con la prensa.

Ludwig bajó la voz.

—Ya, pero es que necesito algo para el periódico de mañana. El pueblo está dolido y asustado. Tienen derecho a saber algo. Por favor...

Se sorprendió de haberlo dicho con tanto sentimiento. Los ojos del agente del FBI sostuvieron su mirada sin pestañear, y, después de lo que a Ludwig le parecieron varios minutos de silencio, bajó el tenedor y dijo en voz todavía más baja que la de su interlocutor:

—Yo diría que el asesino es de por aquí.

—¿Qué quiere decir? ¿Del sudoeste de Kansas?

—No, de Medicine Creek.

Ludwig se sintió palidecer. Era imposible. Conocía a todos sus vecinos. El agente del FBI cometía un gran error.

—¿Por qué lo dice? —preguntó débilmente.

Pendergast acabó el plato, se apoyó en el respaldo, apartó el café y cogió la carta.

—¿El helado qué tal? —preguntó, con una nota de esperanza tenue pero reconocible en la voz.

—Extracremoso de la marca Niltona —susurró Ludwig.

Pendergast se estremeció.

—¿Y la tarta de melocotón?

—Envasada.

—¿Y el pastel de la casa?

—No se lo recomiendo.

Pendergast dejó la carta. Ludwig se inclinó hacia él y dijo:

—Los postres no son el fuerte de Maisie. Lo suyo son la carne y las patatas.

—Ya. —Pendergast volvió a mirarlo con sus ojos claros—. Medicine Creek está tan aislado como una isla en pleno Pacífico. No se puede llegar ni salir por carretera sin ser visto, y hasta Deeper, el pueblo más cercano con motel, hay treinta kilómetros a pie por los maizales. —Calló, sonriendo un poco, y echó un vistazo a la libreta—. Veo que no toma notas.

Ludwig profirió una risa nerviosa.

—Deme algo que pueda publicar. En este pueblo, hay un artículo de fe inamovible: que tanto el asesino como la víctima son « de fuera ». No es que aquí no haya gente problemática, pero le aseguro que no tenemos asesinos.

Pendergast lo miró con algo de curiosidad.

—¿Podría concretarme qué se entiende por « problemático » en Medicine Creek?

Ludwig comprendió que la única manera de obtener información era intercambiarla. Lástima que no tuviera demasiada que dar.

—Algunos casos de violencia doméstica, borrachos que hacen el gamberro el sábado por la noche, carreras de coches en la carretera del condado... El año pasado entraron a robar en la planta de Gro-Bain. Ya ve, cosas así.

Se quedó callado. Parecía que Pendergast esperara algo más.

—Chavales que esnifan aerosoles, alguna sobredosis... Ah, y un problema de siempre son los embarazos no deseados.

Pendergast arqueó una ceja.

—Casi siempre acaban en boda, y todos felices. Antes, a algunas chicas las obligaban a parir lejos del pueblo y daban al crío en adopción. Ya sabe lo que pasa en este tipo de pueblos, que los jóvenes no tienen muchas distracciones aparte de... —Ludwig sonrió al acordarse de cuando él y su mujer iban al instituto, bajaban al río los sábados por la noche, y se les empañaban las ventanillas. Parecía que hubiera pasado un siglo. Volvió al presente—. En fin, que hasta ahora no había habido más problemas.

El agente del FBI se inclinó con una sonrisa en los labios y habló tan bajo que costaba entenderlo.

—La víctima ha sido identificada como Sheila Swegg, de Oklahoma, una delincuente de poca monta especializada en estafas. Han encontrado su coche en el maizal, a ocho kilómetros siguiendo por la carretera del condado. Parece ser que había excavado unos túmulos indios.

Smit Ludwig lo miró y dijo:

—Gracias.

Eso ya estaba mejor. No era una simple migaja, sino prácticamente un pastel. Sintió un arrebato de gratitud.

—Ah, y otra cosa: el cadáver apareció con una serie de flechas cheyenes antiguas en estado de conservación casi perfecto.

Ludwig tuvo la impresión de que Pendergast lo atravesaba con la mirada.

—Increíble —contestó.

—Sí.

Justo entonces se oyó un ruido en la calle, y una voz estridente. Al mirar por el escaparate, Ludwig vio a Hazen empujando a una adolescente por la acera hacia las dependencias del sheriff. Ella protestaba a grito pelado, clavando los tacones en el suelo, tratando de quitarse las esposas y cortando el aire con sus uñas negras. Ludwig reconoció enseguida la minifalda de cuero negro, la piel blanca, el collar de puntas, el pelo violeta y el brillo de los piercings. Antes de que el sheriff metiera a la chica en su oficina y diera un portazo, un grito logró atravesar el doble cristal del bar de Maisie:

—¡Desgraciado, glotón, que solo comes bollos y te matas a fumar...!

Ludwig hizo un gesto de incredulidad y diversión con la cabeza.

—¿Quién es? —preguntó Pendergast.

—Corrie Swanson, la rebelde del pueblo. Creo que es lo que los jóvenes llaman una « siniestra », o algo así. Está picada con el sheriff, y yo diría que al final Hazen ha conseguido acusarla de algo, porque va esposada.

Pendergast dejó un billete de los grandes encima de la mesa, se levantó, y se

despidió de Maisie con la cabeza.

—Supongo que volveremos a vernos, señor Ludwig.

—Seguro que sí. Ah, gracias por la información.

Al cerrarse, la puerta hizo sonar la campanilla. Ludwig vio pasar ante el escaparate la forma oscura del agente especial Pendergast, que se alejó por la calle hasta fundirse con el atardecer.

Mientras sorbía lentamente su café, reflexionó sobre las palabras de Pendergast. El titular que había construido en su cabeza cambió. Redujo los tipos, y volvió a redactar el primer párrafo. Era pura dinamita, sobre todo lo de las flechas. Como si no bastara con el asesinato, aquellas flechas despertarían recuerdos muy desagradables en cualquier persona con mínimos conocimientos sobre la historia de Medicine Creek. En cuanto el párrafo hubo adquirido su definitiva redacción, Ludwig se levantó de la mesa. Tenía más de sesenta años, y le dolían las articulaciones por la humedad, pero aunque ya no fuera el de antes aún podía quedarse despierto hasta altas horas de la noche escribiendo un artículo redondo con dos whiskies entre pecho y espalda, preparar las máquinas y tenerlo todo a tiempo. Y esa noche le esperaba una auténtica bomba.

## Nueve

Winifred Kraus tenía trabajo en su antigua cocina: hacer tostadas, llenar una jarra con zumo de naranja, hervir un huevo para su huésped y prepararle la tetera de té verde. Era una manera de no pensar en la horrible noticia que acababa de leer en el *Cry County Courier*. ¿Quién podía ser capaz de algo así? ¿Y las flechas que habían aparecido con el cadáver? ¿No sería...? No, imposible. Descartó la idea con un pequeño escalofrío. Pese a los extraños horarios del agente especial Pendergast, estaba encantada de tenerlo en casa.

En la comida y el té, Pendergast tenía algunas manías, y Winifred se había esmerado en que no le faltase de nada. Incluso había sacado el tapete de encaje de su madre y lo había puesto en la mesa de desayunar, recién planchado, con un jarroncito de caléndulas frescas para que todo fuera lo más alegre posible (en parte como alivio a su propia angustia).

Mientras estaba atareada en la cocina, sintió que el susto del crimen iba dejando paso lentamente a la emoción de que Pendergast le hubiera pedido visitar la cueva. Bueno, en realidad no se lo había pedido, pero la noche anterior había respondido con interés a la propuesta. Hacía un mes que la cueva no recibía visitas, desde que una pareja de testigos de Jehová habían tenido la amabilidad de quedarse casi todo el día dándole conversación.

A las ocho en punto oyó crujir un poco la escalera. El señor Pendergast apareció con su eterno traje negro, diciendo:

—Buenos días, señorita Kraus.

Winifred lo hizo pasar al comedor y procedió a servirle el desayuno, algo agitada. De niña ya le había gustado el negocio familiar: huéspedes de todo el país, el aparcamiento lleno de grandes coches, murmullos de asombro en las visitas a la cueva... De hecho, una de sus maneras de buscar la aprobación de su padre había sido ayudarlo como guía; y, aunque desde la inauguración de la interestatal todo hubiera sufrido un gran vuelco, seguía sintiendo el mismo nerviosismo antes de cada visita, incluso cuando el grupo, como era el caso, se componía de una sola persona.

Después de desayunar, dejó a Pendergast con el *Cry County Courier* y bajó a la cueva. Lo hacía como mínimo una vez al día, aunque no hubiera visitantes, para barrer las hojas y cambiar las bombillas. Un rápido repaso le permitió comprobar que todo estaba impecable. Esperó en el mostrador de la tienda de recuerdos. Faltando pocos minutos para las diez llegó Pendergast, pagó dos dólares por la entrada y se dejó conducir por la pasarela de cemento y la grieta que llevaba a una puerta de hierro cerrada con candado. Volvía a hacer un calor asfixiante. Por eso se agradecía tanto el aire fresco que soplaba en la entrada de la cueva. Winifred abrió el candado y se volvió hacia Pendergast para embarcarse en el discurso de presentación, que era el mismo desde que se lo

había enseñado su padre con vara y regla hacia medio siglo.

—La cueva de Kraus —dijo— fue descubierta por mi abuelo Hiram Kraus, que llegó a Kansas en 1888 desde el norte del estado de Nueva York para empezar una nueva vida. Fue uno de los primeros pobladores de Cry County, con sesenta y cinco hectáreas en propiedad.

Hizo una pausa, sofocada de placer por la atención de su público.

—El 5 de junio de 1901, buscando un novillo que se había perdido, encontró la entrada de la cueva, casi tapada por la maleza. Más tarde volvió con una linterna y una hacha, abrió un paso y empezó a explorarla.

—¿Encontró el novillo? —preguntó Pendergast.

Winifred quedó sorprendida. Nunca le preguntaban por el novillo.

—Pues... sí, se había metido en la cueva y se había caído en el Pozo sin Fondo. Lamentablemente, estaba muerto.

—Gracias.

—A ver, a ver... —Winifred trató de recuperar el hilo del discurso—. Ah, sí; era la época en que el automóvil hacía su aparición en el país, y empezaba a haber un poco de tráfico en la carretera del condado, sobre todo de familias que iban a California. Después de un año, que fue lo que tardó en montar las pasarelas de madera (las mismas por donde iremos nosotros), Hiram Kraus abrió la cueva al público. Entonces la entrada valía cinco centavos. —Hizo la pausa para la inevitable risita, y quedó un poco avergonzada de que no se produjera—. Tuvo un éxito inmediato. Poco después inauguró la tienda de recuerdos, donde no solo se vendían rocas, minerales y fósiles, sino artesanía y punto para el cepillo de la iglesia, todo con un descuento del diez por ciento para los visitantes de la cueva. Ahora, si tiene la amabilidad de seguirme, accederemos a ella.

Abrió de par en par la puerta de hierro, e indicó a Pendergast que la siguiera. Bajaron por una escalera ancha y gastada, construida en un declive que llevaba a las entrañas de la tierra. Las paredes de caliza formaban un túnel, con bombillas desnudas en el techo de roca. Tras unos sesenta metros de bajada, los escalones terminaban en una pasarela de madera que penetraba en la cueva propiamente dicha, formando un ángulo cerrado.

Allí abajo, en el seno de la tierra, el aire olía a agua y piedra húmeda, un olor que a Winifred le encantaba. No se apreciaban matices de moho o excrementos, debido a que en la cueva de Kraus no había murciélagos. La pasarela progresaba sinuosamente por un bosque de estalagmitas, con bombillas que proyectaban sombras grotescas en las paredes. La bóveda estaba sumida en la penumbra. Al llegar al centro de la cueva, Winifred dio media vuelta con las manos abiertas, tal como le había enseñado su padre.

—Nos encontramos en la Catedral de Cristal, primera de las tres grandes grutas del sistema de cuevas. Estas estalagmitas poseen una altura media de seis metros. Tenemos el techo a casi treinta metros de nuestras cabezas. Las

dimensiones laterales de la cueva son de veinticinco metros.

—Magnífico —dijo Pendergast.

Winifred sonrió encantada y pasó a hablar de la geología de los lechos calcáreos del sudoeste de Kansas, así como del proceso de formación de la cueva por la lenta infiltración del agua a lo largo de millones de años. Como colofón, y antes del turno de preguntas, recitó los nombres que había puesto el abuelo Hiram a las diversas estalagmitas: « los Siete Enanitos », « el Unicornio Blanco », « la Barba de Papá Noel », « Hilo y Aguja » ...

—¿Las ha visitado alguien del pueblo? —quiso saber Pendergast, tomándola desprevenida por segunda vez.

—Pues... sí, creo que sí. Como comprenderá, no les cobramos. No estaría bien aprovecharse de los vecinos.

Como no había más preguntas, Winifred dio media vuelta y precedió a su huésped por el bosque de estalagmitas, hasta llegar a un pasadizo bajo y estrecho que desembocaba en la siguiente gruta.

—¡Cuidado con la cabeza! —avisó volviendo la cabeza. Cuando estuvo en la otra gruta, se colocó en el centro y se dio la vuelta con un movimiento del vestido.

—Estamos en la Biblioteca del Gigante. Es el nombre que le puso mi abuelo porque, si mira a la derecha, verá que las capas de travertino, formadas a lo largo de varios millones de años, parecen libros apilados. Allá al fondo, los pilares verticales de caliza de la pared parecen libros en una estantería. Ahora...

Reanudó su camino. Se acercaban a su parte favorita, las Campanas de Cristal, pero de repente se dio cuenta de que se le había olvidado el martillito de goma. Se tocó el bolsillo donde siempre lo llevaba escondido, en espera del momento de sorprender a los visitantes, pero no estaba. Debía de habérselo dejado en la tienda. También se había olvidado la linterna, precaución contra un posible corte de luz. Estaba avergonzada. Era la primera vez en cincuenta años de visitas a la cueva que se le olvidaba el martillito de goma.

Pendergast la observaba atentamente.

—¿Le ocurre algo, señorita Kraus?

—Que me he olvidado el martillo de goma para tocar las Campanas de Cristal.

Tenía ganas de llorar. Pendergast echó un vistazo al bosque de estalactitas.

—Ya. Supongo que resuenan cuando se las golpea.

Winifred asintió.

—En estas estalactitas se puede tocar el *Himno a la alegría* de Beethoven. Es el momento cumbre de la visita.

—¡Qué interesante! Entonces tendré que volver.

Winifred buscó el resto del discurso en su memoria, pero se había quedado blanco. Empezó a sentir pánico.

—Este pueblo debe de tener mucha historia —dijo Pendergast, mientras se fijaba en unas estrias de yeso bañadas por la luz refleja de las bombillas.

Winifred le agradeció profundamente su ayuda.

—¡Sí, mucha!

—Y usted debe conocerla a fondo.

—Bueno, se podría decir que sí.

Ya no estaba tan nerviosa. Tenía otra visita en perspectiva, y la promesa de no volver a olvidar el martillo. El terrible asesinato la había afectado mucho, tal vez más de lo que pensaba.

Pendergast se agachó para examinar otro grupo de cristales.

—Ayer por la tarde se produjo un incidente curioso en el bar de Maisie. El sheriff arrestó a una tal Corrie Swanson.

—Ah, sí, es una chica que siempre ha dado problemas. Su padre se marchó de casa, y su madre es camarera en el Candlepin Castle. —Se inclinó hacia su huésped y dijo, en un susurro—: Creo que bebe. Y... que se ve con hombres.

—¡Ah! —dijo Pendergast.

Winifred se sintió animada a continuar.

—Sí. Dicen que Corrie se droga. Acabará yéndose de Medicine Creek, como tantos, y no la echaremos de menos. Es el pan de cada día, señor Pendergast: cuando se hacen mayores, se van y ya no vuelven. Aunque también podría citarle a algunos que nos harían un favor marchándose. Brushy Jim, por ejemplo.

El agente del FBI parecía interesado por una formación de estalagmitas. Daba gusto su interés.

—Me pareció que el sheriff estaba bastante contento de arrestar a la señorita Swanson.

—No me extraña, aunque, si le soy sincera, es un bruto. Se lo digo a usted como se lo diría a cualquiera. Al único que trata más o menos bien es a Tad Franklin, su ayudante.

Calló, preguntándose si había ido demasiado lejos, pero Pendergast asentía con cara de complicidad.

—Y su hijo, otro bruto. Se cree que ser hijo del sheriff le da derecho a hacer lo que le dé la gana. Me han dicho que tiene atemorizado a todo el instituto.

—Ya. ¿Y el otro nombre que ha dicho, Brushy Jim?

Winifred negó con la cabeza.

—Ése es lo más impresentable que se pueda imaginar. —Lo descalificó con un chasquido de la lengua—. Vive en la carretera de Deeper, en una chatarrería, y dice que descende del único superviviente de la masacre de Medicine Creek. Se ve que estuvo en Vietnam, y que le han quedado secuelas, concretamente en la cabeza. Le aseguro, señor Pendergast, que es lo más bajo que se puede caer en el género humano. Toma en vano el nombre del Señor, bebe y jamás pisa la iglesia.

—Ayer por la tarde vi que ponían una pancarta grande delante de la iglesia, en el césped.

—Sí, por el tipo de la Universidad Estatal de Kansas.

Pendergast se la quedó mirando.

—¿Cómo?

—Quiere plantar otro maizal, para una especie de experimento. Lo han restringido a dos pueblos, el nuestro y Deeper. Está previsto que anuncien la decisión final el lunes que viene. El representante de la universidad tiene que llegar hoy, y le están poniendo la alfombra roja. No porque estén muy contentos, como comprenderá.

—¿Por qué no?

—No sé, algo de una prueba que quieren hacer con el maíz. Parece que lo han manipulado. Reconozco que no estoy muy al día.

—¡Vaya! —dijo Pendergast, y levantó una mano—. Pero, ahora que lo pienso, ¿quién me pide a mí interrumpir la visita con preguntas?

Winifred recuperó el hilo, contenta, y llevó a Pendergast al borde de un agujero muy ancho y oscuro del que salía un aire todavía más fresco.

—Aquí tiene el Pozo sin Fondo. El primer día que lo vio, mi abuelo tiró una piedra y... ¡no la oyó chocar contra el fondo!

Hizo una pausa dramática.

—¿Cómo supo que el novillo estaba dentro? —preguntó Pendergast.

Winifred sufrió un ataque de pánico. Otra pregunta que nunca le habían hecho.

—Pues no lo sé —dijo.

Pendergast sonrió y le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Siga, siga.

Pasaron por el Estanque del Infinito, donde, para decepción de Winifred, su huésped no formuló ningún deseo (en otra época, la recogida de monedas había sido un buen negocio). Desde el estanque, la pasarela volvía hacia la Catedral de Cristal, inicio de la visita. Al final de sus explicaciones, Winifred dio la mano a Pendergast, y se llevó la agradable sorpresa de recibir una generosa propina. Después se puso en cabeza y subió lentamente por la escalera de madera hacia el mundo exterior. Al llegar a la superficie, sintió el calor como un mazazo, e hizo otra parada.

—Como ya le he comentado, todos los visitantes de la cueva gozan de un diez por ciento de descuento en la tienda de recuerdos, siempre que sea el mismo día de la visita.

Entró en la tienda, y Pendergast le evitó la decepción de no seguirla.

—Me gustaría ver los bordados —dijo.

—No faltaría más.

Winifred lo orientó hacia la vitrina correspondiente, donde, al cabo de una

larga inspección, su huésped eligió una cojina muy bonita de punto de cruz. Para Winifred fue otra alegría, porque la había hecho ella con sus manos.

—A mi bisabuela le encantará —dijo Pendergast al pagar—. Es que está inválida, y solo puede disfrutar con pequeñeces.

Winifred lo envolvió en papel de regalo con una sonrisa en los labios. La compañía de un caballero como el señor Pendergast siempre era un placer. ¡Y qué detalle con su anciana bisabuela! Estuvo segura de que le encantaría.

## Diez

Sentada en el camastro plegable de la única celda de detención de la cárcel de Medicine Creek, Corrie Swanson se distraía mirando los graffitis de las paredes desconchadas. Había muchos, pero la variedad de tintas y caligrafías no era obstáculo para que reinara una gran coherencia temática. En el despacho de al lado estaba puesta la televisión a todo volumen. Daban uno de esos culebrones asquerosos para amas de casa frustradas, con su música melodramática de órgano y sus lloriqueos histéricos. Aparte de la tele, Corrie oía los zapatos de payaso del sheriff, que se paseaba como un pájaro en su jaula moviendo papeles y haciendo llamadas. ¿Cómo se podía ser tan bajo y tener los pies tan grandes? Y para colmo fumador. Todoapestaba a tabaco. En cuatro horas, su madre estaría bastante sobria para venir a buscarla. Conque allí estaba, «recibiendo una lección» (que diría su madre), mientras oía los movimientos del ser humano más parecido a una rata de todo el universo mundo. ¡Pues vaya lección! En fin, no era peor que estar sentada en casa oyendo las críticas de su madre, o sus ronquidos de borracha. En cuanto al camastro plegable, era igual o más cómodo que el colchón roto de su dormitorio.

Oyó un portazo en el despacho que daba a la calle, seguido por pasos y un murmullo de saludos. Reconoció una de las voces: era Brad Hazen, el hijo del sheriff (y compañero de clase suyo), que venía con sus amigotes. Decían algo sobre ir al fondo a ver la tele.

Se tumbó rápidamente en el camastro, de cara a la pared.

Oyó sus pasos en el despacho del fondo. Uno de los del grupo empezó a cambiar de canal sin levantar el dedo del botón, para que pasaran deprisa: concursos, culebrones, dibujos animados... Y, entre canal y canal, mucho ruido de electricidad estática.

Se repitieron los pasos y murmullos, señal de que no encontraban nada de su gusto. Corrie oyó que cruzaban la puerta abierta de la habitación del fondo, donde estaba su celda. Después de unos segundos de silencio, Brad dijo en voz baja:

—¡Jo, tíos, mirad quién hay!

Oyó que entraban arrastrando los pies, entre risitas y susurros. Eran dos o tres. Chad, posiblemente Biff, y Brad: el trio calavera.

Alguien simuló un pedo con los labios, que fue acogido con risas ahogadas.

—¿A qué huele? —Era la voz de Brad—. ¿Qué habéis pisado?

Más risas disimuladas.

—¿Qué, esta vez qué has hecho?

Corrie respondió sin volverse.

—El imbécil del superagente 86, que se ha dejado el coche en marcha con las llaves puestas y las ventanillas bajadas media hora delante del Wagon Wheel, mientras se llenaba el barrigón de bollos. ¿Tú crees que podía resistirme?

—¿Quién?

—El marciano de tu padre, que fuma como un carretero y se pasa el día convirtiendo bollos en zurullos.

—¿Pero de qué hablas, tía?

La conversación subía de tono.

—¡De tu padre, capullo!

Risas ahogadas de los dos amigos.

—¡Anda con la tía imbécil! Pues al menos tengo padre, no como tú. Y madre no sé qué decir.

Se rio como una hiena, mientras otro del grupo (probablemente Chad) volvía a hacer ruidos asquerosos con la boca.

—La puta del pueblo. ¿A que el mes pasado estuvo en el talego por borracha, o por escándalo público? De tal palo tal astilla. Es lo que dicen: que la manzana nunca se cae muy lejos del árbol; o, en tu caso, la mierda del agujero del culo.

Más carcajadas en voz baja. Corrie seguía sin moverse de cara a la pared.

—Oye —susurró Brad—, ¿has leído el periódico de hoy? Dicen que el asesino podría ser de aquí. Igual es de una secta satánica. Con ese pelo violeta, y los ojos pintarrajeados de negro, eres la candidata perfecta. ¿Es a lo que te dedicas de noche? ¿A ir por ahí en plan yuyu?

—Sí, tío —dijo Corrie, que insistía en no volverse—; cada noche sin luna me baño en la sangre de un cordero recién nacido y recito la maldición de las Nueve Puertas. Luego invoco a Lucifer para que se te arrugue la colita. Si es que tienes.

Esta vez solo se rieron los amigos, mientras Brad murmuraba:

—¡Zorra! —Se acercó un paso, y bajó aún más la voz—. ¡Vaya pintas, tía! Te crees que es muy guay ir tan de negro, ¿no? Pues tú de guay no tienes nada, tía. Tú lo que eres es una fracasada, y me apuesto lo que quieras a que es de las pocas verdades que has dicho. Seguro que de noche te dedicas a matar bichos. O mejor dicho a follártelos. —Rio en voz baja—. Porque a una tía tan rara no se la folla ningún hombre.

—El día que vea un hombre por el pueblo, te lo diré —replicó Corrie.

Oyó que se abría la puerta del fondo, y que todos se callaban.

—¡Brad! ¿Se puede saber qué haces?

El tono del sheriff era tranquilo, pero amenazador.

—Ah, hola, papá; nada, hablábamos con Corrie.

—¿Seguro?

—¡Que sí!

—No me vengas con pamplinas, que te tengo controlado.

Siguió un silencio tenso.

—Como molestes a un preso, te encierro a ti. ¿Está claro?

—Sí, papá.

—Venga, ahuecando, y tus amigos también, que llegaréis tarde al partido.

Brad y sus amigos salieron de la zona de detención con un ruido culpable de pies.

—¿Estás bien, Swanson? —preguntó el sheriff con mal tono.

Corrie no le hizo caso. Poco después volvió a cerrarse la puerta, y se quedó a solas oyendo los ruidos de la televisión y las voces del despacho que daba a la calle. Intentó respirar con normalidad, y olvidar las palabras de Brad. Un año más y se iría de aquel pueblo de fracasados, lo más cutre de Kansas. Adiós, Medicine Creek de mierda. Se le ocurrió por millonésima vez que si no la hubiera cagado en décimo curso ya no estaría en el pueblo. Y ahora otra cagada. En fin, no servía de nada obsesionarse.

Sonó otra vez la campanilla de la puerta de la calle. Había entrado alguien. Oyó voces en el despacho. ¿Era Tad, el ayudante? ¿O su madre, por una vez sobria? El recién llegado hablaba tan bajo que no pudo distinguir si era hombre o mujer. En cambio la voz del sheriff se volvió agresiva. Corrie no entendía las palabras por culpa de la tele.

Al rato oyó pasos.

—¿Swanson?

Era el sheriff. Oyó que daba una calada y respiraba el humo. Después oyó ruido de llaves, y un clic que indicó que se abría la celda. La puerta oxidada rechinó.

—Ya estás libre.

Corrie no se movió. El tono de Hazen era más tenso de lo normal. Estaba enfadado por algo.

—Acaban de pagarte la fianza.

Siguió sin moverse. En ese momento habló la otra persona. Su voz era grave y meliflua, con un acento que no le sonaba.

—¿Señorita Swanson? Puede marcharse.

—¿Quién es? —preguntó ella sin volverse—. ¿Le envía mamá?

—No, soy el agente especial Pendergast, del FBI.

¡Coño! Era el fantasma vestido de enterrador que había visto paseándose por el pueblo.

—No necesito que me ayude.

Hazen, que seguía molesto, dijo a Pendergast:

—No sé si no sería mejor ahorrarse el dinero y no entrometerse en temas de la policía local.

La curiosidad acabó siendo más fuerte que Corrie, que preguntó:

—¿Dónde está la trampa?

—Lo comentaremos fuera —dijo Pendergast.

—O sea, que hay trampa. Ya me la imagino, pervertido.

El sheriff Hazen soltó una carcajada que degeneró en tos de fumador.

—¿Qué le había dicho, Pendergast?

Corrie siguió acurrucada en la cama plegable, preguntándose el motivo de que el tal Pendergast hubiera pagado su fianza. Estaba claro que a Hazen no le caía especialmente bien. Se sentó, acordándose de un refrán (« el enemigo de tu enemigo es tu amigo »), y miró alrededor. En efecto, allí estaba el enterrador, observándola con los brazos cruzados y una expresión pensativa. Hazen, el pequeño bulldog, estaba al lado de él con los hombros erguidos y el cuero cabelludo brillando bajo el pelo corto y ralo, con un corte de maquinilla de afeitar en la cara.

—¿Entonces puedo irme?

—Si lo desea... —respondió Pendergast.

Corrie se levantó y fue hacia la puerta, pasando al lado de los dos.

—No te olvides de las llaves del coche —le dijo Hazen.

Corrie dio media vuelta en la puerta y tendió la mano. El sheriff las tenía en una de las suyas, pero no hizo ni el gesto de dárselas. Corrie dio un paso y se las arrebató.

—Lo tienes detrás, en el aparcamiento —dijo el sheriff—. Los setenta y cinco dólares de la grúa y a los pagarás otro día.

Corrie abrió la puerta y salió a la calle. En comparación con la celda, que tenía aire acondicionado, era como caminar por un potaje. Parpadeando por el calor, se metió por la callejuela que daba al aparcamiento. Reconoció su Gremlin, y al pervertido del traje negro apoyado en él. Pendergast dio un paso y le abrió la puerta. Corrie entró sin decir nada, cerró, metió la llave en el contacto, arrancó, y a la tercera o cuarta tentativa consiguió que el motor resucitara con una tremenda nube de humo que olía a gasolina. El hombre de negro se apartó. Corrie esperó un momento y se asomó a la ventanilla.

—Gracias —dijo con desgana.

—Ha sido un placer.

Pisó el acelerador, pero se le caló. Mierda.

Volvió a arrancar, y a darle un poco de gas. Solo salía humo. El del FBI seguía en el mismo sitio. ¿Qué quería? Tuvo que reconocer que no parecía un pervertido. Al final, vencida por la curiosidad, volvió a asomarse.

—Bueno, me rindo. ¿Dónde está la trampa?

—Se lo diré si me lleva a casa de Winifred Kraus, que es donde me alojo.

Corrie Swanson se lo pensó un poco y abrió la puerta.

—Suba. —Tiró al suelo los restos del McDonald's que había en el asiento del copiloto—. Espero que no haga ninguna tontería.

El agente del FBI sonrió, mientras se deslizaba en el asiento con agilidad gatuna.

—Puede fiarse de mí, señorita Swanson. ¿Y yo? ¿Puedo fiarme de usted?

Corrie lo miró.

—No.

Soltó el embrague y salió del aparcamiento dejando una espesa humareda y tres bonitos metros de huellas de neumáticos en el asfalto del sheriff. Al salir a la calle principal, se alegró de ver al enano de Hazen en la puerta, gritándole algo con cara de rabia justo en el momento en que se lo tragaba el humo.

## Once

La zona comercial de Medicine Creek consistía en tres manzanas de casas de ladrillo marrón y fachadas de madera. Corrie tardó tres o cuatro latidos de corazón en llegar al final. Cuando pisó a fondo el acelerador, la carrocería oxidada del Gremlin empezó a vibrar. El espacio entre los dos asientos estaba ocupado por dos o tres docenas de casetes amontonadas, con sus grupos favoritos de *death metal*, *dark ambient*, música industrial y *grindcore*. Con una mano, descartó a Discharge, Shinjuku Thief y Fleshcrawl y se quedó con Lustmord. En el pequeño coche empezaron a sonar las notas dislocadas e inquietantes de «Heresy, Part I». Como su madre no le dejaba poner la música muy alta, Corrie había adaptado un aparato de casete al viejo Gremlin.

A propósito de su querida y amorosa progenitora, no quería ni pensar en cómo la recibiría. A esas horas ya debía de estar medio borracha y medio resacosa, que era la peor combinación. Decidió dejar a Pendergast en casa de la vieja, aparcar bajo las líneas de alta tensión y matar unas horitas con un libro.

Miró de reojo al del FBI.

—Oiga, ¿por qué va tan de negro? ¿Se le ha muerto alguien?

—Por lo mismo que usted, porque me gusta el color.

Corrie bufó.

—¿Y la trampa que decía?

—Necesito coche y chófer.

A Corrie se le escapó la risa.

—¿Qué? ¿Mi limusina Gremlin y yo?

—Vine en autobús y he comprobado que es un poco incómodo moverse a pie.

—No me tome el pelo. Este trasto tiene jodido el silenciador, pierde un litro de aceite por semana, no lleva aire acondicionado y huele tanto a gasolina que tengo que ir con la ventana abierta hasta en invierno.

—Propongo una compensación de cien dólares diarios por el coche y el chófer, más una tarifa de cincuenta centavos por kilómetro en concepto de gasolina y desgaste.

Corrie nunca había visto cien dólares juntos. No podía ser verdad. Seguro que le tomaba el pelo.

—¿No es un superagente especial del FBI? ¿Dónde tiene el coche y el chófer?

—No me lo han dado porque técnicamente estoy de vacaciones.

—Pero ¿por qué me elige a mí?

—Muy sencillo: porque necesito a alguien que conozca Medicine Creek, esté motorizado y no tenga nada mejor que hacer. Usted cumple todos los requisitos. ¿Me equivoco, o ya no es menor de edad?

—Acabo de cumplir los dieciocho, pero aún me queda un año de instituto para salir pitando de este nido de ratas.

—Espero que lo que me trae aquí haya terminado mucho antes de que empiecen las clases. Lo importante es que conozca Medicine Creek. ¿Es así?

Corrie se rio.

—Si odiar es conocer... ¿Se le ha ocurrido pensar en la reacción del sheriff?

—Espero que se alegre de ver que ha encontrado un trabajo de provecho.

Corrie negó con la cabeza.

—Ya veo que no lo conoce.

—Otra carencia que espero remediar. Eso, en todo caso, déjelo en mis manos. ¿Qué me dice, señorita Swanson? ¿Hay o no hay trato?

—¿Por cien dólares diarios? Pues claro que hay trato. Pero ¿usted me ve pinta de «señorita Swanson»? Llámeme Corrie.

—En adelante la llamaré señorita Swanson, y usted a mí agente especial Pendergast.

Corrie miró al techo del coche y se apartó el pelo violeta de la cara.

—Muy bien, agente especial Pendergast.

—Gracias, señorita Swanson.

El agente sacó un billetero de la chaqueta y extrajo cinco billetes de cien dólares que hipnotizaron a Corrie. A continuación abrió la guantera (que, como estaba rota, se sujetaba con alambres), dejó el dinero y la cerró.

—Anote los kilómetros. Cualquier hora extra, más allá de las ocho diarias, se le pagará a veinte dólares. Estos quinientos son un adelanto por la primera semana. —Sacó algo más de la chaqueta—. Tenga, su teléfono móvil. No haga ni reciba llamadas personales.

—¿A quién quiere que llame en este puto pueblo?

—No tengo la menor idea. Ahora, si es tan amable, dé media vuelta y pásame por el pueblo.

—A la orden. —Corrie miró por el retrovisor, y cuando estuvo segura de que no había moros en la costa pisó simultáneamente el freno y el acelerador y dio un golpe brusco de volante. Con un giro de ciento ochenta grados, y un chirrido de neumáticos, el Gremlin quedó orientado hacia el pueblo. Corrie miró a Pendergast con una sonrisa en los labios—. Lo aprendí en el colegio, en un juego de ordenador que se llama *Grand Theft Auto*.

—Muy espectacular, pero tenga muy presente una cosa, señorita Swanson.

—¿Cuál? —dijo ella, acelerando.

—Que mientras trabaje para mí no debe infringir la ley bajo ningún concepto. Todas las normas de tráfico deben ser estrictamente respetadas.

—¡Vale, vale!

—Si no me equivoco, en esta carretera el límite de velocidad es de setenta kilómetros por hora. Y no lleva puesto el cinturón.

Corrie miró el cuentakilómetros, y al ver que iba a ochenta frenó un poco. Al entrar en el pueblo redujo aún más la velocidad, mientras trataba de sacar el

cinturón de detrás del asiento y conducía a golpes de rodilla, con el coche haciendo esos.

—¿No sería más fácil si aparcara?

Corrie obedeció con un suspiro de enfado. Al encontrar el cinturón se lo abrochó, y arrancó con otro chirrido de neumáticos.

Pendergast volvió a ponerse cómodo. Como el asiento estaba estropeado, tuvo que reclinarsse en posición semisupina, con la cabeza casi por debajo de la ventanilla.

—¿Y el paseo, señorita Swanson? —murmuró con los ojos entornados.

—¿Paseo? Creía que era broma.

—Estoy impaciente por ver los principales monumentos.

—¿Se ha drogado o qué? Aquí, lo único que hay que ver es gente gorda, edificados feos y maíz.

—Descríbamelos.

Corrie sonrió.

—Usted manda. Nos acercamos al bonito pueblo de Medicine Creek, en el estado de Kansas, con una población de trescientos veinticinco habitantes en vertiginoso descenso.

—¿Por qué?

—¿Lo pregunta en serio? Hay que estar muy mal de la olla para quedarse en un pueblo así.

Se quedaron callados.

—Señorita Swanson...

—¿Qué?

—Veo que las insuficiencias, por no decir defectos, de su proceso de socialización la han convencido de que las palabras malsonantes dan más fuerza al lenguaje.

Corrie tardó un poco en analizar sintácticamente la frase.

—«Olla» no es una palabra malsonante.

—Depende de la acepción.

—Shakespeare, Chaucer y Joyce usaban palabras malsonantes.

—Veo que me las tengo con una persona de cierta instrucción. También es cierto que Shakespeare escribió: «En una noche como esta, mientras los suaves céfiros besaban cariñosamente a los árboles silenciosos; en una noche como esta, a lo que pienso, Troilo escaló las murallas de Troya y exhaló su alma en suspiros frente a las tiendas griegas, donde Crésida dormía».

Corrie miró a su pasajero, que seguía con los ojos entornados. Decididamente, era más raro que un perro verde.

—¿Le parece que sigamos con el paseo, señorita Swanson?

Miró alrededor. Volvía a haber maizales a ambos lados de la carretera.

—Se ha acabado. Ya hemos cruzado todo el pueblo.

Al principio, como Pendergast no contestaba, tuvo miedo de que se desdijera de su oferta, y el dinero de la guantera volviera al traje negro. Por eso añadió:

—Podría enseñarle los túmulos.

—¿Qué túmulos?

—Los túmulos indios de al lado del río. Son lo único interesante de la zona. Seguro que se lo han contado. ¿No le suena de nada «la maldición de los Cuarenta y Cinco», y el resto de chorradas?

Pendergast pareció reflexionar.

—Dejemos los túmulos para otro momento. Haga el favor de dar media vuelta y cruzar el pueblo lo más despacio que pueda. No quiero perderme nada.

—No me parece lo más aconsejable.

—¿Por qué no?

—Porque el sheriff se disgustará. Le molesta que la gente se pasee en coche.

Pendergast cerró completamente los ojos.

—¿No le he dicho que del sheriff me ocupo yo?

—Bueno, bueno, usted manda.

Se arrimó al arcén, hizo una maniobra perfecta y volvió al pueblo a velocidad de tortuga.

—A su izquierda, la taberna Wagon Wheel. El dueño es Swede Cahill, un tío legal, pero no muy listo. Tiene una hija que va a mi clase y que es como una Barbie. Al Wagon Wheel se va a beber. De comida, lo máximo que tienen son salchichitas, cacahuetes, el tonel gigante de pepinillos en vinagre... ah, y bollos de chocolate. Aunque parezca mentira, tienen fama por los bollos de chocolate.

Pendergast no movía ni un dedo.

—¿Ve a la que va por la acera con un peinado a lo novia de Frankenstein? Es Klick Rasmussen, la mujer de Melton Rasmussen, el dueño de la tienda de ropa del pueblo. Vuelve de comer en el Castle Club, con los restos de un bocadillo de rosbif en el bolso para el perro. Nunca come en el bar de Maisie porque Maisie había sido novia de su marido, hace siglos, antes de que se casaran. El día que se entre del rollo de Melton con la mujer del profe de gimnasia...

Pendergast no hizo ningún comentario.

—El vejistorio que acaba de salir del Coast to Coast con un rodillo de amasar es la señora Lang. Hace treinta años un pirómano les quemó la casa, y su padre murió en el incendio. Aún no se sabe quién lo hizo, ni por qué. —Corrie sacudió la cabeza—. Algunos sospechan de Gregory Flatt, el borracho oficial del pueblo, que estaba un poco mal de la cabeza y un buen día se perdió en el maizal sin que encontraran su cadáver. Se pasaba todo el día hablando de ovnis. Personalmente, creo que cumplió su deseo y lo abdujeron. La noche que desapareció se vieron luces raras al norte. —Río despectivamente—. Medicine Creek es el típico pueblo norteamericano con esqueletos en todos los armarios.

Esta vez Pendergast reaccionó; concretamente, entreabrió los ojos para mirar

a Corrie.

—Pues sí —dijo ella—, todos, hasta la loqueras que le alquila la habitación, Winifred Kraus. Lo de la beatería es pura fachada. Su padre era contrabandista de ron, y un fanático religioso. Claro que si solo fuera eso... Dicen que Winifred, de adolescente, tenía fama de ser la vampiresa del pueblo.

Pendergast parpadeó, mientras Corrie, con una risa aguda, ponía los ojos en blanco.

—En Medicine Creek es la tónica. Vera Estrem, por ejemplo, que está liada con el carnicero de Deeper. El día que se entere su marido, correrá la sangre. Dale Estrem es el jefe de la cooperativa, y el tío con más mala leche de Medicine Creek. Durante la Segunda Guerra Mundial, su abuelo, que era alemán, se fue a su país para luchar del lado de los nazis. Imagínese la reacción del pueblo. Ya no volvió. Desde entonces la familia no ha levantado cabeza.

—No me extraña.

—También tenemos una colección de locos, como el calderero que viene una vez al año y acampa en el maizal, o como Brushy Jim, que tardó un poco demasiado en volver de Vietnam. Dicen que le tiró una granada a su propio teniente. Todos estamos esperando el día que se le fundan los plomos de una vez.

Pendergast se había vuelto a reclinar, y parecía dormido.

—En fin... Mire, la farmacia Rexall. En aquel edificio vacío estaba la tienda de música. Lo de ahí es la iglesia luterana del Calvario, del sínodo de Missouri. El pastor se llama John Wilbur y es un fósil de mucho cuidado.

No hubo respuesta por parte de Pendergast.

—Ahora estamos pasando por la gasolinera de Ernie. Ni se le ocurra dejarle un coche en el taller. El del surtidor es Ernie, el dueño. Tiene un hijo que es lo más porreta de todo Cry County, pero el padre no se entera. Aquella casa vieja de madera es la tienda de ropa que le decía, la de Rasmussen. Su lema es: « Si no lo tenemos, es que no lo necesita ». A la izquierda la oficina del sheriff. Qué le voy a decir. Y a la derecha el bar de Maisie. Hace un pan de carne que se puede comer. En cambio los postres ahuyentarían a las hienas. ¡Ay! Lo sabía. Ya viene.

Al mirar por el retrovisor, Corrie había visto el coche saliendo del aparcamiento con las luces encendidas.

—Oiga —dijo a Pendergast—, despierte, que me está haciendo señales.

Pendergast parecía profundamente dormido.

El sheriff se les pegó por detrás y puso la sirena.

—Por favor, arrímese al arcén —crepitó su voz por el altavoz de encima del coche—. Y no salga del vehículo.

Ya era como mínimo la décima vez que pasaba lo mismo. La única diferencia era tener de pasajero a Pendergast. Corrie comprendió que el sheriff no debía de haberlo visto porque estaba prácticamente tumbado. Ni la sirena ni el ruido habían hecho abrir los ojos al agente. Pensó que quizá estuviera muerto. Lo

parecía.

La puerta del coche patrulla se abrió como un resorte, y el sheriff se aproximó con la porra rebotando en la cadera. Cuando apoyó las manos en la ventanilla abierta del copiloto, y metió la cabeza, la visión de Pendergast lo hizo retroceder bruscamente.

—¡Joder! —dijo.

Pendergast abrió un ojo.

—¿Algún problema, sheriff?

Corrie disfrutó con la expresión de Hazen. Se había puesto rojo como un tomate, desde los pliegues vellosos del cuello hasta las puntas de sus orejas peludas. Esperó que Brad envejeciera como su padre.

—Mire, agente Pendergast —dijo Hazen—, es que está prohibido dar vueltas por el pueblo, y Corrie es la tercera vez que lo cruza.

Se quedó callado. Era evidente que esperaba alguna explicación, pero al cabo de un rato comprendió que no la habría y se apartó del coche.

—Pueden seguir —dijo.

—Ya que se interesa por nuestros movimientos —dijo Pendergast con su hablar pausado—, le advierto que cruzaremos el pueblo por cuarta vez, y es posible que por quinta, el tiempo que tarde la señorita Swanson en enseñármelo todo. Tenga en cuenta que estoy de vacaciones.

Mientras Corrie contemplaba la expresión del sheriff Hazen (que empezaba a ser de malas pulgas), se preguntó si el «agente especial Pendergast» no sería un imprudente. En un pueblo como Medicine Creek, lo menos aconsejable era enemistarse con alguien como Hazen. Lo sabía por experiencia.

—Gracias por su preocupación, sheriff. —Pendergast se volvió hacia ella—. ¿Seguimos, señorita Swanson?

Corrie titubeó mirando al sheriff, pero acabó por encogerse de hombros y, pensando «qué más da», se apartó de la acera y pisó el acelerador con un chirrido de neumáticos, y otra nube de humo negro.

## Doce

Mientras el sol se hundía en el horizonte entre nubes de sangre, el agente especial Pendergast salió del bar de Maisie con un hombre delgado que llevaba el uniforme de Federal Express.

—Me han dicho que lo encontraría aquí. No quería interrumpirle la cena.

—No pasa nada —contestó Pendergast—. Tampoco tenía mucha hambre.

—Bueno, pues si me echa una firmita se lo dejo todo en la puerta trasera.

Pendergast puso su rúbrica en el formulario.

—La señorita Kraus le enseñará dónde dejarlo. ¿Le importa que eche un vistazo?

—Usted mismo. Ocupa media camioneta.

Aparcada ante el bar, la reluciente camioneta de FedEx desentonaba con el resto de la calle, polvorienta y sin colores. Pendergast se asomó al interior. Había una docena de cajas grandes, algunas con la etiqueta CONTENIDO PERECEDERO - PROTEGIDO EN HIELO.

—Viene todo de Nueva York —dijo el conductor—. ¿Qué pasa, que va a montar un restaurante?

—No, es mi remesa para Maisie.

—¿Cómo dice?

—Parece que está todo. Gracias.

Pendergast se apartó del vehículo, y lo vio alejarse en el bochorno del atardecer. Sus pasos se encaminaron al este, en dirección contraria a los últimos fuegos del crepúsculo. En cinco minutos había salido del pueblo. La carretera era como una falla en los maizales.

Apretó el paso. Su objetivo era impreciso, más próximo a la intuición que a la certeza, pero sabía que la intuición es el fruto final del más sutil de los razonamientos.

Encima de los campos, flotaba el crepúsculo y volaban los cuervos. El aire traía olor a tallos de maíz y tierra. Aparecieron unos faros que aumentaron de tamaño hasta que pasó un camión enorme, con un rastro de polvo y olor a motor diésel.

Pendergast se detuvo a tres kilómetros del pueblo, en el arranque de una pista sin asfaltar que se alejaba a la izquierda entre paredes de maíz. Se internó por ella con zancadas silenciosas. El camino, cada vez más empinado, se dirigía a una oscura arboleda, en cuyo centro se agrupaban formas bajas. Eran los túmulos, recortados en el cielo del atardecer. El camino se apartaba del maíz y se convertía en sendero. Los árboles estaban delante, álamos enormes de Virginia, con grandes troncos y cortezas como piedras agrietadas. El suelo estaba sembrado de ramas rotas que parecían garras.

Al penetrar en la oscuridad de la arboleda, Pendergast miró hacia atrás. Los

campos se alejaban hacia el pueblo en suave declive. A lo lejos, las farolas formaban una cruz luminosa en el oscuro mar de maíz. La planta de Gro-Bain, con su propio racimo de luces, quedaba al sur del pueblo, separada de él por el arroyo, cuya hilera de álamos serpenteaba por el panorama de maizales. Aunque a primera vista el paisaje pareciera llano, tenía suaves ondulaciones y desniveles. El punto donde estaba Pendergast era el más alto en varios kilómetros a la redonda.

La oscuridad del verano ya lo había envuelto todo, pero el bochorno estaba lejos de remitir. Algunos planetas brillaban en el cielo, que rendía sus últimas luces.

Pendergast dio media vuelta y se internó en la oscuridad de la arboleda hasta que su traje negro casi no pudo distinguirse de ella. Seguía un sendero de curso errático, entre carrascas. Medio kilómetro más lejos, se detuvo.

Tenía los túmulos justo delante.

Eran tres, bajos y anchos, dispuestos en un triángulo de seis metros de altura sobre el nivel del suelo. Dos de ellos tenían los flancos erosionados, con estratos de caliza y grandes rocas desnudas. Allí los álamos crecían más juntos, y la sombra se volvía más tupida.

Pendergast prestó atención a los sonidos de la noche de agosto. Los insectos estaban desencadenados. Alrededor de los troncos silenciosos, el rastro luminoso de las luciérnagas se confundía con los relámpagos de calor del norte. La luna creciente acababa de desprenderse del horizonte, con los cuernos hacia arriba.

No se movió. El firmamento empezaba a cuajarse de estrellas, mientras aparecían otros ruidos (pasos de pequeños animales, y de pájaros). Dos ojos muy juntos brillaron fugazmente en la oscuridad. Abajo, en el arroyo, aulló un coyote, y le respondió un perro tan lejos que apenas se le oía. La luna iluminaba lo justo para no tropezar. Empezó a oírse el canto de los grillos en medio de la hierba: primero un grillo, y luego más.

Despacio, en silencio, reemprendió su camino hacia los tres oscuros túmulos. Al pisar una hoja, los grillos se callaron. Esperó a que se decidieran a continuar. Entonces se acercó a la base del primer túmulo, se arrodilló, apartó las hojas secas y hundió una mano en la tierra. Hizo rodar un puñado entre las dos y lo olió.

Cada tipo de tierra tenía su olor característico. Comprobó que era la misma que la de las herramientas del maletero del coche de Sheila Swegg. Conque tenía razón el sheriff. Había estado buscando reliquias en los túmulos. Metió un poco de tierra en una probeta, la tapó y se le guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Volvió a levantarse. La luna había desaparecido en el horizonte. Ya no se veía titilar a las luciérnagas. También fueron apagándose los relámpagos de calor, hasta que los túmulos quedaron sumidos en una profunda oscuridad.

Se desplazó del primer túmulo al segundo, hasta quedar en el centro de tres

volúmenes cada vez menos perfilados. La oscuridad ya era total.

Siguió esperando. Pasó media hora. Pasó una hora.

De repente los grillos se callaron.

Esperó a que reanudaran su canto con la musculatura tensa. Sentía una presencia a su derecha, algo tremendamente sigiloso que se movía sin hacer el menor ruido, ni siquiera para unos oídos tan sensibles como los suyos. En cambio los grillos percibían vibraciones en el suelo, imperceptibles para los seres humanos.

Esperó en tensión hasta que lo tuvo a menos de dos metros. Había dejado de moverse. También esperaba.

Los grillos empezaron a cantar, pero Pendergast no se engañaba. La presencia seguía allí, a la espera.

Volvió a moverse. Se acercaba centímetro a centímetro. Un paso, dos pasos... Ya estaba al alcance de la mano.

Pendergast se apartó y, simultáneamente, sacó la linterna y la pistola y apuntó al bulto con ambas. La linterna iluminó a un hombre de aspecto desquiciado, que estaba en cuclillas con los dos cañones de su escopeta dirigidos hacia el lugar que había ocupado el agente hasta hacía unos segundos. El arma se disparó con gran estruendo, y, justo cuando el hombre caía al suelo con un grito ininteligible, Pendergast se le echó encima. Al momento siguiente, la escopeta estaba en el suelo, el hombre pegado a él, inmovilizado con una llave, y la pistola de Pendergast en su sien. La resistencia fue breve.

Pendergast aflojó un poco la presión, permitiendo que quedara tendido en el suelo. Era todo un personaje, con harapos de ante, una ristra de ardillas ensangrentadas al hombro y un enorme cuchillo de fabricación casera en el cinturón. Sus pies descalzos eran anchos, sucios. Los ojos, muy pequeños, eran como dos uvas clavadas en un rostro tan arrugado que parecía más allá del tiempo; pero su cuerpo, y sobre todo su barba (brillante y de extraordinaria longitud), delataban a un individuo robusto que no superaba los cincuenta años.

—Nunca es aconsejable disparar con prisas —dijo Pendergast, con el hombre a sus pies—. Podría haber herido a alguien.

—¿Quién es? —exclamó el desconocido en el suelo.

—Pensaba hacerle la misma pregunta.

Tragó saliva, y cuando estuvo un poco recuperado se sentó.

—¡Aparte de mi cara esa luz asquerosa!

Pendergast bajó la linterna.

—¿A quién se le ocurre ir por ahí matando de susto a gente honrada?

—Lo de honrado aún se tiene que demostrar —dijo Pendergast—. Le ruego que se ponga de pie y se identifique.

—Ruegue todo lo que quiera que a mí me importa una mierda. —A pesar de lo dicho, el hombre se levantó y se quitó las hojas y las ramas de la barba y el

pelo. Luego escupió un gargajo enorme, se pasó una mano roñosa por la barba y la boca, repitió la operación en sentido contrario y volvió a escupir.

Pendergast sacó la chapa y se la puso en las narices. El desconocido abrió mucho los ojos y volvió a adoptar una mirada suspicaz, mientras reía.

—¿Del FBI? Pues cualquiera lo adivina.

—Agente especial Pendergast.

Pendergast cerró la cartera y se la metió en la chaqueta.

—Yo con los del FBI no hablo.

—Antes de que haga más declaraciones precipitadas que le comprometan, le informo de que no tiene alternativa. O habla aquí conmigo de manera informal, o...

Dejó la frase a medias.

—¿O?

De repente Pendergast sonrió, y sus finos labios dejaron a la vista una hilera de dientes perfectos. Sin embargo, a la luz de la linterna, la impresión no tenía nada de amistosa.

El hombre sacó un trozo de tabaco para mascar del bolsillo, arrancó un poco y se lo metió en la boca.

—Mierda —dijo, y escupió.

—¿Me puede decir cómo se llama? —preguntó Pendergast.

El hombre tardó dos minutos en decidirse a contestar.

—Bah, supongo que no es delito tener nombre. Gasparilla, Lonny Gasparilla. ¿Me devuelve la pistola?

—Ya veremos. —Pendergast iluminó las ardillas ensangrentadas con la linterna—. ¿Es a lo que viene a los túmulos, a cazar?

—¡No querrá que venga a admirar el panorama!

—¿Tiene su domicilio en esta zona, señor Gasparilla?

Una carcajada ronca.

—¡Muy buena! —Como Pendergast tampoco respondía, el hombre ladeó la cabeza—. Tengo mi campamento por allá.

Pendergast recogió la escopeta, sacó los cartuchos y se la dio vacía a Gasparilla.

—Lléveme, si es tan amable.

A los cinco minutos de camino, llegaron al límite entre la arboleda y el mar de maíz. Gasparilla se metió por una hilera, y en pocos minutos, por un camino polvoriento y muy pisado, llegaron a otra alameda que bordeaba la orilla del río. Olía a humedad, y se oía débilmente el ruido del agua sobre su lecho de arena. Delante, al pie de un terraplén de arcilla, les recibió el brillo rojo de una hoguera, con una olla grande que desprendía un olor a cebolla, patatas y pimientos.

Gasparilla cogió un poco de leña de un montón y la apoyó en las brasas. Al avivarse, las llamas iluminaron el pequeño campamento, compuesto de una

tienda que parecía muy sucia, de un tronco para sentarse y de otros troncos con una puerta vieja encima, que servía de mesa.

Se descolgó del hombro las ardillas y las dejó en la mesa improvisada. Después cogió el cuchillo y puso manos a la obra. Abrió una ardilla en canal, sacó las tripas y las tiró al suelo. El paso siguiente fue un fuerte estirón para arrancar la piel. Una serie de cortes rápidos separaron la cabeza, las patas y la cola. Con otros descuartizó al animal, que acabó en la olla hirviendo. Tardó menos de veinte segundos por ardilla.

—¿Qué hace por aquí? —preguntó Pendergast.

—De recorrido —dijo el hombre.

—¿De recorrido?

—Sí, es que soy afilador, y en los meses de calor hago dos recorridos por mi territorio. En invierno voy al sur, a Brownsville. Afilo lo que sea, desde sierras eléctricas a rotores de cosechadora.

—¿Cómo se desplaza?

—En camioneta.

—¿Dónde la tiene aparcada?

Tras un corte final, de gran brutalidad, Gasparilla tiró la última ardilla a la olla y señaló la carretera con la cabeza.

—Por ahí. Vaya a verlo, si quiere.

—Luego.

—En el pueblo me conocen. Pregunte al sheriff y le dirá que nunca he infringido ninguna ley. Me gano la vida, como usted. La diferencia es que yo no me dedico a merodear de noche, ni a encender linternas en la cara de la gente y pegarles sustos mortales.

—Si es verdad que le conocen en el pueblo, ¿por qué acampa aquí?

—Porque me gusta estar a mis anchas.

—¿Y lo de ir descalzo?

—¿Eh?

Pendergast iluminó los dedos roñosos de su pie con la linterna.

—Los zapatos son caros. —Gasparilla metió la mano en un bolsillo, sacó tabaco de mascar y se puso otro trozo en la boca—. ¿Qué hace por aquí alguien del FBI? —preguntó, mientras se metía el dedo en la boca para colocarse bien el trozo de tabaco.

—Eso, señor Gasparilla, creo que lo puede adivinar.

Pendergast recibió una mirada de soslayo, pero no una respuesta.

—¿Verdad que la difunta estaba buscando en los túmulos? —decidió preguntar.

Gasparilla escupió.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé.

—¿Y encontró algo?

Se encogió de hombros.

—No es la primera vez que excavan en los túmulos. Yo no me fijo demasiado. Solo subo a cazar, no a meterme con los muertos.

—¿En los túmulos hay gente enterrada?

—Dicen. Antiguamente hubo una matanza. Ni sé más, ni quiero saber más. Es un sitio que me pone los pelos de punta. No subiría si no fuera porque es donde están todas las arduas.

—He oído comentar que existe una leyenda sobre el sitio; «la maldición de los Cuarenta y Cinco», creo que la llaman.

El campamento quedó mucho rato en silencio. Gasparilla removía el contenido de la olla entre miradas de reojo a Pendergast.

—El asesinato fue hace tres noches, con luna nueva. ¿Usted vio u oyó algo? Gasparilla volvió a escupir.

—No, nada.

—¿Qué hizo esa noche, señor Gasparilla?

El hombre siguió removiendo.

—Oiga, si insinúa que la maté y no tiene sentido alargar la conversación.

—Pues yo considero que acaba de empezar.

—No se me ponga gallito, que yo nunca he matado a nadie.

—Entonces no debería tener inconveniente en decirme qué hizo esa noche.

—Era mi segundo día en Medicine Creek. Estuve cazando hasta tarde por los túmulos, y la vi excavar. Cuando se hizo de noche, volví y dormí en el campamento.

—¿Ella lo vio?

—¿Usted me ha visto?

—¿Dónde excavaba, exactamente?

—Por todas partes. Di un rodeo para no encontrármela. Sé lo que no me conviene.

Después de otra vuelta más enérgica a la olla, Gasparilla cogió un cuenco de hojalata esmaltada y una cuchara abollada, y se sirvió un poco de guiso. La primera cucharada la enfrió soplando. Tras masticar un poco de carne, y meter la cuchara en el cuenco, dijo:

—No sé si le apetece...

—No le digo que no.

Trajo otro cuenco y se lo ofreció a Pendergast sin decir nada.

—Gracias. —Pendergast se sirvió un poco y lo probó—. Es *burgoo*, ¿no?

Gasparilla asintió con la cabeza. La siguiente cucharada fue tan grande que se le derramó por la enmarañada barba negra. Masticaba ruidosamente. Escupió unos cuantos huesos, tragó y se limpió la boca con la mano (y la mano con la

barba).

Acabaron de comer en silencio. Gasparilla apiló los cuencos, se puso cómodo y sacó el tabaco de mascar.

—Bueno, si ya sabe todo lo que quería saber espero que no se quede más tiempo, porque me apetece una noche tranquila.

Pendergast se levantó.

—No lo molesto más, señor Gasparilla. De todos modos, si tiene algo más que decir, preferiría que me lo dijera enseguida a tener que descubrirlo.

Gasparilla lanzó un negro salivazo hacia el arroyo.

—No me gusta meterme en nada.

—Pues ya lo está. Una de dos, señor Gasparilla: o es el asesino o su presencia aquí lo pone en grave peligro.

Gasparilla gruñó, arrancó otro trozo de tabaco con los dientes y volvió a escupir.

—¿Cree en el demonio? —preguntó.

Pendergast lo observó, con la hoguera reflejada en sus ojos claros.

—¿Por qué lo pregunta, señor Gasparilla?

—Porque yo no. Eso del demonio me parecen chorradas de predicadores. Ahora bien, señor agente del FBI, lo que existe en este mundo es el mal. Me ha preguntado por la maldición de los Cuarenta y Cinco. Pues mire, le aconsejo que se marche cuanto antes, porque es imposible que llegue al fondo de eso. El mal al que me refiero casi siempre tiene explicación, pero hay veces... —Gasparilla escupió más jugo de tabaco, y se inclinó como si quisiera compartir un secreto —. Hay veces que no. Y punto.

## Trece

Smit Ludwig dejó su AMC Pacer al fondo del aparcamiento de la iglesia luterana del Calvario, a reventar de coches calientes que reflejaban el sol de agosto. La fachada de la iglesia, un cuidado edificio de ladrillo, exhibía una gran pancarta que ya empezaba a abombarse por culpa del calor: 33.<sup>a</sup> FIESTA ANUAL DEL PAVO ASADO. Al lado había otra pancarta todavía más grande: ¡¡¡MEDICINE CREEK DA LA BIENVENIDA AL PROFESOR STANTON CHAUNCY!!! La triple exclamación le pareció un poco exaltada. De camino a la entrada, se limpió el sudor de la nuca con un pañuelo.

Se quedó con la mano en la puerta. Después de tantos años, el pueblo ya estaba acostumbrado a esos artículos suyos tan bonitos, de interés humano, y a que abordara temas tan poco polémicos como la iglesia, el colegio, los Boy Scouts y los Future Farmers of America. Se habían acostumbrado a que el *Courier* minimizase, y hasta pasase por alto, los pequeños delitos de sus hijos (las carreras de coches, las borracheras...). Ya contaban con que rebajaría las tintas sobre los problemas que había descubierto la inspección en Gro-Bain, la subida del índice de accidentes laborales y los conflictos sindicales. Se les había olvidado que el *Courier* era un periódico, no el boletín del pueblo. De repente todo había cambiado. Desde el día anterior, el *Courier* se había convertido en un auténtico periódico, que daba auténticas noticias.

Y Smit Ludwig estaba inquieto por la reacción.

Se arregló nerviosamente la corbata con la otra mano. Hacía treinta y tres años que informaba puntualmente sobre la fiesta anual del pavo asado (los mismos que llevaba celebrándose), pero era la primera vez que llegaba tan intranquilo. En momentos así era cuando más echaba de menos a Sarah, su mujer. Con ella del brazo, habría sido más fácil.

Ánimo, Smitty, se dijo al empujar la puerta.

La sala parroquial estaba abarrotada. No faltaba prácticamente nadie del pueblo. Algunos ya estaban sentados y comiendo; otros hacían largas colas para servirse puré, salsa y judías verdes. Había algunos, incluso, que ya comían pavo, aunque Smitty se fijó en la habitual ausencia de trabajadores de Gro-Bain en las filas de la carne. Era uno de los temas eternamente silenciados: el poco pavo que se consumía en la Fiesta del Pavo.

Desde una de las paredes, una enorme pancarta de plástico daba las gracias a Gro-Bain y su director general, Art Ridder, por la generosa aportación de los pavos. En la de enfrente, las gracias eran para Buswell Agricon por haber hecho tantos donativos para el mantenimiento de la iglesia; pero ninguna pancarta tan grande como la tercera, donde se anunciaba a bombo y platillo la llegada de Stanton Chauncy, el invitado de honor. Ludwig miró alrededor. Todas las caras le sonaban. Era uno de los placeres de vivir en un pueblo norteamericano.

Reconoció a Art Ridder al fondo de la sala, con un traje de poliéster marrón y blanco y la sonrisa forzada de siempre en su cara más tersa de lo natural. El cuerpo de Ridder tenía la solidez de un trozo de sebo. Caminaba despacio entre la gente, sin desviarse de su camino. Ludwig pensó que no se abriría paso, sino que se lo abrían. Quizá se debiera al olor de pavo muerto que lo acompañaba a todas horas, pese al generoso empleo de Old Spice, o a que era el más rico del pueblo. Había vendido su planta de pavo a Gro-Bain Agricultural Products y se había quedado como director, a pesar de que le habían extendido un señor cheque. Según él, «le gustaba el trabajo». Según Ludwig, lo que debía de gustarle era la condición de Padre del Pueblo que le aportaba ser el capitoste de la planta.

Ridder se acercaba con su inmarcesible sonrisa, mirando a Ludwig. De todos, era el que menos probabilidades tenía de haber reaccionado bien al artículo sobre al asesinato. Ludwig hizo de tripas corazón.

El inesperado rescate llegó de la mano de la señora Lang, que susurró algo al oído de Ridder y desapareció con él. «Estará a punto de llegar el tal Chauncy», pensó Ludwig. Era lo único capaz de hacer que Ridder caminara tan deprisa.

En treinta y tres años de historia de la Fiesta del Pavo, era la primera vez que el puesto de invitado de honor no recaía en nadie del pueblo, señal de lo mucho que le importaba a Medicine Creek causar buena impresión al doctor Stanton Chauncy, de la Universidad Estatal de Kansas. Era Chauncy, en efecto, quien el lunes siguiente decidiría si Medicine Creek cedía varias hectáreas para hacer pruebas con maíz transgénico, o bien...

Una voz estridente interrumpió sus pensamientos.

—¡Cómo has podido, Smit! —Al girarse, Ludwig vio a Klick Rasmussen, cuyo moño oscilaba a pocos centímetros de su hombro—. ¿Cómo quieres que sea alguien del pueblo?

Se colocó frente a ella.

—Oye, Klick, que yo no he dicho que crea...

—Si no lo crees —exclamó Klick—, ¿por qué lo has publicado?

—Porque tengo el deber de recoger todas las teorías...

—¿Y esos artículos tan agradables que siempre habías escrito? El *Courier* era un periódico tan simpático...

—Ya, Klick, pero hay noticias que no son agradables...

Klick no lo dejaba terminar.

—Si quieres escribir basura, ¿por qué no cuentas lo del agente del FBI que se pasea por el pueblo haciendo preguntas, metiéndose donde no le importa y llenándote la cabeza de tonterías? A ver, a ver si le gusta. Y encima saca el tema de los Guerreros Fantasma, la maldición de los Cuarenta y Cinco...

—En el periódico no se decía nada de eso.

—No, explícitamente no, pero ¿qué pensará la gente, con todo eso de las flechas indias antiguas? Lo que nos faltaba, que se resucite la historia.

—Sé un poco razonable, por favor...

Ludwig retrocedió un paso. Había visto a Gladys, la mujer de Swede Cahill, que se acercaba con ganas de intervenir. Estaba siendo peor de lo que esperaba.

De repente, como por arte de magia, apareció Maisie con un delantal en su voluminoso cuerpo, y dijo:

—Klick, deja a Smitty, que suerte tenemos de que exista. La mayoría de los condados del tamaño del nuestro no tienen periódico, y mucho menos diario.

Klick retrocedió. Ludwig quedó doblemente agradecido a Maisie, porque sabía lo mal que se llevaban. Quizá Maisie fuera la única persona de la sala capaz de disuadir tan deprisa a Klick Rasmussen. Tras una mirada hostil a Ludwig, Klick fue al encuentro de Gladys Cahill, que ya estaba muy cerca, y se fueron murmurando hacia las mesas del pavo.

Ludwig miró a Maisie.

—Muchas gracias. Me has salvado.

—Yo siempre te cuido, Smit.

Maisie le hizo un guiño y volvió a la mesa de trinchar.

Al volverse en la misma dirección, Ludwig reparó en el silencio que se estaba adueñando de la sala. Todas las miradas convergían en la puerta. Ludwig hizo automáticamente lo mismo. Había una silueta negra recortada en el cielo dorado.

Pendergast.

La forma de quedarse en la puerta del agente del FBI, con el sol perfilando su adusta silueta, tenía algo inquietante, como si fuera un pistolero a las puertas de un salón. A los pocos segundos, entró tranquilamente y paseó su mirada por la multitud hasta posarla en Ludwig. Fue enseguida hacia él, abriéndose camino sin dificultades.

—Qué alivio verlo, señor Ludwig —dijo—. Solo les conozco a usted y al sheriff, y Hazen está tan ocupado que no puedo pretender que me presente a nadie. Usted primero, por favor.

—¿Adónde vamos? —dijo Ludwig.

—Necesito un mediador. Me han educado para depender de otros en las presentaciones, y usted, como propietario, director y principal reportero del *Cry County Courier*, conoce a todo el pueblo.

—Sí, supongo que sí.

—Perfecto. Si le parece, empezaremos por la señora de Rasmussen, que tengo entendido que es una de las figuras más representativas del sector femenino.

Ludwig se quedó sin respiración. ¡Ni más ni menos que Klick Rasmussen, de quien acababa de librarse! La buscó, con el alma en los pies. Estaba en una de las mesas de pavo, cotorreando con Gladys Cahill y las de siempre.

—Venga —dijo, poniéndose en cabeza muy a su pesar.

Al ver que se acercaban, ellas se callaron. Ludwig vio que Klick dirigía a

Pendergast una mirada huidiza y profundamente hostil.

—Permitid que os presente... —empezó a decir.

—Sé muy bien quién es este señor, y lo único que tengo que decir...

Pendergast hizo una reverencia, le cogió la mano y se la llevó casi hasta los labios, a la francesa.

—Es un gran placer, señora Rasmussen. Me llamo Pendergast.

—¡Vaya! —dijo Klick, azorada y con la mano flácida.

—Tengo entendido que es la responsable de la decoración, señora Rasmussen.

Ludwig se preguntó cómo lo sabía. El acento sureño de Pendergast, que miraba a Klick sin parpadear con sus extraños ojos, parecía haberse pronunciado hasta alcanzar extremos melosos. Ludwig se regocijó internamente al ver que Klick Rasmussen se ruborizaba.

—Sí, es verdad.

—Pues me parece espléndida.

—Gracias, señor Pendergast.

El agente hizo otra reverencia sin soltarle la mano.

—Estoy encantado de conocer a una persona de quien tanto había oído hablar.

Klick se sonrojó un poco más. En ese momento llegó Melton Rasmussen, que había presenciado la conversación desde lejos.

—¡Vaya, vaya! —dijo con campechanía, interponiéndose con la mano tendida entre su voluminosa (y ruborizada) mujer y Pendergast—. Bienvenido a Medicine Creek. Soy Mel, Melton Rasmussen. Comprendo que las circunstancias podrían ser mejores, pero no creo que la hospitalidad de Kansas se resienta.

—Ya he comprobado que no, señor Rasmussen —dijo Pendergast, estrechando su mano.

—¿De dónde es, Pendergast? No acabo de reconocer el acento.

—De Nueva Orleans.

—¡Ah, gran ciudad! ¿Es verdad que comen cocodrilo? Me han dicho que sabe a pollo.

—En mi opinión, se parece más a iguana o a serpiente que a pollo.

—Ya. Bueno, pues yo me quedo con el pavo —dijo Rasmussen, risueño—. Un día de estos, pase por mi tienda y se la enseño. Será usted bienvenido.

—Muy amable.

—Oiga —dijo Rasmussen, inclinándose un poco—, ¿hay alguna novedad? ¿Alguna pista nueva?

—La justicia nunca duerme, señor Rasmussen.

—¿Sabe que tengo una teoría? ¿Quiere que se la cuente?

—Con mucho gusto.

—Es sobre Gasparilla, el que siempre acampa al lado del río. Valdría la pena investigarlo. Siempre ha sido un personaje un poco raro.

—¡Pero Mel —le regañó Klick—, sabes perfectamente que hace muchos

años que viene, y que nunca se ha metido en ningún lío!

—A la gente se le va la cabeza en el momento menos pensado. ¿Por qué acampa al lado del río? ¿Qué pasa, que no le gusta el pueblo?

La pregunta quedó en el aire. Klick miraba a otra parte, dibujando una perfecta O con la boca. Ludwig oyó murmullos en la sala, y al volverse vio a Art Ridder y el sheriff acompañados por un desconocido bajito y delgado, de barba recortada y traje azul claro de cloqué. Detrás iban la mujer de Bender Lang y otras damas principales del pueblo.

—¡Señoras y señores, amigos y convecinos de Medicine Creek —dijo Art Ridder con su voz sonora—, tengo el privilegio de presentarles al invitado de honor de este año, el doctor Stanton Chauncy, de la Universidad Estatal de Kansas!

Sus palabras fueron acogidas por una gran ovación y algunos silbidos de bienvenida. Tras asentir con la cabeza, Chauncy dio la espalda al público y conversó con Ridder, dejando que enmudecieran los aplausos.

—Señor Ludwig —dijo Pendergast—, el grupo de la esquina del fondo...

Ludwig miró en la dirección que le indicaba. Eran cuatro o cinco hombres con mono, que miraban a Chauncy con recelo sin sumarse a los aplausos, mientras bebían limonada y hablaban en voz baja.

—Ah, sí, son Dale Estrem y el resto de los de la cooperativa, lo poco que queda de la resistencia. Son los únicos que aún no han vendido sus tierras a las grandes compañías agrícolas; los pocos granjeros propietarios que quedan en Medicine Creek, vaya.

—¿Y por qué no participan de los buenos sentimientos del pueblo?

—La cooperativa no quiere saber nada del maíz transgénico. Tienen miedo de que polinice sus cultivos y se los cargue.

Ridder se dedicaba a presentar al visitante de Kansas a grupos selectos.

—Si es tan amable, me gustaría que me presentara a otras personas —dijo Pendergast—; al pastor, por ejemplo.

—No faltaría más. —Ludwig buscó con la mirada al pastor Wilbur, y lo vio haciendo cola en solitario para el pavo—. Por aquí.

—Primero cuénteme algo de él, por favor.

Ludwig titubeó, porque prefería no hablar mal de nadie.

—El pastor Wilbur lleva aquí como mínimo cuarenta años. Tiene buenas intenciones, lo que ocurre es que...

Dejó la frase a medias.

—¿Qué? —dijo Pendergast, turbando a su interlocutor con la mirada de sus ojos grises.

—Digamos que es un poco estrecho de miras. No se puede decir que tenga mucho contacto con la actualidad de Medicine Creek —Buscó la mejor manera de decirlo—. A algunos les parece que un pastor más joven y dinámico daría

vida al pueblo, y evitaría que se marchasen los jóvenes. Que llenaría el vacío espiritual.

—Ya.

Al verlos acercarse, el pastor levantó la cabeza. Tenía sus eternas gafas de lectura en la punta de la nariz, aunque no hubiera nada que leer. Ludwig sospechaba que era para parecer una persona de estudios.

—¿Pastor Wilbur? —dijo—. Le presento al agente especial Pendergast.

Wilbur estrechó la mano tendida del agente.

—Lo envidio, pastor —dijo Pendergast—, por atender las almas de una comunidad como Medicine Creek.

Wilbur lo miró con benevolencia.

—A veces, señor Pendergast, da miedo ser el responsable de varios centenares de personas, pero me precio de haber sido un buen pastor.

—Tengo la impresión de que no es mala vida —dijo Pendergast—. Me refiero a la de un siervo de Dios como usted.

—Dios ha considerado oportuno darme compensaciones y penas. La maldición de Adán nos afecta a todos, pero quizá a nadie tanto como a los miembros del clero.

Ludwig reconoció la expresión de cuando el pastor estaba a punto de levantar el vuelo poético.

—« Mas ¿para qué de constante modo —entonó Wilbur— del pastor sigo el desdeñado oficio? ». —La satisfacción con que miraba a Pendergast por sus gafas de lectura era evidente—. Milton, claro.

—Sí, claro, de *Lycidas*.

Wilbur se sobresaltó un poco.

—Ah... sí, creo que sí.

—Me vienen a la memoria otros versos de la misma elegía: « Hambrientas, las ovejas / Miran el cielo y pasto no reciben ».

Ludwig miró a los dos en silencio, sin saber muy bien qué había pasado. Wilbur parpadeó.

—Pues...

—Estoy impaciente por verlo el domingo en la iglesia —lo interrumpió Pendergast con suavidad, cogiendo su mano por segunda vez.

—Ah... Sí, sí, yo también —dijo Wilbur, sin rehacerse del todo de la sorpresa.

—¡Con permiso! —El vozarrón de Art Ridder, debidamente amplificado, volvió a imponerse al murmullo de las conversaciones—. Señoras y señores, si son tan amables, nuestro invitado de honor desea decir unas palabras. ¡El doctor Stanton Chauncy!

Todos los comensales dejaron los tenedores para concentrar su atención en el hombrecillo del traje de cloqué, que dijo:

—Gracias. —Estaba muy erguido, con las manos enlazadas por delante como en un velatorio—. Me llamo Stanton Chauncy, doctor Stanton Chauncy, y represento al departamento de agronomía de la Universidad Estatal de Kansas, aunque eso, naturalmente, ya lo saben.

Tenía la voz aguda, y una dicción tan seca y precisa que casi adolecía de exceso de articulación.

—La mejora genética del maíz es un tema complejo, en el que no puedo entrar en una ocasión así —dijo—. Exige determinados conocimientos de química orgánica y biología de las plantas que no se pueden pedir a un público lego en la materia. —Hizo un ruido por la nariz—. Aun así, esta tarde trataré de exponer algunos conceptos básicos.

Pareció que cayeran cientos de hombros a la vez, con una exhalación colectiva. Quien albergase la esperanza de oír elogios a la fiesta, o (si no era demasiado pedir) algún adelanto sobre la decisión, quedó frustrado en sus expectativas, porque el invitado de honor se embarcó en una disertación tan detallada sobre las distintas variedades de maíz que todas las miradas se apagaron, incluso las del más entusiasta cultivador. Ludwig casi tuvo la impresión de que Chauncy aburría a conciencia. Poco a poco, entre susurros, se fueron reanudando las conversaciones, mientras bocas furtivas engullían puré con salsa, y algunos grupos reducidos se desplazaban por el fondo de la sala. Dale Estrem y sus colegas de cooperativa estaban en las últimas filas, con los brazos cruzados y la mirada severa.

Smit Ludwig desconectó del sermón y observó al público. A pesar de los pesares, le gustaba el ambiente pueblerino de la Fiesta del Pavo, con su provincianismo de andar por casa y su virtud de reunir a la comunidad (a algunos, los menos afectos a la sociabilidad y la buena educación, de manera forzosa). Era una de las muchas razones por las que nunca había querido marcharse, ni siquiera tras la muerte de su esposa. En Medicine Creek era imposible perderse. La gente se ocupaba del prójimo, y todos tenían su lugar. No era como en Los Ángeles, donde morían viejos a diario sin el afecto ni la compañía de nadie. En los últimos tiempos, la hija de Ludwig llamaba constantemente para convencerlo de que se buscara una casa cerca de la suya, pero él no pensaba hacerle caso, ni siquiera cuando estuviera jubilado y hubiera cerrado el periódico. Para bien o para mal, terminaría sus días en Medicine Creek y lo enterrarían junto a su mujer en el cementerio de la carretera de Deeper.

Echó un vistazo a su reloj. ¿A qué venía pensar en la muerte? Tenía un plazo que cumplir, aunque se lo impusiera él mismo, y ya era hora de volver a casa a redactar su artículo.

Se acercó con sigilo a las puertas abiertas de la sala. El sol de la tarde iluminaba la explanada de la iglesia. Un calor monolítico caía como una pesada

manta sobre la hierba, el aparcamiento y los maizales. Sin embargo, a pesar del calor (a pesar, en el fondo, de todo), una parte de Smit Ludwig se sintió aliviada. Podría haberle ido peor con sus vecinos, algo que debía agradecer a Maisie, y quizá a Pendergast. Desde una perspectiva menos egoísta, podría redactar un artículo alegre sobre la Fiesta del Pavo sin necesidad de fingir. Le parecía que el evento había arrancado con notas algo lúgubres (la idea estoica de que había que seguir con el espectáculo a pesar de los pesares), pero que esa tristeza, esa opresión, habían acabado disipándose. El pueblo volvía a ser el mismo, y eso no había nada ni nadie que lo cambiase, ni siquiera la soporífera conferencia de Chauncy, que Ludwig oía prolongarse a sus espaldas. La trigésimo tercera fiesta anual del pavo Gro-Bain era un éxito.

Al llegar a los escalones de la iglesia, Ludwig respiró hondo. Y de repente abrió mucho los ojos.

La gente que lo rodeaba empezó a hacer lo mismo, y a quedar fascinada por lo que veía por la puerta de madera. Se oyeron varios gritos ahogados, y un grave murmullo que empezó a saltar de persona en persona como una corriente eléctrica, y a propagarse por la sala aumentando de volumen hasta amenazar la exégesis de Chauncy sobre las variedades de maíz.

—¿Qué pasa? —preguntó el doctor a media frase—. ¿Qué hay?

Nadie contestó. Todas las miradas convergían al otro lado de las Puertas abiertas de la sala, donde el cielo amarillo servía de telón a una columna de buitres que estrechaba su cerco sobre el interminable horizonte de maíz.

## Catorce

Cuando Corrie Swanson frenó ante la iglesia, había varios grupos murmurando inquietos por la explanada de césped. De vez en cuando, alguien se apartaba y oteaba el maizal. Aunque debía de haber un total de cincuenta personas, Corrie no vio a Pendergast; incomprendible ausencia, teniendo en cuenta que no solo le había pedido que acudiera lo antes posible, sino que había estado muy insistente. Casi fue un alivio. Tenía el presentimiento de que Pendergast la enemistaría aún más con el pueblo, donde ya era la paria número uno. Volvió a preguntarse en qué lío se había metido. El dinero aún estaba en la guantera, tentador. Después de meterla en un berenjenal, Pendergast se iría y la dejaría en Medicine Creek para que asumiera las consecuencias. Si fuera un poco inteligente le habría devuelto el dinero y se habría lavado las manos.

De repente la asustó una silueta negra junto al coche. Pendergast, aparecido como por ensalmo, abrió la puerta y se deslizó en su asiento con la elegancia de un gato. A veces su manera de moverse le ponía los pelos de punta.

Corrie acercó la mano al salpicadero para bajar un poco el volumen de «Starfuckers», de los Nine Inch Nails, e intentó preguntar con naturalidad:

—¿Qué, agente especial, adónde vamos?

Pendergast señaló el maizal con la cabeza.

—¿Ve los pájaros?

Corrie se protegió del sol poniente con la mano.

—¿Aquellos buitres? ¿Qué les pasa?

—Que es a donde vamos.

Al arrancar, el coche traqueteó y escupió humo negro.

—No hay carretera, y esto, por si no se ha fijado, es un Gremlin, no un Hummer.

—Descuide, señorita Swanson, que mi intención no es que se le quede el coche atascado en un maizal. Por favor, vaya hacia el oeste por la carretera del condado.

—Usted sabrá.

Pisó el acelerador. El esfuerzo de apartarse de la acera hizo vibrar el Gremlin.

—¿Qué tal la Fiesta del Pavo? Aquí, en esta mierda de pueblo, es el gran acontecimiento del año.

—Muy instructivo desde el punto de vista antropológico.

—¿Antropológico? Ya: el agente especial Pendergast entre los salvajes. ¿Han presentado al de la universidad, el que quiere plantar maíz radiactivo por la zona?

—Maíz genéticamente modificado. Sí, estaba en la fiesta.

—¿Y qué pinta tiene? ¿Con tres cabezas?

—Si ése era el caso, debieron de operarlo con éxito en la infancia.

Corrie miró a Pendergast, que le ofreció su expresión plácida, comedida y sería de siempre. Imposible saber cuándo decía algo en broma. Nunca había visto a un adulto tan raro, y, teniendo en cuenta la cantidad de personajes que pululaban por Medicine Creek, no era poco decir.

—Esa velocidad, señorita Swanson...

—Perdón. —Frenó un poco—. Creía que los del FBI conducían a la velocidad que les daba la gana.

—Estoy de vacaciones.

—El sheriff nunca baja de los ciento sesenta, ni siquiera cuando no está de servicio. Y cuando hay bollitos frescos en el Wagon Wheel se nota enseguida, porque entonces va a ciento noventa.

Se deslizaron en silencio por el liso asfalto.

—Por favor, señorita Swanson, mire hacia delante. ¿Ve el coche del sheriff? Pues aparque detrás.

Como anochecía, Corrie tuvo que aguzar la vista para distinguir el coche patrulla, que estaba en el arcén incorrecto con las luces puestas. Arriba, más o menos a medio kilómetro por el maizal, la columna de buitres se veía mejor que antes.

De repente lo entendió, y dijo:

—¡Madre mía! ¡No será otra vez lo mismo!

—Habrá que verlo.

Frenó detrás del coche patrulla y encendió el intermitente, mientras Pendergast salía.

—Es posible que tarde.

—¿No lo acompaño?

—Lo siento, pero no.

—Da igual, he traído un libro.

El agente se internó en el maizal. Al perderlo de vista, Corrie sintió una vaga desazón. Después miró el asiento trasero, donde siempre tenía cinco o seis libros desperdigados de ciencia ficción, terror o *splatterpunk*, más alguna novela romántica para adolescentes en cuya lectura nunca se dejaba sorprender por nadie. Quizá amenizase la espera con aquel *thriller* tecnológico que acababa de salir, *Mucho más allá del hielo*. Lo cogió, pero no empezó su lectura. Por alguna razón, la idea de leer a solas en el coche le resultaba menos atractiva que de costumbre. Se le fue la vista hacia los buitres, que volaban más alto. Aunque empezara a ser de noche, vio que estaban alborotados. Quizá los hubiera ahuyentado el sheriff. Sintió una punzada de curiosidad. En el maíz podía haber algo mucho más interesante que el argumento de sus fantasiosas novelas.

Tiró el libro al asiento trasero con un resoplido de impaciencia. No pensaba dejarse gobernar por Pendergast. Tenía el mismo derecho que cualquiera a ver qué pasaba.

Abrió la puerta del coche, y al meterse en el maizal reconoció las huellas del sheriff en el polvo. Había otra hilera más estrecha que seguían y desandaban la de los zapatos de payaso de Hazen. Debían de ser las de su ayudante Tad, un chico bienintencionado pero de pocas luces. Cerca de ellas, discurrían ligeras las de Pendergast.

Dentro del maizal hacía mucho calor, y la sensación era de claustrofobia. Las mazorcas, que a Corrie le quedaban bastante por encima de la cabeza, se balanceaban a su paso con un ruido de farfolla, y la recibían con una lluvia de polvo y polen. El cielo aún atesoraba un poco de luz, pero dentro del maizal parecía que ya fuese de noche. Empezó a respirar más deprisa, y a dudar de que hubiera sido buena idea. Ella nunca se metía en los maizales. Los odiaba desde pequeña. Primero, en primavera, eran puro polvo; máquinas gigantes levantando la tierra, y unas columnas de humo que dejaban todo el pueblo perdido (incluida su cama, llena de granitos). Después salía el maíz, y durante cuatro meses el único tema de conversación era el tiempo. Lentamente, las carreteras quedaban encerradas por altas paredes de maíz, hasta que se tenía la sensación de conducir por un túnel verde. En esos momentos el maíz ya amarilleaba; pronto habrían vuelto las máquinas gigantes, y dejarían la tierra desnuda y fea como un caniche afeitado.

Era horrible. Por si no fuera bastante grave tener la nariz llena de polvo, y los ojos llorosos, el olor a moho y papel le daba náuseas. Kilómetros y kilómetros de maíz, que seguramente no creciera para alimentar a las personas o a los animales, sino a los coches... Maíz de coche. Qué asco. Qué asco.

De improvisó salió a un claro pequeño y muy pisado, donde encontró al sheriff y Tad con sendas linternas, inclinados sobre algo. Pendergast se mantenía aparte. La irrupción de Corrie hizo que la mirara con sus ojos claros, que en el crepúsculo casi eran luminosos.

Sintió un vuelco muy desagradable en el estómago. En el centro del claro había algo muerto, pero cuando hizo el esfuerzo de mirar se dio cuenta de que solo era un perro, marrón y tan hinchado por los gases de la putrefacción que se le habían puesto los pelos de punta. El resultado era horrible y extraño, como un pez globo con cuatro patas. El aire inmóvil, cargado de moscas, tenía un olor repugnante y dulzón.

El sheriff se volvió y dijo con tono campechano:

—Bueno, Pendergast, parece que nos hemos molestado por nada.

Al mirar por encima del hombro del agente, y ver a Corrie, la observó durante unos segundos cargados de tensión. Después volvió a mirar a Pendergast, que no decía nada.

El agente también había sacado una pequeña linterna del bolsillo, con la que iluminaba al perro muerto e hinchado. Corrie se mareó al reconocer el labrador de color chocolate del hijo de Swede Cahill, un niño de doce años, simpático y

con pecas.

—Bueno, Tad —dijo el sheriff, dando una palmada en el hombro a su larguirucho ayudante—, ya hemos visto todo lo que había que ver. Vámonos.

Mientras tanto, Pendergast se había acercado al perro y lo examinaba de rodillas, molestando a las moscas que formaban una nube en constante movimiento por encima del animal.

El sheriff pasó al lado de Corrie como si no existiera, y al llegar al borde del claro se volvió y dijo:

—¿No viene, Pendergast?

—Aún no he terminado mi examen.

—¿Ha encontrado algo interesante?

Tras unos instantes de silencio, Pendergast respondió:

—Es otro asesinato.

—¿Otro asesinato? Aquí lo que hay es un perro muerto, y estamos a tres kilómetros de donde apareció el cadáver de Sheila Swegg.

Corrie, vagamente horrorizada, vio que el agente del FBI cogía la cabeza del perro, la desplazaba suavemente hacia ambos lados, la dejaba en el suelo y enfocaba la linterna en la boca, las orejas y el flanco. El zumbido furibundo de las moscas se volvió más intenso.

—¿Qué? —preguntó el sheriff, con más dureza que antes.

—A este perro le han partido el cuello —dijo Pendergast.

—Lo atropellaron, y se arrastró hasta aquí para morir. Es habitual.

—Si lo hubieran atropellado no tendría la cola así.

—¿Qué cola?

—A eso me refiero.

El sheriff y Tad dirigieron sus respectivas linternas hacia los cuartos traseros del perro. No había cola, sino un muñón rosado con un hueso blanco en medio.

El sheriff no dijo nada.

—Y aquí... —Pendergast iluminó el maíz—. Preveo que encontrarán las huellas de la persona que lo ha matado; huellas descalzas del cuarenta y seis volviendo hacia el río, idénticas a las que aparecieron con el primer cadáver.

—Pues mire, Pendergast —dijo el sheriff, después de otro silencio—, lo único que se me ocurre es que es un alivio. Usted lo atribuía a un asesino en serie, pero ahora sabemos que es un enfermo. Porque matar un perro y cortar la cola... Manda cojones.

—Sí, pero se habrá fijado en la diferencia: en este caso no hay ceremonial, ni la sensación de que el cadáver está integrado en una composición.

—¿Y qué?

—Que no cuadra. Claro que solo se puede concluir una cosa: que se trata de otro patrón, o mejor dicho de una clase completamente nueva.

—¿Clase? ¿Clase de qué?

—De asesino en serie.

Hazen miró teatralmente al cielo.

—Por lo que a mí respecta, sigue habiendo un único asesinato. Un perro no cuenta. —Se volvió hacia Tad—. Llama al forense, y que se lleven el perro a Garden City para hacerle la autopsia. Luego avisas a los del departamento para que analicen el claro, con especial atención a las huellas, si las hay. Ah, y que la policía del estado ponga vigilancia. Quiero que lo precinten, y que no entre nadie sin autorización. ¿Lo has entendido?

—Sí, sheriff.

—Muy bien. Bueno, Pendergast, espero que a partir de este momento se lleve a cualquier persona no autorizada del lugar del crimen.

Corrie se asustó cuando Hazen la iluminó con la linterna.

—¡No se referirá a mi ayudante, sheriff!

El silencio se podía cortar. Corrie miró al agente de reajo, preguntándose a qué jugaba. ¿Ayudante? Se le reavivaron antiguos temores: pronto Pendergast querría ayudarla a bajarse los pantalones.

El sheriff tardó un poco en hablar.

—¿Ayudante? ¿Se refiere a la delincuente que tiene al lado? ¿La que tiene pendiente un juicio por robo de segundo grado? Lo cual, dicho sea de paso, en Kansas constituye un delito grave.

—En efecto, a ella.

El sheriff asintió con la cabeza. Sus siguientes palabras fueron de una suavidad inhabitual.

—Mire, señor Pendergast, yo soy una persona paciente. Solo se lo diré una vez: todo tiene su límite.

Pendergast rompió el silencio contestando:

—Señorita Swanson, ¿tendría la amabilidad de sostener la linterna mientras examino la parte posterior de este perro?

Corrie se tapó la nariz con una mano, cogió la linterna con la otra y la enfocó en el lugar indicado. Notaba al sheriff detrás, mirándole la nuca con tanta insistencia que se le erizó el vello.

Pendergast se levantó y puso una mano en el hombro de Hazen, que la miró con ganas de apartarla.

—Sheriff Hazen —dijo el agente del FBI, con repentina deferencia—, quizá tenga la impresión de que he venido expresamente a molestarlo, pero le aseguro que tengo buenos motivos para todo lo que hago. Tengo la esperanza de que no renuncie a esa paciencia que ya ha demostrado tener, y que admiro. Solo le pido, por lo tanto, que me tolere un poco más, a mí y a mis métodos poco ortodoxos; y también a mi poco ortodoxa ayudante.

El sheriff puso cara de pensárselo, y su tono se volvió menos crispado.

—Sinceramente, no puedo decir que me guste su manera de llevar el caso.

Siempre tengo la impresión de que los del FBI se olvidan de que después de pillar al culpable hay que condenarlo. Ya sabe que, hoy en día, a la mínima sospecha de manipulación de pruebas el sospechoso queda libre. —Miró a Corrie de reojo —. Más vale que tenga autorización para entrar en el lugar del crimen.

—La tendrá.

—Imagínese la impresión del jurado al verla con el pelo violeta y un collar de perro. Y con antecedentes penales, por si fuera poco.

—Ese puente lo cruzaremos cuando lleguemos.

El sheriff lo miró fijamente.

—Pues nada, lo dejo con Bobby, pero acuérdesse de lo que le he dicho. Ven, Tad, vamos a hacer las llamadas de turno.

Dio media vuelta y, encendiendo un cigarrillo, desapareció al otro lado del muro de maíz, seguido por Tad. Las últimas pisadas en las farfollas devolvieron el silencio al claro.

Corrie se apartó unos pasos del olor a podrido.

—Agente Pendergast...

—Dígame, señorita Swanson.

—¿Qué ha sido esa chorrada de «ayudante»?

—He deducido su disposición a aceptar el cargo del hecho de que haya venido aquí desobedeciendo mis órdenes, señal de un interés por los aspectos forenses del crimen.

¿Sería otra broma?

—Es que no me gusta que me dejen al margen. Oiga, que yo no tengo ni pajolera idea de investigar. No sé escribir a máquina ni manejar una centralita, y ya puede olvidarse de que escriba al dictado, o haga algo de lo que hacen los ayudantes.

—Tampoco es lo que necesito. Quizá la sorprenda, pero, tras reflexionar sobre lo que tenemos entre manos, he llegado a la conclusión de que será un ayudante inmejorable. Necesito a alguien que conozca el pueblo, con sus habitantes y sus secretos, pero que al mismo tiempo no esté integrado, que no tenga obligaciones con nadie; alguien que me cuente la verdad sin adornos. ¿No le parece que coincide con su perfil?

Corrie se lo pensó. Poco integrada, sin obligaciones... Por deprimente que le pareciera, cumplía los requisitos.

—El ascenso comporta un aumento en la paga, que queda en ciento cincuenta dólares diarios. Llevo todos los papeles en el coche, incluida una autorización limitada para acceder al escenario del crimen. Tendrá que seguir mis órdenes al pie de la letra. Se acabó lo de bajar del coche por impulso. En cuanto a sus deberes, ya habrá tiempo de profundizar en ellos.

—¿Y quién me pagará? ¿El FBI?

—No, yo, de mi bolsillo.

—¡Venga, hombre, que sabe que no lo valgo! Sería tirar el dinero.

Pendergast se volvió para mirarla, y Corrie volvió a quedar impresionada por la intensidad de sus ojos grises.

—De momento solo sé una cosa: que nos enfrentamos con un asesino extremadamente peligroso, y que no tengo tiempo que perder. Necesito su ayuda. ¿Cuánto vale salvar una vida?

—Ya, pero ¿cómo quiere que lo ayude? Tiene razón el sheriff: soy una delincuente, y encima tonta.

—No diga necedades, señorita Swanson. ¿Hay o no hay trato?

—Bueno, vale, pero que no pase de «ayudante». Le repito que no se haga ilusiones.

Pendergast la miró.

—¿Cómo dice?

—Ya me entiende. Como hombre.

Pendergast hizo un gesto con la mano.

—Señorita Swanson, lo que insinúa es por completo inconcebible. Pertenece a mundos opuestos. Nos separa un abismo en cuanto a edad, manera de ser, educación, familia y posición; y no hablemos de su *piercing* en la lengua. En mi opinión, aunque esa relación nos proporcionara buenos ratos, sería una grandísima imprudencia.

La explicación irritó a Corrie, sin saber muy bien por qué.

—¿Qué pasa con mi *piercing* en la lengua?

—No digo que pase necesariamente nada. En las islas Andaman, las mujeres de la tribu wimbu se perforan los labios genitales y se atan ristras de conchas de cauri; así, al caminar, hacen ruido por debajo de la falda, y a los hombres les parece lo más atractivo del mundo.

—¡Qué asco!

Pendergast sonrió.

—Conque no es una relativista cultural, como pensaba...

—¿Sabe que es un tío francamente raro?

—La alternativa no me seduce en absoluto, señorita Swanson. —Pendergast cogió la linterna de sus manos y volvió a enfocar el perro—. Bueno, ya que es mi ayudante empiece por decirme de quién es este perro.

A Corrie se le fue la vista involuntariamente hacia el animal hinchado.

—Es Jiff, el perro de Andy, el hijo de Swede Cahill.

—¿Llevaba collar?

—Sí.

—¿Solían dejarlo suelto?

—Como a la mayoría de los perros del pueblo, aunque esté prohibido.

Pendergast asintió con la cabeza.

—Sabía que mi confianza en usted no era injustificada.

Corrie lo miró, divertida.

—¿Sabe que es todo un personaje?

—Gracias. Parece que tenemos algo en común.

Mientras el silencio se apoderaba del claro, y Pendergast examinaba al perro, Corrie se preguntó si había sido un insulto o un piropo, pero al seguir con la mirada el haz de la linterna tuvo un momento de compasión más fuerte que el mal olor y el zumbido de las moscas. Menudo disgusto se llevaría Andy Cahill. Habría que decírselo, y todo apuntaba a que le tocaría a ella. Con tal de no dejárselo a los brutos del sheriff y su ayudante... Tampoco Pendergast le parecía la persona más indicada, por muy educado que fuera. Al levantar la vista, se llevó la sorpresa de ver que la estaba observando.

—Sí—dijo el agente—, creo que sería un gesto que la noticia se la diera usted a Andy Cahill.

—¿Cómo lo...?

—Aprovechando la ocasión, señorita Swanson, podría averiguar discretamente cuándo fue la última vez que Andy vio a Jiff, y hacia dónde pudo ir el perro.

—Vaya, que quiere que haga de detective.

Pendergast asintió.

—Para algo es mi nueva ayudante.

## Quince

Margery Tealander recortaba cupones meticulosamente en el viejo escritorio de madera de su espartano despacho, pendiente de *El precio justo*. El televisor en blanco y negro era tan viejo, y la imagen tan mala, que había subido el volumen a tope para no perderse detalle, aunque a decir verdad no estaba el día muy animado. Pocas veces había visto un grupo de concursantes tan penoso: siempre se pasaban de precio, o por encima o por debajo. Interrumpió los recortes para prestar atención a la pantalla y escuchar lo que decían. Todos habían dado su precio menos la última concursante, una asiática flaca que no podía tener más de veinte años.

«Yo digo que mil cuatrocientos un dólares, Bob», pronunció con una sonrisa tímida, inclinando la cabeza.

—¡Caramba!

Marge hizo un chasquido de desaprobación y siguió recortando. ¿Mil cuatrocientos dólares por una lavadora secadora Maytag? ¿En qué planeta vivían? El público tampoco los ayudaba mucho, con su manía de jalearse a gritos cada apuesta equivocada. ¡Con ella de concursante sí que habrían tenido espectáculo! Margery siempre acertaba con los precios, y también con las puertas. Por otro lado, no se habría conformado con los premios cutres (el cobertizo de madera de secuoya, la vitrina o la cera de suelos para todo un año), sino que habría ido directamente a por el barco Chris-Craft de cinco metros, aprovechando que un primo suyo tenía un embarcadero en el lago Scott. Lástima que, justo una semana después de haber convencido a Rocky de que la llevase a Studio City, a él le hubieran diagnosticado un enfisema; y tampoco era cuestión de ir sola, sin Rocky (en paz descansase), porque en el... ¡Anda, qué interesante! Veinte por ciento de descuento sobre el Woolite para compras por encima de treinta dólares. Casi nunca lo rebajaban. Con el triplete de cupones de los fines de semana, podría comprarlo casi a mitad de precio. Sería cuestión de acumularlo. Decididamente, los precios del Shopper's Palace de Ulysses no tenían competencia. No quedaba tan cerca como el Red Owl de Garden City, pero a la hora de ahorrar, de ahorrar en serio, el Palace no tenía rival. Además, los supersábados le descontaban el diez por ciento en la gasolinera, y así compensaba la distancia. Claro que se arrepentía un poco de no comprársela a Ernie, pero en una época así, de vacas flacas, lo esencial era el sentido práctico. ¡Caray! ¡Eso sí que ya...! Novecientos veinticinco por la Maytag. ¡Qué bien le quedaría al lado del lavadero! Siempre podía convencer a Alice Franks de que buscara una excursión en autobús para...

De repente se dio cuenta de que había alguien delante de la mesa.

—¡Válgame Dios! —Bajó rápidamente el volumen de la tele—. Me ha asustado, joven.

Era el hombre que veía por el pueblo desde hacía unos cuantos días, el del traje negro.

—Disculpe —contestó él, con resabios sureños de julepes de menta, pralinés y cipreses en la voz.

Saludó con una inclinación. Tenía los dedos largos y afilados, y unas uñas que, para sorpresa de Margery, lucían una manicura sutil y muy profesional.

—No, no se disculpe —dijo ella—. Pero tampoco sea tan sigiloso. ¿Qué quería?

Él señaló los cupones con la cabeza.

—Espero no llegar en mal momento.

Marge soltó una carcajada.

—¡Ja! ¡En mal momento! Muy agudo. —Apartó los cupones—. Soy toda oídos, señor...

—Vuelvo a pedirle disculpas —dijo él—. No me he presentado. Me llamo Pendergast.

De repente Margery se acordó del artículo del periódico.

—Claro, el que ha venido del sur para investigar el asesinato. Ya había notado yo que no es de aquí. Con esa manera de hablar...

Lo miró con más curiosidad. Era bastante alto, con el pelo de un rubio casi blanco, y sostenía su mirada con unos ojos claros y suavemente inquisitivos. No por ser delgado parecía débil, sino todo lo contrario, aunque con un traje tan rigurosamente negro no se podía asegurar. En el fondo era muy atractivo, a la manera del profundo sur.

—Encantada, señor Pendergast. Le ofrecería asiento, pero el único que hay es esta silla giratoria. La gente que viene no suele tener ganas de quedarse.

Soltó otra carcajada.

—¿Por qué, señora Tealander?

Fue una pregunta tan educada que Marge no se fijó en que el hombre de negro ya conocía su apellido.

—¿Por qué va a ser? A menos que le guste pagar impuestos y rellenar formularios...

—Ah, claro. Comprendo. —Pendergast avanzó un paso—. Señora Tealander, tengo entendido que...

—Quinientos dólares —le interrumpió Marge.

Él quedó en suspenso.

—¿Perdón?

—No, nada.

Marge apartó la vista de la tele, a la que había quitado el volumen.

—Tengo entendido que lleva usted el registro de Medicine Creek

Marge asintió.

—Exactamente.

—Y que ejerce funciones de administradora del pueblo.

—Sí, a tiempo parcial. Bueno, últimamente muy parcial.

—Y que gestiona el departamento de obras públicas.

—Si se puede llamar así a llevar la cuenta de lo que gasta Henry Fleming, que es el que conduce el quitanieves y cambia las bombillas de las farolas...

—También recauda los impuestos sobre la propiedad inmobiliaria.

—Exacto. Es la razón de que Klick Rasmussen no me invite a sus partidas de canasta.

Pendergast volvió a quedarse callado.

—En conclusión, que podría decirse que es quien administra Medicine Creek.

Marge sonrió de oreja a oreja.

—Yo no lo habría dicho mejor, joven. Claro que el sheriff Hazen y Art Ridder podrían no estar de acuerdo.

—En tal caso, que opinen lo que quieran.

—¡Caray! ¡Eso digo yo!

La mirada de Marge había vuelto a escaparse hacia la tele. Hizo el esfuerzo de mirar al visitante, que sacó una cartera de piel del bolsillo de su chaqueta.

—Señora Tealander —dijo al abrirla, y enseñar la chapa de oro—, ¿sabe que soy agente del FBI?

—Eso decían en la peluquería.

—Me gustaría tener una perspectiva... digamos que más burocrática de los habitantes de Medicine Creek: a qué se dedican, dónde viven, cuál es su nivel de ingresos... Ese tipo de cosas.

—Pues ha venido al sitio indicado. Jurídicamente, lo sé todo de cada alma de este bendito pueblo.

Pendergast hizo un gesto con la mano.

—No hace falta que le diga que, técnicamente, una investigación de esas características requiere una orden judicial.

—¿Dónde se cree que estamos, joven? ¿En Great Bend? ¿En Wichita? Yo, con los representantes de la ley no voy con ceremonias. Además, aquí no tenemos secretos, al menos ninguno que pueda interesarle.

—¿Significa eso que no tiene ningún reparo en que me... familiarice más a fondo con la población?

—Mire, señor Pendergast, tengo la agenda vacía hasta el 22 de agosto, que es cuando toca redactar los recibos del impuesto sobre la propiedad del cuarto trimestre.

Pendergast se acercó un poco más a la mesa.

—Espero que no tardemos tanto.

Otra carcajada.

—¡Tardar tanto, dice! ¡Ja! Muy agudo, muy agudo.

Marge hizo girar la silla hacia la pared, donde había una caja fuerte antigua,

muy maciza y con restos de baño de oro en los ángulos. Era el único mobiliario de la sala aparte de la mesa y de una pequeña estantería. Manipuló el botón central en ambas direcciones, marcando la combinación. Después cogió el tirador, abrió la puerta de hierro, metió la mano y sacó una caja más pequeña de madera, que dejó en la mesa entre ella y Pendergast.

—Aquí está —dijo, con un golpecito satisfecho en la caja—. ¿Por dónde quiere empezar?

Pendergast miraba la cajita.

—¿Perdón?

—Digo que por dónde quiere empezar.

—No irá a decirme que...

Una sombra de incompreensión pasó fugazmente por el rostro de Pendergast, sustituida de inmediato por la misma mirada de tenue curiosidad de antes.

—¿Qué se creía, que para administrar un pueblo del tamaño de Medicine Creek hace falta un ordenador? Todo lo que necesito lo tengo en esta cajita, y lo demás está aquí dentro. —Se dio un golpecito en la sien—. Se lo voy a enseñar. —Abrió la caja y sacó una ficha al azar. Contení una docena de líneas escritas a mano con buena letra, seguidas por una hilera de números, algunos garabatos y símbolos, y unos cuantos adhesivos de varios colores: rojo, amarillo y verde—. ¿Ve? —dijo, poniéndosela a Pendergast en las narices—. Es la ficha del cascarrabias de Dale Estrem. Es granjero, su padre era granjero (y cascarrabias), y su abuelo... De su abuelo más vale que no hablemos. Dale y los demás pesados de la cooperativa se pasan el día poniendo obstáculos al progreso. Mire, aquí se ve que lleva dos trimestres de retraso en la contribución, que su hijo mayor repitió noveno curso, que su fosa séptica incumple la normativa, y que hace siete años que pide la subvención agraria.

Hizo un chasquido de desaprobación, mientras la mirada de Pendergast iba de ella a la caja, y de la caja a ella.

—Ajá.

—Aquí dentro tengo noventa y tres fichas, una para cada familia de Medicine Creek y las entidades menores de la zona. Podría hablarle de cada ficha durante una hora, y si me apura dos. —Marge empezaba a entusiasmarse. No todos los días se interesaba un funcionario por su registro—. Le prometo que cuando terminemos lo sabrá todo sobre Medicine Creek.

La respuesta fue un profundo silencio.

—Claro, claro —dijo Pendergast, como si se hubiera quedado ensimismado.

—Total, señor Pendergast, que se lo vuelvo a preguntar: ¿por dónde quiere que empecemos?

El agente pensó.

—Supongo que convendría empezar por la A.

—En Medicine Creek no hay ningún apellido que empiece con A, señor

Pendergast. Empezaremos por David Barnes, que vive en la carretera del condado. Siento mucho que no haya otra silla. A ver si mañana traigo una de mi cocina y se puede sentar.

Dejó la ficha en su sitio, se mojó el dedo con entusiasmo, sacó la primera de la caja y empezó a hablar. Al lado, el televisor seguía parpadeando, pero ahora nadie hacía caso al concurso.

## Dieciséis

El coche patrulla de Tad Franklin, el ayudante del sheriff, rodó por la grava del aparcamiento, entre la mansión victoriana y la tienda de recuerdos, y frenó con un crujido. Al salir, Tad desperpezó su largo cuerpo al sol de agosto, se rascó el pelo negro cortado a cepillo y miró la casa con cierta suspicacia. La valla blanca se caía de vieja, con desconchaduras y maderas sueltas; el jardín trasero estaba invadido por las malas hierbas, y la enorme mansión no parecía haber recibido una mano de pintura en cincuenta años. Las tormentas de polvo de Kansas la habían dejado en la madera, y ahora la estaban reduciendo a cartón. El letrero de LAS CUEVAS DE KRAUS, torcido y con franjas de maltrecha pintura roja y blanca, era digno de una película de terror de serie B. El conjunto deprimía. Decididamente había que salir de Medicine Creek, pero sin precipitarse, cuando ya tuviera un poco más de experiencia. Además, la idea de decirselo al sheriff Hazen le daba pánico. Era consciente de que el sheriff lo estaba formando con brusco paternalismo como su sucesor, y no le gustaba imaginar su reacción cuando le dijera que le habían ofrecido trabajo en Wichita o Topeka (donde fuera, menos en Medicine Creek).

Cruzó la verja y, pisando maleza, llegó a los escalones de la entrada. El ruido de sus botas en el porche pandeado que rodeaba la casa sonó a hueco. No soplaba ni una pizca de viento. Se oía el canto de las cigarras en el maíz. Esperó un poco y llamó.

Abrieron tan deprisa que se sobresaltó. Era el agente especial Pendergast.

—Pase, por favor, ayudante Franklin.

Tad se quitó el sombrero, y al entrar en el salón se sintió incómodo. El sheriff le había encomendado una investigación discreta sobre las intenciones de Pendergast, y sobre lo que pudiera haber averiguado de la muerte del perro, pero ahora le daba vergüenza. No se le ocurría ninguna manera de abordar el tema sin revelar la razón de su visita.

—Viene justo a tiempo para la comida —dijo el agente, cerrando la puerta.

Las persianas estaban bajadas, y no hacía tanto calor como al sol, pero como no había aire acondicionado el ambiente seguía siendo bochornoso. Cerca de la puerta principal había dos maletas que por sus dimensiones merecían el nombre de baúles, y presentaban adhesivos del servicio de entrega urgente en sus lujosas superficies de piel. Al parecer, Pendergast se preparaba para una larga estancia.

—¿Comida? —repitió Tad.

—Una ensalada ligera con *antipasti*: jamón de San Daniele, queso pecorino con miel trufada, *baccelli*, tomates y rúcula. Algo ligero para el calor.

—Ah... Qué bueno...

Puestos a comer comida italiana, ¿por qué no una pizza, que era lo normal? Dio otro paso sin saber qué decir. Era la una. ¿Quién comía a la una? Él lo había

hecho a la hora normal, las once y media.

—La señorita Kraus está indispuesta, en la cama, así que lo he preparado yo.

—Ya.

Tad siguió a Pendergast a la cocina. En un rincón había varias cajas de Federal Express y DHL perfectamente amontonadas. La encimera estaba ocupada por una docena de envases de comida, con marcas que sonaban a extranjeras: Balducci's, Zabat's... Tad se preguntó si Pendergast era italiano o francés. En todo caso, no comía como los norteamericanos.

Mientras tanto, con gran habilidad y economía de movimientos, Pendergast había dispuesto comida de aspecto raro en tres platos: salami, queso y lo que debía de ser una especie de lechuga. Tad la observaba, pasándose el sombrero entre las manos.

—Subo esta bandeja a la señorita Kraus —dijo Pendergast.

—Ah, muy bien.

Desapareció en la parte trasera de la casa. Tad oyó la voz musical de Winifred, y los murmullos del agente, que volvió poco después.

—¿Está bien?

—Perfectamente —dijo Pendergast en voz baja—. Es más psicológico que físico. En estos casos son normales las reacciones retardadas. Imagínese el susto que se pegaría al enterarse del asesinato.

—Como todos.

—Lógico. Hace poco participé en un caso muy desagradable en Nueva York, donde los crímenes, por desgracia, son más habituales; estoy acostumbrado, señor Franklin, en la medida en que es posible acostumbrarse, pero comprendo que para todos ustedes haya sido (y siga siendo) una experiencia nueva y muy desagradable. Siéntese, por favor.

Tad se sentó y dejó el sombrero encima de la mesa, pero le pareció mal lugar y lo puso en una silla. Después tuvo miedo de olvidárselo y lo volvió a coger.

—Démelo, démelo —dijo Pendergast, y lo colgó en un sombrerero, cerca de la mesa.

Tad cambió de postura, cada vez más violento. Pendergast le puso un plato delante y dijo, con gestos de que empezara a comer:

—*Buon appetito.*

Tad cogió el tenedor, pinchó un trozo de queso, lo cortó y lo probó con precaución.

—Le aconsejo que lo aderece con un poco de este *miele al tartufo bianco* —dijo Pendergast, ofreciéndole un tarrito de miel de olor extraño.

—No, gracias, lo prefiero solo.

—Tonterías.

Pendergast cogió una cucharilla y dejó caer algo de miel sobre lo que

quedaba del queso de Tad, que cortó otro trozo y comprobó que no tenía mal sabor.

Comieron en silencio. A Tad le estaba gustando, sobre todo algunas lonchitas de salami.

—¿Qué es? —preguntó.

—*Cinghiale*. Jabalí.

—Ah...

Pendergast procedió a rociarlo todo con aceite de oliva, y también con un líquido negro como la brea. No solo lo hizo con su plato, sino con el de Tad.

—Bueno, señor Franklin, supongo que ha venido buscando información.

Su franqueza hizo que pareciera todo menos violento.

—Pues sí, la verdad.

Pendergast se limpió la boca con unos toques de servilleta, y se apoyó en el respaldo.

—El perro se llamaba Jiff, y su dueño era Andy Cahill. Tengo entendido que a Andy le gusta explorar, y que solía pasearse por todas partes con su perro. En breve mi ayudante me facilitará los resultados de una entrevista.

Tad buscó su libreta, la sacó y empezó a tomar notas.

—El perro, por lo visto, murió la noche anterior. ¿Se acuerda de que pocas horas después de medianoche el cielo se tapó? Pues al parecer es cuando lo mataron. Acabo de recibir los resultados de la autopsia. Aquí los tengo. Las vértebras C2, 3 y 4 estaban aplastadas. No hay indicios de que se usara ninguna máquina o instrumento, lo cual es problemático, ya que, si únicamente se emplearon las manos, tuvo que hacerse con una fuerza considerable. Parece que la cola fue seccionada con un instrumento tosco, y que se la llevaron junto con el collar y la etiqueta.

Tad tomaba notas como un poseso. Excelente información. El sheriff estaría contento. Claro que seguro que le habían enviado el mismo informe... Siguió tomando notas por si acaso.

—El otro día seguí las huellas que entraban y salían del claro. En ambos casos se usó la misma hilera de maíz, que lleva hasta el río. Como a partir de ahí se perdía la pista, he pasado la mañana con la señora Tealander, la administradora del pueblo, y me he estado familiarizando con los habitantes de la población. Empiezo a temer que el caso me lleve mucho más tiempo del que me había...

Se oyó una voz trémula al fondo de la casa.

—¿Señor Pendergast?

El agente se puso un dedo en los labios.

—La señorita Kraus se ha levantado —murmuró—. No conviene que nos oiga hablar así. —Volvió la cabeza y dijo en voz alta—: Dígame, señorita Kraus.

Tad vio aparecer a la anciana en la puerta, con camión y bata a pesar del calor, y se puso rápidamente en pie.

—¡Ah, hola, Tad! —dijo la anciana—. Es que me encontraba mal, y el señor Pendergast ha tenido la amabilidad de cuidarme. Por mí no te levantes. Siéntate, por favor.

—Como usted diga.

La señorita Kraus se sentó pesadamente a la mesa con cara de agobio.

—La verdad, estoy cansada de tanta cama. No sé cómo lo aguantan los inválidos. Señor Pendergast, ¿le importaría servirme una taza de ese té verde que toma? He notado que me calma los nervios.

—Con mucho gusto —dijo Pendergast, y se acercó a los fogones.

—¿A que es horrible, Tad? —dijo ella.

El ayudante del sheriff no sabía qué contestar.

—Me refiero al asesinato. ¿Quién puede haberlo hecho? ¿Se sabe?

—Estamos siguiendo algunas pistas —contestó Tad. Era lo que siempre decía el sheriff.

La señorita Kraus se subió el cuello de la bata.

—Me angustia tanto, pero tanto, saber que está libre una persona así... Y, si tienen razón los periódicos, podría ser alguien del pueblo.

—Sí, señora.

Pendergast sirvió té para todos en silencio. Tad miró por los visillos y vio el horizonte de maíz, con su invariable color amarillo. Era un panorama que cansaba la vista. Por primera vez se le ocurrió que trabajar en aquel caso (suponiendo que su resolución fuera satisfactoria) podía ser el ansiado pasaporte para salir del pueblo, y de repente ya no le pareció tan fatigoso averiguar qué sabía Pendergast, sino algo que convenía hacer con regularidad. Al oír la voz de la señorita Kraus, se volvió educadamente.

—Tengo miedo por nuestro pueblecito —decía Winifred Kraus—. La verdad es que, con el asesino suelto, tengo muchísimo miedo.

## Diecisiete

Corrie Swanson pisó a fondo el freno del Gremlin, que levantó una lenta espiral de polvo. ¡Pero qué calor, joder! Miró el asiento de al lado. Pendergast la miró con las cejas un poco levantadas.

—Es aquí —dijo Corrie—. Aún no me ha dicho a qué venimos.

—A visitar a un tal James Draper.

—¿Por qué?

—Tengo entendido que cuenta ciertas cosas sobre la matanza de Medicine Creek y me parece que es hora de saber de qué se trata.

—Brushy Jim siempre habla mucho.

—¿Usted no le cree?

Corrie se rio.

—Miente hasta para saludar.

—La experiencia me ha enseñado que los mentirosos son los que más verdades acaban diciendo.

—¿Y eso por qué?

—Porque la verdad es la mentira más segura.

Corrie soltó el freno sacudiendo la cabeza. Decididamente, era un tío rarísimo.

La finca de Brushy Jim, tocante a la carretera de Deeper, estaba protegida por una alambrada. La casa, de planchas de madera y dos habitaciones, quedaba apartada de la carretera, con un álamo delante que le prestaba cierta intimidad. Parecía un desguace; alrededor todo eran coches, camiones, calderas oxidadas, neveras y lavadoras abandonadas, postes viejos de teléfono, compresores, un par de cascos de barco, algo parecido a una locomotora de vapor y otros objetos deteriorados hasta lo irreconocible.

Al meterse por el camino de tierra, Corrie pisó un poco demasiado el acelerador, con el resultado de que, tras una sacudida y una detonación, el Gremlin no dio señales de vida. Al principio el silencio era total, pero solo hasta que se abrió bruscamente la puerta de la casa y apareció un hombre a la sombra del porche. Cuando Pendergast y Corrie bajaron del vehículo, el hombre avanzó hasta quedar expuesto a la luz. Corrie, como la mayoría de los habitantes de Medicine Creek, hacía lo posible por evitar a Brushy Jim, pero vio que estaba como siempre: con toda la cabeza y la cara cubierta de una gran mata de pelo rubio, en el que solo se distinguían los ojos negros, los labios y algo de frente. Llevaba unos tejanos gruesos, botas camperas de color marrón, camisa azul con botones de perla falsa y un sombrero de vaquero que había conocido mejores tiempos. Su cuello, muy recio, llevaba anudado un cordón con una piedra turquesa como para partírla el cráneo a una mula, aunque la barba tapaba parcialmente la tira de cuero. Brushy Jim tenía bastante más de cincuenta años,

pero la abundancia de cabello le hacía parecer diez años más joven. Los miró con suspicacia, apoyado en un poste con una mano.

Pendergast se acercó unos pasos al porche, haciendo ondear los faldones de la chaqueta.

—Quédese donde está y diga a qué viene —le ordenó Brushy Jim—. Ahora mismo.

Corrie tragó saliva. Si pasaba algo malo, sería en ese momento.

Pendergast dejó de caminar.

—¿Es usted el señor James Draper, bisnieto de Isaiah Draper?

Brushy Jim se irguió un poco, aunque su mirada seguía siendo de desconfianza.

—¿Y si lo soy?

—Me llamo Pendergast y busco información sobre la matanza de Medicine Creek del 14 de agosto de 1865, cuyo único superviviente fue su bisabuelo.

La referencia a la matanza obró un cambio radical en el rostro de Brushy Jim. La mirada de recelo se suavizó.

—¿Y la chica, si es que es una chica? ¿Quién es?

—La señorita Corrie Swanson —respondió Pendergast.

Jim se irguió un poco más.

—¿La pequeña Corrie? —dijo, sorprendido—. Pero ¿no eras rubia?

Corrie estuvo a punto de decir «he comido demasiadas berenjenas», pero Brushy Jim era un hombre imprevisible y de gatillo fácil; por lo tanto, decidió que la respuesta más segura era encogerse de hombros.

—Pues te sienta fatal tanto negro, Corrie. —Brushy Jim los miró un rato, y asintió con la cabeza—. Bueno, pasen.

Lo siguieron al enrarecido interior de la casa. Había pocas ventanas, y escasa luz. Era una casa llena de objetos en penumbra, que olía a comida rancia y a animales disecados echados a perder.

—Siéntense, que voy a por un par de Coca-Colas.

Al abrirse, la nevera proyectó un rectángulo de luz que fue muy bienvenida. Corrie se sentó al borde de una silla plegable, mientras Pendergast (tras un rápido examen de la sala) optaba por hacerlo en la única porción de un sofá de piel de vaca que no estaba invadida por números polvorientos de *Arizona Highways*. Corrie, que nunca había estado dentro de la casa, lo miraba todo con incomodidad. Las paredes estaban cubiertas de rifles, pantalones de ante, plafones con puntas de flechas, recuerdos de la guerra civil y muestrarios de alambradas. Había un anaquel de volúmenes viejos y mohosos, apoyados en enormes pedazos de madera petrificada sin pulir. Un caballo disecado de raza Appaloosa, completo pero gastado y comido por las polillas, montaba guardia en una esquina. El suelo era un mosaico de ropa sucia, sillas rotas de montar, trozos de cuero y un sinfín de objetos. Parecía mentira. La casa era una especie de

museo polvoriento de reliquias del viejo Oeste. Corrie había esperado encontrar recuerdos de Vietnam (armas, insignias y fotografías), pero no había ningún rastro de esa guerra que, según decían, había cambiado irreversiblemente al dueño de la casa.

Brushy Jim dio a cada uno una lata de Coca-Cola.

—Bueno, señor Pendergast, ¿qué quiere saber de la matanza?

Corrie vio que Pendergast dejaba la Coca-Cola en el suelo.

—Todo.

—Pues la cosa data de la guerra civil. —Brushy Jim descansó todo su peso en un sillón de grandes dimensiones, y bebió ruidosamente—. Seguro, señor Pendergast, que como historiador lo sabe todo sobre esa época de Kansas.

—No soy historiador, señor Draper, sino agente especial del FBI.

Se hizo un silencio sepulcral. Brushy Jim carraspeó.

—Conque del FBI. Y ¿se le puede preguntar qué hace en Medicine Creek?

—He venido por el asesinato.

La mirada de Brushy Jim había recuperado toda su suspicacia.

—¿Y se puede saber qué tiene que ver conmigo?

—La víctima se llamaba Sheila Swegg y era una buscadora de reliquias. Había estado excavando por los túmulos.

Brushy Jim escupió, y usó la bota para enjugar el escupitajo con el polvo del suelo.

—Malditos buscadores de reliquias... Ojalá las dejaran donde están. —Volvió a mirar a Pendergast—. Aún no me ha dicho qué tengo que ver con el asesinato.

—Tengo entendido que la historia de los túmulos y la de la matanza de Medicine Creek están relacionadas entre sí, y con lo que he oído comentar en el pueblo como la maldición de los Cuarenta y Cinco. Como sabrá, el cadáver apareció rodeado por un gran número de flechas de los cheyenes del sur.

Después de meditar un largo rato, Brushy Jim preguntó:

—¿Qué tipo de flechas?

—De caña, con plumas primarias de águila calva y puntas de tipo «cimarrones de los llanos II» hechas de sílex del parque nacional de Alibates y jaspe rojo de Bighorn. Forman una serie en estado casi perfecto, y se remontan más o menos a la época de la matanza.

Brushy Jim silbó una larga nota entre sus dientes y se quedó ceñudo y pensativo.

—¿Señor Draper?—dijo Pendergast al cabo de un rato.

El silencio de Brushy Jim se prolongó un poco más. Luego hizo un gesto con la cabeza y dio inicio a su relato.

—Antes de la guerra civil, el sudoeste de Kansas aún estaba por colonizar. Solo había cheyenes, arapajoes, pawnees y sioux. Los únicos blancos eran los que pasaban por el camino de Santa Fe, mientras que a este lado de la frontera,

en lo que entonces era el este de Kansas, la colonización estaba en auge. La gente había puesto el ojo en las tierras fértiles de los valles de los ríos Cimarrón, Arkansas, Crooked Creek y Medicine Creek. Al estallar la guerra civil, se fueron todos los soldados y el territorio quedó desprotegido. Los colonos se habían dedicado a maltratar a los indios, y era el momento de la revancha. Los indios lanzaron una serie de ataques por la frontera. Más tarde, al final de la guerra civil, volvieron muchos soldados, armados y amargados; gente, señor Pendergast, que había vivido la guerra, y me refiero a una guerra con todas las consecuencias. Ese tipo de violencia cambia a las personas. Puede afectar al cerebro.

Hizo una pausa para carraspear.

—Pues eso, que volvieron y empezaron a formar patrullas para empujar a los indios al oeste y ocupar sus tierras, lo que llamaban ellos «despejarlas». En Dodge se formó un grupo con el nombre de los Cuarenta y Cinco. Bueno, digo Dodge pero entonces solo existía el rancho de los hermanos Hickson. Entre esos cuarenta y cinco que digo había de lo peor, asesinos y sinvergüenzas expulsados de las poblaciones del este. Entonces mi bisabuelo, Isaiah Draper, solo tenía dieciséis años, y acababa de ponerse pantalones largos, pero lo metieron en el fregado. Debí de pensar que, ya que se había perdido la guerra, tenía que demostrar su hombría lo antes posible, aprovechar la ocasión.

Brushy Jim volvió a hacer ruido al beber.

—El caso es que en junio del 65 los Cuarenta y Cinco salieron de cacería al sur de los ríos Canadian y Cimarrón, con la intención de internarse en el mango de Oklahoma, la franja entre Kansas y Tejas. Eran veteranos de la guerra civil, que dominaban la lucha contra un enemigo a caballo; gente dura y encallecida, supervivientes en el peor sentido de la palabra. Habían salido del infierno, señor Pendergast, pero también eran unos cobardes. La mejor manera de sobrevivir a una guerra es ser una gallina sin sangre en las venas. Esperaron a que los guerreros se hubieran ido de caza, y entonces, en plena noche, atacaron varios poblados indios, matando sobre todo mujeres y niños. No tenían compasión, señor Pendergast. Lo que tenían era un dicho: que de los huecos salen los piojos. Mataron hasta a los bebés. A bayoneta, para ahorrar munición.

Otro trago. La voz ronca de Brushy Jim resultaba hipnótica en la oscuridad y el frescor de la sala. Corrie tuvo la impresión de que hablaba de algo vivido. Y quizá, en cierto sentido, fuera así... Apartó la vista.

—A mi bisabuelo le afectó mucho lo que vio. Por hacerse hombre no entendía violar mujeres ni descuartizar bebés. Quiso marcharse, pero, con los indios en pie de guerra, separarse del grupo y volver solo a casa habría sido un suicidio. O sea, que no tuvo más remedio que seguir. Una noche se emborracharon y le pegaron una soberana paliza por no querer sumarse a la diversión. Salí con unas cuantas costillas rotas. Al final fue lo que lo salvó, las

costillas rotas.

» Hacia mediados de agosto hicieron incursiones por media docena de campamentos cheyenes, y al resto los empujaron hacia el norte y el oeste, fuera de Kansas. Al menos es lo que pensaban. Durante el camino de vuelta al rancho de los Hickson, pasaron por aquí, por Medicine Creek El 14 de agosto por la noche acamparon en los túmulos. ¿Ya ha ido a verlos, señor Pendergast?

Pendergast asintió.

—Entonces ya sabe que es el punto más alto de la zona. En esa época no había árboles. Era una loma de matojos con tres túmulos desde donde se tenía una vista de varios kilómetros. Los Cuarenta y Cinco plantaron una cerca, como siempre, con centinelas en los cuatro puntos cardinales a medio kilómetro del campamento. Ya se ponía el sol, y hacía viento. Se acercaba un frente de nubes y polvo.

» Como mi bisabuelo tenía las costillas rotas, lo habían dejado en una especie de hoyo justo detrás de los túmulos, a unos cien metros. Las costillas rotas le impedían sentarse, y estar a ras de tierra, con todo el polvo encima y sin ver nada, era para volverse loco. Total, que lo pusieron en un sitio resguardado del viento, entre matorrales. Debían de arrepentirse de la paliza.

» Pasó justo cuando se ponía el sol y estaban a punto de cenar.

Echó la cabeza hacia atrás para echar un buen trago.

—De repente oyeron el ruido de unos cascós. Eran treinta guerreros en caballos blancos con pinturas ocre, que salían del polvo; treinta indios con toda la parafernalia (caras pintadas, plumas y cascabeles) que se les echaron encima gritando y disparando flechas. Los Cuarenta y Cinco, que no habían oído nada, se llevaron un susto de muerte. En un par de pasadas no quedó ningún superviviente. Los centinelas no vieron nada. No habían visto acercarse jinetes ni habían oído nada. Los centinelas, señor Pendergast, fueron de los últimos en morir, lo cual, si sabe un poco de historia militar del Oeste, es lo contrario de lo que suele suceder.

» De todos modos, para los cheyenes tampoco fue un paseo. Los Cuarenta y Cinco, gente dura, plantaron resistencia, y mataron como mínimo a un tercio de los atacantes, aparte de bastantes caballos. Mi bisabuelo lo vio todo desde donde estaba tumbado. Después de... de matar al último, los indios volvieron a la nube de polvo. Desaparecieron, señor Pendergast; y, al despejarse la nube, no quedaba nada. Ni indios ni caballos. Solo cuarenta y cuatro cadáveres blancos sin cabellera. Habían desaparecido hasta los indios y los caballos muertos.

» A mi abuelo lo recogió dos días después una patrulla del Cuarto de Caballería, cerca del camino de Santa Fe. Les llevó al lugar de la matanza, y encontraron sangre y vísceras podridas de los caballos indios, pero ni cadáveres ni tumbas recientes. Solo había huellas de caballos alrededor de la loma. Tampoco vieron ninguna que llevara más lejos de donde habían muerto los centinelas. El Cuarto de Caballería llevaba unos rastreadores arapajoes, que al

ver que no había huellas tuvieron tanto miedo que se negaron a seguir la pista, diciendo que eran guerreros fantasmas. Se armó mucho revuelo, y la caballería, para vengarse, quemó varios poblados cheyenes, pero la mayoría se alegró de que ya no existieran los Cuarenta y Cinco. Mala gente.

» Aquello fue el fin de los cheyenes en el oeste de Kansas. En 1871 se fundó Dodge City, en 1872 se tendió la línea de ferrocarril de Santa Fe, y en poco tiempo Dodge se convirtió en la capital del salvaje Oeste, el final del camino de Texas. Ya se sabe: tiroteos, Wyatt Earp, el cementerio de Boot Hill... Medicine Creek fue fundado en 1877 por un ganadero, H. H. Keyser. Su marca era una hache, en la parte alta de la paleta izquierda de las reses y en la derecha de los caballos. La tormenta del 86 se llevó once mil cabezas. Al día siguiente, Keyser apoyó la suya en el doble cañón de su escopeta y apretó los dos gatillos. Dijeron que era la maldición. Luego llegaron los granjeros, y la época de los barones del ganado pasó a la historia. Primero se cultivaba trigo y sorgo; luego, después de la sequía de los años treinta, replantaron las tierras con maíz, primero para comer y ahora para combustible. Pero en todo este tiempo el misterio de los Guerreros Fantasmas, y de la matanza de Medicine Creek, ha seguido sin resolverse.

Apuró la lata y la hizo chocar teatralmente con la mesa.

Corrie miró a Pendergast. Como historia estaba bien, y Brushy Jim la contaba con gracia. Pendergast se movía tan poco que parecía dormido. Tenía los ojos entornados, las manos unidas por las yemas de los dedos y el cuerpo arrellanado en el sofá.

—¿Y su bisabuelo, señor Draper? —murmuró.

—Se instaló en Deeper, se casó y enterró a tres mujeres. Lo escribió todo en un diario íntimo, con muchos más detalles de los que he contado yo, pero en la Depresión vendieron casi todas sus pertenencias, incluido el diario, y ahora está en el este, en el depósito de alguna biblioteca. No he podido averiguar en cuál. La historia la conozco por mi padre.

—¿Y cómo es posible que lo viera todo en plena tormenta de polvo?

—Yo solo sé lo que me contó mi padre. Por aquí las tormentas de polvo a veces son intermitentes.

—Otra pregunta, señor Draper: ¿no es verdad que en la caballería los cheyenes ya se conocían como los Espectros Rojos por su sigilo y su capacidad de cortarle el cuello a cualquier centinela sin que se diera cuenta?

—Lo veo muy enterado para ser un agente del FBI, señor Pendergast. De todos modos, le recuerdo que pasó al anoecer, no de noche, y que los Cuarenta y Cinco acababan de luchar contra los confederados y de perder una guerra. ¿Sabe qué es perder una guerra? Le aseguro que tenían los ojos muy abiertos.

—¿Cómo es posible que los indios no descubrieran a su bisabuelo?

—Ya le digo, se arrepintieron de haberlo zurrado y le hicieron un parapeto contra el viento. Se escondió entre la maleza.

—Ya. Y desde ese observatorio privilegiado, en un hoyo tapado con arbustos, como mínimo a cien metros cuesta abajo del campamento y en plena tormenta de polvo, fue capaz de ver con pelos y señales lo que acaba de contar usted, a los Guerreros Fantasmas apareciendo y desapareciendo como por arte de magia.

Los ojos de Brushy Jim brillaron amenazadores. Estuvo a punto de levantarse.

—Oiga, señor Pendergast, que aquí donde me ve no tengo que convencerlo de nada. No estamos juzgando a mi bisabuelo. Me limito a repetirle lo que me contaron.

—¿Y usted tiene alguna teoría, señor Draper? ¿Alguna opinión personal? ¿O lo atribuye a fantasmas?

Se produjo un momento de silencio.

—No me gusta su tono, señor Pendergast —dijo Brushy Jim, levantándose—. Si insinúa algo, me da lo mismo que sea del FBI. Dígamelo ahora mismo a la cara.

Pendergast no contestó enseguida. Corrie tragó saliva con dificultad y miró la puerta.

—Venga, señor Draper —dijo Pendergast al fin—, que no es tonto. Me gustaría conocer su sincera opinión.

Siguió un momento eléctrico, en el que nadie se movió. Al final, Brushy Jim se moderó y dijo:

—Me ha pillado, señor Pendergast. No, yo no creo que los indios fueran fantasmas. Si va a los túmulos (aunque ahora, con tantos árboles, casi no se ve), comprobará que hay un declive muy suave que baja hacia el río. Un grupo de treinta cheyenes podría haber subido a pie con los caballos sin ser vistos por los centinelas. Con el sol a punto de ponerse, estarían a la sombra de los túmulos. Podrían haber esperado a que se levantara el polvo, y entonces, montando muy deprisa, haberse echado encima de los hombres. Es una manera de explicar que los caballos se oyeran tan de repente. Después podrían haberse ido por el mismo camino, llevándose a los muertos, y haber borrado las huellas. De todos modos, nunca he oído que los arapajoes sepan seguir el rastro de los cheyenes.

Se rio, pero sin alegría.

—¿Y los caballos muertos de los indios? ¿Cómo cree que desaparecieron?

—No es fácil de contentar, señor Pendergast. Sí, eso también lo he pensado. De joven vi que un jefe lakota de ochenta años descuartizaba un búfalo en menos de diez minutos. Quizá descuartizaran los caballos y se llevaran la carne y los huesos con los muertos, o en parihuelas. Si dejaron las vísceras, fue para llevar menos carga. Además, es posible que solo hubiera dos o tres caballos cheyenes muertos. Quizá mi bisabuelo exagerara un poco al decir que habían matado a una docena.

—Es posible —dijo Pendergast. Se levantó para acercarse a la estantería—. En todo caso, le agradezco la información. Lo que no veo es que la historia de la

matanza tenga nada que ver con la maldición de los Cuarenta y Cinco a la que se ha referido, y de la que nadie parece dispuesto a hablar.

Brushy Jim cambió de postura.

—La verdad, señor Pendergast, no creo que «dispuesto» sea la palabra indicada. Lo que ocurre es que no es una historia muy bonita.

—Soy todo oídos, señor Draper.

Brushy Jim se humedeció los labios y se inclinó.

—Bueno, pues allá va. ¿Se acuerda de que he dicho que los centinelas fueron de los últimos en morir?

Pendergast asintió con la cabeza. Había cogido un número ajado de *Butler & Company's New American First Reader*, y lo hojeaba.

—En realidad el último fue Harry Beaumont, el cabecilla de los Cuarenta y Cinco, y el más cruel; tan cruel, que los indios lo castigaron por lo que les había hecho a sus mujeres e hijos. En su caso no se limitaron a cortar la cabellera, sino que lo «redondearon».

—No conozco la palabra.

—Digamos que después de lo que le hicieron no le habría reconocido ni su propia familia. Y luego le cortaron las botas y le despellejaron las plantas de los pies, para que no pudiera seguirles su espíritu. Las botas las enterraron una a cada lado de los túmulos, como una especie de medida de seguridad para que su espíritu malvado quedara prisionero para siempre.

Pendergast guardó el libro en su sitio y sacó otro en estado todavía más deplorable, cuyo título era *Commerce of the Prairies*. Mientras lo hojeaba, dijo:

—Ya. ¿Y la maldición?

—Cada cual le contará una cosa. Hay quien dice que el fantasma de Beaumont sigue rondando por los túmulos, buscando las botas, y hay quien cuenta cosas todavía peores, que, si no le importa, prefiero no repetir con mujeres delante. Yo lo único que puedo asegurar es que, justo antes de morir, Beaumont echó una maldición eterna sobre la tierra donde estaba. Mi bisabuelo, que seguía escondido en el agujero, lo oyó con sus propios oídos. Fue el único testigo que sobrevivió.

—Ya. —Pendergast había cogido otro libro, muy alto y fino—. Gracias por la lección de historia, señor Draper. Ha sido muy interesante.

Brushy Jim se levantó.

—No se merecen.

Pendergast, sin embargo, no parecía haberlo oído, enfrascado como estaba en el librito. Corrió observó que la tapa era de tela barata, y que sus páginas, pautadas, parecían cubiertas de dibujos mal hechos.

—Ah, eso —dijo Brushy Jim—. Se lo compró mi padre hace la tira de años a la viuda de un soldado. De hecho le timó. Me da vergüenza que se dejara engañar por una falsificación tan tonta. Siempre he tenido ganas de tirarlo a la

basura.

—No es ninguna falsificación. —Pendergast pasó unas cuantas páginas con algo rayano en la veneración—. Todo indica que se trata de un auténtico libro de contabilidad indio, intacto, para más señas.

—¿Libro de contabilidad indio? —repitió Corrie—. ¿Qué es eso?

—Los cheyenes cogían libros viejos de contabilidad del ejército y los llenaban con dibujos de batallas, cortejos, cacerías... Los dibujos formaban la crónica de la vida de un guerrero, una especie de biografía. Los indios creían que los libros de contabilidad dibujados tenían poderes sobrenaturales, y que el que se los ataba al cuerpo era invencible. El Museo de Historia Natural de Nueva York conserva un ejemplar dibujado por un indio cheyene que se llamaba Uña del Meñique. Por desgracia no era tan mágico como creía su dueño, porque conserva el agujero de la bala de soldado blanco que atravesó tanto el libro como a Uña del Meñique.

Brushy Jim tenía los ojos muy abiertos.

—O sea... —dijo con incredulidad—. O sea, que según usted siempre... ¿Es auténtico?

Pendergast asintió con la cabeza.

—No solo es auténtico, sino que, o mucho me equivoco, o es una obra de especial importancia. Esta escena parece representar la batalla de Little Bighorn, y esta, la del final del libro, la religión de la Danza de los Espíritus. —Cerró el volumen con cuidado y se lo tendió a Brushy Jim—. Lo hizo un jefe sioux. Esto de aquí podría ser su símbolo, que podría interpretarse como Joroba de Búfalo. Tendrían que confirmarlo los expertos.

Brushy Jim cogió el libro con el brazo extendido, como si tuviera miedo de que se le cayese.

—Supongo que se da cuenta de que vale varios cientos de miles de dólares —dijo Pendergast—. Si quisiera venderlo, quizá le dieran más aún. Aunque debería conservarse en condiciones, porque la pulpa del papel de los libros de contabilidad tiene mucha acidez.

Brushy Jim acercó lentamente el libro a su cuerpo y lo hojeó.

—Quiero quedármelo, señor Pendergast. El dinero no lo necesito para nada. Pero ¿cómo lo... conservo?

—Conozco a alguien que hace maravillas con los libros, cuando están en tan mal estado y son tan frágiles como éste. Estaré encantado de que se ocupe de él. Gratuitamente, claro.

Brushy Jim miró el libro, y se lo entregó al cabo de un minuto sin decir nada.

Se despidieron. Mientras Corrie conducía hacia el pueblo, Pendergast cerró los ojos y se enfrascó en sus pensamientos, con el libro de contabilidad cuidadosamente envuelto y suavemente apretado en una mano.

## Dieciocho

Willie Stott, con sus botas en el húmedo suelo de cemento, barría a ambos lados la mezcla caliente de lejía y agua, y empujaba mollejas, cabezas, crestas, vísceras y otros despojos (englobados en el término «menudillos» por los trabajadores de la cadena) hacia el enorme desagüe de acero inoxidable situado bajo la zona de evisceración. Sus muchos años de experiencia le hacían mover con soltura la manguera, cuyo chorro, orientado a izquierda y derecha, hacía correr las ristras de despojos y las reunía en el centro. En manos de Stott, el chorro era como un pincel en las de un pintor; todo se convertía en una larga hilera ensangrentada, hasta la ráfaga final que, como la firma del artista, impulsaba el conjunto hasta el desagüe, que se lo tragaba con un gorgoteo de succión. Procedió a un último repaso general para limpiar las últimas barbas y picos, que saltaban y bailaban a merced de su manguera.

A los pocos días de entrar a trabajar en Gro-Bain, Stott había dejado de comer pavo, y, a los pocos meses, carne en general, como casi todos sus compañeros de trabajo, al menos los que conocía. El día de Acción de Gracias, Gro-Bain daba pavo a discreción a todos sus empleados, pero Stott aún no sabía de nadie que lo comiera.

Al terminar, cerró el agua y dejó el pitorro en su sitio. Eran las diez y cuarto. Hacía varias horas que se habían marchado los últimos trabajadores del segundo turno. En otros tiempos había existido un tercer turno, desde las ocho a las cuatro de la mañana, pero la situación había cambiado.

Sintió la presión reconfortante de la botellita de Od Grand-Dad en el bolsillo trasero. En recompensa a la faena terminada, la cogió, desenroscó el tapón y echó un trago. El whisky, tibio por el calor corporal, bajó a su estómago con un delicioso hormigueo, y se le subió enseguida a la cabeza.

La vida no estaba tan mal.

Vació la botellita, se la guardó en el bolsillo y cogió el escurridor de goma de la pared de azulejos. Adelante, atrás, adelante, atrás... En cinco minutos todo (el suelo, la plataforma de trabajo y la cinta transportadora) estaba tan limpio y seco que se podía comer encima. El tufo a mierda, miedo, sangre y vísceras rancias de pavo había sido sustituido por el olor limpio y astringente de la lejía. Otro trabajo bien hecho. Stott sintió un legítimo orgullo.

Quiso coger la botellita, pero se acordó de que estaba vacía y miró su reloj. Faltaba media hora para que cerrara el Wagon Wheel. Si Jimmy, el vigilante nocturno, era puntual, le sobraría tiempo.

Qué maravillosa idea.

Mientras guardaba el resto del equipo de limpieza, oyó a Jimmy entrando en la fábrica. De hecho llegaba con cinco minutos de antelación. Seguro que tenía el reloj adelantado. Stott fue a esperar a la zona de descarga, y un minuto después

oyó acercarse a Jimmy con un ruido como de camión de helados, debido a las llaves y el resto de chorradas que llevaba encima.

—¡Eh, Jimmy!

—Qué pasa, Willie.

—Aquí te lo dejo.

—Sí, hombre, sí.

Stott salió al aparcamiento de empleados, donde solo quedaba su coche bajo la farola del fondo. Como llegaba en medio del segundo turno, siempre lo dejaba al final. Hacía una noche calurosa y silenciosa. Se acercó a su coche, de círculo de luz en círculo de luz. Al fondo, los maizales se perdían en la oscuridad. Los tallos más próximos (los que se distinguían a simple vista) parecían escuchar, tiesos e inmóviles. Con el cielo nublado, no se podía saber dónde acababa el maíz y empezaba la noche. Parecía un enorme desagüe negro. Stott caminó más deprisa. No era normal estar rodeado de tanto maíz. La gente se volvía rara.

Quitó el seguro del coche, entró y cerró de un portazo. La sacudida desprendió la capita de polvo y polen de maíz que se había acumulado en el techo, e hizo que cayera por las ventanillas. Al poner el seguro, se ensució con más polvo. ¡Qué asco! Estaba en todas partes. Menos mal que ya notaba el sabor del whisky de Swede haciendo arder el fondo de su garganta y aclarándose.

Arrancó, pero después de unas revoluciones el motor de su viejo AMC Hornet se caló.

Soltó un taco, miró por las ventanillas. A la derecha, oscuridad. A la izquierda, el aparcamiento vacío, con sus intervalos regulares de luz.

Esperó un poco y volvió a accionar la llave de contacto, esta vez con éxito. Después de unas revoluciones, metió la marcha, y el coche se puso en movimiento con las protestas metálicas de rigor.

«Allá voy, Wagon Wheel». Solo de pensarlo ya se le calentaba el cuerpo. Una botellita, o un simple trago; lo necesario para volver a Elmwood Acres, la triste y minúscula urbanización donde vivía, al otro lado del pueblo. Bien pensado, quizá las botellitas fueran dos. Una noche era una noche.

Las luces de la planta de Gro-Bain se alejaron. Stott, tarareando una canción, se internó a oscuras entre dos paredes borrosas de maíz, iluminando con los faros un corto tramo de carretera polvorienta. La siguiente curva iniciaba el lento giro hacia Medicine Creek. Las luces del pueblo quedaban a la izquierda, iluminando un trozo de cielo por encima del maíz.

Al tomar la curva, el motor volvió a protestar. Era un ruido más inquietante que el de antes. De repente se caló y se apagó traqueteando.

—Mierda.

El Hornet rodó unos metros con el motor apagado. Stott lo dejó en el arcén e hizo girar la llave de contacto, pero no consiguió que respondiera. Estaba como muerto.

—¡Mierda! —Aporreó el volante—. ¡Mierda, mierda y mierda!

Su voz se apagó dentro del coche. Estaba rodeado de silencio y oscuridad. A juzgar por el ruido, la cosa no tenía remedio. De hecho tampoco tenía una linterna para mirar debajo del capó.

Sacó la petaca, la desenroscó y la empujó para aprovechar la última gota. Después le dio unas vueltas, relamiéndose y mirándola. En casa no tenía más.

La tiró al maizal por la ventanilla, y miró su reloj. Faltaban veinte minutos para que cerrara el Wagon Wheel. Veinte minutos y casi dos kilómetros. Caminando deprisa, llegaría.

Al coger la manecilla de la puerta, pensó en el asesinato de unos días atrás, y en los detalles truculentos que había insinuado el periódico.

«Sí, claro; dos mil millones de hectáreas de maíz y va a haber un chalado esperando justo entre aquí y el Wagon Wheel».

Al abrir la puerta, el bochorno nocturno entró en el coche. ¡Joder! ¡Las once menos veinte y aún hacía un calor de mil demonios! Reconoció el olor a maíz y humedad. Los grillos cantaban en la oscuridad. Lejos, en el horizonte, se veían relámpagos de calor.

Se preguntó si convenía dejar puesto el intermitente, pero decidió no agravar el problema gastando la batería. Por ahí no pasaba nadie hasta las siete, cuando empezaba el pretuno.

Si quería encontrar abierto el Wagon Wheel, no había tiempo que perder.

Caminó deprisa por la carretera, dando zancadas con sus largas piernas. En la fábrica le pagaban siete cincuenta por hora. ¿Cómo coño iba a llevar el coche al taller con siete cincuenta por hora? Seguro que Ernie le habría hecho un favor, pero las piezas de repuesto, de por sí, valían una fortuna. Un estárter nuevo ya podía costar entre trescientos cincuenta y cuatrocientos dólares. Dos semanas de trabajo. En fin, siempre podía ir al trabajo con Rip. Para volver tendría que pedirle prestado el coche a Jimmy, como la última vez, y volver a recogerlo a las siete. La pega era que Jimmy quería que pagara toda la gasolina, y con lo cara que estaba...

Qué injusticia. Un trabajador tan bueno como él se merecía como mínimo nueve billetes por hora.

Caminó más deprisa. La cálida luz amarilla del Wagon Wheel, su larga barra de madera, los lamentos de la máquina de discos, el brillo de las botellas y los vasos delante del espejo... Eran imágenes que le oprimían el corazón y le impulsaban las piernas.

Se detuvo de repente. Creía haber oído algo a la derecha, en el maíz.

Prestó atención, pero el silencio era total. No soplabla la menor brisa. Los relámpagos de calor eran constantes.

Siguió caminando, pero por el centro de la carretera. Todo estaba en silencio. Habría sido algún animal. Un mapache, quizá. O su imaginación.

Volvió a pensar en el Wagon Wheel. Ya veía moverse el cuerpo robusto de Swede al otro lado de la barra, con sus mejillas rojas y su bigote con guías; el bueno de Swede, que siempre tenía palabras amables para todos. Lo imaginó llenando hasta el borde el vasito de whisky. Se imaginó a sí mismo acercándolo a los labios. Se imaginó el ardiente líquido corriendo por su garganta. En vez de comprar una botellita, pagaría un poco más y bebería en el bar. Ya lo llevaría Swede en coche, que para algo trataba tan bien a los clientes; la otra opción era dormir en la sala del fondo y pasar a ver a Ernie a primera hora. No sería la primera noche que pasara en el Wagon Wheel. Siempre era mejor que irse con la parienta. La llamaría desde el bar y le daría alguna excu...

Volvió a oír el mismo ruido en el maizal.

Titubeó un poco y reemprendió su camino, pisando asfalto caliente y blando con las zapatillas de trabajo. De repente volvió a oír el ruido, pero más cerca, lo bastante para ser reconocible.

Era alguien apartando tallos de maíz seco.

Miró a la derecha, pero solo se veían las espigas recortadas en la poca luz del cielo. El resto era una pared de oscuridad.

De repente, al fijarse, vio temblar un tallo.

¿Qué era? ¿Un ciervo? ¿Un coyote?

—¡Eh! —gritó, moviendo las manos en la dirección del ruido.

La respuesta le heló la sangre. Era un gruñido al mismo tiempo humano e inhumano:

—Muh.

—¿Quién va?

Ya no se oía nada.

—A la puta mierda —dijo, yendo más deprisa por el lado opuesto de la carretera—. No sé quién eres, pero a la puta mierda.

Se oyó ruido en el maizal, de pasos más veloces a su misma altura.

—Muh.

Stott inició un trote ligero por el otro arcén.

No lograba dejar atrás el ruido de tallos. La voz, extraña y entrecortada, aumentó en volumen e insistencia.

—¡Muh! ¡Muh!

Stott echó a correr. En respuesta, los tallos de maíz de la derecha se movieron con más intensidad. La tenue luz del cielo permitía ver el balanceo de las puntas de las espigas más cercanas a la carretera, acompañado por un ruido de tallos rotos. Al cabo de un rato, Stott vio algo oscuro saliendo muy deprisa del maizal, algo que primero se movía paralelamente a él, pero que a partir de un momento se empezó a acercar.

Entonces, por la fuerza de algún instinto atávico, Stott saltó sobre la zanja izquierda y penetró en el maizal. Justo cuando las espigas se cerraban, volvió

rápida mente la cabeza y vio algo grande y oscuro cruzando la carretera a una velocidad espeluznante.

Cruzó varias hileras jadeando, para internarse al máximo en el maizal oscuro y asfixiante, pero el ruido de las farfollas no se despegaba de él.

Dio un giro de noventa grados y corrió por una hilera. De repente ya no se oían pasos.

Corrió. Tenía las piernas largas, y en el instituto había pertenecido al equipo de atletismo. Aunque hubieran pasado tantos años, aún sabía correr, y corrió, corrió sin pensar en nada más que en poner un pie ante el otro y alejarse de aquello que lo perseguía.

Pese a estar rodeado de maíz, aún no había perdido el sentido de la orientación. Medicine Creek estaba delante, a unos dos kilómetros. Aún podía llegar.

De pronto, a sus espaldas, oyó un fuerte impacto de pisadas en la tierra, acompañadas por un gruñido rítmico.

—Muh. Muh. Muh.

La larga hilera de plantas de maíz se curvaba suavemente en función de la topografía. Stott corría por ella, a una velocidad que nacía del puro y simple pánico.

—Muh. Muh. Muh.

—¡Que me dejes en paz, cabrón!

—Muh. Muh. Muh. Muh.

Se aproximaba. Ya estaba tan cerca que tuvo la impresión de percibir su aliento en la nuca, al compás de las pisadas. De pronto, un chorro de líquido caliente le mojó los muslos. Se le había aflojado la vejiga. Se metió por otra hilera y volvió a girar, pero la cosa seguía pegada a sus talones, cada vez más cerca.

—¡Muh! ¡Muh! ¡Muh! ¡Muh!

No se alejaba. Al contrario.

Stott sintió que lo agarraban por el pelo con muchísima fuerza. Sacudió la cabeza con un dolor atroz, pero no logró soltarse. Le ardían los pulmones. Se dio cuenta de que le fallaban las piernas por el miedo.

—¡Socorro, ayuda! —chilló al caer de lado, y sacudir el cuerpo y la cabeza con tal fuerza que sintió que empezaba a separarse el cuero cabelludo del cráneo.

Tenía aquella cosa prácticamente encima. De repente notó una presión en la nuca, un giro brutal, y tuvo la impresión de no tocar el suelo, de salir disparado mientras oía un grito triunfante:

—¡Muuuuuuuuuhhhhhhhhhhh!

## Diecinueve

Smit Ludwig cerró la puerta del *Cry County Courier* y se guardó las llaves en el bolsillo. Al cruzar la calle, echó un vistazo al cielo de la mañana. Se estaban acumulando nubes estériles al norte, como era la tónica desde hacía dos semanas. Al anochecer se extenderían por todo el cielo, y por la mañana no habrían dejado ni rastro. Cualquier día cambiaría el tiempo y caería una señora tormenta, pero de momento parecía que al calor aún le quedaba cuerda para rato.

Ya se imaginaba qué querían decirle Art Ridder y el sheriff. Pues mala suerte, porque había acabado el artículo sobre el perro y aparecería esa misma tarde. Dio unas zancadas por la acera, sintiendo que el calor se le metía por las suelas y que el sol lo acogotaba. La bolera Magg's Candlepin Castle solo quedaba a cinco minutos a pie, pero a los dos minutos comprendió que había sido una equivocación no coger el coche. Llegaría sudado. Un error táctico. Se consoló pensando que en Magg's había un aire acondicionado polar.

Al empujar la doble puerta, recibió un chorro silencioso de aire gélido; a esa hora de la mañana, la bolera estaba a oscuras, y en la penumbra los bolos parecían largos dientes blancos. Las máquinas de recoger estaban mudas. Al fondo estaba el Castle Club, donde Art Ridder daba audiencia cada mañana con su periódico y su desayuno. Ludwig se ajustó el cuello de la camisa, irguió los hombros y siguió caminando.

Más que un club, el Castle era una cafetería separada del resto del local por unas mamparas de cristal, con bancos rojos de imitación de piel, mesas de falsa madera (formica, en realidad) y una cuadrícula de espejos biselados y oro falso. Empujó la puerta y se acercó a la mesa del rincón, donde Ridder y el sheriff Hazen hablaban en voz baja. Al ver a Ludwig, Ridder se levantó con una sonrisa efusiva, tendió la mano y le ofreció una silla.

—¡Smitty! Me alegro mucho de que hayas venido.

—Hola, Art.

El sheriff, que no se había levantado, se limitó a asentir tras una nube de humo de cigarrillo.

—Smit...

—Sheriff...

Tras un breve silencio, Ridder miró alrededor, tensando el cuello de su camisa de poliéster.

—¡Em, café! Y tráele al señor Ludwig unos huevos con tocino.

—No, es que yo no desayuno mucho...

—Venga, hombre, que hoy es un día importante.

—¿Ah, sí?

—Resulta que el doctor Stanton Chauncy, aquel profesor de la universidad,

llegará en un cuarto de hora, y voy a enseñarle el pueblo.

Se quedaron callados. Art Ridder llevaba una camisa rosa de manga corta, y gruesos pantalones de color gris claro. Su chaqueta blanca estaba en el respaldo de la silla. Era un hombre corpulento, pero sin ser fofo. Sus años de trabajo con los pavos le habían dejado unos brazos musculosos que parecían destinados a durar toda la vida. Tenía los colores que da la buena salud.

—Mira, Smitty, como no tenemos mucho tiempo iré directo al grano. Ya me conoces; soy don Directo.

Ridder rio entre dientes.

—Claro, claro, Art.

Al apoyarse en el respaldo para que la camarera le sirviese un plato aceitoso de huevos con tocino, Ludwig se preguntó qué reacción era la más digna de un auténtico periodista. ¿Marcharse? ¿Decir educadamente que no?

—Bueno, Smitty, te lo explico. Ya sabes que Chauncy está buscando tierras para un experimento de la universidad. Los candidatos somos nosotros y Deeper. En Deeper tienen un motel y dos gasolineras, y además están tres kilómetros más cerca de la interestatal. Bueno. Me preguntarás: ¿qué competencia hay? ¿Por qué nosotros? ¿Me sigues?

Ludwig asintió con la cabeza. La eterna muletilla de Art Ridder era «¿me sigues?».

Ridder cogió la taza de café, flexionó un brazo peludo y bebió.

—Pues resulta que tenemos algo que no tiene Deeper. Atento, que lo que te voy a decir no es la postura oficial de la universidad. Tenemos... aislamiento. —Hizo una pausa teatral—. ¿Que por qué es importante el aislamiento? Pues porque el maizal servirá para experimentar con maíz modificado genéticamente. —Tarareó la melodía de *La dimensión desconocida*, y sonrió—. ¿Me sigues?

—La verdad es que no.

—Nosotros ya sabemos que el maíz modificado genéticamente no tiene nada de peligroso, pero en las ciudades... ya se sabe; están llenas de ignorantes, liberales y ecologistas que desconfían de los transgénicos. —Volvió a tararear la misma melodía—. La verdadera razón de que Medicine Creek sea uno de los candidatos es que estamos aislados. No hay hoteles. Te tiras horas y horas en coche. No hay ni un mísero centro comercial. La radio o la cadena de televisión más cercana quedan a ciento cincuenta kilómetros. Resumiendo, que es el peor sitio del mundo para organizar una manifestación. —Subrayó la última frase—. Lógicamente, a Dale Estrem y la cooperativa no les hace mucha gracia, pero son cuatro gatos, y los puedo manejar. ¿Me sigues?

Ludwig asintió.

—Lo que pasa es que ahora hay un problema: que anda suelto un chalado que se dedica a matar personas y perros, y vete tú a saber qué más hace. Igual se está tirando a las ovejas. Y todo justo cuando tenemos en el pueblo a Stanton

Chauncy, director de proyectos del programa de extensión agrícola de la Universidad Estatal de Kansas, comprobando que Medicine Creek sea buen sitio para el experimento. Nosotros lo que queremos es demostrarle que sí, que es un pueblo tranquilo y seguro, sin drogas, ni hippies ni manifestaciones. Lo del asesinato ya lo sabe, no nos engañemos, pero cree que es algo aislado, una casualidad; ni le preocupa, ni a mí me interesa que le preocupe. Total, que necesito que me ayudes en dos cosas.

Ludwig esperó.

—En primer lugar, no publiques más artículos sobre el asesinato. Descansa un poco, que lo hecho hecho está, ¿eh? Y, sobre todo, ni se te ocurra sacar nada sobre el perro muerto.

Ludwig tragó saliva. Nadie decía nada. Ridder lo miraba con ojos rojos, con ojeras. Se lo estaba tomando francamente en serio.

—Es que es una noticia —dijo Ludwig, pero le falló la voz.

Ridder le puso una de sus grandes manos en el hombro, y bajó la voz para decirle sonriendo:

—Smitty, te lo pido por favor. Deja pasar unos días, lo que tarde en irse el de la universidad. No te pido que eches tierra sobre nada. —Apretó un poco el hombro de Ludwig—. Te lo diré de otra manera: con la fábrica de Gro-Bain no se puede contar eternamente, ya lo sabes. En el 96, cuando anularon el turno de noche, se fueron veinte familias del pueblo, y eran buenos empleos, Smitty. Hubo gente perjudicada que tuvo que irse a vivir a otra parte y abandonar las casas que habían hecho sus abuelos con sus propias manos. Yo no quiero vivir en un pueblo que agoniza, y tú tampoco. Esto podría ser decisivo para nuestro porvenir. Se empieza por uno o dos campos, pero la ingeniería genética es el futuro, donde se harán las grandes inversiones, y Medicine Creek podría salir beneficiado. Nos jugamos mucho, Smitty; mucho más de lo que piensas. Lo único que te pido, lo único, ¿eh?, son dos o tres días de descanso. Anunciará la decisión el lunes. Reserva las noticias para el martes por la mañana, cuando se vaya. ¿Me sigues?

—Te entiendo.

—Para mí este pueblo es importante, Smitty, y sé que para ti también. No te lo pido como un favor personal. Solo intento cumplir con mi deber de ciudadano.

Ludwig tragó saliva, y se dio cuenta de que se le estaban enfriando los huevos y ya se le había endurecido el tocino.

El sheriff Hazen se decidió a intervenir.

—Smitty, ya sé que tú y yo hemos tenido algún pique, pero hay otra razón para no publicar lo del perro. Los de psicología forense de Dodge creen que lo que busca el asesino podría ser publicidad. Su objetivo es aterrorizar al pueblo. Ya han vuelto a circular los rumores de siempre sobre la masacre y la matanza de los Cuarenta y Cinco, y parece que las puñeteras flechas estén pensadas justo para eso. Dicen que los artículos solo sirven para darle ánimos. Hay que evitar

cualquier cosa que pueda incitarlo a otro asesinato. No es para tomárselo en broma, Smitty.

Tras un largo silencio, Ludwig suspiró y dijo en voz baja:

—Bueno, quizá pueda dejar lo del perro para dentro de unos días.

Ridder sonrió.

—Muy bien, muy bien.

Volvió a apretarle el hombro.

—Has dicho que había dos cosas —dijo Ludwig, sin mucha convicción.

—Sí, es verdad. Es que he pensado... Tómatelo como otra sugerencia, Smitty.

He pensado que podrías rellenar el hueco con un artículo sobre el doctor Stanton Chauncy. A la gente le gusta que le hagan caso, y Chauncy no es ninguna excepción. Lo del proyecto... No sé, quizá no convenga profundizar demasiado, pero un artículo sobre él como persona, con su curriculum, sus títulos y todo lo que ha hecho en la universidad... ¿Me sigues, Smitty?

—No es mala idea —murmuró Ludwig.

No, no lo era. Si Chauncy resultaba un personaje interesante, se podría escribir un artículo de calidad, que respondiera a las expectativas de los lectores. El tema de conversación número uno de Medicine Creek siempre era el futuro del pueblo.

—Muy bien. Llegará en cinco minutos. Os presento y os dejo solos a los dos.

—Perfecto.

Ludwig volvió a tragar saliva. Cuando Ridder le soltó el hombro, la mancha de sudor se enfrió.

—Qué grande eres, Smitty.

—Y tú que lo digas.

Justo entonces se encendió la radio del sheriff, que se la descolgó del cinturón y pulsó el botón de recepción. Ludwig oyó la vocecita de Tad dando el parte matinal a su jefe:

« Un bromista ha desinflado las ruedas del coche del entrenador del equipo de fútbol» .

—Sigue —dijo Hazen.

« Otro perro muerto. Este ha aparecido en la cuneta de la carretera» .

—Joder... Sigue.

« La mujer de Willie Stott dice que esta noche no ha dormido en casa» .

El sheriff miró al techo.

—Ve al Wagon Wheel y habla con Swede. Habrá vuelto a quedarse en la habitación del fondo.

« A la orden» .

—De lo del perro ya me ocupo yo.

« Está en la carretera de Deeper, cuatro kilómetros al oeste» .

—Recibido.

Hazen se puso la radio en el cinturón y apagó la colilla en un cenicero. Después recogió el sombrero del asiento vacío de al lado, se lo caló y se levantó.

—Bueno, Art, hasta otra. Gracias, Smitty. Me voy pitando.

Justo después de que se fuera el sheriff, apareció el doctor Stanton Chauncy al fondo de la bolera.

Ridder lo llamó y le hizo señas por el cristal. Chauncy asintió con la cabeza, y entró en el Castle Club cruzando la bolera con los mismos andares rígidos que había visto Ludwig en la Fiesta del Pavo. Al ver cómo observaba el decorado de plástico, Ludwig distinguió algo en sus ojos. ¿Diversión? ¿Desprecio?

Ridder se levantó. Ludwig también.

—Por mí no se molesten —dijo Chauncy.

Les dio la mano, y los tres se sentaron.

—Doctor Chauncy —dijo Ridder—, le presento a Smit Ludwig, del *Cry County Courier*, el periódico del pueblo. Es el dueño, el director y el reportero. Yo me lo guiso, yo me lo como.

Se rio. Ludwig se sintió examinado por unos ojos azules bastante fríos.

—Debe de ser muy interesante, señor Ludwig.

—Llámele Smitty, que en Medicine Creek no nos andamos con ceremonias. Somos un pueblo campechano.

—Gracias, Art. —Chauncy se volvió hacia Ludwig—. Espero que me llames Stan, Smitty.

Ridder no dejó contestar a Ludwig.

—Oye, Stan, que Smitty quiere escribir un artículo sobre ti, y yo tengo que irme; o sea, que os dejo. Pedid lo que queráis. Pago yo.

Un minuto después, Ridder se había marchado, y los ojos impasibles de Chauncy observaban a su compañero de mesa. Al principio Ludwig se preguntó a qué esperaba, hasta que se acordó de que se suponía que era una entrevista y sacó la libreta y un bolígrafo.

—Si no le importa, prefiero que las preguntas se me planteen con antelación —dijo Chauncy.

—Ojalá estuviéramos tan organizados —dijo Ludwig, con una sonrisa forzada.

Chauncy siguió serio.

—Cuénteme el enfoque que piensa dar al artículo.

—Más que nada, sería un perfil. El hombre que hay tras el proyecto... En fin, lo típico.

Hubo un momento de silencio.

—El tema es delicado, y hay que presentarlo como tal.

—Sería un artículo favorable y sin polémica que se centraría en usted, no en los detalles del campo experimental.

Chauncy reflexionó.

—Tendré que verlo antes de que salga.

—No es nuestra costumbre.

—Pues en mi caso tendrá que hacer una excepción. Es la política de la universidad.

Ludwig suspiró.

—Bueno.

—Adelante —dijo Chauncy, apoyándose en el respaldo.

—¿Le apetece un café, o algo para desayunar?

—He desayunado hace horas en Deeper.

—Ya. Pues vamos a ver...

Ludwig abrió la libreta de taquigrafía por una página en blanco, la alisó, preparó el bolígrafo y buscó una pregunta corta y contundente.

Chauncy consultó su reloj.

—Como estoy muy ocupado, le agradecería que no pasara de los quince minutos. Para la próxima vez, le aconsejo que traiga las preguntas en vez de improvisarlas. Es una simple cortesía cuando se entrevista a alguien cuyo tiempo es oro.

Ludwig suspiró.

—Bueno, pues cuénteme su vida: a qué colegio fue, cómo se interesó por la agronomía... Todo eso.

—Nací en California, en Sacramento, que es donde fui al instituto. Estudié en la Universidad de California de Davis, y soy especialista en bioquímica. Me licencié en 1985, Phi Beta Kappa y *summa cum laude*. —Hizo una pausa—. ¿Quiere que le deletree «*summa cum laude*»?

—No, no creo que haga falta.

—Después hice cursos de posgrado en la Universidad de Stanford, y cuatro años más tarde, es decir en 1989, me doctoré en biología molecular. Mi tesis mereció la medalla Hensley: hache, e, ene, ese, ele, i griega. Poco después entré en el departamento de biología de la Universidad Estatal de Kansas, en período de prueba. En 1995 gané la cátedra León Throckmorton de biología molecular, y desde 1998 soy director del programa de extensión agrícola.

Hizo una pausa para dar tiempo a Ludwig, que tenía bastante experiencia en rollos patateros para prever lo que se avecinaba. ¡La medalla Hensley! ¡Joder! ¡Había que ser gilipollas!

—Ah, gracias. Oye, Stan, ¿cuándo empezó a interesarte en serio la... la ingeniería genética? ¿Cuándo supiste a qué querías dedicarte?

—Nosotros no lo llamamos ingeniería genética. Lo llamamos mejora genética.

—Pues mejora genética.

Chauncy puso cara de beato.

—A los doce o trece años vi una foto en la revista *Life* de un grupo de niños

hambrientos de Biafra, que intentaban conseguir un poco de arroz alrededor de un camión de la ONU, y pensé: Quiero hacer algo para darles de comer.

¡Menuda chorrada! Ludwig, sin embargo, lo apuntó todo concienzudamente.

—¿Y su padre? ¿Y su madre? ¿A qué se dedicaban? ¿Lo de ser científico te viene de familia?

Se produjo un breve silencio.

—Preferiría centrarme en mi persona.

Seguro que su padre era camionero y pegaba a su mujer, pensó Ludwig.

—Perfecto. ¿Has publicado artículos o libros?

—Sí, muchos. Si me das tu número de fax, haré que te envíen mi curriculum a su despacho.

—Perdona, pero es que no tengo.

—Ah... La verdad, me parece una pérdida de tiempo contestar a estas preguntas con lo fácil que sería conseguir la información a través del departamento de relaciones públicas de la universidad. Tienen un dossier de unos treinta centímetros de grueso. Además, sería mucho mejor que leyera algún artículo mío antes de entrevistarme. Así no perdemos el tiempo ni tú ni yo.

Ludwig cambió de estrategia.

—¿Por qué Medicine Creek?

—Te recuerdo que no hemos elegido necesariamente Medicine Creek.

—Ya lo sé, pero ¿por qué está entre los candidatos?

—Buscábamos un sitio medio, con condiciones de cultivo estándar. Medicine Creek y Deeper salieron en un estudio informático exhaustivo de casi cien pueblos del oeste de Kansas, que costó doscientos mil dólares. Se usaron centenares de criterios. Ahora estamos en la tercera fase del estudio, determinando la elección final para el proyecto. Ya tenemos acuerdos con las empresas agrícolas correspondientes por si necesitamos acceder a sus tierras. Ahora solo falta decidir entre dos poblaciones, y a eso he venido: a tomar la decisión final y anunciarla el lunes.

Ludwig tomó nota, consciente de principio a fin de que en el fondo, si se analizaban las palabras de Chauncy, no había dicho nada.

—Pero ¿qué le parece el pueblo en sí? —preguntó.

Silencio. Se dio cuenta de haber hecho una pregunta para la que Chauncy no tenía respuesta preparada.

—Pues... Por desgracia no hay hotel, y el único sitio donde podría alojarme lo tiene reservado un hombre que debe de ser un poco especial, porque se ha quedado toda la planta y se niega categóricamente a ceder una habitación. —Hizo una mueca que le erizó los pelitos de alrededor de la boca—. En definitiva, que tengo que dormir en Deeper y conducir cuarenta kilómetros cada mañana y cada noche. La verdad es que aquí no hay nada, como no sea una bolera y un bar; ni biblioteca, ni vida cultural, ni museo, ni sala de conciertos. Sinceramente,

Medicine Creek no tiene ningún punto a su favor.

Sonrió un poco. Ludwig no pudo evitar molestarse.

—Tiene valores sólidos de toda la vida, los de todo buen pueblo norteamericano. Me parece que eso vale algo.

Chauncy tuvo un pequeño estremecimiento.

—No lo dudo. Señor Ludwig, cuando tome la decisión final entre Deeper y Medicine Creek le prometo que será el primero en conocerla. Ahora, si no tiene inconveniente, estoy muy ocupado.

Se levantaron. Mientras daba la mano al profesor, Ludwig advirtió la presencia de Dale Estrem (rojo de tanto estar al sol, y con la cabeza casi rapada) y otros dos granjeros al otro lado del escaparate de la bolera. Habían visto a Chauncy, y estaba claro que esperaban que saliera a la calle. Disimuló una sonrisa.

—El artículo puede mandarlo por fax o correo electrónico al departamento de relaciones públicas de la universidad —dijo Chauncy—. Tiene el número en mi tarjeta. Lo leerán y se lo devolverán a finales de semana.

De un golpe seco, Chauncy puso la tarjeta en la mesa y se levantó.

A finales de semana, Ludwig vio alejarse a aquel gilipollas por la bolera, cabeza tiesa, espalda erguida y las piernecitas moviéndose como un robot. Chauncy empujó la puerta de la calle y salió. Dale Estrem fue a su encuentro, balanceando sus fornidos brazos de granjero, y habló tan alto que su voz llegó hasta el Castle Club.

Por lo visto, Chauncy estaba recibiendo un rapapolvo.

Ludwig sonrió. Dale Estrem, siempre dispuesto a decir lo que pensaba. A la mierda con Chauncy, a la mierda con Ridder y a la mierda con el sheriff. Él se debía a su periódico.

Y lo del perro saldría.

## Veinte

Tad salió del Wagon Wheel a la calle, que seguía siendo un horno. De momento no había tenido suerte. Willie Stott no dormía la mona en la sala del fondo. De todos modos, se alegró de haber entrado a preguntar. Se puso en la boca el segundo caramelo de menta, para disimular el aliento a cerveza que pudiera haber dejado la Coors servida por debajo de la barra por Swede. Con tanto calor le había sabido a gloria. Swede Cahill era la simpatía personificada.

El coche patrulla estaba delante de la oficina del sheriff, achicharrándose al sol. Tad fue derecho hacia él, entró y arrancó, procurando reducir al mínimo la superficie de la espalda y las nalgas en contacto con la piel sintética del asiento. El día que pillara un puesto de administrativo en Topeka o Kansas City, ya no tendría que pasarse el santo día entrando y saliendo del calor, ni conducir un coche que parecía un asador.

Sintonizó la frecuencia del condado y dijo:

—Aquí unidad veintiuno.

«Hola, Tad» .

Era la voz de LaVerne, la chica del turno de noche, que siempre era muy simpática con él. Con veinte años menos, quizá Tad le hubiera seguido el juego.

—¿Algo nuevo, LaVerne?—preguntó.

«En Gro-Bain acaban de informar de que hay un coche aparcado en la carretera, y que parece abandonado» .

—¿De qué modelo?

No era necesario preguntar la marca. Aparte del Caprice de Art Ridder y los Mustangs del 91 del sheriff, comprados de segunda mano a la policía de Great Bend, casi todos los turismos del pueblo eran de la AMC, el único concesionario a menos de una hora en coche (aunque estaba cerrado desde hacía varios años, como tantas cosas).

«Hornet, matrícula Whisky Eco Foxtrot Tango Nueve Siete» .

Dio las gracias a LaVerne y volvió a usar la jerga oficial.

—Unidad veintiuno en marcha —dijo, dejando la radio en su sitio.

Debía de ser el Hornet de Stott. Seguro que estaba dormido en el asiento trasero, como la última vez que se le había estropeado la tartana en las afueras del pueblo. En esa ocasión, ni corto ni perezoso, se había acurrucado para pasar una agradable noche a solas con su Old Grand-Dad.

Tad arrancó y se apartó de la acera. En quince segundos había salido del pueblo. Cuatro minutos más tarde se metió por la carretera de la fábrica. Iba detrás de un enorme camión que soltaba un pestazo a mierda de pavo tan denso que casi se veía. Lo adelantó lo antes que pudo, y al mirar de reojo las hileras de jaulas vio infinidad de pavos aterrorizados y con los ojos fuera de las órbitas.

Era la tercera vez que iba a la planta de Gro-Bain por trabajo. La primera

había sido justo antes del día de Acción de Gracias. Ese año, él y su madre (viuda) se habían comido un buen asado de cerdo, y desde entonces mantenían la costumbre. Tad se alegraba de no haber visitado ninguna granja de cerdos.

Reconoció el Hornet de Stott en el arcén, casi invisible a la sombra del maizal. Paró detrás y bajó, dejando las luces puestas.

Las ventanillas estaban bajadas y no había nadie dentro. Tampoco se veía la llave de contacto.

El camión de los pavos pasó como una exhalación, haciendo temblar el maíz en ambos lados, y dejando un hedor a diésel y animales muertos de miedo. Tad se volvió con una mueca y cogió la radio del cinturón.

«¿Sí?» , contestó Hazen.

—Estoy al lado del coche de Stott. Está aparcado en la carretera de la planta de Gro-Bain, pero a Stott no lo veo.

«Lógico. Estará durmiendo en el maizal» .

Tad echó un vistazo al mar de maíz, y le pareció improbable que alguien, aun borracho, lo eligiera para dormir.

—¿Lo dice en serio?

«Pues claro. ¿Dónde quieres que esté?» .

La pregunta quedó en el aire.

—Pues...

«¡Tad, Tad! No te dejes afectar por toda esta locura. No porque se eche en falta a alguien aparecerá asesinado y mutilado. Estoy con el perro, y ¿sabes qué?» .

Tad sintió una opresión en la garganta.

—¿Qué?

«Que lo han atropellado. Tiene la cola y el resto del cuerpo donde tiene que estar» .

—Me alegro.

«Pues entonces hazme caso. Ya conoces a Willie. ¿Que el coche lo deja tirado? Pues se va tan campante al Wagon Wheel, para remojarse el gaznate. Lleva una botellita en el bolsillo de atrás, como siempre, y sorbito a sorbito se la acaba. De camino decide echar una cabezadita en el maíz, que es donde lo encontrarás sano y salvo, aunque con una resaca de caballo. Vuelve despacio por la carretera y seguro que lo ves en la sombra de la cuneta. ¿Vale?» .

—Vale, sheriff.

«Así me gusta. Pero ten cuidado, ¿eh?» .

—Descuide.

Cuando estaba a punto de subir al coche patrulla, Tad vio algo brillante en el polvo, junto al Hornet de Stott. Era una botellita vacía. Se acercó, y al olerla se le llenó la nariz de vapores de bourbon.

El sheriff tenía razón. Parecía saberlo todo sobre el pueblo, incluso antes de

que sucediera. Era un buen profesional. Y siempre se había portado como un padre. Lo lógico era dar gracias por tener un jefe así.

Guardó la botellita en una bolsa de pruebas y dejó una marca donde la había encontrado. Al sheriff le gustaban las cosas bien hechas, hasta el último detalle. Cuando iba hacia el coche, le pasó al lado otro camión, pero refrigerado, y salido de la fábrica con su cargamento de pavos perfectamente desinfectados y congelados. Ni pestazo, ni nada. El conductor saludó amablemente con la mano. Tad devolvió el saludo, subió al coche y dio media vuelta para buscar a Stott.

Doscientos metros más allá, frenó. Los tallos de la izquierda estaban rotos. También a la derecha había algunos tallos muy torcidos. Dedujo que alguien se había metido en el maizal por la izquierda, mientras otra persona salía por la derecha y cruzaba la carretera.

Aparcó. Volvía a estar inquieto.

Se apeó y examinó la tierra del maizal izquierdo. Estaba revuelta, como si alguien hubiera caminado o corrido por una hilera. Al internarse un poco, vio unos tallos partidos, y unas cuantas mazorcas secas en el suelo.

Siguió la primera hilera con la vista en el suelo, molesto por que le latiera tan deprisa el corazón. El suelo estaba tan seco que costaba ver huellas, pero algunas marcas parecían de pies, y había terrones levantados, con la parte oscura visible. Se aguantó las ganas de llamar al sheriff. La pista seguía por otra hilera de maíz, donde se veían cinco o seis tallos aplastados.

Las huellas, borrosas e incompletas, parecían corresponder a más de una persona. Tad no quiso formular la hipótesis que empezaba a definirse como la más probable. Parecía una persecución. Sí, decididamente empezaba a parecer una persecución.

Siguió, con la esperanza de encontrar alguna otra explicación.

La pista volvía a cruzar el maíz, seguía la hilera durante unos metros y penetraba en la de al lado. De pronto Tad salió a una zona donde la tierra estaba muy levantada, y había una docena de tallos rotos y desperdigados. El suelo estaba lleno de agujeros. Parecía que hubiera pasado algo violento, muy violento.

Tragó saliva, observando el suelo. Por fin una huella en la tierra seca, al fondo de la zona removida.

Una huella de pie descalzo.

—Ay, Dios mío —pensó, empezando a marearse—. Ay, Dios mío.

Y le tembló la mano al acercar la radio a la boca.

## Veintinue

El Gremlin entró traqueteando en el aparcamiento de grava de las Cuevas de Kraus. Corrie aparcó en medio de una nube de humo que se disipó en espiral, y miró el reloj del tablero de mandos: exactamente las seis y media. ¡Pero qué calor! Apagó la música ensordecedora, abrió la puerta y cruzó el aparcamiento con su nueva libreta, hasta llegar al último escalón de la deteriorada y vieja mole victoriana. Las ventanas ovaladas de la puerta revelaban muy poco de la oscuridad del otro lado. Golpeó dos veces con la aldaba. Tras un suave crujido de pisadas, Pendergast abrió la puerta.

—¡Señorita Swanson! —dijo—. Muy puntual; no como nosotros, que llevamos retraso. Reconozco que me cuesta un poco acostumbrarme a que en este pueblo se coma tan temprano.

Corrie le siguió al comedor, donde se distinguían los restos de una sofisticada comida a la luz de las velas. En la cabecera de la mesa, Winifred Kraus se limpiaba afectadamente la boca con una servilleta de encaje.

—Síntese, por favor —dijo el agente—. ¿Un café? ¿Un té?

—No, gracias.

Pendergast fue a la cocina y volvió con una tetera de aspecto peculiar, cuyo verde contenido sirvió en dos tazas. Ofreció una a Winifred, y se quedó con la otra.

—Bueno, señorita Swanson, si no me equivoco ha entrevistado a Andy Cahill.

Corrie cambió incómodamente de postura y dejó la libreta encima de la mesa.

Pendergast arqueó las cejas.

—¿Qué es?

—Mi cuaderno de notas —dijo ella, a la defensiva pero sin saber por qué—. ¿No me pidió que entrevistara a Andy? Pues es lo que he hecho. En algún sitio tenía que apuntarlo.

—Magnífico. Infórmeme.

Pendergast se acomodó en la silla con las manos juntas. Corrie, nerviosa, abrió la libreta.

—¡Qué letra más bonita! —dijo Winifred, inclinándose más de la cuenta.

—Gracias.

Corrie apartó la libreta. Vieja cotilla...

—Anoche fui a casa de Andy. Había estado todo el día de excursión. Le conté lo de su perro, pero no cómo se había muerto. Di a entender que atropellado. Le sentó bastante mal. Quería mucho a Jiff.

Hizo una pausa. Los ojos de Pendergast estaban casi cerrados, como de costumbre. Esperó que no volviera a quedarse dormido.

—Me dijo que Jiff había tenido unos días un poco raros; no quería salir, se

escondía por la casa, y para darle de comer había que sacarlo de debajo de la cama.

Pasó de página.

—Hasta que hace dos días...

—Fechas exactas, por favor.

—El 10 de agosto.

—Siga.

—El 10 de agosto, Jiff se... se cagó en la alfombra del salón. —Como nadie decía nada, miró hacia arriba, nerviosa—. Perdón, pero es lo que hizo.

—Querida —dijo Winifred—, deberías haber dicho que ensució la alfombra.

—Es que no es que la ensuciara, es que se cagó. Bueno, tuvo diarrea.

Además, ¿qué le importaba el informe a esa vieja entrometida? Corrie se preguntó cómo podía soportarla Pendergast.

—Siga, por favor, señorita Swanson.

—Bueno, pues resulta que la señora Cahill, que es un mal bicho, se cabreó, sacó a Jiff a patadas y le hizo limpiar la porquería a Andy. Andy quería llevarlo al veterinario, pero su madre no quería gastar. El caso es que fue la última vez que vio a su perro.

—¿A qué hora?

—A las siete de la tarde.

Pendergast asintió y juntó las yemas de los dedos.

—¿Dónde viven los Cahill?

—En la última casa de la carretera de Deeper, más o menos a dos kilómetros del pueblo. Cerca del cementerio y justo antes del puente.

Pendergast hizo un gesto de aquiescencia.

—¿Cómo sacaron de la casa a Jiff? ¿Con collar?

—Sí —dijo Corrie, disimulando lo orgullosa que estaba de haber hecho la pregunta.

—Muy buen trabajo. —Pendergast se levantó—. ¿Alguna novedad sobre la desaparición de William Stott?

—No —dijo Corrie—. Están haciendo una batida. He oído que han pedido una avioneta a Dodge City.

Pendergast asintió, se levantó de la mesa, se acercó tranquilamente a la ventana con las manos en la espalda y contempló el interminable maizal.

—¿Usted cree que lo han matado? —preguntó Corrie.

Pendergast siguió contemplando el maíz, con su traje negro recortado en el cielo de la tarde.

—Me he estado dedicando a observar la avifauna de Medicine Creek

—Ya —dijo Corrie.

—Por ejemplo —dijo Pendergast—, ¿ve aquel buitre?

Corrie se acercó, pero no vio nada.

—Allá.

Lo vio. Era un pájaro volando solo en el cielo naranja.

—Sí, por aquí siempre hay buitres.

—Cierto, pero hace un minuto planeaba sobre una corriente de aire cálido, como desde hace una hora, mientras que ahora vuela contra el viento.

—¿Y qué?

—Que para los buitres supone un gran esfuerzo volar contra el viento. Solo lo hacen en un caso. —Esperó, mirando atentamente por la ventana—. Fíjese, ha cambiado de dirección. Ya ha visto lo que le interesa.

Se volvió rápidamente hacia Corrie.

—Deprisa —murmuró—. No hay tiempo que perder. Tenemos que llegar antes de que lo estropeen todo las hordas de la policía del estado. No sea que haya algo, y... —Se volvió hacia Winifred y dijo—: Perdone que nos vayamos tan de repente, señorita Kraus.

La anciana se levantó muy pálida.

—No será otro...

—Puede ser cualquier cosa.

Winifred volvió a tomar asiento y se retorció las manos.

—¡Válgame Dios!

—Podríamos ir por el camino de la línea de alta tensión —dijo Corrie al salir de la casa, con Pendergast en cabeza—. Pero el último medio kilómetro tendremos que hacerlo a pie.

—Entendido —contestó él lacónicamente, mientras subía al coche y cerraba la puerta—. Como excepción, señorita Swanson, puede saltarse el límite de velocidad.

Cinco minutos después, el Gremlin penetró en la pista estrecha y llena de baches que se conocía en el pueblo como « el camino de la línea de alta tensión » . Corrie conocía aquel tramo solitario y polvoriento como la palma de su mano; era donde iba a leer, soñar despierta o, sencillamente, huir de su madre y los cretinos del instituto. La idea de que en aquel remoto maizal pudiera haber acechado (o seguir acechando) un asesino le dio escalofríos.

Vio el buitre, pero ya no estaba solo; ahora había toda una bandada trazando lentos círculos sobre el maíz. Los baches eran tan hondos que hacían saltar el coche y lo rascaban por debajo. Los resplandores finales del crepúsculo morían al oeste, en una orgía de sangrientos nubarrones velozmente borrada por la oscuridad.

—Aquí —dijo Pendergast, como si hablara solo.

Corrie frenó, y bajaron. Su presencia hizo que los buitres se elevaran. Pendergast se internó por el maíz dando zancadas. Corrie lo seguía de cerca. De

improvisó, el agente se detuvo.

—Le recuerdo mi anterior advertencia, señorita Swanson. Es muy posible que encontremos algo bastante más desagradable que un perro muerto.

Corrie asintió con la cabeza.

—Si quiere esperar en el coche...

Corrie hizo un esfuerzo para no delatar su nerviosismo.

—¿Ya no se acuerda de que soy su ayudante?

Tras una mirada larga e inquisitiva, el agente movió la cabeza.

—De acuerdo. Considero que está a la altura del reto, pero recuerde, por favor, que su autorización para acceder al lugar del crimen es limitada. No toque nada, siga mis pasos y acate mis instrucciones al pie de la letra.

—Muy bien.

Pendergast empezó a andar por las hileras de maíz, deprisa, en silencio y sin mover apenas las espigas. A Corrie le costaba no rezagarse, pero agradeció el esfuerzo, porque le impedía pensar en lo que pudiera estar esperándolos. De todos modos, fuera lo que fuese, la idea de quedarse a solas en el Gremlin con la noche a punto de caer aún era menos seductora. Ya he visto un escenario del crimen, pensó, y también vi el perro. Sea lo que sea, no me afectará tanto.

Pendergast hizo otra parada brusca. Frente a ellos, las hileras estaban rotas y apartadas, formando un pequeño claro. Corrie quedó paralizada al lado del agente. El susto la había clavado al suelo. Aunque hubiera poca luz, era bastante para no ahorrarle ni un detalle de la horrible visión.

Seguía sin poder mover un solo músculo. El aire pesaba inmóvil sobre el atroz espectáculo. La nariz se le impregnó de un olor como de jamón rancio, y de repente sintió una contracción en la garganta, acompañada de un ardor y un espasmo de los músculos abdominales.

Mierda, pensó. Ahora no. Delante de Pendergast no.

Se inclinó bruscamente y vomitó en el maíz. Nada más levantarse, se volvió a doblar por la cintura. Tras la segunda arcada, se irguió con esfuerzo y entre toses. Se limpió la boca con el dorso de la mano. Sentía una mezcla de vergüenza y miedo.

Por suerte, Pendergast no parecía haberse dado cuenta. Estaba unos metros por delante, arrodillado y absorto en el centro del claro. Corrie tuvo la impresión de que el acto puramente físico de vomitar la había sacado de su parálisis, y hasta era posible que la hubiera preparado un poco para la horrible imagen. Volvió a limpiarse la boca, avanzó con precaución y se quedó al borde del claro.

El cadáver estaba boca arriba, desnudo, con los brazos en cruz y las piernas separadas. Su piel tenía un color irreal, entre gris y blanco. Todo él estaba cubierto de una pátina pegajosa. Por alguna razón, parecía fofo, como si la piel y la carne se estuviera licuando y separando de los huesos. Corrie comprendió con un escalofrío que era la pura verdad: la piel de la cara estaba suelta, separada de

la mandíbula. La carne pendía flácida en los hombros, donde se veía asomar el color blanco del hueso. En el suelo había una oreja deforme y viscosa, totalmente separada del cuerpo. La otra no estaba. Corrie volvió a sentir la misma contracción en la garganta, y se volvió con los ojos cerrados. Cuando se recuperó volvió a mirar.

El cadáver no tenía ni un solo pelo. También los órganos sexuales masculinos estaban desgajados, aunque se apreciaba un esfuerzo por incorporarlos, o como mínimo dejarlos en su sitio. Corrie conocía a Stott de haberlo visto por el pueblo, pero aquel cadáver era imposible de identificar como el del borracho flacucho que se ocupaba de la limpieza de la planta de Gro-Bain. Ni siquiera parecía humano. Estaba hinchado como un cerdo muerto.

Cuando empezó a superar el susto y la impresión, observó otros detalles, como la peculiar disposición geométrica de las espigas por el claro, y la presencia de algunos objetos hechos de farfolla pero sin gran habilidad. Podían ser cuencos, vasos o cualquier otra cosa. Imposible saberlo.

De repente oyó un zumbido justo encima de ellos, un zumbido muy fuerte, y miró hacia arriba. Era una avioneta dando vueltas sobre el claro a poca altura. Ni siquiera la había oído acercarse. El aparato se inclinó, giró y se alejó hacia el norte a gran velocidad.

Corrie descubrió que Pendergast la estaba mirando.

—La avioneta de Dodge City. Dentro de diez minutos llegará el sheriff, y poco después la policía del estado.

—Ah...

Corrie casi no podía articular.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Pendergast, con su pequeña linterna en una mano—. ¿Se siente capaz de sostener esta linterna?

—Creo que sí.

—Magnífico.

Corrie se tapó la nariz, respiró hondo y dirigió la luz a donde le indicaba Pendergast. Oscurecía por momentos. El agente había sacado una probeta del bolsillo de su chaqueta. Con unas pinzas metió en ella una serie de cosas invisibles. Después aparecieron otras dos probetas, que fueron diestramente usadas para el mismo fin. Pendergast trabajaba deprisa, moviéndose cada vez más cerca del cadáver, en círculos. De vez en cuando murmuraba instrucciones sobre la dirección de la luz.

Corrie reconoció a lo lejos la sirena del coche patrulla del sheriff.

Pendergast repasó el cadáver con detenimiento, pero más deprisa que antes; usaba las pinzas para extraer pequeñas muestras, con la cara a pocos centímetros de aquella piel. El tufo a jamón podrido no remitía. Corrie tuvo otro ataque de náuseas.

El ruido de la sirena aumentó gradualmente de volumen hasta apagarse de

golpe. Corrie oyó dos portazos seguidos al otro lado del muro de maíz.

Pendergast se levantó. Todo había desaparecido como por arte de magia entre los pliegues de su traje negro perfectamente planchado.

—Apártese, por favor —dijo.

Retrocedieron hasta el borde del claro, justo cuando llegaban el sheriff y su ayudante. Las sirenas se habían multiplicado. Ahora se les sumaban varias radios a todo volumen.

—¡Ah, es usted, Pendergast! —dijo el sheriff, acercándose—. ¿Cuándo ha llegado?

—Solicito permiso para examinar el lugar del crimen.

—No se haga el tonto, que seguro que ya lo ha hecho. Permiso denegado hasta que hayamos concluido nuestra inspección.

Llegaron más hombres a través del maíz: policías del estado y una serie de individuos muy serios vestidos de azul que debían de ser, dedujo Corrie, de la brigada de homicidios de Dodge City.

—¡Acordonen la zona! —exclamó el sheriff—. ¡Tad, pon un poco de cinta! —Se volvió hacia Pendergast—. Póngase al otro lado como los demás y espere su turno.

La reacción de Pendergast sorprendió a Corrie. Parecía haber perdido cualquier interés. Inició un itinerario errático por la periferia del claro, sin buscar nada en especial, como si diera un simple paseo por el maizal. Corrie lo siguió, pero al segundo tropiezo se dio cuenta de que aún estaba muy afectada.

De pronto Pendergast se detuvo entre dos hileras de maíz e iluminó el suelo con la linterna, que había cogido suavemente de las manos de Corrie. Ella no veía nada.

—¿Ve estas marcas? —murmuró el agente.

—Más o menos.

—Son huellas de pies descalzos, y parece que bajen al río.

Corrie retrocedió un paso. Pendergast apagó la linterna.

—Bueno, señorita Swanson, por hoy ya ha hecho y visto más que suficiente. Le agradezco mucho su ayuda. —Consultó rápidamente su reloj—. Las ocho y media. Es pronto. Aún puede irse a casa sin peligro. Coja el coche y vaya a descansar. Seguiré solo.

—Pero ¿no era su chófer?

—Me llevará uno de estos policías tan jóvenes y entusiastas.

—¿Seguro?

—Sí.

Corrie vaciló, con una renuencia a marcharse que no se explicaba.

—Esto... Perdone que haya vomitado.

La oscuridad hizo que la sonrisa de Pendergast fuera casi imperceptible.

—No tiene la menor importancia. Hace unos años, un conocido mío, un

teniente veterano de la policía de Nueva York, tuvo la misma reacción al ver un cadáver. Lo único que demuestra es que es humana.

Corrie dio media vuelta, pero Pendergast no había terminado.

—Otra cosa, señorita Swanson. La última.

Se volvió.

—¿Qué?

—Cuando llegue a casa, acuérdesse de cerrar con llave y corra todos los pestillos. Todos, ¿entendido?

Corrie asintió y se marchó de prisa por el maizal, guiándose por las franjas de las luces rojas de la policía. Pensaba en las palabras de Pendergast: «Aún puede irse a casa sin peligro» .

## Veintidós

Disimulando al máximo la luz de la linterna, Pendergast se internó en la oscuridad del maizal siguiendo las huellas descalzas, que ya se dibujaban claramente en la tierra seca delimitada por las dos hileras. Se alejó de los sonidos de la escena del crimen, y, al llegar donde el terreno iniciaba un suave descenso hacia el río, se detuvo a mirar atrás. Las torres de alta tensión se recortaban como una ringlera de esqueletos en la última luz del día, centinelas de acero sobre los que se encendían titilando las estrellas. Pendergast esperó a que fueran enmudeciendo los graznidos de los cuervos, que se posaban en las torres para pasar la noche. De pronto el silencio fue absoluto. El aire, inmóvil y enrarecido como el de una tumba, olía a polvo y a farfolla seca.

Metió una mano en el bolsillo y sacó su pistola Les Baer especial del 45. Después volvió a examinar las huellas, tapando un poco la linterna. Se alejaban en línea recta por las hileras de maíz, sin prisas, metódicamente, hacia el arroyo.

Hacia el campamento de Gasparilla.

Apagó la linterna y esperó a que se le acostumbrase la vista. Después, con el sigilo de un lince, caminó por las hileras de maíz como una sombra deslizándose entre sombras. El trazado del maizal se curvaba ligeramente al aproximarse al río. Gracias a ello, divisó el punto donde el asesino había doblado algunos tallos. También él se metió por el hueco, y en un minuto llegó al borde del maizal.

A partir de ahí empezaba la zona de ribera, con álamos de Virginia oscureciendo las orillas del río. Siguió por el borde del maizal con el mismo sigilo que hasta entonces, y después de otro minuto penetró en la oscuridad cerrada de los árboles.

Se detuvo. Apenas se oía el ruido del agua saltando sobre su lecho. Volvió a comprobar el estado de su arma, que estuviera cargada. A continuación se arrodilló y encendió la linterna, no sin tomar la precaución de cubrirla con las manos ahuecadas. El débil círculo de luz iluminó las huellas, que en la arena todavía eran más nítidas, y que aún se encaminaban hacia el campamento de Gasparilla. Las examinó de rodillas. Eran las mismas que antes: pies de hombre del cuarenta y seis. Sin embargo, la arena fina le permitió observar que alrededor de la depresión formada por el talón y el dedo gordo había una serie de improntas y agrietamientos irregulares, como si se tratara de unos pies más callosos y endurecidos de lo normal. Tomó rápidamente algunas notas y dibujos. Luego aplicó las yemas de los dedos a las concavidades. Tenían entre doce y quince horas: justo antes del amanecer. En esa zona estaban un poco más juntas. El asesino había acelerado el paso. No podía decirse que se diera prisa, pero sí que tenía claro adonde iba. Su manera de caminar no delataba urgencia ni miedo. Estaba relajado. Y satisfecho. Parecía que volviera a casa.

A casa...

El campamento de Gasparilla quedaba justo delante, a unos cuantos centenares de metros. Protegiendo la linterna con las manos (para que se filtrara la luz justa para ver las huellas), Pendergast avanzó con la más escrupulosa lentitud.

Hizo una pausa para escuchar con atención, y reanudó su camino. La oscuridad volvía a ser muy densa. No había hoguera ni luces. A cien metros del campamento, Pendergast apagó el fino haz de luz y siguió a ciegas. El campamento estaba en silencio.

De pronto oyó un sonido casi imperceptible, y se quedó como una estatua.

Transcurrió un minuto.

El sonido se repitió con más intensidad. Era un largo suspiro.

Abandonó el camino y rodeó el campamento por la derecha, siempre con la mayor precaución. Al acercarse a la parte donde tenía el viento de cara, no detectó ningún olor a humo ni a comida. Ni siquiera se veía el vago resplandor de unas brasas a punto de apagarse.

Y, sin embargo, en el campamento había alguien o algo.

Otra vez el sonido de respiración retenida; un sonido viscoso y jadeante, prácticamente un resuello. Sin embargo tenía algo raro; era tosco, animal, no del todo humano.

Levantó la pistola en silencio. El sonido procedía de la parte central del campamento de Gasparilla.

Lo oyó de nuevo.

Gasparilla (o quien lo hiciera) estaba a menos de cincuenta metros. La oscuridad era total. Pendergast no veía absolutamente nada.

Se agachó, cogió una piedra y la arrojó al otro lado del campamento.

Clac.

Tras unos segundos de absoluto silencio, se oyó un ruido gutural parecido al gruñido de una fiera.

Pendergast esperó a que volviera a reinar el silencio, y dejó que se alargara unos minutos. Tenía todos los sentidos en alerta, para determinar si se acercaba algo. Gasparilla ya había demostrado tener la facultad de desplazarse a oscuras. ¿La estaría empleando de nuevo?

Cogió lentamente otra piedra, y la lanzó en distinta dirección.

Clac.

La reacción fue otro bufido, corto, muy fuerte y procedente del mismo lugar. El ser o cosa que lo hiciera no se había movido.

Encendió la linterna, al mismo tiempo que apretaba la culata de su pistola para activar la mira láser. La luz de la linterna iluminó a un ser humano tumbado de espaldas en la tierra, con los ojos muy abiertos e inyectados en sangre. También tenía ensangrentados la cara y el resto de la cabeza.

El punto rojo del láser se agitó unos instantes por un rostro repulsivo, hasta que

Pendergast enfundó la pistola y dio un paso.

—¿Gasparilla?

La cara se movió espasmódicamente, y la boca se abrió, expulsando una burbuja sangrienta de saliva.

Pendergast solo tardó unos segundos en arrodillarse junto a él. No cabía duda de que era Gasparilla. Enfocó su rostro con la linterna. Le habían arrancado el cuero cabelludo, y con él su brillante melena negra. Tampoco quedaba el menor rastro de su poblada barba. Los bordes de la carne delataban el uso de un tosco instrumento cortante, tal vez un cuchillo de piedra. Hizo un rápido examen del resto del cuerpo. El pulgar derecho había sufrido una fuerte cuchillada, seguida por un brutal estirón que lo había dejado reducido a un hueso blanco con algunos pedazos de cartilago. Sin embargo, aparte de eso y de la falta de pelo, Gasparilla parecía físicamente intacto. La pérdida de sangre se limitaba a la zona del cuero cabelludo. Las lesiones parecían más psicológicas que físicas.

—¡Mmmmm! —gruñó Gasparilla, queriendo levantarse.

Tenía la mirada desquiciada, de loco. Escupió una mezcla de saliva y sangre. Pendergast se agachó un poco más.

—Ya está, ya ha pasado.

Los ojos no dejaban de girar. Parecían incapaces de detenerse en nada, ni siquiera en Pendergast; en todo caso, cuando lo hacían empezaban a temblar con mucha fuerza y reanudaban sus movimientos giratorios, como si el mero hecho de enfocar la vista fuera insoportable.

Pendergast le cogió una mano.

—Lo voy a curar. Ahora mismo lo sacaremos de aquí.

Se levantó y movió la luz de la linterna por las inmediaciones hasta ver el lugar de la agresión, cuarenta metros al norte del campamento. Reconoció las marcas de la pelea, y una mezcla de huellas (las del asesino y las de Gasparilla).

Se acercó. Al iluminar el suelo, vio el punto donde había caído Gasparilla, y desde el que (en un margen de quince horas) había rodado lentamente por el polvo. Las huellas del asesino estaban al fondo del campamento, en la arena mojada; huellas bien definidas, que bajaban al río.

El asesino, llevando sus trofeos.

Todo estaba escrito en la arena.

Volvió sobre sus pasos y, al estudiar los ojos desquiciados y agitados de la víctima, no vio nada, ni intelecto, ni memoria, ni siquiera humanidad. Solo miedo en estado puro.

No sería Gasparilla quien les diera respuestas, al menos de momento. Tal vez nunca.

## Veintitrés

El sheriff Hazen entró en el laboratorio subterráneo, y no tuvo más remedio que mirar. Olía peor que en su primera visita, por culpa de los desinfectantes y los productos químicos. Por lo demás, estaba todo igual: las paredes de bloques de hormigón pintadas de color diarrea y los fluorescentes zumbando. De nada servía respirar por la boca, porque el único efecto de la mascarilla era añadir a la mezcla un matiz de papel antiséptico. Lo que hacía falta era una puta máscara antigás.

Evocó sonidos e imágenes agradables: las baladas de Hank Williams, el sabor del primer Grain Belt de la noche, una antigua excursión al Festival de la Cosecha con su padre y su hermano mayor... Todo era inútil. Se estremeció, y no solo por el olor a muerto.

Se dirigió a la parte más iluminada del laboratorio, haciendo crujir la bata. El forense iba enteramente de azul, como él. Oyó murmullos. El forense tenía compañía. Aunque hablara tan bajo, reconoció la cadencia sureña.

Era Pendergast, y tenía razón: se trataba de un asesino en serie. Probablemente también la tuviera cuando decía que era alguien del pueblo. Hasta entonces a Hazen le había parecido imposible. No había querido creérselo. Al enterarse de las largas reuniones de Pendergast con Marge Tealander, se había reído a carcajada limpia, seguro de que la muy cotilla le haría perder el tiempo con pistas falsas; pero, desde el segundo asesinato, ya no tenía más remedio que admitir que todo apuntaba a que el culpable era del pueblo. Era difícilísimo entrar y salir de Medicine Creek sin ser visto, sobre todo de noche, cuando bastaban dos faros a lo lejos para que la gente se asomara a la ventana. No, todo aquello no podía ser obra de un criminal itinerante, que dejara un rastro de víctimas en su camino. Todo indicaba que se trataba de alguien con domicilio en Medicine Creek. Increíble, pero irrefutable. Alguien del pueblo.

En conclusión, Hazen conocía al asesino.

—Ah, sheriff Hazen, me alegro de verlo.

McHyde lo saludó con la cabeza, educada y hasta respetuosamente. Su actitud había cambiado mucho. Ya no era tan soberbio. Aquel caso era un billete de salida de Kansas para cualquiera con ganas de subir al tren.

—Sheriff Hazen... —dijo Pendergast, con un pequeño gesto de la cabeza.

—Buenos días, Pendergast.

No dijeron nada más. El cadáver estaba tapado, en la camilla. El forense, por lo visto, aún no había empezado a trabajar. Hazen lamentó amargamente haber llegado tan temprano.

McHyde carraspeó.

—¿Enfermera Malone?

Le respondió una voz.

—Sí, doctor.

—¿Ya está todo listo?

—Sí, doctor.

—Perfecto. Ponga el vídeo en marcha.

—Sí, doctor.

Antes de empezar, como era de rigor, cada cual dijo su nombre y cargo. Hazen no dejaba de mirar el cadáver envuelto. Naturalmente que lo había visto en el lugar del crimen, pero no era lo mismo que encontrárselo en aquel entorno esterilizado y artificial. Por alguna razón, era peor.

El forense cogió la sábana y la levantó con lentitud y cuidado, descubriendo a un Stott hinchado y con la carne cayéndole literalmente de los huesos.

Hazen apartó rápidamente la vista, pero le dio vergüenza e hizo el esfuerzo de volver a mirar la camilla.

Ya tenía experiencia en ver cadáveres, pero ninguno era ni de lejos comparable a aquel. La piel del pecho se había retirado de la carne grasa como si se hubiese encogido. También se había contraído en las caderas y la cara. En varios puntos del cuerpo, la grasa licuada se había derramado, formando charquitos en la superficie de la camilla hasta cuajar y quedar blanca por la refrigeración. Lo que no había era gusanos. Qué raro. Por otro lado, parecía que faltara un trozo de cuerpo. En efecto: un pedazo del muslo izquierdo, donde aún se veían marcas de dientes. Parecían de perro. El mejor amigo del hombre. Hazen tragó saliva.

El forense tomó la palabra.

—Tenemos un cadáver identificado como William LaRue Stott, varón de raza blanca y treinta y dos años de edad.

Siguió pegando el rollo a la cámara, sin que nadie se apartara del cadáver. Por suerte, el discurso introductorio fue breve. McHyde miró a Pendergast y le preguntó solícito:

—¿Tiene algún comentario o sugerencia antes de que empecemos, agente especial Pendergast?

—No, gracias, de momento no.

—Muy bien. Esta mañana hemos realizado un examen preliminar del cadáver, y hemos observado varias anomalías importantes. Empezaré por el estado general.

Hizo una pausa para carraspear, y Hazen vio que miraba de reojo a la cámara de vídeo, situada encima de la camilla. Que sí, doctor, que estás muy guapo.

—Lo primero que he advertido ha sido la ausencia de invertebrados en el cuerpo, y el hecho de que apenas se hubiera iniciado la descomposición, a pesar de que la víctima llevaba muerta como mínimo dieciocho horas a temperaturas no inferiores a treinta y cinco grados, y a pleno sol durante un mínimo de doce

horas.

Volvió a carraspear.

—La segunda anomalía es más evidente. Como puede apreciarse, la carne de las extremidades ha empezado a separarse del hueso. El fenómeno es más pronunciado en esta zona, alrededor de la cara, las manos y los pies. La nariz y los labios casi parecen haberse derretido. Faltan las dos orejas. Una de ellas fue encontrada en el lugar del crimen. Aquí, en las caderas y los hombros, la piel se ha contraído, retirándose del tejido graso que cubría. La preponderancia de sustancia sebácea es coherente con la hipótesis del derretimiento y posterior enfriamiento. No hay pelo ni cuero cabelludo; evidentemente, fueron arrancados post mórtem y después del... mmm... proceso. Se observa que el tejido graso se ha licuado parcialmente. Todo ello, junto con una serie de características anómalas, solo admite una explicación.

Hizo una pausa para respirar.

—El cadáver fue hervido.

Pendergast asintió.

—En efecto.

Hazen tardó un minuto en comprenderlo.

—¿Hervido?

—Todo indica que el cadáver fue sumergido en agua hirviendo y permaneció en ella como mínimo tres horas. A través de la autopsia, y de algunas pruebas bioquímicas, se podrá establecer el tiempo de inmersión con algo más de exactitud. Baste decir que el hervor fue suficiente para provocar las separaciones que se observan en los maxilares, la mandíbula... —Tocó la boca abierta con un dedo, y apartó la mejilla del hueso de debajo—. Observen que aquí, en el pie, se han desprendido casi todas las uñas. Lo mismo ocurre con las de esta mano; no solo faltan las uñas, sino los dedos segundo y tercero de la izquierda hasta los metacarpos mediales. Fijense en que la cápsula de la articulación interfalángica proximal se ha desprendido aquí y aquí.

Hazen se estaba quedando alucinado. Aquello era igualito a un cerdo hervido.

—Pero oiga... Para hervir un cuerpo así harían falta varios días.

—Falso, sheriff. Una vez que la temperatura general alcanza los cien grados centígrados, se cuece tan deprisa un elefante como una gallina. Tenga en cuenta que el proceso de cocer consiste esencialmente en quebrar la estructura cuaternaria de la molécula de la proteína mediante la aplicación de calor...

—Ya, y a me hago una idea —dijo Hazen.

—Los dedos que faltan no se encontraron en la escena del crimen —dijo Pendergast—, lo cual nos lleva a suponer que se desprendieron en el momento del hervor.

—Una hipótesis sensata. Observarán, además, que tanto las muñecas como los tobillos presentan marcas muy profundas de cuerdas. Yo deduzco que el...

hervor pudo haber empezado pre mórtem.

Coño, eso ya era demasiado. Hazen tuvo la sensación de que todo se salía de juicio. Arriba, en el hospital, habían ingresado a Gasparilla, un personaje excéntrico pero que no hacía daño a nadie. Le habían arrancado todo el pelo, y no solo de la cabeza, sino de la barbilla, el labio superior, las axilas y hasta la ingle; y allá abajo estaba la segunda víctima, ni más ni menos que hervida viva. Todo ello, obra de un asesino en serie que era del pueblo, se paseaba descalzo, despedazaba a sus víctimas, les arrancaba el cuero cabelludo y las ponía como en un belén.

—¿De dónde sale una olla tan grande como para hervir a una persona? — preguntó—. ¿No se habría notado el olor?

Vio que Pendergast lo miraba con sus ojos grises y serenos.

—Dos preguntas excelentes, sheriff, que abren otras tantas fructíferas líneas de investigación.

Fructíferas líneas de investigación. ¡Pero si tenían delante a Stott, el mismo Stott que más de una vez había sido compañero de copas de Hazen en el Wagon Wheel!

El forense reanudó su exposición.

—Huelga decir que verificaré la hipótesis con pruebas de tejido y exámenes bioquímicos. Existe la posibilidad de que averigüe el tiempo exacto de cocción. Pero fíjense en el corte de ocho centímetros en diagonal del muslo izquierdo: es un corte profundo, que cruza el vasto lateral, se interna por el intermedio y deja el fémur a la vista.

Hazen hizo de tripas corazón y se fijó en la marca de mordisco. Era muy irregular. La carne, que al hervir había quedado de color marrón oscuro, estaba arrancada del hueso.

—A simple vista ya se aprecian señales de dientes —dijo el forense—. Este cadáver está parcialmente devorado.

A Hazen casi se le atragantó la pregunta.

—¿Perros?

—No, no creo. La disposición de la dentadura es claramente humana, aunque está afectada por una caries muy avanzada.

Hazen volvió a apartar la vista. No se le ocurrían más preguntas.

—Hemos tomado medidas, fotografías y algunas muestras de tejidos. Quien se comió el cadáver lo hizo después de la cocción.

—Es probable que justo después —murmuró Pendergast—. Observe que los primeros mordiscos son pequeños, como de exploración; quizá fueran hechos a la espera de que el cuerpo se enfriara lo suficiente.

—Pues... sí. En fin, es de esperar que hayamos obtenido el ADN de la... persona en cuestión a través de su saliva. A pesar del pésimo estado de la dentadura, hay pruebas de una acción masticatoria de fuerza superior a la

normal.

El sheriff, mientras tanto, se dejaba fascinar por la disposición de las baldosas del suelo, mientras el «Jambalaya» de Hank Williams sonaba más fuerte en su cabeza que la monótona voz del forense. Devorado...

Dejó sonar la canción hasta el final, y al levantar la vista vio que era Pendergast, ahora, quien se inclinaba sobre el cadáver, con la cara a poco más de cinco centímetros de su piel abotargada y manchada. Lo oyó olfatear varias veces.

—¿Me permite palpar? —preguntó el agente con un dedo en alto.

El forense asintió. Pendergast empezó a presionar (¡a presionar!) el cadáver con el dedo. Después pasó la punta por el brazo y la cara, se miró el índice, lo frotó con el pulgar y lo olió.

Eso ya era pasarse. Hazen volvió a mirar las baldosas y a poner mentalmente una canción, que esta vez era «Lovesick Blues»; por desgracia, justo cuando entraba la guitarra, oyó la voz de Pendergast.

—¿Me permite una sugerencia?

—Naturalmente —dijo el forense.

—La piel del cadáver parece untada con una sustancia oleaginoso que no es la misma que la grasa humana licuada por el hervor. Casi parece que lo hayan embadurnado adrede. Le aconsejo que haga pruebas químicas para determinar el tipo exacto de grasas o ácidos grasos.

—Lo tendremos en cuenta, agente Pendergast.

Pendergast, sin embargo, no pareció oírlo, absorto como estaba en el cadáver. La habitación quedó en silencio. Hazen se dio cuenta de que todos, él incluido, estaban pendientes de lo que dijera.

El agente levantó la vista de la mesa.

—También percibo otra sustancia en la piel —dijo, apartándose como si hubiera concluido su examen—. Le aconsejo que haga las pruebas pertinentes para verificar la presencia de  $C_{12}H_{22}O_{11}$ .

—Pero...

El forense no llegó a completar la frase. Al mirarlo, Hazen reparó en su expresión de asombro. Pero ¿qué podía ser más impactante que lo que ya habían descubierto?

—Me temo que sí —dijo Pendergast—. Todo indica que el cadáver fue untado con mantequilla y azúcar.

## Veinticuatro

El matadero de pavos de Gro-Bain se asentaba largo y bajo en el gran mar de maíz, que lamía sus muros de chapa. Era, además, del mismo color que el maíz, un marrón sucio que de lejos lo volvía casi invisible. Corrie Swanson dejó el Gremlin en el aparcamiento, grande y lleno de coches calientes y brillantes; tantos coches había que tuvo que aparcar bastante lejos de la entrada. Pendergast abrió la puerta, desdobló sus piernas enfundadas en negro y, mediante un movimiento de gran agilidad, salió y miró alrededor.

—¿Ha entrado alguna vez, señorita Swanson?

—No. Con todo lo que cuentan...

—Reconozco que tengo curiosidad por saber cómo lo hacen.

—¿Cómo hacen qué?

—Limpiar y congelar a diario cien mil kilos de pavos vivos.

Corrie hizo un ruido despectivo por la nariz.

—Yo no.

Un camión de grandes dimensiones se acercó en marcha atrás a la zona de descarga con una montaña de jaulas de pavos, haciendo rechinar los frenos de aire. Junto a la zona de descarga había una entrada gigantesca con tiras de goma como las que había visto Corrie en el túnel de lavado de Deeper. Vio que el camión depositaba en ella su cargamento, y que las jaulas de pavos desaparecían de cinco en cinco entre las tiras de goma hasta que quedó únicamente a la vista la cabina del conductor. Otro suspiro de frenos, y el vehículo dejó de moverse.

—Oiga, agente Pendergast, ¿podría decirme a qué hemos venido?

—Naturalmente que puedo. A saber más sobre William LaRue Stott.

—¿Y dónde está la relación?

Pendergast se volvió hacia su ayudante.

—La experiencia me ha enseñado, señorita Swanson, que todo está relacionado. Mi obligación es conocer a fondo este pueblo, sin olvidar nada ni a nadie. En este drama, Medicine Creek no es un personaje cualquiera, sino el protagonista; y aquí, ante nuestros ojos, tenemos una empresa (concretamente un matadero) de la que depende la economía de todo el pueblo. Es donde trabajaba nuestra segunda víctima. Esta fábrica es el corazón de Medicine Creek, si me permite la metáfora.

—No sé si esperar en el coche. Los pavos muertos no me molan.

—Me sorprende, porque lo veo muy ajustado a su *Weltanschauung*. — Pendergast señaló los accesorios góticos que llenaban el coche—. Además, no llegan muertos. En fin, haga lo que quiera.

Se fue por el aparcamiento. Después de un rato mirándolo, Corrie abrió la puerta del Gremlin y le dio alcance.

Pendergast se dirigió a una puerta de acero macizo con el siguiente rótulo:

## ENTRADA DE EMPLEADOS - POR FAVOR, USE LA LLAVE.

Intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave. Corrie vio que metía la mano en el bolsillo y la volvía a sacar, como si hubiera cambiado de idea.

—Por aquí —dijo el agente.

Siguieron la franja de asfalto hasta llegar a una escalera de cemento. Conducía directamente a la zona de descarga a la que se había arrimado el camión, con su cargamento de pavos, que ya no se veía porque estaba dentro de la planta. Pendergast se agachó para pasar por las tiras de goma de la entrada. Corrie tragó saliva, respiró hondo y lo siguió.

Al otro lado de la zona de descarga había un gran vestíbulo, donde un hombre con gruesos guantes de goma bajaba las jaulas de la plataforma del camión y las abría. Encima había una cinta transportadora con ganchos. Otros tres hombres sacaban los pavos de las jaulas abiertas y los colgaban por las patas en los ganchos de acero. Los animales, cuya condición de aves había que adivinar (tan sucios estaban por el viaje), chillaban y se resistían con pocas fuerzas en el momento de quedar colgados, dando picotazos al aire y cagándose de miedo. La cinta se movía lenta y ruidosamente hacia un agujero estrecho en la pared del fondo. El aire acondicionado estaba en niveles polares, y olía muy mal. Joder, apestaba.

—¡Oigan! —Era un guardia de seguridad adolescente, que había venido corriendo—. ¡Oigan!

Pendergast lo miró y dijo en voz muy alta, abriendo la cartera en sus narices:

—FBI.

—Bueno, pero no se puede entrar sin autorización. Al menos es lo que me han dicho. Son las reglas.

Calló, asustado.

—Lógico —dijo Pendergast, mientras se guardaba la cartera—. Vengo a hablar con James Breen.

—¿Jimmy? Antes hacía el turno de noche, pero desde el... asesinato ha pedido el de día.

—Sí, ya me lo han dicho. ¿Dónde trabaja?

—En la cadena. Oiga, que se tienen que poner casco y bata, y tengo que avisar al jefe de...

—¿La cadena?

—Sí, la cadena. —El muchacho parecía confuso—. La cinta, vaya.

Señaló la hilera de pavos que circulaban a cierta altura, forcejeando.

—Entonces solo tenemos que seguirla hasta encontrarlo.

—Pero está prohibido...

El guardia miró a Corrie como si le pidiera ayuda. Corrie lo conocía: era el tonto de Bart Bledsoe. Hacía un año que se había sacado el bachillerato por los pelos, y ahí estaba, todo un triunfador de Medicine Creek.

Pendergast se fue a buen paso por el resbaladizo suelo de cemento, haciendo aletear las solapas de la chaqueta. Bledsoe lo siguió entre protestas, y se metieron por una puertecita de la pared del fondo. Corrie se apresuró a seguirlos agachando la cabeza, tapándose la nariz y esquivando las cacas de pavo que llovían de la cinta transportadora.

La sala contigua era pequeña y solo contenía una piscina alargada, sobre la que varios rótulos amarillos advertían del peligro de electrocución. Los pavos cruzaban lentamente una zona de aspersores hasta llegar a la pequeña piscina. Corrie se quedó a una distancia prudencial y observó cómo les iban sumergiendo la cabeza en el agua. Tras un zumbido, y un ruido corto y crepitante, los animales dejaban de resistirse y salían fofos del agua.

—Veo que le impresiona —dijo Pendergast—. Es muy humano.

Corrie volvió a tragar saliva. Ya se imaginaba lo siguiente.

La cinta atravesaba otra hendidura en la pared contraria, con una ventana de cristal grueso en cada lado. Pendergast se acercó para mirar por una de ellas, mientras Corrie se asomaba a la otra con el corazón en vilo.

La tercera sala era grande y circular. Cuando entraban los pavos (que ya no se movían), se acercaba una máquina y les seccionaba limpiamente el cuello con un pequeño cuchillo. Enseguida saltaban chorros de sangre que rociaban las paredes, a cuyo pie había algo que a Corrie le pareció un lago rojo. En un lado de la sala, un hombre con algo parecido a un machete esperaba el momento de administrar el golpe de gracia a cualquier pavo que se salvara de la máquina. Corrie apartó la vista.

—¿Cómo se llama esta sala? —preguntó Pendergast.

—Sala de sangrado —respondió Bledsoe, que había renunciado a sus protestas y que, con los hombros bajos, ofrecía una imagen de derrota.

—Muy indicado. Y ¿qué se hace con la sangre?

—La meten en cubas y se la llevan en camiones, pero no sé adonde.

—Imagino que a deshidratarla. El charco del suelo se ve bastante profundo.

—Sí, a estas horas tendrá más de medio metro.

Corrie se estremeció. No era mucho mejor que lo de Stott en el maíz.

—¿Y después? ¿Adónde van los pavos?

—A la escaldadora.

—Ah. Y usted, ¿cómo se llama?

—Bart Bledsoe, señor.

Pendergast dio al joven y perplejo guardia una palmada en el hombro.

—Muy bien, señor Bledsoe. Ahora, si hace el favor de llevarnos...

Rodearon la sala de sangrado por una pasarela (el olor a sangre mareaba), y al cruzar la pared se hallaron de repente en un espacio enorme, una sala de dimensiones gigantescas, sin divisiones, por donde la correa transportadora trazaba un itinerario sinuoso, entrando y saliendo por compartimientos de acero

muy grandes. Parecía un invento infernal de los dibujos de Rube Goldberg. El ruido era agobiante, y la humedad superior al punto de saturación. Corrie notó que se le condensaban gotas en los brazos, la nariz y la barbilla. Olía a plumas mojadas y caca de pavo, y a algo todavía peor que no identificó. Empezaba a arrepentirse de no haber esperado en el coche.

Los pavos muertos y desangrados salían del fondo de la sala de sangrado y volvían a desaparecer en una caja enorme de acero inoxidable, que emitía una especie de silbido ensordecedor.

—¿Qué pasa dentro de esa caja? —preguntó Pendergast con todas sus fuerzas, señalándola.

—Es la escaldadora. Se les echa un chorro de vapor a los pavos.

La interminable cinta resurgía al otro lado de la escaldadora, pero las aves que colgaban de ella desprendían humo, estaban limpias y blancas y les quedaban pocas plumas.

—¿Y después? —preguntó Pendergast.

—Después, a la desplumadora.

—Claro, a la desplumadora.

Bledsoe titubeó un poco y dio señas de haber tomado una decisión.

—Espere aquí, por favor.

Se fue. Sin embargo, Pendergast no esperó, sino que caminó deprisa con Corrie detrás. Cruzaron la mampara de la desplumadora, compuesta en realidad de cuatro máquinas en serie, cada una con varias decenas de extraños dedos de goma que se movían enloquecidamente arrancando las plumas. Los pavos muertos que salían colgando al otro lado estaban pelados y tenían un color entre rosado y amarillo. A partir de ese punto, la cinta transportadora subía, se curvaba y desaparecía. Hasta entonces todo había sido automático. Los únicos trabajadores que habían visto Pendergast y Corrie (aparte del de la sala de sangrado) eran los que vigilaban las máquinas.

Pendergast se acercó a una mujer, que estaba atenta a los indicadores de la consola de desplume.

—¿Puedo interrumpirla?

Cuando la mujer levantó la cabeza, Corrie vio que era Doris Wilson, una rubia teñida de más de cincuenta años, rechoncha, rubicunda, sin maquillar y con tos de fumadora que vivía sola en el mismo parque de caravanas que ella, Wyndham Park Estates, y no se andaba con remilgos.

—¿Es el del FBI?

—Sí. ¿Y usted?

—Doris Wilson.

—¿Puedo hacerle unas preguntas, señora Wilson?

—Venga.

—¿Conocía a Willie Stott?

—Era el encargado de la limpieza de la noche.

—¿Se llevaba bien con los demás?

—Era un buen trabajador.

—Tengo entendido que bebía.

—A ratos. Pero trabajaba bien.

—¿Era de lejos de aquí?

—De Alaska.

—¿Y a qué se dedicaba en Alaska?

Doris hizo una pausa para mover unas palancas.

—Trabajaba en una fábrica de conservas de pescado.

—¿Tiene alguna idea de por qué se marchó?

—Dicen que por una mujer.

—¿Y por qué se quedó a vivir en Medicine Creek?

Doris sonrió, enseñando una dentadura marrón y torcida.

—Eso nos preguntamos todos. En el caso de Willie, encontró un amigo.

—¿Quién?

—Swede Cahill, que es íntimo de todos los clientes de su bar.

—Gracias. ¿Podría indicarme dónde puedo encontrar a James Breen?

Doris señaló la cinta transportadora con los labios.

—Arriba, en la zona de evisceración, justo antes de la de deshuese. Es uno gordo, con el pelo negro y gafas. Es un poco bocazas.

—Muchas gracias.

—De nada.

Doris saludó a Corrie con la cabeza. Subieron por una escalera metálica. La cinta seguía el mismo recorrido que ellos, vibrando con su hilera de pavos muertos y acercándose a una plataforma que no funcionaba con máquinas, sino con personal humano. Los trabajadores, vestidos con mono y gorra blancos, abrían los pavos con destreza y los vaciaban con aspiradoras. A continuación, los pavos pasaban a otra zona donde eran limpiados con mangueras a presión. Al seguir la cadena con la vista, Corrie vio a dos hombres que cortaban las cabezas de los bichos y las tiraban a un vertedero muy grande.

« El día de Acción de Gracias no volverá a ser igual », pensó.

Uno de los trabajadores de la cadena era un hombre gordo y con el pelo negro que estaba contando a voz en grito una anécdota. Al oír el nombre « Stott » y las palabras « último que lo vio vivo », Corrie miró al agente de reojo, y recibió una breve sonrisa.

—Creo que hemos encontrado a la persona que buscábamos.

Mientras se acercaban a Breen por la plataforma, Corrie vio a Bart, que volvía casi corriendo con el pelo alborotado. Delante de él iba Art Ridder, el director de la fábrica, cuyas piernas regordetas corrían por el cemento.

—¡Por qué no me ha dicho nadie que ha venido el FBI! —gritaba, sin dirigirse

a nadie en concreto. Tenía la cara todavía más roja de lo normal. Corrie vio una pluma mojada de pavo en la coronilla de su casquete de pelo secado con secador —. ¡En esta zona está prohibido entrar!

—Perdone, señor Ridder. —El pánico había hecho presa en Bart—. Ha entrado solo. Es que está investigando...

—Ya, ya sé lo que investiga. —Ridder subió por la escalera y se plantó jadeando frente a Pendergast, mientras hacía esfuerzos por recuperar la sonrisa que era su sello distintivo—. ¿Qué tal, señor Pendergast? —Tendió la mano—. Art Ridder. Lo vi en la Fiesta del Pavo.

—Encantado de conocerlo —contestó Pendergast, estrechando su mano.

Ridder se volvió hacia Bart, y se le borró la sonrisa.

—Tú vuelve a la zona de descarga, que ya hablaremos. —Miró a Corrie—. ¿Qué haces aquí?

—Soy... —Corrie miró a Pendergast, esperando que dijera algo, pero el agente se quedó callado—. Lo acompaño.

Ridder interrogó a Pendergast con la mirada, pero el agente estaba enfascado en una serie de extraños aparatos que colgaban del techo.

—Soy su ayudante —terminó diciendo Corrie.

Ridder expelió ruidosamente el aire de sus pulmones. Pendergast dio media vuelta y, acercándose a donde trabajaba Jimmy Breen (que al ver llegar al jefe se había callado), lo observó trabajando.

Ridder recuperó la calma.

—¿Quiere que vayamos a mi despacho, señor Pendergast? Estará mucho más cómodo.

—Tengo que preguntarle algunas cosas al señor Breen.

—Le haré subir. Venga, que Bart le enseñará el camino.

—No es necesario interrumpir su trabajo.

—Es que en el despacho no hay tanto ruido...

Pero Pendergast ya había empezado a hablar con Jimmy, que, mientras respondía (tras una rápida mirada a Ridder, y otra al agente), introdujo un tubo en un pavo y aspiró sus vísceras con un fuerte ruido de succión.

—Señor Breen, tengo entendido que fue la última persona que vio vivo a Willie Stott.

—Es verdad, es verdad —explicó Jimmy—. ¡Pobre! Fue culpa de su coche. No me gusta tener que decirlo, pero se gastaba en Swede lo que tendría que haberse gastado en arreglar esa cafetera. Ese trasto siempre lo dejaba tirado.

Corrie miró de reojo a Art Ridder, que se había colocado detrás de Jimmy y volvía a sonreír forzosamente.

—Jimmy —intervino Ridder—, que el tubo no se pone así. Hay que meterlo hasta el fondo. Perdone, señor Pendergast, pero es su primer día.

—Sí, señor Ridder —dijo Jimmy.

—Así, hacia arriba y hasta donde quepa. —Metió y sacó la manguera del pavo un par de veces, como demostración, y se la devolvió—. ¿Me sigues? —Se volvió sonriendo hacia Pendergast—. Yo empecé aquí, señor Pendergast, en la zona de evisceración, y fui subiendo. Me gusta que se hagan bien las cosas.

A Corrie no le gustó nada su tono de orgullo.

—Pues claro que sí, señor Ridder —dijo Jimmy.

Pendergast no había dejado de mirarlo.

—¿Decía usted?

—Ah, sí. Se le había estropeado el coche el mes pasado, y tuve que llevarlo de su casa al trabajo y del trabajo a casa. Seguro que lo volvió a dejar tirado, y que intentó ir a pie hasta el bar de Swede. Seguro que fue cuando se lo cargaron. ¡Coño! La misma mañana que lo encontraron pedí el traslado. ¿Verdad, señor Ridder?

—Sí, sí.

—Prefiero chuparle las tripas a un pavo que ser yo el que acabe destripado en el campo.

La boca de Jimmy se ensanchó en una sonrisa babosa.

—No me extraña —dijo Pendergast—. Cuénteme a qué se dedicaba.

—Era el vigilante nocturno. Estaba en la fábrica desde las doce a las siete de la mañana, cuando llega el preturno.

—¿Qué hace el preturno?

—Comprueba que funcione toda la maquinaria, para que cuando llegue el primer camión se puedan procesar enseguida los pavos. Cuando tienes un camión lleno de bichos delante, no puedes dedicarte a arreglar nada; si no, acabarías con todo el cargamento muerto.

—¿Ocurre a menudo?

Corrie se fijó en que Jimmy Breed dirigía a su jefe una mirada nerviosa.

—Casi nunca —se apresuró a decir Ridder.

—Esa noche, al llegar a la fábrica —preguntó Pendergast—, ¿vio algo, o a alguien, por la carretera?

—¿Por qué se cree que he pedido el turno de día? Entonces pensé que era una vaca suelta por el maíz. Era algo grande, agachado.

—¿Dónde, exactamente?

—A medio camino, a unos tres kilómetros de la fábrica y otros tres del pueblo. A la izquierda de la carretera. Parecía que estuviera esperando, y que se escondiera en el maíz al ver mis faros por la curva. Como si se escabullera a cuatro patas. Quizá fuera una sombra, pero tenía que ser muy grande.

Pendergast asintió con la cabeza y se volvió hacia Corrie.

—¿Alguna pregunta?

Corrie sintió pánico. ¿Preguntas? Vio los ojillos rojos de Ridder observándola.

—Pues... sí.

Se produjo una pausa.

—Si era el asesino, ¿qué esperaba? Vaya, que no podía prever que a Stott se le estropeará el coche, ¿no? Quizá le había echado el ojo a la fábrica.

Tras un momento de silencio, vio una sonrisa casi imperceptible en los labios de Pendergast.

—Pues no sé, la verdad —dijo Jimmy. Se quedó callado—. Buena pregunta.

—¡Pero hombre, Jimmy! —lo interrumpió Ridder bruscamente—. ¡Te ha pasado un pavo por delante!

Se abalanzó para cogerlo antes de que se alejase y, con un rápido movimiento, sacó las vísceras a mano y las echó al recipiente de vacío, que las engulló enseguida con un horrible borboteo. Luego se volvió hacia los demás, mientras se sacudía los restos con un golpe brutal de muñeca, y sonrió efusivamente.

—En mis tiempos no hacían falta aspiradoras —dijo—. Jimmy, en un trabajo así no puedes tener miedo de que se te ensucien un poco las manos.

—Sí, señor Ridder.

Dio a Jimmy una palmada en la espalda, que dejó una mancha marrón.

—Sigue.

—Creo que hemos terminado —dijo Pendergast.

Ridder puso cara de alivio y tendió la mano.

—Ha sido un placer ayudarlo.

Pendergast se inclinó educadamente y se dio la vuelta.

## Veinticinco

Desde el arcén, con los brazos en jarras, Corrie Swanson vio que Pendergast sacaba del maletero varias piezas de una extraña máquina, y empezaba a enroscarlas. Al pasar a buscarlo por casa de los Kraus, se lo había encontrado al lado de la carretera con la caja de piezas metálicas. Si entonces no le había explicado en qué consistían sus planes, tampoco parecía dispuesto a hacerlo ahora.

—Cómo le gusta que los demás no se enteren de nada, ¿eh?

Tras enroscar la última pieza, Pendergast examinó el aparato y lo encendió, haciendo que zumbara un poco.

—¿Cómo dice?

—No se haga el tonto. Nunca le explica nada a nadie, como por ejemplo lo que piensa hacer con este trasto.

Pendergast volvió a apagar la máquina.

—No hay nada que me canse tanto como las explicaciones.

Corrie no tuvo más remedio que reírse. ¡Qué gran verdad! Todos decían lo mismo, desde su madre al director del instituto, pasando por el memo del sheriff: «Espero una explicación».

El sol salía por el maizal, y ya quemaba la tierra cuarteada. Pendergast miró a Corrie.

—¿Debo interpretar su curiosidad como que empieza a gustarle el papel de ayudante?

—No, lo que empieza a gustarme es lo que me paga. Además, ya que tengo que levantarme al alba me gustaría saber por qué.

—Bueno, pues hoy subiremos a los túmulos para investigar la supuesta matanza de los Guerreros Fantasmas.

—Esto tiene más pinta de detector de metales que de máquina cazafantasmas.

Pendergast se colgó el aparato del hombro y empezó a caminar por la pista de tierra que bajaba hacia el río entre la maleza. Volvió la cabeza para decirle a Corrie:

—Hablando de fantasmas, ¿usted qué?

—¿Qué de qué?

—Que si cree que existen.

Corrie resopló por la nariz.

—¡Ahora no me diga que se cree que hay un muerto mutilado y sin cuero cabelludo que se pasea por ahí arriba buscando sus botas o no sé qué!

Esperó, pero no hubo respuesta.

Minutos después penetraron en la sombra de los árboles, donde el frescor de la noche, del que aún quedaban restos, se mezclaba con el olor de los álamos.

Tardaron un poco más en llegar a los túmulos propiamente dichos, que se elevaban suavemente sobre bases rocosas y estaban cubiertos por una ligera capa de hierba y matojos. Pendergast se detuvo para encender la máquina y pulsar los controles. El zumbido aumentó y disminuyó de volumen, hasta cesar del todo. Corrie vio que se sacaba un alambre del bolsillo, con una banderilla naranja en un extremo, y lo clavaba en el suelo. A continuación, el agente sacó algo parecido a un teléfono móvil y lo manipuló.

—¿Qué es?

—Un GPS.

Pendergast anotó algo en su eterna libreta. Después, con la bobina magnética del detector de metales a pocos centímetros del suelo, caminó lentamente hacia el norte, efectuando un barrido. Corrie lo siguió, cada vez más curiosa por saber qué hacía.

El detector de metales emitió un fuerte pitido, que hizo arrodillarse al agente y escarbar el suelo con una espátula. Poco después desenterraba una punta de flecha de cobre.

—¡Uau! —dijo Corrie, y se arrodilló impulsivamente junto a él—. ¿Es india?

—Sí.

—Creía que hacían las puntas con sílex.

—En 1865, los cheyenes ya empezaban a utilizar metal. En 1870 ya tenían armas de fuego. Esta punta metálica permite fechar con precisión el yacimiento.

Corrie se inclinó con la intención de cogerla, pero Pendergast detuvo su mano.

—No, que se quede en el suelo. Observe —añadió en voz baja— en qué dirección se clavó.

Retomó la libreta y el GPS para hacer unas anotaciones; luego se los guardó en la chaqueta, clavó otra banderilla y siguieron caminando.

Recorrieron unos doscientos metros. Pendergast barría el suelo con el detector. Punta o bala que encontraba, banderilla que clavaba. A Corrie le parecía mentira que hubiera tanta porquería bajo tierra. Volvieron al punto de origen y salieron en otra dirección. En un momento del barrido, el detector volvió a pitar. Pendergast se arrodilló, escarbó y encontró una anilla de lata de los años setenta.

—¿Qué, no lo etiqueta? —preguntó Corrie.

—Se lo dejaremos a un futuro arqueólogo.

Más pitidos, y más anillas, puntas de flecha, algunas balas de plomo, un cuchillo oxidado... Corrie observó que el agente estaba muy serio, como si le turbaran los hallazgos, y estuvo a punto de preguntárselo directamente, pero no lo hizo. ¿A qué venía tanta curiosidad? Total, no estaban haciendo nada más raro de lo habitual en Pendergast...

—Bueno, vale, me rindo. ¿Qué tiene que ver todo esto con los asesinatos? A menos que crea que el asesino es el fantasma del de los Cuarenta y Cinco, el que

echó una maldición eterna sobre este sitio...

—Excelente pregunta. Todavía no puedo asegurar que los crímenes y la matanza estén relacionados, pero Sheila Swegg fue asesinada cuando excavaba en esta zona, y Gasparilla venía mucho por aquí a cazar. Tampoco hay que olvidar esas historias que corren por el pueblo, a las que se refiere usted: que el asesino es el fantasma de Harry Beaumont sediento de venganza. Le recuerdo que le cortaron las botas y le despellearon las plantas de los pies.

—¿No me diga que se lo cree!

—¿El qué? ¿Que el asesino es el fantasma de Beaumont? —Pendergast sonrió —. No, pero debo reconocer que la presencia de flechas antiguas y otros objetos indios apunta a una relación, aunque solo sea en el cerebro del asesino.

—¿Entonces? ¿Cuál es su teoría?

—Sería un craso error elaborar una hipótesis sin pruebas tangibles. Me esfuerzo al máximo por no tener ninguna. De momento, lo único que quiero es recoger datos.

Pendergast siguió barriendo el suelo y dejando marcas. Ya iban por el tercer recorrido, que les llevó directamente a lo alto de uno de los túmulos. Pendergast señaló con la cabeza unos agujeros recientes en la tierra, que alguien había tratado de esconder con maleza sin conseguirlo.

—Las excavaciones de Sheila Swegg.

Siguieron caminando.

—¿O sea, que no tiene ninguna sospecha sobre quién puede ser el asesino? —insistió Corrie.

Pendergast tardó un poco en contestar, y cuando lo hizo fue en voz muy baja.

—Lo que me intriga es quién no es.

—No le entiendo.

—Está claro que se trata de un asesino en serie, y que seguirá matando hasta que se lo impidan. Lo que me intriga es que no tenga pautas fijas. En eso se diferencia de cualquier otro asesino en serie.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Corrie.

—En Virginia, en el cuartel general del FBI de Quantico, hay una Unidad de Ciencias de la Conducta especializada en perfiles de criminales. Llevan veinte años recopilando casos de asesinos en serie de todo el mundo, y cuantificándolos en una gran base de datos.

Pendergast hablaba sin dejar de caminar, ni de barrer el suelo a medida que bajaban por el otro lado del túmulo y se internaban en la arboleda. Miró a Corrie.

—¿Seguro que le apetece oír una conferencia sobre ciencias forenses de la conducta?

—Es bastante más interesante que la trigonometría.

—Como todos los aspectos de la conducta humana, el asesinato en serie obedece a pautas muy concretas. El FBI ha clasificado a los asesinos en serie en

dos tipos: « organizados » y « desorganizados ». Los criminales organizados son inteligentes, con habilidades sociales y sexuales. Planean a fondo sus asesinatos, y eligen a sus víctimas entre desconocidos. Controlan su estado de ánimo tanto antes como durante y después del crimen. También controlan el lugar donde van a cometerlo. Lo normal es que se lleven el cadáver y lo escondan. Es el tipo de asesino más difícil de descubrir. En cambio, el asesino desorganizado mata de forma espontánea. Suele ser una persona con carencias sociales y sexuales, profesión poco cualificada y cociente intelectual bajo. La elección del lugar del crimen queda prácticamente al azar. El cadáver se deja donde está, sin intentar esconderlo. A menudo el asesino vive cerca y conoce a la víctima. El ataque suele responder a lo que se conoce como “ataque relámpago”, una agresión violenta y repentina que casi no ha sido planeada.

Siguieron caminando.

—Este caso parece de los « organizados » —dijo Corrie.

—Pues no. —Pendergast se detuvo a mirarla—. Esto no es para cualquier estómago, señorita Swanson.

—Lo aguantaré.

La observó, y dijo como si hablara solo:

—Sí, creo que sí.

La máquina pitó. Pendergast se puso de rodillas, escarbó y desenterró un cochecito de juguete oxidado. Corrie vio que sonreía fugazmente.

—Ah, un Morris Minor. De pequeño tenía una colección de Corgis.

—¿Y dónde está ahora?

Como a Pendergast se le nublaba la expresión, Corrie no insistió.

—A primera vista, el asesino parece ajustarse al tipo organizado, pero hay una serie de desviaciones importantes. En primer lugar, prácticamente todos los asesinatos en serie organizados tienen un componente sexual, aunque no sea explícito. Algunos asesinos se ceban en prostitutas, otros en homosexuales, y otros en las parejas de los coches. Los hay que practican mutilaciones sexuales, y otros que violan antes de matar. También hay algunos que dan un beso al cadáver y dejan flores, como al final de una cita.

Corrie se estremeció.

—En cambio, estos asesinatos no tienen el menor componente sexual.

—Siga.

—El asesino organizado, por otra parte, sigue un *modus operandi* que los expertos en ciencias forenses de la conducta llaman « ritual ». Los asesinatos se hacen ritualmente. A menudo el asesino siempre se viste igual, usa la misma pistola o cuchillo y asesina de idéntica manera. Después, es frecuente que disponga el cadáver de un modo ritual. Dicho ritual puede pasar inadvertido, pero existe, y forma parte del asesinato.

—Lo cual coincide con nuestro asesino en serie.

—Al contrario, no coincide. Es cierto que en este caso el asesino pone en práctica un ritual, pero la cosa es la siguiente: que cada ritual se distinga del anterior. Lo del perro es muy desconcertante. En ese caso no hubo ningún ritual, sino las características propias del tipo «desorganizado». El asesino se limitó a matar al perro y arrancarle la cola. ¿Por qué? Y el caso del ataque oportunista a John Gasparilla es parecido; no es que no hubiera ritual, es que ni siquiera hubo el esfuerzo de matar. Es como si... como si se hubiera llevado lo que necesitaba (su pelo y su pulgar) y se hubiera ido. En definitiva, que los crímenes combinan características de los asesinos en serie organizados con otras de los desorganizados, algo nunca visto.

Lo interrumpió un fortísimo pitido del detector de metales. Casi habían llegado al final del recorrido. Frente a ellos, la hierba bajaba por un declive hacia el gran mar de maíz. Pendergast se arrodilló y apartó la tierra, pero esta vez no descubrió nada. Entonces puso el detector justo encima del punto donde se había disparado y realizó algunos ajustes, mientras el aparato seguía pitando en señal de protesta.

—Está a medio metro de profundidad, o más —dijo.

En su mano apareció una paleta, con la que empezó a excavar. En cuestión de minutos, las dimensiones del agujero se habían vuelto considerables. Pendergast lo amplió por los bordes con mayor cuidado, y lo ahondó milímetro a milímetro hasta tocar algo sólido con la paleta.

De pronto tenía en la mano un cepillito. Procedió a quitar el polvo al objeto, mientras Corrie miraba por encima de su hombro. Fue dibujándose algo viejo y retorcido, que el cepillo acabó de revelar: una bota de vaquero con suela de tachuelas. Pendergast la sacó del agujero y le dio vueltas con la mano. Tenía una raja vertical en la parte trasera, como el corte de un cuchillo. Miró a Corrie y dijo:

—Parece que Harry Beaumont tenía un cuarenta y seis, ¿no?

Oyeron un grito. Alguien subía jadeando por los túmulos, haciendo señas con las manos. Era Tad, el ayudante del sheriff.

—¡Señor Pendergast! ¡Señor Pendergast!

Cuando el joven larguirucho llegó a donde estaban con la cara roja, Pendergast se levantó.

—Gasparilla... en el hospital... está recuperando la conciencia, y... —Tad hizo una pausa para respirar—... pregunta por usted.

## Ventiséis

Hazen estaba sentado en una de las dos sillas de plástico plegables que había fuera de la sala de cuidados intensivos, se esforzaban en pensar en varias cosas: las primeras noches frescas del otoño, una mazorca de maíz con mantequilla, las reposiciones de *The Honeymooners*, Pamela Anderson desnuda... En lo que ponía todo su empeño era en no pensar en los gemidos incesantes y el espantoso olor que salían de la sala y se filtraban incluso por la puerta cerrada. Ardía en deseos de marcharse, o como mínimo de ir a la sala de espera, pero tenía que aguardar a Pendergast. Joder.

Ajá. Ahí estaba, con su eterno uniforme de pompas fúnebres, dando zancadas por el pasillo con sus piernas largas y negras. Hazen se levantó y estrechó a regañadientes la mano tendida de Pendergast. Debía de ser de un sitio donde se daban la mano cinco veces al día. Buena manera de propagar la peste.

—Gracias por esperar, sheriff.

Hazen gruñó.

Oyeron otro gemido largo y entrecortado, casi un grito de loco.

Pendergast llamó a la puerta, que al abrirse reveló la presencia del médico de guardia y dos enfermeras. Gasparilla estaba en la cama, vendado con una momia, hasta el punto de que solo se le veían los ojos negros y una hendidura en la boca. Le salían varios cables y tubos del culo, y estaba rodeado de aparatos que hacían tic tic, parpadeaban, pitaban y zumbaban como una orquesta de alta tecnología. Dentro olía mucho peor. Flotaba en el aire como una presencia tangible. Hazen se quedó cerca de la puerta con ganas de fumarse un Camel, mientras Pendergast cruzaba la habitación y se inclinaba encima del enfermo.

—Está muy nervioso, señor Pendergast —dijo el médico—. Pregunta constantemente por usted. Lo hemos avisado con la esperanza de que su presencia lo tranquilice.

Gasparilla siguió gimiendo, hasta que de repente pareció reconocer a Pendergast y exclamó, con contracciones súbitas bajo el vendaje:

—¡Usted!

El médico puso una mano en el brazo de Pendergast.

—Un simple aviso: si el paciente se altera demasiado, tendrá que salir.

—¡No! —exclamó Gasparilla con tono de pánico—. ¡Dejadme hablar!

Una mano huesuda y envuelta en gasas salió disparada de debajo de la manta, y se aferró a la chaqueta de Pendergast con tal fuerza, y tales estirones, que un botón rodó por el suelo.

—Empiezo a no verlo muy claro... —insistió el médico.

—¡No! ¡No! ¡Tengo que hablar!

Parecían gritos de un alma en pena. Una de las enfermeras se apresuró a cerrar la puerta, dejando dentro a Hazen. Incluso las máquinas reaccionaron con

pitidos graves e insistentes, y el parpadeo de una lucecita roja.

—Bueno, basta —dijo firmemente el médico—. Lo siento, pero ha sido un error. No está en condiciones de hablar. Tendré que pedirle que se mar...

—¡Nooooo!

Otra mano aferró el brazo de Pendergast y lo obligó a agacharse. Las máquinas se habían vuelto definitivamente locas. En respuesta a unas palabras del médico, una de las enfermeras se acercó con una jeringuilla, la clavó en el gotero y apretó el émbolo.

—¡Dejadme hablar!

Pendergast, que no podía moverse, se puso de rodillas.

—¿Qué pasa? ¿Qué vio?

—¡Dios mío!

La angustiada voz de Gasparilla combatía el sedante entre ahogos y toses.

—¿Qué?

El tono de Pendergast era acuciante. La mano de Gasparilla retorció la tela de su chaqueta, acercándolo a él. El mal olor, insoportable, parecía levantarse en oleadas de la cama.

—¡La cara! ¡La cara!

—¿Qué cara?

Hazen tuvo la impresión de que Gasparilla se ponía muy tenso. Su cuerpo rígido parecía más largo.

—¿Se acuerda de lo que le dije sobre el diablo?

—Sí.

Gasparilla se empezó a retorcer, y a atragantarse.

—¡Pues me equivocaba!

—¡Enfermero! —exclamó el médico, dirigiéndose a un hombre corpulento—. ¡Administre otros dos miligramos de Ativan y saque de aquí a este hombre! ¡Ahora mismo!

—¡Nooooo!

Las manos sujetaban a Pendergast como garras.

—¡Fuera, he dicho! —gritó el médico, tratando de abrirlas—. ¡Sheriff, este hombre va a matar a mi paciente! ¡Sáquelo de aquí!

Hazen puso mala cara. ¡Como si fuera responsable de Pendergast! De todos modos, se acercó y se sumó a los esfuerzos del médico por desprender una de las manos esqueléticas de Gasparilla. Pendergast, mientras tanto, no hacía nada por ayudarlos.

—¡Me equivocaba! —aulló Gasparilla—. ¡Me equivocaba! ¡Me equivocaba!

La enfermera clavó otra jeringuilla en el gota a gota, y administró otra dosis de sedante.

—¡Ahora que está aquí, no hay nadie a salvo! ¡Nadie!

El médico se volvió hacia la enfermera y le ordenó:

—Que vengan los de seguridad.

Se disparó una alarma en el cabezal de la cama.

—¿Qué vio? —preguntó Pendergast, suave pero imperiosamente.

De improviso, Gasparilla se sentó en el colchón. La sonda nasogástrica lanzó gotas de sangre al desprenderse y chocó con el marco de la cama. La mano crispada del enfermo rodeó el cuello de Pendergast.

Hazen forcejeó con él. ¡Acabaría por estrangular a Pendergast!

—¡El diablo! ¡Ha venido! ¡Está aquí!

Cuando la segunda inyección hizo su efecto, la mirada del paciente pareció perderse en el infinito, pero la presión de sus manos no disminuyó, pareció aumentar.

—¡Existe! ¡Lo vi esa noche!

—¿Sí? —preguntó Pendergast.

—Sí, y es un niño... un niño...

De pronto, justo cuando se disparaba otra alarma (esta de menor intensidad) en la batería de aparatos, Hazen sintió que los brazos de Gasparilla se quedaban fofos.

—¡Una parada cardíaca! —exclamó el médico—. ¡Una parada! ¡Que traigan el carro de paradas!

Varias personas irrumpieron simultáneamente en la sala: el equipo de seguridad, enfermeras y médicos. Pendergast se levantó, quitándose de encima los brazos flácidos para limpiarse la hombrera. Él, siempre tan pálido, se había puesto rojo, pero era la única alteración en su persona. Las enfermeras las sacaron enseguida al pasillo, tanto a él como a Hazen.

Esperaron diez o quince minutos, mientras se oía una actividad febril al otro lado de la puerta. De repente volvió a reinar la calma, como si alguien hubiera apretado un interruptor. Hazen oyó desconectar los aparatos, cesar una a una las alarmas, y hacerse (¡qué alivio!) el silencio.

El primero en salir fue el médico de guardia. Lo hizo lentamente, casi sin rumbo, inclinada la cabeza. Al pasar junto a ellos, la levantó. Tenía los ojos inyectados en sangre. Miró primero a Hazen, y después a Pendergast.

—Lo ha matado —dijo con tono de fatiga, casi como si ya no le importase.

Pendergast le puso una mano en el hombro.

—Los dos hacemos nuestro trabajo. Le aseguro, doctor, que no me habría soltado hasta decir lo que tenía que decir. Tenía que hablar.

El médico sacudió la cabeza.

—Supongo que tiene razón.

Poco a poco, las enfermeras y los otros asistentes se dispersaron.

—Se lo tengo que preguntar —dijo Pendergast—: ¿de qué ha muerto, exactamente?

—De un infarto masivo después de un largo período de fibrilación. Nos ha

sido imposible estabilizar el corazón. Es la primera vez que veo tanta resistencia a los sedantes. Una explosión cardíaca. Se le ha reventado el corazón.

—¿Y tiene alguna explicación sobre la causa de las fibrilaciones?

El médico hizo un gesto de cansancio con la cabeza.

—La impresión. No han sido las heridas, que en sí no eran mortales, sino el profundo impacto psicológico que las acompañó, y que no ha podido superar.

—Vaya, que podría decirse que se ha muerto de miedo.

El médico miró al enfermero que salía de la habitación empujando una camilla. El cadáver de Gasparilla estaba envuelto de pies a cabeza con tiras de tela blanca muy ceñidas. El médico parpadeó y, pasándose una manga por la frente, observó la salida del cadáver por una doble puerta.

—Es una descripción un poco melodramática, pero sí, sería una manera de decirlo —dijo.

## Veintisiete

Varias horas más tarde, y tres mil kilómetros al este, el sol poniente barnizaba el río Hudson de una suntuosa capa de bronce. Bajo la ancha sombra del puente George Washington, una barcaza remontaba pesadamente la corriente. Un poco más al sur, dos barcos de vela apenas turbaban, cual juguetes, la lisa superficie en su camino a la parte superior de la bahía de Nueva York.

Sobre el acantilado de roca formado por Riverside Park, la avenida que llevaba por nombre Riverside Drive deparaba excelentes vistas del río, pero la mansión de estilo Beaux-Arts y cuatro plantas que ocupaba toda la manzana entre las calles Ciento treinta y siete y Ciento treinta y ocho llevaba muchos años privada de cualquier panorama. Las tejas de pizarra de su tejado abuhardillado estaban agrietadas y sueltas. No se veía luz por sus ventanas emplomadas. No había vehículo, tampoco, bajo su puerta cochera, tan elegante antaño. Lúgubre y silenciosa se ofrecía a la vista la mansión, entre zumaques y robles sin cuidar.

Y, sin embargo, algo se movía en el vasto panal de habitaciones que se ramificaba bajo tierra, como un laberinto de raíces huecas.

En los interminables sótanos de piedra, perfumados de polvo y otros olores más sutiles y exóticos, caminaba un extraño personaje. Era de una delgadez casi cadavérica, con una gran melena que le llegaba a los hombros; blanco el pelo, y blancas las pestañas, también era blanca su bata de laboratorio, en cuyo bolsillo asomaban un rotulador negro, unas tijeras de bibliotecario y un lápiz adhesivo. Uno de sus finos codos apretaba una tablilla. En su cabeza, un casco de minero iluminaba la piedra húmeda, y las muchas hileras de suntuosos armarios de madera.

Se detuvo ante una de las filas. En los altos muebles de roble, los cajones se contaban por decenas. Sus dedos recorrieron las etiquetas, cuya elegante caligrafía se había vuelto casi ilegible por el paso del tiempo, y, deteniéndose en una, dieron unos golpecitos pensativos al marco de latón. Acto seguido, y con gran cuidado, abrió el cajón. La linterna hizo brillar con tornasoles verdes una colección de mariposas nocturnas cuyo color de jade respondía a una mutación que solo se encontraba en Cachemira. Retrocedió y anotó algo en la tablilla. Después cerró el cajón y abrió el de debajo. Contenía, meticulosamente clavadas en su correspondiente tabla, una docena de hileras de grandes mariposas nocturnas todavía más raras, de color añil. En cada lomo se observaba el extraño dibujo plateado de un ojo sin párpados. *Lachrymosa codriceptes*, la muerte alada: la bellísima, y venenosísima, mariposa del Yucatán.

Hizo otra anotación en la tablilla, cerró el cajón y, tras cruzar varias estancias (separadas por pesados cortinajes), llegó a una sala abovedada forrada de vitrinas, en cuyo centro brillaba un ordenador portátil. Se acercó a él, dejó la tablilla en la mesa de piedra y empezó a teclear.

Pasaron varios minutos sin que se oyera nada más que el ruido de las teclas, y el de alguna gota de agua. De pronto, algo zumbó en el bolsillo de su bata.

El hombre apartó una mano del teclado para meterla en el bolsillo y sacar un teléfono móvil.

Solo una de las dos personas que estaban al corriente de que tuviera móvil conocía el número. Se acercó el teléfono a la boca y dijo:

—El agente especial Pendergast, supongo.

—Exactamente —respondió una voz—. ¿Cómo está, Wren?

—«Preguntad mañana por mí, y me hallaréis todo un hombre estirado».

—Sinceramente, lo dudo. ¿Ya ha terminado el *catalogue raisonné* de la biblioteca del primer piso?

—No, eso lo dejo para el final. —La voz del hombre de la bata había temblado de placer—. Todavía voy por la lista de las colecciones del sótano.

—¿De veras?

—Sí, de veras, *hypocrite lecteur*; y calculo que me quedan varios días. Las colecciones de su tío bisabuelo eran... digamos que nutritivas. Además, solo puedo estar aquí de día, porque las noches las reservo para la biblioteca. Mi trabajo en ella no admite interrupción.

—Es natural. Pero dígame, ¿ha hecho caso a mi advertencia de no entrar en las últimas salas, las que hay al fondo del laboratorio abandonado?

—Sí.

—Me alegro. ¿Alguna sorpresa de especial interés?

—Muchas, muchas, pero creo que pueden esperar.

—¿Le parece? Explíquese, si es tan amable.

Wren sufrió un pequeño titubeo que sus amigos (si los hubiera tenido) habrían calificado de poco habitual en él.

—La verdad es que no estoy muy seguro. —Volvió a callarse, y miró por encima del hombro—. Ya sabe que estoy acostumbrado a la oscuridad y el deterioro, pero en diversas ocasiones, mientras trabajaba aquí abajo, he tenido una extraña sensación; extraña y muy desagradable. Una sensación como de... —Bajó la voz—. Como de estar siendo observado.

—No me sorprende demasiado —dijo Pendergast al cabo de un instante—. Sospecho que el gabinete de curiosidades resultaría turbador para cualquiera, incluso para la persona menos imaginativa del mundo. Quizá haya sido mala idea encargarle la misión.

—¡No, no! —dijo Wren, entusiasmado—. ¡No, no, no! Una oportunidad así no la desaprovecharía por nada del mundo. He hecho mal en comentarlo. Ya lo dice usted: imaginaciones. «Los caprichos de una imaginación alucinada son tales, que ve más demonios de los que el infierno puede contener». Hay que atribuirlo sin la menor duda a mi conocimiento de lo que... ejem... han visto estas paredes.

—Sin duda. También a mí me rondan todavía los hechos del pasado otoño. Esperaba que este viaje me despejara un poco las ideas.

—¿Y no ha sido así? —Wren rio entre dientes—. No me sorprende. Teniendo en cuenta su concepto del descanso... Investigar asesinatos en serie; y, por lo que sé, unos asesinatos bastante peculiares. De hecho, son tan inhabituales que casi resultan familiares. ¿Por casualidad no estará su hermano de vacaciones en Kansas?

La respuesta no fue inmediata. Cuando Pendergast volvió a hablar, su tono era frío y distante.

—Ya le he dicho que jamás mencione a mi familia.

—Claro, claro —se apresuró a responder Wren.

—Llamaba para pedirle algo. —Pendergast adoptó un tono más formal—. Necesito que me localice un artículo, Wren. Se trata del diario manuscrito de un tal Isaiah Draper, titulado *Historia de los Cuarenta y Cinco de Dodge*. Según mis investigaciones, ingresó en la colección de Thomas van Dyke Selden, que lo adquirió en 1933 cuando viajaba por Kansas, Oklahoma y Texas. Tengo entendido que en estos momentos la colección pertenece a la Biblioteca Pública de Nueva York.

Wren frunció el entrecejo.

—La colección Selden es el cúmulo de objetos sin valor más dispar y desorganizado de la historia. Sesenta cajas que ocupan dos almacenes, y cuyo conjunto no vale absolutamente nada.

—No generalice. Necesito datos que solo puede proporcionarme el diario en cuestión.

—¿Para qué? ¿Qué puede aclarar un viejo diario sobre los asesinatos?

Como Pendergast no contestaba, Wren volvió a suspirar.

—¿Qué aspecto tiene?

—Desgraciadamente, lo ignoro.

—¿Alguna marca que lo identifique?

—No lo sé.

—¿En qué plazo lo necesitaría?

—Pasado mañana, si es posible. El lunes.

—Se mofa usted de mí, *hypocrite lecteur*. Tengo los días ocupados aquí, y las noches... Ya conoce mi trabajo: muchos libros deteriorados, y muy poco tiempo. Encontrar una referencia concreta en ese maremágnum de...

—Naturalmente, sus esfuerzos recibirían una remuneración especial.

Wren se quedó callado, relamiéndose.

—Concrete, se lo ruego.

—Un libro de contabilidad indio que precisa conservación.

—No me diga...

—Al parecer es de gran importancia.

Wren apretó el teléfono móvil contra su oreja.

—Cuénteme.

—Al principio me pareció que el autor era el jefe sioux Joroba de Búfalo, pero ahora que lo he examinado más a fondo concluyo perteneció al mismísimo Toro Sentado, que debió de redactarlo en su cabaña de Standing Rock, quizá durante la Luna de las Hojas Caídas, en los meses anteriores a su muerte.

—Toro Sentado...

Wren acarició las palabras con la lengua, como si fueran poesía.

—Llegará a sus manos el lunes, pero solo a efectos de conservación. Quizá pueda disfrutarlo durante dos semanas.

—Y el diario, suponiendo que exista, estará en las tuyas.

—Existe, existe. En fin, no lo molesto más en su trabajo. Buenas tardes, Wren, y tenga cuidado.

—Con Dios.

Wren guardó el móvil en el bolsillo y se colocó ante el ordenador, mientras repasaba mentalmente la disposición física de la colección Selden y casi le temblaban las manos al pensar que en un plazo de dos días pudiera tocar el libro de contabilidad de Toro Sentado.

Cuando empezó a teclear, dos ojos pequeños y serios lo observaban atentamente desde la oscuridad que se cernía detrás de las vitrinas.

## Veintiocho

Smit Ludwig casi ya no iba a la iglesia, pero aquel domingo de calor tan brutal, al levantarse, tuvo la intuición de que podía valer la pena. No podía explicarlo con exactitud; solo sabía que en el pueblo las tensiones habían llegado a un punto crítico, y que ya no se hablaba de otra cosa que de los asesinatos. Había recelo en las miradas entre los vecinos. La gente tenía miedo y buscaba un remedio a su inseguridad. Su olfato de periodista le dijo que el escenario de esa búsqueda sería la iglesia luterana del Calvario.

Al acercarse a la coqueta iglesia de ladrillo, con su blanco campanario, supo que había acertado. El aparcamiento estaba a reventar, hasta el punto de que había coches en ambas aceras. Dejó el suyo al final y tuvo que caminar casi medio kilómetro. Parecía mentira que quedaran tantos habitantes en Medicine Creek

La puerta estaba abierta. Como siempre, al entrar, le dieron un programa. Fue hasta las filas del fondo, y se quedó en un lateral con buena visión. Era algo más que un simple oficio religioso. Era una noticia. Algunos de los asistentes pisaban la iglesia por primera vez. Al tocarse el bolsillo, se alegró de haber traído lápiz y libreta. Los sacó y empezó a tomar disimuladamente notas. Ya había reconocido a Bender Lang y a su esposa, Klick y Melton Rasmussen, Art Ridder y señora, los Cahill, Maisie, y Dale Estrem con sus colegas de la cooperativa. Tampoco faltaba el sheriff Hazen, en un lateral, con cara de mal humor. No se le había visto por la iglesia desde la muerte de su madre. Lo acompañaba su hijo, cuya cara fofa expresaba irritación. Por último, en una esquina oscura, dos personas: Pendergast, el hombre del FBI, y Corrie Swanson con el pelo violeta de punta, los labios negros y varios colgantes plateados. ¡Qué extraña pareja!

Al ver que el reverendo John Wilbur se acercaba amaneradamente al púlpito, todos callaron. El oficio empezó como siempre, con el himno y la oración del día. En el momento de las lecturas, el silencio era total. Ludwig vio que había una gran expectación, y tuvo curiosidad por el enfoque que había pensado adoptar el pastor Wilbur, un hombre estrecho de miras y pedante que no tenía fama de muy buen orador. Siempre quería demostrar su erudición salpicando sus sermones de citas literarias y poéticas, pero lo único que conseguía era parecer pomposo y prolijo. Al pastor Wilbur le había llegado el momento de la verdad. El pueblo nunca lo había necesitado tanto.

¿Estaría a la altura?

La lectura del Evangelio había terminado. Se avecinaba la hora del sermón. Había electricidad en el ambiente. Era el momento anhelado en que se le reconfortaría el espíritu; porque a eso habían acudido todos, en definitiva.

El pastor subió al púlpito, tosió dos veces delicadamente en el cuenco de la mano, apretó sus finos labios y alisó con un crujido los papeles amarillentos que

tenía escondidos tras la madera llena de adornos.

—Esta mañana se me ocurren dos citas —dijo, mirando a la congregación—; una de ellas de la Biblia, naturalmente, y la otra de un famoso sermón.

La esperanza de Ludwig se avivó. Parecía un enfoque nuevo, prometedor.

—Os ruego que recordéis la promesa de Dios a Noé en el libro del Génesis: «Mientras dure la tierra, sembrar y siega, frío y calor, verano e invierno, día y noche, no cesarán». Y también las palabras de John Donne: «Dios viene a ti no como asoma el alba, no como el capullo en primavera, sino cual las gavillas en tiempo de cosecha».

Wilbur hizo una pausa para mirar por encima de sus gafas de lectura, y ver la iglesia llena. En ese momento, a Ludwig se le cayó el alma a los pies, y con más fuerza por sus falsas esperanzas. Se había dejado engañar por los aires de improvisación. «¡Oh, no! —pensó—. ¡Otra vez el sermón de la cosecha no, por favor!».

Y sin embargo, por increíble que fuera, esa parecía ser la intención de Wilbur, que abrió pomposamente los brazos.

—He aquí que el pueblecito de Medicine Creek vuelve a verse rodeado por la providencia de Dios. Verano, cosecha: nos rodean los frutos de la verde tierra del Señor, y su promesa, el maíz, con sus tallos temblando por el peso de las mazorcas maduras bajo el sol dadivoso del verano.

Ludwig, al borde de la desesperación, miró a los que lo rodeaban. O le fallaba la memoria, o en esa época del año Wilbur siempre había pronunciado el mismo sermón. En vida de su esposa, el ciclo de sermones del pastor (tan previsible como el de las estaciones) le había parecido reconfortante, pero ya no, y menos en un momento así.

—A los que piden una señal de la providencia de Dios, a los que necesitan pruebas de su bondad, les digo: salid a la puerta. Salid a la puerta y contemplad el gran mar de la vida, la cosecha de maíz a punto de ser recogida y comida para dar alimento físico a nuestros cuerpos y consuelo espiritual a nuestras almas...

—Dirás gasohol a nuestros coches —murmuró alguien cerca de Ludwig.

Esperó. Quizá el pastor se estuviera calentando antes de llegar a lo importante.

—Aunque el momento elegido para loar a Dios por la munificencia de su tierra sea el día de Acción de Gracias, yo quiero agradecerse la ahora, justo antes de la cosecha, cuando el don de la bondad divina se encarna alrededor de todos nosotros en los campos de maíz que se extienden de horizonte a horizonte. Subamos, como nos insta a hacer el inmortal bardo John Greenleaf Whittier, «desde los campos ricos en maíz»; y, aprovechando una pausa en nuestro camino, volvámonos a contemplar la gran tierra de Kansas cubierta por la cosecha, y dar gracias.

Calló para que sus palabras surtieran el efecto deseado. Todos estaban en

suspense, esperando contra viento y marea que el sermón diera un giro inesperado.

—El otro día —dijo el pastor con tono más alegre—, cuando iba a Deeper con Lucy, mi mujer, nos quedamos sin gasolina.

«Oh, no. Ya lo contó el año pasado, y el anterior».

—Como podréis imaginar, nos quedamos en el arcén rodeados de maíz por todas partes. Entonces Lucy me miró y preguntó: “¿Qué hacemos, cariño?”. Y yo le contesté: “Confiar en Dios”.

Rio entre dientes, ajeno (afortunadamente para él) al mal ambiente que empezaba a reinar entre los fieles.

—Bueno, pues se enfadó. Claro, como soy el hombre se supone que tendría que haber llenado el depósito; o sea, que era mi culpa habernos quedado sin gasolina. Me dijo: ”Sí, tú confía en Dios, que yo confiaré en mis piernas”. Empezó a salir del coche...

De pronto alguien dijo:

—¡... sacó el bidón del maletero y se fue caminando a la gasolinera!

Quien había completado la frase del pastor era ni más ni menos que Swede Cahill, el simpático del pueblo; Swede Cahill, de pie y con la cara encendida.

El pastor Wilbur apretó tanto los labios que casi se le borraron.

—Me permito recordarle, señor Cahill, que estamos en una iglesia, y que estoy pronunciando un sermón.

—Lo sé perfectamente, reverendo.

—Bien, pues en ese caso seguiré...

—No —dijo Cahill, respirando hondo—. No seguirá.

—¡Pero hombre, Swede, siéntate! —exclamó alguien.

Cahill se giró hacia la voz.

—¿Dos asesinatos horribles en el pueblo, y lo único que sabe hacer es leer un sermón que escribió en 1973? Pues no cuela, no cuela.

Se había levantado una mujer. Era Klick Rasmussen.

—Oye, Swede, si tienes algo que decir ten la decencia de esperar a que...

—No, tiene razón —la interrumpió otra voz. Ludwig se volvió. Era un obrero de la planta de Gro-Bain—. Swede tiene razón. No hemos venido a que nos echen un sermón sobre el maíz. Hay un gasolino suelto, y nadie está a salvo.

Klick le plantó cara con su cuerpo achaparrado.

—¡Oiga, joven, que esto es un oficio religioso, no una asamblea política!

—¿No te has enterado de lo que dijo aquel hombre, Gasparilla, en su lecho de muerte? —exclamó Swede, que, aunque pareciera imposible, había enrojecido aún más—. Esto va en serio, Klick. El pueblo está en peligro.

Se oyó un murmullo general de asentimiento. Smit Ludwig garabateaba como loco, procurando anotar las palabras de Swede.

—¡Por favor, por favor! —dijo el pastor Wilbur, levantando los brazos—. ¡En

la casa del Señor no!

Pero ya se había levantado más gente.

—Sí —dijo otro empleado de la fábrica—, yo sí que sé lo que dijo Gasparilla.  
¡Como que me tengo que morir!

—Y yo.

—¡Bueno, pero no será verdad!

Los murmullos fueron subiendo de tono.

—Pastor —dijo Swede—, ¿por qué se cree que está la iglesia llena? La gente ha venido porque tiene miedo. En estas tierras ya se han visto cosas feas, gravísimas, pero esto es diferente. Se está hablando de la maldición de los Cuarenta y Cinco, de la matanza. Es como si estuviera maldito el pueblo. Como si estos asesinatos fueran un castigo. Y acuden a usted para que les tranquilice.

—Me parece, señor Cahill, que no es atribución del tabernero del pueblo enseñarme mis obligaciones de pastor —dijo Wilbur, furioso.

—Oiga, reverendo, con todo el respeto...

—¿Y ese maíz tan raro que quieren plantar? —dijo una voz muy grave. Era Dale Estrem, que se había levantado con una azada en el puño—. ¿Qué me dice de eso?

Ha traído una azada para hacer el numerito, pensó Ludwig, sin dejar de escribir. Venía preparado para montar una escena.

—¡Polinizará nuestros campos y los contaminará! ¡Esos científicos quieren jugar a Dios con nuestra comida, reverendo! ¿Cuándo piensa hablar de eso?

Una nueva voz se sobrepuso a las demás, en un registro mucho más histérico. Un anciano seco como un clavo, en cuya enorme nuez se erizaban los pelos como si fueran púas de puerco espin, se había levantado furioso y amenazaba a Wilbur con el puño. Era Whit Bowers, el ermitaño que tenía a su cargo el vertedero del pueblo.

—¡Ha llegado el día del Juicio Final! ¿No te das cuenta? ¿Estás ciego o eres tonto?

Swede se volvió.

—Oye, Whit, que yo no he...

—¡Si nos os dais cuenta, es que sois unos tontos! ¡Tenemos al diablo entre nosotros!

La voz del viejo, estridente y rasposa, tuvo el efecto de un cuchillo sobre el quirigay de la sala.

—¡El diablo está aquí en persona, en esta iglesia! ¿Estáis ciegos o qué? ¿No lo veis? ¿No lo oléis?

El pastor Wilbur exclamaba algo con las manos en alto, pero su voz fría y pedante no podía competir con el ruido. Todos se habían levantado. La iglesia era un caos.

—¡Está aquí! —chilló Whit—. ¡Mirad a vuestros vecinos! ¡Y a vuestros

amigos! ¡Y a vuestros hermanos! ¿Los ojos que veis son los del diablo? ¡Fijaos bien! ¡Y tened cuidado! ¿O ya se os ha olvidado lo que dijo san Pedro? ¡Sed sobrios y velad! ¡Vuestro adversario, el diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar!

Había más voces tratando de hacerse oír, y gente apiñada en el pasillo. Alguien gritó y se cayó. Ludwig bajó la libreta y se puso de puntillas para ver qué había pasado. Pendergast seguía en la penumbra de la misma esquina, con la inmovilidad de un muerto. A su lado, Corrie sonreía de placer. El sheriff gritaba y hacía gestos. De pronto la muchedumbre retrocedió.

—¡Hijo de puta! —exclamó una voz.

Un movimiento brusco, y el ruido de un puñetazo. ¡Santo Dios! ¡Una pelea en plena iglesia! Ludwig estaba alucinado. Se apresuró a subirse al banco con la libreta en la mano para ver mejor. Se estaban zurrando un amigo de Stott, Randall Pennoyer, y otro empleado de la fábrica.

—¡Nadie se merece que lo hiervan como un cerdo!

En pleno caos de gritos, varios hombres se adelantaron para separarlos. El mismísimo Ridder procuraba detener la pelea a voces. También el sheriff Hazen corría por el pasillo con la cabeza inclinada, como un bulldog. Ludwig vio que tropezaba con Bertha Blodgett y se levantaba del suelo con cara de rabia. Los gritos resonaban en las bóvedas. Al fondo, la gente había abierto la puerta y salía en tropel.

Un banco se volcó, lo que provocó el grito de una mujer.

—¡En la casa del Señor no! —se desgañitaba Wilbur, con los ojos fuera de las órbitas.

Y la voz apocalíptica de Whit seguía flotando sobre todas las demás, con su estridente advertencia:

—¡Miradles a los ojos y lo veréis! ¡Respirad, y sentiréis olor a azufre! ¡Es muy astuto, pero lo descubriréis! ¡Sí, lo descubriréis! ¡El asesino está aquí! ¡Es uno de nosotros! ¡El diablo ha venido a Medicine Creek, y camina entre nosotros, codo con codo! Ya lo oísteis: ¡el diablo con cara de niño!

## Veintinueve

Corrie Swanson esperaba en el coche a la sombra de los árboles, en el pequeño recodo del río adonde Pendergast (con su habitual secretismo) había pedido que lo llevara. Era poco más de mediodía, y hacía un calor insoportable. Corrie cambiaba de postura cada dos por tres, mientras sentía cómo se le formaban gotas de sudor en la frente y la nuca. Pendergast volvía a hacer cosas raras; concretamente, se había recostado en el asiento con los ojos cerrados. Parecía dormido, pero a esas alturas Corrie ya no se dejaba engañar. El agente pensaba. Sí, pero ¿en qué? ¿Y por qué justo en ese sitio? Sobre todo, ¿por qué le había hecho falta media hora, y lo que le quedase?

Corrie sacudió la cabeza. Era un tío raro; agradable pero raro.

Cogió el libro que estaba leyendo, *Beyond the Ice Limit* y lo abrió por una esquina doblada.

El horizonte marino se recortaba en el cielo —dos azules perfectos—, y parecía hacer señas al barco para que navegara siempre más al sur.

Cerró el libro y lo guardó. No estaba mal, pero le faltaba la garra del original. O quizá era ella la que estaba distraída, pensando en la escena de la iglesia.

Como su madre no era practicante, Corrie solo había pisado un par de veces el templo luterano del Calvario, pero era consciente de que ni los más devotos del pueblo habían visto nada igual. Jamás. Era un verdadero terremoto. El pastor Wilbur, que al pasar cerca de ella siempre apartaba la mirada y apretaba los labios, había metido la pata hasta el fondo. ¡Y se las daba de santurrón, el muy gilipollas! Se le escapó otra sonrisa al revivir las imágenes que se le habían grabado en la cabeza: el loco de Whit pegando gritos sobre el Juicio Final, Estrem blandiendo la azada, la gente huyendo por la puerta y rodando por la escalera, los de la fábrica peleándose y tirando bancos... Una de las fantasías más frecuentes de Corrie era imaginarse un terremoto, un bombardeo o un incendio devastador que no dejase nada en pie, con la gente corriendo por las calles del pueblo y el instituto cayendo en un abismo sin fondo. Pues bien, en cierta manera se podía decir que había ocurrido. Su sonrisa se volvió forzada. La realidad no era tan divertida.

Al mirar a Pendergast, dio un respingo. Estaba muy erguido y atento, observándola con sus ojos claros de gato.

—Al Castle Club, por favor —dijo tranquilamente.

Corrie se recuperó enseguida.

—¿Por qué?

—Tengo entendido que hoy el sheriff Hazen y Art Ridder comen con el doctor Chauncy. Ya sabe que mañana Chauncy anunciará qué pueblo se queda

con el campo experimental. Seguro que Hazen y Ridder, como buenos ciudadanos, echan el resto por Medicine Creek. Ya que Chauncy se va mañana de la zona, quiero hacerle una serie de preguntas antes de que sea demasiado tarde.

—¡No me diga que sospecha de él!

—Repito que procuro moderar al máximo mis facultades de deducción. Y le aconsejo que haga lo mismo.

—Pero ¿cómo van a comer juntos, después de lo de la iglesia?

—Chauncy no estaba. Es posible que no se haya enterado. De todos modos, el sheriff y el señor Ridder se desvivirán por dar una sensación de normalidad, y, si es necesario, tranquilizar a Chauncy.

—Bueno, usted manda —dijo Corrie, poniendo marcha atrás.

Aunque le diera rabia, respetó el límite de velocidad. Medicine Creek empezó a dibujarse por encima del maíz. Poco después entraron en el aparcamiento de la bolera, enorme pero casi vacío; claro que eso, en Medicine Creek, era lo normal.

Pendergast le hizo señas para que fuera por delante. Al entrar en la bolera, se dirigieron a la mampara de cristal del Castle Club. Chauncy, Hazen y Ridder estaban al otro lado, en la mesa habitual de Ridder. No había nadie más. Al ver entrar a Pendergast y Corrie, los miraron fijamente.

Hazen se levantó deprisa y los interceptó en medio del comedor.

—¿Qué pasa, Pendergast? —dijo en voz baja—. Estamos en una reunión importante de negocios.

—Siento mucho interrumpir su comida, sheriff —respondió el agente con afabilidad—, pero tengo que hacerle unas preguntas al doctor Chauncy.

—No es el momento.

—Le repito que lo siento.

Pendergast pasó de largo, seguido por Corrie, que al acercarse a la mesa vio que Art Ridder también se había levantado, y que la sonrisa de su cara tersa y regordeta no era precisamente amigable. Más lo fue su tono al decir:

—¡Ah, agente especial Pendergast! Me alegro de verlo. Si es por el... caso, enseguida estoy para usted. Estábamos hablando con el doctor Chauncy, pero nos falta poco.

—A quien vengo a ver es al doctor. —Pendergast tendió la mano—. Me llamo Pendergast.

Chauncy se la estrechó sin levantarse.

—Sí, ahora me acuerdo. Es el que no quiso cederme una habitación.

Sonrió como si lo dijera en broma, pero se le notaba el enfado en los ojos.

—Tengo entendido que se marcha mañana, doctor Chauncy.

—No, hoy mismo —dijo Chauncy—. El anuncio se hará en la universidad.

—En ese caso, tengo que hacerle unas preguntas.

Chauncy dobló tranquilamente la servilleta hasta formar un cuadrado

perfecto, que dejó junto a un plato de tomates estofados sin terminar.

—Perdone, pero es que es muy tarde. Ya habrá otra ocasión.

—Lo siento, doctor Chauncy, pero no puede ser.

Chauncy lo miró con arrogancia de los pies a la cabeza.

—Si es por los asesinatos, yo no sé nada, como comprenderá; si es por el cultivo experimental, queda fuera de su jurisdicción, agente, y de la de su... compañera. —Miró elocuentemente a Corrie—. Si me disculpa...

Pendergast extremó su tono afable.

—La pertinencia de interrogar a alguien la decido yo.

Chauncy sacó la cartera de su chaqueta, cogió una tarjeta y se la dio.

—Ya conoce las reglas: me niego a ser interrogado si no es en presencia de mi abogado.

Pendergast sonrió.

—No faltaría más. ¿Cómo se llama su abogado?

Chauncy titubeó.

—Mientras no me facilite el nombre y el número de teléfono de su abogado, doctor Chauncy, tendré que tratar directamente con usted. Son las reglas, como bien ha dicho.

—Oiga, señor Pendergast... —empezó a decir Ridder.

Chauncy le quitó la tarjeta a Pendergast y se la devolvió con una anotación al dorso.

—Sepa usted, señor Pendergast, que participo en una misión confidencial y de gran importancia no solo para el departamento de agronomía de la Universidad Estatal de Kansas, sino para el hambre en el mundo, y no pienso dejarme distraer por un par de sórdidos asesinatos. —Se volvió hacia los demás—. Caballeros, gracias por la comida.

El breve silencio que intercaló antes de la palabra «comida» logró que no sonara como un cumplido, sino como un insulto. Mientras tanto, Pendergast se había sacado un móvil de la chaqueta y estaba marcando un número. Fue un acto inesperado, que dejó a todos en suspenso. Incluso Chauncy vaciló.

—¿Señor Blutter? —dijo el agente, mirando la tarjeta—. Soy el agente especial Pendergast, del FBI. —Chauncy frunció profundamente el entrecejo—. Estoy en Medicine Creek con un cliente suyo, el doctor Stanton Chauncy. Quería hacerle unas preguntas sobre los asesinatos que se han producido en el pueblo, y existen dos maneras de hacerlo: la primera es ahora mismo, voluntariamente, y la segunda más tarde, en vista pública, mediante una citación firmada por un juez. El doctor Chauncy quería pedirle consejo.

Ofreció el móvil a Chauncy, que lo cogió y se puso.

—¿Blutter? —Tras un largo silencio, perdió los estribos—. Blutter, esto es acoso puro y duro. Es engañar a la universidad. No puedo permitirme publicidad negativa. Estamos en un momento delicado, y...

Esta vez el silencio fue más largo, y Chauncy puso peor cara.

—Que no, Blutter, que no quiero hablar con este poli...

Otra pausa, seguida de un « ¡Joder! ». Chauncy colgó y estuvo a punto de tirarle el teléfono a Pendergast.

—Bueno, vale —masculló—, tiene diez minutos.

—Gracias, pero tardaré lo que haga falta. Las notas las tomará mi « compañera », que es muy profesional. ¿Señorita Swanson?

—¿Qué? Ah, sí, sí.

Corrie se puso nerviosa, porque se había dejado la libreta en el coche. Entonces, como por arte de magia, apareció una en la mano de Pendergast, junto con un bolígrafo. Corrie los cogió y hojeó la libreta para que pareciera que tenía práctica.

Ridder volvió a intervenir.

—¿Qué, Hazen, piensas quedarte mirando? ¿No haces nada?

La mirada del sheriff era inescrutable.

—¿Qué quieres que haga?

—Poner punto final a esta payasada. Este agente del FBI lo va a estropear todo.

Hazen contestó sin perder la calma.

—Sabes perfectamente que no lo puedo hacer.

Se volvió hacia Pendergast y guardó un silencio inexpresivo, pero Corrie lo conocía bastante para leer su mirada. Pendergast se dirigió a Chauncy con muy buen tono.

—Dígame, doctor Chauncy, ¿en qué momento salió el nombre de Medicine Creek como población candidata a acoger el campo experimental?

—El año pasado, a través de un análisis informático. En abril.

Chauncy contestaba maquinalmente.

—¿Cuándo vino por primera vez?

—En junio.

—¿En ese momento entró en contacto con alguien del pueblo?

—No, solo era un viaje preliminar.

—¿Entonces qué hizo, exactamente?

—No veo la...

Pendergast enseñó el móvil y dijo alegremente:

—Pulse el botón de rellamada, que es más fácil.

Chauncy hizo un gran esfuerzo para controlarse.

—Comí en el bar de Maisie.

—¿Y?

—¿Cómo que « y »? Pues que fue la peor comida que he tenido la desgracia de consumir.

—¿Y después?

—Diarrea, lógicamente.

A Corrie se le escapó la risa. Ridder y Hazen se miraban sin saber cómo reaccionar, mientras los labios de Chauncy dibujaban una sonrisa desprovista de alegría. Parecía que estuviera recuperando el aplomo, que no la soberbia. Siguió hablando.

—Inspeccioné un campo de la empresa Buswell Agricon, que participa en el proyecto.

—¿Dónde?

—Abajo, cerca del río.

—¿En qué punto, para ser exactos?

—Distrito quinto, zona uno, cuadrante noroeste de la sección nueve.

—¿Qué criterios siguió para la inspección? ¿En qué consistió?

—Fui a pie por el campo recogiendo muestras de tierra, maíz y algunas otras cosas.

—¿Cuáles?

—Agua, plantas, insectos, muestras científicas... Cosas que usted no entendería, señor Pendergast.

—¿Recuerda la fecha exacta?

—Tendría que consultar mi agenda.

Pendergast cruzó los brazos, esperando. El doctor Chauncy puso mala cara pero sacó una agenda del bolsillo y la hojeó.

—El 11 de junio.

—¿Vio alguna anomalía? ¿Algo que se saliera de lo habitual?

—Ya se lo he dicho antes: nada.

—Otra pregunta. Ya que es un cultivo experimental, ¿puede concretarme con qué se experimentará?

Chauncy se irguió.

—Lo siento, señor Pendergast, pero se trata de conceptos científicos demasiado complejos para que los capte un lego. No tendría sentido contestar a preguntas de esa clase.

Pendergast sonrió con humildad.

—Claro. ¿Y no podría simplificarlo para que lo entienda cualquier tonto?

—Supongo que se podría intentar. Queremos conseguir una variedad de maíz que elimine la necesidad de pesticidas externos. Ahí tiene la explicación para tontos, señor Pendergast. Espero que la haya seguido.

Chauncy sonrió fugazmente. Pendergast se inclinó un poco, y se le borró cualquier rastro de expresión de la cara. Corrie pensó que parecía un gato a punto de saltar.

—Doctor Chauncy, ¿cómo planean evitar que polinice otros cultivos? Si su variedad genética se propagara por el resto de los maizales, sería imposible volver a encerrar al genio en la botella, valga la expresión.

Chauncy puso cara de desconcierto.

—Estableceremos una zona de contención. Araremos una franja de treinta metros alrededor del campo y plantaremos alfalfa.

—Pero según Addison y Markham, en el número de abril de 2002 *del Journal of Biomechanics*, está demostrado que la polinización por maíz modificado genéticamente puede extenderse varios kilómetros desde el campo con el que se trabaja. Seguro que se acuerda del artículo, doctor Chauncy; Addison y Markham, abril de...

—¡Sí, sí, ya lo conozco! —dijo Chauncy.

—Entonces, también conocerá las investigaciones de Engels, Traumerai y Green, que demostraron que la planta modificada genéticamente de la variedad 3PJ-5 produce un polen tóxico para la mariposa monarca. ¿Por casualidad trabajan con la variedad 3PJ?

—Sí, pero la mortalidad de la mariposa monarca solo se produce en concentraciones superiores a sesenta granos de polen por milímetro cuadrado...

—Presente en un radio mínimo de trescientos metros desde el campo en cuestión siguiendo la dirección del viento, según un estudio de la Universidad de Chicago publicado en las actas del tercer congreso anual de...

—¡Que sí, hombre, que sí, que ya conozco el artículo! ¡No hace falta que me dé la referencia!

—Entonces, doctor Chauncy, se lo vuelvo a preguntar: ¿cómo piensan evitar la transpolinización, y cómo protegerán a la población local de mariposas?

—¡De eso trata el experimento, Pendergast! Son precisamente los problemas que queremos resolver...

—¿O sea, que Medicine Creek será una población conejillo de Indias para poner a prueba posibles soluciones a esos problemas?

Chauncy farfulló unos segundos, sin respuesta. Parecía estar sufriendo un ataque. Corrie vio que había perdido por completo los estribos.

—¿Por qué tengo que justificar un trabajo tan importante como el mío a un... a un... poli de mierda?

De repente solo se oía la respiración laboriosa de Chauncy, que sudaba hasta el punto de tener toda la frente mojada, y manchas incipientes en los sobacos de la chaqueta.

Pendergast se volvió hacia Corrie.

—Creo que ya hemos terminado. ¿Lo ha apuntado todo, señorita Swanson?

—Todo, incluido el « poli de mierda ».

Tras cerrar la libreta (con un ruido de satisfacción), y guardarse el bolígrafo en uno de sus bolsillos de cuero, Corrie sonrió de oreja a oreja a los presentes. El agente se disponía a marcharse.

—Pendergast... —dijo Ridder en voz baja y extremadamente fría, y con una expresión ante la que Corrie no pudo evitar un escalofrío.

—¿Qué?

Los ojos de Ridder brillaban como la mica.

—Nos ha estropeado la comida, y ha puesto nervioso a nuestro invitado. ¿No quiere decirle nada antes de irse?

—Creo que no. —Pendergast puso cara de pensarlo—. Como máximo, una cita de Einstein: « Lo único más peligroso que la ignorancia es la soberbia ». Yo le sugeriría al doctor Chauncy que las dos características combinadas son todavía más inquietantes.

Corrie siguió a Pendergast por las sombras de la bolera, que contrastaba con la fuerte luz del sol. Al subir al coche, ya no pudo aguantarse la risa.

Pendergast la miró.

—¿Se divierte?

—¿Por qué no? Se lo ha dejado a Chauncy así de grande.

—Es la segunda vez que oigo esa curiosa expresión. ¿Qué significa?

—Pues significa... que le ha hecho quedar como un tonto, lo que es.

—Ojalá. Chauncy y los de su ralea no tienen ni un pelo de tontos. Por eso son tan peligrosos.

## Treinta

Cuando Corrie volvió a Wyndham Park Estates, el parque de caravanas donde vivía con su madre (justo detrás de la bolera), eran las nueve. Después de dejar a Pendergast había ido a pasar el rato a su lugar secreto de lectura, bajo las líneas de alta tensión, pero al ponerse el sol había empezado a tener miedo y preferido irse a casa.

Cautelosa, abrió la puerta, que estaba hecha polvo, y la cerró con un sigilo que era fruto de muchos años de práctica. A esas horas, su madre ya debía de estar frita. Era domingo, su día libre. Seguro que había empezado a empujar el codo al levantarse. Aun así, lo más prudente siempre era el silencio.

Entró en la cocina de puntillas. Como la caravana no tenía aire acondicionado, el calor era asfixiante. Abrió cuidadosamente un armario, sacó una caja de cereales Cap'n Crunch y se sirvió discretamente en un tazón. Después de llenárselo con leche de la nevera, empezó a comer. ¡Qué hambre tenía! Le hizo falta otro tazón para saciarse.

Lo lavó en silencio, lo secó, lo guardó, dejó los cereales y la leche en su sitio y borró cualquier rastro de su presencia. Con un poco de suerte, si su madre estaba grogui, quizá antes de acostarse pudiera jugar una o dos horas a la última versión de *Resident Evil* en su Nintendo.

—¿Corrie?

Se quedó de piedra. ¿Qué hacía su madre despierta? La voz carrasposa que llegaba del dormitorio no presagiaba nada bueno.

—Corrie, que ya sé que eres tú.

Procuró contestar con naturalidad.

—¿Qué, mamá?

Silencio. ¡Qué calor hacía en la caravana! Le extrañaba que su madre pudiera pasarse todo el día dentro, sudando y bebiendo. Le extrañaba y le parecía triste.

—Me parece que tienes que contarme algo, jovencita —dijo la voz en sordina.

Corrie trató de responder con buen tono.

—¿Como qué?

—Como lo de tu nuevo trabajo.

Se le cayó el alma a los pies.

—¿Qué le pasa?

—No, nada, que soy tu madre y me considero con derecho a saber a qué te dedicas.

Corrie carraspeó.

—¿Lo podemos discutir mañana?

—No, ahora mismo. Espero una explicación.

Corrie buscó una manera de empezar. Sonaría raro, lo enfocara como lo enfocase.

—Estoy trabajando para el agente del FBI que investiga los asesinatos.

—Sí, ya me he enterado.

—O sea, que ya lo sabes.

Se oyó un bufido.

—¿Cuánto te paga?

—Eso a ti no te importa, mamá.

—¿Ah, no? ¿No me importa? ¿Qué te crees, que puedes vivir aquí gratis, comer gratis y entrar y salir cuando quieras? ¿Eh?

—La mayoría de los hijos viven gratis con sus padres.

—Pero no si trabajan y les pagan bien. Entonces contribuyen.

Corrie suspiró.

—Te dejaré dinero en la mesa de la cocina.

¿A cuánto salía la caja de Cap'n Crunch? Ni siquiera se acordaba de la última vez que su madre había ido de compras o había cocinado. Como máximo, traía algo de picar de la bolera, donde trabajaba de camarera de lunes a viernes. Algo de picar y un buen surtido de botellas de vodka en miniatura. Se lo gastaba todo en eso, en botellines de vodka.

—Aún estoy esperando que me contestes. ¿Cuánto te paga? Seguro que no mucho.

—Ya te he dicho que no te importa.

—¿Qué te van a pagar, si no sabes hacer nada? No sabes escribir a máquina, no sabes redactar una carta comercial... La verdad, no me imagino por qué te ha contratado.

—Porque le parece que sí que sé hacer algo —respondió Corrie acaloradamente—. Me paga setecientos cincuenta semanales, para que te enteres.

Se arrepintió enseguida de haberlo dicho. Hubo un momento de silencio.

—¿Has dicho setecientos cincuenta semanales?

—Exacto.

—¿Y se puede saber qué haces para ganártelos?

—Nada.

Pero bueno, ¿por qué dejaba que su madre la obligara a admitirlo?

—¿Nada? ¿Nada?

—Soy su ayudante. Tomo notas y le llevo en coche.

—¿Tú qué sabes de ser ayudante? ¿Quién es? ¿Qué edad tiene? ¿Dices que le llevas en coche? ¿En el tuyo o? ¿Por setecientos cincuenta dólares semanales?

—Sí.

—¿Tienes contrato?

—Pues no.

—¿Sin contrato? Pero ¿tú eres tonta o qué? Corrie, ¿por qué te crees que te paga setecientos cincuenta? ¿O ya lo sabes? ¿Ya has llegado a ese punto? No me extraña que me mientas, y me escondas que trabajas. Ya me imagino el trabajito que le haces, niña.

Corrie se tapó las orejas con las manos. ¡Qué ganas de salir, de irse en coche a donde fuera! Siempre podía bajar al río y dormir en el Gremlin, pero le daba miedo. Era de noche, y el asesino andaba suelto por el maizal.

—Mamá, que no es eso, ¿vale?

—No, no vale. Tú aún vas al instituto, y no sabes hacer nada. ¡Cómo van a pagarte setecientos cincuenta! Corrie, yo he corrido lo mío, y sé bastante de la vida. Conozco bastante a los hombres. Sé lo que quieren y lo que piensan. Sé lo desgraciados que pueden llegar a ser. ¿Qué me dices de tu padre? ¿Te parece bien que me dejara plantada? A las dos, y nunca ha pagado ni un céntimo de tu manutención. Era un inútil. No, peor. Y ya te digo yo que el tío ese de agente del FBI no tiene nada. ¿Cómo quieres que un agente del FBI le dé trabajo a una chica con antecedentes? No me cuentes mentiras, Corrie.

—No te cuento mentiras.

Sí, ¡qué ganas de no pasar la noche en casa, por una vez! Desgraciadamente, el pueblo estaba como un cementerio (secuelas del jaleo de la iglesia), con las casas cerradas a cal y canto cuando no habían dado ni las nueve.

—Pues si es todo tan normal, tráemelo, que quiero conocerlo.

—¡Yo no le enseño este sitio de mierda ni muerta! —exclamó Corrie, que de repente se había enfurecido—. ¡Y a ti menos!

—¡Niña, no te atrevas a hablarme así!

—Me voy a la cama.

—¡Te estoy hablando!

Corrie entró en su habitación, cerró la puerta, se puso rápidamente los cascos y metió un disco compacto en la cadena con la esperanza de que los Kryptopsy tocaran más fuerte que los gritos que oía a través de la pared. Había bastantes posibilidades de que su madre no se levantara de la cama. Le daba dolor de cabeza estar de pie. A la larga se cansaría de gritar, y por la mañana, con suerte, ya no se acordaría de la conversación. Claro que también era posible que se acordase. Le había parecido inquietantemente sobria.

Cuando se apagó el ruido infernal de la última canción, todo parecía en silencio. Se quitó los auriculares y fue a la ventana para respirar el aire nocturno. Cantaban los grillos. Todos los olores entraron de golpe en su habitación: los de la noche, el del maizal contiguo al parque de caravanas, el del calor pegajoso... Fuera estaba todo muy oscuro. Hacía tiempo que se habían fundido las farolas de su calle, y nunca las habían cambiado. Fijó un rato la mirada en la oscuridad, enjugándose las lágrimas. Después se tumbó vestida en la cama y puso el disco desde el principio. «¿Qué me dices de tu padre? Era un inútil». Lo de siempre.

Corrie trató de no pensar en él. Pensar en su padre solo servía para sufrir más, porque, a pesar de todo lo que le decía su madre, solo tenía buenos recuerdos de él. ¿Por qué se había marchado así? ¿Por qué no le había escrito ni una sola vez para explicarse? Quizá fuera verdad que ella no servía de nada, que era una inútil que no se merecía el amor de nadie, tal como se había molestado en explicarle su madre muchas veces.

Subió el volumen para no pensar. Un año más. Solo uno. Desde la perspectiva de su cama, y de aquel pueblo perdido y medio muerto, un año más se le antojó una eternidad, pero seguro que podía soportarlo. Hasta ella era capaz.

Se despertó en plena noche. Ya no cantaban los grillos. El silencio era total. Se incorporó y se quitó los auriculares, que ya no sonaban. Algo la había despertado. ¿Qué? ¿Un sueño? No, no se acordaba de haber soñado nada. Esperó con los oídos muy abiertos.

Nada.

Se levantó para ir a la ventana. Había algunas nubes, entre las que apareció fugazmente un hilillo de luna. Los parpadeos amarillentos de los relámpagos de calor iluminaban a rachas el horizonte. Corrie tenía el pulso acelerado, y los nervios de punta. ¿Por qué? Quizá por lo siniestro de la música que había escuchado al dormirse.

Se acercó un poco más a la ventana abierta. El aire nocturno, cargado de fragancias de campo, entraba húmedo y pegajoso. La noche era cerrada. Lejos, tras la negra silueta de la caravana de al lado, vio la oscuridad de los maizales, y una estrella solitaria.

Oyó algo. Alguien resoplando.

¿Era su madre? No, parecía venir de fuera, de la oscuridad.

Otra vez, como si fuera alguien muy resfriado.

Fijó la vista en las zonas de profunda oscuridad de al lado de la caravana. La calle era como un río negro. Se esforzó en aguzar todos los sentidos, hasta que, en el seto que delimitaba la calle... ¿Había algo moviéndose? ¿Una forma? ¿O eran imaginaciones suas?

Puso la mano en la ventana y quiso cerrarla, pero la encontró tan atascada como siempre. Mientras la sacudía para desatascarla, empezó a sentir pánico.

Oyó más resoplidos, como la respiración pesada de un gran animal. Se había acercado mucho. Sin embargo, la pausa para escuchar fue mínima. De repente, vencida por el pánico, redobló sus esfuerzos por cerrar la ventana y la sacudió desesperadamente para soltar el seguro de aluminio barato. Sí, había algo moviéndose; lo notaba, lo sentía y... sí, sí, ahora estaba segura de verlo: un bulto informe, una masa negra sobre fondo negro que se acercaba sigilosamente.

Dejándose llevar por el instinto, se apartó de la ventana y abandonó el

objetivo de cerrarla por el de encender la lámpara y alejar la oscuridad. Al buscarla, tropezó con el reproductor de discos compactos.

Al encenderse la luz, la ventana se convirtió en un rectángulo negro y opaco. De pronto Corrie oyó un gruñido, un ruido sordo, un roce muy rápido y continuo, y por último el silencio.

Retrocedió unos pasos, lentamente, y esperó ante la ventana negra. Le temblaba todo el cuerpo incontrolablemente, y tenía muy seca la garganta. Ahora ya no veía nada fuera. A menos que estuviera en la ventana, mirándola... Pasó un minuto. Otro. Otro. De pronto, ni cerca ni lejos, oyó una especie de tos y de gemido, muy suave pero tan transido de miedo y de dolor que le heló los huesos. Lo siguiente fue un extraño ruido como si se desgarrara algo húmedo, y otro como de tirar un cubo de agua en el asfalto de la calle. A continuación, un silencio total.

De hecho era peor el silencio que los ruidos. Corrie sintió que le subía un grito a la garganta.

De repente oyó un chasquido, un borboteo y una especie de siseo, que poco a poco se redujo a un susurro.

Su cuerpo se relajó de golpe. Sólo era el aspensor del señor Dade, poniéndose en funcionamiento a las dos en punto como cada noche.

Miró su reloj: en efecto, marcaba las dos en punto.

¿Cuántas veces había oído ponerse en marcha aquel sistema de aspersores, con sus toses, borboteos y siseos, y toda su sinfonía de ruidos raros? Contrólale, pensó. Se le estaba desmadrando la imaginación. Claro, con todo lo que pasaba en el pueblo... Y con todo lo que había visto con Pendergast en los maizales...

Volvió a la ventana y, ligeramente avergonzada, puso la mano en el seguro. Esta vez bastó un fuerte estirón para soltarlo. Cerró la ventana, volvió a la cama y apagó la luz.

El ruido de los aspersores filtrándose por el cristal, con el suave impacto de las gotas, era como una nana, pero no concilió el sueño hasta las cuatro.

## Treinta y uno

Tad se dio la vuelta con tanto ímpetu que se cayó de la cama. Al ponerse de rodillas, se pasó una mano por la cara y buscó a tientas el teléfono, que estaba sonando. Cuando lo encontró le costó un poco descolgarlo.

—¿Diga? —masculló—. ¿Diga?

Miró la ventana del dormitorio, y a través de las pestañas legañosas aún por el sueño vio que todavía era de noche. El cielo estaba cuajado de estrellas, y solo al este había una franja amarilla de luz en el horizonte.

—Tad... —Era Hazen, se le notaba muy despierto—. Estoy en Fairview, cerca de la entrada lateral de Wyndham Park. Te doy diez minutos para venir.

—¿Sheriff...?

Había colgado. Tad solo tardó cinco.

Aunque aún no hubiera salido el sol, ya había un grupo de vecinos del parque de caravanas, casi todos en bata y chancletas y más silenciosos de lo normal. Hazen estaba en medio de la calle, poniendo cinta amarilla con el teléfono móvil entre el hombro y la mandíbula. En la acera había alguien más: Pendergast, el hombre del FBI, delgado y casi invisible con su traje negro. Tad miró alrededor con una opresión en la boca del estómago, pero no había ningún cadáver; solo una masa irregular en medio de la calle, al lado de una bolsa de tela con algo dentro. La opresión se convirtió en alivio. Parecía otro animal. Se preguntó a qué venían tantas prisas.

Se acercó a Hazen, que cerró el móvil e hizo señas con él al grupo de gente.

—¡Apártense todos! ¡Tad! ¡Sigue tú con la cinta, y que no se acerque nadie!

Tad se apresuró a coger la punta de la cinta, lo cual le permitió ver mucho más de cerca el montón. Tenía un brillo rojo y perlado, y desprendía vapor. Apartó rápidamente la vista y tragó saliva.

—Bueno, a ver... —Como le había salido un gallo, volvió a tragar saliva y repitió—: Bueno, a ver, que no se acerque nadie. Apártense más. Más, por favor.

Los vecinos retrocedieron en grupo, silenciosos y con la cara blanca en la penumbra. Tad cruzó la calle y ató la cinta a un árbol con varias vueltas, completando el cuadrado que había empezado Hazen. Vio que el sheriff hablaba con Corrie Swanson, la chica siniestra, y que Pendergast se quedaba junto a ella sin abrir la boca. La de detrás era la madre de Corrie, con sus malas pintas de siempre, sus cuatro pelos castaños pegados a la cabeza, y su cuerpo muy envuelto en un viejo albornoz de color rosa. Fumaba Virginia Slims como un carretero.

—¿O sea, que has oído algo? —repitió Hazen.

Pese a su tono de escepticismo, tomaba notas. Corrie estaba muy pálida y temblorosa, pero la expresión de su boca era decidida, y le brillaban los ojos.

—Sí, me he despertado justo antes de las dos y...

—¿Cómo sabes qué hora era?

—Porque he mirado el reloj.

—Sigue.

—Me ha despertado algo, pero no sabía qué. Entonces he ido a la ventana y he oído el ruido.

—¿Qué ruido?

—Como de alguien resoplando.

—¿Un perro?

—No, como... como alguien muy resfriado.

Hazen apuntó un par de cosas.

—Sigue.

—Tenía la sensación de que había algo al pie de mi ventana, pero no he llegado a verlo. Estaba demasiado oscuro. Entonces he encendido la luz y he oído un ruido diferente, como una especie de gemido.

—¿Humano?

Corrie parpadeó.

—No sé qué decir.

—¿Y luego?

—Luego he cerrado la ventana y he seguido durmiendo.

Hazen bajó la libreta y miró a Corrie fijamente.

—¿No se te ha ocurrido llamarme a mí o a tu... jefe?

Señaló a Pendergast con la cabeza.

—Es que... es que he pensado que eran los aspersores, que siempre se encienden a las dos y hacen ruidos raros.

Hazen guardó la libreta y miró a Pendergast.

—¡Menuda ayudante! —Se giró hacia Tad—. Te lo explico: esta noche han tirado un montón de tripas en la carretera, yo diría que de vaca, porque hay demasiadas para ser de oveja o perro. El saco de al lado está lleno de mazorcas recién cortadas. Quiero que hagas una ronda por todas las granjas de la zona que tengan ganado y preguntes si les falta una vaca, un cerdo o cualquier animal grande. —Echó un vistazo a Corrie y añadió en voz baja—: Cada vez me huele más a secta.

Tad miró por encima del hombro del sheriff y vio que Pendergast se acercaba al montón de vísceras, se arrodillaba y tenía la peregrina idea de tocarlo. Apartó la vista. A continuación, Pendergast levantó la boca del saco con un dedo.

—Sheriff Hazen... —dijo sin ponerse de pie.

Hazen volvía a hablar por el móvil.

—¿Qué?

—Le aconsejo que no pregunte si faltan animales, sino personas.

Al entender a qué se refería, todos se quedaron mudos. Hazen bajó el móvil.

—¿Cómo sabe que son...?

No tuvo ánimos para acabar la frase.

—Las vacas no suelen comer lo que parece pan de carne de Maisie con una cerveza.

Hazen dio un paso hacia las vísceras y las hizo brillar con la linterna. Tragó saliva.

—Pero ¿qué sentido tiene que el asesino...? —Volvió a quedarse callado, y muy blanco—. Vaya, que ¿para qué iba a llevarse el cadáver y dejar las tripas?

Pendergast se levantó, limpiándose un dedo con un pañuelo de seda blanco.

—Quizá —dijo muy serio— para no ir tan cargado.

## Treinta y dos

Tad no volvió al despacho del sheriff hasta las once. Le chorreaba la frente de sudor, y tenía el uniforme empapado hasta los puños. Fue el último en llegar. La policía del estado y Hazen (cada cual con sus batidas) se le habían anticipado. El despacho interior había sido convertido en centro de mando, por el que se paseaban varios policías hablando por móviles y radios. La prensa, inevitablemente, ya se había enterado, y el resultado era que la calle volvía a estar llena de camionetas de televisión, reporteros y fotógrafos. En cambio, los del pueblo se habían encerrado en casa. El Wagon Wheel tenía echada la persiana. Hasta la planta de Gro-Bain había dejado marcharse a los del turno de mañana. Medicine Creek se había convertido en un pueblo fantasma, donde la presencia humana se reducía a los ávidos representantes de los medios informativos.

—¿Qué, has tenido suerte? —dijo Hazen al verlo entrar.

—No.

—¡Mierda! —El sheriff dio un puñetazo en la mesa—. Tu cuadrante era el último. —Sacudió la cabeza—. Trescientas veinticinco personas, y no falta ni una. Están buscando por Deeper y las granjas de los alrededores, pero de momento no tenemos constancia de ningún desaparecido.

—¿Y está seguro de que las tripas... esto... eran humanas?

Hazen miró a Tad de refilón con ojeras y los ojos rojos. Tad nunca le había visto tan agobiado. Tenía crispadas sus recias manos, los nudillos blancos.

—Sí, y o también lo he pensado, pero ahora los restos están en Garden City, y McHyde dice que son humanos. De momento es lo único que saben.

Tad se mareó. La imagen del pan de carne sobresaliendo por un desgarró de los intestinos, y de la espuma de cerveza mezclada con la sangre, se le quedaría grabada el resto de su vida. Había hecho mal, muy mal en mirar.

—Quizá fuera alguien que pasaba —dijo con voz débil—. Porque a ver qué vecino va a salir a esas horas...

—Sí, también se me ha ocurrido, pero ¿y el coche?

—¿Escondido, como el de Sheila Swegg?

—Hemos registrado toda la zona. Hay una avioneta de reconocimiento dando vueltas desde las ocho.

—¿Y no hay ningún círculo en el maíz?

—Nada. Ni coche escondido, ni círculo, ni cadáver. Nada de nada. Esta vez, por no haber no hay ni huellas.

Hazen se secó la frente con el dorso de la mano y se dejó caer en una silla. Con la policía estatal armando tanto ruido de radios y móviles en el despacho interior, costaba concentrarse, pero lo peor era tener a la prensa justo enfrente, con una batería de cámaras apuntando a bocajarro por el cristal.

—¿No podría ser un viajante? —preguntó Tad.

Hazen señaló el despacho interior con la cabeza.

—La policía estatal está controlando todos los moteles de la zona.

—¿Y el saco de maíz?

—Lo estamos investigando. ¡Joder, es que no sabemos nada! ¡Ni siquiera si lo dejó el asesino o lo llevaba la víctima! Claro que ¿qué sentido tiene llevar un saco de maíz en plena noche? Encima, cada mazorca llevaba una etiqueta con un código raro. —Tras un vistazo al mar de cámaras del otro lado de la puerta, se levantó a medias, se sentó y se volvió a levantar—. Oye, tráeme el bote de cal y la brocha del almacén.

Tad comprendió enseguida sus intenciones. Cuando volvió, Hazen le cogió el bote de las manos, hizo saltar la tapa sin contemplaciones, metió la brocha y empezó a pintar el cristal.

—Cabrones —murmuró, mientras ejecutaba amplios movimientos con el brazo, y los chorros de pintura se acumulaban en el umbral—. Cabrones. Fotografiad esto, a ver si os gusta.

—Lo ayudo —dijo Tad.

Pero Hazen siguió dando brochazos como si no lo oyera, hasta tapan toda la puerta. Después metió la brocha en el bote, lo tapó y descansó en la silla con los ojos cerrados. Tenía manchas de pintura blanca por todo el uniforme.

Tad se sentó al lado, preocupado. La cara cuadrada de Hazen tenía una pátina gris, como de pescado muerto. Su pelo rubio le caía lacio por la frente, y en la sien le palpitaba una vena.

De repente el sheriff abrió mucho los ojos. Fue todo tan rápido que Tad se sobresaltó.

Hazen separó los labios, y solo murmuró una palabra:

—¡Chauncy!

## Treinta y tres

Hacia mediodía, el sheriff Hazen decidió que ya estaba harto de ver a Lefty Weeks peleándose con los perros. La gente como Weeks le ponía de los nervios. Era bajito, con las pestañas blancas, las orejas grandes, el cuello largo y fino y los párpados rojos; era, además, un zalamero y un quejica, que hablaba por los codos aunque su único público fueran un par de perros que no servían para nada. Debajo de los álamos hacía calor, y no se movía nada de aire. Hazen tenía gotas de sudor por la frente, la nuca, los sobacos y la espalda, que se le metían por todos los pliegues del cuerpo incluido el del culo. ¡Debía de hacer más de cuarenta grados! ¡Joder! No podía fumar por culpa de los puñeteros perros, pero con tanto calor tampoco le apetecía, cosa que no podía decir a menudo.

Los dos animales volvieron a dar vueltas, encogidos y gañendo con las colas pegadas al culo. Hazen miró a Tad, y después a los perros. Weeks, que era el cuidador, les gritaba con voz de pito, y estiraba las correas diciendo tacos que no servían de nada.

Hazen se acercó y dio una patada en los cuartos traseros a uno de los perros.

—¡Venga, a buscar al cabrón! —le espetó—. ¡Arreando!

El perro se encogió y gañó con más fuerza.

—Si no le importa, sheriff... —empezó a decir Weeks, con las orejas muy rojas de calor e iluminadas por detrás.

Hazen la tomó con él.

—¡Oiga, Weeks, que es la tercera vez que trae perros y cada vez pasa lo mismo!

—Ya, pero con patadas no se llega a ninguna parte.

El sheriff hizo un esfuerzo de frialdad, arrepentido de la patada. Los policías del estado lo miraban impasibles, pero seguro que pensaban que era el típico sheriff palurdo. Tragó saliva y moderó su tono.

—Mira, Lefty, esto va en serio. O pones los perros a rastrear o te pongo yo una queja en Dodge.

Weeks hizo una mueca.

—No, si el rastro y a lo pillan, lo tengo clarísimo, pero se niegan a seguirlo.

Hazen sintió que volvía a acalorarse.

—Me habías prometido que esta vez vendrías con perros, Weeks, pero parecen cachorritos delante de un mastín.

Dio un paso hacia los animales, uno de los cuales, esta vez, le gruñó.

—Ojo —le avisó Weeks.

—No me tiene miedo, ¿eh? Mal hecho. Venga, otra prueba, haz el favor.

Weeks cogió la bolsa de plástico que contenía el olor (un objeto recogido junto al segundo cadáver) y la abrió con los guantes. La perra retrocedió gañendo.

—Venga, mujer... Venga... —imploraba Weeks.

La perra casi se arrastraba por el suelo. Weeks se puso de cuclillas y le enseñó la bolsa abierta para ponérselo en bandeja.

—Venga, bonita, huele. ¡Ánimo!

Le puso la bolsa en las narices, pero la perra, temblando contra el suelo, mojó la arena seca con un chorro de pipí.

—¡Pero habrase visto! —dijo Hazen, apartándose, y se cruzó de brazos hacia el río.

Llevaban tres horas igual, dando vueltas con los perros a rastras. Al mirar el maizal, Hazen vio cómo se movían los equipos de la policía del estado. Los del departamento de pruebas estaban más abajo, rastreando el río a gatas, mientras dos aviones de reconocimiento sobrevolaban la zona y zumbaban a cada nueva pasada. ¿Por qué costaba tanto encontrar el cadáver? ¿Porque se lo había llevado el asesino? La policía del estado había puesto controles de carretera, pero el asesino podía haber huido de noche. De noche, en Kansas, se puede conducir hasta muy lejos.

Al mirar hacia arriba, vio acercarse a Smit Ludwig con la libreta en la mano.

—Sheriff, ¿le importa que...?

Fue la gota que colmó el vaso.

—No se puede entrar, Smitty.

—Como no he visto cinta...

—¡Venga, Ludwig, sal pitando!

Ludwig no cedió terreno.

—Tengo derecho.

Hazen se volvió hacia Tad.

—Acompaña al señor Ludwig a la carretera.

—¡No te consiento...!

El sheriff le dio la espalda, mientras oía decir a Tad:

—Venga, señor Ludwig.

Se encaminaron hacia los árboles. El bochorno mitigó las protestas de Ludwig.

El sheriff cogió su radio, que se había encendido.

—Aquí Hazen.

—En el hotel no han visto a Chauncy desde ayer. —Era Hal Brenning, un agente de enlace de la policía del estado en Deeper—. No ha dormido en su cama.

—Aleluya. ¿Alguna otra novedad?

—Que no le dijo a nadie ni adonde iba ni para qué. Aquí no saben nada de su itinerario.

—Ya lo hemos investigado —contestó Hazen—. Parece que tuvo pegas con el coche, un Saturn, y que se lo dejó a Ernie insistiendo en que se lo arreglara el mismo día, aunque Ernie le dijo que había faena para dos. Lo último que se sabe

es que cenó en el bar de Maisie, pero no recogió el coche. Debí de meterse en el maizal para alguna investigación de última hora: recoger mazorcas, etiquetarlas...

—¿Recoger maíz?

—Sí, ya sé que no es muy sensato con un asesino suelto, pero Chauncy era muy reservado, y no debía de querer que le hicieran preguntas incómodas.

El recuerdo de lo mal que había reaccionado el profesor a los comentarios de Pendergast sobre la transpolinización hizo que Hazen sacudiera la cabeza.

—Ya. Pues ahora estamos revisando los papeles del doctor Chauncy con algunos hombres del sheriff Larssen, y parece que tenía pensado anunciar algo a mediodía.

—Sí, que el proyecto de cultivo experimental no le toca a Medicine Creek ¿Algo más?

—Que viene para aquí un decano de la universidad con el jefe de seguridad del campus. No creo que tarden más de media hora.

Hazen gruñó.

—Y encima se prepara una tormenta de polvo. La alerta incluye a Cry County y los llanos del este de Colorado.

—¿Para cuándo?

—Calculan que empezará esta misma noche. Dicen que podría haber hasta un aviso de tornado.

—Genial.

El sheriff apagó el radio, lo guardó y miró el cielo. En efecto, había nubes más oscuras de lo normal acumulándose al oeste, como si se estuviera librando una guerra nuclear en algún punto del horizonte, y eso, en Kansas, cualquiera con dos dedos de frente sabía interpretarlo. Lo que se avecinaba era algo más que una tormenta de polvo. En el mejor de los casos, el río saldría de su cauce e inundaría los cultivos. Probablemente granizase. Adiós a todas las pistas. No conseguirían nada más hasta... hasta el siguiente asesinato. Y, si se confirmaba lo de los tornados, habría que suspender la investigación y ponerse todos a resguardo. Vaya panorama.

—Anda, Weeks, llévate a los perros, que no rastrean ni muertos. De lo único que sirve arrastrarlos por el cauce es para dejarlo todo patas arriba. Esto es un desastre.

—No es culpa mía.

Hazen bajó por el río dando zancadas. Tenía el coche patrulla a diez minutos, en el mismo arcén que una docena de vehículos que brillaban al sol. Tosió, escupió y respiró por la nariz. En efecto, se palpaba un silencio peculiar, el típico de antes de una tormenta.

Y en la gravilla del arcén estaba Art Ridder, que acababa de bajar del coche sin apagar el motor y lo saludaba con la mano.

—¡Sheriff!

Hazen se acercó.

—Te he estado buscando hasta debajo de las piedras —dijo Ridder, con la cara más roja de lo habitual.

—Tengo un mal día, Art.

—Ya lo veo.

Hazen respiró hondo. Una cosa era que Ridder fuera el pez gordo del pueblo, y otra que se le tuviera que aguantar todo.

—Acaba de llamarme un tal Dean Fisk, del departamento de agronomía de la universidad, y está a punto de llegar con un grupo de gente.

—Ya me lo han dicho.

Ridder puso cara de sorpresa.

—¿Ah, sí? Pues esto seguro que no lo sabes. No te lo vas a creer.

Hazen esperó.

—Hoy Chauncy pensaba anunciar que el campo experimental se haría en Medicine Creek

Hazen, que creía imposible tener aún más calor, experimentó un sofocón en todo el cuerpo.

—¿En Medicine Creek? ¿No en Deeper?

—Lo tenía decidido desde el principio.

Hazen lo miró fijamente, atontado por el calor y la sorpresa.

—Increíble.

—Una cosa es que le pareciera un asco de pueblo, y otra que fuera un emplazamiento perfecto para el campo. —Ridder se secó la frente brillante y se guardó el pañuelo manchado en el bolsillo de la camisa—. Este pueblo se nos muere, sheriff. Mi casa vale un sesenta por ciento menos que hace veinte años. Tarde o temprano, el matadero de pavos anulará otro turno. Eso si no cierra. ¿Te das cuenta de lo que habría significado quedarnos con el campo? Ingeniería genética, Hazen; y solo habría sido el primero. Luego... más campos, un centro informático, alojamiento para cuando vinieran científicos y profesores, quizá una estación meteorológica... Habrían salido oportunidades en el sector inmobiliario, se habrían creado puestos de trabajo para nuestros hijos... —Elevó la voz en una atmósfera inmóvil—. El campo habría sido la salvación de nuestro pueblo.

—No te pases, Art —dijo Hazen, tieso, anonadado.

—¡Si no te das cuenta, es que eres tonto! Ahora, en cambio, ¿qué te crees, que nos lo van a conceder? ¿Habiendo aparecido en pleno pueblo las tripas del hombre que habían enviado? ¡Ja!

Hazen sintió en los hombros el peso de un cansancio enorme. Pasó junto a Ridder, diciendo:

—Ahora no tengo tiempo, Art. Tengo que encontrar un cadáver.

Ridder, sin embargo, le cerró el paso.

—Oye, que estaba pensando... —Bajó la voz—. ¿Ya has investigado al tío ese, Pendergast? Piensa un poco. Se presentó en el pueblo justo después del primer asesinato, y que es del FBI lo dice él. ¿Cómo sabes que no tiene nada que ver? ¿Cómo sabes que no es el psicópata? Aparece en cada crimen, mete esas narices de albino en todas partes...

Pero Hazen casi no lo oía. De repente, la voz de Ridder parecía muy lejana.

Había tenido una idea.

Ridder tenía razón: por eliminación el campo se lo quedaría Deeper, cuando por derecho le correspondía a Medicine Creek. Justo cuando estaba a punto de anunciar su decisión, ni más ni menos que la noche antes, Chauncy aparecía asesinado. Y ahora el campo se lo quedaría Deeper...

El campo se lo quedaría Deeper...

De pronto todo coincidía.

Desconectó de la parrfada de Ridder para reflexionar a fondo. La primera víctima, Sheila Swegg, había aparecido tres días antes de la llegada de Chauncy. El segundo asesinato se había producido al día siguiente de ella, y en ambos casos el asesino había dejado muchas pistas y artilugios extraños (flechas, huellas de pies descalzos, etc.), como si quisiera aprovechar la leyenda de los Guerreros Fantasmas y la maldición de los Cuarenta y Cinco. Inútilmente, ya que ni a Chauncy le habían importado mucho los asesinatos, ni podía estar menos interesado en leyendas y maldiciones. De hecho, ni siquiera leía la prensa. Era un científico con una perspectiva a largo plazo. A los vecinos de Medicine Creek podían darles miedo los fantasmas y los asesinatos; a alguien como Chauncy, lisa y llanamente le rebotaban.

Falta un día para el anuncio de que el campo se lo quedará Medicine Creek, anochece, y ¿quién aparece muerto sino el propio Chauncy?

¿Podía estar más claro? No se trataba de ningún asesino en serie, ni, como creía Pendergast, de un vecino del pueblo, sino de alguien con mucho que perder si adjudicaban el cultivo experimental a Medicine Creek. Alguien de Deeper. Art tenía razón: había la hostia de dinero en juego, por no decir el futuro de uno y otro pueblo. La situación de Deeper tampoco era muy halagüeña. ¡Qué va, si en treinta años había perdido el cincuenta por ciento de su población, peor que Medicine Creek! Cuantos más habitantes, más dura sería la caída. Y, por no tener, no tenían ni la planta de pavos.

Matar o morir. Deeper.

—¿Me sigues? —dijo Ridder con fuerza.

Hazen lo miró, y le soltó a bocajarro:

—Tengo que hacer algo importante, Art.

—¡No me has hecho ni puñetero caso!

Le puso una mano en el hombro.

—Voy a resolver los asesinatos, y hasta es posible que devuelva el campo al

pueblo. Tú espera.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber cómo lo harás?

Pero Hazen ya se alejaba hacia el coche, seguido por Ridder, que no renunciaba a una respuesta. El sheriff se quedó con la manecilla de la puerta en la mano y dijo:

—Otra cosa: tienes razón en lo del agente del FBI. Es el principal causante del problema.

—¡O sea, que es el asesino!

Abrió la puerta.

—No seas burro, Art. De asesino no tiene nada. Lo que pasa es que lo ha jodido todo presentándose aquí e insistiendo en que hay un asesino en serie, alguien del pueblo. Por su culpa investigamos mal desde el principio. Me ha liado tanto que hasta ahora no he pensado claramente, y he dudado de mi intuición.

—¿Qué dices?

—Me parece mentira no haberme dado cuenta.

—¿De qué?

Hazen enseñó los dientes, y dio a Ridder un cariñoso apretón en el hombro.

—Déjalo en mis manos y fíate de mí.

Subió al coche patrulla y descolgó la radio. Pendergast había llegado sin coche, sin chófer, sin refuerzos y sin ponerse en contacto con la delegación de Dodge. Iba por libre, el muy cabrón. Pues, ya era hora de pararle los pies.

Encendió la radio y dijo:

—¿Harry? Soy el sheriff Hazen, de Medicine Creek. Oye, que es importante. Es sobre los asesinatos. ¿Conoces a alguien de la delegación del FBI en Dodge que pueda hacerme un favor? Eso, un pez gordo. Es lo que necesito. —Escuchó y asintió con la cabeza—. Muchas gracias, Harry.

Al colgar la radio, vio la cara de Ridder en la ventanilla, irritada por el calor.

—Espero que sepas lo que haces, Hazen. Nos jugamos el futuro de Medicine Creek.

Sonrió.

—Que se te cumplan todos tus sueños, Art.

Arrancó y puso el voluminoso coche patrulla rumbo al este, a Dodge.

## Treinta y cuatro

Smit Ludwig estaba en la barra del bar de Maisie, desconsolado; un grupo de reporteros muy ruidosos de AP (o del *National Enquirer*, o del *Weekly World News*) le había robado su esquina de siempre, pero daba igual, porque el bar bullía de periodistas y vecinos que debían de considerarlo el sitio ideal para buscar noticias frescas, serenidad y teorías de todos los colores. Con cada asesinato habían venido más reporteros, y para estancias más largas; pero no eran solo ellos quienes hacían que el local se hallase (cosa rara) al máximo de su capacidad. También estaban la mujer de Bender Lang con su grupo de bellezas de cabello azulado, Ernie, el mecánico, en una mesa con sus colegas, y Swede Cahill, que por un día había cerrado el Wagon Wheel. Ni siquiera faltaban los de Gro-Bain, repartidos en dos mesas, una de trabajadores y otra de directivos. El bar estaba abarrotado, y con un nivel de ruido propio de un club de Nueva York. La única ausencia de relieve era la de Art Ridder. Ludwig se preguntó adonde acudir para el seguimiento de la noticia, después de aquel pinito de auténtico periodista que, aunque modesto, le había gustado mucho. Ya había contado la maldición de los Cuarenta y Cinco, escrito sobre la Matanza Fantasma y referido cualquier cotilleo del pueblo que fuera en la misma dirección. El hecho de que a Gasparilla le hubieran arrancado el cuero cabelludo con una especie de cuchillo primitivo, sumado a la aparición de flechas junto al cadáver de Swegg, hacían funcionar a tope la fábrica de rumores. Ludwig ya había escrito artículos sobre los asesinatos y el jaleo de la iglesia, y tenía listo el de la desaparición de Chauncy, pero quería dar un paso más, y necesitaba nuevo material; lo necesitaba, además, para el día siguiente.

Un periodista de verdad no se estaría en el bar con el café en la mano. Un periodista de verdad estaría buscando información *in situ*, hablando con la poli y enterándose de todo. Hazen era un bestia. Seguro que había alguna manera de quejarse. ¿Qué hacer si la policía no solo no colaboraba, sino que amenazaba con arrestarte por hacer tu trabajo?

Por primera vez en su vida, Ludwig tenía entre manos una historia, un notición verídico que ya había encauzado, y que estaba en situación inmejorable de rematar. ¡Ya era hora! Se lo merecía. Qué mejor, a los sesenta y dos años, que despedirse a lo grande. Así sus nietos podrían mirar números viejos y amarillos del *Courier*, hojearlos como si se tratara de valiosos pergaminos y decir: «¿Te acuerdas de aquellos asesinatos del 2003? Pues los cubrió nuestro abuelo. ¡Qué pedazo de periodista!».

Alguien se sentó en el taburete de al lado, haciendo que dejara de soñar despierto. Al volverse, se encontró con una mano tendida, y con un rostro joven y ansioso. Cumplía con todos los requisitos (barba de dos días, colilla en los labios, pelo despeinado, corbata torcida), pero detrás de la máscara aún se veía al típico

chaval con ínfulas de periodista.

Cogió la mano.

—Joe Rickey, del *Boston Globe*.

—Qué tal.

Se la estrechó con cierta sorpresa. ¿El *Boston Globe*? ¡Pues sí que estaba lejos de casa!

—Usted es Smit Ludwig, ¿verdad? Del *Cry County Courier*, ¿no?

Ludwig asintió.

—Calor, ¿eh?

—No más que otras veces.

—Pues yo nunca había tenido tanto. —El del *Boston Globe* cogió una servilleta de papel de la barra y se secó las sienes—. Llevo dos días aquí y no me entero de nada. Le prometí algo diferente al director, algo típicamente norteamericano, que es como se llama mi sección, «Americana». A la gente de Boston le gusta leer lo que pasa en el resto del país. Estos crímenes, sin ir más lejos, con la víctima hervida y embadurnada de mantequilla y azúcar.

Tuvo un escalofrío de entusiasmo. Ludwig lo observó. Sin saber por qué le recordaba a sí mismo con cuarenta años menos. Conque el *Boston Globe*... Debía de tener talento. Se le adivinaba formación, inteligencia y ganas, pero pocas dotes para informar sobre la vida real.

—El paleta del sheriff no me da ni la hora, y no digamos los de la policía del estado. En cambio usted, como es de aquí, sabrá dónde están enterrados los cadáveres (es una manera de decir). ¿Acierto?

—Acierta, acierta.

Ludwig no pensaba reconocer que estaban en las mismas.

—Con lo que se ha gastado el *Globe* para mandarme aquí, si vuelvo con las manos vacías se armará la gorda.

—¿Fue idea suya? —preguntó.

—Sí, y me costó bastante convencerlos.

Lo compadeció. Era como él si hubiera aceptado la beca en Columbia en vez del puesto de chico para todo en el *Courier*, en los tiempos en que no lo llevaba una sola persona; funesta decisión, pero de la que, curiosamente, nunca se había arrepentido, y menos que nunca al ver la mirada de desesperación, ambición, miedo y esperanza de aquel chico.

El del *Globe* se inclinó y bajó la voz.

—Y digo yo... ¿No me podría contar algo? Le prometo esperar a que lo haya publicado.

—Pues... —Ludwig se quedó callado—. La verdad, señor Rickey...

—Joe.

—Pues mira, Joe, la verdad es que ahora mismo tampoco tengo nada nuevo.

—Pero algo podrá conseguir...

Ludwig lo miró. De hecho, hasta se le parecía un poco con cuarenta años menos.

—Se podría intentar —dijo.

—Ha quedado conmigo esta noche a las once.

Ludwig echó un vistazo a su reloj. Las tres y media. Justo entonces se abrió la puerta y entró Corrie Swanson en el bar, echándose hacia atrás el pelo violeta y sacudiendo todas las cadenas y la parafernalia de la camiseta sin mangas.

—Dos cafés grandes con hielo para llevar —dijo—, uno solo y el otro largo de leche y con mucho azúcar.

Ludwig la observó. Tenía una mano en la cadera, con el codo hacia fuera, y daba golpes de impaciencia en la barra con la calderilla, pasando de los demás clientes. Pendergast la había cogido como chica para todo. Ahora pedía dos cafés para llevar.

¿Para llevar adónde?

Supo enseguida la respuesta. Pendergast iba a ser una vez más su salvador.

Maisie sirvió los cafés. Corrie los pagó y se dio media vuelta.

Ludwig sonrió a Rickey fugazmente y se levantó.

—Voy a ver qué consigo.

Quiso sacar dinero, pero Rickey lo detuvo.

—Invito yo.

Ludwig asintió con la cabeza y siguió a Corrie a la calle. Al salir oyó la voz de Rickey:

—Lo espero aquí, señor Ludwig. ¡Ah, y muchas gracias!

## Treinta y cinco

Todos los edificios del FBI tienen la misma pinta, pensó Hazen con los ojos entornados, mirando la fachada blanca y lisa de ventanas ahumadas que reflejaba el sol de la tarde. Antes de entrar, se remitió la camisa en los pantalones, se enderezó la corbata, apagó el cigarrillo con el pie y se ajustó el sombrero. Al cruzar la doble puerta, recibió un chorro de aire frío que en invierno habría sido saludado con gritos de indignación.

Al llegar al mostrador firmó, recibió indicaciones, se prendió en la solapa una identificación temporal y dio unos pasos hacia el ascensor, por el suelo pulido de linóleo del vestíbulo. Segundo piso, segunda a la derecha, tercera puerta a la izquierda... Repetía mentalmente las indicaciones.

El ascensor se abrió a un pasillo largo y adornado con boletines del gobierno y listas a máquina de directrices esotéricas. Al recorrerlo, observó que todas las puertas estaban abiertas, y que en todos los despachos había personas de ambos sexos con camisa blanca. ¡Pero bueno!, ¡si en todo el estado de Kansas no se cometían bastantes delitos para dar trabajo a tanta gente! ¿A qué dedicaban todo el santo día?

De pasillo en pasillo, acabó encontrando una puerta abierta donde ponía: AGENTE ESPECIAL J. PAULSON, JEFE DE DELEGACIÓN. Dentro había una mujer con gafas de ojo de gato tecleando en un ordenador con precisión robótica, que levantó la vista y le hizo señas con la cabeza de que pasara a un despacho interior.

El aspecto de la pieza era tan frío como el del resto del edificio, pero al menos en la pared había una foto de su ocupante a caballo, y en la mesa otra con su mujer e hijos. El ocupante en cuestión apartó la silla de la mesa, se levantó y tendió la mano.

—Jim Paulson.

Hazen la cogió, y acabó con la suya machacada. Paulson señaló una silla, volvió a acomodarse en la suya, puso una pierna encima de la otra y se apoyó en el respaldo.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarlo, sheriff Hazen? Los amigos de Harry McCullen son mis amigos.

Al grano, sin palabrería. Lo que se dice un tío, el pelo a cepillo, el físico en forma, un buen traje, los ojos azules y hasta hoyuelos al sonreír. Seguro que tenía una polla kilométrica. El marido soñado.

Hazen ya sabía qué actitud tomar: la de sheriff de pueblo que solo aspira a hacer bien su trabajo.

—En primer lugar, señor Paulson, le agradezco mucho que me reciba.

—Jim, por favor.

Hazen sonrió con humildad.

—Supongo, Jim, que no conoce Medicine Creek. Es un pueblo que cae cerca de Deeper.

—Lo conozco de oídas. Qué menos, con los últimos asesinatos...

—Entonces ya sabe que es un pueblo pequeño, con valores norteamericanos muy enraizados. Somos una comunidad muy unida, donde la gente se fía de los demás; y yo, como sheriff, soy la personificación de esa confianza. Qué le voy a contar. Más que de aplicar la ley, sin más, es una cuestión de confianza.

Paulson asintió comprensivamente.

—Y ahora los asesinatos.

—Sí, qué tragedia...

—Como somos un pueblo, necesitamos toda la ayuda posible.

A Paulson se le marcaron los hoyuelos al sonreír.

—Mire, nosotros estaríamos encantados de ayudarlos, pero necesitamos pruebas de actividad interestatal o terrorista. Ya sabe cuándo está justificado que intervenga el FBI, y cuándo no. O se me escapa algún aspecto, o tengo las manos atadas.

Perfecto, pensó Hazen. Fingió sorpresa.

—No, Jim, si de lo que se trata es de que el FBI ya nos está ayudando. Desde el principio. ¿No lo sabía?

La sonrisa de Jim Paulson se crispó. Al cabo de un rato cambió de postura.

—Ah, sí, ahora que lo dice...

—Por eso vengo, por el agente especial Pendergast, del FBI. Investiga el caso desde el primer día. Usted está al corriente de todo, ¿no?

Paulson volvió a cambiar de postura, ligeramente violento.

—Confieso que no conocía a fondo sus actividades.

—¿No? Como dice que es de la delegación de Nueva Orleans, he dado por supuesto que usted era su enlace. ¿No se suele hacer así?

Se quedó callado. También Paulson.

—Pues lo siento, Jim. Es que suponía...

Dejó la frase sin terminar. Paulson cogió el teléfono.

—¿Darlene? Tráeme la carpeta del agente especial Pendergast, de la delegación de Nueva Orleans. Exacto, Pendergast.

Colgó.

—Mire, Jim, con el debido respeto, venía para pedir que el FBI retire al agente del caso.

Paulson lo miró de reojo.

—¿Ah, sí?

Empezaba a ponerse rojo el cuello bien afeitado.

—Repito que en Medicine Creek cualquier ayuda es bienvenida, o suele serlo. Ya sé que soy un simple sheriff de pueblo, pero nos está ayudando la unidad forense de Dodge, la policía del estado, y... Para serle sincero, el agente especial

Pendergast ha estado...

Dejó a medias la frase, como si se resistiera a criticar a un agente en presencia de otro.

—¿Ha estado qué?

—Nada, un poco torpe. Y poco respetuoso con las fuerzas del orden locales.

—Ya.

Paulson parecía cada vez más cabreado. Hazen se inclinó hacia la mesa y bajó la voz, adoptando un tono confidencial.

—Mire, Jim, si quiere que le diga la verdad, lleva trajes caros, zapatos ingleses a medida y se dedica a citar versos.

Paulson asintió.

—Ya.

Sonó el teléfono. Paulson lo cogió enseguida.

—¿Darlene? Perfecto, pues tráelo.

Al poco rato entró la secretaria con un largo listado de ordenador colgando y se lo entregó a Jim, que le rozó la mano.

El jefe soñado, se corrigió Hazen mirando la foto del escritorio, la de Paulson con su mujer e hijos. Era guapa. No estaba mal tener dos.

Mientras Paulson leía el listado, se le escapó un silbido.

—¡Menudo personaje! Su nombre de pila es Al... Al... Jo, es que no se puede ni pronunciar. En 2002 ganó el concurso nacional de tiro del FBI. Medalla de bronce 2001 por servicios prestados. Águila de oro al valor en 2000 y 1999. Medalla por servicios prestados en el 98. Otra Águila de oro en el 97. Cuatro condecoraciones por heridas en acto de servicio. Y sigue, sigue... Ha trabajado mucho en Nueva York (cómo no), y aquí constan varias misiones secretas anteriores con las correspondientes condecoraciones. Tienen pinta de militares. ¿Se puede saber quién es?

—Eso me preguntaba yo —dijo Hazen.

Jim Paulson se había enfadado de verdad.

—¿Y de qué va? ¿A quién se le ocurre aparecer en Kansas como el rey del mambo, cuando el caso ni siquiera es competencia del FBI?

Hazen se quedó sentado sin abrir la boca. Paulson golpeó la mesa con el listado.

—Aquí no se le ha dado autorización para nada. Ni siquiera ha tenido la buena educación de pasar y presentar sus credenciales. —Cogió el teléfono—. Darlene, pásame a Talmadge, de Kansas City.

« Sí, señor Paulson ».

Poco después sonó el teléfono, y Paulson miró a Hazen al cogerlo.

—¿Le importa esperar en el otro despacho?

Hazen aprovechó la espera para fijarse mejor en la secretaria. Las gafas eran ridículas, pero la cara no estaba mal, y el cuerpo tampoco. No tuvo que esperar mucho. Paulson salió al cabo de cinco minutos. Volvía a estar tranquilo, y a sonreír con la correspondiente exhibición de hoyuelos.

—Déjele el número de fax a mi secretaria —dijo.

—Descuide.

—En uno o dos días le enviaremos una orden de cese de actividades para que se la entregue al agente especial Pendergast. En la delegación de Nueva Orleans nadie sabe nada, y en la de Nueva York lo único que han dicho es que, en principio, está de vacaciones. Aquí lo único que tiene, lógicamente, es la categoría de agente del orden. Aunque no me consta que haya infringido ninguna normativa, su comportamiento es muy irregular, y hoy en día hay que extremar las precauciones más que nunca.

Hazen procuró no perder la seriedad ni la cara de preocupación, pese a sus ganas de gritar de alegría.

—Tiene amigos de peso en el FBI, pero parece que sus enemigos también son peces gordos. Usted espere la orden, no diga nada, y cuando llegue se la entrega cortésmente. Quédese con mi tarjeta, por si surge cualquier problema.

Hazen se la guardó en el bolsillo.

—Entendido.

Paulson asintió.

—Gracias por la información.

—No faltaría más.

Más hoyuelos, una mirada y un guiño a la secretaria. Segundos después, el principal responsable de la delegación se había retirado.

Uno o dos días, pensó Hazen, mirando su reloj. Ya se le hacía largo.

Las tres. Tenía que ir a Deeper.

## Treinta y seis

Corrie avanzaba por la pista de tierra centímetro a centímetro, con una mano en el volante y la otra sosteniendo los dos cafés con hielo en su regazo para no derramarlos. Casi se había derretido todo el hielo. Tenía los muslos mojados e insensibles. Al pasar por un bache más profundo que los demás, hizo una mueca. Últimamente el tubo de escape estaba bastante suelto, y no era cuestión de perderlo en uno de aquellos surcos asesinos.

Delante, al otro lado de los árboles, se elevaban suavemente las protuberancias de los túmulos, mientras la luz del sol poniente formaba halos dorados en la hierba de las cimas. Cuando ya no se atrevió a acercarse más, aparcó y abandonó con cuidado su puesto al volante para, cafés en mano, internarse en los árboles de la cuesta. El tercio norte del cielo estaba tapado por nubes cobrizas de tormenta, imponentes montañas de aire con franjas negras en la base. No corría nada de aire, situación que, sin embargo, no estaba destinada a durar.

Se acercó a los túmulos. Vio la figura negra y delgada de Pendergast que observaba su entorno parcialmente de espaldas. Corrie se dio cuenta de que, más que observar, lo que hacía el agente era escrutar, casi como si quisiera grabarse el paisaje en la memoria.

—¡Ha llegado el café! —dijo, forzando un poco la nota de alegría. Pendergast tenía detalles que a veces le daban escalofríos.

El agente se volvió con lentitud y, tras fijar en ella su mirada, sonrió levemente.

—Ah, señorita Swanson. Muy amable. La lástima es que solo bebo té, nunca café.

—Ah... Perdón.

Corrie tuvo un momento de decepción por no haberlo complacido como esperaba, pero se la borró enseguida de la cabeza. Mejor, así podría beberse los dos cafés. Al mirar alrededor, vio que el suelo estaba sembrado de mapas topográficos y todo tipo de esquemas con piedras encima. Una de las piedras estaba puesta sobre un diario viejo de páginas amarillentas y caligrafía filiforme e infantil.

—Le agradezco que me tenga tan en cuenta, señorita Swanson. Casi he terminado.

—¿Qué hace?

—Leer el *genius loci*. Y prepararme.

—¿Para qué?

—Ya lo verá.

Corrie se sentó en una roca para beberse el café, que para su gusto era ideal: fuerte, frío y con la dulzura de un helado. Mientras tanto, vio que Pendergast

recorría la zona y se detenía aquí y allí varios minutos para mirar en direcciones que parecían elegidas al azar. De vez en cuando cogía la libreta y apuntaba algo, o se acercaba a uno de los mapas (algunos de aspecto antiguo, como mínimo del siglo XIX) y hacía una señal o una raya. En un momento dado, a Corrie se le ocurrió hacer una pregunta, pero Pendergast la cortó con un gesto de la mano.

Pasaron tres cuartos de hora, mientras el sol empezaba a ponerse al oeste en medio de una fea vorágine de nubes. Corrie sentía el desconcierto de siempre, mezclado con una admiración algo perversa que no acababa de entender. Era consciente de sus ganas de ayudar a Pendergast, de impresionarlo con sus dotes y ganarse su respeto y confianza. Hacía muchos años que nadie la hacía sentirse útil, válida ni necesaria; nadie, ni profesores, ni amigos, ni mucho menos su madre. Con Pendergast, en cambio, lo sentía. Tuvo curiosidad por saber qué lo impulsaba a trabajar en eso, a investigar horribles crímenes y vivir situaciones peligrosas.

Se preguntó si no se habría enamorado un poco de él.

No, imposible. Con esos dedos tan largos, esa piel blanca como de cadáver, ese pelo tan raro, casi blanco, esos ojos tan fríos, de un gris azulado, que siempre parecían más fijos de lo normal, incluso cuando la miraban a ella... Además era viejísimo. Como mínimo cuarenta años. Uf.

Pendergast se dio por satisfecho y se acercó tranquilamente, guardando la libreta en el bolsillo de la chaqueta.

—Creo que estoy preparado.

—Yo también lo estaría, pero no sé qué pasa.

Pendergast se arrodilló en el suelo entre sus mapas y sus documentos, y los recogió con cuidado.

—¿Le suena de algo el palacio de la memoria?

—No.

—Es un ejercicio mental, una especie de entrenamiento memorístico que como mínimo data de Simónides, un poeta de la Grecia antigua. Lo refinó Matteo Ricci a finales del siglo XV, enseñándoselo a hombres de letras chinos. Yo practico una modalidad parecida de concentración mental de mi propia cosecha, que combina el palacio de la memoria con elementos del Chongg Ran, una forma antigua de meditación de Bután. La he bautizado viaje por la memoria.

—No me entero de nada.

—Se lo explicaré en términos sencillos: empiezo por una investigación exhaustiva, y como segundo paso me concentro mucho para recrear en mi cerebro un lugar concreto de un momento concreto del pasado.

—¿Del pasado? ¿Como en un viaje en el tiempo?

—No, no; como comprenderá, no es que viaje en el tiempo. Mi objetivo es reconstruir unas coordenadas de tiempo y espacio determinadas, pero mentalmente; situarme dentro de ellas, y proceder a una serie de observaciones

que no se podrían hacer de otra manera. Así tengo una perspectiva imposible de conseguir por ningún otro medio. Me sirve para rellenar lagunas, datos que faltaban pero que, sin este método, no se percibirían como lagunas. De hecho, la información decisiva suele estar en ellas. —Empezó a quitarse la chaqueta—. En este caso es más importante que nunca, porque hasta ahora, con los métodos habituales (incluidos los buenos oficios de la señora Tealander), no he hecho ningún progreso.

Pendergast dobló cuidadosamente la chaqueta y la dejó sobre los mapas, los esquemas y el diario. Corrie se llevó la sorpresa de ver un arma de grandes dimensiones sujeta con correas a uno de sus brazos.

—¿Y piensa hacerlo ahora?—dijo, con una mezcla de curiosidad e inquietud.

Pendergast se tumbó en el suelo como un cadáver, completamente inmóvil.

—Sí.

Junto las manos en el pecho.

—Pero... pero ¿y o qué hago?

—Vigilarme. Si oye o ve algo raro, despiérteme. En principio tendría que bastar con una buena sacudida.

—Pero...

—¿Oye los pájaros? ¿Y las cigarras? Pues si deja de oírlos también me despierta.

—Vale.

—Por último, si no vuelvo en una hora tendrá que despertarme. Son las tres condiciones para hacerlo. No hay ninguna más. ¿Lo ha entendido?

—Sí, es bastante fácil.

Pendergast cruzó los brazos en el pecho. Si Corrie hubiera estado tumbada de la misma manera, le habría resultado imposible pensar en otra cosa que en el suelo duro y los hierbajos. En cambio Pendergast se estaba quedando tan, tan quieto...

—¿A qué momento va a retroceder?

—Al anochecer del 14 de agosto de 1865.

—¿La Matanza Fantasma?

—Ni más ni menos.

—Pero ¿por qué? ¿Qué tiene que ver con los asesinatos en serie?

—De momento, sé que están relacionados. Ahora espero averiguar en qué sentido. Si en el presente no hay ninguna clave para desentrañar los últimos asesinatos, tendré que estar en el pasado. Es donde tengo intención de ir.

—Pero en realidad no va a ninguna parte. ¿O sí?

—Le aseguro, señorita Swanson, que mi viaje es estrictamente mental; se trata de un viaje interior a tierras incógnitas, pero tan peligroso que bien podría serlo más que cualquier viaje físico.

—No me...

Corrie no terminó la frase. De nada servían más preguntas.

—¿Preparados, señorita Swanson?

—Supongo que sí.

—En ese caso, solicito de usted el más absoluto silencio.

Corrie esperó, mientras Pendergast no hacía el menor movimiento. Con el paso de los minutos, pareció haber dejado incluso de respirar. La luz de la tarde se filtraba como siempre por los árboles. Se oía el canto de los pájaros y las cigarras, y seguían acumulándose nubes de tormenta en el cielo. Todo estaba igual... salvo la extraña sensación que tuvo Corrie de oír un leve susurro llegado de una tarde ciento cuarenta años anterior, la tarde en que treinta cheyenes surgidos de una nube de polvo habían emprendido su terrible venganza.

## Treinta y siete

El sheriff Hazen entró en el aparcamiento del centro comercial de Deeper, circuló entre los pocos vehículos que había y dejó el coche patrulla en uno de los espacios reservados para las fuerzas del orden, frente a la oficina del sheriff de Deeper. Lo conocía bastante: se llamaba Hank Larssen y era buena persona, aunque algo lento. Le dio un poco de envidia cruzar el despacho exterior, oír el zumbido de los ordenadores y ver tan guapas a las secretarias. ¡Joder! En Medicine Creek ni siquiera podían permitirse recargar el aire acondicionado de los coches patrulla. ¿De dónde salía tanto dinero?

Casi eran las cinco, pero aún estaban todos ocupados en apuntalar el decrepito imperio Lavender. Como Hazen era un rostro conocido, nadie interrumpió su camino hacia el despacho de Larssen. La puerta estaba cerrada. Llamó y abrió sin esperar permiso.

El sheriff estaba en su silla giratoria de madera, escuchando a dos hombres trajeados que hablaban a la vez, y que callaron al ver entrar a Hazen.

—Muy oportuno, Dent —dijo Larssen, sonriendo—. Te presento a Seymour Disk, decano de facultad en la universidad, y Chester Raskovich, jefe de seguridad del campus. Y a ustedes les presento al sheriff Dent Hazen, de Medicine Creek.

En el momento de sentarse, Hazen dio un repaso a los dos hombres de la universidad. Fisk era el típico universitario calvo, mofletudo y con las gafas colgando del cuello. Chester Raskovich también respondía a un prototipo: traje marrón, físico corpulento y sudoroso, ojos muy juntos y apretones de mano aún más peligrosos que los del agente Paulson. La personificación del policia frustrado.

—No hace falta que te diga a qué han venido —añadió Larssen.

—No.

Como la simpatía de Hazen por su colega era sincera, lamentó no tener más remedio que hacer lo que tenía que hacer. No se cansaba de pensar en su teoría, cuya perfecta coherencia lo sorprendía incluso a él.

—Estábamos comentando las consecuencias para Medicine Creek y Deeper. Me refiero al cultivo experimental.

Hazen asintió. No tenía prisa. En efecto, había sido oportuno. ¿Qué mejor suerte que tener como público a los de la universidad?

Fisk se inclinó y retomó el hilo de lo que estaba diciendo antes de la interrupción.

—La cuestión, sheriff, es que esta trágica muerte lo cambia todo. No se me ocurre ninguna manera de seguir adjudicando el campo a Medicine Creek. Queda Deeper, por eliminación. Lo que le pido, sheriff, son garantías de que los efectos negativos no llegarán hasta aquí. No me cansaré de subrayar que

cualquier publicidad sería intolerable. Intolerable. Si algún sentido tenía, y tiene, situar el campo en este... rincón tan tranquilo del estado, es evitar el ambiente de circo y el exceso de publicidad que generan las personas con miedo irracional a la llamada ingeniería genética.

El sheriff Larssen asintió, viva imagen de la seriedad.

—Medicine Creek queda a treinta kilómetros de Deeper, y los asesinatos se reducen estrictamente a su término municipal. Como le confirmará el sheriff Hazen, las autoridades consideran que el asesino es de la propia población. Le aseguro que en Deeper no habrá repercusiones. Aquí no hay homicidios desde 1911.

Hazen no dijo nada.

—Me alegro —dijo Fisk, asintiendo con un temblor de mofletes—. El señor Raskovich ha venido a ayudar a la policía a... —Señaló al sheriff Hazen con la cabeza—. A encontrar al psicópata que ha cometido unos crímenes tan atroces, y también a localizar el cadáver del doctor Chauncy, que, o mucho nos equivocamos, o sigue sin aparecer.

—Así es.

—Por otro lado, señor Larssen, colaborará con usted para garantizar el adecuado mantenimiento de la publicidad y la seguridad de Deeper. Como es lógico, el anuncio de la nueva localización del cultivo ha sido pospuesto hasta que se normalice la situación, pero aquí, entre nosotros, les diré que es Deeper. ¿Alguna pregunta?

Silencio.

—Sheriff Hazen, ¿alguna novedad sobre la investigación, por la parte que le toca?

Era el momento que esperaba Hazen.

—Sí —dijo afablemente—, la verdad es que sí.

Todos se inclinaron hacia él. Hazen se apoyó en el respaldo de su silla y dejó que creciera la tensión.

—Parece ser —dijo— que Chauncy se acercó al río para recoger algunas muestras de maíz y etiquetarlas. Dicen que esperaba a que madurase, o algo así.

Los tres asintieron.

—La otra noticia es que el asesino no es del pueblo. Me refiero a Medicine Creek

Lo anunció con toda la naturalidad posible. Todos estaban pendientes de lo que dijera a continuación.

—También parece que los crímenes no se deben a ningún asesino en serie con problemas mentales. Es la impresión que se quería dar, pero todo lo del cuero cabelludo, los pies descalzos y la supuesta relación con la Matanza Fantasma y la maldición de los Cuarenta y Cinco es puro teatro. El autor de los asesinatos es alguien que se mueve por lo más viejo del mundo: el dinero.

Ya no estaban pendientes, sino ansiosos.

—¿En qué sentido? —preguntó Fisk

—El asesino entró en acción tres días antes de la fecha prevista de llegada del doctor Chauncy, y su siguiente golpe se produjo el día después de ella. ¿Coincidencia?

Dejó la palabra en el aire.

—¿Qué quieres decir?

Larssen empezaba a preocuparse.

—Que los primeros dos asesinatos no tuvieron el efecto deseado. Por eso había que matar a Chauncy.

—No te sigo —dijo Larssen—. ¿A qué te refieres con el efecto deseado?

—A convencer a Chauncy de que Medicine Creek no era el sitio indicado para el campo experimental.

Ya había soltado la bomba. Todos estaban mudos de sorpresa. Siguió hablando.

—Los dos primeros asesinatos pretendían convencer a la universidad de que renunciara a Medicine Creek y situara el campo en Deeper, pero, como no funcionaron, el asesino no tuvo más remedio que matar al propio Chauncy justo el día antes de que hiciera su anuncio.

—Un momento, un momento... —empezó a decir el sheriff Larssen.

—Déjelo acabar —dijo Fisk, en tono profesoral, apoyando los codos en las rodillas.

—Los supuestos asesinatos en serie solo eran una manera de que Medicine Creek no pareciera el lugar indicado para un proyecto así. Una manera de asegurarse de que el campo experimental se quedara en Deeper. Las mutilaciones, y todo el rollo indio, estaban pensados para revolucionar Medicine Creek, hacer que todos hablasen de la maldición, y darnos una imagen de pueblerinos supersticiosos. —Hazen se volvió hacia Hank—. Yo de ti, Hank, empezaría por la siguiente pregunta: ¿a quién le perjudicaba más que el campo se quedara en Medicine Creek?

—A ver, a ver... —dijo el sheriff, levantándose un poco de la silla—. Espero que no insinúes que el asesino es de Deeper.

—Pues sí, precisamente.

—¡Pues a ver cómo lo demuestras! Lo único que tienes es una teoría. ¡Una teoría! ¿Y las pruebas?

Hazen esperó. Era mejor dejar que Hank se desfagara un poco.

—¿Qué tontería! No me imagino a nadie de aquí asesinando brutalmente a tres personas por un puñetero campo de maíz.

—Es bastante más que un «puñetero campo de maíz» —dijo Hazen sin alterarse—. Pregúntaselo al profesor Fisk

Fisk asintió.

—Es un proyecto importante, con mucho dinero de por medio tanto para el pueblo como para la universidad. Buswell Agricon es una de las compañías agrícolas más grandes del mundo. Hay en juego patentes, laboratorios, préstamos... De todo. Te lo vuelvo a preguntar, Hank: ¿quién era el principal perjudicado de Deeper?

—No pienso abrir una investigación basándome en una teoría de locos.

Hazen sonrió.

—Ni falta que hace, Hank. Ya la abriré yo, que soy el que lleva el caso. Solo te pido que colabores.

Larssen se volvió hacia Fisk y Raskovich.

—En Deeper no solemos hacer perder el tiempo a las fuerzas del orden.

Fisk sostuvo su mirada.

—Francamente, lo que dice el sheriff Hazen no me parece ninguna tontería.

—Se volvió hacia Raskovich—. ¿Tú qué opinas, Chester?

La voz de Raskovich brotó de lo más hondo de su fornido pecho.

—Que está claro que vale la pena investigarlo.

Larssen miró a los dos hombres.

—No, si ya lo investigaremos, pero dudo que el asesino aparezca aquí, la verdad. Es prematuro...

Hazen lo interrumpió con buenos modales.

—Con todo respeto, doctor Fisk, creo que debería mantener abiertas las opciones sobre la localización del cultivo. Si el asesino quería influir en su decisión...

Hizo una pausa elocuente.

—Le entiendo perfectamente, sheriff.

—¡Pero si la decisión ya está tomada...! —dijo Larssen.

—No hay nada grabado en piedra —dijo Fisk—. Francamente, si el asesino es de Deeper (y me parece una teoría sumamente verosímil), sería el peor lugar para el campo.

Larssen no dijo nada. No era tan tonto como para no saber callar. Miró con mala cara a su colega, que lo compadeció. En el fondo era buen tío, aunque le faltara inteligencia e imaginación.

Hazen se levantó.

—Tengo que volver a Medicine Creek; aún tenemos que encontrar un cadáver, pero volveré mañana a primera hora para empezar mi investigación. Hank, espero que trabajemos juntos como amigos.

—Descuida, Dent.

Hank había tenido que arrancarse las palabras. Hazen se volvió hacia los de la universidad.

—Encantado de conocerlos. Ya les mantendré informados.

—Se lo agradecemos, sheriff.

Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y miró a Raskovich.

—Cuando venga a Medicine Creek, pase por mi despacho y nos encargaremos de otorgarle la condición provisional de agente del orden. Necesitaremos su ayuda, señor Raskovich.

El jefe de seguridad del campus asintió como si fuera lo más normal del mundo, con una total inexpresividad, pero Hazen supo que acababa de ganar muchos puntos ante el Gran Jefe Segurata Raskovich.

## Treinta y ocho

La disciplina del Chongg Ran, inventada por el sabio confuciano Ton Wei bajo la dinastía T'ang, pasó posteriormente de China a Bután, donde se refinó a lo largo de un período de medio milenio en el monasterio de Tenzin Torgangka, uno de los más aislados del mundo. Se trata de una forma de concentración que combina el vacío completo con la hiperconciencia, la fusión del más riguroso estudio intelectual con la pura sensación.

El primer reto del Chongg Ran consiste en visualizar el blanco y el negro simultáneamente, no como gris. Solo un uno por ciento de los adeptos logra ir más allá, y le esperan ejercicios mentales muchísimo más difíciles. Algunos de ellos incluyen partidas imaginarias, simultáneas y contradictorias de go, o pasatiempos cerebrales más recientes como el ajedrez o el bridge. En otros hay que aprender a fundir el conocimiento con la nesciencia, sonidos con silencio, el yo con su eliminación, la vida con la muerte, y el universo con el quark.

El Chongg Ran es un ejercicio de antítesis. No se trata de una finalidad en sí misma, sino de un medio. Comporta el don de poderes mentales inimaginables. Es la máxima potenciación del cerebro humano.

Pendergast, acostado en el suelo, mantenía una aguda conciencia de su entorno: el olor a hierbas secas, la sensación de calor pegajoso, y la presión de los hierbajos y las piedras en la espalda. Aislaba cada sonido, canto de pájaro, roce o susurro, e incluso la respiración casi inaudible de su ayudante, sentada a unos metros. Con los ojos cerrados, empezó a visualizar ese entorno de idéntico modo que si lo viera con sus ojos, desde arriba: « ver sin visión» . Lo ensambló pieza a pieza: los árboles, los tres montículos, el juego de luces y sombras, los maizales a sus pies, los grandes nubarrones, el aire, el cielo, y por último la tierra viva.

El paisaje quedó completo en poco tiempo. Una vez aislado cada objeto, y a podía borrarlo de su conciencia.

Empezó por los olores. Gradualmente, eliminó los perfumes complejos de los álamos, la humedad, el ozono de la tormenta que se avecinaba, la hierba, las hojas y el polvo. El paso siguiente fue borrar las sensaciones. Procedió a eliminar cada una de las que incidían en su conciencia: las piedras en su espalda, el calor, y el cosquilleo de una hormiga en su mano.

A continuación, llegó el turno de los sonidos. Los primeros en desaparecer fueron los de los insectos, seguidos por el susurro de las hojas, los picotazos desganados de un pájaro carpintero, los aleteos de los pájaros en los árboles, su canto, el movimiento pausado del aire, el eco lejano de los truenos...

El paisaje seguía existiendo, pero en absoluto silencio.

El paso siguiente consistió en suprimir dentro de sí la propia sensación de

corporeidad, la sensación innata de tener un cuerpo y saber qué lugar ocupa en el espacio y el tiempo.

Era el punto de partida de la fase de concentración. Pendergast fue retirando los objetos del paisaje, en orden inverso al de su aparición, y lo dejó desnudo. Primero desapareció la carretera, luego el maíz, luego los árboles, el pueblo, la hierba, las rocas y, por último, la luz. Quedó un paisaje matemáticamente puro; despojada, vacío, oscuro como la noche, y que solo existía por su forma.

Los cinco minutos de espera se alargaron a diez. Pendergast conservó en su cabeza aquella perfección vacía y fractal, hasta que empezó lentamente a recomponer un paisaje que ya no era el mismo que acababa de desmontar.

Primero volvió la luz. Después la hierba se extendió por el paisaje, una alfombra virgen de hierba alta y flores silvestres. A continuación, Pendergast volvió a amasar montañas de bronce hechas de nubes, y los afloramientos rocosos, y el río que corría libre y fresco por las grandes llanuras. Poco a poco se perfilaron más cosas: una manada de búfalos en la distancia, charcas que reflejaban la luz plateada de la tarde, y por doquier una gama infinita de hierbas silvestres que se ondulaban de horizonte a horizonte, como el oleaje de un inmenso mar verde.

Una cinta de humo subía por el cielo. Había manchas negras de personas moviéndose, y algunas tiendas de campaña en mal estado. Junto al río pacían cincuenta caballos, con los hocicos en la hierba.

Poco a poco, permitió que regresaran los sonidos, y tras ellos los olores: risas, palabrotas, humedad fecunda, un olorcillo a humo y a filetes de búfalo asándose, el relincho lejano de un caballo, un tintineo de espuelas, los cacharros de hierro colado chocando entre sí...

Esperó con todos los sentidos en alerta. Las voces empezaban a ser inteligibles.

« El caballo de Didier vuelve a estar cojo », dijo una voz.

El golpe de un tronco añadido a la hoguera.

« Dentro de poco, a comer » .

« A ese crío, para saber dónde tiene que mear, tendría que aguantarle su madre la cacharra » .

Risas. Había varios hombres de pie, con platos abollados en la mano. La escena no se había formado del todo. Seguía siendo vaga y trémula.

« Ya tengo ganas de llegar a Dodge y sacarme de encima este puto polvo » .

« Límpiame el de la garganta con esto, Jim » .

El sol poniente se refractó en una botella. Se oyó el ruido de alguien bebiendo, y el sonido metálico de una tapa de hierro. Una ráfaga de viento levantó un poco de polvo, que se asentó enseguida. Un trozo de leña crepitó en la hoguera.

« Cuando lleguemos a Dodge, te presentaré a una mujer que sabrá quitarte el polvo de otra parte » .

Más risas.

« Pásate el whisky, chaval» .

« Oye, Hoss, ¿qué nos has dado, mierda de oveja hervida?» .

« Es lo que hay, Crowe» .

« Pásate el whisky» .

La escena cristalizó gradualmente. Un grupo de hombres rodeaba una hoguera al pie de un montículo. Llevaban sombreros sucios de vaquero, pañuelos destrozados, camisas harapientas y pantalones que parecían tan tiesos por el polvo y la mugre que casi crujían al caminar. Ninguno de los hombres iba afeitado, ni con la barba cuidada.

La colina era una isla polvorienta en un mar de hierba. Alrededor, todo era llano. La tupida maleza que por aquel entonces cubría la base de los túmulos proyectaba largas sombras. El viento arreciaba poco a poco, creando un oleaje continuo y encontrado por la hierba. El olor limpio de las flores silvestres se mezclaba con el del humo de madera de álamo, más dulce, y con el del potaje de judías y el de humanidad sin asear. Los hombres se habían resguardado al pie de un túmulo para desenrollar las esterillas, dado la vuelta a las sillas de montar y usar las guarniciones de piel de oveja como almohadas. Había algunas tiendas de campaña con poste central, todas muy deterioradas. En cada ladera de la colina había un centinela armado con un rifle.

El viento levantó más nubes de polvo.

« A comer» .

Un hombre de cara alargada y ojos estrechos, con una cicatriz en la barbilla, se levantó perezosamente e hizo tintinear las espuelas al sacudir las piernas. Era Harry Beaumont, el cabecilla.

« Oye, Sink, ve a buscar a Web y releva a la guardia. Ya comerás después» .

« Es que la última vez...» .

« Como digas algo más, uso tus huevos para pescar en el río, Sink» .

Se oyeron risas disimuladas.

« ¿Os acordáis de aquel indio de Two Forks que tenía tan grandes las pelotas? ¡Cómo se las comía el pecarí! ¿Os acordáis?» .

Más risas.

« Tendría alguna enfermedad» .

« Como todos» .

« Pues a ti bien poco que te molestaba cuando perseguías a las squaws, Jim...» .

« ¿Te importaría callar mientras papeo?» .

Un hombre empezó a cantar con voz grave y bien entonada:

*Con el pie en el estribo, el trasero en la silla,  
seguía a mis vacas, cansado, milla a milla.*

*Anoche, de guardia, vi al jefe de manada  
por libre, y las vacas saliendo en desbandada.  
Pico mi yegua, y empieza a diluviar,  
empieza el viento a soplar, a soplar...  
¡Qué noche de perros! Si seré desgraciado  
que de poco me quedo sin ganado.*

Los dos centinelas volvieron, apoyaron sus rifles en las sillas de montar y se acercaron cada uno con un plato, mientras se sacudían las camisas y los pantalones de un polvo cada vez más abundante. Después de que el cocinero les sirviera judías y carne estofada, se sentaron en el suelo cruzando las piernas.

« ¡Oye, Hoss, que este estofado es casi todo polvo! » .

« Así baja mejor » .

« Pásate el whisky » .

La pradera cada vez ondeaba más por el viento, que se acercaba aplastando la hierba y formando una ola de color verde claro con el dorso de las brizas. Al llegar al pie de los túmulos, levantó el polvo y formó con él una cortina. El sol, que ya tocaba el horizonte, palideció de golpe.

Tras un compás de espera, se desencadenó un ruido de cascos de caballo.

« ¿Qué coño...? » .

« Los caballos, que se han asustado por algo » .

« No, no son los nuestros » .

« ¡Cheyenes! » .

« ¡A por los rifles, a por los rifles! » .

El caos fue inmediato. La nube de polvo, que seguía creciendo, se abrió al paso de un caballo blanco, con huellas de manos de un color como de sangre. Lo siguieron otros dos. Alguien gritó. La fila de caballos se dividió hasta rodear al grupo. Habían aparecido literalmente por ensalmo.

« ¡Yijiiiiiii! » .

De repente, un silbido en el aire. Las flechas llegaban de dos direcciones, seguidas por el ritmo de los impactos. Gritos, gruñidos, ruido de espuelas y de cuerpos cayendo...

Mientras tanto, el polvo se les había echado encima y les sumía en una niebla que apenas permitía distinguir siluetas de hombres corriendo, cayendo o volviéndose. Los pocos disparos se hacían al tuntún. Un caballo cayó pesadamente al suelo. Una silueta borrosa encañonó la cabeza del jinete indio e hizo brotar una pequeña nube de algo oscuro.

El polvo formaba verdaderas cortinas. El viento gemía y murmuraba. Los heridos gritaban y se ahogaban. El ruido de caballos disminuyó, pero se reanudó tras una breve pausa.

« Vuelven » .

« ¡Que vuelven! Preparaos» .

Las siluetas fantasmales de los jinetes aparecieron de nuevo y, como antes, se dividieron en dos.

« ¡Aiiiiii-yipiiii-aiiii!» .

Los supervivientes, con la rodilla en tierra, coordinaron sus disparos por primera vez, afinando la puntería. Otro ruido de cuerdas destensándose, otro silbido mortífero, y el impacto de un centenar de flechas en el suelo y en los cuerpos; más caídas de caballos, de bridas y de espuelas, hombres llevándose las manos a la ropa, más disparos... De repente un hombre se destacó tropezando en la bruma; tenía una flecha de la boca, que intentaba arrancarse, pero que lo ahogaba. Otro hombre daba vueltas con cuatro flechas en el pecho. De repente surgieron tres más en su espalda. Había un caballo completamente inmóvil y con la cabeza colgando, un caballo con las tripas amontonadas en el suelo, humeantes.

Otra pasada, media vuelta y de nuevo al ataque. Cada vez olía más a sangre, la que manaba a chorros de los caballos y los muertos.

La quinta pasada. Los disparos se habían vueltos esporádicos, y no podían competir con el silbido de las flechas. El campo estaba lleno de figuras que se retorcían y gritaban, entre formas inertes. Esta vez los indios tiraron de las bridas, desmontaron y se pasearon tranquilamente entre los heridos, con cuchillos en las manos. Se convirtieron en bultos oscuros, inclinados sobre las formas imprecisas del suelo. Alaridos, ruegos, lloros. Ruido de cueros cabelludos arrancados. Después, silencio.

Levantaron a la fuerza a un hombre que se hacía el muerto, un hombre cuyas súplicas se destacaron sobre el coro de gemidos agónicos. Era Harry Beaumont. Las formas oscuras de los indios se agruparon silenciosas y sin prisas a su alrededor. Los ruegos aumentaron de volumen, ininteligibles. Lo asieron con firmeza y le echaron la cabeza hacia atrás. El acero de un cuchillo brilló entre el polvo. Un grito. Un trozo de carne arrojada al suelo. Los indios estaban ocupados con la cabeza de su víctima; hacían movimientos cortos y veloces con los brazos, como tallando madera. Los gritos se volvieron histéricos y ahogados. Más trozos rojos cayendo al suelo. Otro ruido de carne arrancada, más largo que los demás. Otro grito. Dos últimos movimientos, dos trozos más cayendo al suelo. Y otro grito más breve.

A continuación, mediante cuerdas y palos atados a las sillas de montar, los indios se llevaron los caballos muertos por la cortina de polvo, y también a sus caídos, apilados en parihuelas. En menos de un minuto no quedaba ni rastro de ellos. El polvo del que habían salido había vuelto a borrarlos.

Solo quedaba un hombre, que tropezaba lloroso por el polvo. Harry Beaumont. Cayó de rodillas en el centro de los túmulos. Ya no tenía cara; todo había desaparecido, nariz, labios, orejas y cuero cabelludo, y únicamente

quedaba un óvalo de carne viva y roja donde habían estado sus facciones.

Redondeado.

Se meció en sus rodillas con la cabeza inclinada, mientras la sangre que goteaba de los restos de sus mandíbulas y su barbilla formaba un charco en el suelo. Un círculo oscuro se abrió en el óvalo sangriento, y un grito rasgó el aire:

«Hijos de puta maldigo este suelo maldigo este suelo lo maldigo para siempre que llueva zangre por mi zangre tripaz por miz tripaz maldigo este suelo...».

Cayó lentamente en la sangre y el polvo, entre boqueadas y espasmos.

Cuando amainó el viento, cuando el polvo volvió al suelo y todo empezó a despejarse, solo quedaban cadáveres de hombres blancos. No había cheyenes caídos, ni caballos muertos. Todo era hierba, una pradera interminable que se extendía de punta a punta del horizonte. De repente, cien metros más abajo, surgió una figura de un pliegue del suelo, entre matojos; era un muchacho que había estado escondido, y que salió tropezando y corrió aterrizado por la pradera solitaria. Su silueta fue disminuyendo en el resplandor anaranjado del horizonte, hasta que desapareció. Después, silencio.

Los ojos plateados y luminosos de Pendergast se abrieron al crepúsculo, para susto de Corrie, que se disponía a despertarlo porque ya era la hora. Antes también había estado a punto de hacerlo, pero el motivo, una interrupción en el canto de los pájaros, solo había durado uno o dos minutos. Se levantó sin saber qué decir. Debajo de los árboles ya era de noche. El ruido de los insectos hacía vibrar el aire pegajoso.

—¿Se encuentra bien? —se decidió a preguntar.

Pendergast se levantó limpiándose la chaqueta y los pantalones de hojas, polvo y hierba. Tenía mala cara, como de enfermo.

—Muy bien, gracias —contestó con atonía.

Corrie titubeó. Se moría de ganas de saber qué había visto o descubierto, pero se resistía a preguntárselo por miedo.

Pendergast consultó su reloj.

—Las ocho.

Recogió a toda prisa sus documentos, papeles y notas, y emprendió un rápido descenso hacia el coche con su ayudante tropezando a la luz del crepúsculo para no quedarse rezagada. Cuando Corrie llegó a su puerta (que, con los nervios, le costó un poco abrir), el agente ya estaba sentado.

—Por favor, señorita Swanson, lléveme a casa de la señorita Kraus.

—Vale.

El motor traqueteó un poco antes de arrancar. Corrie encendió las luces y condujo lentamente por los baches de la carretera.

Después de unos minutos ya no se pudo aguantar.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Cómo ha ido?

Pendergast fijó en ella su mirada, con unos ojos que la noche hacía brillar de modo extraño.

—He visto lo imposible —se limitó a decir.

## Treinta y nueve

La luz se diluía en el crepúsculo. De vez en cuando, las hojas silenciosas filtraban imágenes del hombre y la chica entre los túmulos. El murmullo lejano de sus voces se había apagado. Ahora él estaba tumbado en el suelo, y ella sentada en una roca, a unos veinte metros. De vez en cuando se levantaba para echar un vistazo. Al oeste ya no quedaba luz, solo un vago resplandor flotando en el paisaje y sucumbiendo rápidamente a la noche.

Oscuros y quietos, los maizales rodeaban la pequeña arboleda. Pero bueno, ¿qué hacía Pendergast? ¿Para qué estaba tumbado sin moverse, como un muerto? Ya habían pasado dos horas, dos horas perdidas; eran bastante más de las siete, y el plazo de Joe Rickey, el reportero del *Globe*, empezaba a agotarse. Por no hablar del que marcaba a Ludwig el siguiente número del *Courier*. ¿Se trataría de algún rollo espiritista? ¿Alguna comunicación New Age con los espíritus? Quizá hubiera material para una noticia, aunque no fuera la que buscaba... En todo caso, era la única disponible, y no pensaba dejarla a medias.

Smit Ludwig cambió de postura, agarrotado, y bostezó. El movimiento silenció los grillos, pero enseguida siguieron con su pacífico y archiconocido chirrido. Ludwig estaba acostumbrado a aquel paisaje. Su hermano y él habían jugado mucho a indios y vaqueros por los túmulos, y habían nadado mucho en el río. Incluso habían acampado un par de veces por la zona. Si de algo servían la historia de Harry Beaumont y los Cuarenta y Cinco, y el hecho de que los túmulos tuvieran una reputación siniestra, era para incrementar la sensación de aventura. Ludwig se acordaba de una de sus noches de acampada, en agosto, contando estrellas fugaces, llegaron a las cien. Ahora su hermano, que se había ido de Medicine Creek, hacía vida de jubilado y abuelo en Leisure, Arizona. Eran otros tiempos. Entonces a las madres les parecía normal no ver a sus hijos en todo el día, y dejarles correr y jugar donde quisieran. Ya no. Poco a poco, la triste modernidad había llegado a Medicine Creek. Solo faltaban los asesinatos. En parte Ludwig se alegraba de que Sarah no hubiera vivido para verlo. El pueblo nunca volvería a ser igual, aunque encontraran al asesino.

Volvió a observar a la luz del ocaso. Pendergast seguía en el suelo sin moverse. Lo normal era cambiar alguna vez de postura, hasta durmiendo. Además, nadie dormía tan tieso, con las piernas juntas y las manos en el pecho. Y ni siquiera se había quitado los zapatos. Qué raro.

Murmuró un taco. ¿Qué hacer? ¿Levantarse, interrumpirlos y preguntar qué hacían? No, no le parecía posible. Después de esperar tanto, valía la pena ver qué pasaba cuando...

De repente vio que Pendergast se levantaba y se sacudía el polvo. Rápidamente, se refugió en la oscuridad. Oyó un murmullo de voces. A continuación, Pendergast y Corrie volvieron hacia el coche y no hubo nada más

que reseñar.

Soltó otro taco. Había sido una tontería seguir a Corrie, un engaño fruto de la voluntad de ayudar a un reportero en ciernes y, al mismo tiempo, encontrar una nueva perspectiva sobre la noticia. Ahora ya no había noticia, el chaval lo tenía crudo, y el *Courier* del día siguiente también.

Esperó con amargura a que se marcharan. Total, ¿qué prisa tenía? No había nada que contar, ni lo esperaba nadie. Como si se quería pasar toda la noche ahí sentado. No lo echarían de menos, ni a él ni al periódico.

Pero como Ludwig no tenía mucho aguante con la autocompasión, tardó poco en levantarse. Había escondido el coche bastante lejos del de Corrie, cerca de la carretera, en un punto del maizal donde sabía que no lo verían al marcharse. Se sacudió el polvo y miró alrededor. Ya no quedaba luz. En cambio empezaba a hacer viento. Viento al anochecer: señal segura de tormenta. Las hojas empezaron a temblar, y las zarandó una brusca ráfaga. Como las nubes (que se movían deprisa) tapaban la luna, la oscuridad era total.

Vio un relámpago, y contó mentalmente. Casi medio minuto después oyó un trueno lejano.

La tormenta aún tenía un largo camino por delante.

Agachó la cabeza contra el viento y fue al sitio donde se había tumbado Pendergast. Quizá hubiera algo, alguna pista sobre sus actividades. Pero no, ni la más leve huella. Sacó la libreta para apuntar un par de cosas, pero desistió. ¿A quién pretendía engañar? De ahí no podía salir ningún artículo.

De repente parecía que los ruidos se hubieran multiplicado: el susurro de la hierba y de las hojas, el suspiro de las ramas, el balanceo de los árboles... Reconoció un olor de humedad y ozono mezclado con el aroma de las flores. Otro trueno lejano.

Más valía volver lo antes posible y dar la mala noticia a su joven colega.

La oscuridad era tan grande que por unos segundos le hizo dudar del camino, pero de niño lo había recorrido mil veces, y los recuerdos infantiles nunca mueren. Caminó protegiéndose del frío. Pasaban hojas volando. Se le enredó una ramita en el pelo. Después de tantas semanas de calor y calma chicha, el viento casi era un alivio.

Paró al oír un ruido diferente a su derecha. Quizá fuera algún animal.

Esperó, dio un par de pasos... y oyó claramente un crujido de hojas secas.

Pero el pie que la había pisado no era el suyo.

Volvió a esperar, pero solo se oía el susurro de las hojas y el viento. Más o menos un minuto después, dio media vuelta y siguió caminando a paso ligero.

Enseguida volvió a oír pasos a la derecha.

Se detuvo.

—¿Quién va?

El viento silbaba. Los álamos crujían.

—¿Pendergast?

Nada más reemprender su camino, oyó (y sintió) que lo seguían, y tuvo escalofríos.

—¡No sé quién es, pero lo oigo! —dijo, acelerando. El tono, enérgico y de enfado, no pudo evitar que le temblara la voz. Su corazón latía con fuerza.

Lo que iba tras él seguía cerca.

Se acordó sin querer de la cita de Whit en la iglesia, el domingo: « ¡Vuestro adversario, el diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar! ».

Al darse cuenta de que casi jadeaba, se resistió con todas sus fuerzas al pánico, diciéndose que pronto saldría de los árboles y volvería a estar entre dos paredes de maíz. Solo faltaban doscientos metros para la carretera, y otros doscientos para el coche. Al menos en la carretera estaría a salvo.

Pero esas pisadas horribles, plúmbeas, que todo lo hacían crujir...

—¡Vete de una vez! —gritó volviendo la cabeza.

Fue un grito involuntario, nacido de su instinto, como instintivo fue el hecho de que echara a correr. Era demasiado viejo para esos trotes. Le pareció que estaba a punto de explotarle el corazón. Sin embargo, su voluntad no tenía poder sobre sus pies.

La cosa seguía cerca, en la oscuridad. Ahora Ludwig oía su respiración: gruñidos rítmicos al compás de las pisadas.

Podría meterme corriendo en el maizal, y despistarlo, pensó al salir de los árboles. Frente a él, el mar oscuro de maíz se zarandeaba ruidoso bajo el viento. El polvo se le metía en los ojos. Un relámpago fugaz iluminó el cielo.

—¡Muh!

El ruido, repentino y de una alarmante proximidad, desencadenó el miedo por todo el cuerpo de Ludwig. Parecía al mismo tiempo humano y totalmente inhumano.

—¡Que me dejes en paz! —chilló, corriendo más deprisa de lo que se creía capaz.

—Muh, muh, muh —gruñía la cosa, yendo a su ritmo.

A la luz de otro breve relámpago, vio la forma que corría paralelamente a él por el maíz; fue una visión muy rápida, pero de una nitidez brutal, y el susto estuvo a punto de hacerle caer. Era imposible, inconcebible. ¡Santo Dios! ¡Qué cara! ¡Qué cara!

Ludwig corrió; y, mientras corría, oyó que a su perseguidor no le costaba ningún esfuerzo mantener su ritmo.

—Muh. Muh. Muh. Muh. Muh.

¡La carretera! ¡Luz de faros! ¡Un coche!

Salió a la carretera con un aullido como de alma en pena. Gritaba y corría por la raya central, moviendo los brazos en persecución de los faros. Otro trueno silenció sus gritos. Dejó de correr y apoyó las manos en las rodillas, con la

sensación de que se le reventarían los pulmones. Agotado hasta la extenuación, esperó vencido y sin moverse a que llegara el golpe repentino, la candente estocada del dolor...

Pero no pasó nada, y al cabo de un momento se irguió y miró alrededor.

El viento zarandeaba el maíz a ambos lados de la carretera, con un ruido que ahogaba cualquier otro, pero Ludwig vio que el monstruo ya no estaba. Se había ido. Quizá lo hubiera asustado el coche. Volvió a mirar, esta vez con los ojos más desorbitados, mientras jadeaba, tosía y trataba de inhalar aire, atónito por su buena suerte.

Solo faltaban doscientos metros de carretera para llegar a su coche.

Corriendo y tropezando, avanzó por el centro de la carretera. Respiraba con dificultad, y se le había disparado el corazón. Cien metros. Cincuenta. Diez.

Jadeante, tambaleándose, penetró en el claro donde había escondido el coche; y, en un momento de alivio que amenazó con doblarle las rodillas, reconoció el ligero resplandor de su carrocería. Estaba a salvo. ¡Gracias a Dios resucitado, estaba a salvo! Sollozando, jadeando, cogió la manecilla y abrió la puerta.

La cosa, salida del semicírculo oscuro de maíz, se lanzó sobre él con un mugido *in crescendo*.

—¡MuuuuuuUUUUHHHHHHHHHHHHH!

El grito estrangulado de Ludwig se perdió entre los silbidos del viento.

## Cuarenta

Desde sus habitaciones del segundo piso de la vieja casa de los Kraus, Pendergast veía asomar por el este un amanecer sucio y rojo. Había sido una noche de relámpagos y truenos lejanos. El viento, cada vez más fuerte, hacía ondear el maíz y girar el letrero de LAS CUEVAS DE KRAUS sobre su eje de madera castigado por las inclemencias. Cada nueva ráfaga zarandeaba los árboles del río, situados a un kilómetro de la casa, y levantaba polvo de los campos secos, que, transportado en grandes nubes, desaparecía en el sucio cielo.

Pendergast dejó de mirar la ventana, y por enésima vez repasó mentalmente el viaje por la memoria, recreando los preparativos, la disposición de la escena, la deconstrucción y construcción mentales de la región de los túmulos y los acontecimientos del pasado que se habían desarrollado tras ellas. Era la primera vez que le fallaba un viaje por la memoria. Había recurrido a él por el fracaso de su investigación sobre el presente de Medicine Creek, movido por la voluntad de entender los acontecimientos del pasado, resolver el enigma de la maldición de los Cuarenta y Cinco y averiguar la verdad sobre aquel día de 1865. Pero era tal como explicaban las leyendas: los indios, en efecto, habían aparecido como por arte de magia, y su desaparición había sido igual de milagrosa.

Sin embargo, era imposible. A menos que hubiera llegado el momento de plantearse una posibilidad a la que siempre se había resistido: la de que hubiera fuerzas sobrenaturales implicadas, que nadie percibía ni entendía.

Un giro frustrante, muy frustrante de la situación.

Un leve zumbido al noreste le hizo levantar la cabeza. Vio el punto de un avión sobrevolando el maíz a gran altura. El punto fue creciendo y cruzó su campo visual hasta adquirir la forma de una Cessna. Cuando empezaba a alejarse por el otro lado, dio media vuelta. Era la avioneta de reconocimiento, que seguía buscando el cadáver de Chauncy.

Pendergast oyó otro zumbido en el horizonte, y vio una segunda avioneta llegando para reconocer la otra mitad de los maizales.

En el piso de abajo, el ruido metálico de un cazo precedió en muy poco al aroma del café en la cafetera. Winifred Kraus también debía de estar preparándole el té, de la manera minuciosa que le había enseñado. No era fácil conseguir una taza satisfactoria de King's Mountain Oolong, con la temperatura exacta tanto del agua como de la tetera, y sabiendo la cantidad correcta de hojas y el tiempo necesario de infusión. Lo más importante era la calidad del agua. Pendergast había leído a su anfitriona una larga cita del quinto capítulo del *Ch'a Ching* de Lu Yu, la biblia del té, en que el poeta analiza los respectivos méritos del agua de montaña, de río y de manantial, así como las sucesivas etapas del hervor. Winifred había mostrado gran interés. Además, para sorpresa del agente, el agua del grifo de Medicine Creek había resultado ser fresca, pura y francamente

deliciosa, con un equilibrio perfecto de minerales e iones. Gracias a ella había podido beber una taza de té casi perfecta.

Mientras reflexionaba sobre ello, vio ir y venir a las dos avionetas, hasta que una de ellas empezó a dar vueltas.

Como los buitres pocos días atrás.

Sacó el teléfono móvil de su chaqueta, pensativo, y marcó un número. Le contestó una voz adormecida.

—¿Señorita Swanson? Si tiene la amabilidad de pasar en diez minutos, la estaré esperando. Parece que hemos encontrado el cadáver del doctor Chauncy.

Cerró el teléfono y dio la espalda a la ventana.

Tenía el tiempo justo para el té.

## Cuarenta y uno

Corrie procuraba no mirar, pero en el fondo era peor. Por desgracia, cada vez que se fijaba lo encontraba más horrible.

El escenario era sencillo: un claro en el maíz, con el cadáver y la parafernalia dispuestos con cuidado. Alrededor del muerto, la tierra estaba alisada y compactada a conciencia. Habían dibujado una rueda de muchos radios en torno al cadáver. Las ráfagas de aire sacudían el maíz, y levantaban una polvareda que a Corrie se le metía en los ojos. El cielo se estaba encapotando amenazadoramente.

Chauncy estaba boca arriba en el centro de la rueda, desnudo, con los brazos pulcramente cruzados en el pecho y las piernas en perfecta posición. Tenía los ojos muy abiertos y vidriosos, dirigidos hacia puntos diferentes del cielo. El color de su piel era como de plátano podrido. Desde el pecho a la base de la barriga corría una incisión irregular, cosida toscamente con cordel, bajo la que se apreciaba la protuberancia obscena del estómago. Parecía relleno de algo.

¿Qué representaba la enorme rueda? Corrie no podía apartar la vista del cadáver. ¿Eran imaginaciones suyas, o había algo moviéndose dentro de la barriga cosida, algo que formaba ligeros bultos en la piel? Chauncy tenía algo vivo dentro.

Hazen, el primero en llegar, estaba inclinado sobre el cadáver junto con el forense (que había llegado en helicóptero). El sheriff había recibido a Corrie con una sonrisa, y a Pendergast con un efusivo saludo. ¡Qué raro! De repente parecía muy seguro de sí mismo. Corrie lo observó de reojo y le vio hablar tranquilamente con el forense y los del departamento de pruebas, que buscaban pistas por la tierra. Había, como siempre, huellas de pies descalzos, pero Hazen se limitó a sonreír cuando se lo comentaron. Uno de los del departamento de pruebas se agachó e hizo un molde de plástico de una de ellas.

En cuanto a Pendergast, su actitud era ausente. No solo había estado muy poco locuaz con Corrie, sino que, a juzgar por su manera de mirar los túmulos, pensaba en otra cosa. Al final, la mirada insistente de Corrie hizo que saliera de su ensimismamiento y se acercara.

—Venga, venga —dijo el sheriff, campechano—. Si le interesa mire, agente Pendergast. Tú también, Corrie.

Pendergast se aproximó, seguido por su ayudante.

—El forense está a punto de abrir.

—Yo aconsejaría dejarlo para el laboratorio.

—Tonterías.

El fotógrafo hizo unas cuantas fotos, deslumbrando con el flash (aún amanecía), y se apartó.

—Adelante —dijo Hazen al forense.

El forense sacó unas tijeras y se centró en un punto debajo del cordel. Clic. La barriga se abultó, y el cordel empezó a ceder a causa de la presión.

—Si no tiene cuidado —le avisó Pendergast—, una parte de las pruebas podrían... esto... huir.

—Lo que haya dentro —dijo el sheriff, tan campante— no tiene importancia.

—Yo diría que tiene mucha.

—Pues dígalo, dígalo —contestó el sheriff, con un buen humor que añadía insolencia a sus palabras—. Corte la otra punta.

Clic.

De golpe se abrió toda la barriga, y salió una serie de cosas que se desperdigaron por el suelo. Olía fatal. Corrie se apartó con la mano en la boca, y tardó un poco en reconocer lo que había caído por el polvo en una nube de vapor: una heterogénea colección de hojas, ramas, babosas, salamandras, ranas, ratones y piedras. Entre las vísceras había una anilla viscosa que parecía un collar de perro. Una serpiente herida, pero todavía con vida, salió reptando de la masa y se deslizó trabajosamente por la hierba.

—Qué hijo de puta —dijo Hazen, que había retrocedido con cara de asco.

—Sheriff...

—¿Qué?

—Ya tiene la cola.

Pendergast señaló algo que sobresalía de la masa.

—¿Qué dice? ¿Qué cola?

—La que le arrancaron al perro.

—¡Ah! Descuide, que nos la llevaremos y la analizaremos.

Hazen se había recuperado deprisa. Corrie lo sorprendió guiñando un ojo al forense.

—Y el collar.

—Sí —dijo el sheriff.

—Me permito aventurar —añadió Pendergast— que el abdomen fue seccionado con la misma herramienta tosca que se usó en las amputaciones de Sheila Swegg, el corte de la cola del perro y el desprendimiento del cuero cabelludo de Gasparilla.

—Claro, claro —dijo el sheriff sin escuchar.

—Y, si no me equivoco —dijo Pendergast—, tenemos ante nosotros el utensilio en cuestión.

Señaló algo en el suelo. El sheriff lo miró, frunció el entrecejo e hizo señas al hombre del departamento de pruebas, que lo fotografió in situ, cogió los dos trozos con las pinzas de goma y los guardó en sendas bolsas. Era un cuchillo indio de sílex atado con cuerdas a un mango de madera.

—Visto desde aquí, yo diría que es un cuchillo protohistórico de los cheyenes del sur, con empuñadura de madera de sauce atada con tiras de cuero; y añadiría

que, además de ser auténtico, estaba en perfectas condiciones antes de romperse por culpa de un torpe manejo. Un hallazgo de especial importancia.

Hazen sonrió burlón.

—Sí, muy importante. Como parte del atrezo de este jodido montaje.

—¿Cómo dice?

Oyeron ruido detrás. Corrie se volvió. Eran dos policías de lustrosas botas saliendo del maíz, uno de ellos con un fax. El sheriff les sonrió efusivamente.

—¡Ah, lo que estaba esperando!

Tendió la mano, cogió el fax y, al leerlo por encima, se le ensanchó la sonrisa. A continuación se lo dio a Pendergast.

—Es una orden de cese de actividades recién llegada de la delegación del Medio Oeste del FBI. Queda usted fuera del caso, Pendergast.

—¡Vaya! —Pendergast leyó el documento atentamente y levantó la cabeza—. ¿Puedo quedármelo, sheriff?

—No faltaría más —dijo Hazen—. Se lo queda, lo enmarca y lo cuelga en la sala de estar. —De pronto su voz ya no era tan afable—. Bueno, señor Pendergast; con todo respeto, aquí se ha cometido un crimen, y no está permitida la presencia de nadie sin autorización. —Sus ojos rojos miraron a Corrie—. Lo cual les incluye a usted y a su ayudante.

Corrie le sostuvo su mirada.

Pendergast dobló cuidadosamente el fax, se lo guardó en la chaqueta y miró a Corrie.

—¿Vamos?

Ella se indignó.

—Pero agente Pendergast —empezó a decir—, no pensaré dejar que se salga con la suya...

—No es el momento, Corrie —dijo él con suavidad.

—¡Es que no puede...!

Pendergast la cogió por el brazo y se la llevó, amable pero enérgicamente. Antes de que Corrie tuviera tiempo de reaccionar, ya estaban fuera del maizal, al lado del Gremlin, en la estrecha carretera de servicio sin asfaltar. Se puso al volante sin decir nada y arrancó, mientras Pendergast ocupaba el asiento de al lado. Casi ciega de rabia, condujo entre los coches oficiales, muy juntos. Pendergast había dejado que el sheriff lo pisoteara, y la insultara a ella sin ninguna resistencia. Tuvo ganas de llorar.

—Reconozco una cosa, señorita Swanson: que en Medicine Creek el agua del grifo es excelente. Ya sabe que siempre bebo té verde, y me parece que nunca había encontrado agua tan buena para preparar la taza perfecta.

La había dejado sin respuesta posible. Corrie se limitó a frenar en la entrada de la carretera, y mirarlo fijamente.

—¿Adónde vamos?

—Primero me deja en casa de la señorita Kraus, y después le aconsejo que vuelva a su caravana y lo cierre todo bien. Tengo entendido que se avecina una tormenta de polvo.

Corrie bufó.

—No será la primera que vea.

—De esta magnitud, sí. Las tormentas de arena pueden ser un fenómeno meteorológico de una violencia inusitada. En Asia Central son tan fuertes que los nativos han puesto nombre a los vientos que las traen. Incluso aquí, durante la sequía de los años treinta, las llamaban « tormentas negras ». Se sabe de casos de gente que se había quedado fuera y murió ahogada.

Corrie aceleró por el asfalto con un chirrido de neumáticos. Todo empezaba a parecer irreal. Pendergast recién humillado, forzado sin contemplaciones a abandonar el caso que había venido a investigar expresamente desde Nueva York... ¿y lo único que sabía hacer era hablar de té y del tiempo?

Pasaron los minutos, hasta que Corrie explotó. Era más fuerte que ella.

—¡Mire —le espetó indignada—, me parece mentira que se haya dejado tratar así por el mierda del sheriff!

—¿Tratar cómo?

—¿Qué? ¡Pues así, echándolo!

Pendergast sonrió.

—*Nisiparet, imperat.* « Si no obedece, manda » .

—¿Qué quiere decir? ¿Que no obedecerá la orden?

—Señorita Swanson, no tengo la costumbre de exponer mis intenciones a nadie, ni siquiera a una ayudante de confianza.

Corrie se ruborizó a pesar de la rabia.

—¿O sea, que pasaremos de él? ¿Seguiremos investigando? ¿Mandaremos a la mierda a ese enanito cabrón?

—Lo que haga ese « enanito cabrón », por usar su pintoresca expresión, ya no puede ser de su incumbencia. Lo importante es que no puedo permitir que se resista al sheriff por mi culpa. Ah, ya hemos llegado. Haga el favor de dejarme en los garajes de detrás de la casa.

Corrie rodeó la mansión de los Kraus. Al otro lado había una hilera de garajes de madera en precario estado. Pendergast se acercó al que tenía una cadena y un candado nuevos, y abrió las puertas. Dentro, Corrie vio el brillo de un coche de grandes dimensiones. Pendergast entró en la oscuridad, y poco después Corrie oyó el ruido de un motor en marcha. El coche salió lentamente del garaje. Corrie quedó alucinada por la aparición de un paradigma de brillo y elegancia en el polvo gris de Medicine Creek. Nunca había visto un coche así, a menos que fuera en el cine. El coche paró, y Pendergast bajó de él.

—¿De dónde sale?

—Como siempre he sabido que existía la posibilidad de quedarme sin sus

servicios, hice que me trajeran mi coche.

—Pero ¿esto es suyo? ¿Qué es?

—Un Rolls-Royce Silver Wraith del 59.

Solo entonces captó Corrie todo el significado de las anteriores palabras del agente.

—¿Cómo que quedarse sin mis servicios?

Pendergast le tendió un sobre.

—Dentro está la paga hasta el final de la semana.

—¿Para qué? ¿No sigo siendo su ayudante?

—No, después de la orden ya no. De eso yo no puedo protegerla, y no puedo pedirle que se ponga legalmente en falso. A partir de este momento, por desgracia, queda despedida. Le aconsejo que vuelva a casa y siga con su vida normal.

—¿Qué vida normal? Mi vida normal es una mierda. ¿Algo tengo que poder hacer!

Sintió un arrebató de rabia y de impotencia. Ahora que por fin le interesaba (y hasta la fascinaba) el caso, ahora que por fin tenía la sensación de haber conocido a alguien que le merecía respeto y confianza, ahora que por fin tenía una razón para levantarse de la cama, Pendergast la despedía. A pesar de sus esfuerzos, sintió que se le escapaba una lágrima, y se la secó con rabia.

Pendergast hizo una reverencia.

—Podría prestarme una última ayuda satisfaciendo mi curiosidad sobre la fuente de la estupenda agua de Medicine Creek.

Corrie lo miró con incredulidad. Decididamente, no tenía remedio.

—Sale de unos pozos que supuestamente aprovechan un río subterráneo — dijo, tratando de adoptar la máxima frialdad.

—Un río subterráneo —repitió él con la mirada ausente, como si una súbita revelación le hubiera hecho mirar dentro de sí.

Sonrió, se inclinó, cogió la mano de Corrie, se la acercó a los labios y, a continuación, subió a su coche y se marchó, dejando a Corrie en el aparcamiento junto a su coche, en medio del polvo, consumida por una mezcla de rabia, estupefacción y pena.

## Cuarenta y dos

El coche patrulla pasaba entre hileras de maíz como una exhalación, devorando la carretera a ciento ochenta por hora sin la menor dificultad. Hazen pensó que aunque no funcionara el aire acondicionado, y aunque el tapizado estuviera para el arrastre, debajo del capó el Mustang 5.0 seguía teniendo lo que había que tener. El pesado chasis se balanceaba. Al mirar por el retrovisor, vio que las dos hileras de maíz se agitaban a su paso.

Estaba más feliz que en toda la última semana. Ya se había deshecho de Pendergast, tenía el caso por las riendas y cada vez lo dominaba más. Miró de reojo a Chester Raskovich, su pasajero. El baranda de seguridad parecía un poco acojonado, y le habían brotado gotas de sudor en la sien. Por lo visto no acababa de gustarle la velocidad del coche patrulla. Hazen habría preferido estar con Tad, no con aquel machaca de la universidad. A Tad le habría servido de experiencia el inminente tú a tú. Por enésima vez, lamentó que su hijo, Brad, no le hubiera salido como su ayudante, respetuoso, ambicioso y menos listillo. Suspiró. No era momento para soñar. Lo importante era seguir camelándose a Raskovich, y por extensión al doctor Fisk. Si jugaba bien sus cartas, tenía garantizado el campo experimental para Medicine Creek.

Al llegar a las primeras granjas de los alrededores de Deeper, Hazen redujo la velocidad al límite permitido. No era cuestión de llevarse a uno de Deeper por delante justo cuando el caso estaba a punto de solucionarse, e iba todo viento en popa.

—¿Qué planes tiene, sheriff? —preguntó Raskovich, que volvía a respirar.

—Visitar a Norris Lavender.

—¿Quién es?

—El dueño de medio pueblo, y de muchos de estos campos. Los arrienda. Su familia tenía el primer rancho de la zona.

—¿Cree que tiene algo que ver con el caso?

—Aquí no pasa nada sin el permiso de Lavender. Es lo que le pregunté a Hank Larsen: ¿quién es el principal perjudicado? No hay que pensar mucho.

Raskovich asintió.

Vieron aparecer la zona comercial de Deeper. En una punta del pueblo había un Hardee's, en la otra un A&W, y en medio varias tiendecitas decrepitas o cerradas, un establecimiento de artículos deportivos, un ultramarinos, una gasolinera, un vendedor de coches usados (tartanas AMC sin excepción), una lavandería automática y el Deeper Sleep Motel. Todo se remontaba a los años cincuenta. Parece un decorado de película, pensó Hazen.

Entró en la zona de estacionamiento de detrás del Grand Theater (abandonado hacía muchos años) y la peluquería. Al fondo había un edificio bajo de ladrillo naranja, aislado entre los brillos de un mar de asfalto. Se acercó a la

puerta de cristal y aparcó ilegalmente en plena zona de bomberos, con toda la jeta. Al ver el coche de Hank perfectamente estacionado, sacudió la cabeza. No sabía imponer respeto. Dejó encendidas las luces, dignas de una máquina tragaperras, para que se supiera que había venido en misión oficial.

Cruzó la doble puerta y penetró con paso decidido en el gélido vestíbulo del edificio Lavender, con Raskovich detrás. Cuando llegó a la recepción, una secretaria tirando a fea, pero de voz tan eficaz que rayaba en la antipatía, le dijo:

—Pase directamente, sheriff. Lo están esperando.

Saludó tocándose el ala y cruzó el vestíbulo hasta llegar a unas puertas de cristal situadas a mano derecha. La secretaria del otro lado, aún más gordita que su compañera, les hizo señas de que pasaran.

« Sí que son feas las de Deeper », pensó. Seguro que se casan entre primos.

Se quedó en el umbral del despacho del fondo, mirando con los ojos entornados. Era todo muy de diseño, muy cosmopolita: metal y cristal en diversos matices de gris y negro, un escritorio de tamaño exagerado, alfombras muy mullidas, macetas con ficus... Lo único que delataba los orígenes de clase baja del dueño eran dos grabados cutres de muñecas. Lavender estaba sentado al otro lado de la mesa gigante, sonriendo. Se levantó ágilmente en cuanto Hazen lo vio. Llevaba un chándal con rayas, y un anillo de platino y brillantes en el meñique. Delgado, más bien alto, dotaba todos sus movimientos de lo que debía de considerar una languidez aristocrática. Por desgracia, su cabeza, desproporcionada con su cuerpo y de forma piramidal, tenía una boca muy ancha y unos ojos minúsculos y juntos, y se estrechaba en una frente pequeña y de una lisura y blancura dignas de una loncha de tocino. Era una frente de gordo en un cuerpo delgado.

El sheriff Larssen, sentado al lado en una silla, también se levantó.

Lavender extendió un brazo sin mediar palabra, y su mano, minúscula y blanca, indicó un asiento. Era un desafío. ¿Qué haría Hazen? ¿Obedecer o elegir el que quisiera?

Hazen sonrió, condujo a Raskovich a la silla señalada y ocupó otra.

Lavender seguía de pie. Puso las manos de niño encima de la mesa y se inclinó lentamente sin perder la sonrisa.

—Bienvenido a Deeper, sheriff Hazen. Supongo que su acompañante es el señor Raskovich, de la Universidad Estatal de Kansas.

Tenía una voz meliflua. Hazen asintió con rapidez.

—Me imagino que ya sabe a qué vengo, Norris.

—¿Conviene que llame a mi abogado?

El tono de Lavender hizo que pareciera una broma.

—Allá usted. No es sospechoso de nada.

Lavender arqueó las cejas.

—¿De veras?

De veras. Y pensar que su abuelo era un contrabandista de alcohol de tres al cuarto...

—De veras —repitió Hazen.

—Bueno, sheriff, pues... ¿empezamos? Ya que es una entrevista voluntaria, me reservo el derecho a que las preguntas se acaben cuando yo quiera.

—Pues nada, al grano. ¿De quién son las tierras de Deeper elegidas como posible emplazamiento del campo experimental de la universidad?

—Sabe perfectamente que mías. Las tengo arrendadas a Buswell Agricon, los socios de la universidad en el proyecto.

—¿Conocía al doctor Stanton Chauncy?

—Sí, claro. Le di un paseo por el pueblo con el sheriff.

—¿Y qué le parecía?

—Probablemente lo mismo que a usted.

Lavender sonrió un poco, lo justo para revelarle al sheriff Hazen todo lo necesario sobre su opinión de Chauncy.

—¿Sabía con antelación que Chauncy hubiera elegido Medicine Creek?

—No. Era de los que se guardan sus cartas.

—¿Negoció un nuevo contrato con la universidad para el cultivo experimental?

Lavender cambió lánguidamente de postura y ladeó su pesada cabeza.

—No. No quería influir. Les dije que si elegían quedarse en Deeper les aplicaría la misma tarifa que a Buswell Agricon.

—Pero ¿tenía pensado aumentar el precio?

Lavender sonrió.

—Tenga en cuenta que soy un hombre de negocios. Como usted comprenderá, tenía la esperanza de cobrar más con los futuros cultivos.

Como usted comprenderá.

—Es decir, que veía futuro a la operación.

—Lógicamente.

—¿Me equivoco o es usted el propietario del Deeper Sleep Motel?

—Ya lo sabe.

—¿Y de la franquicia del Hardee's?

—Es uno de mis mejores negocios en Deeper.

—¿Verdad que es el dueño de todos los edificios que hay entre la tienda de deportes de Bob y la peluquería?

—Es de sobra conocido, sheriff.

—También es suyo el edificio del Grand Theatre, que actualmente está vacío, y los del Steak Joint y el Cry County Mini-Mall.

—Repito que lo sabe todo el mundo.

—En los últimos cinco años, ¿cuántos inquilinos han echado la persiana antes del final del contrato?

Lavender seguía sonriendo, pero Hazen observó que había empezado a dar vueltas al anillo del meñique.

—Mi economía es algo personal, si no le molesta.

—Bueno, pues intentaré adivinarlo. ¿El cincuenta por ciento? El Rookery cerró, el Book Nook ya hace tiempo que no existe... El año pasado cerró el Jimmy's Round Up, y el Mini-Mall está dos tercios vacío.

—Podría decirle que ahora mismo el Deeper Sleep Motel tiene una ocupación del cien por cien.

—Sí, porque está lleno de periodistas, pero en cuanto pase el bombazo volverá a tener el mismo éxito que el motel de Norman Bates.

Aunque Lavender conservaba la sonrisa, sus labios húmedos, que ocupaban toda la parte inferior de la cara, expresaban cualquier cosa menos buen humor.

—¿Cuántos morosos tiene? Lo malo es que no está la situación como para ponerse duro y echarlos. ¿A que no? Porque a ver quién los sustituye... Es mejor bajar el alquiler e ir tirando con alguna que otra carta.

Ninguna respuesta. Hazen se relajó, dejó que se prolongara el silencio y aprovechó la pausa para mirar el despacho. Se fijó en unas fotos de Norris Lavender en la pared, acompañado de una serie de famosos: Billy Carter, hermano del presidente, un par de jugadores de fútbol, una estrella del rodeo y un cantante de country. En varias de ellas aparecía alguien más: Lewis McFelt, la mano derecha de Lavender, un hombretón moreno y musculoso que jamás sonreía. Hazen lo había buscado con la mirada al entrar en el despacho, pero no estaba. Más pruebas que avalaban su teoría. Apartó la vista del inquietante personaje y volvió a mirar a Lavender con una sonrisa en los labios.

—Usted y su familia son los dueños de este pueblo desde hace casi cien años, pero parece que en el imperio Lavender podría estar poniéndose el sol, ¿eh, Norris?

El sheriff Larssen intervino.

—Oye, Dent, que eso es intimidar. No veo ninguna relación con los asesinatos.

Lavender lo interrumpió con un gesto.

—Te lo agradezco, Hank, pero ya hace tiempo que le veo el juego a Hazen. Perro ladrador, poco mordedor.

—¿Ah, sí? —replicó Hazen.

—Pues sí. Aquí la cuestión no son los asesinatos de Medicine Creek, sino el supuesto tiro en la pierna de mi abuelo al suyo. —Miró al jefe de seguridad de la universidad—. Señor Raskovich, aquí en Cry County ya hace mucho que hay Lavenders y Hazens, y no todos lo saben asimilar igual de bien. —Volvió a sonreír al sheriff—. Pues le aviso de que no cuele. Ni mi abuelo le pegó un tiro al suyo, ni yo soy un asesino en serie. Míreme. ¿Me ve en un maizal abriendo a alguien en canal como hacen ustedes con los pavos, en Medicine Creek?

Paseó por el despacho una mirada satisfecha.

No cuela. Al final siempre subía a la superficie, como la grasa en el cocido. Norris Lavender ya podía salpicar sus frases con «de veras» y «como comprenderá usted», que el tufo a purria era imposible de disimular.

—Es clavado a su abuelo, Norris —respondió Hazen—. Deja a otros el trabajo sucio.

Las cejas de Lavender se arquearon.

—Eso se parece mucho a una acusación.

Hazen sonrió.

—Oiga, Norris, ¿sabe que al entrar he echado de menos a su amigo Lewis McFelt? ¿Cómo está?

—¿Mi ayudante? Pobre, tiene a su madre enferma en Kansas City y le he dado una semana libre.

La sonrisa de Hazen se amplió.

—Espero que no sea nada grave.

Otro silencio. Hazen tosía y continuó:

—Le habría perjudicado mucho que el campo se fuera a Medicine Creek.

Lavender abrió una caja de puros de madera y se la acercó al sheriff.

—Adelante, sheriff, que ya sé que es un fumador empedernido.

Hazen contempló la caja. Cubanos. Cómo no. Negó con la cabeza.

—¿Señor Raskovich? ¿Un puro?

Raskovich también los rechazó con un movimiento de la cabeza.

Hazen se apoyó en el respaldo y dijo:

—Es más, podía perderlo todo. ¿No?

—¿A alguien le importa que me dé el caprichito?

Lavender acercó la mano a la caja, cogió un puro y lo enseñó entre dos dedos de salchicha, a guisa de pregunta.

—Adelante —dijo Hank con una mirada hostil a Hazen—. Si no se puede fumar en el propio despacho...

Hazen esperó, mientras Lavender sacaba un cortapuros de plata de un cajón, cortaba la punta del puro, admiraba su obra, cogía un encendedor de oro, calentaba la punta del puro, chupaba la otra, se la ponía en su ancha boca y lo encendía. Fue un proceso que duró varios minutos. A continuación, Lavender se levantó y se acercó tranquilamente a la ventana para mirar la zona de estacionamiento con las manitas cruzadas en la espalda. Chupaba el puro con languidez, y de vez en cuando se lo quitaba de la boca para observar su punta. Tras su delgada figura, Hazen vio un horizonte negro como la noche. Se acercaba una tormenta, y de las gordas.

El silencio se prolongó hasta que Lavender se decidió a volverse y dijo a Hazen, con fingida sorpresa:

—Ah, pero ¿aún está aquí?

—Espero que conteste a mi pregunta.

Lavender sonrió.

—¿No le he dicho hace cinco minutos que la entrevista había acabado? Qué despiste.

Volvió a mirar por la ventana, mientras chupaba el puro.

—Ojo, no les pille la tormenta —dijo por encima del hombro.

Hazen salió del aparcamiento quemando todo el neumático que hiciera falta. Cuando llegaron a la calle principal, Raskovich lo miró.

—¿Qué era lo de los dos abuelos?

—Nada, una cortina de humo.

Como Raskovich no decía nada, Hazen comprendió irritado que esperaba otra respuesta. Le costó un poco dominar la irritación, pero necesitaba tener la universidad de su lado, y para eso la clave era Raskovich.

—Los Lavender empezaron de rancheros, pero en los años veinte se enriquecieron con el contrabando de alcohol —explicó—. Controlaban toda la bebida clandestina del condado. Se la compraban a los productores, y la distribuían. Mi abuelo era sheriff de Medicine Creek, y una noche, con un par de agentes anticrime, pilló al rey Lavender cerca de casa de los Kraus cargando una mula con aguardiente. En esa época, Kraus tenía una destilería al fondo de la caverna turística. Hubo una escaramuza, y mi abuelo acabó con una bala en el cuerpo. A Lavender lo llevaron a juicio, pero sobornó al jurado y lo dejaron libre.

—¿En serio cree que Lavender está detrás de los asesinatos?

—Mire, señor Raskovich, en la policía se buscan motivos, medios y ocasiones. Lavender tiene motivos, y es un hijo de puta capaz de todo por dinero. Ahora, lo que tenemos que buscar son los medios y la ocasión.

—No me lo imagino asesinando, la verdad.

Aquel Raskovich era un subnormal de verdad. Hazen midió sus palabras.

—Lo que pienso es lo que he dicho en su despacho. No creo que los asesinatos los cometiera con su mano. No es el estilo de los Lavender. Debí de contratar a algún matón para el trabajo sucio. —Reflexionó—. Me gustaría hablar con Lewis McFelt. Lo de la madre enferma en Kansas City... ¡Vaya cuento!

—¿Adónde vamos?

—A averiguar hasta qué punto es mala la situación de Norris Lavender. Primero iremos al ayuntamiento y consultaremos su historial como contribuyente. Luego iremos a hablar con algunos acreedores y enemigos. Nos enteraremos de si estaba muy metido en todo el tema del campo experimental. Como era su última oportunidad, no me sorprendería nada que se lo hubiera jugado todo a esa carta.

Hizo una pausa. Nunca estaba de más un poco de diplomacia.

—¿Tú qué crees, Chester? Me interesa tu opinión.

—Que es una teoría viable.

Hazen sonrió y puso rumbo al ayuntamiento de Deeper. ¡Vaya que si era una teoría viable!

## Cuarenta y tres

A las dos y media del mismo día, Corrie, nerviosa, estaba escuchando un disco de Tool en la cama. La temperatura de la habitación no debía de bajar mucho de los cuarenta grados, pero después de lo de la otra noche no tenía cojones para abrir la ventana. Seguía pareciéndole imposible que hubieran matado al tío de Kansas City en su misma calle. Claro que desde hacía una semana todo parecía imposible.

Se le fue la vista a la ventana. Fuera, el cielo se estaba cubriendo de grandes nubarrones, que por la parte de arriba parecían yunques, y oscurecía antes de tiempo. Sin embargo, el único efecto apreciable de los preparativos de tormenta era que había aumentado el bochorno.

Al oír la voz de su madre, su única respuesta fue subir el volumen. Unos cuantos golpes sordos indicaron que intentaba hacerse oír aporreando la pared. Joder. Qué día más oportuno había elegido la buena mujer para ponerse enferma; justo cuando Pendergast ya no necesitaba ayudante, y Corrie no tenía más remedio que quedarse en casa, demasiado asustada para ir a su refugio de siempre bajo las líneas de alta tensión. Casi tenía ganas de que llegara el día del Trabajo y empezaran las clases.

La puerta de su cuarto se abrió de golpe, y apareció su madre en camisón y con los brazos (demasiado delgados) cruzados sobre la barriga (demasiado gorda). Estaba fumando. Corrie se quitó los auriculares.

—¡Corrie, casi me quedo afónica! Un día te quitaré los auriculares.

—¡Pero si me dijiste tú que los usara!

—Sí, pero no cuando intento hablar contigo.

Corrie observó a su madre, fijándose en su mascarilla corrida y las manchas de carmín de la noche anterior en sus labios agrietados. Había estado bebiendo, pero no lo bastante, al parecer, para quedarse en la cama. ¿Cómo podía semejante extraterrestre ser su madre?

—¿Por qué no estás trabajando? ¿Ya se ha cansado de ti?

Corrie no contestó. En el fondo daba igual. De todos modos, su madre diría lo que tenía que decir.

—Que yo sepa te han pagado dos semanas. Eso son mil quinientos dólares, ¿no?

Corrie seguía mirándola.

—Mientras vivas aquí tendrás que contribuir. No es la primera vez que te lo digo. Últimamente gasto una barbaridad: taxis, comida, el coche... Mil cosas. Y ahora me pierdo la propina de un día por culpa de esta mierda de resfriado.

Dirás de resaca. Corrie esperó.

—Lo mínimo que te puedo pedir es mitad y mitad.

—El dinero es mío.

—¿Y quién te crees que te ha mantenido los últimos diez años? El inútil de tu padre no, te lo aseguro. Yo, que soy la que se ha destrozado las manos para mantenerte, y como que soy tu madre que algo me devolverás.

Corrie había escondido el dinero en el fondo del cajón de su cómoda, sujeto con celo, y no pensaba descubrirle a su madre dónde estaba. ¿Cómo se le había ocurrido decir cuánto ganaba? El dinero lo necesitaría para el abogado, cuando llegara el puto juicio; si no, acabaría con el de oficio, que seguro que era un paria, y la meterían en la cárcel. Eso sí que daría buena impresión: mandar las peticiones a las universidades desde la cárcel.

—Ya te dije que dejaría dinero en la mesa de la cocina.

—En la mesa de la cocina dejarás setecientos cincuenta dólares.

—Es una pasada.

—No llega ni de lejos a lo que ha costado mantenerte todos estos años.

—Si no querías mantenerme, no haberte quedado embarazada.

—Por desgracia hay accidentes.

Corrie reconoció el típico olor a filtro quemado de cuando se fuma el cigarrillo hasta el final. Su madre miró alrededor y lo apagó en el incensario de su hija.

—Si no quieres contribuir, y a puedes irte a vivir a otro sitio.

Corrie se volvió de malos modos, se puso los cascos otra vez y subió tanto la música que le dolieron los tímpanos. Casi no oía los gritos de su madre. Como me toque, pensó, grito. Pero sabía que su madre no la tocaría. Una vez la había pegado, y los gritos de Corrie habían hecho venir al sheriff. El pequeño bulldog, lógicamente, no había hecho nada (sí: acusarla, a ella, de escándalo público), pero desde ese día su madre ya no se atrevía a ponerle las manos encima.

No podía hacer nada. Así de sencillo. Tendría que esperar a que se fuera de casa.

Después de que su madre volviera hecha una furia a su habitación, Corrie se quedó mucho rato en la cama, pensando. Hizo el esfuerzo de alejarse mentalmente de su madre, de la caravana y del infierno deprimente, vacío y sin sentido en que consistía su vida, y se acordó de Pendergast. Pensó en su traje negro, sus ojos claros y su altura y delgadez. Tuvo curiosidad por saber si estaba casado o tenía hijos. Era una injusticia haber pasado tan olímpicamente de ella, yéndose en su cochazo. En fin, quizá lo hubiera decepcionado, como a todos. Quizá Corrie, al fin y al cabo, no hubiera hecho bien su trabajo. Se encrespó al acordarse de cuando el sheriff le había endilgado el papel. Pero bueno, Pendergast no era de los que se quedaban con los brazos cruzados. Además, ¿no había insinuado que seguiría trabajando en el caso? Se dijo que no tenían más remedio que separarse, que no era por nada que hubiera hecho ella. Ya lo había dicho el propio Pendergast: «No puedo permitir que se resista al sheriff por mi culpa».

Pensó en el caso. Seguía siendo tan inconcebible que el asesino fuera alguien de Medicine Creek... Si era cierto que se trataba de un vecino, seguro que Corrie lo conocía; claro que conocía a todo Medicine Creek, y no se le ocurría nadie capaz de ser un asesino en serie. Se estremeció al acordarse de los cadáveres que había visto con sus propios ojos: el perro con la cola cortada... Chauncy cosido como un pavo...

El más raro era el de Stott, hervido de pies a cabeza. ¿Por qué? Y, sobre todo, ¿cómo se hervía entera a una persona? El asesino tendría que haber hecho una hoguera, puesto a calentar una olla grande... Parecía imposible. ¿Dónde se conseguía una olla así? ¿En el bar de Maisie? No, por supuesto que no; la más grande era la que usaba para el chile del miércoles, donde no cabía ni un brazo. En el Castle Club también había cocina. ¿Podía haber sido en el Castle Club?

Resopló. Era una idea de locos. Ni siquiera en el Castle Club podían tener una olla bastante grande para hervir a una persona. Para eso hacía falta una cocina industrial. A menos que hubiera usado una bañera... ¿Era posible que alguien hubiera puesto una bañera encima de una hoguera y cocido el cadáver? ¿O que la hubiera puesto en un maizal? No, porque la habrían descubierto las avionetas de reconocimiento. Y el humo de la hoguera se habría visto desde todas partes. Alguien se habría dado cuenta del olor, como mínimo del humo.

No, en Medicine Creek no había ningún sitio donde se pudiera haber hervido el cadáver...

Se incorporó de repente.

Las cuevas de Kraus.

Era una locura... o quizá no tanto. Se sabía que, en la época de la Ley Seca, Kraus había tenido una destilería ilegal al fondo de su cueva.

Sintió un hormigueo en la espalda, una mezcla de emoción, curiosidad y miedo. Quizá la destilería aún estuviera en su sitio. Y en las destilerías había recipientes grandes, ¿no? ¿Tanto como para hervir a una persona? Quizá sí, quizá no.

Volvió a tumbarse en la cama con el pulso acelerado, y en ese momento volvió a tener una sensación de ridículo. La Ley Seca había terminado hacía setenta años. Seguro que la destilería no existía desde hacía una eternidad. Algo tan valioso no se dejaba pudriéndose en una cueva. Además, ¿cómo se las habría apañado el asesino para entrar y salir de la cueva sin ser visto, si la cotilla de Winifred Kraus la tenía cerrada a cal y canto y la vigilaba como un halcón?

Inquieta, dio vueltas en la cama. Los candados se podían forzar. La propia Corrie, navegando por los ordenadores del instituto, se había bajado un manual de ganzías, y hasta se había fabricado una de pequeño tamaño para hacer experimentos con los candados de los armarios del colegio.

Si el asesino era del pueblo, estaría al corriente de los negocios sucios de Kraus, y de la existencia de la destilería. Quizá hubiera metido el cadáver en la

cueva en la oscuridad de la noche, y a la mañana siguiente, después de hervirlo, se lo hubiera llevado. La vieja Winifred no se habría enterado. De hecho casi ya no enseñaba la cueva a nadie.

Pensó en llamar a Pendergast. ¿Sabría lo de la destilería? Lo dudó; era una anécdota del pasado de Medicine Creek que a nadie se le habría ocurrido comentarle. Para eso la había contratado a ella, para contarle anécdotas así. Lo natural era llamarlo y decírselo. Metió la mano en el bolsillo, sacó el móvil que le había dado el agente y empezó a marcar.

Dejó el número a medias. Era una idea absurda, una estupidez. Palos de ciego. Pendergast se burlaría de ella. Podía incluso enfadarse. Se suponía que Corrie ya no estaba en el caso.

Dejó el teléfono y volvió a mirar la pared. Quizá fuera mejor comprobarlo personalmente, por si acaso, solo para ver si aún estaba el alambique. En caso afirmativo se lo diría a Pendergast; en caso negativo, se ahorraría hacer el ridículo.

Se sentó con los pies en el suelo. Todos sabían que en la caverna, más allá de la zona turística, solo había una o dos cuevecitas. Si existía un alambique, tendría que estar en una de ellas. Se trataba de entrar, averiguarlo y salir. Además, así salía de casa; y, con tal de salir de aquella ratonera, cualquier excusa era válida.

Bajó la música y escuchó. Su madre ya no hacía ruido.

Se quitó los auriculares y volvió a aguzar el oído. Luego bajó de la cama con sigilo, se vistió y abrió la puerta lentamente. Todo seguía en silencio. Empezó a caminar de puntillas con los zapatos en la mano, pero justo antes de llegar al final del pasillo oyó abrirse de golpe la puerta de su madre, y reconoció su voz.

—¡Corrie! ¿Se puede saber adónde vas?

Cruzó deprisa la cocina y salió corriendo por la puerta, dejando que se cerrara sola. Al llegar a su coche, tiró los zapatos en el asiento de al lado y giró la llave, rezando por que se pusiera en marcha. Después de unos golpes, el motor se caló.

—¡Corrie!

Su madre estaba a punto de cruzar la puerta, y se movía muy deprisa para estar tan resfriada.

Corrie volvió a darle a la llave, mientras pisaba desesperadamente el pedal.

—¡¡Corrie!!

Por fin arrancó. El coche rodó por la grava del camino de Wyndham Park Estates con un chirrido de neumáticos, y dejó un reguero de humo, polvo y piedras saltando.

## Cuarenta y cuatro

A Marjorie Lane, recepcionista jefe de la ABX Corporation, cada vez la ponía más nerviosa el hombre del traje negro de la sala de espera.

Llevaba sentado una hora y media, pero no era eso lo anómalo, sino que no hubiera cogido ninguna de las revistas convenientemente distribuidas, no hubiera hablado por el móvil, no hubiera abierto un ordenador portátil y no hubiera hecho, en suma, nada de lo que solía hacer la gente cuando esperaba ser recibida por Kenneth Boot, el presidente de la compañía. De hecho, ni siquiera parecía que se hubiera movido. Sus ojos, extraños y como plateados, parecían mirar constantemente por la pared de cristal de la sala de espera, y, saltándose el centro de Topoka, contemplar la geometría verde de fábricas que se extendía más allá de los límites de la ciudad.

Últimamente, Marjorie había vivido muchos cambios en la empresa. Primero el de nombre: la Anadarko Basin Exploratory Company había adoptado un acrónimo y un logo nuevos y elegantes. El siguiente paso había consistido en comprar empresas fuera del ámbito de la prospección de petróleo: energía, fibra óptica, banda ancha (que a saber lo que era) y un millón de cosas que Marjorie no solo no entendía, sino que no lograba que le explicase nadie. El señor Boot era un hombre ocupadísimo, pero le gustaba tener esperando a la gente incluso cuando no tenía nada que hacer. A veces los obligaba a esperar todo el día, como en el caso reciente de los directivos de un fondo de inversión que habían venido a consultarle algo.

Marjorie echaba de menos los viejos tiempos, cuando las actividades de la empresa eran comprensibles para ella, y cuando no se hacía esperar a nadie. Le resultaban violentas las esperas. La gente se quejaba, hablaba en voz muy alta por el móvil, aporreaba el portátil y daba zancadas por el despacho. A veces eran malhablados, y había que llamar a seguridad.

Pero aquello... aquello era peor. Aquel hombre le ponía los pelos de punta. No solo no sabía cuándo sería recibido por el señor Boot, sino que no estaba segura de que lo fuera. Sabía que se trataba de un agente del FBI, porque había visto su identificación, pero no sería la primera persona importante a quien hiciera esperar el señor Boot.

Marjorie Lañe se enfrascó en contestar llamadas, escribir cartas y responder a correos electrónicos, pero en todo momento, con el rabillo del ojo, veía al hombre de negro inmóvil como una estatua de la guerra civil. Ni siquiera parpadeaba.

Al final se le acabó la paciencia y dio un paso que en principio no podía dar: llamar a la secretaria personal del señor Boot.

—Oye, Kathy —dijo en voz baja—, que tengo a un agente del FBI esperando desde hace dos horas, y me parece que el señor Boot tendría que recibirlo.

—El señor Boot está muy ocupado.

—Ya, Kathy, ya lo sé, pero para mí que tendría que recibirlo. Me da mala espina. Venga, hazme ese favor.

—Un momento.

Dejó la llamada en espera. La secretaria volvió a ponerse al poco rato y dijo:

—El señor Boot tiene cinco minutos.

Marjorie colgó.

—¿Agente Pendergast?

Pendergast se levantó y, tras una pequeña inclinación, pasó al despacho interior sin decir nada.

Marjorie suspiró de alivio.

Kenneth Boot estaba de pie ante la mesa de delincente que le servía de escritorio (nunca se sentaba para trabajar), y tardó un poco en darse cuenta de que el agente del FBI había entrado en su despacho y ya estaba sentado. Antes de mirarlo, terminó un informe en el ordenador y se lo envió a su secretaria.

Se llevó una sorpresa. Aquel agente del FBI no se parecía en nada a Efreim Zimbalist hijo, uno de los héroes televisivos de su infancia; no solo no se parecía, sino que era diametralmente opuesto: traje negro de corte perfecto, zapatos ingleses a medida, camisa de sastre... Sin olvidar su piel tan blanca, y sus manos tan finas. Cinco o seis mil dólares en vestuario, sin contar la ropa interior. Kenneth Boot era tan entendido en ropa como (por su propio esfuerzo) en vinos, puros y mujeres, requisito necesario para cualquier presidente de empresa norteamericano que quisiera prosperar. A Boot no le gustó que el agente se hubiera puesto tan cómodo. Otra cosa que le molestaba era verle fijarse en todos los detalles del despacho, como si lo desnudara con la vista.

—¿Señor Pendergast?

El agente no lo miró ni contestó. Sus ojos prolongaron el examen. ¿Con qué derecho estaba tan relajado ante el presidente de ABX, séptima empresa en tamaño de las que cotizaban en la bolsa de Nueva York?

—Dispone de cinco minutos, y ya ha pasado uno —dijo Boot sin alterarse, y empezó a escribir otro informe en el ordenador.

Esperaba alguna respuesta por parte del agente, pero no la hubo. Dejó de escribir y miró su reloj. Quedaban tres minutos.

Resultaba molesto, la verdad. El hombre del FBI seguía sentado, más a sus anchas que nunca y con la mirada en el revestimiento de la pared del fondo. Una mirada penetrante. ¿Qué le interesaba tanto?

—Le quedan dos minutos, señor Pendergast —murmuró Boot.

Por fin el agente hizo un gesto con la mano, y dijo:

—Por mí no se preocupe. Ya hablaremos cuando haya acabado de trabajar y

pueda prestarme toda su atención.

Boot lo miró de reojo.

—Más vale que diga lo que tiene que decir, agente Pendergast, porque le queda exactamente un minuto.

De pronto el agente lo miró, con una intensidad que lo sobresaltó.

—¿Verdad que la caja fuerte está detrás de la pared? —dijo.

A Boot le costó un enorme esfuerzo de voluntad no moverse. Pendergast sabía dónde estaba la caja fuerte de la empresa, algo que solo obraba en el conocimiento de tres directivos y del presidente. ¿Se notaría en el revestimiento? No, porque en diez años nadie se había dado cuenta de nada. ¿Estaría siendo vigilado por el FBI? Era un escándalo. Ninguno de esos pensamientos llegó a reflejarse en la expresión de Boot.

—La verdad, no sé de qué me habla.

Pendergast sonrió, pero con la condescendencia de un adulto que sigue la corriente a un niño.

—Trabaja usted en un sector donde hay que mantener en el mayor secreto una serie de documentos que constituyen la joya de la corona de su empresa. Naturalmente, me refiero a los mapas sísmicos de la formación de Anadarko, donde figuran los depósitos de petróleo y de gas, información que tanto dinero les ha costado reunir. De ahí que no les quede más remedio que disponer de una caja fuerte; y, teniendo en cuenta que usted no confía en nadie, lo lógico es que esté en su despacho, donde la pueda vigilar. Por otro lado, en tres paredes de su despacho hay obras caras de pintores clásicos, mientras que en aquella zona de la cuarta pared solo hay grabados baratos, que se pueden descolgar sin temor a rayarlos o estropearlos un poco. En consecuencia, su caja fuerte está detrás del revestimiento de la cuarta pared.

Boot se echó a reír.

—Ya veo que se considera un Sherlock Holmes.

Pendergast también se rio.

—Con todo respeto, señor Boot (y a título absolutamente voluntario, no faltaría más), solicito que abra la caja fuerte y me entregue el reconocimiento sísmico de Cry County, Kansas. El último, terminado en 1999.

Boot sintió que le costaba dominarse, pero al final lo consiguió, como siempre. Había aprendido tiempo atrás que hablar en voz baja tenía efectos amenazadores, por eso lo hizo en un tono casi inaudible.

—Como bien ha dicho, señor Pendergast, los documentos en cuestión, independientemente de dónde estén guardados, son la joya de la corona de ABX. La información geológica de la que hablamos es el fruto de treinta años de reconocimientos sísmicos y prospecciones, con un coste que podría ascender a quinientos millones de dólares. ¿Y pretende que se la dé así como así?

—A título, repito, estrictamente voluntario. Para datos de esas características

no podría conseguir una orden judicial.

El propio agente reconocía no tener ninguna baza a su favor. Era una broma, o bien un truco. En todo aquello había algo que incomodaba a Kenneth Boot. Logró sonreír con amabilidad.

—Lamento no poder satisfacerlo, señor Pendergast. Si no tiene nada más que decirme, me despido hasta otra ocasión.

Reanudó la redacción del informe, pero el hombre de negro seguía sin moverse del rincón.

—Señor Pendergast —dijo Boot, mirando el ordenador—, dentro de diez segundos no estará autorizada su presencia en el despacho, y llamaré a seguridad.

Dejó pasar los diez segundos y se puso en contacto con su secretaria.

—Kathy, que suba una brigada de seguridad y acompañe al señor Pendergast a la salida.

Siguió trabajando en el informe financiero para el vicepresidente, no sin darse cuenta, a su pesar, de que el hijo de puta de Pendergast se quedaba sentado dando golpecitos con el dedo en el apoyabrazos, y mirándolo todo con la misma indolencia que si estuviera en la sala de espera del médico. Encima de cabrón, descarado.

Zumbó el intercomunicador.

—Ya están aquí los de seguridad, señor Boot.

Boot no tuvo tiempo de contestar. Con gran rapidez y agilidad de movimientos, Pendergast se levantó y se acercó al escritorio. Boot lo miró fijamente, y al ver la expresión de su cara blanca se le atragantó la réplica.

Pendergast se inclinó hacia él y le murmuró un número al oído:

—2300576700.

Superada la sorpresa inicial, a Boot le sonó el número. Identificarlo del todo despertó un hormigueo en su cuero cabelludo. En ese momento llamaron a la puerta, y aparecieron tres guardias de seguridad que se quedaron en el umbral con las manos en las armas.

—¿Es este hombre, señor Boot?

Boot los miró sin poder pensar, por culpa del pánico. Pendergast sonrió y les hizo señas de que se marcharan.

—El señor Boot no va a necesitarlos. Les pide disculpas por la molestia.

Los guardias miraron a Boot, que al cabo de un rato asintió con rigidez.

—Es verdad, no los necesito.

—Tengan la amabilidad de cerrar con llave al salir —dijo Pendergast—. Ah, y díganle a la secretaria, por favor, que en diez minutos no pase ninguna llamada ni deje entrar a nadie. Queremos estar solos.

Los guardias volvieron a mirar a Boot para que se lo confirmara.

—Sí —dijo Boot—, queremos estar solos.

Cuando salieron, se oyó el ruido de la cerradura y el despacho quedó en silencio. Pendergast se volvió hacia el presidente de ABX y dijo alegremente:

—Bueno, señor Boot, ¿seguimos hablando de las joyas de la corona?

Pendergast salió y se dirigió a su Rolls-Royce con un largo tubo bajo el brazo. Abrió la puerta, dejó el tubo en el asiento del copiloto y subió al vehículo, que estaba muy caliente. Después de arrancar, dejó que se enfriara un poco y aprovechó la espera para sacar los planos del tubo y echarles un vistazo, por si no eran lo que necesitaba.

Lo eran, y con creces. Aquello hacía que encajaran todas las piezas: los túmulos, la leyenda de los Guerreros Fantasma, la matanza de los Cuarenta y Cinco... y los inexplicables movimientos del asesino en serie. Explicaba incluso la calidad del agua de Medicine Creek, que había resultado ser la clave de todo. Pendergast veía confirmadas sus esperanzas de encontrarlo impreso, azul sobre blanco, en los planos de prospección petrolera.

Pero cada cosa a su tiempo. Cogió el teléfono, pulsó la opción de seccafonía y marcó un número con prefijo de Cleveland. Dejó de sonar a la primera, pero tuvieron que pasar unos segundos para que se oyera un hilo de voz tenue:

—¿Qué tal?

—Gracias, Mime. El número de las islas Caimán ha funcionado. Calculo que el receptor sufrirá de insomnio durante bastantes noches.

—Me alegro de haberte ayudado.

Al oír un clic, Pendergast colgó el auricular y volvió a mirar el mapa, fijándose con mayor atención en el complejo laberinto subterráneo que figuraba en él.

—Excelente —murmuró.

No, el viaje por la memoria no había fallado. Al contrario: el mapa confirmaba que su éxito superaba cualquier expectativa. En lo único que había fallado Pendergast era en interpretarlo correctamente. Enrolló el plano y volvió a meterlo en el tubo, con su correspondiente tapón.

Ya sabía con exactitud de dónde habían llegado los Guerreros Fantasma... y adonde habían ido.

## Cuarenta y cinco

En Nueva York hacía una tarde despejada y calurosa, pero en los sótanos de la mansión de Riverside Drive, llenos de extraños olores, siempre era medianoche.

Por ellos caminaba un hombre delgado y espectral que respondía al nombre de Wren. La luz amarilla de su casco de minero perforaba una oscuridad de terciopelo, iluminando ora una vitrina de madera, ora un alto archivador metálico. Alrededor todo eran brillos apagados de cobre y bronce, e insinuaciones de cristal emplomado.

Era la primera vez en muchos días que no llevaba la tablilla bajo el brazo. La había dejado junto al ordenador portátil, media docena de salas atrás, para llevársela al piso de arriba; pues, tras ocho semanas de trabajo agotador y fascinante, Wren ya disponía del catálogo completo del gabinete de curiosidades encargado por Pendergast.

La colección había resultado ser notable, hasta extremos que superaban lo insinuado por Pendergast. Su contenido era el más heterogéneo y escogido que cupiera imaginar: piedras preciosas, fósiles, metales de valor, mariposas, plantas, venenos, animales extinguidos, monedas, armas, meteoritos... Cada sala, cada nuevo cajón o nuevo estante, deparaba algún descubrimiento, maravilloso y turbador. Era, sin ningún género de dudas, el mayor gabinete de curiosidades jamás reunido.

Tanto más lamentable que existieran pocas o nulas posibilidades de que viera la luz pública, por lo menos aquel siglo. Wren sintió cómo le crecía la envidia al pensar que todo aquello pertenecía a Pendergast, y que él se quedaría con las manos vacías.

Recorrió lentamente las salas en penumbra, mirando a ambos lados para asegurarse de que todo estuviera en orden y no quedara nada por clasificar.

Cuando llegó al final del recorrido, detuvo sus pasos y paseó la luz del casco por un bosque de cristal: vasos de precipitados, retortas, pipetas y probetas que reflejaban la luz desde los largos y oscuros rectángulos de una docena de mesas de laboratorio. La luz se detuvo al fondo del laboratorio, en una puerta. Detrás estaban las últimas salas, en las que Pendergast le había prohibido terminantemente entrar.

Dio media vuelta y contempló las salas oscuras y llenas de tapices que acababa de cruzar. Sin saber por qué, el itinerario trajo a su memoria un relato de Poe: *La máscara de la muerte roja*, en que el príncipe Próspero organiza un baile de máscaras en una serie de salas, cada una más fantástica y macabra que su antecesora. En el relato, la última sala (la de la Muerte) es negra, con las ventanas del color de la sangre.

Volvió a fijarse en el laboratorio, y a iluminar la puertecita del fondo. Durante el trabajo de catalogación se había preguntado muchas veces por lo que

había detrás, aunque, visto en perspectiva, quizá fuera preferible no saberlo. Además, tenía tantas ganas de seguir disfrutando con el magnífico diario que le esperaba en la biblioteca... Trabajar en él era una manera de olvidarse — cuando menos un rato— de aquella colección tan singular e inquietante.

Pero atención, que ahí estaba de nuevo: un roce de tela, y un eco de pasos sigilosos.

Wren llevaba casi toda la vida trabajando en salas oscuras y silenciosas, y gracias a ello gozaba de una agudeza auditiva fuera de lo normal. Pues bien, durante su trabajo en el sótano había detectado varias veces el mismo roce y las mismas pisadas furtivas. Sí, había tenido varias veces la sensación de que lo observaban mientras inspeccionaba cajones o tomaba notas; demasiadas veces para atribuirlo, simplemente, a su imaginación.

Mientras daba media vuelta, y se alejaba por las salas en penumbra, introdujo la mano en la bata de laboratorio y aferró un cortapapeles de hoja estrecha, pero nueva y muy afilada.

Las pisadas lo seguían, sigilosas.

Afectando naturalidad, volvió la cabeza hacia el origen del ruido. Parecía salir del otro lado de una larga hilera de vitrinas de roble, en la pared derecha.

El sótano era grande, y su distribución compleja, pero dos meses de trabajo habían familiarizado a Wren con ella. Sabía, además, que esas vitrinas lindaban con un muro transversal. No había salida.

Siguió caminando casi hasta el final de la sala. Tenía delante un cortinaje lleno de brocados que escondía el paso a la siguiente sala. De repente, con la rapidez de un hurón, dio un paso a la derecha y se metió entre las vitrinas y el muro. Al mismo tiempo que sacaba el cuchillo del bolsillo y lo empuñaba, iluminó la oscuridad de detrás de las vitrinas.

Nada. Estaba vacío.

Sin embargo, al guardarse el cortapapeles y salir de detrás de las vitrinas, Wren oyó alejarse, nítidos y claros, pasos que eran demasiado ligeros y veloces para no ser de niño.

## Cuarenta y seis

Al llegar a la altura de la vieja y fea casa de los Kraus, Corrie condujo lentamente para verla bien. Parecía la mansión de la familia Addams. De la cotilla de Winifred no se veía ni rastro. Seguro que volvía a guardar cama. El Rolls de Pendergast aún no había vuelto. Todo parecía abandonado, sumido en un calor asfixiante, y rodeado de maíz cada vez más amarillo. Arriba, la tormenta amasaba grandes nubes como yunques que se acercaban peligrosamente al sol. La radio ya avisaba de tornados, desde Dodge City hasta la frontera con Colorado. Al mirar al oeste, Corrie vio que el cielo estaba tan negro, y tan cerrado, que parecía de pizarra.

Daba igual. Solo tardaría un cuarto de hora en entrar y salir de la cueva. Un simple vistazo y a casa.

Medio kilómetro más lejos, se internó en una pista de acceso a los maizales y dejó el coche en un sitio invisible desde la carretera. Lo único que despuntaba de la mansión de los Kraus era el torreón. Cortando por el maizal no la vería nadie.

Tuvo breves dudas sobre la conveniencia de ir por allí, pero se acordó de que Pendergast estaba convencido de que el asesino solo atacaba de noche.

Salió del coche con la linterna en el bolsillo y cerró la puerta. Una vez que estuvo dentro del maizal, tomó una hilera en dirección a la caverna.

El calor del maíz era tan pesado que casi la asfixiaba. Al ver tan secas las mazorcas (así se cosechaba el maíz para el gasohol), pensó en la posibilidad de un incendio, y se regodeó en la idea hasta llegar a la valla medio rota que separaba la finca de los Kraus de los campos.

La bordeó hasta que tuvo la casa a sus espaldas. Entonces volvió rápidamente la cabeza, por si Winifred había aparecido en alguna ventana, pero todas estaban oscuras y vacías, como huecos en una dentadura. A decir verdad, la casa le daba escalofríos; se recortaba, desvencijada y sola, en un cielo de aspecto cruel, con un par de árboles retorcidos, muertos, al fondo. Los rayos débiles del sol aún iluminaban su tejado abuhardillado y los ósculos del piso superior, pero justo en ese momento la sombra de la tormenta se deslizó por el maíz como una manta, y oscureció la casa con su telón de nubes. Corrie se dio cuenta de que olía a ozono, y de que cada vez hacía más bochorno. La tormenta era peor, mucho peor que vista desde dentro de la caravana. Convenía darse prisa, antes de que cayera una gorda.

Cambiando de dirección (y agachándose por si Winifred se asomaba a alguna ventana del piso de arriba), bordeó el camino de la cueva, y tardó muy poco en llegar a la puerta de hierro.

Examinó el suelo, pero no había ninguna huella. Como mínimo hacía dos días que no lo pisaba nadie. Sintió una mezcla de alivio y decepción. Si el asesino había entrado (cosa que estaba por demostrar), tenía que haber sido varios días

atrás. De todos modos, la falta de huellas apuntaba que su teoría era una chorrada. En fin, no perdía nada por echar un vistazo. Ya que estaba...

Volvió a mirar atrás, y se agachó a inspeccionar el candado de la puerta de hierro. Perfecto: un modelo clásico, de los que se seguían fabricando prácticamente como hacía un siglo. Era como el de la puerta principal de la caravana, donde había hecho sus primeras prácticas, y del mismo tipo que los de los armarios del instituto. Sonrió al acordarse de la caja de caca de caballo que había dejado en el de Brad Hazen, envuelta en papel de regalo y con una tarjeta y una rosa. No sospechaba nada, el pobre.

En primer lugar tiró del candado con fuerza, para comprobar que estuviera cerrado. Era la regla número uno del oficio: no usar las herramientas sin haberse asegurado de que fueran necesarias.

Sí, estaba cerrado. Pues manos a la obra, pensó.

Se sacó del bolsillo un sobre de fieltro verde y lo desdobló con cuidado. Contenia su pequeño juego de tensores, y las ganzúas que se había fabricado secretamente en las horas de taller del instituto. Eligió el tensor que le parecía más indicado por su tamaño, y lo introdujo en el agujero ejerciendo presión en el sentido de apertura. Sabía que el arte de forzar candados consistía ante todo en descubrir los defectos mecánicos específicos del candado. El tamaño de las clavijas nunca era idéntico, sino que siempre había ligeras variaciones que se podían aprovechar. Como paso siguiente, insertó una ganzúa y sondeó con cuidado el mecanismo buscando el máximo ajuste, es decir, la clavija más gruesa. Como la primera clavija que cede al aplicarse una fuerza giratoria al candado es la más gruesa, era importante forzarlas en orden inverso de grosor. Ajá. La había encontrado. Con movimientos cuidadosos de la ganzúa, la levantó hasta notar que se recogía. Entonces pasó a la siguiente clavija por orden de grosor y repitió el proceso. Así, una por una (consciente de que había que mantener la tensión), fue levantándolas hasta que la principal se retractó con un clic. Entonces estiró, y el candado cedió.

Retrocedió con una sonrisita de orgullo incontenible. No era especialmente rápida en abrir candados (ni dominaba toda la gama de técnicas), pero se las apañaba. Lástima que no fuera una habilidad del agrado de Pendergast. ¿O sí?

Después de guardarse las herramientas en el bolsillo, retiró el candado y lo dejó en el suelo. La puerta se abrió chirriando, por culpa de las bisagras oxidadas. Apenas cruzarla, Corrie vaciló y se quedó unos instantes en la oscuridad sin saber si encendía la luz o usaba la linterna. Si aparecía Winifred Kraus, la descubriría enseguida por la luz. Pensó un poco. Según el letrado, a esa hora (las tres de la tarde) ya había pasado la última visita del día. Además, estaba segura de que la última visita la había sufrido Pendergast varios días atrás. Con la tormenta a punto de caer, la vieja cotilla se quedaría en casa. Por otro lado, empezaba a ponerla nerviosa la oscuridad, que parecía respirar. Y más valía ahorrar pilas.

Palpó el muro húmedo de piedra en busca del interruptor y lo encendió.

Hacia mucho tiempo que no visitaba la caverna. Su padre la había llevado a los seis o siete años, poco antes de desaparecer. Siguió mirando la boca del túnel, y al cabo de un rato empezó a bajar por la escalera de caliza haciendo ruido con las botas.

Tras un largo descenso, la escalera terminaba en una larga pasarela de madera, rodeada de estalagmitas y estalactitas. Corrie ya no se acordaba de que fuera un sitio tan raro. De niña había estado rodeada de adultos. Ahora estaba sola en el silencio. Avanzó insegura, lamentando hacer tanto ruido con las botas en la pasarela. El techo irregular estaba sembrado de bombillas que bañaban las paredes de una luz fantasmagórica. A ambos lados había bosques de estalagmitas, como gigantescas lanzas rotas. El único ruido en toda aquella inmensidad era el de sus pasos, y el del agua goteando en la distancia.

Quizá no fuera tan buena idea haber venido.

Se sacudió la aprensión. Estaba sola. Los charcos de la pasarela tenían una capa de cieno que temblaba a su paso. Llegó a la misma conclusión que ante la puerta: por ahí no había pasado nadie en muchos días. Seguro que el último en entrar había sido Pendergast, en su visita obligatoria.

Cruzó deprisa la primera cueva y se agachó para acceder a la segunda. En el momento de entrar, recordó su nombre (la Biblioteca del Gigante), y que de niña se lo había tomado en serio. Había que reconocer que las formaciones rocosas eran muy convincentes.

Como seguía sintiéndose observada, y agobiada por la falta de luz, aceleró. Tras pasar por el Pozo sin Fondo, llegó al Estanque del Infinito, que reflejaba la luz con extrañas tonalidades verdes. Era el punto más alejado de la visita organizada, el punto en que la pasarela daba un giro de ciento ochenta grados hacia la Catedral de Cristal. Detrás, todo estaba oscuro.

Encendió la linterna y la enfocó en la oscuridad del otro lado de la pasarela, pero no vio nada. Subió a la pasarela de madera del borde del estanque. Las paredes de las cuevas por donde había pasado no contenían pasajes ni puertas. Si había algo detrás, tendría que cruzar el estanque para encontrarlo.

Se sentó en la pasarela para desatarse las botas, quitárselas, guardar los calcetines dentro y atar los cordones entre sí. Con las botas en la mano, metió un dedo del pie en el agua. Estaba increíblemente fría, y era más profunda de lo que parecía. La cruzó cuanto antes y salió al otro lado. Se había mojado las piernas. ¡Pues vaya! Dio unos pasos descalza e iluminó con la linterna la oscuridad de la base del estanque. Vio que a la derecha había un túnel. El suelo, de caliza blanda, estaba desgastado, señal de que antiguamente lo habían pisado mucho. Había encontrado el camino.

Se sentó en un montículo de caliza para ponerse los calcetines y atarse las pesadas botas. No se había acordado de ponerse unas deportivas viejas.

Se levantó y se acercó al túnel, que la obligó a agacharse; al principio tenía un metro y medio de altura, pero se iba haciendo más bajo. Por el suelo corría un poco de agua. A partir de un punto, el túnel giraba bruscamente a la derecha y aumentaba de altura.

La linterna de Corrie iluminó una puerta de hierro con un candado como el de la entrada a la caverna. « Es aquí. Debe de ser la puerta de la destilería » .

Volvió a sacar las herramientas y a poner manos a la obra. Por alguna razón (la poca luz, o lo torpes y descoordinados que sentía los dedos), el segundo candado se le resistió mucho más que el primero, pero después de unos minutos reconoció el momento en que se retiraba la clavija y, silenciosamente, quitó el candado y abrió la puerta.

Se quedó en la entrada, moviendo la linterna con precaución. Tenía delante un pasadizo oscuro en roca viva, de paredes lisas y un poco fosforescentes. Lo exploró con la linterna y, cuando llevaba recorridos unos treinta metros, vio que se ensanchaba y formaba una cueva, pero sin nada en común con las de antes, ni en dimensiones ni en majestuosidad. Solo había unas cuantas estalagmitas brotando de un suelo irregular. El aire era frío, enrarecido, y con un olor anómalo. A humo. Humo viejo y algo más, algo podrido. Percibió la corriente de aire fresco que entraba por la puerta y le movía los pelos de la nuca.

Tenía que ser la vieja destilería clandestina.

Se internó en la oscuridad, y en ese momento la linterna descubrió algo al fondo: un brillo metálico apagado. Dio unos cuantos pasos. Ya lo veía. Era un alambique antiguo, una añeja reliquia digna de unos dibujos animados, con un caldero enorme de cobre sobre un trípode, y cenizas antiguas en la base. También había unos cuantos troncos amontonados en una repisa. La tapa del caldero, con su largo y sinuoso tubo de cobre, estaba en el suelo, parcialmente aplastada. Alrededor había varios recipientes y calderos de menor tamaño.

Realizó un barrido con la linterna. En un lado de la cueva había una mesa con algunos vasos, uno de ellos roto. El suelo estaba sembrado de pedazos de silla. Reconoció el as de una baraja. En una esquina había un montón de botellas y recipientes rotos, de todas las clases imaginables (botellas de vino, tarros de conserva, jarras de cerámica), y un lecho de basura mohosa. Era fácil imaginarse a los hombres cuidando el fuego, jugando a cartas, bebiendo y fumando.

Orientó la luz hacia arriba. El techo estaba tan negro que al principio no vio nada, pero empezó a distinguir estalactitas rotas, y una red de grietas por donde debía de haber salido el humo; no muy deprisa, en todo caso, porque a Corrie se le condensaba la respiración, rodeándola de una niebla que resplandecía bajo la luz de la linterna.

Se acercó al caldero y su trípode de hierro. Tenía capacidad para hervir a una persona entera, sin la menor duda. Con tanta humedad, costaba discernir si lo

habían usado recientemente. ¿Era posible que la cueva conservara el olor del humo de los tiempos de la destilería? No lo vio muy claro. ¿Y qué decir del otro olor? No era exactamente un olor a podrido, sino algo peor: el mismo pestazo a jamón estropeado que en el lugar del crimen.

De repente tuvo miedo. Había venido para ver si aún estaba el alambique. Pues la respuesta era que sí. Lo más aconsejable era dar media vuelta y salir. De hecho, ahora le parecía una malísima idea haber venido.

Tragó saliva, pero volvió a decirse que, ya que había llegado tan lejos, merecía la pena dedicar otros cinco segundos a acabar el reconocimiento.

Se puso de puntillas para mirar el caldero, y cuando lo iluminó olió a rancio. Al fondo había algo casi transparente, como una concha nacarada. Era una oreja humana.

Retrocedió, sintiendo arcadas, y dejó caer la linterna en el suelo de caliza dura. El cono de luz dio vueltas perezosas por el suelo y el techo, hasta que la linterna, rodando, chocó con un rincón oscuro.

Al segundo siguiente se apagó, sumiendo la cueva en la más impenetrable oscuridad.

«Mierda, —pensó Corrie—. Mierda y mierda».

Se puso a gatas con cuidado y tanteó el suelo en la dirección de la linterna. Un minuto después, sus manos encontraron la pared de la cueva, que empezó a palpar.

La linterna no estaba.

Volvió a tragar saliva y se puso en cuclillas. Al principio pensó en buscar la salida completamente a oscuras, pero el camino de vuelta era tan largo que podía desorientarse. Luchó contra un momento de pánico. Tarde o temprano encontraría la linterna. Debía de haberse apagado por el choque con la piedra. Cuando la encontrara, la sacudiría para que volviera a funcionar y se iría pitando.

Caminó pegada la pared, primero hacia la izquierda y luego a la derecha, pero siempre a tientas.

Ni rastro de la linterna.

Quizá se hubiera equivocado de dirección. Gateó con cuidado hasta lo que creyó reconocer como el punto de partida y repitió la operación tomando el camino que le parecía haber visto seguir a la linterna; pero, por mucho que tanteara la pared y escarbara en el suelo, no la encontraba.

Volvió al centro de la sala, respirando cada vez más deprisa. Al menos le pareció que estaba en el centro. La oscuridad era tan grande que empezaba a perder la orientación.

Bueno, vale, pensó. No te muevas. Respira más despacio y contrólate. ¿Que era una chorrada haber entrado en la caverna sin linterna de repuesto ni cerillas? De acuerdo, pero la cueva donde estaba era pequeña, y solo había una entrada. ¿O no? No se acordaba de haber visto ninguna otra vía de acceso. Claro que

tampoco se había fijado mucho...

Le latía tan deprisa el corazón que empezaba a costarle respirar. «Tranquila», se dijo. Era inútil seguir buscando la linterna. Además, seguro que se había roto por el impacto. Lo importante era salir y no quedarse quieta, o se congelaría. Por suerte había dejado la puerta abierta, y en las cavernas seguía encendida la luz. Solo tenía que salir de aquella cueva por el pasadizo.

«Pero qué idiota, qué idiota...».

Se orientó con cuidado hacia lo que le pareció la dirección de la salida, y empezó a moverse a gatas con la misma precaución. El suelo de la cueva era frío e irregular, lleno de piedras resbaladizas y de charcos. Aquella oscuridad daba un miedo atroz. Corrie no estaba segura de haber estado alguna vez en un sitio sin luz. Hasta en la noche más oscura había algún brillo de estrellas o de luna... Sintió que le latía el corazón aún más deprisa que antes.

De repente se dio un golpe en la cabeza con algo, y lo reconoció con la mano: era el caldero de hierro. Se había metido directamente en las cenizas.

Conque había tomado una dirección diametralmente opuesta... Bueno, al menos ya se orientaba. Ahora era cuestión de seguir la pared hasta llegar al pasadizo. Entonces seguiría a gatas con una mano en la roca, hasta la puerta de hierro. Tuvo la certeza de que a partir de ese punto sabría volver al estanque, aunque fuera completamente a oscuras. «No está tan lejos —repite—. Ni mucho menos».

Hizo un esfuerzo para serenarse y empezó a avanzar de rodillas con la mano izquierda en la pared: «Un paso... Para. Otro paso... Para. Tres... cuatro... cinco...». Empezó a latirle más despacio el corazón. Cuando chocó con una estalagmita, trató de visualizar su orientación en la cueva, y comprendió, aliviada, que la salida tenía que estar justo delante.

Siguió avanzando a gatas, con una mano en el suelo y la otra en la pared. «Seis, siete, ocho...».

Rodeada por la oscuridad, tocó algo caliente con la mano.

La retiró instintivamente, aunque el susto, y la sorpresa, tardaron un poco en apoderarse de ella. ¿Sería un animal de las cavernas? ¿Una rata? ¿Un murciélago? ¿O su imaginación, alimentada por la oscuridad?

Esperó. Nada se oía, nada se movía. Volvió a tender la mano y a tocarlo.

Era algo caliente, desnudo, sin pelos y húmedo.

Retrocedió, y se le escapó un gritito. Se sentía rodeada por el hedor de algo sucio e indescriptiblemente pútrido. ¿Lo que oía era su propia respiración? Sí, era ella jadeando de miedo.

Con los dientes apretados, parpadeó en la oscuridad y trató de controlar su corazón.

Lo que había tocado seguía sin moverse. Seguro que solo era una protuberancia del suelo. Si cada cosita que tocaba la hacía detenerse muerta de

miedo, nunca saldría de la cueva.

Cuando tendió la mano para seguir avanzando, volvió a rozar la cosa. Definitivamente, no eran imaginaciones suyas: estaba caliente. Debía de ser algún fenómeno volcánico, o... A saber. Volvió a tocarlo un poco por ahí, un poco por allá...

Y se dio cuenta de que tocaba un pie descalzo, con las uñas largas y rotas.

Retiró muy lentamente la mano. Le temblaba incontrolablemente. Su respiración eran resuellos que no se dejaban acallar. Quiso tragar saliva, pero se le había secado la boca.

Entonces, una voz ronca y cantarina surgió de la oscuridad, caricatura de un ceceo humano:

—¿Quierez hugá comigo?

## Cuarenta y siete

Hazen se acomodó en la silla mullida, apoyando un poco las yemas de los dedos en la madera pulida de la mesa de reuniones, mientras volvía a preguntarse por qué Medicine Creek no se podía permitir una oficina del sheriff con buenas sillas o con una mesa como aquella. Se dijo, sin embargo, que la oficina del sheriff de Deeper debía de funcionar como el resto del pueblo, a base de préstamos. Al menos su departamento nunca tenía números rojos. Tarde o temprano, a Medicine Creek le llegaría su hora, gracias, en buena medida, a él.

Hank Larssen seguía pegando el rollo, pero Hazen casi no escuchaba. Lo mejor era dejar que se desfogara. Miró su reloj con disimulo. Las siete. Había sido un día largo y provechoso. Había pensado mucho, y ahora tenía el caso casi completo en la cabeza. Solo quedaba un detalle, una espinita.

Parecía que Larssen empezaba a perder fuelle.

—Es que es muy prematuro, Dent. Hasta ahora no he visto ninguna prueba tangible. Todo han sido hipótesis y suposiciones.

Hipótesis y suposiciones. ¡Joder! Hank había leído demasiadas novelas de John Grisham.

Larssen se puso en pie con actitud tajante.

—No pienso permitir que se sospeche de uno de los habitantes más destacados de Deeper sin pruebas en firme. Ni lo haré, ni dejaré que lo haga nadie. Al menos en mi jurisdicción.

Hazen dejó madurar el silencio y se volvió hacia Raskovich.

—¿Tú qué dices, Chester?

Raskovich miró a Seymour Fisk, el decano de la universidad, que había escuchado atentamente, en silencio y con arrugas en la calva.

—Pues... Que creo que lo que hemos averiguado el sheriff Hazen y yo justifica seguir investigando.

—Lo único que habéis averiguado —replicó Larssen— es que Lavender tiene problemas económicos, y hoy en día no es precisamente el único.

Hazen volvió a guardarse sus comentarios. Que hablara Chester.

—Ya —dijo Raskovich—, pero hemos encontrado algo más que problemas económicos. Hace años que no paga impuestos sobre algunos de sus bienes inmuebles. Me interesaría saber por qué no ha habido ningún embargo. Además, iba diciendo que el campo experimental se quedaría en Deeper. Decía que tenía un plan, como si supiera algo más que los demás. A mí lo de « plan » me suena bastante sospechoso.

—¡Pero bueno, por Dios! Eso era una manera de tranquilizar a los acreedores —dijo Larssen, y estuvo a punto de remacharlo abandonando la comodidad de la piel artificial.

Genial, pensó Hazen. Ahora Hank discute con los de la universidad. Larssen

nunca había sido una luminaria. Raskovich volvió a intervenir.

—Una cosa está clara: si el lunes el doctor Chauncy hubiera anunciado que el campo estaría en Medicine Creek, los acreedores de Lavender se le habrían echado encima, y lo habrían dejado en la bancarrota. Es una razón poderosa.

Silencio. Larssen negaba con la cabeza.

Quien tomó la palabra, por primera vez, fue Fisk, cuya meliflua voz de torre de marfil llenó el despacho.

—Sheriff, aquí no se acusa a nadie. Lo único que se pretende es seguir con la investigación y analizar la situación económica del señor Lavender como una más de las pistas.

Hazen esperó. Era políticamente importante «consultar» a Larssen. La pega era que el bueno de Hank no parecía darse cuenta de que se trataba de una pura formalidad, ya que nada de lo que dijera impediría investigar a Lavender.

—Señor Fisk —dijo Larssen—, yo lo único que pido es que no se concentren antes de tiempo en un solo sospechoso. Primero hay que seguir muchas pistas. Mira, Dent, ya sabemos que Lavender no es ningún santo, pero tampoco es un asesino, y menos de esas características. Además, aunque contratara a alguien, ¿cómo quieres que se desplazara desde Deeper a Medicine Creek sin que lo vieran? ¿Dónde se habría escondido? ¿Dónde está su coche? ¿Dónde pasó la noche? ¿Si han reconocido toda la zona por tierra y aire! ¡Ya lo sabes!

Hazen espiró en silencio. En efecto, era el detalle que le quitaba el sueño, el único punto débil de su teoría.

—A mí —dijo Larssen— me parece más probable que el asesino sea un vecino de Medicine Creek, una especie de doctor Jekyll. Si no fuera del pueblo, alguien habría visto algo. No se puede ir y venir de Medicine Creek sin que te vean.

—Podía esconderse en el maíz —dijo Raskovich.

—Se vería desde arriba —dijo Larssen—, y ya hace varios días que hay avionetas de reconocimiento. Han buscado por treinta kilómetros de río, por los túmulos... Por todas partes, y no hay rastro de nadie. Nadie ha visto ir o venir a nadie. ¡A ver dónde se esconde el asesino! ¿En un agujero?

Al oírlo, Hazen se puso rígido. La brillante intuición que penetró bruscamente en su conciencia le tensó los brazos y las piernas. Claro, se dijo. Claro. Ya tenía la escurridiza respuesta, el eslabón que le faltaba a su teoría.

Respiró hondo y miró a los demás para comprobar que no hubieran observado su reacción. Era esencial que no pareciera que se lo debía a Larssen.

Entonces dejó caer la bomba, con un tono al borde del aburrimiento.

—Pues sí, Hank, se ha estado escondiendo en un agujero.

Nadie dijo nada.

—¿Cómo? —preguntó Raskovich.

Hazen lo miró.

—Las cuevas de Kraus —dijo.

—¿Las cuevas de Kraus? —repitió Fisk.

—Sí, la casa grande que hay en la carretera del condado, la de la tienda de recuerdos. Detrás hay una cueva turística. Siempre ha estado. Ahora la lleva Winifred Kraus.

Parecía mentira que todas las piezas encajaran tan deprisa en su cerebro. Desde el principio lo había tenido en las narices, pero sin verlo. Las cuevas de Kraus. Naturalmente.

Tanto Fisk como Raskovich asintieron con la cabeza.

—Sí, me acuerdo de haberla visto —dijo Raskovich.

Larssen se había quedado blanco. Sabía que Hazen acababa de dar en el clavo. Hasta ese punto era perfecta la teoría. Hasta ese punto encajaba todo.

Hazen volvió a hablar.

—El asesino estaba escondido en la cueva. —Miró a Larssen, y se le escapó una sonrisa—. Ya sabes, Hank, que es la misma cueva donde estaba la destilería clandestina, donde hacían el whisky de maíz para el «rey Lavender».

—¡Ah, qué interesante! —dijo Fisk, con una mirada admirativa a Hazen.

—¿Verdad? Al final del circuito turístico hay una sala donde hervían la malta. En un alambique muy grande.

Subrayó lo más posible las últimas palabras, y vio que Raskovich abría mucho los ojos.

—¿Bastante grande para hervir a una persona?

—Bingo —dijo Hazen.

El ambiente se electrizó. Larssen soltaba tacos en voz baja, y Hazen supo que era porque incluso él estaba convencido.

—Ya lo ve, señor Fisk —dijo Hazen—. El esbirro de Lavender se escondía en la cueva. De noche salía a matar, descalzo y con toda la parafernalia, y hacía que pareciera la maldición de los Túmulos Fantasma. Durante la Ley Seca, el «rey Lavender» pagó el alambique a ese pelagatos de Kraus y le montó el negocio. Así lo hizo en todo el condado. Él financiaba todas las destilerías clandestinas de la zona.

Hank Larssen sacó un pañuelo y se secó la franja de sudor que se le había formado en la frente.

—Lavender nos contó que su ayudante McFelty había ido a Kansas City a ver a su madre, que está enferma. Es una de las comprobaciones que hemos hecho hoy. Raskovich y yo hemos intentado ponernos en contacto con la madre... y nos hemos enterado de dónde está.

Hizo una pausa.

—Muerta. Desde hace veinte años.

Dejó que la noticia produjera su efecto, y continuó.

—Por si fuera poco, McFelty ya ha tenido problemas con la justicia; eran

delitos menores, más que nada, pero con violencia: varias agresiones, algunas con daños físicos graves, conducir borracho...

Después de tantas revelaciones, que casi se amontonaban una sobre otra, Hazen puso la guinda:

—McFelly desapareció dos días antes del asesinato de Sheila Swegg. Yo creo que se escondió en la cueva. Como bien ha dicho Hank, no se puede ir y venir de Medicine Creek sin que te vea algún vecino, o yo. Ha estado en las cuevas de Kraus desde el principio, y salía de noche para el trabajo sucio.

Durante una larga pausa, nadie habló.

Fisk carraspeó.

—Lo felicito, sheriff. ¿Cuál será el siguiente paso?

Hazen se levantó con expresión decidida.

—El pueblo está lleno de policías y periodistas. Ahora que McFelly ha terminado su trabajo, debe de estar en la cueva esperando una tregua para escapar.

—¿Entonces?

—Entonces, es cuestión de ir a por él.

—¿Cuándo?

—Ahora. —Se volvió hacia Larssen—. Ponnos con el cuartel general de la policía del estado en Dodge. Quiero hablar personalmente con el comandante Ernie Wayes. Necesitamos un equipo bien armado. Nos harán falta perros, pero mejores que los de la otra vez. Yo, mientras tanto, iré al juzgado a buscar una orden del juez Anderson.

—¿Está seguro de que McFelly sigue dentro de la cueva? —preguntó Fisk.

—No —dijo Hazen—, seguro no, pero como mínimo habrá dejado pruebas. Además, no pienso correr riesgos. Es un hombre peligroso. Una cosa es que esté a sueldo de Lavender, y otra el entusiasmo que ha puesto en la faena. Cuando lo pienso, me acojona. No cometamos el error de subestimarle.

Se volvió hacia la ventana y miró el horizonte, cada vez más negro. El viento soplaba y soplaba.

—Hay que ponerse en marcha. Podría aprovechar la tormenta para salir de la cueva.

Consultó su reloj y volvió a mirar a los demás.

—Será esta noche a las diez, y le echaremos la caballería.

## Cuarenta y ocho

La oscuridad era total, absoluta. Corrie, tumbada en la humedad de la cueva, estaba calada hasta los huesos, y con el cuerpo tiritando de miedo y frío. Oía moverse a aquel ser no muy lejos, canturreando en voz baja y haciendo ruidos horribles de baba con los labios. A veces el tono era cariñoso; otro, como de reírse de una broma que solo entendía él.

Corrie había pasado de la incredulidad y el pánico en estado puro al frío y el aturdimiento. El asesino la tenía a su merced. La cosa, o persona, la había atado y se la había echado al hombro como un saco de carne, para llevarla por un interminable laberinto de pasadizos que subían o bajaban, o cruzaban riachuelos subterráneos. Y en todo momento, siempre, la oscuridad. Parecía que se orientase a tientas, o bien de memoria.

Sus brazos eran resbaladizos y húmedos, pero al mismo tiempo tenían la fuerza de unos cables de acero capaces de aplastarla. Corrie lo había intentado todo, gritos, ruegos y súplicas, pero en vano. Al llegar al final del recorrido, donde el mal olor superaba cualquier descripción, él la había dejado caer al suelo de piedra. Después su pie calloso la había empujado a un rincón, y allí seguía Corrie, aturdida y con el cuerpo dolorido y ensangrentado. En aquella cueva, el mal olor, hasta entonces leve e irreconocible, era como una pesadilla que todo lo bañaba y envolvía.

Durante un tiempo indefinido se había quedado atontada, sin pensar, pero empezaba a recuperar la sensibilidad. La parálisis inicial, causada por el miedo, empezaba a remitir. Permaneció inmóvil, tratando de reflexionar. Estaba muy al fondo de la cueva, cuyas dimensiones nadie imaginaba. Nadie llegaría tan lejos como para salvarla.

Luchó contra el pánico que le producía la idea. Si no la salvaban, tendría que salvarse sola.

Apretó los ojos, aunque estuviera todo oscuro, y escuchó. Su carcelero estaba en algún punto de la cueva, carraspeando y canturreando ininteligiblemente.

Pero... ¿era humano?

Tenia que serlo. Tenía un pie humano, aunque tan calloso que parecía de cuero. Y hablaba, o como mínimo vocalizaba, con una voz aguda e infantil.

Un ser humano, quizá, pero sin precedentes, distinto a cualquier otro.

De pronto oyó que estaba cerca. Un gruñido. Esperó muerta de miedo. Una mano la cogió con rudeza, la levantó y la sacudió.

—¿Muh?

Corrie sollozó.

—¡Déjame en paz!

Otra sacudida, más brusca.

—¡Uuuu! —dijo la aguda voz de niño.

Cuando Corrie trató de liberarse, él la tiró al suelo.

—Para... para...

Una mano la cogió por el tobillo y tiró con fuerza, provocando una punzada que llegó hasta la cadera. Corrie gritó. Después notó que un brazo rodeaba sus hombros y la levantaba.

—Para, por favor, por favor...

—Porrr favorrr —graznó la voz—. Porrr favorrr. Mmm.

Corrie hizo débiles esfuerzos por apartarle, pero la ceñía tan estrechamente que la bañaba con su aliento pútrido.

—No... Déjame...

—¡Iiii!

Tras ser arrojada nuevamente al suelo, lo oyó arrastrar los pies con una especie de murmullo. Hizo un gran esfuerzo por incorporarse. Las cuerdas se le clavaban en las muñecas, y sentía un hormigueo en las manos por la falta de sangre. Estaba segura de que la mataría. Tenía que huir.

Invirtió todas sus fuerzas en quedarse sentada, y lo logró. Si supiese quién era aquel ser, qué hacía, por qué estaba en la cueva... Si entendiese algo, quizá tuviera alguna posibilidad. Tragó saliva, tembló y trató de hablar.

—¿Quién... quién eres? —dijo con un hilo de voz.

El silencio inicial fue seguido por un ruido de pies. Se acercaba.

—No me toques, por favor.

Lo oía respirar. Comprendió que quizá no hubiera sido buena idea volver a llamar su atención. Sin embargo, su única esperanza era relacionarse con él. Volvió a tragar saliva y repitió la pregunta.

—¿Quién eres?

Le pareció que se agachaba. Una mano húmeda tocó su cara, rascándola con unas uñas rotas.

Los dedos eran enormes y calientes. Apartó la cara, ahogando un grito.

Entonces sintió el peso de una mano en el hombro. Procuró no hacer caso y no moverse. La mano apretó su hombro, bajó por el brazo, palpó un poco y siguió deslizándose. Era rugosa, curtida, con las uñas astilladas como trozos de madera.

La mano se apartó, pero volvió a posarse y recorrió la columna. Corrie quiso apartarse, pero la mano, bruscamente, cogió un omóplato con una fuerza horrible, y la obligó a gritar. La mano siguió moviéndose. Cogió la nuca de Corrie y apretó, dejándola paralizada de terror. Cada vez apretaba con más fuerza.

—¿Qué quieres? —preguntó ella, con el poco aliento que le quedaba.

Lentamente, la mano se distendió. Corrie oía la respiración del ser, seguida por una cantinela atropellada. Volvía a hablar solo. La mano acarició la base de la nuca, subió y frotó la cabeza.

A pesar de sus ganas de apartarse, Corrie no lo hizo. La mano, que seguía

frotando, pasó a la frente. Frotó la cara, acarició la mejilla, estiró los labios y quiso abrir la boca, con dedos callosos y apuestos como garras de golem. Corrie se volvió, pero la mano siguió los movimientos de su cabeza sin dejar de clavarse, como quien examina un trozo de carne.

—¡Para, por favor! —sollozó.

La mano se detuvo. Corrie oyó un gruñido. A continuación los dedos rodearon el cuello, esta vez por delante, y apretaron. Al principio la presión era suave, pero aumentaba, y aumentaba.

Quiso gritar, pero ya no le salía aire por la tráquea. Se debatió, y empezó a ver estrellitas.

El ser seguía apretando. Al sentir que se le debilitaba la conciencia, y que se le relajaban las extremidades, Corrie hizo un esfuerzo denodado por alargar los brazos y arañar la oscuridad.

Poco a poco, la mano se abrió. Corrie cayó al suelo jadeando y con la cabeza a punto de explotar. La mano volvió a acariciarle el pelo.

De pronto dejó de moverse y se retiró.

Ella se quedó en el suelo, aterrorizada y muda. Oyó un ruido como el de alguien husmeando, que se repitió varias veces. Parecía que el ser olisqueara el aire. Corrie se dio cuenta de que había entrado un poco de brisa en aquella parte de la cueva. Reconoció los olores del mundo exterior: el ozono, la humedad de la tormenta, la tierra, y las frescas fragancias nocturnas, que disipaban (pero solo un poco) el hedor de aquel lugar de pesadilla. Parecía que el olor atrajera al ser, lo llamara.

Y el ser se marchó.

## Cuarenta y nueve

Eran las 20.11, la hora habitual de la puesta de sol, pero en el oeste de Kansas ya hacía cuatro horas que el sol se había puesto.

Desde mediodía, un frente de aire frío de casi dos mil kilómetros de longitud, llegado desde Canadá, había empezado a cubrir una región de las Grandes Llanuras que llevaba varias semanas reseca y castigada por el sol. El aire, que el frente hacía subir, capturaba finas partículas de polvo, fenómeno que no tardó en manifestarse en forma de tolvaneras, remolinos de polvo que ascendían bruscamente en la oscuridad. El frente, que en su avance iba ganando intensidad, levantó la tierra seca hasta formar un denso muro de polvo que se cernía silbando sobre la región. La pared tardó poco en adquirir una altura de tres mil metros. En la superficie, la visibilidad disminuyó a menos de medio kilómetro.

El frente se movía de este a oeste por Kansas, precedido por avisos de tormentas de polvo. La pared, de un color marrón oscuro, iba engullendo poblaciones, y mientras tanto el frente frío, cargado de polvo, penetraba como una cuña en el aire caliente, seco e inmóvil que hasta entonces había sofocado las Grandes Llanuras. Al chocar, las masas de aire de distinta densidad y temperatura lucharon por la supremacía. La perturbación hizo que se formara un enorme sistema de bajas presiones, que giraba en sentido contrario a las agujas del reloj sobre una región de más de doscientos mil kilómetros cuadrados. A la larga, el aire cálido penetró en la masa fría de encima, y cuajó en grandes cumulonimbos cada vez más altos, tanto que al final se recortaban en el cielo como inmensas montañas mayores que el Himalaya. La gran cadena montañosa de nubes se achaparró contra la tropopausa, y se ensanchó en una serie de enormes nubes tormentosas en forma de yunque.

Al madurar, la tormenta se dividió en varias células que avanzaban juntas como una unidad desorganizada, pero unidad al fin y al cabo; en el centro de la tormenta se formaban las células maduras, mientras que en la periferia se desarrollaban otras nuevas. La parte superior en forma de yunque de una de las células que se acercaban a Cry County empezó a crecer hacia arriba, señal de que el flujo de aire ascendente del centro de la tormenta era tan fuerte que había penetrado en la estratosfera a través de la tropopausa. En la panza de la tormenta aparecieron grandes cúmulos *mammatus* de amenazador aspecto, que anunciaban fuertes lluvias, granizo, vientos huracanados y tornados.

El Servicio Meteorológico Nacional había seguido la evolución del sistema con radares, satélites e informes de pilotos y observadores civiles. Los boletines sobre la tormenta de polvo y de aparato eléctrico empezaron a incluir avisos de tornado. Las delegaciones regionales del Servicio Meteorológico Nacional ya aconsejaban medidas de emergencia a las autoridades locales, mientras seguían pendientes de que pudiera producirse una clase de tormenta muy poco frecuente,

pero extremadamente peligrosa: una supercélula. En este fenómeno, mucho más organizado, la corriente ascendente principal (que recibe el nombre de mesociclón) alcanza velocidades próximas a los trescientos kilómetros por hora. Son tormentas capaces de generar piedras de granizo de casi diez centímetros, ráfagas de viento de ciento treinta kilómetros por hora y tornados.

Ya habían empezado a planear sobre la región nubarrones de lluvia que se evaporaban con la misma rapidez con que descargaban, castigando el suelo con microrráfagas que derribaban árboles, arrancaban mazorcas y devastaban los cultivos, cuyos tallos resecos quedaban reducidos a torcidos palos.

Muchos miles de metros por debajo de la célula, casi perdido en el frente tormentoso, se deslizaba a ciento sesenta kilómetros por hora un Rolls-Royce: dos toneladas y media de acero de precisión hendiendo la oscuridad de una larga y aislada cinta de asfalto.

Su conductor, con una mano en el volante, vigilaba periódicamente el ordenador portátil del asiento de al lado, que recogía el avance en tiempo real de la tormenta. Se trataba de una imagen compuesta, procedente de un mosaico de satélites meteorológicos que trazaban su órbita muy por encima de la región.

Llegaba de Topeka. Había salido de la interestatal 70 justo después de Salina, y ahora cruzaba los alrededores de Great Bend. En adelante, la carretera a Medicine Creek sería simplemente regional, lo cual, sumado a la tormenta, no le dejaría más remedio que reducir drásticamente la velocidad.

Por desgracia, todo era cuestión de tiempo. El asesino no tardaría en volver a matar. Muy probablemente se sintiera atraído por la tormenta, con su violencia y oscuridad. Casi podía asegurarse que esa noche cometería otro crimen.

Cogió el teléfono móvil y marcó un número. Una vez más, oyó una grabación que lo informaba de que el destinatario no tenía cobertura.

No tenía cobertura. Pensó en la palabra: cobertura.

Y pisó más a fondo el acelerador del Rolls.

## Cincuenta

Desde que de niño había visto *El mago de Oz*, Tad Franklin sentía fascinación por los tornados; y, aunque no lo dijera, le daba vergüenza que, habiendo vivido desde siempre en el oeste de Kansas (verdadero centro del «corredor de los tornados»), nunca hubiera presenciado ninguno. Las consecuencias (parques de caravanas deshechos, árboles reducidos a palillos, coches arrojados de lado a lado de la carretera) sí las había visto, incluso demasiado, pero por alguna razón sus ojos nunca se habían posado en un embudo digno de ese nombre.

Sin embargo, estaba seguro de que esa noche todo cambiaría. Los partes meteorológicos se habían sucedido desde la mañana, con avisos cada vez más dramáticos, hasta culminar en la alerta de tornados. Una hora atrás se había levantado una tormenta de polvo, culpable de arrancar carteles y tejas, de acribillar de arena los coches y las casas, de abatir árboles y de reducir la visibilidad a pocos centenares de metros. A las 20.11, cuando estaba solo en el despacho del sheriff, Tad había oído la noticia: todo Cry County quedaba en situación de alerta hasta medianoche. Podían producirse tornados de fuerza dos, e incluso tres, con vientos devastadores de trescientos kilómetros por hora.

Diez segundos después, la voz del sheriff Hazen sonó por la radio.

«Tad, estoy en Deeper. Ahora vuelvo».

—Sheriff...

«No tengo mucho tiempo. Escucha. Hemos avanzado mucho en el caso. Creemos que el asesino se esconde en las cuevas de Kraus».

—¿Que el asesino...?

«¡Déjame acabar, hombre! Es muy probable que sea McFelly, el esbirro de Norris Lavender. Se ha escondido en la caverna del fondo de las cuevas de Kraus, donde estaba la destilería, pero tenemos que darnos prisa por si quiere aprovechar la tormenta para salir. Estamos reuniendo un equipo para entrar a las diez de esta noche, pero acabamos de oír el parte del Servicio Meteorológico sobre la alerta de tornado en todo Cry County...».

—Sí, me acaban de llamar.

«... y todo lo que tenga que ver con el tornado tengo que dejarlo en tus manos. ¿Sabes qué hay que hacer?».

—Sí.

«Me alegro. Haz que corra la voz y asegúrate de que se quede todo el mundo en casa, tanto en Medicine Creek como en los alrededores. Nosotros llegaremos hacia las nueve. Cuando llegemos se armará la de San Quintín, y no me refiero a la tormenta. Ten preparadas un par de cafeteras bien cargadas. Tranquilo, que no vendrás con nosotros. Alguien tiene que quedarse en el fuerte».

Tad solo se dio cuenta de que se había puesto nervioso por la sensación de alivio. Ocuparse de un aviso de tornado no era nada nuevo ni inquietante,

mientras que la idea de dar caza a un asesino en una cueva oscura...

—Vale, sheriff—dijo.

«Muy bien, Tad. Me fío de ti».

—Sí, señor.

Colgó el radio. En efecto, sabía lo que había que hacer. En primer lugar, avisar a los vecinos, y, si había alguien fuera, ordenarle que se metiera en casa o se refugiara en algún sitio.

Salió de espaldas, evitando ofrecer la cara al viento. Las ráfagas llevaban tanta arena y piedrecitas que parecía que tuvieran dientes. Abrió la puerta del coche patrulla, subió, se quitó el polvo del pelo y de la cara y, después de arrancar, encendió un poco el limpiaparabrisas. Después, con la sirena y las luces encendidas, salió a la calle principal y circuló por ella hablando por el altavoz. Por lógica, la mayoría de los vecinos habrían oído la radio, pero era importante cumplir con todos los trámites.

«Les habla el ayudante del sheriff. Se ha declarado un aviso de tormenta en todo Cry County. Repito, se ha declarado un aviso de tormenta en todo Cry County. Se aconseja a los vecinos refugiarse cuanto antes en sótanos o edificios con refuerzo de hormigón. Apártense de cualquier ventana o puerta. Repito, se ha declarado un aviso de tormenta...».

Salió del pueblo. Después de las últimas casas, frenó y contempló la carretera cubierta de polvo. Las pocas granjas visibles ya estaban cerradas a cal y canto, y no se observaba movimiento. Seguro que los granjeros ya llevaban varias horas con la oreja pegada a la radio. Sabían mejor que nadie lo que había que hacer: meter el ganado a cubierto (sobre todo los animales jóvenes), dejarle pienso suplementario y asegurarse de tener provisiones por si se iba la luz.

En efecto, los granjeros ya sabían lo que había que hacer. Si por alguien era necesario preocuparse, era por los del pueblo, que no se enteraban de nada.

Siguió la carretera con la vista hasta llegar al horizonte. El cielo estaba negro, negrísimo. Ya debía de haberse puesto el sol, y la poca luz restante la tapaba del todo la tormenta. El viento soplaba a rachas, haciendo volar farfolla y tallos polvorientos junto a las ventanillas. Vio un parpadeo muy rojo al sudoeste, más parecido a un frente bélico que a relámpagos.

En Cry County, los tornados casi siempre se desplazaban de suroeste a nordeste. Estaba todo tan oscuro que si llegaba un tornado ni siquiera lo verían. Solo serían conscientes de tenerlo encima por el ruido.

Dio rápidamente media vuelta para volver al pueblo.

Las ventanas del bar de Maisie eran dos rectángulos idénticos de alegre color amarillo, recortados en la oscuridad. Tad aparcó delante y se llevó una mano al cuello de la camisa, para protegerse del viento. El aire olía a tierra seca y raíces de árbol. Su chaqueta recibía el impacto constante de trozos de farfolla.

Entró y miró quién había. Al darse cuenta de que no había entrado a tomarse

un café, los clientes del bar guardaron silencio.

Carraspeó.

—Perdonad, pero hay alerta de tornado en todo Cry County. Se espera que sea de fuerza dos, o hasta tres. Venga, todos a casa.

Los reporteros y cámaras ya habían puesto tierra de por medio al ver aproximarse la tormenta. Por eso Tad se encontró con la clientela habitual: Melton Rasmussen, Swede Cahill y su mujer Gladys, Art Ridder... Lo raro era no ver a Smit Ludwig, el más asiduo. Quizá estuviera preparando algún artículo sobre la tormenta. En ese caso, más le valía poner el culo a salvo.

Fue Rasmussen el primero en reaccionar.

—¿Alguna noticia sobre los asesinatos? —preguntó.

Tad se vio ante un local lleno de rostros expectantes. Le parecía mentira que en plena amenaza de tornados lo primero en que pensarán todos siguieran siendo los asesinatos. Por eso estaba tan concurrido el bar de Maisie. Era como las vacas, que en situaciones de miedo se agrupaban.

—Pues...

Calló. Como dijera algo sobre la operación seguro que el sheriff le cortaba los huevos.

—Estamos siguiendo algunas pistas muy prometedoras —concluyó, recurriendo a la frase de siempre a sabiendas de que sonaba fatal.

—¡Jo, tío, hace una semana que decís lo mismo! —dijo Mel, de pie y con la cara roja.

—Tranquilo, Mel —dijo Swede Cahill.

—Ya, pero es que la pista de ahora es mejor... —se defendió Tad.

—¡Mejor! ¿Lo has oído, Art?

Art Ridder estaba sentado en la barra con una taza de café en las manos, y su cara no era de muy buenos amigos. Dio media vuelta sin levantar el culo del taburete cromado y miró a Tad.

—El sheriff dijo que tenía un plan, una manera de pillar al asesino y conseguir que nos devuelvan el campo experimental. Oye, Tad, quiero saber de qué va el plan, o si lo dijo por decir.

—No tengo autorización para comentar sus planes —dijo Tad—. Además, lo importante es que hay alerta de tornado, y que...

—¡Qué alerta ni qué niño muerto! —dijo Ridder—. Yo lo que quiero es ver que se hace algo con los asesinatos.

—El sheriff Hazen está progresando.

—¿Progresando? ¿Dónde ha estado? No le he visto el pelo en todo el día.

—En Deeper, investigando una pista...

Bruscamente bascularon las puertas de la cocina, y apareció Maisie al otro lado de la barra.

—Tú a callar —espetó a Ridder—. Deja a Tad en paz, que solo hace su

trabajo.

—Oye, Maisie, que...

—Ni «oye, Maisie» ni nada, Art. Ya sé, ya sé cómo agobias a la gente, y aquí dentro no lo pienso consentir. Y tú, Mel, menos tonterías.

Se hizo un silencio culpable.

—Hay una alerta de tornado —continuó Maisie—. Ya sabéis lo que quiere decir, conque... en cinco minutos no quiero ver a nadie. Ya pagaréis en otro momento. Yo bajo la persiana y me voy al sótano; y, si queréis ver cómo amanece, os aconsejo lo mismo.

Se volvió y regresó a la cocina, sobresaltando a todos con el choque de las puertas.

—Buscad un refugio seguro —dijo Tad. Mientras los observaba, se acordó de la lista del manual—. Quedaos en el sótano, debajo de una mesa de trabajo, de una tina de cemento o de una escalera. Evitad las ventanas. Llevaos una linterna, agua potable y una radio portátil con pilas. El aviso es válido hasta medianoche, pero es posible que lo alarguen. Nunca se sabe. Es una tormenta de las gordas.

Cuando ya no quedó nadie, buscó a Maisie en la parte de atrás y le dijo:

—Gracias.

Maisie hizo el gesto de que no tenía importancia. Nunca la había visto con tan mala cara.

—Tad, no sé si comentártelo, pero Smit ha desaparecido.

—Sí, ya lo había pensado.

—Anoche un periodista lo esperó hasta la hora de cerrar. Hoy no ha venido ni a desayunar ni a comer. Siendo como es, me extraña que ni siquiera haya avisado. Lo he llamado a casa y al periódico, pero no contestan.

—A ver si lo encuentro —dijo Tad.

Maisie asintió con la cabeza.

—Será una tontería.

—Sí, seguramente. —Tad volvió al bar y cerró los postigos. Cuando ya tenía la mano en el tirador de la puerta, se giró—. Baja al sótano, ¿eh, Maisie?

—Sí, ya estoy bajando —oyó contestar por la escalera.

Justo cuando entraba en el despacho del sheriff, Tad recibió una llamada de la centralita del condado. Una tal señora Higgs había llamado para decir que su hijo había visto un monstruo en su habitación, y que lo había ahuyentado gritando y encendiendo la luz. Estaban histéricos, tanto el niño como ella.

Tad escuchó con incredulidad hasta el final.

—Es una broma, ¿no? —dijo.

—Ha pedido que vaya el sheriff —le respondieron sin mucha convicción.

Tad no se lo podía creer.

—¿Hay un asesino en serie suelto, un frente de tornados a punto de echársenos encima, y quieres que vaya a buscar monstruos?

Hubo un momento de silencio.

—Oye, que yo solo hago mi trabajo. Ya sabes que tengo que informar de todo. La señora Higgs dice que el monstruo ha dejado una huella.

Tad apartó el receptor. Santo Dios...

Miró su reloj. Las ocho y media. Podía ir y volver de casa de los Higgs en veinte minutos.

Levantó el receptor con un suspiro.

—Bueno, vale, ya me ocupo.

## Cincuenta y uno

Tad llegó al domicilio de los Higgs después del padre, que en el interin ya le había dado una paliza a su hijo. El crío rabiaba en un rincón, con los ojos secos y los pequeños puños apretados. La señora Higgs se paseaba inquieta al fondo, retorciéndose las manos y apretando los labios. En cuanto al señor Higgs, estaba sentado en la cocina comiendo muy serio una patata.

—Vengo por la... llamada —dijo Tad al entrar, quitándose el sombrero.

—Era una tontería —dijo el padre—. Perdone que le hayamos hecho venir.

Tad se acercó al niño y se puso de rodillas.

—¿Estás bien?

El niño asintió con la cabeza, rojísimo de cara. Era rubio, con los ojos muy azules.

—Oye, Hillis, que no te vuelva a oír la palabra «monstruo», ¿eh? —dijo el granjero.

La señora Higgs se sentó y volvió a levantarse.

—Perdone, ayudante Tad, ¿quiere un poco de café?

—No, gracias.

Tad volvió a mirar al niño y le dijo en voz baja:

—¿Qué has visto?

El niño no contestó.

—No empieces a hablar de monstruos —gruñó el granjero.

Tad se agachó un poco más.

—Pues yo lo he visto —dijo el pequeño, desafiante.

—¿Visto el qué? —rugió el granjero.

Tad se dirigió a la señora Higgs.

—¿Me enseña la huella, por favor?

La señora Higgs se levantó nerviosa.

—¡No habrá vuelto a hablar de monstruos! —dijo el granjero—. Porque le doy otra paliza. ¡Anda, que llamar a la policía por un monstruo!

La señora Higgs llevó a Tad al fondo de la casa, cruzando el saloncito, y al entrar en la habitación de su hijo señaló la ventana.

—Estoy segura de haber cerrado la ventana antes de acostar a Hill, pero después, cuando le he oído gritar y he entrado, estaba abierta. Y al ir a cerrarla he visto la huella de un pie entre las flores.

Tad abrió la ventana de guillotina, dejando entrar al viento, que hinchó silbando las cortinas y las sacudió. Asomó la cabeza y miró hacia abajo.

La escasa luz de la habitación le permitió distinguir un parterre de zinnias muy cuidadas. Varias de ellas estaban aplastadas por una marca grande y alargada. Podía ser una huella como podía no serlo.

Volvió al salón, salió por la puerta lateral y rodeó la casa, pegado a la pared

para protegerse de la tormenta. Cuando llegó a la altura de la ventana del niño, encendió la linterna y se arrodilló junto a las flores.

La marca era poco definida; la tormenta la había borrado a medias, pero no se podía negar que guardaba un fuerte parecido con la huella de un pie.

Se levantó y enfocó la linterna más lejos de la casa. Había otra marca. Varias. Las siguió con la linterna. Aproximadamente a medio kilómetro, más allá del mar de maíz que el viento sacudía enloquecidamente, se adivinaban las luces de la planta de Gro-Bain; vacía, ya que había cerrado temprano por el aviso de tormenta.

Justo cuando la miraba, se apagaron las luces.

Se volvió. En casa de los Higgs tampoco había luz. En cambio seguía viéndose el resplandor de Medicine Creek

Un apagón.

Volvió sobre sus pasos y entró por la puerta.

—Parece que sí, que puede haber habido alguien —dijo.

El granjero se limitó a proferir un hosco murmullo. La señora Higgs ya había empezado a encender velas.

—No sé si saben que hay un aviso de tornado. Tengo que pedirles que cierren todos los postigos y las puertas. En cuanto el viento empeore, bajen al sótano. Si tienen una radio con pilas, sintonicen el canal de emergencia.

El granjero asintió con un gruñido. A él no le tenían que explicar lo que se hacía en caso de tornado.

Tad volvió al coche patrulla y reflexionó. Las ráfagas de viento balanceaban el vehículo, grande y pesado. Eran las nueve de la noche. A esas horas, Hazen y sus hombres ya debían de haber llegado al pueblo. Descolgó el receptor.

«¿Eres tú, Tad?» .

—Sí. ¿Ya está en la oficina, sheriff?

«Todavía no. En la carretera de Deeper se ha caído un árbol por culpa de la tormenta, y se ha cargado un par de repetidores» .

Tad explicó la situación en pocas palabras.

«Conque monstruos...» .

Hazen rio entre dientes. Había mucho ruido de fondo.

—Bueno, ya sabe que los del 911 informan de todo. Perdona si...

«No, no te disculpes, que has hecho lo que había que hacer. ¿En qué ha quedado?» .

—No sé, es posible que alguien quisiera entrar en la casa, y le haya asustado el grito del niño. Parece que se ha ido hacia la planta de Gro-Bain. Ah, y hablando de la fábrica, acaba de haber un apagón.

«Seguro que ha vuelto a ser el hijo de los Cahill con sus amiguetes. ¿Te acuerdas de hace un mes, cuando tiraron huevos? En una noche así no conviene que anden sueltos. Si aprovechan el apagón para alborotar, acabará aplastándolos

un árbol. Oye, ya que estás cerca, ¿por qué no te pasas por el matadero? Aún queda tiempo. Ve llamándome» .

—Muy bien.

« Ah, oye, Tad...» .

—¿Qué?

« Tú no habrás visto a Pendergast...» .

—No.

« Mejor. Se habrá ido del pueblo nada más recibir la orden» .

—Seguro.

« Nosotros entraremos en la cueva a las diez. Para entonces, quiero que hayas vuelto a la oficina» .

—Allá estaré.

Tad apagó el receptor y puso el coche en marcha. Sentía cierto alivio. Ya tenía otra excusa para no ir a la cueva a perseguir al asesino. La planta de Gro-Bain estaba sin vigilar desde que el guardián de noche se había cambiado de turno. Bastaría con echar un vistazo a los accesos. Si estaban todos bien cerrados, y no había señal de actividad, misión cumplida.

Puso rumbo al sur, a la silueta oscura y baja del matadero.

## Cincuenta y dos

Tad entró en el aparcamiento vacío de la planta al volante de su coche patrulla. Las ráfagas de viento hacían correr trocitos de paja y de farfolla por el suelo. La lluvia entraba a rachas, en forma de cascadas intermitentes. Una hilera de goterones golpeó el coche patrulla de punta a punta con un ritmo de ametralladora. Tad oyó las oleadas de viento que asolaban los maizales alrededor del edificio, al fondo de la zona de estacionamiento. Miró por encima del maíz con la vaga esperanza (no exenta de temor) de reconocer la forma de cuchillo de un embudo en el cielo negro, pero no vio nada.

Si, como había dicho, el sheriff sospechaba que Andy Cahill y sus amigos se habían dedicado a amedrentar a los Higgs, en su fuero interno Tad veía como principales sospechosos a Brad Hazen y los de su pandilla. Asustar a niños y tirar huevos a las casas era más propio de su estilo. En el caso de Brad, no podía decirse «de tal palo tal astilla». Se preguntó qué haría si encontraba al hijo del sheriff dentro de la planta. Podía ser una situación bastante violenta. Bastante.

Se acercó lentamente al perfil bajo de la fábrica, y dejó el motor en marcha. Ni con las ventanillas cerradas dejaba de oírse el silbido del viento, y sus gemidos de animal herido. La planta casi no resaltaba en la noche; hundida en el maíz, estaba oscura y desierta.

Al contemplar el siniestro edificio, Tad empezó a considerar menos apetecible la presunta comprobación de rutina. ¿A quién se le ocurría no contratar a otro vigilante nocturno? Era injusto que el departamento del sheriff tuviera que ejercer funciones de seguridad privada.

Se pasó una mano por el pelo muy corto. A lo hecho, pecho. Se contentaría con un rápido vistazo, lo justo para asegurarse de que no hubiera ninguna puerta forzada. Luego pasaría por casa de Smit Ludwig y volvería a la oficina.

Abrió un poco la puerta del coche, pero el viento la cerró enseguida con un aullido rabioso. Antes de intentarlo por segunda vez, se caló el sombrero y se levantó el cuello. Al salir, lo hizo agachado, con la tormenta de cara. Mientras corría hacia la zona de descarga, oyó que el viento hacía chocar algo. Cuando estuvo protegido por el edificio, se desencasquetó el sombrero, encendió la linterna y caminó pegado a la pared de bloques de hormigón. Los impactos eran cada vez más fuertes.

Al llegar al último peldaño de la escalera de la zona de descarga cuando su linterna iluminó una puerta que se abría y cerraba con las bisagras rotas.

«Mierda».

Se quedó donde estaba, iluminando el candado roto y las bisagras torcidas. ¡Cómo la habían dejado! En circunstancias normales habría pedido refuerzos, pero ¿de dónde los sacaba en una noche así, si todos los agentes que no bajaran a la cueva a cazar al asesino estarían ocupados con el aviso de tornado? Quizá lo

preferible fuera dejarlo para la mañana siguiente.

Se imaginó la cara del sheriff Hazen cuando se lo explicase, y llegó a la conclusión que no era una opción aceptable. Hazen siempre lo machacaba con que necesitaba más agallas y más iniciativa.

En el fondo no era preocupante. El asesino estaba acorralado en la cueva. En la planta, por otro lado, siempre entraban críos como Brad Hazen, incluso cuando aún trabajaba el vigilante nocturno. Era una manera de divertirse, con precedentes tan señalados como el del último Halloween (cuando a media docena de gamberros de Deeper les había parecido divertido sabotear la principal fuente de empleo del pueblo rival).

Tad se indignó. ¡Vaya noche habían elegido para sus trastadas! Cruzó la puerta rota haciendo todo el ruido que pudo, y paseó la luz de la linterna por el vestíbulo.

—¡Policía! —exclamó con su tono más severo—. Identifíquense, por favor.

La única respuesta fue el eco de su voz en la oscuridad.

Caminó con precaución, precedido por la luz de la linterna, hasta abandonar la zona de descarga y recorrer la pasarela que llevaba a la planta propiamente dicha. Todo estaba muy oscuro, y olía fuertemente a cloro. Al atravesar una mampara, sintió —sin verlo— que el techo había subido mucho. La luz de la linterna alumbró la cinta transportadora que cruzaba la planta sinuosamente, como una interminable carretera de metal repartida como mínimo por tres niveles. La cinta salía de un cuartito con azulejos contiguo al recinto de aturdimiento y atravesaba una serie de instalaciones exentas, verdaderos edificios dentro del edificio principal: la escaldadura, la desplumadora... Tad recordaba los nombres por sus anteriores visitas. Ciertamente, era para no olvidarlos.

Volvió a iluminar el cuartito de azulejos, primera estructura exenta de la fábrica. Se llamaba « sala de sangrado », y tenía la puerta abierta.

—Policía —repitió con contundencia, mientras daba unos pasos. Le respondieron desde fuera los gritos en sordina del viento.

Cambió de mano la linterna y, tras abrir la solapa de cuero de la funda de la pistola, apoyó un poco la palma derecha en la culata; no, naturalmente, porque fuera a necesitarla, sino para estar más tranquilo.

Se volvió y movió arriba y abajo la linterna, iluminando la cadena y los tubos y mangueras a presión que subían en zigzag por los muros pintados de gris. Tan enorme era la planta que la luz de la linterna no llegaba más allá de un tercio de su espacio. De todos modos, estaba en completo silencio, y no había rastro de presencia humana.

Se tranquilizó un poco. Seguro que los chavales se habían ido corriendo al oír el coche patrulla.

Miró su reloj: casi las nueve y cuarto. Hazen ya debía de estar en el

despacho, preparando la incursión de las diez. Tad había cumplido escrupulosamente su deber, y no había encontrado nada. Quedarse era perder el tiempo. Se propuso pasar por casa de Smit Ludwig antes de volver a la oficina.

Justo cuando se disponía a marcharse, y ya estaba de espaldas, oyó el ruido.

Prestó atención, y volvió a oírlo: una especie de risita que parecía salir de la sala de sangrado, sometida a una extraña distorsión por el suelo de acero inoxidable y las paredes de azulejos.

¡Pero... si se habían escondido dentro!

Orientó la linterna hacia la puerta abierta de la sala de sangrado. La cinta transportadora salía de encima, por un hueco de grandes dimensiones. Estaba erizada de ganchos, que brillaban intermitentemente a la luz de la linterna y proyectaban sombras amenazadoras en la entrada.

—Bueno, venga —dijo—, salid todos ahora mismo.

Otro bufido.

—Contaré hasta tres, y como no salgáis os caerá un puro. Os lo prometo.

¡Qué tontería estar perdiendo el tiempo así, en pleno aviso de tornado! Se iban a enterar. Ahora y a estaba seguro de que eran chusma de Deeper.

—Uno.

No hubo respuesta.

—Dos.

Esperó, pero al otro lado de la puerta entreabierta todo era silencio.

—Tres.

Caminó decidido hacia la puerta, con pasos que resonaban en el lustroso suelo de baldosas, y dio una patada para abrirla del todo. El vasto espacio de la fábrica multiplicó el eco del golpe al infinito.

Separando los pies, recorrió la sala de sangrado con la luz de la linterna, que se reflejó en el acero pulido, el desagüe redondo del centro y los azulejos de las paredes.

Nada. Se plantó en el centro de la sala y se dejó envolver por el olor a lejía.

De pronto oyó algo encima de su cabeza, y levantó la linterna. Era un ruido brusco y metálico. Los ganchos que colgaban de la cinta empezaron a saltar y columpiarse como locos. La luz de la linterna descubrió justo a tiempo una silueta oscura que corría por la cinta y desaparecía por el agujero de encima de la puerta.

—¡Eh, tú!

Corrió hasta la puerta y enfocó la linterna. Nada, solo la cinta temblando hacia la oscuridad.

Esta vez no se andaría con contemplaciones. Pensaba encerrarlos, para que aprendieran.

Siguió iluminando la cinta, que no había dejado de oscilar. Al parecer, los chicos habían corrido por ella hasta cruzar una cortina de tiras de plástico y

meterse en la siguiente estructura, un compartimento de acero inoxidable de grandes dimensiones. La escaldadora.

Avanzó con pies de plomo. Las tiras de plástico que tapaban la entrada de la escaldadora aún se movían un poco.

Bingo.

Rodeó la escaldadora. La cinta salía por el otro lado, estrecha y negra, pero las tiras de plástico del extremo contrario no se movían.

Los tenía atrapados.

Retrocedió unos pasos e iluminó alternativamente los puntos de entrada y salida de la escaldadora. Adoptó un tono firme, pero sin gritar.

—A ver, chavales... Que hayáis entrado sin permiso y forzando la puerta y a es bastante grave, pero como no salgáis ahora mismo se os acusará de resistencia a la ley, y de muchas más cosas; conque no esperéis ni la condicional, ni servicios a la comunidad, ni nada: os meterán en la cárcel y punto. ¿Lo entendéis?

Tras el silencio inicial, alguien murmuró dentro de la escaldadora.

Tad se inclinó para oírlo mejor.

—¿Qué?

Los murmullos se convirtieron en una especie de cantinela. En todo ello había una especie de ceceo raro, como de una lengua y unos labios babosos haciendo pedorretas.

Se estaban burlando de él.

En un arrebato de rabia y humillación, dio una patada a la escaldadora. El impacto en la plancha de acero resonó y se multiplicó por el espacio enorme e invisible de la fábrica.

—¡Que salgáis!

Respiró dos veces, y después, con rapidez, se agachó y cruzó las tiras de plástico que tapaban la entrada de la escaldadora, teniendo cuidado de no darse un golpe en la cabeza con los ganchos que colgaban de la cinta. Al pasear la luz de la linterna por las paredes internas del compartimento, entrevió a alguien corriendo por la cinta y cruzando el agujero de la pared del fondo. Ni su tamaño ni su paso torpe eran normales. Debían de ser las imágenes solapadas de dos chicos corriendo. Sin embargo, lo que no tenía nada de torpe era la velocidad de la huida. El fugitivo saltó de la cinta justo donde empezaba la oscuridad. Tad oyó un impacto, seguido por el ruido de unos pies corriendo muy deprisa hacia el fondo de la fábrica.

—¡Parad! —exclamó.

Rodeó la escaldadora y salió en su persecución, con la mancha amarilla de la luz de la linterna dando saltos por delante. La forma oscura esquivó la desplumadora y subió por la escalera de emergencia, hacia la sala de evisceración. Después cruzó corriendo la plataforma elevada y desapareció tras

un manojo de mangueras hidráulicas.

—¡Os he dicho que paréis! —gritó Tad hacia la oscuridad.

Subió por la escalera con la pistola en la mano, y se lanzó por la pasarela metálica.

Al pasar junto a las mangueras, algo invadió su campo de visión. Al mismo tiempo sintió un golpe muy fuerte en su antebrazo, que le hizo gritar de sorpresa y dolor. La linterna salió disparada de su mano, se deslizó por el suelo y rodó por la plataforma elevada. Su impacto en el cemento fue el preludio de un ruido de cristales, que hizo reinar la oscuridad.

Fuera se oía el gemido del viento, y el repiqueteo del granizo en el tejado.

Tad se puso en cuclillas, apuntando a oscuras, mientras sentía pinchazos en el antebrazo izquierdo. ¡Qué dolor! No podía apretar el puño ni mover los dedos. Tenía la impresión de que el dolor crecía imparable, hasta abrasarle todo el brazo.

Se lo había roto, el muy hijoputa, y de la peor manera. Roto de un simple golpe. Contuvo un sollozo y apretó la mandíbula.

Prestó atención, pero solo se oía la tormenta al otro lado de los bloques de cemento.

¡Qué coño va a ser un crío!

El dolor, y la oscuridad repentina, habían borrado cualquier rastro de rabia o humillación. Ahora lo único que quería era salir.

Mientras se esforzaba por ver algo, trató de recordar por dónde se salía. La fábrica era enorme, hasta el punto de que sin luz sería muy difícil encontrar el camino. Quizá fuera mejor quedarse donde estaba sin hacer ruido ni moverse, hasta que pasara el apagón.

No, imposible. Tenía que moverse. Tenía que correr a alguna parte, a donde fuera.

Vete. Vete y ya veremos.

Cuando estuvo de pie, con la pistola desenfundada y el brazo roto colgando, quiso volver a tientas hacia la escalerilla. Casi no se atrevía a respirar, por miedo a recibir otro golpe surgido de la oscuridad. Un paso, tres, cinco...

Su codo chocó con algo invisible.

Con la punta de la pistola tocó una superficie irregular y escamosa. ¿Eran las mangueras de alta presión? No lo parecían. Parecía otra cosa.

Pero no había nada que cuadrara con aquella textura, al menos en la sala de evisceración.

Se mordió el labio, y reprimió un sollozo de pánico.

Actuaba así por culpa de la oscuridad. No estaba acostumbrado a no ver nada. Quizá pudiera orientarse con un disparo. No perdía nada con un tiro al techo.

Levantó la pistola y apretó el gatillo.

El fognazo iluminó a una figura que lo miraba muy cerca, sonriendo. Era una imagen tan inesperada, tan extraña y tan horripilante que Tad ni siquiera pudo gritar.

Lo hizo por él la figura: un alarido ronco y gutural de sorpresa y de rabia por el disparo.

Tad echó a correr. Cuando encontró la escalerilla, estuvo a punto de rodar por ella, y se dio varios golpes con unos barrotes en las rodillas. Cerca del final se enredaron los pies y cayó estrepitosamente sobre su brazo roto. Entonces descubrió que podía gritar, no solo de dolor, sino de miedo. Lo único bueno era que volvía a estar en la planta principal de la fábrica. Se levantó como pudo, entre náuseas de dolor y sollozos de miedo, y al correr sufrió otro tropiezo, aunque no llegó a caer. Entonces se dio cuenta de que su mano asía aún desesperadamente el arma. Podía usarla, y lo haría. Disparó dos veces seguidas a ciegas. Cada fognazo revelaba que la cosa corría en su persecución, con la boca rosada muy abierta y los brazos extendidos.

—¡Muh!

No bastaba con disparar a tontas y a locas. Había que apuntar. Dos balas, dos destellos que mostraron a la cosa cada vez más cerca. Tad retrocedió sin dejar de gritar, y disparó otras dos veces con las manos temblando incontrolablemente.

—¡Muh! ¡Muh!

Casi la tenía encima. No podía permitirse otro fallo. Apuntó y disparó a bocajarro.

El percutor chocó con el tambor vacío. Buscó a tientas el cargador de repuesto, pero justo entonces recibió otro golpe fortísimo en la barriga y cayó sin poder respirar, mientras el arma resbalaba por el suelo. El tercer golpe cayó en el brazo que sostenía la pistola. Mientras recuperaba la respiración, Tad aleteó y dio patadas como loco en un esfuerzo por retroceder a rastras, pero se lo impedían los dos brazos inutilizados.

—¡Muh! ¡Muh! ¡Muh!

Chilló otra vez, y se retorció de espaldas como un desesperado dando patadas en la dirección del ruido.

Entonces la cosa se apoderó de una pierna en movimiento, y Tad sintió una presión tremenda en el tobillo. Algo cedió, acompañado por el crujido de un hueso. El suyo.

Inmediatamente después sintió un peso enorme en el pecho, mientras algo duro y rasposo le cogía la cara. Olía a tierra y moho; también a algo menos pronunciado, pero muchísimo peor. Al principio parecía un gesto suave, una presión reconfortante.

Pero solo hasta que esa presión se volvió poderosa e implacable. Entonces, con una rapidez feroz, Tad sintió que le giraban toda la cara hacia el suelo.

Algo crujió e hizo clic. Una llamarada en la base de la nuca. Y la terrible

oscuridad se volvió tan luminosa, tan, tan luminosa...

## Cincuenta y tres

Corrie yacía en la pútrida oscuridad. Aquella negrura atroz y desorientadora hacía imposible calcular el tiempo que había transcurrido desde que se había marchado « él ». ¿Una hora? ¿Un día? Parecía una eternidad. Le dolía todo el cuerpo, y el cuello, donde se lo había estrujado.

Pero no la había matado. No había sido su intención, sino torturarla. Aunque en el fondo la palabra « tortura » no parecía la más indicada. Se habría dicho que jugaba con ella, un juego horrible, inexplicable...

Sin embargo, era inútil hacer conjeturas sobre el asesino. Corrie no tenía ningún poder de comprensión sobre algo tan excepcional, extraño y ajeno a su experiencia personal. Se recordó que nadie la rescataría de aquel laberinto de cavernas, donde, para empezar, nadie sabía que estuviera. Para vivir, debía tomar alguna iniciativa antes de que regresara.

Hizo otra tentativa de aflojar las cuerdas, pero solo le sirvió para arañarse las muñecas. Se las habían atado mojadas. Los nudos eran duros como nueces.

¿Cuándo volvería? Pensarlo despertó una ola de pánico.

Contrólate, Corrie.

Se quedó un rato sin moverse, concentrada en respirar. Luego, lentamente, con las manos atadas en la espalda, se arrastró y rodó por el suelo inclinado de la cueva. Descubrió que era relativamente liso, con la excepción de una serie de afloraciones rocosas. Procedió a palpar una de ellas con mayor atención. Quizá fueran cristales.

Adoptó la postura adecuada con las piernas y dio una patada muy fuerte a las piedras, que partió con un ruido muy seco.

Sus dedos entumecidos exploraron hasta encontrar un filo. Entonces, con gran dificultad, se puso encima, aplicó las manos y empezó a frotar las cuerdas.

¡Qué dolor! La zona de las cuerdas estaba en carne viva. Mientras movía las manos arriba y abajo, sintió cómo le resbalaban gotas de sangre por las palmas. Casi había perdido toda la sensibilidad de los dedos.

Pero siguió frotando, cada vez ejerciendo más presión. La cuerda húmeda resbaló, provocando que el filo de piedra le cortara las manos.

Contuvo un grito y siguió frotando. Siempre era mejor quedarse sin manos que muerta. Al menos la cuerda empezaba a deshilacharse. Si conseguía quitársela...

¿Qué? ¿Qué haría?

¿Y él? ¿Cuándo iba a volver?

Tuvo un escalofrío, que estuvo a punto de convertirse en un temblor incontrolado. El frío, el entumecimiento, la humedad... Nunca había estado tan mal. Parecía que aquel olor lo impregnara todo. Se lo notaba en la lengua y la nariz.

Concéntrate en la cuerda.

Volvió a frotar, a resbalar, a cortarse... pero seguía frotando entre sollozos, más fuerte cada vez. El hecho de que ya no se notara los dedos fue un acicate para frotar aún más.

Aunque pudiera soltarse, ¿qué haría sin luz? No tenía cerillas ni mechero. De todos modos, con luz o sin ella, la había llevado tan al fondo de la caverna que no estaba segura de poder encontrar el camino de vuelta.

Llorando, volvió a aplicar la cuerda al filo y la restregó con la piedra. Lo desesperado de la situación tuvo el efecto perverso de dar más fuerza a sus extremidades.

De repente tenía las manos sueltas.

Se echó en el suelo jadeando, y en ese momento el dolor invadió sus manos y dedos como mil alfileres. Sintió que la sangre circulaba con mayor libertad bajo su piel.

Quiso mover los dedos, pero, como no podía, se tumbó de lado y se frotó un poco las palmas. Al segundo intento de mover los dedos, percibió una pequeña reacción. Empezaban a recuperarse.

Se incorporó lenta y dolorosamente. Luego apoyó las espinillas en el suelo, bajó los brazos y se palpó las cuerdas de los tobillos. Se los habían atado de una manera rarísima, con infinidad de vueltas y media docena de nudos bastos pero eficaces. Cuando intentó estirar la cuerda, el dolor le cortó la respiración y la dejó con las manos colgando. Quizá pudiera serrarla con la misma piedra afilada que había usado para las manos. Palpó el filo...

Un ruido la interrumpió. Prestó atención, asustada. Ya volvía.

No muy lejos, las paredes de la cueva recogieron un eco de gruñidos. Parecía que arrastrase algo, algo pesado, para ser exactos.

—¡Umff!

Corrie se apresuró a esconder las manos en la espalda, y se tumbó muy quieta en el suelo frío. Aunque estuviera todo tan oscuro, prefería no arriesgarse a que él se diera cuenta de que ya no estaba atada.

Los pasos arrastrados se acercaron. De repente la oscuridad se llenó de olores nuevos, penetrantes: sangre fresca, bilis y vómito. Corrie seguía inmóvil. Con tanta oscuridad, quizá se hubiera olvidado de ella.

Oyó arrastrar algo, y sacudir unas llaves. Al menos por el ruido lo parecían. De repente algo pesado cayó en el suelo de la cueva, cerca de ella, y el hedor empeoró de golpe. Corrie frenó el grito que subía por su garganta. A continuación, su carcelero empezó a canturrear y hablar solo; y, justo después de un sonido metálico, y del de una cerilla al encenderse, apareció una luz. Era casi imperceptible, pero iluminaba un poco. Al principio Corrie se sintió tan atraída por el resplandor amarillo, atraída con toda su alma, que casi lo olvidó todo, incluido el dolor y lo desesperado de su situación. La luz parecía filtrarse por un

antiguo y extraño portalámparas, compuesto de láminas oxidadas, y su posición hacía que él quedara a oscuras, como una simple silueta gris moviéndose sobre un fondo negro. Luego desapareció en un recodo de la cueva, donde, canturreando y murmurando, se ocupó en algo.

De modo que necesitaba luz, por poca que fuera.

Pero, si era capaz de hacer tantas cosas completamente a oscuras (empezando por llevarla allí y atarla), ¿para qué actividad necesitaba la luz?

Corrie no quiso llevar el razonamiento hasta el final. De hecho no le costó demasiado renunciar, porque el alivio instintivo de la luz la hacía sentirse entumecida, aletargada. Lo único que deseaba una parte de su ser era rendirse. Miró alrededor. Aunque la luz fuera tan escasa, descubrió que se reflejaba en infinitos puntos que lo invadían todo como cristales.

Esperó sin moverse a que se le acostumbrara la vista.

Se hallaba en una cueva bastante pequeña, con las paredes recubiertas de cristales blancos que reflejaban la pobre luz del portalámparas. El techo, por su parte, estaba sembrado de un sinfín de estalactitas, con un adorno pequeño y extraño (de palitos y huesos atados con cordel) en cada punta. Dedicó mucho tiempo a observarlos sin entender qué eran. Después se fijó en las paredes, lentamente, metro a metro. Lo último fue el suelo.

Tenía un cadáver al lado.

Reprimió un grito. Volvía a estar muerta de miedo. ¿Cómo era posible que el simple alivio de ver, de que ya no estuviera todo oscuro, la hubiera hecho olvidar, siquiera unos segundos...?

Cerró los ojos, pero el regreso a la oscuridad todavía fue peor. Tenía la necesidad de saberlo.

La cara estaba tan ensangrentada que al principio no la reconoció. Poco a poco, se fueron concretando las facciones: era el rostro destrozado de Tad Franklin, que la miraba fijamente con la boca abierta.

Volvió bruscamente la cabeza, y se oyó gritar dos veces.

En ese momento oyó un gruñido, y lo vio a él por primera vez. Salía del rincón con un cuchillo largo y ensangrentado en una mano, y algo rojo y mojado en la otra.

Sonreía, hablando solo.

Al verlo se le hizo un nudo en la garganta, que le impidió gritar.

¡Qué cara...!

## Cincuenta y cuatro

Los agentes del orden se habían reunido para escuchar a Hazen, pero el sheriff no pensaba hacer grandes discursos. El equipo era bueno, y también el plan. McFelyt estaba sentenciado.

Solo había un problema: que, como Tad aún no había vuelto del matadero, no funcionaban las comunicaciones por radio. Hazen habría preferido delegar personalmente el control antes de bajar a la caverna, pero no podía seguir esperando. Medicine Creek, por lo demás, estaba preparada para todo, gracias a los buenos oficios de Tad. Faltaban pocos minutos para las diez. El sheriff no quería que McFelyt se les fuera de las manos aprovechando la tormenta. Había que ponerse en marcha. Tad y a sabría qué hacer.

—¿Dónde están los perros?—preguntó.

Le respondió Hank Larssen.

—Los llevan directamente a casa de los Kraus, que es donde hemos quedado.

—Pues espero que esta vez nos traigan perros de verdad. ¿Los has pedido de la raza especial que crían en Dodge? ¿Aquellos perros españoles que no sé cómo se llaman?

—Perros de presa canarios —dijo Larssen—. Sí, tranquilo. Me han dicho que aún no estaban entrenados del todo, pero yo he insistido.

—Perfecto. Ya estoy harto de hacer el tonto con perritos falderos. ¿Quién es el cuidador?

—El mismo de la última vez, Lefty Weeks. Es el mejor que tienen.

Hazen frunció el entrecejo, sacó un cigarrillo y, después de encenderlo, miró al grupo.

—Como ya sabéis lo que hay que hacer, seré breve. Primero bajan los perros, luego Lefty, el cuidador, y luego Raskovich y yo.

Señaló al jefe de seguridad de la universidad con el cigarrillo. Raskovich asintió, tensando la mandíbula por lo solemne de la situación.

—Raskovich, ¿sabes usar una escopeta de calibre doce?

—Sí.

—Pues te dejo una. Nos cubrirán Cole, Brast y el sheriff Larssen. —Señaló con la cabeza a dos policías del estado que llevaban uniforme completo de asalto: pantalones negros BDU con botas Hi-Tec por debajo y chalecos antibalas. Después volvió a mirar a Larssen—. ¿Te parece bien, Hank?

El sheriff de Deeper asintió.

Hazen sabía lo importante que era ser diplomático y mantener a Hank bien integrado en el equipo; y, aunque saltara a la vista que el propio Larssen no estaba muy contento, tenía las manos atadas. Estaba en los dominios de Hazen. Hasta el final de la operación, y el restablecimiento de las comunicaciones, el protagonista absoluto era el sheriff de Medicine Creek.

De todos modos, Hazen estaba decidido a hacerlo quedar bien. Se repartirían el mérito entre los dos y Raskovich, y a la hora del juicio no habría zancadillas.

—Las reglas son muy simples. Todos lleváis escopetas antidisturbios, pero no las uséis si no es en peligro de muerte. ¿Está claro? ¿Lo entendéis?

Todos asintieron.

—Lo cogemos vivo. Entraremos tranquilamente, lo desarmaremos y lo sacaremos esposado, pero con guantes de seda. Es nuestro testigo estrella. Si le entra el pánico y empieza a pegar tiros, quedaos donde estéis y dejad que se encarguen los perros. Pensad que son capaces de seguir trabajando con uno o dos balazos en el cuerpo.

Silencio y gestos de aquiescencia.

—Si hay alguien con ganas de hacerse el héroe, que se lo quite de la cabeza, porque me encargaré personalmente de arrestarlo. Trabajaremos en equipo.

Miró todas las caras, extremadamente serio. Quien más le preocupaba era Raskovich, pero de momento no lo había visto perder la serenidad. Valía la pena arriesgarse. ¡Coño, como si se llevaba Raskovich todo el mérito! Mientras el campo experimental acabara en Medicine Creek..

—Shurte, Williams, vosotros dos vigilaréis la entrada de la cueva. Quiero que dispongáis de un buen radio de acción, o sea, que nada de cruzarse de brazos en la entrada, porque os podría pillar por sorpresa. Tenéis que estar preparados para coger a McFelyt a la que intente escapar. Rheinbeck, tú entrarás en casa de los Kraus para entregar la orden judicial y tomar el té con Winifred, pero estate listo para cubrir a Shurte y Williams en caso de necesidad.

El único cambio en las facciones de Rheinbeck fue un pequeño tic en la mandíbula.

—Sí, Rheinbeck, ya sé que es una misión dura, pero seguro que la vieja se asusta, y no queremos que a nadie le dé un infarto, ¿vale?

Rheinbeck asintió.

—Acordaos de que en la cueva no tendremos comunicación con el exterior, y de que, si nos separamos, tampoco podremos hablar entre nosotros, o sea, que a quedarse bien juntitos, ¿eh? ¿Lo habéis captado?

Los miró. Lo habían captado.

—Pues ahora Cole nos explicará cómo funcionan las gafas de visión nocturna.

Cole se adelantó. Era la viva imagen del policía del estado: alto, musculoso, con el pelo muy corto y la cara inexpresiva. ¡Qué raro que en la policía nunca estuvieran gordos! Quizá fuera una norma del cuerpo. Cole tenía en la mano un casco gris, con unas gafas muy grandes debajo.

—En las cuevas —dijo— no hay nada de luz. Cero. Por eso no funcionan las gafas de visión nocturna normales, y por eso nosotros bajamos con iluminación infrarroja. La luz infrarroja funciona igual que una linterna. Lo de aquí, en la

parte delantera del casco, es la bombilla, y lo de aquí el botón. Para que funcione tiene que estar encendida, como una linterna normal. A simple vista parece todo oscuro, pero cuando os pongáis las gafas veréis una iluminación rojiza. Si se apaga la lámpara de infrarrojos, se queda todo negro. ¿Me he explicado bien?

Todos asintieron.

—Las gafas de visión nocturna sirven para no llevar linternas, y para que no nos puedan disparar. McFelly no nos verá. Entraremos en silencio, con las luces apagadas. Así no sabrá cuántos somos.

—¿Hay algún mapa de la cueva?

La pregunta procedía de Raskovich.

—Buena pregunta —dijo Hazen—. No, no hay mapa. Lo que hay es una pasarela de madera que la cruza casi hasta el fondo. Detrás hay unas cuantas salas más, como máximo dos o tres. Una es donde está el alambique, que seguramente será donde encontraremos a nuestro hombre. No son precisamente las cavernas de Carlsbad. Vosotros tened sentido común, quedaos juntos y no os pasará nada.

El jefe de seguridad asintió. Hazen se acercó al armario de las armas, cogió una escopeta, la abrió, la cargó, la cerró de un golpe de muñeca y se la ofreció.

—¿Ya habéis verificado las armas?

Hubo movimiento entre el equipo, y murmullos de que sí. Hazen comprobó por última vez que lo llevara todo encima. Su cinturón contenía (en el sentido contrario a las agujas del reloj) cargadores de repuesto, porra telescópica, esposas, spray de pimienta y el arma reglamentaria. Todo estaba en su lugar. Respiró hondo y se subió la cremallera del chaleco antibalas hasta la barbilla.

En ese momento, las luces del despacho parpadearon, y después de un segundo brillando con más fuerza se apagaron. La reacción fue un coro de gemidos y murmullos.

Hazen miró por la ventana. No había luz, ni en la calle principal ni en ninguna otra parte. El apagón afectaba al conjunto de Medicine Creek. En el fondo no era ninguna sorpresa.

—Esto no cambia nada —dijo—. Venga, vamos.

Abrió la puerta, y salieron a la noche huracanada.

## Cincuenta y cinco

Cuando el agente especial Pendergast llegó a Medicine Creek a bordo de su Rolls, frenó un poco, sacó el teléfono móvil del bolsillo y llamó a Corrie Swanson por enésima vez. La respuesta ya no fue un mensaje grabado, sino un simple pitido. Los repetidores habían dejado de funcionar.

Guardó el móvil. Tampoco funcionaba la radio de la policía, y el pueblo tenía todas las luces apagadas. Medicine Creek se había quedado aislado del resto del mundo a todos los efectos.

Condujo por la calle principal. El viento sacudía ferozmente los árboles. La lluvia barria las calles, formando charcos turbios en las alcantarillas (las mismas que horas antes habían estado atascadas por el polvo). El pueblo estaba cerrado a cal y canto, con todas sus persianas y postigos. La única actividad parecía desarrollarse en la oficina del sheriff, donde había varios coches de la policía del estado. El sheriff y los policías estaban en la calle, cargando una furgoneta y subiendo a los coches. Debía de haber una operación en marcha, algo que no se explicaba por una simple tormenta.

Siguió hasta la verja de Wyndham Park Estates. Las ventanas de las caravanas estaban cubiertas de cinta aislante, y en muchos techos había grandes piedras. Todo estaba oscuro, con la excepción de alguna vela o linterna entrevistas por alguna ventana. El viento silbaba por las calles estrechas sin asfaltar, y no solo hacía oscilar las caravanas, sino que levantaba piedras y las arrojaba contra las planchas de aluminio. Cerca, en un patio, se balanceaba febrilmente un columpio infantil. Parecía que lo empujaran fantasmas locos.

Entró por el camino de la familia Swanson. El coche de Corrie no estaba. Salió del Rolls, se acercó rápidamente a la puerta y llamó.

No contestaban. La casa estaba oscura.

Llamó más fuerte.

Dentro se oyó un golpe, y apareció la luz de una linterna.

—¿Corrie? —dijo alguien—. ¿Eres tú? Se te va a caer el pelo.

Pendergast empujó la puerta, que se abrió cinco centímetros hasta que la retuvo una cadena.

—¿Corrie? —chilló la misma voz.

Apareció una cara de mujer.

—FBI —dijo Pendergast, enseñando la identificación.

La mujer lo miró con los párpados caídos. Tenía la boca embadurnada de carmín, con medio cigarrillo colgando. Enfocó la linterna por la rendija, directamente a los ojos de Pendergast.

—Busco a la señorita Swanson —dijo él.

El rostro ajado lo observaba. Por la rendija salió una nube de humo de cigarrillo.

—Ha salido.

—Soy el agente especial Pendergast.

—Ya, ya sé quién es, el crápula del FBI que necesitaba una «ayudante». — La mujer resopló por la nariz, sacando humo—. Menos cuento, que a mí no me engaña. Aunque supiera dónde está, no se lo diría. Ayudante... ¡Ja!

—¿Sabe a qué hora salió la señorita Swanson?

—Ni idea.

—Gracias.

Pendergast dio media vuelta y volvió rápidamente al coche. En ese momento, la puerta de la caravana se abrió de par en par y la mujer salió a la entrada, que estaba que se caía.

—Seguro que ha ido a buscarlo. ¿Qué se cree, tío listo, que me engaña con ese traje negro?

Pendergast subió al coche.

—¡Anda, pero mira lo que tenemos aquí! ¡Un Rolls-Royce! ¡Joder con el agente del FBI!

Cerró la puerta y puso el coche en marcha. La mujer cruzó el trocito de césped bajo el chaparrón, sujetándose la bata, y el viento le arrancó las palabras de la boca.

—¿Sabe qué le digo? Que me da asco. Lo tengo clichado, y me da asco.

Pendergast volvió hacia la calle principal.

Cinco minutos después entró en el aparcamiento de la mansión de los Kraus. El coche de Corrie no estaba.

Winifred hacía punto de cruz en su sillón de siempre, a la luz de una vela. Al verlo entrar, una pálida sonrisa arrugó la piel de pergamino de su cara.

—Señor Pendergast, ya estaba preocupada por usted. Con esta tormenta... ¿Verdad que es increíble? Me alegro de que haya vuelto sano y salvo.

—¿Ha pasado la señorita Swanson en algún momento del día?

Winifred bajó el punto de cruz.

—Pues... no, me parece que no.

—Gracias.

Pendergast hizo una reverencia y volvió hacia la puerta.

—¡No me diga que sale!

—No tengo más remedio.

Regresó al aparcamiento con la cara muy seria. Su actitud no reflejaba la menor atención a la tormenta que se abatía sobre la zona. Al llegar a su coche, se volvió pensativo con la mano en la puerta. Detrás de la casa, y de la tenue luz de sus ventanas, el mar oscuro de maíz se mecía con brutalidad. El viento hacía chocar constantemente el letrero que anunciaba las cuevas de Kraus.

Retiró la mano de la puerta, y en un abrir y cerrar de ojos pasó junto a la casa y se plantó en la carretera. Cien metros más allá, llegó a una pista de tierra que se internaba en el maizal.

Dos minutos después, encontraba el coche de Corrie.

Dio media vuelta y regresó rápidamente a la carretera, pero se le adelantó una hilera de faros que cortaban la lluvia a gran velocidad. A medida que pasaban varios coches, y que encendían las luces de freno para entrar en el aparcamiento de las cuevas de Kraus, la inquietud de Pendergast dejó paso a la convicción. Comprendió que había ocurrido lo impensable.

Al parecer, por una terrible ironía del destino, todos (empezando por él, siguiendo por Corrie y terminando por Hazen) habían llegado a la misma conclusión: que el asesino se escondía en la cueva.

Atajó por el maíz. Si conseguía bajar a la cueva antes de...

Llegó con un minuto de retraso. Justo cuando salía del maizal, Hazen, que estaba al principio de la grieta que llevaba a la cueva, lo vio y se volvió con cara de pocos amigos.

—¡A quién tenemos aquí! ¡Al agente especial Pendergast! Y yo pensando que se había ido del pueblo...

## Cincuenta y seis

El sheriff Hazen fijó su mirada en Pendergast. En el primer momento, de silencio y confusión, se puso hecho una fiera. Aquel tipo tenía la increíble facultad de aparecer como por arte de magia en el peor momento. Sí, ¿eh? Pues estaba decidido a plantarle cara de una vez por todas a ese cabrón. Sería la última vez que aquel capullo del FBI le hiciera perder el tiempo.

Se acercó y consiguió sonreír.

—¡Qué sorpresa, Pendergast!

El agente, siempre tan delgado, se detuvo. En la penumbra de la tormenta, su traje negro casi era invisible. Su cabeza parecía flotar en el vacío, blanca y fantasmal.

—¿Qué hace aquí, sheriff?

Lo dijo con calma, pero también con un matiz de agresividad que Hazen no le conocía.

—Que yo recuerde, esta mañana se le entregó una orden de cese de actividades. Por lo tanto, está infringiendo la ley y podría arrestarlo.

—Va a buscar al asesino —dijo Pendergast—. Ha deducido que está en la cueva.

Hazen cambió de postura, incomodado. Seguro que lo decía por decir. No podía haberse enterado tan pronto.

El agente siguió hablando.

—No se imagina en qué se mete, sheriff; ni el adversario con el que se enfrenta, ni el marco físico.

Todo tenía un límite.

—Ya está bien, Pendergast.

—Está al borde del abismo, sheriff.

—Al borde del abismo estará usted.

—El asesino tiene un rehén.

—Menos faroles y menos cachondeo, Pendergast.

—Si falla, sheriff, provocará la muerte del rehén.

Hazen no pudo reprimir un escalofrío. Era la pesadilla de cualquier policía.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber quién es?

—Corrie Swanson.

—¿Cómo lo sabe?

—No la han visto en todo el día. Además, acabo de encontrar su coche escondido en el maizal, a unos cien metros al oeste.

Tras un silencio incómodo, Hazen sacudió asqueado la cabeza.

—Mire, Pendergast, desde que está aquí lo único que ha hecho es desbaratar la investigación con sus teorías. Sin usted, ya tendríamos al asesino. ¿Dice que el coche de la Swanson está aparcado en el maíz? Pues estará con algún tío por los

campos.

—Ha bajado a la cueva.

—Claro, claro, brillante deducción. La puerta de la cueva es de hierro macizo. ¿Cómo ha entrado? ¿Forzándola?

—Compruébelo usted mismo.

Hazen miró en la dirección que le indicaba Pendergast, al fondo del corte en la tierra, y en efecto, la puerta de hierro no estaba cerrada. En la base había un candado, medio enterrado en el polvo y las hojas.

—Si se cree que el candado lo ha forzado la Swanson es que es más tonto de lo que pensaba, Pendergast. Esto no lo ha hecho ninguna cría, sino un delincuente curtido. Precisamente el que buscamos. Lo cual es más de lo que le conviene saber.

—Si no recuerdo mal, sheriff, fue usted quien acusó a la señorita Swanson de...

Hazen negó con la cabeza.

—Bueno, basta. Pendergast, entrégueme su arma. Queda arrestado. Espóselo, Cole.

Cole dio un paso.

—¿Sheriff?

—Ha desobedecido a conciencia una orden de cese de actividades. Está entorpeciendo una investigación policial, y entrando sin permiso en una propiedad privada. Asumo toda la responsabilidad, pero quítemelo de delante de una puñetera vez.

Un segundo después de acercarse al agente, Cole se vio en el suelo, sin respiración. Pendergast se había esfumado.

Hazen estaba atónito.

—¡Ay! —dijo Cole, rodando hasta sentarse con las manos en la barriga—. ¡Me ha dado un puñetazo, el muy hijo de puta!

—Joder —murmuró Hazen.

Buscó con la linterna, pero Pendergast no estaba. Poco después, oyó el ruido de un potente motor, y de unos neumáticos alejándose a gran velocidad por la gravilla.

Cole se levantó con la cara roja y se quitó el polvo.

—Lo detendremos por resistencia y agresión a un agente de policía.

—Déjalo, Cole, que tenemos cosas más importantes. Nosotros a lo nuestro. Ya habrá tiempo mañana.

—Hijo de puta —volvió a murmurar Cole.

Hazen le dio una palmada en la espalda, burlón.

—La próxima vez que vayas a detener a alguien, no le pierdas ojo, ¿eh, Cole?

Oyeron un portazo lejano, seguido por una voz aguda que aumentaba y disminuía en función del viento. Poco después, Winifred Kraus apareció

corriendo en el camino de la vieja casa. Las ráfagas huracanadas enredaban su blanco camisón, dando a Hazen la impresión de estar viendo un fantasma que volaba en la noche. Rheinbeck la seguía, protestando.

—¿Qué hacen? —chilló la anciana al llegar, con el pelo mojado y gotas de lluvia en la cara—. ¿Qué pasa? ¿Qué hacen ustedes en mi propiedad?

—Pero bueno —dijo Hazen a Rheinbeck—, ¿no te había dicho que...?

—He intentado explicárselo, sheriff, pero está histérica.

Winifred miraba desorbitadamente a los policías.

—¡Sheriff Hazen! ¡Exijo una explicación!

—Rheinbeck, llévatela de...

—¡Esto es una atracción turística respetable!

Hazen suspiró y se encaró con ella.

—Mire, Winifred, es que creemos que el asesino se esconde en su cueva.

—¡Imposible! —gritó ella—. ¡Bajo dos veces por semana!

—Vamos a entrar a buscarlo. Usted quédese en su casa con el agente Rheinbeck y no moleste. El agente Rheinbeck...

—De eso nada. ¡No se atrevan a entrar en mi cueva! No tienen derecho. ¡Aquí no hay ningún asesino!

—Lo siento, señorita Kraus, pero tenemos una orden judicial. ¿Rheinbeck?

—Ya se la he enseñado, sheriff...

—Pues se la vuelves a enseñar y te la llevas de aquí.

—Es que no escucha...

—Oye, si no hay más remedio te la llevas a la fuerza. ¿No ves que estamos perdiendo el tiempo?

—A la orden. Disculpe, señora...

—¡No se atreva a tocarme!

Winifred empujó a Rheinbeck, haciéndole caer, y se acercó a Hazen con los puños apretados.

—¡Fuera de mi propiedad! ¡Siempre ha sido un abusón! ¡Váyase!

Hazen la cogió por las muñecas. Winifred se resistió y le escupió, sorprendiéndolo con su fuerza y rabia.

—Señorita Kraus —dijo el sheriff con un esfuerzo de paciencia, adoptando un tono más sereno—, le ruego que se tranquilice. Estamos cumpliendo una misión importante.

—¡Fuera de mis tierras!

Al sujetarla, Hazen sintió una patada en la espinilla. Los demás miraban, como espectadores civiles.

—¿Y si me ayudara alguien? —rugió.

Rheinbeck cogió a Winifred por la cintura, mientras Cole lograba apoderarse de uno de sus brazos en movimiento.

—Cuidado —dijo Hazen—. Cuidado, que no deja de ser una ancianita.

Los berridos de Winifred se volvieron histéricos. Los tres policías la inmovilizaron, esperando a que Hazen se soltara. Entonces Rheinbeck la levantó del suelo con la ayuda de Cole, y Winifred empezó a patear.

—¡Demonios! —chilló—. ¡No tenéis ningún derecho!

Rheinbeck desapareció en la tormenta, llevándose a la vieja con sus pataleos y gritos.

—¡Pero bueno! ¿Qué le pasa? —preguntó Cole, jadeando.

Hazen se quitó el polvo de los pantalones.

—Siempre ha estado como una cabra, pero no me lo esperaba. —Aún le dolía la espinilla. Dio una palmada y se irguió—. Vamos a la cueva antes de que venga alguien más a fastidiar. —Se volvió hacia Shurte y Williams—. Si vuelve el hijo de puta de Pendergast, os autorizo a usar todos los medios para que no entre en la cueva.

—A la orden.

El resto del equipo siguió al sheriff por la oscuridad de la grieta. A medida que bajaban, el ruido de la tormenta se amortiguó y alejó. Abrieron la puerta (que no estaba cerrada con candado), encendieron las luces infrarrojas y las gafas de visión nocturna y empezaron a bajar por la escalera. El silencio no tardó en ser total. Solo lo rompía el goteo del agua. Estaban entrando en otro mundo.

## Cincuenta y siete

El Rolls rodaba por los baches de la pista de tierra, con la luz de sus faros perforando apenas la cortina de lluvia huracanada, mientras el granizo acribillaba sus planchas de metal. Cuando vio que era imposible seguir con el vehículo, Pendergast frenó, apagó el motor, se guardó el mapa enrollado en la chaqueta y salió a la tempestad.

Se hallaba en el punto más alto del condado, donde el mesociclón había alcanzado su máxima intensidad. Parecía un campo de batalla sembrado de escombros, acumulados por vientos devastadores: ramas, trozos de plantas, grumos de tierra que habían viajado muchos kilómetros desde sus campos de origen... Delante, la corona de árboles de los túmulos se zarandeaba y quejaba invisiblemente. El choque de sus hojas y sus ramas era como el de las olas en un acantilado. El mundo de los Túmulos Fantasma había sido invadido por el caos.

Volvió la cabeza y avanzó contra el viento por el camino que llevaba a los túmulos. Cuanto más se acercaba, más crecía el fragor de la tormenta, al que de vez en cuando se sobreponía un ensordecedor chasquido de madera, y el impacto de una rama al caer.

Cuando estuvo al amparo (relativo) de los árboles, tuvo ocasión de ver con algo más de claridad. El viento y la lluvia lo barrían todo, dejando un rastro acribillado por las piedras y el granizo. Alrededor, los grandes álamos gemían y crujían. Pendergast sabía que el máximo peligro, en aquel momento, no era ni la lluvia ni el granizo, sino la posibilidad de tornados de alta intensidad, que podían formarse en cualquier instante en los flancos de la tormenta.

Por desgracia no había tiempo para precauciones. Ni el momento ni las circunstancias eran los que había previsto para enfrentarse con el asesino, pero ya no tenía alternativa.

Iluminó el suelo oscuro más allá de la arboleda. El acto de encender la linterna coincidió con un estrépito brutal. Saltó para esquivar el tronco de un álamo gigante que se vino abajo surgido de la oscuridad, haciendo temblar el suelo y levantando un remolino de hojas, ramas astilladas y tierra húmeda.

Salió del bosquecillo y, apartando la cara, se metió en las fauces de la tormenta, hasta alcanzar la base del primer túmulo. Entonces dio la espalda al viento y movió con cuidado la luz por la ladera hasta identificar un punto de referencia. A continuación (en plena noche, y con una tempestad atronadora) se irguió y cruzó de brazos. Fue en esa postura, tras borrar cualquier sonido y sensación de su conciencia, como tomó la imagen de los Guerreros Fantasma de un sótano de mármol de la gótica mansión de su memoria y reprodujo no menos de tres veces la secuencia reconstruida de su viaje por la memoria (la de la aparición, y desaparición, de los jinetes entre el polvo), superponiéndola al paisaje real que lo rodeaba.

Abrió los ojos, dejó caer las manos y, con pasos lentos y precisos, recorrió el claro central hacia el extremo opuesto del segundo túmulo. Poco después se detuvo ante un afloramiento de caliza de grandes dimensiones, lo rodeó lentamente y, sin prestar atención ni al viento ni a la lluvia, inspeccionó a fondo varias rocas. A base de palparlas, encontró lo que buscaba: media docena de simples rocas en una grieta. Cuando las hubo examinado un poco, las hizo rodar y destapó una abertura. Siguió moviendo rocas a mayor velocidad. Era una grieta irregular, por la que salía aire fresco y húmedo.

La vía por donde habían aparecido y desaparecido los Guerreros Fantasmas. Y, salvo que cometiera un lamentable error, la puerta trasera de las cuevas de Kraus.

Se deslizó por el hueco e iluminó las rocas, encima y detrás de él. Era lo que sospechaba: el orificio más pequeño estaba comprendido en lo que antiguamente había sido una abertura natural de mayor tamaño.

Se volvió e iluminó un pasadizo. Un ruido de piedras rodando turbó la oscuridad. Durante el descenso, la furia estremecedora de la tormenta se amortiguó tan deprisa que poco después era un simple recuerdo. En el entorno inmutable de la cueva, todo dejaba de existir: el tiempo, la tempestad y el resto del mundo. Era necesario llegar hasta Corrie antes que el sheriff y su pequeño e improvisado equipo de élite.

Primero el pasadizo se ensanchaba; después se nivelaba, y sufría un brusco cambio de dirección. Pendergast se acercó prudentemente a la curva y esperó con los oídos muy abiertos y la pistola en la mano. Silencio absoluto. Entonces, a la velocidad de un hurón, se plantó en el otro lado e iluminó el espacio con su potente linterna.

Era una cueva enorme; treinta metros, como mínimo, de punta a punta. La visión era asombrosa, pero no inesperada. Lo único que se movía en toda la caverna eran los ojos claros de Pendergast, y el haz de la linterna al recorrer con insistencia el extraño espectáculo.

Treinta caballos muertos en posición arrodillada, con todos sus arreos indios de combate, formaban un anillo en el espacio central. El aire de la cueva lo había secado y momificado: se les marcaba la osamenta por debajo de la piel, y sus labios resecos mostraban dentaduras amarillas. Cada caballo estaba adornado al estilo de los cheyenes del sur, con franjas de un vivo color ocre en las cabezas, huellas de manos blancas y rojas en los cuellos y la cruz, y plumas de águila en las crines y colas. Algunos tenían sillas cheyenes de cuero sin curtir, de borrar alto y con cuentas; en otros, la silla se reducía a una manta, o no existía. La mayoría habían sido sacrificados de un golpe en la cabeza, un golpe de garrote con púas que había dejado un agujero limpio justo entre los ojos.

El primer círculo contenía otro, compuesto por treinta guerreros cheyenes.

Los Guerreros Fantasmas.

Se habían repartido como los rayos de una rueda (la rueda sagrada del sol), con la mano izquierda en su correspondiente caballo y el arma en la derecha. Estaban todos, tanto los caídos durante la incursión como los supervivientes. Estos habían sido sacrificados por el mismo procedimiento que los caballos: de un golpe de garrote de púas en la frente. El último en morir (el que había sacrificado al resto) estaba tumbado de espaldas, con una de sus manos momificadas asiendo todavía el cuchillo de piedra que se había clavado en el corazón. Era idéntico al cuchillo roto que había aparecido en el cadáver de Chauncy. Además, cada guerrero llevaba un carcaj de flechas como las que habían aparecido junto al cadáver de Sheila Swegg.

Estaban allí desde la noche del 14 agosto de 1865, dando testimonio bajo la superficie de Medicine Creek. Los guerreros que habían sobrevivido a la incursión se habían sacrificado junto a sus caballos en la oscuridad de aquella cueva, decididos a morir dignamente en su propia tierra. Los hombres blancos no los llevarían a ninguna reserva. Tampoco se les forzaría a firmar ningún tratado, ni a subir a ningún tren, ni a mandar a sus hijos a colegios lejanos donde los azotarían por hablar su propio idioma, y los despojarían de su dignidad y cultura.

Ellos, los Guerreros Fantasmas, habían presenciado la inexorable invasión de sus tierras por los hombres blancos, y conocían el futuro que les esperaba.

Aquella gran caverna era el lugar en que se habían escondido antes del ataque. De ella habían salido durante la tormenta de polvo, como por arte de magia, para sembrar el caos y la destrucción entre los Cuarenta y Cinco; y a ella habían vuelto en busca de paz y honor eternos.

Tanto en sus dos relatos orales como (con mucho más detalle) en su diario íntimo, el bisabuelo de Brushy Jim había contado que los Guerreros Fantasmas parecían surgir del propio suelo. Tenía razón. Por otro lado, aunque en 1865 los túmulos estuviesen densamente cubiertos de maleza, seguro que, poco antes de morir, Harry Beaumont había adivinado la procedencia de los guerreros. Si había maldecido el suelo, era por razones muy concretas.

Pendergast solo se demoró lo necesario para examinar su mapa. Después se apresuró a cruzar el silencioso cuadro y dirigirse al túnel oscuro que se adentraba en el sistema de cuevas.

Quedaba poquísimos tiempo... o ninguno.

## Cincuenta y ocho

Hazen siguió a Lefty y su pareja de perros por la pasarela de madera de las cuevas de Kraus. A diferencia de la primera pareja, los perros no solo seguían perfectamente la pista, sino que se pasaban de entusiastas. Constantemente estiraban las correas y querían ir más deprisa, gruñendo desde lo más hondo de sus pechos. A Lefty le costaba controlarlos; trataba de amansarlos con palabras dulces, pero lo arrastraban como a un pelele. Eran unos animales grandes y feísimos, con el culo desproporcionado y salido y unos huevos gigantes que les colgaban mucho, como a los toros: perros de presa canarios, amaestrados para matar otros perros... o cualquier bicho de dos o cuatro patas. Hazen no habría querido tenerlos en contra, ni siquiera con un par de Winchesters para caza mayor. Observó que los policías también se quedaban a distancia prudencial. Por poco sentido común que tuviera McFeltly, se arrodillaría y suplicaría piedad en cuanto viese a aquel par de perrazos.

—¡Sturm! ¡Drang! —gritó Lefty.

—Pero ¿de dónde salen esos nombres? —preguntó Hazen.

—Ni idea. Se los pone el criador.

—Pues que no corran tanto, que no estamos en Indianápolis.

—¡Sturm! ¡Drang! ¡Tranquilos!

Los perros apenas le prestaron atención.

—Lefty...

—Ya, ya. No puedo hacer que vayan más despacio —respondió Weeks con voz aguda—. No sé si te has fijado, pero no son precisamente dos pomeranos.

Como las luces del techo estaban apagadas, las gafas de visión nocturna bañaban la caverna de una luz roja y bidimensional. A Hazen, que se las ponía por primera vez, no le gustó que redujeran el mundo a un paisaje monocromático e irreal. Era como mirar una tele vieja. Delante, la pasarela de madera flotaba en la luz roja como la senda del infierno.

Pasaron por la Catedral de Cristal, la Biblioteca del Gigante y las Campanas de Cristal. Hazen no había visitado la caverna desde los tiempos del colegio, pero, como las excursiones eran anuales, comprobó con sorpresa que se acordaba mucho. La guía siempre había sido Winifred, que entonces no era fea. Se acordó de cuando su amigo Tony hacía gestos obscenos a sus espaldas, mientras ella le pegaba un rollo sobre estalactitas. En cambio, de vieja se había vuelto una bruja.

Cuando llegaron al final del recorrido turístico, Lefty consiguió frenar a los perros, aunque le costó lo suyo. Hazen se quedó a tres o cuatro metros de los animales, que, gruñendo y con las lenguas como grandes pañales rojos, clavaban sus miradas en la oscuridad del fondo del Estanque del Infinito. A la luz roja de las gafas, la saliva que caía de sus bocas parecía sangre.

El sheriff esperó que llegaran los demás para decir en voz baja:

—Yo nunca he pasado de aquí. A partir de ahora, silencio. A propósito, Lefty, ¿te ves capaz de que los perros no gruñan tan alto?

—Pues lo siento pero no. Gruñen por instinto.

Hazen sacudió la cabeza y le indicó que se adelantara. Los siguientes eran él y Raskovich. Después Cole y Brast, y por último Larssen.

Vadearon el estanque y, tras bajar por el lado contrario, siguieron a Lefty por un túnel que se estrechaba, volvía a subir y giraba bruscamente a la derecha. Al fondo de la curva había otra puerta de hierro.

Estaba abierta, con el candado de hierro al pie.

Hazen enseñó el pulgar e hizo señas a Lefty de que continuara.

Los gruñidos de los perros se habían vuelto más insistentes, y tan guturales que a Hazen le erizaban los pelos de la nuca. Ya no podrían pillar completamente por sorpresa a McFeltly. Claro que no tenía por qué ser malo, ya que aquellos rugidos eran como para que se rindiera el mismísimo Rambo.

Al otro lado de la puerta, el túnel se ensanchaba y daba paso a una cueva. Los perros husmeaban, estirando la correa y arrastrando a Lefty. Hazen hizo señas a los de detrás de que esperaran. A continuación, él y Raskovich se separaron con las escopetas a punto, y sometieron la cueva a un examen de infrarrojos.

Bingo: la guarida de los contrabandistas. Hazen recorrió lentamente el vasto espacio con sus gafas. Una mesa vieja, velas gastadas, linternas abolladas, trozos de loza y de botellas... El alambique estaba al fondo, dibujado en la luz roja, y dotado de un caldero con el que se podía hervir hasta un caballo. Era tan grande que debían de haberlo metido por piezas en la cueva, y haberlo soldado *in situ*. No era de extrañar que siguiera allí.

Tras comprobar que estaban solos, llamó en silencio a los demás y se acercó al alambique. Persistía cierto olor a humo, mezclado con otros menos agradables. Se inclinó para mirar el caldero. Al fondo había algo, un objeto pequeño que no se perfilaba bien en las gafas de visión nocturna.

Era una oreja humana.

Se volvió con una mezcla de triunfo personal y asco.

—Que nadie toque nada.

Los demás asintieron.

Siguió examinando la caverna. Al principio creyó que era el final de la misión, que la cueva estaba vacía y que McFeltly ya se había escapado, pero entonces vio un arco bajo en uno de los muros laterales, una simple mancha gris que conducía a una oscuridad aún más profunda.

—Parece que por allí hay otra sala —dijo, señalando—. Vamos. Lefty, tú ve delante con los perros.

Cruzaron el arco de acceso a la siguiente caverna, el antiguo basurero de los contrabandistas, sembrado aún de desperdicios podridos, botellas rotas, papeles, latas y toda clase de desechos apilados contra la pared. Hazen se quedó en la

entrada. Hacía frío, pero no tanto como en una serie de nichos donde vio reservas recientes de comida. Formaban una especie de despensa. Al enfocar con las gafas, vio sacos de azúcar, cereales, judías, bolsas de patatas fritas y otras cosas para picar, rebanadas de pan, cecina empaquetada y terrinas de mantequilla. También había un montoncito de velas, cajas de cerillas de cocina y una linterna rota. Al fondo se acumulaban bolsas, envoltorios de mantequilla, latas y velas gastadas, señal de que McFelty había estado en la cueva durante un período sorprendentemente largo.

Al seguir mirando por las gafas de visión nocturna, vio que el pasadizo se prolongaba hacia otra cueva. Si McFelty estaba en la caverna, seguro que a esas alturas ya los había oído. Por lo tanto, tenía que estar al acecho en la sala contigua, tal vez con la pistola en la mano.

Puso una mano en el hombro de Lefty y le dijo al oído:

—Desata a los perros, y que pasen a la otra sala. ¿Es posible?

—Sí, claro.

El sheriff Hazen repartió a sus hombres por la boca del túnel, para pillar a quien saliera, e hizo una señal con la cabeza a Lefty.

Weeks desenganchó las correas de los collares y retrocedió.

—Sturm, Drang, adelante.

Los animales desaparecieron en la oscuridad. Hazen se agazapó con la escopeta a punto. Oyó a los perros gruñendo y husmeando en la otra cueva. Los oyó relamerse. A partir de un momento, los ruidos se atenuaron.

—Llámalos —dijo.

Lefty silbó suavemente.

—Sturm, Drang, volved.

Más resoplidos y babeos.

—¡Sturm! ¡Drang! ¡Volved!

Los perros lo hicieron a regañadientes. A la luz de las gafas, su aspecto era infernal.

Hazen llegó a la conclusión de que McFelty había salido, pero eso no quería decir que hubieran perdido el tiempo. Todo lo contrario. Habían encontrado infinidad de pruebas tangibles que demostraban su estancia en la cueva, y su relación con los crímenes: huellas dactilares, ADN... Otro hallazgo truculento era la oreja, sin duda la de Stott. Solo por eso ya valía la pena haber bajado. Disponiendo de esas pruebas en contra de McFelty, negociar con él para acusar a Lavender sería pan comido.

Se levantó.

—Bueno, venga, vamos a ver qué hay dentro.

Penetraron en la tercera caverna. Era menor que las demás. Hazen se detuvo, sorprendido. Parecía que la hubieran usado de vivienda, por decirlo de algún modo. Un vistazo general lo llevó a preguntarse quién podía vivir en un

lugar así. Había una cama contra la pared, rota, medio podrida y con el colchón reventado, pero era muy pequeña, de niño. Encima había un cuadro roto de un manzano, y otro de un payaso. Algunos juguetes de madera se agrupaban en un rincón, rotos, podridos y mohosos. La última pieza era un escritorio de madera, originalmente de un color rojo vivo. Estaba abombado y torcido, con los cajones fuera. Dentro había ropa podrida. Al fondo, la caverna se estrechaba hasta reducirse a una grieta.

¡Pero qué sitio, joder! Hazen se subió los pantalones y buscó un Camel en el bolsillo.

—Parece que se nos ha escapado el pájaro. Seguro que ha sido por los pelos.

—¿Y qué es todo esto? —preguntó Raskovich, moviendo la luz por la caverna. Hazen encendió el cigarrillo y se guardó la cerilla en el bolsillo.

—Yo diría que restos de cuando hacían contrabando.

Todos se quedaron callados, con cara de decepción. Hazen dio una calada y expulsó el humo.

—La oreja de Stott está detrás, en el caldero —anunció con calma.

La noticia tuvo el efecto previsto de animarlos.

—Exacto. Nos ha salido bien. Ya tenemos pruebas de que el asesino ha estado aquí abajo, y de que es donde hirvió a Stott. También tenemos pruebas de que era su base de operaciones. Vaya, que hemos dado un paso de gigante.

Todos asintieron, y hubo algunos murmullos de entusiasmo.

Los perros empezaron a gruñir.

—Mañana haremos que vengan los del departamento de pruebas y los forenses para analizarlo todo. Creo que por esta noche ya hemos hecho lo que había que hacer. —Hazen chupó con fuerza el Camel y tiró la ceniza roja en un bolsillo—. Vámonos a casa.

Al volverse, vio que Lefty intentaba apartar a los perros de la pared del fondo, pero que se le resistían con gruñidos guturales, empeñados en meterse por la grieta.

—¿Qué les pasa?

Lefty dio otro estirón brutal a las correas.

—¡Sturm! ¡Drang! ¡Al suelo!

—¡Déjalos que echen un vistazo, hombre! —dijo Hazen.

Weeks los condujo a la pared. De repente los perros se metieron por la grieta con un ladrido agudo, y arrastraron a Lefty a pesar de sus protestas.

Hazen se acercó a mirar por la hendidura. Vio que giraba noventa grados y, tras unos metros de cuesta pronunciada, parecía morir en una pared.

Pero no, continuaba. Tenía que continuar. La voz de Lefty se oía con una extraña distorsión en la oscuridad inexplorada del fondo, ordenando inútilmente a los perros que se echaran.

—Los perros han encontrado un rastro —dijo volviendo la cabeza—. ¡Y

parece reciente!

## Cincuenta y nueve

Corrie permanecía inmóvil, con las manos en la espalda. Al oír chillar, su carcelero se había reído, con una risa horrible y aguda que parecía un grito de conejillo de Indias. Ahora hacía algo con el cadáver de Tad. Corrie se negaba a abrir los ojos. Oyó un ruido de ropa desgarrada, y otro desgarró más horrible, esta vez de algo viscoso. Apretó los párpados y procuró aislarse mentalmente del sonido. «Él» estaba a pocos metros, canturreando y murmurando incoherencias mientras trabajaba. A cada uno de sus movimientos, Corrie percibía un olor atroz, un tufo a sudor, moho, podredumbre y cosas todavía peores.

La sensación de horror, de irrealidad absoluta, era tan fuerte que, a su pesar, sintió que se rendía.

Aguanta, Corrie.

Pero no, ya no podía aguantar. El instinto de conservación que la había impulsado a desatarse las manos se había desvanecido con la reaparición de aquel ser llevando a rastras el cadáver de Tad Franklin.

Empezó a divagar, presa de un extraño embotamiento. Una serie de recuerdos fragmentarios afloraron en su mente: ella de niña jugando a luchar con su padre, su madre con rulos riéndose al teléfono, un niño gordo que la había tratado bien en tercer curso...

Ahora que estaba segura de morir, su vida se le aparecía desde el principio como un gran desierto.

En un momento así, ¿qué importaba tener las manos libres? ¿Adónde iría, aunque pudiera huir? ¿Cómo encontraría la salida de la cueva?

Un gemido escapó de sus labios, pero el horrible ser no le prestó atención. Le daba la espalda. Menos mal. Menos mal.

Corrie abrió un ojo y miró el portalámparas. Su carcelero lo había dejado en un ángulo de la roca, donde apenas alumbraba. Como la persianilla antigua de metal estaba cerrada, se filtraba poquísima luz. Por lo visto no le gustaba la luz. ¡Era tan blanco! De una palidez casi gris. Y su cara... ¡Qué espectáculo! Aquella barbita de chivo...

Corrie sufrió un ataque de miedo que le desordenó los pensamientos. Tenía al lado un monstruo en toda regla. Si no salía de allí, acabaría como Tad Franklin.

Sintió que respiraba más deprisa, al reavivarse la necesidad desesperada de hacer algo. Ya tenía las manos libres; y, gracias al portalámparas, también tenía luz. Además, al fondo de la cuevecita había un camino muy pisado que se perdía en la oscuridad. Quizá fuera la salida de la cueva. O quizá no.

Justo entonces se le despertó otro recuerdo, con una claridad casi hiriente. Se vio en la hierba del campo de *softball* de detrás del parque de caravanas, aprendiendo a ir en la bicicleta de dos ruedas que le había regalado su padre al cumplir los siete años. Perdía el equilibrio varias veces, y se caía en la hierba

fragante. Se acordó de que su padre le había secado las lágrimas de frustración y, serenándola con esa voz que nunca se enfadaba ni se molestaba, le había dicho: « No te rindas, Cor. No te rindas. Inténtalo otra vez » .

« Vale —dijo a la oscuridad—, pues no me rendiré » .

Empezó a volverse centímetro a centímetro, buscando el afloramiento rocoso pero sin apartar las manos de la espalda. Cuando lo vio, levantó los tobillos atados y empezó a frotar el filo lo más sigilosamente posible. De todos modos, su carcelero estaba tan absorto en lo que hacía que no dio señales de fijarse en nada. Corrie siguió rascando la cuerda con el filo de calcita hasta deshilarla, mientras entrecerraba los párpados y fijaba la vista en la espalda de aquel ser. El centro de atención de este último ya no era el cadáver de Tad, sino lo que parecían tres saquitos de arpillera, que estaba llenando de... Volvió la cara, pensando que prefería no averiguarlo.

Rascó y rascó hasta sentir que la cuerda cedía. Entonces movió los pies para aflojarla más. Sacó el primer pie... Sacó el segundo...

Volvió a tumbarse de espaldas para reflexionar. Ya estaba libre. ¿Y ahora?

Coger el portalámparas y salir corriendo. Iría por el camino. A algún sitio tenía que conducir.

Eso, cogería el portalámparas y correría con todas sus fuerzas. Él, naturalmente, la perseguiría, pero ella corría muy deprisa (era la segunda más rápida de su clase), y tal vez pudiera despistarlo.

Se quedó en el suelo, respirando hondo y con el pulso acelerado por el miedo a lo que estaba a punto de hacer. La decisión de actuar hizo que se le ocurrieran una docena de razones por las que era mucho más fácil quedarse en la cueva. Aquel ser estaba ocupado. Quizá se olvidara de ella, y...

No. Tenía que salir como fuera.

Volvió a mirar alrededor para orientarse. Después respiró hondo, aguantó un poco la respiración, volvió a tomar aliento y...

Contó hasta tres, cogió el portalámparas de un salto y se lanzó a correr. Oyó un bramido inarticulado.

La roca mojada estuvo a punto de hacerla resbalar, pero recuperó el equilibrio y se metió por la boca oscura y vertical del fondo de la cueva. La hendidura llevaba a una grieta muy larga, y esta a una extraña galería de macarrones estrechos y mojados, y amenazadoras agujas de caliza. Al fondo había un estanque poco profundo, sobre el que el techo bajaba bruscamente. Corrie lo cruzó chapoteando y siguió a gatas con el portalámparas en alto. Salió a una cueva más grande, poblada de arriba abajo por un denso bosque de estalagmitas, muchas de las cuales se juntaban con las estalactitas para formar singulares columnas amarillas y blancas.

¿Y él? ¿La estaba siguiendo? ¿Lo tenía detrás, a punto de volver a capturarla?

Describió esos entre las columnas, claras y brillantes, jadeando de miedo y

de cansancio. El portalámparas, cuya luz se reflejaba en los grandes troncos pétreos, chocó con algo, y al ver temblar la llama Corrie tuvo otro miedo: el de que se apagara, y ya no hubiera nada que hacer.

Despacio. Despacio.

Rodeó otra columna y se arañó la rodilla con un bloque rugoso de calcita caído del techo. Aprovechó una pausa de un minuto para orientarse y respirar. Había llegado al final de la caverna, desde donde se podía subir por un camino sembrado de escombros. Al mirar alrededor, se dio cuenta de que en las paredes había incisiones toscas que parecían grabadas con una piedra: líneas concéntricas muy raras, monigotes de palos, grandes nubes de caligrafía enfebrecida... Pero no era momento de visitas turísticas. Trepó por el camino, tropezando con las piedras sueltas. Volvían a sangrarle las muñecas. La cuesta se empinaba cada vez más. Al levantar el portalámparas por encima de la cabeza, vio una repisa de roca que parecía formar su extremo superior. Se cogió a ella con su mano libre y se levantó a pulso.

Delante había un largo túnel de caliza, brillante, de un azul como de hielo y con cristales en el techo. Siguió corriendo.

El túnel tenía un trazado ligeramente sinuoso, pero sin desniveles, y en su centro fluía un riachuelo. Sus paredes azules también estaban adornadas con grabados, tan extraños como toscos e inquietantes. Corrie corría con los pies en el agua, mientras el largo túnel hacía resonar extrañamente sus pasos. Pero eran los únicos. No se oía a nadie siguiéndola.

Aunque le pareciera increíble, había escapado. ¡Había corrido más que él!

Siguió avanzando a una velocidad más que prudencial, hasta que entró en una cueva grande con el suelo recubierto de estalactitas desmochadas. Al internarse entre los ciclópeos escombros, procuró seguir las marcas de desgaste que indicaban la presencia de un camino; camino que, al fondo de la cueva, continuaba casi en vertical.

Sujetó el portalámparas con la boca y empezó a escalar. Los puntos de apoyo eran resbaladizos y gastados, pero el acicate del miedo contribuía a olvidar el dolor de muñecas y tobillos. Cuanto más avanzara, más lejos estaría de él. Además, seguro que el camino llevaba a alguna parte. Tarde o temprano encontraría una salida. Cuando llegó al final, subió a pulso suspirando de alivio...

Y se encontró con él.

La esperaba con su cuerpo monstruoso cubierto de manchas de sangre y carne, y una sonrisa torcida en su rostro imposible, de pesadilla.

Al oírla chillar, las pálidas facciones profirieron un grito agudo y animal, una risa infantil y llena de entusiasmo.

Corrie trató de esquivarlo, pero, clavada al suelo por una gran mano, cayó aturdida de espaldas, entre los ecos históricos de la risa del monstruo. Al mismo tiempo, el portalámparas rodó por el suelo dejando un reguero de cera. Aquel ser

se cernía sobre Corrie dando palmadas y riendo, con la cara distorsionada de felicidad.

—¡Déjame! —chilló ella, retrocediendo a rastras.

Él bajó la mano, la tomó por los hombros y la levantó. El aliento humeante de su boca pútrida olía a matadero. Respondió al grito de Corrie con otro sonido agudo. Ella se resistió, pero los brazos del ser, que se reía y apretaba, eran de acero.

—¡No me hagas daño! —exclamó—. ¡Me estás haciendo daño!

—¡Uuuu! —dijo él con su extraña voz aguda, escupiendo baba fétida.

De pronto la soltó y se fue corriendo.

Corrie luchó por levantarse, recogió el portalámparas y miró alrededor con ojos de loca. Estaba en un bosque de estalactitas. ¿Y él? ¿Por qué se había ido? Empezó a bajar por el camino. De pronto, con un bestial bramido, el monstruo saltó de detrás de una estalagmita y la embistió, llenando la cueva con su risa. Después de derribarla, volvió a desaparecer.

Corrie se puso de rodillas, aturdida de miedo e incomprensión, y esperó jadeante a que le doliera menos la cabeza. Alrededor, todo era silencio y oscuridad. La luz se había apagado.

—¡Iiii! —gritó el monstruo, y dio una palmada.

Corrie se agazapó en la oscuridad, desesperada. No se atrevía a mover ni un solo dedo. Un ruido de fricción, una cerilla encendiéndose, y de pronto el portalámparas volvía a dar luz. El monstruo... el monstruo estaba justo delante, con su mueca babosa que exponía los restos de una dentadura podrida a la tenue luz del portalámparas. Riendo, se escondió en una columna.

Entonces Corrie lo entendió. Estaba jugando al escondite.

Tragó saliva y, temblorosa, trató de recuperar la voz.

—¿Quieres jugar conmigo?

Después de unos segundos, él chilló de risa, sacudiendo la barbita de chivo; y con sus gruesos labios húmedos y rojos, y sus uñas de cinco centímetros que brillaban a cada palmada de sus manos, exclamó, acercándose:

—¡Hugá!

—¡No! —exclamó ella—. ¡Espera! ¡Así no!

—¡Hugá! —rugió él con una lluvia de baba, levantando una de sus manazas—. ¡Hugá!

Corrie se encogió, en espera de lo inevitable.

De pronto el ser volvió la cabeza, y sus ojos grotescos rotaron en sus órbitas húmedas, con un parpadeo de pestañas largas y marrones. Escrutó la oscuridad con la mano suspendida en el aire.

Parecía escuchar algo.

A continuación tomó a Corrie en sus brazos, se la echó al hombro y se alejó a una velocidad espeluznante. Corrie tuvo una percepción muy vaga de las galerías

y salas que cruzaron. A partir de un momento, cerró los ojos.

Cuando notó que ya no avanzaban, los abrió y vio un pequeño agujero, un simple hueco negro en la base de un muro de caliza. Se sintió resbalar por el hombro del monstruo, y luego cómo la introducía por el agujero con los pies por delante.

—No, por favor...

Trató de sujetarse, con las uñas arañando la piedra, pero él le puso las manos en los hombros y, de un brusco empujón, la hizo deslizarse unos metros cuesta abajo hasta caer en el suelo de piedra.

Se incorporó, atontada y dolorida. El monstruo se asomó con el farol en la mano, ofreciéndole una breve visión del interior vidrioso y liso del pozo.

—¡Uuuu! —dijo, haciendo una mueca grotesca con los labios.

Su cabeza desapareció, y con ella la luz. Corrie se quedó en el fondo del pozo en una oscuridad impenetrable, sola en el silencio húmedo y frío de la cueva.

Pendergast avanzaba deprisa y en silencio por las oscuras galerías de piedra, siguiendo el desvaído rastro de un camino.

El sistema de cuevas era enorme, y de una complejidad que por desgracia el mapa recogía de forma muy esquemática. El documento contenía muchos errores de detalle, y dejaba niveles enteros de la caverna sin representar. Se trataba de un sistema replegado sobre sí de un modo extremadamente complicado. Por eso alguien familiarizado con sus secretos —el asesino— podía desplazarse en cuestión de minutos entre puntos que en el mapa figuraban a miles de metros lineales de distancia. De todos modos, a pesar de sus defectos, el mapa era una obra admirable, y la demostración de un hecho que no aparecía ni tan siquiera en los del U. S. Geological Survey: que las cuevas de Kraus solo era la punta de un iceberg subterráneo, de un vasto sistema que recorría las profundidades de Medicine Creek y su región, uno de cuyos ramales conectaba con los túmulos.

Oyó ruido de agua, y tardó un minuto en llegar a su origen. Un conducto freático (abierto en otros tiempos por agua a gran presión) formaba un corte lateral en la caverna de caliza por donde caminaba. En su base corría un riachuelo subterráneo de aguas rápidas, último vestigio de las fuerzas responsables de esculpir tan extrañas y profundas galerías.

Se arrodilló junto al agua, cogió un poco con el cuenco de la mano y la probó.

Era la misma que había bebido en la mansión de los Kraus, y que alimentaba los grifos del pueblo. La volvió a probar. Tal como esperaba, correspondía punto por punto al agua que el *Ch'a Ching* de Lu Yu, o *Libro del Té*, consideraba perfecta para preparar un buen té verde: un agua oxigenada y con alto componente mineral, procedente de un arroyo subterráneo que corriera libremente por suelos de caliza. El té y el agua habían sido los desencadenantes de la revelación de que las cuevas de Kraus tenían que ser más extensas que la pequeña parte abierta al público. El viaje a Topeka lo había demostrado, y había suministrado a Pendergast el mapa por el que se guiaba, pero a un precio: no adivinar que Corrie actuaría por iniciativa propia y llegaría tan lejos en sus deducciones (aunque, en retrospectiva, se tratara de un grave error de previsión).

Se levantó, pero antes de seguir distinguió algo al borde de la luz de la linterna. Era una mochila de lona, con las costuras brutalmente desgarradas. Cruzó el arroyo, se arrodilló, sacó un bolígrafo de oro del bolsillo y separó con él los bordes de la tela. Dentro había un mapa de carreteras, dos paletas y varias pilas, de las que se usaban para las linternas de gran potencia y los detectores de metales.

Iluminó el suelo alrededor de la mochila. Estaba sembrado de puntas de flecha y trozos de cerámica. También había un escudo antiguo decorado en el

mismo estilo (cheyene del sur) que la cámara funeraria de debajo del túmulo.

De pronto, a algunos metros, la luz de la linterna recayó en un mechón de pelo teñido de rubio, con las raíces negras.

Sheila Swegg. Durante sus excavaciones en los túmulos, había encontrado casualmente la entrada trasera de la cueva. Aunque estuviera bien escondida, bastaba con saber mover determinadas rocas. Seguro que había sido toda una sorpresa encontrar la cámara fúnebre donde yacían los Guerreros Fantasma. Después, sin duda, se había adentrado en la cueva en busca de otros tesoros.

Pero había encontrado algo más. A él.

Pendergast no tenía tiempo de seguir inspeccionando. Tras una mirada final a los patéticos despojos, dio media vuelta y siguió el curso del riachuelo por las suaves curvas del conducto.

Algunos centenares de metros más allá, el río caía por un profundo agujero, vaporizándose en un velo de bruma. A partir de ahí, Pendergast subió por huecos y conductos más estrechos. El rastro de pisadas se volvía más nítido. Estaba aproximándose a la zona habitada de la cueva.

Siempre había estado convencido de que el asesino era del pueblo. Su error consistía en haber dado por supuesto que se trataba de un vecino, cuando en realidad no era ninguno de los que figuraban en las listas de contribuyentes de Margery Tealander, sino alguien que, aunque viviera «con» ellos, no vivía «entre» ellos.

Partiendo de aquella premisa, era relativamente fácil establecer la identidad del asesino. Pero establecerla también significaba comprender (o empezar a comprender) hasta qué punto era deforme y amoral el ser con el que se enfrentaban, un asesino extraordinariamente peligroso cuyos actos nadie podía prever, ni el propio Pendergast, con todos sus estudios sobre psicología criminal.

Llegó a otro estrecho pasadizo. El flujo de calcita del suelo se había recristalizado, formando un brillante río helado cuyo centro había sufrido un desgaste de centímetros por el paso de pies durante muchos, muchos años.

Al final del pasadizo, el túnel se abría en varios ramales, todos con indicios de haber sido recorridos a menudo. Los diversos orificios y grietas verticales también presentaban muestras de haber sido utilizados: el aplastamiento de un delicado cristal, una mancha en una estalagmita por lo demás blanquísima... La variedad de huellas que podía dejar un ser humano en una cueva era casi infinita.

Pendergast se perdió varias veces por el laberinto de pasadizos, aunque siempre lograba orientarse con la ayuda del mapa. Cuando, por segunda vez, volvió al tronco central, iluminó un objeto de color con la linterna. Era una colección de fetiches indios, abandonados siglos antes en una alta repisa. También había objetos de cosecha más reciente, compuestos de trozos de cordel, corteza, chicle y tiritas.

Se detuvo el tiempo justo para examinarlos. Eran extraños y toscos, pero

hechos con amor.

Se obligó a seguir caminando, siempre (dentro de lo posible) por el camino más transitado. De vez en cuando hacía una parada para apuntar algo en el mapa, o simplemente para grabarse en la memoria el trazado tridimensional del sistema de cuevas, cada vez más extenso. Era un formidable laberinto de piedra con pasillos que partían en todas las direcciones imaginables, dividiéndose y volviendo a confluir tan solo para volver a dividirse. La cantidad de atajos, accesos secretos, túneles y desviaciones era tal que se habrían tardado muchos años en explorarlos y memorizarlos. Muchos años, sin duda.

Los fetiches se volvían más numerosos, con la adición de intrincados dibujos, de extraños grabados en la roca. Delante, pero a una distancia que el agente no podía calibrar, se hallaba la vivienda del asesino, donde estaba seguro de encontrar a Corrie. Viva o muerta.

Así como hasta entonces, en todas sus investigaciones, Pendergast se había esmerado en comprender y prever los pensamientos y actos de su adversario, en aquel caso la psicología del asesino estaba tan lejos de la curva de la campana (algo que hasta los asesinos tenían) que no había previsión posible. Aquella cueva sería el escenario donde se enfrentaría con el misterio forense más profundo de su carrera.

Y no era una sensación precisamente agradable.

## Sesenta y uno

Mientras trataba de alcanzar a Lefty y sus perros por el túnel (que al bajar se ensanchaba), Hazen oía los jadeos de Raskovich a sus espaldas, y más lejos aún el eco de los pasos y el tintineo del equipo del resto de los hombres. Frente a él, los ensordecedores rugidos de los perros. El factor sorpresa quedaba definitivamente descartado. Seguro que los ladridos se oían a varios kilómetros. La cueva tenía unas dimensiones que nadie imaginaba. El alambique ya quedaba a medio kilómetro. Parecía mentira que los perros hubieran arrastrado tan lejos a su cuidador.

La respuesta llegó poco después, cuando Lefty apareció con las correas muy tensas en la mano, y palabras muy duras en la boca. Por fin había conseguido frenar a las bestias.

Hazen redujo el paso, contento de poder respirar con mayor desahogo. Raskovich le dio alcance jadeando.

—Espera un poco, Lefty —dijo el sheriff—. Deja que lleguen los demás.

Demasiado tarde. Una salva de ladridos histéricos resonó en el pasadizo.

—¿Qué pasa? —exclamó Hazen.

—¡Que aquí hay algo! —contestó Lefty con su voz aguda.

Los perros gruñían y aullaban como desquiciados, mientras Lefty, entre protestas, se veía obligado a seguirlos de nuevo por el túnel.

—¡Coño, Lefty, frénalos un poco!

—¿Tienes ganas de meterte conmigo? Pues sácame a la superficie y te metes todo lo que quieras. A mí no me gustaban ni esta cueva ni estos perros. ¡Sturm! ¡Drang! ¡Al suelo!

Los perros ladraban y gruñían que era un auténtico horror, un infierno distorsionado por el eco. Cuando Lefty estiró violentamente la cadena, uno de los perros se volvió con un gruñido feroz que hizo encogerse al cuidador, casi hasta el punto de que soltó la correa. Hazen comprendió el miedo de Weeks. La atracción del rastro se había vuelto demasiado fuerte. Si los perros alcanzaban a McFelly, existía el riesgo de que lo mataran.

Lo cual sería un desastre.

Hazen y Raskovich apretaron el paso para alcanzar a Lefty.

—¡Oye —exclamó el sheriff—, o los controlas o te juro que les pego un par de tiros!

—Son propiedad del estado, y...

De pronto Hazen vio desaparecer por un recodo las formas de color rojo claro de Lefty y sus perros. Poco después oyó un grito, y los ladridos se volvieron todavía más frenéticos; ladridos brutales, carnosos, rematados por un aullido final.

—¡Aquí delante, sheriff! —Era la voz entrecortada de Lefty—. ¡Se mueve

algo!

¿Algo? ¿Cómo que « algo » ? Hazen llegó al otro lado de la curva, aspirando el aire húmedo de la cueva por la nariz y la boca, y se detuvo en seco.

Lefty y los perros habían desaparecido en lo que podía definirse como un bosque de columnas de caliza. Las paredes estaban cubiertas de extraños sedimentos, pliegues doblados sobre sí como cortinas, y no se veían más que bocas de túneles, grietas y grandes cavidades. El eco de los ladridos estaba tan distorsionado que no se podía adivinar su procedencia.

—¡Lefty!

También su voz reverberó por la cueva, y tardó una eternidad en apagarse. Jadeando, se apoyó en una columna rota sin saber adonde ir.

En ese momento llegó Raskovich, cansado, y Hazen vio que empezaba a tener una mirada de pánico.

—¿Adónde han ido?

El sheriff sacudió la cabeza. La acústica era diabólica.

Volvió a internarse en el laberinto de columnas, con los pies en una lámina de agua. Su objetivo era el punto donde el eco parecía más fuerte. Raskovich se quedó atrás. Los ladridos de los perros se habían amortiguado, como si se alejaran por un túnel, pero seguían siendo cada vez más feroces.

De pronto todo cambió. Los ladridos de uno de los animales se transformaron en una especie de chirrido, como de frenos, y el aullido lejano se mezcló con otro sonido, grave, gutural y furioso.

Incluso a la luz roja de las gafas de visión nocturna, la cara de Raskovich estaba cenicienta. El siguiente ruido en sumarse al horrible coro fue inconfundible: era el grito de un ser humano. Lefty.

—¡Madre de Dios! —dijo Raskovich, mirando a izquierda y derecha.

Estaba a punto de salir corriendo.

—Tranquilo, hombre —se apresuró a decir Hazen—. Eso es que los perros han acorralado a McFely. Yo creo que han salido de esta cueva por algún túnel lateral. Venga, que tenemos que encontrarlos. ¡Larssen! —dijo a pleno pulmón—. ¡Cole! ¡Brast! ¡Estamos aquí!

Seguían oyéndose chillidos distorsionados. A Hazen le costaba pensar con claridad. Ya no temía por los perros, sino por McFely.

—Tranquilo, Raskovich.

El jefe de seguridad de la universidad trastabilló con la cara flácida y una mano apretando la escopeta. Hazen se dio cuenta del peligro: Raskovich estaba a punto de perder el control, y tenía un arma cargada.

Los gritos, horribles, se mezclaron con ruidos guturales de asfixia, jadeos y toses.

—¡Raskovich, que no pasa nada! Tranquilo. Deja la escopeta en el suelo y...

La detonación fue ensordecedora, y provocó una lluvia de piedras que

rebotaron por las columnas de caliza hasta hundirse en el agua.

Los alaridos lejanos de los perros... La cara fofa por el pánico de Raskovich... Hazen comprendió que se le estaba yendo la operación de las manos, y a toda prisa.

—¡Larsen! —bramó—. ¡Date prisa!

Raskovich dio media vuelta y se marchó corriendo. Había arrojado el arma al suelo, con el cañón humeante.

—¡Raskovich! —Hazen salió tras él a grito pelado—. ¡Eh! ¡Que no es por ahí, joder!

Corrió. Tras él, el interminable lamento canino y humano no cesaba. De pronto se hizo un silencio total, desasosegador.

## Sesenta y dos

Pendergast escuchó sin moverse. Las galerías de piedra distorsionaban tanto el eco que no se podía reconocer. Aguzó el oído, pero solo se oía un susurro tan alterado por las propiedades acústicas de las cavernas que casi parecía el ruido lejano de las olas, o del viento en los árboles.

Echó a caminar en lo que le pareció la dirección correcta, esquivando estalactitas enormes y torcidas. Al llegar a la bifurcación del fondo de la cueva, volvió a detenerse y a escuchar.

Seguía oyéndolo.

Una consulta al mapa le indicó su situación aproximada. Se hallaba en el centro de una parte especialmente laberíntica del sistema de cuevas, poblada, a múltiples niveles, de grietas, pasadizos y cavidades ciegas. En semejante dédalo sería difícil localizar el origen del eco. Sin embargo, sabía que en las cuevas de aquellas características el sonido solía seguir el flujo del aire. Sacó un fino mechero de oro de un bolsillo, lo encendió y tendió el brazo para observar atentamente la inclinación de la llama. Después volvió a guardárselo y tomó la dirección contraria, la del ruido.

Pero ya no lo oía. La cueva había recuperado su silencio, solo roto por las gotas.

Recorrió galerías y túneles. A falta de sonidos por los que guiarse, seguía el mapa hacia lo que parecía ser la parte central del sistema de cuevas. Al llegar al fondo de una galería más estrecha que las demás, se detuvo y, al iluminar una pared, descubrió una grieta estrecha y vertical que no figuraba en el mapa, pero que por su aspecto parecía dar acceso a otra cueva. De confirmarse, supondría un gran ahorro de tiempo. Se acercó y escuchó.

Volvió a oírse un murmullo casi imperceptible: agua, y por encima una voz humana. Al menos parecía humana, aunque tan distorsionada que no se reconocían las palabras (suponiendo que las hubiera).

Al enfocar la linterna en el suelo, vio que no era la única persona que había tomado aquel atajo.

Se deslizó por la hendidura, que poco después se ensanchaba bastante para caminar con normalidad. Al mismo tiempo, la base del túnel se iba abriendo al vacío, pero las paredes se mantenían bastante cerca la una de la otra para poder seguir con un pie a cada lado y el tronco embutido en una angosta ranura. Curiosamente, las sensaciones que despertaba la postura eran al mismo tiempo de claustrofobia y de acrofobia.

Frente a la grieta se abría un gran espacio de oscuridad total. Pendergast se hallaba en una estrecha repisa, casi a treinta metros de altura, arrimado a una de las paredes de una cavidad cubierta por una especie de bóveda. Un chorro de agua caía hacia la base, situada muy por debajo de sus pies. El eco del agua

llenaba la caverna, poblada por millones de destellos similares a luciérnagas, que resultaron ser reflejos en la superficie de los cristales de yeso.

La linterna de Pendergast iluminaba a duras penas el fondo de la cavidad.

Había visto huellas en la entrada de la grieta, señal de que tenía que haber un camino de bajada.

Gracias a la luz de la linterna, vio asideros por debajo del saliente, mientras su oído captaba ecos que llegaban intermitentemente de abajo, y ya no eran tan vagos como antes.

¿Eran Hazen y sus hombres, que habían encontrado al asesino y Corrie? Era una idea casi demasiado ingrata para tenerla en cuenta.

Se acuclilló en la exigua superficie de la repisa e iluminó la oscuridad, pero solo había montañas de estalactitas arrancadas del techo por un antiguo terremoto.

Se quitó los zapatos y los calcetines, anudó los cordones entre sí y se los colgó al cuello. Después apagó la linterna y se la guardó en un bolsillo, puesto que ya no le servía de nada. Acto seguido, palpó la base de la repisa, puso la mano en el primer asidero y se deslizó por el vacío, resbalando un poco con los pies descalzos. En cinco minutos de prudente descenso, llegó al fondo. Entonces se puso los zapatos a oscuras y escuchó.

El ruido llegaba del fondo de la cueva, sumida en la negrura. Su emisor no disponía de ninguna luz. Se trataba de una especie de balbuceo irregular, pero inconfundiblemente humano. Parecía una persona herida.

Volvió a encender la linterna, y avanzó de prisa con la pistola en la mano.

Algo brilló en el cono de luz tenue, algo de color. Al mover la linterna, el agente vio un bulto amarillo en el suelo, tras una roca partida.

Saltó sobre la roca como un gato, dirigiendo al suelo tanto el cañón del arma como la linterna, y escudriñó la cavidad. Tras unos momentos de observación, enfundó la pistola, bajó por el otro lado y tocó al hombre que había al pie de la roca, en posición fetal. Era bajo, estaba empapado y hablaba, o farfullaba, solo. Junto a él había unas gafas de visión nocturna, y un casco de infrarrojos.

Al sentir la mano de Pendergast, se encogió más y chilló tapándose la cabeza.

—FBI —dijo Pendergast con calma—. ¿Dónde está herido?

El hombre alzó la vista, convulso: dos ojos rojos llenos de incompreensión, en una cara completamente ensangrentada. Su chaqueta negra llevaba la insignia amarilla de la brigada K-9 de la policía del estado de Kansas. Tenía una barbita de chivo, bajo unos labios temblorosos, pero lo único que salió de su boca fueron sollozos incoherentes. Sus pestañas rubias también temblaban.

Pendergast lo sometió a un rápido examen.

—Parece que no está herido —dijo.

El balbuceo de respuesta apenas fue comprensible.

Estaban perdiendo el tiempo. Pendergast cogió el cuello de su uniforme del

K-9 y lo levantó.

—Contrólese, agente. ¿Cómo se llama?

Lo brusco del tono debió de devolverle la sensibilidad.

—Weeks, Lefty Weeks. Robert Weeks.

Le castañeteaban los dientes. Pendergast lo soltó. Weeks se tambaleó, pero no se cayó.

—¿De dónde sale la sangre, agente Weeks?

—No lo sé.

—Agente —dijo Pendergast—, no tengo mucho tiempo. Aquí dentro hay un asesino que ha raptado a una chica, y es fundamental que la encuentre antes de que muera por culpa de sus amigos.

—Vale —dijo Weeks, y tragó saliva.

Pendergast recogió las gafas de visión nocturna, pero al ver que estaban rotas, y que no funcionaban, las tiró.

—Usted viene conmigo.

—¡No! No, por favor.

Pendergast lo sacudió por los hombros.

—Ahora mismo se comporta usted como un policía. ¿Está claro, señor Weeks?

Weeks volvió a tragar saliva, e hizo el esfuerzo de dominarse.

—Sí.

—Quédese detrás de mí y no haga ruido.

—¡Dios mío! ¡No! ¡Por ahí no vaya! Por favor, que es donde está...

Pendergast se volvió y le miró atentamente a la cara. Parecía traumatizado, destrozado.

—¿Quién?

—El... El... El hombre...

—Describalo.

—¡No puedo! ¡No puedo! —Weeks se tapó la cara con las manos, como si no quisiera ver algo—. Blanco. Enorme. Con los ojos muy turbios, las manos y los pies muy grandes, y... ¡y una cara...!

—¿Qué le pasa a la cara?

—Dios mío... Una cara...

Pendergast le dio una bofetada.

—¿Qué le pasa a la cara?

—Una cara de... ay, Dios mío... de bebé, tan... tan...

Pendergast lo interrumpió.

—Vámonos.

—¡No! ¡Por ahí no, por favor!

—Allá usted.

Pendergast dio media vuelta y se marchó. Weeks soltó un grito y salió

tropezando tras él.

Abandonando la aglomeración de columnas rotas, Pendergast se internó en un vasto túnel de caliza sembrado de enormes montículos amarillos. Weeks no se decidía a seguirlo; estaba encogido, gemebundo, pero lo que más miedo le daba era quedarse solo. La linterna de Pendergast iluminó un montículo tras otro. Volvía a distinguirse una senda.

De repente dejó de caminar. La luz de la linterna se había detenido en un montículo distinto a los demás. También era amarillo, pero con abundantes franjas rojas, y un charco de agua muy roja al pie. En ese charco había algo flotando, algo de las dimensiones de una persona, pero que por su forma distaba mucho de serlo.

Weeks ya no decía nada.

Pendergast movió la luz de la linterna por la pared del fondo. Era de piedra oscura, con adornos de arcos rojos y protuberancias blancas, rojas y amarillas que goteaban un líquido. La luz se demoró en la gigantesca extremidad anterior de lo que solo podía ser un perro, embutida en una grieta, a media altura de la pared. Cerca, en otra grieta, había un trozo de mandíbula inferior. Algo que podía haber formado parte de un bozal se había clavado en la pared debido a la violencia del impacto.

—¿Uno de los suyos? —preguntó Pendergast.

Weeks asintió sin salir de su mutismo.

—¿Ha visto cómo pasaba?

Volvió a asentir.

Pendergast dio media vuelta y le iluminó la cara.

—¿Qué ha visto, exactamente?

El agente Weeks se atragantó y farfulló, pero acabaron por salirle las palabras.

—Lo ha hecho él. —Hizo una pausa para tragar saliva. De pronto se le quebró la voz—. ¡Lo ha hecho con sus manos!

## Sesenta y tres

Al llegar a una confluencia de túneles, Hazen esperó a que los policías y Larssen se reunieran con él. Pasaron cinco, diez minutos, mientras recuperaba el resuello. Una de dos, o no habían seguido su voz o se habían equivocado de camino.

Masculló un taco y escupió. Raskovich se había ido corriendo como un conejo. Hazen le había perseguido un poco, pero sin encontrarlo. Corriendo así, ya debía de estar a medio camino de la universidad.

Mierda. Si no conseguía reunirse con Larssen y los policías, tendría que seguir solo a Lefty y los perros. Lo cual, para empezar, significaba volver al bosque de caliza.

La pega fue que, al volverse, no supo reconocer el túnel por el que había llegado. Le parecía que era el derecho, pero no estaba seguro.

Tragó saliva y carraspeó.

—¿Lefty?

Silencio.

—¿Larssen?

Ahuécó las manos y gritó en la dirección por donde había venido:

—¡Eh! ¿Hay alguien? ¡El que me oiga, que grite!

Silencio.

—¿No hay nadie? ¡Contestad!

Pese al frío, y a la incesante humedad, sintió un hormigueo en el espinazo. Miró hacia atrás, giró en redondo, miró al frente... Las gafas de visión nocturna conferían a todo un aspecto pálido, rojizo e irreal, como de estar en Marte. Al verificar el estado de su cinturón, confirmó lo que ya se temía: que durante la persecución había perdido la linterna.

La operación se había ido al garete. Se habían separado. Raskovich estaba perdido, Larssen no daba señales de vida, a Lefty y los perros podía haberles pasado cualquier cosa... Lo menos que se podía decir era que McFelty ya sabía que estaban en la cueva. Si estaba muerto, o herido... Hazen llegó a la conclusión de que ya tenía bastantes problemas para perder el tiempo con hipótesis. Más valía reunirlos a todos y hacer un balance de la situación.

Mierda. ¿Cómo podía costar tanto reconocer el agujero por donde había salido?

Examinó el suelo de la cueva en busca de huellas u otras marcas, pero todos los túneles parecían muy transitados. Lo cual, de por sí, ya era muy raro.

Repasó mentalmente los últimos sucesos, por si se acordaba de algún punto de referencia, pero todo era muy vago. Había estado concentrado en alcanzar a Raskovich. A pesar de todo, se inclinaba por considerar como más probable el pasadizo de la derecha. Lo recorrió unos quince metros, y lo encontró sembrado de trozos de estalactita como dientes. No se acordaba de haberlos visto. ¿Habría

pasado demasiado deprisa?

« Me cago en la mierda...» .

Caminó un poco más, pero seguía sin ver nada familiar. Masculló otro taco y volvió a la cueva de las columnas, desde donde tomó otro de los túneles. Iba despacio, intentando acordarse, y sintiendo que se le aceleraba el pulso. No, no le sonaba nada. Las rocas mojadas, los cristales, los montículos brillantes y estriados... Todo le parecía desconocido.

De pronto oyó algo delante, como una voz cantando.

—¡Eh!

Apretó el paso, y tras el siguiente recodo llegó a una bifurcación.

La voz ya no se oía.

Se volvió y exclamó:

—¿Larssen? ¿Cole?

Nada.

—¡Contestad, joder!

Esperó. Pero ¿no le oían? Pues el ruido había sido muy nítido. ¿Cómo era posible que no lo oyeran?

Lo que se oyó fue una voz aguda cantando, pero más lejos, por el túnel de la izquierda.

—¿Larssen?

Se descolgó la escopeta del hombro y se metió en el túnel izquierdo. El sonido se acercaba. Caminó con pies de plomo y los sentidos alerta, procurando controlar su corazón, que parecía latir con demasiada fuerza dentro de su pecho.

Algo se movió en la periferia de su campo visual. Se detuvo y dio media vuelta.

—¡Eh!

Tuvo ocasión de entreverlo antes de que desapareciera en la oscuridad; fue un simple vistazo, pero suficiente para poder afirmar que no era nadie de su equipo.

Ni mucho menos McFelly.

## Sesenta y cuatro

Al otro lado de una curva, una imagen grotesca frenó la loca huida de Chester Raskovich, que la miró con unos ojos como platos. Una figura de pelo ralo, vestida con harapos, le cerraba el paso. Estaba en cuclillas, con las órbitas vacías y la boca muy abierta, enseñando los dientes como para morder.

Raskovich reculó con un relincho de terror. Quería correr, pero no podía. Solo podía esperar a que aquel ser se le echara encima. Era como una pesadilla; tenía los pies paralizados y clavados al suelo, y no podía huir.

Poco a poco, bocanada de aire a bocanada de aire, la parálisis y el susto remitieron, y volvió a imperar el raciocinio. Se acercó. Solo era el cuerpo momificado de un indio sentado en el suelo, con las huesudas rodillas en alto, la boca abierta y, bajo los labios apergaminados, una hilera de dientes grandes y marrones. Alrededor había un círculo de vasijas, con una punta de flecha en cada una. La momia estaba envuelta en raídos trapos, que en otros tiempos podían haber sido piel de gamo.

Apartó la mirada, tragó saliva y volvió a mirar, mientras recuperaba el resuello. Lo que veía era un enterramiento indio prehistórico. Reconoció unos restos de mocasines con cuentas en los pies cruzados, junto a un escudo con pinturas y algunas plumas en pésimo estado.

—¡Mierda! —exclamó, avergonzado por el pánico, y dándose cuenta por primera vez de lo que había hecho.

La había cagado. Su primer trabajo como poli de verdad, y había perdido los papeles frente al mismísimo sheriff Hazen. ¿A quién se le ocurría huir como un conejo? Ahora estaba perdido en una cueva, con un asesino suelto y ningún indicio sobre el camino que había que seguir. Sucumbió a la vergüenza y la desesperación. Habría hecho mejor quedándose en la universidad, vigilando que no entraran alumnos en la torre de aguas y repartiendo tiques para el aparcamiento.

De repente, desahogó toda su rabia y frustración dándole una patada a la momia. Su pie provocó un ruido hueco, y la parte superior de la cabeza estalló en una nube de polvo marrón, de la que salió un cúmulo de insectos blancos que parecían cucarachas albinas. La momia se derrumbó de costado con la mandíbula suelta, y rodó por el suelo hasta quedar inmóvil entre pedazos de cráneo. Una serpiente blanquecina que había estado escondida entre los harapos se desenroscó como un relámpago y se perdió en la oscuridad como un fantasma filiforme.

—¡Mierda, mierda y mierda! —exclamó Raskovich, dando un salto hacia atrás—. ¡Me cago en todo!

Respiraba con fuerza, oyendo la vibración del aire en su garganta. No sabía dónde estaba, cuánto había corrido ni adonde le convenía ir.

Piensa un poco.

Miró alrededor, iluminando las superficies húmedas con su linterna de infrarrojos. Había corrido por una hendidura estrecha y alta, de suelo de arena. Tan alta era que no se veía el techo. Reconoció sus huellas en la arena. Escuchó, pero no se oía nada, ni siquiera agua.

Vuelve por donde has venido.

Tras un último vistazo al sepulcro recién profanado, dio media vuelta y regresó por la hendidura, atento al suelo. Empezaba a observar algo que en su huida se le había pasado por alto: la presencia, en casi todos los nichos y repisas de las dos paredes, de huesos y otros objetos: vasijas pintadas, carcajes con flechas, calaveras huecas pobladas por seres cavernarios... Era un mausoleo, una catacumba india.

Tuvo escalofríos.

Fue un alivio que los sepulcros pronto quedaran atrás. La hendidura se ensanchó, y, como el techo había bajado, Raskovich vio estalactitas de aspecto amenazador. El suelo de arena dejó paso a una serie de charcas que formaban un dibujo peculiar, como el de un arrozal. Con la arena, también se perdieron sus huellas.

Llegó ante dos aberturas, una de ellas alta y parcialmente taponada por bloques de caliza. La otra estaba abierta. ¿Por dónde iba?

«Piensa, imbécil. Haz memoria».

Por desgracia, no lograba acordarse del camino.

Se le ocurrió gritar, pero lo descartó enseguida. ¿De qué servía llamar la atención? Lo que habían encontrado los perros podía seguir cerca, en su busca. Aunque las dimensiones de la cueva superasen cualquier expectativa, con tiempo, y resistiendo al pánico, no tenía por qué ser imposible encontrar la salida. Además, seguro que lo estaban buscando. Eso había que tenerlo presente.

Se decantó por la mayor de las dos aberturas, y descubrió con alivio un largo túnel que le resultaba familiar. También vio algo más con las gafas, una mancha borrosa y rojiza sobre una repisa, junto a un agujero. Eran varios objetos ordenados. ¿Otro sepulcro?

Se acercó. Había otra calavera india, así como plumas, puntas de flecha y huesos, pero estos últimos estaban ordenados de forma muy extraña. La composición resultaba vagamente inquietante, sin ningún parecido con las de los libros o los museos. Por otro lado, no todos los objetos eran indios; también había extrañas figuritas de hilo y cordel, un lápiz roto, una letra de madera podrida, y los fragmentos de una cabeza de muñeca de porcelana.

Joder, pero qué mala espina le daba todo... Retrocedió. Aquello no era antiguo. Alguien había cogido los huesos prehistóricos y los había colocado así, combinándolos con lo demás. Sintió que un escalofrío recorría la espalda.

De repente oyó un gruñido en la oscuridad, a sus espaldas.

Dejó de moverse. El silencio volvía a ser total. Pasaron dos minutos, pero Raskovich seguía paralizado por la incertidumbre y el miedo.

Llegó un momento en que ya no pudo contenerse y dio media vuelta. Lenta, muy lentamente, se volvió hasta ver la causa del ruido.

Se quedó inmóvil otra vez, paralizado de los pies a la cabeza, sin rastro de respiración entre sus labios. Aquel ser estaba allí, grotesco, deforme y espantoso. Era una imagen tan horrible que todos sus detalles se le grabaron en el cerebro. ¿Podía ser que lo que cubría aquellas piernas gigantescas y torcidas fueran unos pantalones cortos cosidos a mano, con tirantes adornados con caballitos? ¿Era posible que los restos de camisa que envolvían el pecho musculoso tuvieran dibujos de cometas y cohetes? ¿Y era posible que la cara de encima fuera tan... tan...?

La horripilante figura dio un paso, mientras Raskovich la contemplaba sin poder moverse. Un brazo fornido le pegó una bofetada, y le hizo caer al suelo, con lo que perdió las gafas de visión nocturna.

El golpe quebró el hechizo del miedo. Por fin Raskovich podía mover los brazos y las piernas. Se arrastró hacia atrás sin ver nada, mientras por la garganta se le escapaba una especie de gemido. Oyó que el monstruo arrastraba los pies en la misma dirección, haciendo ruidos de succión con la boca. En un momento dado logró ponerse en pie para retroceder unos pasos, pero el último no encontró apoyo y le hizo perder el equilibrio. Al caer hacia atrás se puso rígido, previendo chocar con el duro suelo de piedra de la cueva, pero no hubo ningún choque. Lo único que hubo fue una potente ráfaga de viento, mientras Raskovich caía y caía por el negro vacío interminable.

## Sesenta y cinco

Hank Larssen miró a Cole y Brast. Con aquella luz roja, los policías parecían monstruos con gafas.

—La verdad, no creo que hayan ido por aquí —les dijo.

No respondieron.

—¿Bueno, qué?

Miró a Cole, y luego a Brast. Casi parecían gemelos: en forma, musculosos, con el pelo muy corto, la mandíbula perfectamente definida y una mirada de acero. O que lo había sido. Ahora se los veía confusos y dubitativos, incluso a la pálida luz de las gafas de visión nocturna. Comprendió que había sido un error salir de la enorme cueva de columnas de caliza en busca de Hazen. Los ladridos de los perros habían cesado de repente. Ellos tres habían bajado por uno de los innumerables pasadizos laterales, siguiendo lo que parecían pasos alejándose, pero el pasadizo se bifurcaba varias veces hasta convertirse en un lío desconcertante de túneles. En un momento dado, Larssen había tenido la impresión de oír que Hazen lo llamaba, pero como mínimo hacía diez minutos que no oía nada más. Iba a ser arduo encontrar la salida.

Se preguntó cómo se había convertido en el líder de facto de aquella excursión. Tanto Cole como Brast formaban parte del tan cacareado «equipo de alto riesgo», y ambos se habían entrenado para situaciones especiales como aquella. En el cuartel general de la policía del estado disponían de instalaciones deportivas, campo de tiro, seminarios especiales de entrenamiento y ejercicios de fin de semana. Larssen esperó no tener que cogerlos de la mano.

—¡Venga, despertaos! ¿No me oís? He dicho que no creo que hayan ido por aquí.

—No sé —dijo Brast—. A mí me parece que sí.

—Ah, te parece que sí —repitió Larssen, sarcástico—. ¿Y a ti, Cole?

Cole se limitó a negar con la cabeza.

—Bueno, pues no se hable más. Ahora mismo damos media vuelta y salimos.

—¿Y Hazen? —dijo Cole—. ¿Y Weeks?

—El sheriff Hazen y el agente Weeks son miembros de las fuerzas del orden, muy capaces de cuidarse solos.

Los dos policías se limitaron a mirarlo.

—¿Estamos de acuerdo sí o no? —preguntó Larssen, levantando la voz—. Malditos idiotas...

—Yo sí —dijo Brast, visiblemente aliviado.

—¿Sargento Cole?

—No me gusta dejar a nadie en esta cueva.

Todo un héroe, pensó Larssen.

—Mira, Cole, no tiene sentido seguir dando vueltas. Al menos así podremos ir

a por refuerzos. Pueden estar en cualquier sitio de este laberinto. No me sorprendería que ya estuviesen a punto de salir.

Cole se humedeció los labios.

—Bueno, vale —dijo.

—Pues vamos.

A los cinco minutos de buscar el bosque de caliza, llegaron a una bifurcación que no les sonaba de nada, y Larssen oyó el ruido por primera vez. También debían de haberlo oído los demás, porque se volvieron al mismo tiempo. Era un sonido muy tenue, pero inconfundible: los pasos de alguien que se acercaba corriendo muy deprisa. Pero no eran humanos. Su ritmo era demasiado veloz.

Era algo grande.

—¡Las armas! —exclamó Larssen, mientras apoyaba una rodilla en el suelo y la escopeta en el hombro.

Apuntó hacia la bifurcación.

Los pasos se acercaron, acompañados por golpes metálicos. De pronto, una gran forma rojiza salió de la oscuridad. Fuera lo que fuese, era enorme.

—¡Preparados!

La cosa se les echaba encima a una velocidad brutal. Cruzó un charco, levantando una cortina de gotas.

—¡Esperad! —dijo Larssen—. ¡Aún no disparéis!

Era uno de los perros.

El animal corrió hacia ellos sin advertir su presencia. Miraba fijamente hacia delante con los ojos desquiciados, y no hacía ningún ruido aparte del que producían sus enormes patas en la piedra. A su paso, Larssen vio que estaba cubierto de sangre, y que le faltaban una oreja y parte de la mandíbula inferior. Los labios, grandes y negros, se balanceaban fofamente junto con la lengua, goteando espuma y sangre.

El perro solo tardó un segundo en desaparecer, junto con el ruido de sus pasos. Volvió a reinar el silencio. Había sido todo tan rápido que Larssen estuvo a punto de pensar que lo había imaginado.

—Pero ¿qué coño...? —susurró Brast—. ¿Habéis visto...?

Larssen quiso tragar saliva, pero tenía la boca seca, como llena de serrín.

—Debe de haber resbalado.

—¡Sí hombre! —dijo Cole, con una voz que resonaba más de lo normal en la estrechez del túnel—. Es imposible perder media mandíbula por una caída. Lo ha atacado alguien.

—O algo —murmuró Brast.

—¡Brast, por favor! —dijo Larssen—. ¡No seas tan miedica!

—Pues ¿por qué corría tanto? Estaba cagado de miedo.

—Vámonos —dijo Larssen.

—Por mí encantado.

Dieron media vuelta. Larssen no apartaba la vista de las huellas húmedas del perro. Probablemente fueran de fiar. Así se ahorraban problemas.

Brast rompió el silencio.

—He oído algo.

Se detuvieron.

—Está cruzando el charco de antes.

—No empieces, Brast.

Sin embargo, Larssen también lo oyó: un paso en el agua, otro... Se volvió y fijó la vista en la oscuridad del túnel, con sus paredes rojas a la luz de las gafas, pero no vio nada.

—Habrán sido unas gotas.

Se encogió de hombros y dio media vuelta para seguir las huellas de perro.

—¡Muh!

Justo cuando Brast pegaba un grito, Larssen se sintió empujado con tal fuerza por la espalda que cayó de bruces, y sus gafas de visión nocturna salieron disparadas. Brast aún gritaba. Cole soltó un chillido agudo y corto.

Larssen ya no veía nada. Desesperado, se arrastró a gatas hasta reconocer con gran alivio la forma de las gafas. Volvió a ceñírselas a la cabeza con los dedos embotados, y miró alrededor.

Cole gritaba en el suelo, aferrándose el brazo. Brast, pegado a la pared de la caverna, soltaba tacos y buscaba las gafas a gatas, como había hecho Larssen un segundo antes.

—¡Mi brazo! —gritó Cole.

Le sobresalía un trozo de hueso, en un ángulo anómalo. La herida chorreaba sangre caliente, que con las gafas parecía casi blanca.

Larssen apartó la vista de su compañero y, con el arma a punto, se volvió en busca de lo que los había atacado, pero solo vio el lúgubre resplandor artificial de las paredes de la cueva.

Un breve sonido similar a una risa, o a un grito de victoria, surgió de algún punto de la oscuridad. Larssen aferró la escopeta. Era imposible averiguar su procedencia.

Solo estaba seguro de algo: de que estaba cerca.

## Sesenta y seis

El cabo Shurte, de la policía de carreteras de Kansas, palpó su pistola balanceándose hacia delante y atrás, y consultó su reloj: las once y media. Hazen y sus hombres llevaban más de una hora dentro de la cueva. ¿Cuánto tiempo hacía falta para acorralar a McFelly, ponerle las esposas y sacarlo a rastras? Estar allí fuera, sin saber nada, ponía los nervios de punta. Por supuesto que una parte de la culpa la tenía el tiempo. Shurte siempre había vivido en aquella zona de Kansas, pero no recordaba una tormenta igual. Normalmente, lo peor pasaba bastante pronto, mientras que en ese caso no solo el mal tiempo parecía estancado desde varias horas, sino que iba a peor: un viento alucinante, lluvia a cántaros, y relámpagos como para partir el cielo en dos. Antes del definitivo corte de las comunicaciones por radio, se había hablado de un tornado de fuerza tres en dirección a Deeper; al parecer era un infierno, con la Agencia Federal de Emergencias intentando trabajar y las carreteras cortadas.

Para colmo, el apagón. Habitualmente solo afectaba a una parte de la red, o a dos como máximo, pero el de esa noche había sido como una mano gigante desenchufando un pueblecito tras otro: después de Medicine Creek, Hickok, DePew, Ulysses, Johnson City, Lakin, y por último Deeper. Después del apagón de Deeper, la radio de Shurte se había quedado muda por culpa de una avería en los repetidores. Shurte, que era de Garden City, se alegraba de que lo peor se lo estuviera llevando el otro lado del condado, pero aun así tenía miedo por su mujer e hijos. Menuda nochecita para no estar en casa.

La lámpara de propano bañaba la boca de la cueva con su tenue resplandor. Al otro lado de la grieta, Williams parecía un zombi, encorvado para protegerse de la lluvia y con los ojos como grandes manchas negras. Lo único que le prestaba una semblanza vagamente humana era el cigarrillo encendido que colgaba de su boca.

Otro relámpago resquebrajó el cielo casi de horizonte a horizonte, y ofreció, más allá de la cueva, una breve imagen de la mansión de los Kraus, grande, vieja, aislada y deteriorada, oscura bajo la lluvia.

Shurte miró a Williams.

—¿Qué, durará mucho esto de vigilar la entrada? Lo digo porque me estoy empapando.

Williams tiró al suelo el cigarrillo, lo apagó con la bota y se encogió de hombros.

Otro relámpago. Shurte echó un vistazo a la negra hendidura por donde se bajaba a la caverna. Quizá tuvieran acorralado al criminal, y estuvieran intentando convencerlo...

Entonces oyeron, por encima del viento, un ritmo de pasos pesados saliendo de la cueva.

Shurte avanzó con la escopeta en alto.

—¿Lo has oído? —preguntó.

De pronto, algo oscuro se acercó por la grieta: un perro enorme que corría como si lo persiguiese el mismísimo diablo, con la cadena a rastras como un látigo, golpeteando el suelo con las patas.

—¡Williams! —exclamó Shurte.

Justo cuando el animal salía disparado por la boca de la cueva, se sucedieron otro relámpago brutal y un estruendo que hizo temblar el suelo. El perro, confuso, vaciló; giraba en redondo dando mordiscos al aire, con la mirada perdida, desquiciada. A la luz lívida del rayo, Shurte vio que estaba rojo y mojado.

—Me cago en... —musitó.

El perro se agazapó, mirando la luz de la lámpara. Aún temblaba con todo el cuerpo, pero no hizo ningún ruido.

—¡Joder! —dijo Williams—. ¿Le has visto la boca? Parece que le hayan pegado varios tiros de escopeta.

El perro se tambaleó en un charco de sangre. Consiguió no caerse, pero sufría un temblor incontrolable en sus enormes patas.

—Sujétalo —dijo Shurte—. Coge la cadena.

Williams se agachó y recogió lentamente la punta de la cadena. El perro, mientras tanto, seguía quieto, temblando de dolor y miedo.

—Tranquilo, perrito... Tranquilo... Así...

Williams levantó poco a poco la punta de la correa hacia el único sitio donde se podía atar: una clavija que sobresalía de la bisagra de la puerta de la cueva. Al sentir la tensión en el cuello, el perro giró en redondo con un ladrido de rabia y se lanzó sobre él. Williams cayó gritando al suelo, y soltó la correa. En menos de un segundo, la forma oscura del perro había desaparecido en el maizal.

—¡Me ha mordido, el muy cabrón! —exclamó Williams, cogiéndose la pierna.

Shurte corrió hacia él y lo iluminó con la linterna. Tenía los pantalones desgarrados, y un corte en el muslo que chorreaba sangre.

—¡Joder, Williams! —dijo, moviendo de lado a lado la cabeza—. ¡Parece mentira que solo tuviera media mandíbula!

## Sesenta y siete

Larsen se agachó junto a Cole, que se balanceaba gimiendo en el suelo. La fractura tenía mal aspecto. Era múltiple, un hueso astillado le sobresalía justo encima del codo.

—¡No veo nada! —exclamó Brast—. ¡No veo nada!

—Tranquilo —contestó Larsen.

Reconoció el suelo con sus gafas. Durante el ataque, se les habían caído a los tres. Vio un par en un charco, pero tenían un cristal roto. De las terceras, ni rastro. ¿Era él el único que aún podía ver? Eso parecía.

—¡Ayúdame a buscar las gafas! —exclamó Brast.

—Ya no sirven.

—¡No! ¡No!

—Oye, Brast, que Cole está herido. Contrólate.

Larsen se quitó la camisa y la hizo tiras, sin dejarse afectar por el frío y la humedad de la cueva. Después buscó algo que sirviera de tablilla, pero no vio nada. Lo mejor era atar el brazo al tronco y dejarlo así. Ante todo tenían que salir. Aunque Larsen no estaba especialmente asustado (carecía de la imaginación necesaria para tener miedo), entendía perfectamente la gravedad de la situación. Ignoraba quién los había atacado, pero en todo caso era alguien que conocía la cueva como la palma de su mano, y que llevaba mucho tiempo en su interior; alguien capaz de moverse por ella como pez en el agua, y muy deprisa. Larsen había visto su silueta: grande, desgarrada, y con el encorvamiento propio de haber vivido muchos años en lugares de techo bajo.

Hazen solo había acertado a medias. El asesino estaba en la cueva, pero no era McFelly, ni tenía nada que ver con Lavender. Se trataba de algo infinitamente más extraño, y más oscuro.

Se esforzó por concentrarse en lo inmediato.

—Cole...

—¿Qué?

La voz de Cole era débil. Vio que temblaba. Del susto.

—Como no tengo nada para entablillarte el brazo, te lo inmovilizaré atándolo al pecho.

Cole asintió.

—Te dolerá.

Volvió a asentir.

Larsen ató dos tiras de tela y las colgó del cuello de Cole. Después cogió su brazo lo más suavemente que pudo y lo introdujo por el cabestrillo. Cole hizo una mueca de dolor y gritó.

—¿Qué ha sido? —dijo Brast con tono de pánico—. ¿Ya ha vuelto?

—No pasa nada. Tranquilo, y haz lo que te diga.

Larsen trató de parecer sereno. Casi habría preferido reunirse con Hazen. Podía ser un gilipollas, pero nunca lo habían acusado de cobarde.

Arrancó más tiras de la camisa y se las ató a Cole en la caja torácica para inmovilizar el brazo roto. Cole hizo una mueca de dolor, porque los huesos fracturados se rozaban. Sudaba mucho y temblaba.

—¿Puedes levantarte?

Lo hizo, pero se tambaleó y Larsen tuvo que sujetarlo.

—¿Y caminar?

—Creo que sí —gruñó Cole.

—¡No pensaréis dejarme solo! —exclamó Brast, buscando a tientas a Larsen.

—Nos vamos los tres.

—Pero ¿y mis gafas?

—Ya te he dicho que se han roto.

—Déjame verlas.

Larsen las recogió del agua con un suspiro de irritación y se las dio. Brast las palpó desesperadamente y quiso encenderlas, pero lo único que consiguió fue un chispazo y un siseo. Las tiró al suelo. Su voz era aguda, de pánico.

—¡Dios mío! ¿Cómo vamos a salir de...?

Larsen lo agarró por la camisa y se la retorció.

—¡Brast!

—¿Tú lo has visto? ¿Tú lo has visto?

—No, ni tú tampoco. Venga, cállate de una vez y haz lo que te diga. Date la vuelta, que tengo que coger algo de tu mochila. Voy a usar tu cuerda para no separarnos. Me la ataré a la cintura y os la pasaré a ti y a Cole. Tú sujétala con una mano, y ayuda a Cole a caminar. ¿Lo has entendido?

—Sí, pero...

Larsen zarandeó a Brast sin contemplaciones.

—He dicho que te calles y que hagas lo que te diga.

Brast se calló.

Larsen metió la mano en la mochila, encontró la cuerda y se la ató a la cintura. Quedaban aproximadamente tres metros. Se aseguró de que Brast y Cole la sujetaran bien.

—Bueno, venga, vamos a salir. Que esté bien tensa la cuerda, no la soltéis, y sobre todo no hagáis ruido.

Dio algunos pasos por el túnel largo y negro. Sus brazos desnudos temblaban, pero no precisamente de frío. El «¿Tú lo has visto?» desesperado de Brast se le repetía en la cabeza, a pesar de todos sus esfuerzos por borrarlo. A decir verdad, Larsen solo lo había entrevisto, pero tenía de sobra.

« No lo pienses. Lo importante es salir » .

Cole y Brast lo seguían a ciegas, arrastrando los pies y tropezando. De vez en

cuando Larssen les murmuraba una advertencia referida a algún obstáculo, o paraba para ayudarlos a cruzar algún paso complicado. Iban tan despacio que fue una agonía llegar a la siguiente bifurcación.

Larssen la examinó, fijándose en la dirección de las huellas ensangrentadas de perro. Después volvieron a ponerse en camino, pero un poco más deprisa. El suelo estaba cubierto de arroyuelos y charcos. La cueva hacía resonar el chapoteo de sus pies. Los grabados, mientras tanto, se habían espaciado. Para ponerse a salvo bastaría con encontrar el camino a la caverna grande, la de las columnas de caliza; y Larssen confiaba bastante en recordarlo.

—¿Estás seguro de que hemos venido por aquí? —preguntó Brast con una voz aguda y tensa.

—Sí —dijo Larssen.

—¿Qué nos ha atacado? ¿Tú lo has visto? ¿Tú...?

Larssen se volvió, pasó junto a Cole y abofeteó a Brast sin contemplaciones.

—¡Yo lo he visto! ¡Yo lo he visto! ¡Yo lo he visto!

No contestó. Se sentía capaz de matarlo si no callaba pronto.

—No era humano. Era una especie de neandertal, con una cara grande como de... de... ¡Ay, Dios mío!

—Te he dicho que te calles.

—No quiero. Tengo que decírtelo. No sé con qué nos enfrentamos, pero no es natural, y...

—Brast...

Era Cole, con los dientes apretados.

—¿Qué?

Cole usó el otro brazo para apuntar con la escopeta hacia la oscuridad del túnel y apretar el gatillo. La detonación fue ensordecedora, y desprendió una lluvia de pequeñas piedras que rebotaron en los hombros de los tres. El eco, mientras tanto, saltaba de pared a pared, y recorría el túnel en toda su profundidad sin acabar de alejarse.

—Pero ¡qué coño ha sido eso!

Brast prácticamente gritaba. Cole cogió la cuerda y esperó a que el eco se apagara para decir:

—Como no te calles, Brast, el próximo es para ti.

Hubo un momento de silencio.

—Venga —dijo Larssen—, que estamos perdiendo el tiempo.

Siguieron adelante, con una breve pausa en la siguiente bifurcación. La hilera de huellas de perro ensangrentadas llevaba a la derecha. La siguieron por otro pasadizo de techo bajo. Al cabo de unos minutos, el túnel se abrió a una cueva enorme rodeada por cortinas de caliza, y llena de grandes columnas. Larssen sintió un alivio inmenso. La habían encontrado.

Cole tropezó, gruñó y se sentó a medias en un charco de agua.

—No te pares —dijo Larssen, cogiéndole el brazo sano para ayudarlo a que se levantara—. Ya sé dónde estamos. No podemos parar hasta que hayamos salido.

Cole asintió con la cabeza, tosió y dio unos pasos tropezando. Está en estado de shock, pensó Larssen. Era necesario salir antes de que se viniera completamente abajo.

Se adentraron en la caverna, que era como un bosque. La pared del fondo albergaba varios túneles, que a la luz rosada de las gafas parecían bocas bostezando. Larssen no recordaba haber visto tantos. Buscó las huellas del perro en el suelo, pero el riachuelo había borrado cualquier rastro.

—Un momento —dijo de repente—. No hagáis ruido.

Dejaron de caminar. Detrás se oía un chapoteo que no se explicaba por los ecos de la galería. Poco después, todo volvió a quedar en silencio.

—¡Lo tenemos detrás! —exclamó Brast.

Larssen les ordenó que se escondieran tras una de las columnas. A continuación preparó la escopeta y miró por las gafas. La cueva estaba vacía. ¿Y si al fin y al cabo había sido el eco?

Al volverse, vio a Cole precariamente apoyado en la columna de caliza. Estaba casi inconsciente.

—¡Cole!

Lo levantó a la fuerza. Cole tosió y se tambaleó. Larssen le hizo agacharse rápidamente con la cabeza entre las piernas.

Cole vomitó.

Brast temblaba sin abrir la boca, mientras sus ojos, muy abiertos de miedo, se clavaban inútilmente en la oscuridad.

Larssen se agachó, cogió un poco de agua con las manos y se la echó a Cole en la cara.

—¡Cole! ¡Eh, Cole!

Estaba con la mirada perdida. Cayó al suelo. Se había desmayado.

—¡Cole!

Le tiró más agua y le dio unas suaves bofetadas.

Cole tosió y volvió a vomitar.

—¡Cole! —Larssen trató de levantarlo, pero era como un saco de cemento—. ¡Coño, Brast, ayúdame!

—¿Cómo? No veo nada.

—Tantea la cuerda. ¿Sabes llevar a una persona entre dos?

—Sí, pero...

—Pues venga.

—Es que no veo nada. Además, no hay tiempo. ¿Y si lo dejamos aquí y vamos a buscar ayuda a...?

—A ver si te dejo a ti. ¿Te gustaría?

Larssen encontró las manos de Brast, y las juntó con las suyas. Cuando dio la señal, se agacharon, cogieron el cuerpo caído de Cole e intentaron levantarlo.

—¡Joder, pesa una tonelada! —dijo Brast sin aliento.

Justo en ese momento, Larssen oyó un chapoteo muy definido. Eran pasos pesados en los charcos que acababan de cruzar.

—Te digo que tenemos algo detrás —dijo Brast, mientras hacía esfuerzos desesperados por levantar a Cole—. ¿No lo has oído?

—Calla y muévete.

Cole se desplomó hacia atrás, amenazando con irseles de las manos. Volvieron a erguirlo y avanzaron a trancas y barrancas.

Detrás seguía el chapoteo.

Larssen volvió la cabeza, pero solo vio manchas rosadas y rojas. Tras elegir un estrecho pasadizo de la pared del fondo (por donde pensó que estaba la salida), siguió caminando con obstinación. Si encontraba un buen parapeto, podría contener a la cosa con la escopeta.

—Dios mío... —dijo Brast entrecortadamente—. Dios mío, Dios mío...

Se agacharon para meterse lo antes posible por el pasadizo, llevando a Cole entre los dos. Larssen tropezó por culpa de la cuerda, que se le había enredado en los tobillos, pero se levantó enseguida y siguió caminando. Un poco más lejos, el túnel ganaba altura y quedaba cubierto por una extraña formación de miles de estalactitas como agujas, o en algunos casos todavía más finas, como hilos.

«Coño. De esto no me acuerdo», pensó Larssen.

Otro chapoteo en la oscuridad de detrás.

De pronto Brast tropezó con una piedra, y Cole se les fue de las manos, cayendo pesadamente sobre el brazo roto. Gimió, rodó y se quedó quieto.

Larssen lo soltó para coger el arma, y apuntar torpemente hacia la oscuridad.

—¿Qué es eso? —gritó Brast—. ¿Qué hay ahí?

En ese preciso instante, una forma monstruosa se abalanzó sobre ellos surgida de la oscuridad. Larssen gritó y retrocedió disparando, mientras Brast se quedaba paralizado de miedo, clavado al suelo y tanteando a ciegas.

—¡No me sueltes...!

Larssen cogió su mano y tiró. Justo entonces, algo cayó sobre el cuerpo tumbado de Cole, y las dos figuras se fundieron en un amasijo borroso que la luz de las gafas teñía de rojo. Larssen volvió a tambalearse hacia atrás, mientras hacía esfuerzos por tirar de Brast y levantar la escopeta. Entonces oyó el sonido de algo rompiéndose, como cuando se arranca un muslo de pavo, y Cole profirió un horrible alarido en falsete.

—¡Ayúdame! —gritó Brast, aferrándose a Larssen como si se ahogara, pero lo único que consiguió fue derribarlo y que no pudiera apuntar. Larssen lo empujó con todas sus fuerzas, sin renunciar a levantar el arma, pero Brast se le echó de nuevo encima entre sollozos, y no lo soltó.

Sonó un disparo, pero, lejos de dar en el blanco, hizo caer al suelo varias agujas de caliza. De repente la forma se había levantado, y la tenían delante. Larssen se quedó petrificado del susto. Aquello empuñaba el brazo de Cole, con los dedos moviéndose espasmódicamente. Larssen volvió a disparar, pero había vacilado demasiado; la forma ya se cernía sobre ellos, y lo único que pudo hacer fue volverse y huir por el húmedo túnel, mientras Brast gritaba enloquecido y ciego.

Un poco más lejos, Cole aún chillaba.

Larssen corrió y corrió.

## Sesenta y ocho

Corrie permaneció mucho tiempo en la oscura humedad, sumida en una especie de confusa ensoñación que le hacía preguntarse dónde estaba, qué había pasado con su habitación y su cama, con su ventana... Todo ello hasta que se incorporó con la cabeza como un bombo, y el regreso del dolor trajo consigo el recuerdo de la cueva, del monstruo... y del pozo.

Escuchó. Solo se oía el goteo del agua; por lo demás, todo estaba en silencio. Finalmente se levantó, y, aunque le fallaba un poco el equilibrio, se le redujo el dolor de cabeza. Al tender los brazos, sus manos chocaron con la pared lisa y mojada del pozo.

Lo circundó, palpando la roca mojada en busca de asideros, grietas o cualquier otra cosa por donde pudiera trepar, pero era una pared de una piedra sumamente resbaladiza, pulida por el agua, imposible de escalar. Además, ¿qué haría una vez fuera? Sin luz, estaba poco menos que prisionera.

No había esperanza, ni manera alguna de salir. No había, en suma, más remedio que esperar: esperar a que volviera el monstruo.

Se dejó vencer por una gran impotencia, una desolación tan intensa que le produjo un malestar físico. Las expectativas suscitadas por su breve tentativa de huida no habían hecho sino exacerbar su desesperación. En el pozo no había esperanza. Nadie sabía dónde estaba, ni que hubiera entrado en la caverna; y tarde o temprano volvería aquel ser, con ganas de «jugar».

Sollozó al pensarlo.

Sería el final de una vida triste e inútil.

Se apoyó en la pared húmeda y, dejándose caer, echó a llorar. Eran muchos años de amargura contenida los que se desahogaban con aquellas lágrimas. Una serie de imágenes cruzó por su cabeza. Se acordó de cuando iba a quinto curso y, al volver a casa, se quedaba sentada en la cocina viendo que su madre bebía uno tras otro botellines de vodka, sin saber por qué le gustaban tanto. Se acordó de la Nochebuena de hacía dos años, cuando su madre había vuelto a las dos de la mañana borracha y con un hombre. Había sido una Navidad sin calcetines ni regalos, y una mañana como cualquier otra de levantarse a mediodía con resaca. Se acordó del día triunfal en que había podido comprarse el Gremlin con el dinero que había sacado trabajando en la librería Book Nook (antes de que cerrara). Se acordó del enfado de su madre al verla llegar con el coche. Pensó en el sheriff, y en su hijo; en cómo olían los pasillos del instituto, en las nevadas que tapaban los campos con un manto blanco sin fisuras... Pensó en sus lecturas veraniegas bajo las líneas de alta tensión, y en los susurros maliciosos de los bordes con los que se cruzaba por el pasillo.

El monstruo volvería, la mataría, y de ese modo lo borraría todo, todos los recuerdos amargos que poblaban su cabeza. Nadie hallaría su cadáver. Primero

la buscarían, pero con pocas ganas; después, todos la olvidarían. Su madre pondría la habitación patas arriba hasta encontrar el dinero sujeto con celo bajo el cajón del escritorio, y estaría contenta. Contenta de no tener que compartirlo con nadie.

Corrie lloró a lágrima suelta, y el eco de su llanto resonó en el pozo.

Retrocedió con la memoria hasta llegar a los primeros años de su infancia. Se acordó de una mañana de domingo en que se había levantado temprano para hacer creps con su padre, y había desfilado con los huevos en la mano, cantando como los soldados de *El mago de Oz*. Tenía la sensación de que su padre solo le había dejado recuerdos bonitos. Lo veía riendo, jugando, mojándola con la manguera un día de mucho calor, o llevándosela al río a nadar. Se acordó de cuando lavaba su Mustang descapotable hasta dejarlo como una patena, con el cigarrillo en la boca y los ojos azules brillando. Siempre la levantaba para que se viera reflejada como en un espejo, y luego se la llevaba a dar una vuelta. Se acordó sin esfuerzo, como si fuera ayer, de cómo se abrían los maizales a su paso, y de la sensación exultante de aceleración y libertad de esos paseos.

Sumida en el silencio, en la negrura absoluta y terminal del pozo, sintió desmoronarse los muros protectores que había erigido con esmero durante tantos años. En un momento tan extremo, las únicas preguntas que quedaban en su mente eran las que casi nunca se había permitido formular: ¿por qué se había ido su padre? ¿Por qué nunca había vuelto a visitarla? ¿Qué defecto tenía ella para que no hubiera querido volver a verla jamás?

Pero en aquella oscuridad no podía engañarse. Tenía otro recuerdo un poco más reciente: el de volver a casa y encontrarse a su madre quemando una carta en el cenicero. ¿Era de su padre? ¿Por qué no había discutido con su madre? ¿Por miedo a que la carta no fuera de quien creía?

La pregunta flotó sin respuesta en la negrura. En un momento así, no había contestación posible. Pronto acabaría todo en aquel pozo, y la pregunta ya no tendría sentido. Tal vez su padre ni siquiera llegara a enterarse de su muerte...

Pensó en Pendergast, la única persona que la había tratado como una adulta. Pues a él también le había fallado, con la estúpida idea de bajar a la cueva sin decirselo a nadie. Qué tonta. Qué tonta.

Desahogó su tristeza con un fuerte sollozo, lleno de dolor, pero el eco lo repitió de modo tan horrible y cruel por encima de su cabeza que tragó saliva, se atragantó y calló.

—¡Basta de compadecerse! —dijo en voz alta.

De repente, cuando el eco de su voz ya se había apagado, contuvo la respiración. Había oído un susurro muy nítido en la oscuridad.

¿Era él?

Prestó atención. Seguía oyendo ruidos, aunque tan lejanos y distorsionados que no se podían identificar. ¿Qué eran? ¿Voces? ¿Gritos? Aguzó el oído.

El siguiente sonido fue largo y resonante, casi como el romper de una ola.

Un disparo.

De repente Corrie estaba en pie, gritando:

—¡Estoy aquí! ¡Socorro! ¡Aquí! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por favor!

## Sesenta y nueve

Pendergast caminaba tan deprisa que Weeks tenía que hacer un esfuerzo para seguirlo. Viendo su insistencia en iluminarlo todo, se preguntó si buscaba algo. Probablemente no. En todo caso, lo tranquilizó.

La determinación del agente había servido para que Weeks tuviera los nervios más calmados, e incluso para que, dentro de lo posible, volviera a sentirse poco a poco el de siempre. Aun así, no se le borraba de la cabeza la imagen del perro descartizado por... por aquello.

Se detuvo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó con una voz aguda y temblorosa.

Pendergast contestó sin volverse.

—Haga el favor de seguirme, agente Weeks.

—Es que he oído algo...

Weeks sintió en un hombro la mano fina y blanca del agente. Estuvo a punto de añadir algo, pero el aumento de la presión le hizo callar.

—Por aquí, agente.

Era una voz suave y afable, pero que, por alguna razón, a Weeks le ponía los pelos de punta.

—Sí, sí.

Unos pasos más allá, lo oyó de nuevo. Parecía un ruido llegado de delante, un eco prolongado que reverberaba por el laberinto de cavernas. Imposible de identificar. ¿Un grito? ¿Un disparo de escopeta? De lo único que estaba seguro era de que Pendergast iría derechito hacia su origen.

Desistió de protestar y lo siguió.

Se hallaban en un estrecho laberinto de túneles, con un brillo de cristales en sus techos bajos. Al arañarse la cabeza con uno de los cristales, que estaban afiladísimos, Weeks soltó un taco y se agachó un poco más. Por ahí no había venido con los perros. El vaivén de la linterna de Pendergast descubría racimos de perlas de las cavernas en charcas calcáreas. Una vez apagados los últimos ecos del ruido, solo se oía el suave chapoteo de sus pies.

De pronto Pendergast dejó de caminar e iluminó algo. Al principio, Weeks no supo qué era: una composición de objetos en una repisa de piedra, rodeando algo más grande, como si el conjunto formara una especie de capilla. Al acercarse, abrió mucho los ojos y retrocedió. Era un osito de peluche viejo y enmohecido, con las manos unidas en posición orante e hilos de moho en su único ojo (una cuenta negra).

—Pero ¿qué...? —empezó a decir.

La linterna de Pendergast enfocó el objeto de las oraciones del oso, una simple montaña de moho sedoso bañado en luz amarilla. Weeks vio que el agente se agachaba y apartaba el moho con cuidado mediante un bolígrafo de oro,

dejando a la vista un minúsculo esqueleto.

—*Rana amaratis* —dijo Pendergast.

—¿Qué?

—Una especie poco común de rana ciega de las cavernas. Observe que los huesos fueron rotos *peri mórtem*. Esta rana murió aplastada dentro del puño de alguien.

Weeks tragó saliva y probó suerte por última vez.

—Mire, esto de seguir metiéndose en la cueva es una locura. Deberíamos salir a buscar ayuda.

Sin embargo, toda la atención de Pendergast estaba concentrada en los objetos que rodeaban al oso. Procedió a descubrir, con el mismo cuidado, algunos pequeños esqueletos más, y una serie de insectos parcialmente descompuestos. Después cogió el oso, le quitó el moho y lo examinó.

Weeks miraba alrededor con nerviosismo.

—¡Deprisa, deprisa!

La mirada del agente del FBI le hizo callar. Sus ojos claros lo miraban sin verlo, absortos en algún pensamiento.

—¿Qué pasa? —murmuró Weeks—. ¿Qué significa?

Pendergast dejó el oso en su sitio y solo contestó:

—Vamos.

Se puso en camino más deprisa que antes, con paradas infrecuentes para consultar el mapa. Cada vez se oía más ruido de agua; de hecho, casi todo el suelo estaba encharcado. El aire era tan frío y húmedo que sus respiraciones dejaban rastro. Weeks hizo el doble esfuerzo de seguir el ritmo de Pendergast y no pensar en lo que había visto. Era una insensatez. ¿Adónde iban? Cuando volviera (si volvía), lo primero que haría sería pedir la invalidez, porque suerte tendría si no le quedaban secuelas aparte del síndrome de estrés postraumático que...

Pendergast se había detenido de improviso. La luz de su linterna iluminaba un cadáver que había en el suelo de la cueva. Estaba boca arriba, con los ojos muy abiertos y las piernas separadas. Su cabeza era más alargada de lo normal, como si la hubieran aplastado, y el cogote estaba reventado como una calabaza demasiado madura. Cada ojo miraba en distinta dirección, salido de su órbita. La boca estaba muy abierta. Demasiado. Weeks apartó la vista.

—¿Qué ha pasado? —logró decir, a pesar del miedo.

Pendergast iluminó el techo. Había un agujero negro. Volvió a enfocar la luz de la linterna en el cadáver.

—¿Puede identificarlo, agente?

—Raskovich, el de seguridad de la Universidad de Kansas.

Pendergast asintió con la cabeza y contempló el agujero del techo.

—Parece que el señor Raskovich ha sufrido una fuerte caída —murmuró

como si hablara solo.

Weeks cerró los ojos.

—Dios mío...

Pendergast le hizo señas para que siguiera caminando.

—Tenemos que continuar.

Weeks, sin embargo, estaba hartó.

—Yo no doy ni un paso más. ¿Se puede saber qué pretende? —El pánico le hizo levantar la voz—. Ya van dos muertos. Primero el perro, y ahora Raskovich. Ya los ha visto, ¿no? Aquí abajo hay un monstruo. ¿Qué más quiere? Yo aún no estoy muerto. Debería preocuparse por mí. Soy yo el que...

Pendergast dio media vuelta, y la fijeza y el desdén de su mirada cortaron en seco, involuntariamente, la perorata de Weeks, que tardó poco en apartar la vista.

—Lo que quiero decir es que estamos perdiendo el tiempo. —Se le quebró la voz—. ¿Por qué tiene tan claro que la chica aún está viva, a ver?

Justo entonces oyó algo, como si fuera la respuesta a su pregunta: el sonido (muy lejano, distorsionado pero inconfundible) de alguien pidiendo ayuda.

## Setenta

Larsen corría como loco, seguido por Brast, que no soltaba la cuerda y, pese a no ver nada y chocar con las paredes, lograba no quedarse rezagado. Aunque los gritos hubieran dejado de oírse hacia unos minutos, seguían encadenándose en el cerebro de Larsen como una grabación infernal: el último alarido de Cole, y el brusco crujido de huesos en que había terminado. El culpable (lo que ahora los estaba persiguiendo) no era completamente humano. Era un monstruo de verdad.

No podía ser cierto. Pero lo había visto. Lo había visto.

Corría sin saber adonde, ni en qué túnel estaba, ni tampoco si el camino llevaba hacia la superficie o a las entrañas de la cueva. Le daba igual. Solo quería interponer la máxima distancia entre él y la cosa.

Llegaron a un estanque, de brillos claros y rojos a la luz de las gafas. Larsen se metió en él sin vacilar, hasta que el agua gélida le llegó al pecho. Brast lo seguía a ciegas. A partir de un punto, el nivel del agua volvía a descender. Al otro lado, el techo de la cueva descendía mucho. Larsen caminó más despacio, mientras hacía un barrido con la escopeta para despejar las estalactitas, que estaban muy afiladas. La altura de la cueva seguía disminuyendo. Oyó un ruido desagradable, seguido por una palabrota. Era Brast, que se había dado un golpe en la cabeza.

Cuando el túnel volvió a hacerse más alto, apareció una sala extraña e irregular llena de grietas que partían en todas las direcciones imaginables. Mientras Larsen la miraba, Brast tropezó con él.

—¿Larsen? ¿Larsen?

Se aferraba a él como si quisiera comprobar que existía.

—Calla.

Larsen escuchó con atención. No se oía ningún chapoteo. La cosa no les seguía. ¿Podían haberla despistado? Consultó su reloj. Casi era medianoche. A saber cuánto tiempo habían corrido.

—Brast, escucha —susurró—: tenemos que escondernos hasta que nos rescaten. Es imposible encontrar la salida, y así, caminando por caminar, seguro que volvemos a encontrarnos a esa cosa.

Brast asintió. Tenía arañazos en la cara, manchas de barro en la ropa y una mirada atónita de miedo, además de un corte en el cuero cabelludo, bajo el pelo cortado a cepillo, que sangraba mucho.

Larsen volvió a mirar hacia delante, y a mover la luz de infrarrojos. Muy arriba, en la pared, había una grieta mayor que las demás que vomitaba un río inmóvil de caliza. Parecía bastante grande para que pasara una persona.

—Voy a investigar. Súbeme.

—¡No me dejes solo!

—No hables tan alto. Vuelvo en un minuto.

Brast tendió su mano a tientas, y poco después Larssen se vio en el interior de la grieta. Primero miró alrededor, con la piel de gallina en los brazos por el frío. Después se desató la cuerda de la cintura, echó un cabo a Brast y le susurró que trepara.

Brast escaló con gran dificultad por la pared resbaladiza de piedra.

Penetraron en la grieta, con Larssen en cabeza. El suelo era irregular, sembrado de rocas. Después de unos metros, la hendidura se convertía en un túnel cuyas dimensiones les permitían ir en cuclillas.

—Vamos a ver adonde lleva —susurró Larssen.

Tras otro minuto a rastras, llegaron al final del túnel. Terminaba en caída libre.

Larssen tocó a Brast para que no se moviera.

—Quédate aquí.

Miró atentamente por el borde de la sima, pero no se veía el fondo. Cogió una piedra, la tiró y contó. Se rindió al llegar a treinta.

Arriba había una chimenea vertical por donde caía un hilillo de agua. Por esa dirección, la cosa no podía venir. Solo podía llegar por el mismo camino que ellos, por la grieta.

Perfecto.

—Quédate aquí —susurró a Brast—. No sigas, que hay un pozo.

—¿Un pozo? ¿Muy profundo?

—Por nosotros, como si no tuviera fondo. La cuestión es que no te muevas. Vuelvo enseñuida.

Cuando llegó a la entrada de la grieta, se echó de bruces y empezó a arrastrarse por las rocas. Luego apiló unas cuantas a la entrada. En cinco minutos las había amontonado hasta una altura que sellaba completamente la grieta. En el caso de que el asesino llegara a la cueva irregular de abajo, solo vería piedras, sin ninguna abertura. Habían encontrado el escondrijo ideal.

Se volvió hacia Brast y le dijo en voz muy baja:

—Escúchame: prohibido hacer ruido y moverse. Que no se note que estamos aquí. Esperaremos a que baje un equipo de las fuerzas especiales y saque de la cueva al hijo de puta ese. Mientras tanto, nosotros quietecitos.

Brast asintió.

—Pero ¿estamos a salvo? ¿Estás seguro de que estamos a salvo?

—Sí, pero solo si te callas.

A lo largo de la espera, el silencio y la oscuridad se les hicieron cada vez más agobiantes. Larssen apoyó la espalda en la pared, cerró los ojos y escuchó su propia respiración, procurando no pensar en el loco que merodeaba por la cueva.

Oyó moverse a Brast, y se enfadó. Cualquier ruido podía delatarlos. Abrió los ojos y se ajustó las gafas.

—¡Brast! ¡No!

Demasiado tarde. Tras un ruido de fricción, apareció la llama de una cerilla. Larssen la apagó de un manotazo. La cerilla cayó al suelo con un siseo, y su olor sulfúrico flotó en la oscuridad.

—Pero ¿se puede saber qué coño...?

—¡Imbécil! —dijo Larssen entre dientes—. ¿Qué coño te crees que estás haciendo?

—He encontrado cerillas. —Brast lloraba sin disimular—. Las tenía en el bolsillo. Acabas de decir que estamos a salvo, y que no nos puede encontrar. Yo esta oscuridad y a no la aguanto. No puedo más.

Otro ruidito de fricción, y otra cerilla encendiéndose. Brast, con los ojos muy abiertos, sollozó de alivio.

Entonces Larssen (que estaba medio desnudo, y temblando) se dio cuenta de que ya no tenía voluntad para apagar aquella luz amarilla tan consoladora. Por otro lado, había dejado las rocas muy bien amontonadas. Seguro que la lucecita de una simple cerilla no se filtraba hasta la cueva.

Se subió las gafas a la frente y miró alrededor, parpadeando. Era la primera vez que lo veía todo con detalle y nitidez. Aunque la llama fuera tan pequeña, cualquier asomo de calor era más que bienvenido en un lugar tan espantoso como aquel.

Estaban refugiados en una pequeña cavidad, una especie de cubículo a uno o dos metros del precipicio. Detrás, más allá de donde bajaba el techo, el acceso había quedado tapiado por las rocas. Estaban fuera de peligro.

—Quizá pueda encontrar algo para quemar —dijo Brast—. Algo que dé un poco de calor.

Larssen le vio meter las manos en los bolsillos. Así al menos no hablaba.

Brast murmuró un taco, porque se había quemado los dedos con la cerilla. Justo cuando encendía la tercera, oyeron un ruidito detrás de Larssen. Era una roca moviéndose. Cayó y rodó. Después cayó otra.

—¡Apágala, Brast! —susurró Larssen.

Pero Brast se había dado la vuelta con la cerilla en la mano, y estaba desencajado de miedo, con la mirada fija en lo que había detrás de Larssen. Durante un momento espeluznante, Brast no se movió. Luego, bruscamente, se volvió y corrió a ciegas hasta lanzarse por el precipicio.

—¡Nooooo...! —exclamó Larssen.

Pero Brast ya había caído al abismo. La última cerilla que había encendido flotó a merced de la corriente de aire, hasta apagarse.

Larssen, completamente a oscuras, esperó con el corazón desbocado, una espera que se le hizo eterna, y en la que oía repetida su respiración por otra más ronca. Después, con los dedos insensibles, se puso las gafas y se volvió inexorablemente para enfrentarse también él con el rostro de la pesadilla.

## Setenta y uno

Rheinbeck se balanceaba en la penumbra del salón, en una vieja mecedora de respaldo recto. Adelante, atrás, adelante, atrás... Casi se alegraba de que la casa estuviera tan oscura, porque se sentía ridículo: él, con su uniforme negro de asalto, su chaleco Kevlar vest y sus pantalones BDU, rodeado de antimacasares de encaje, labores de ganchillo y ornamentados tapetes. Misión: Viejecita.

Mierda.

La mansión seguía crujiendo bajo los aullidos de la tormenta, pero al menos ya no se oían los gritos de la vieja en el refugio del sótano. Rheinbeck había cerrado con llave la pesada puerta; por lo tanto, difícilmente saldría. Abajo estaba fuera de peligro. Más que él, si llegaba un tornado.

Pasaba de la medianoche. Pero ¿qué hacían los de abajo? Contempló la tenue luz de la lámpara de propano, barajando posibilidades. Lo más probable era que McFelyt estuviera acorralado y negociando. Rheinbeck ya había asistido a un par de negociaciones con secuestradores, y sabía que podían eternizarse. Las comunicaciones no funcionaban. La mayoría de las carreteras estaban cortadas por árboles. Aunque llamara a una ambulancia y un médico para la vieja, con todo Deeper patas arriba, y el condado en alerta de tornado de fuerza tres, seguro que no venía nadie. El problema era médico, no policial. Y peligroso.

¡Dios mío, pero qué mierda de misión!

Oyó un grito, y un ruido de cristales rotos. Su primera reacción fue saltar como un resorte y derribar la mecedora, hasta que comprendió que solo eran las ramas de los árboles, y otra ventana reventada por el viento. ¡Lo que faltaba, más aire! Desde que había pasado el frente frío, parecía mentira que hubiera refrescado tanto. Ya había una ventana rota por donde entraba lluvia, y charcos en el suelo. Recogió la mecedora y se sentó. En el cuartel le harían la vida imposible.

La lámpara de propano parpadeaba. La examinó y frunció el entrecejo. Lo que temía: algún descerebrado se había olvidado de recargarla. Hizo un gesto de exasperación con la cabeza y se acercó a la chimenea. El fuego estaba preparado. Solo faltaba encenderlo. Vio una vieja caja de cerillas de cocina en la repisa de piedra.

Reflexionó un minuto, y decidió pasar de todo. Ya que no podía salir de aquel lugar tan tétrico, más le valía ponerse cómodo.

Tras asomarse a la chimenea para comprobar que tuviera el tiro abierto, cogió la caja de cerillas, encendió una y prendió el fuego. En cuanto vio que las llamas consumían el periódico, se sintió mejor. El calor de la lumbre, por alguna razón, tranquilizaba. Poco a poco, el fuego inundó el salón de una luz amarilla muy agradable, que se reflejaba en los bordados enmarcados y las figuritas de cristal y porcelana. Rheinbeck fue a apagar la lámpara de propano. Convenía

reservar los últimos minutos de luz.

La vieja le daba un poco de lástima. Era duro tener que encerrarla en su propio sótano, pero había aviso de un tornado importante, y ella había estado poco dispuesta a colaborar (por decirlo de modo suave). Rheinbeck volvió a la mecedora. Para alguien de su edad, no debía de ser fácil recibir en plena noche (y en plena y cruda tormenta) a todo un grupo de desconocidos con escopetas y perros. Era para asustar a cualquiera, y más a una mujer como la señorita Kraus, entrada en años, y que nunca salía de casa.

Se arrellanó en la mecedora y, disfrutando del calor, pensó en los domingos por la tarde en que él y su mujer iban a visitar a su madre. En invierno les preparaba té, y se lo servía junto a una chimenea idéntica. El té siempre iba acompañado de galletas. La madre de Rheinbeck tenía una vieja receta familiar para las galletas de jengibre, que había prometido dar a su nuera, pero que entre pitos y flautas nunca le daba.

Cayó en la cuenta de que la anciana llevaba casi tres horas en el sótano sin comer nada. Ya que estaba más calmada, decidió llevarle algo. Así no lo podrían acusar de haberla matado de hambre, o de haber permitido que se deshidratase. También podía hacerle té. Aunque se hubiera ido la luz, podía calentar el agua en la chimenea. Lástima que no se le hubiera ocurrido antes.

Se levantó de la mecedora y fue a la cocina con la linterna de mano. La encontró bien surtida de provisiones, con extrañas cajas de conservas contra las paredes: hierbas y especias que no le sonaban de nada, vinagres exóticos, tarros de encurtidos... En el mármol había latas plateadas con caracteres que no supo si eran japoneses o chinos. Acabó encontrando la tetera cerca de los fogones, entre un aparato para hacer pasta y otro que parecía un embudo gigante de acero con manivela. Rebuscando en los armarios, encontró bolsas de té de las de toda la vida. Colgó la tetera dentro de la chimenea, en un gancho, y volvió a la cocina. La nevera también estaba bien surtida. Tardó unos minutos en preparar una bandejita con nata, azúcar, pastitas de té, mermelada y pan, y en rematar la faena con un tapete de encaje, una servilleta de hilo, una cuchara y un cuchillo. Pronto estuvo listo el té. Puso la tetera en la bandeja y bajó por la escalera.

Al llegar a la puerta del refugio, equilibró la bandeja en una mano y llamó con la otra. Oyó movimiento.

—¿Señorita Kraus?

Nada.

—Le he bajado té y pastas. Le sentará bien.

Oyó más movimiento, seguido por la voz de la anciana.

—Un momento, por favor, que tengo que arreglarme el pelo.

Esperó, aliviado por la serenidad del tono. Parecía mentira que los de la generación de la señorita Kraus fueran tan escrupulosos.

—Ya puede pasar —dijo la anciana con afectación, al cabo de un minuto.

Rheinbeck sonrió al sacarse del bolsillo la gran llave de metal, insertarla en la cerradura y empujar la puerta.

## Setenta y dos

El sheriff Hazen sentía resbalar el sudor por sus manos, y por la culata de la escopeta antidisturbios. En los últimos diez minutos había oído un sinfín de ruidos: disparos, voces, gritos... Parecía un enfrentamiento en toda regla. Daba la impresión de que todos los sonidos tenían más o menos el mismo origen, hacia el que Hazen se dirigía lo más deprisa posible. A diferencia de otros, que huían como conejos, él estaba decidido a hacer salir al asesino.

Vio huellas de pies descalzos en el suelo de arena. Eran las mismas de antes.

Se irguió. Los pies descalzos del asesino.

Ya tenía asumido que lo de McFelly era un error. Un simple y rápido vistazo al asesino había bastado para convencerlo. Hasta podía estar equivocado sobre la implicación de Lavender, pero en una cosa tenía razón, y era la más importante: en que el asesino estaba escondido en la cueva. La cueva era su base de operaciones. Una vez establecido el vínculo, Hazen estaba resuelto a llegar hasta el final, y a sacar de la cueva a aquel hijo de puta.

Siguió las huellas en la arena. ¿Quién podía ser? La respuesta quedaría para más tarde. Lo primero era encontrarlo y hacerle salir. Así de sencillo. Cuando lo tuvieran en sus manos, todo se aclararía: si tenía alguna relación con Lavender, con el maíz transgénico... Con lo que fuera. No quedaría ni un cabo suelto.

Siguiendo las huellas, llegó al otro lado de una curva cerrada y casi perdió de vista las paredes y el techo con la luz infrarroja, tan grande era el espacio al que se abrían. El suelo estaba sembrado de cristales enormes y brillantes. El monocromatismo de las gafas no le impidió observar su gran diversidad de colores. La cueva era gigantesca, mucho mayor y espectacular que las miserables salas abiertas al turismo por el viejo Kraus. Con una buena gestión, podía convertirse en un atractivo turístico de primer orden. ¿Y los sepulcros indios que acababa de ver? Atraerían a los arqueólogos, y hasta podían convertirse en material para un museo. Incluso si Medicine Creek se quedaba sin cultivo experimental, la cueva era tan grande que vendría gente de todo el país a verla. Intuyó que el pueblo estaba salvado. Aquello era mejor que las cavernas de Carlsbad. Tanto tiempo con una mina de oro debajo, y sin saberlo...

Basta de reflexiones. Ya habría tiempo de soñar con el futuro, cuando tuviera entre rejas al cabrón del asesino. Cada cosa a su tiempo.

Vio un agujero en el suelo, bajo el que se oía correr agua. Lo rodeó con precaución, siempre tras el rastro de las huellas en la arena.

Eran nítidas. Y parecían recientes.

Presintió que se acercaba a su presa. El túnel se estrechaba y volvía a ensancharse. Hazen cada vez veía más indicios de presencia humana: extraños dibujos hechos en la roca con una piedra afilada, fetiches indios mohosos formando composiciones muy cuidadas en una serie de nichos, o sobre algunas

columnas de caliza... Aferró la escopeta y siguió caminando. El asesino, en todo caso, llevaba mucho tiempo en la caverna.

El túnel se ensanchaba para dar paso a otra cueva. Hazen se asomó con cuidado al otro lado de la curva... y abrió unos ojos como platos.

La cueva era un espectáculo. Infinitas figuras de cordel y hueso colgaban atadas entre sí de mil estalactitas. Había pequeños montajes escenográficos compuestos por momias de animales cavernarios, así como huesos y calaveras humanas de todas las formas y dimensiones. Algunos estaban puestos en fila en la pared, y otros formaban insólitas composiciones en el suelo, sin contar los que aparecían apilados de cualquier modo, como material para futuras creaciones. En varias repisas se alineaban linternas antiguas, latas, chismes oxidados de finales del siglo anterior, objetos indios y toda suerte de detritos. Parecía la guarida de un demente. Y eso era, ni más ni menos.

Hazen se volvió con lentitud, iluminando el cuadro con su linterna de infrarrojos. Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Tragó saliva, se humedeció los labios y retrocedió un paso. Irrumpir así, como una partida de un solo hombre, podía no ser lo más acertado. Quizá fuera cierto que se precipitaba. La salida no podía estar muy lejos. Tenía la posibilidad de volver a la superficie y conseguir refuerzos, o ayuda...

Fue entonces cuando se fijó en la pared del fondo de la cueva, donde el suelo de piedra, especialmente irregular, bajaba hacia una gran oscuridad.

En el suelo había alguien que no se movía.

Se acercó con la escopeta en alto. Cerca había una tosca mesa de piedra cubierta de objetos enmohecidos, a poca distancia de varios sacos de lona vacíos. Más allá todavía, un cuerpo en el suelo, que quizá durmiera.

Se aproximó a la mesa de piedra con pies de plomo, y el arma a punto para disparar. Entonces vio que no era cierto que los objetos de la mesa estuvieran cubiertos de moho. Se trataba, en realidad, de varias decenas de mechones de pelo negro: trozos de patilla, rizos que conservaban el cuero cabelludo, bolas de cabello muy rizado... A saber. Se acordó de la cabeza despellejada de Gasparilla, pero borró la imagen de su cerebro y volvió a concentrarse en la figura del suelo. Bien mirado, no parecía dormida, sino muerta.

Se aproximó centímetro a centímetro, hasta que, con el corazón en un puño, vio que el cadáver estaba destripado. En lugar de barriga había un hueco.

Santo Dios. Otra víctima.

Sus manos resbalaban en la culata, y tenía las piernas rígidas de espanto. El cadáver no estaba incólume. Le habían arrancado casi toda la ropa, menos algunas tiras de tela. Tenía la cara cubierta de sangre seca. Era el cuerpo desgarbado de un adolescente.

El sheriff se detuvo, sin poder controlar el temblor de su brazo. Cogió su pañuelo para limpiar de sangre y tierra la cara del cadáver.

De pronto dejó de deslizarse el pañuelo por la piel fría, mientras se sentía reventar de asco y pena. Era Tad Franklin.

Perdió el equilibrio, y sintió que se mareaba.

Tad...

Se desahogó de golpe. Con un furioso alarido de dolor, empezó a dar vueltas disparando, y a volcar toda su rabia contra la oscuridad, mientras las ráfagas del arma se mezclaban con un ruido de estalactitas rotas, como una lluvia de cristal.

## Setenta y tres

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Weeks con una mueca, parpadeando en la oscuridad.

—Alguien disparando una escopeta de calibre doce. —Pendergast prestó atención. Después miró el arma de Weeks—. ¿Está usted formado en el uso correcto de esa arma, agente?

—¡Pues claro! —dijo Weeks, ofendido—. Tengo una mención al mejor tirador de mi unidad de la academia de Dodge.

En realidad, se la habían dado cuando solo había tres cadetes en la unidad K-9, pero Pendergast no tenía por qué saberlo todo.

—Pues cárguela y manténgala preparada. Quédese siempre a mi derecha, y no se desprege de mí.

Weeks se rascó la nuca. La humedad siempre le producía picores.

—Mi opinión, fundada, es que antes de seguir deberíamos buscar refuerzos.

Pendergast contestó sin molestarse en volverse.

—Agente Weeks —dijo—, la persona que ha gritado podría ser la siguiente víctima del asesino. Acabamos de oír disparar. ¿Insiste en considerar fundada la opinión de que tenemos tiempo para esperar refuerzos?

La pregunta quedó flotando en el aire frío, mientras Weeks se ponía colorado. Entonces llegó por las cavernas el eco tenue de otro grito (agudo, e indiscutiblemente femenino), y Pendergast reanudó su camino por el túnel. Weeks se apresuró a seguirlo, mientras manipulaba la escopeta con dedos torpes.

La intensidad del grito subía y bajaba. Tanto se alejaba como, de pronto, volvía a cobrar intensidad. Habían accedido a una parte más seca y espaciosa de la cueva. El suelo, nivelado, tenía partes de arena, con huellas de pies descalzos.

—¿Usted sabe quién es el asesino? —preguntó Weeks, sin poder disimular del todo su tono lastimero.

—Un hombre, pero solo de forma.

—¿Qué quiere decir?

A Weeks no le gustaba que el agente del FBI se expresase con acertijos.

Pendergast se agachó para examinar las huellas.

—Lo único que tiene que saber es lo siguiente: identifique el blanco, y si es el asesino (porque le aseguro que lo sabrá) dispare a matar. En este caso, sobran las sutilezas.

—Tampoco hay que ponerse desagradable.

La mirada de Pendergast hizo callar a Weeks.

«Un hombre, pero solo de forma». La imagen, la de la cosa (porque a Weeks no le había parecido muy humana) levantando a uno de los perros y arrancándole las patas, acudió involuntariamente a su cerebro, y le provocó escalofríos. Pendergast no le prestó mayor atención. Seguía caminando muy

deprisa con la pistola en la mano, menos cuando se paraba a escuchar. Los ruidos parecían haber cesado.

Minutos después, tras otra consulta al mapa, volvieron sobre sus pasos. Los ruidos volvieron a oírse brevemente. Pendergast, que iba en cabeza, se arrodilló y empezó a examinar las huellas. Las observó durante una eternidad, con la nariz a pocos centímetros de la arena, mientras Weeks se iba poniendo nervioso.

—Abajo—dijo.

Se metió en una grieta, al pie de una pared, y bajó a un espacio muy estrecho e inclinado. Weeks lo siguió. Después de avanzar muy lentamente, llegaron a un auténtico hormiguero de orificios naturales en la pared de la cueva, algunos de ellos con ríos inmóviles de lava brotando de sus bocas. Pendergast movió la linterna por el panal, eligió uno de los agujeros y, para consternación de Weeks, se internó por él a gatas. La cavidad era húmeda, y parecía mojada. Weeks pensó en protestar, pero la brusca desaparición de la linterna de Pendergast le hizo desistir y lanzarse por la fuerte pendiente del pasadizo. El túnel había sido recorrido tantas veces que el lecho de caliza blanda estaba desgastado.

Se levantó, se limpió la ropa de barro y comprobó el estado de su arma.

—¿Desde cuándo vive aquí abajo el asesino?—preguntó, con una mirada incrédula al camino.

—En septiembre hará cincuenta y un años—dijo Pendergast, que ya volvía a caminar por la senda de la estrecha galería.

—O sea, que sabe quién es.

—Sí.

—¿Y se puede saber cómo lo ha averiguado?

—¿Le molesta que dejemos la conversación para más tarde, agente Weeks?

Pendergast se movía muy deprisa. Ya no oían los gritos, pero parecía muy seguro del camino.

De repente fue imposible seguir. Una enorme cortina de yeso cristalizado, que fluía de un agujero del techo, cerraba completamente el túnel. Cuando Pendergast iluminó el suelo, Weeks observó que el camino se había borrado.

—No hay tiempo—murmuró Pendergast, hablando solo, mientras iluminaba el trecho de túnel recorrido, las paredes y la bóveda—. No hay tiempo.

Se alejó unos pasos de la cortina de yeso. Parecía que contara en voz baja. Weeks frunció el entrecejo. Quizá su reacción inicial hubiera sido la correcta. Quizá no fuera buena idea seguir a Pendergast.

El agente aproximó la cabeza a la pared.

—¿Señorita Swanson?

Cuál no fue la sorpresa de Weeks al oír un gritito, un sollozo y una voz en sordina que decía:

—¿Pendergast? ¿Agente Pendergast? Dios mío...

—Tranquila. Ahora mismo vamos a sacarla. ¿Él está cerca?

—No. Se ha marchado hace... no sé, horas.

Pendergast se volvió hacia Weeks.

—Ahora tiene la oportunidad de ser útil. —Miró otra vez la cortina de yeso y señaló un punto—. Por favor, dispare aquí.

—¿No nos oirá? —dijo Weeks.

—Ya está cerca. Obedezca, agente.

El tono de Pendergast era tan imperioso que Weeks se cuadró.

—¡A la orden!

Se puso en cuclillas, apuntó y apretó los dos gatillos.

En un espacio tan cerrado, la descarga fue ensordecedora. La linterna de Pendergast iluminó una nube de polvo de yeso, y tras ella un agujero de grandes dimensiones en la piedra traslúcida. Al principio no ocurrió nada más. Luego la cortina se partió con un chasquido, y cayó al suelo en una nube de cristales relucientes. Detrás había otro pasadizo, y junto a él la boca estrecha y oscura de un pozo. Pendergast corrió hacia ella e iluminó el interior. Weeks se acercó y miró con prudencia desde atrás.

Vio que al fondo había una chica muy sucia, con el pelo violeta y una mirada de terror en su cara manchada de barro y sangre.

Pendergast se volvió a mirarlo.

—Siendo el encargado de los perros, seguro que lleva una correa de repuesto.

—Sí...

En un abrir y cerrar de ojos, la mochila de Weeks estaba en el suelo. Pendergast hurgó en ella y sacó la correa de repuesto, que era una cadena con una tira de cuero. Fijó la cadena a la base de una columna de caliza, y arrojó al pozo la otra punta.

Se oyeron dos ruidos: el impacto de la cadena y un sollozo de la joven.

Weeks volvió a asomarse.

—No llega—dijo.

Pendergast no le hizo caso.

—Cúbranos. Si viene, dispare a matar.

—¡Eh, oiga, un momento, que...!

Pero Pendergast ya se había descolgado por el borde. Weeks se quedó arriba, vigilando al mismo tiempo el pasadizo y el pozo. El agente del FBI bajó por la cadena con notable agilidad, y al llegar a su extremo se colgó con una mano y ofreció la otra a la joven, que no pudo cogerla.

—Apártese, señorita Swanson. Weeks, haga caer una roca por el pozo. Procure no darnos a ninguno de los dos, y no deje de estar atento al túnel.

Weeks movió media docena de pedruscos con el pie, haciéndolos caer por el borde del pozo, y vio que la joven lo entendía enseguida, porque los apiló contra la pared y trepó por ellos. Pendergast ya podía cogerle la mano. La levantó, la rodeó bajo los hombros con el brazo libre, afianzó la mano en la cadena y

ascendió lentamente por la pared de roca. Pese a su aspecto endeble, poseía la fuerza necesaria para subir por la cadena con otra persona a cuestas, lo cual no era poco.

En cuanto salieron del pozo, la chica cayó de rodillas y lloró desgarradoramente sin soltarlo.

Pendergast se arrodilló a su lado, sacó un pañuelo del bolsillo y le limpió suavemente la sangre y el barro de la cara. A continuación examinó sus muñecas y sus manos.

—¿Le duelen? —preguntó.

—Ahora no. ¡Me alegro tanto de que haya venido! Creía que... Creía que...

El resto de la frase se perdió en un sollozo.

Pendergast cogió sus manos.

—Ya sé lo que creía, Corrie. Ha sido muy valiente, pero aún no ha terminado todo, y necesito su ayuda.

Hablaba suavemente, pero deprisa y con urgencia, susurrando.

Corrie asintió sin decir nada.

—¿Puede caminar?

Asintió, y se le escapó otro sollozo.

—¡Jugaba conmigo! —exclamó—. Pensaba seguir jugando hasta... hasta que me muriera.

Pendergast le puso una mano en el hombro.

—Ya sé que es difícil, pero tendrá que ser fuerte hasta que salgamos de aquí.

Corrie tragó saliva, mirando el suelo. Pendergast se levantó y echó un vistazo al mapa.

—Es posible que haya una salida más corta. Tendremos que arriesgarnos. Síganme.

Miró a Weeks.

—Primero iré yo, después la señorita Swanson, y usted nos cubrirá por detrás. Lo de cubrir lo digo en sentido literal, agente. Puede llegar de cualquier sitio: de arriba, de abajo, de los lados... Será silencioso. Y rápido.

Weeks se humedeció los labios resecos.

—¿Cómo está tan seguro de que el asesino va a seguirnos?

Los ojos claros de Pendergast sostuvieron su mirada, brillando en la oscuridad.

—Porque no renunciará fácilmente a su único amigo.

## Setenta y cuatro

Hazen se movía deprisa, con breves pausas para reconocer los giros e intersecciones de la cueva, pero sin molestarse en no hacer ruido. Tenía los nudillos blancos de tanto apretar la escopeta, y los dedos apoyados en el doble gatillo.

Podía darse por muerto el muy hijo de puta.

Pasó por otras dos composiciones de minúsculos cristales y animales muertos, dispuestas en sendas repisas de piedra. Un psicópata. Era en la cueva donde había practicado su locura, antes de subir y ejercerla sobre personas reales.

Pues no quedaría impune, el muy cabrón. Nada de leerle los derechos. Nada de ponerle un abogado. Dos tiros en el pecho, y otro en el cráneo.

Las huellas eran tan abundantes y confusas que Hazen ya no estaba seguro ni de la pista que seguía ni de que fuera reciente; sin embargo, sabía que el asesino no podía estar muy lejos, y le era indiferente el tiempo y la distancia que tuviera que emplear en encontrarlo. Los pasadizos no podían ser infinitos. Tarde o temprano daría con él.

Estaba tan furioso que sentía un cosquilleo en el cuero cabelludo, y le ardía la cara a pesar del aire pegajoso de la cueva. Tad... Era como haber perdido a un hijo.

De momento la rabia era más fuerte que el dolor. Sentía las lágrimas en las mejillas, pero no la emoción que las causaba. Todo era odio, una avalancha de odio. Lloraba de odio.

El túnel terminaba de improviso en un derrumbe. Arriba había un agujero oscuro, por donde habían caído las rocas. El haz de infrarrojos reveló un caminito que subía tortuosamente por los escombros, y se perdía en una galería superior (o algo que lo parecía).

Se lanzó cuesta arriba, clavando el cañón de la escopeta en la oscuridad. Al cabo de un rato salió a un espacio vertical altísimo, con largas cintas de caliza en el techo, que oscilaban un poco a causa de las corrientes de aire subterráneas y terminaban en cristales como de escarcha. Los pasadizos eran incontables, y partían en todas las direcciones. Controlando, en lo posible, su respiración y su ira, miró el suelo y encontró una pista que parecía reciente. La siguió por un laberinto de túneles.

Después de unos minutos caminando, se dio cuenta de que pasaba algo raro. El túnel se había doblado sobre sí mismo, y le había devuelto al punto de partida. Se metió por otro, pero con el mismo resultado. Era tan frustrante que tuvo la impresión de que la luz roja de las gafas se apagaba un poco de pura rabia.

Al volver por tercera vez a la gran sala, levantó la escopeta y disparó. La detonación hizo vibrar todo el espacio y llover un tintineo de cristales, como

copos de nieve gigantes y dentados.

—¡Cabronazo! —gritó—. ¡Estoy aquí! ¡Ven a que te vea la cara, monstruo!  
Disparó dos veces más, lanzando obscenidades a la oscuridad.

La única respuesta fue el eco de los disparos, que iba y venía loca e interminablemente por el panal de cuevas.

Había vaciado el cargador. Recargó el arma, jadeando. Aquellos gritos de enérgümeno no servían de nada. Lo importante era encontrarlo. Encontrarlo. Encontrarlo.

Se internó en el enésimo túnel, y lo encontró distinto: era un largo y brillante conducto de caliza, con charquitos sembrados de perlas de las cavernas. Al menos había salido del tiovivo de pasadizos de ida y vuelta. Ya no sabía ni de dónde venía ni adonde iba. Se limitaba a caminar.

De repente vio algo negro acechando en la pared.

Fue algo visto y no visto, una sombra en las gafas, pero no hacía falta más. Giró en redondo, clavó una rodilla en el suelo y disparó. En recompensa a tantos años de prácticas de tiro, la figura se derrumbó estrepitosamente.

Hazen repitió el disparo, y corrió a descargar el tiro de gracia.

Contempló el suelo. La luz roja de las gafas de visión nocturna no revelaba ningún cadáver, sino una estalagmita irregular cortada en dos por la escopeta, y despedazada por la caída. Resistió el impulso de despotricar y liarse a patadas con los trozos. Lentamente, con calma, levantó la escopeta y reemprendió su camino por el túnel lleno de ecos. Llegó a una bifurcación. Al llegar a la siguiente, hizo una pausa.

Vio moverse algo, y oyó un ruido casi imperceptible.

Extremó las precauciones. Siempre con el arma a punto, dobló una esquina de rocas, puso una rodilla en el suelo y escrutó el túnel vacío. Por eso no vio la forma oscura que se acercaba veloz y sigilosa por detrás, hasta que sintió un golpe brutal en un lado de la cabeza y algo se le enroscó con una fuerza inexorable. Para entonces ya era demasiado tarde. La noche negra ya acudía a envolverlo, y no le quedaba aire en los pulmones para hacer el menor ruido.

## Setenta y cinco

Corrie pensó que quizá todo aquello (correr sin aliento, desesperadamente, por una galería interminable de cavernas) fuera un sueño. Quizá el agente Pendergast no hubiera acudido en su rescate. Quizá estuviera todavía en el fondo del pozo, en una pesadilla, hasta que la despertara el regreso de...

Pero el dolor de muñecas y tobillos, y la angustiada pulsación en la sien, le recordaron que no era ningún sueño.

El agente Pendergast levantó un brazo para que no siguieran corriendo. Un movimiento de linterna indicó que consultaba su extraño y sucio mapa. El momento de duda pareció poner muy nervioso al tercer componente del grupo. En su aturdimiento, Corrie había tardado varios minutos en comprender que ella y Pendergast no eran los únicos que corrían. El otro hombre era menudo y rubio, con voz de pito y una barbita de chivo. Tenía manchas de barro en el uniforme de policía, y grumos de algo en lo que Corrie prefirió no pensar.

—Por aquí—susurró Pendergast.

Al reanudar su camino, Corrie volvió a tener la misma sensación de confusión y sueño.

Cruzaron una cavidad muy fría, de techo bajo, que dibujaba una serie de curvas, primero a la izquierda y después a la derecha. De pronto el techo se alejó en la oscuridad, y Corrie sintió (sin verlo) que habían llegado a una cueva de grandes dimensiones. Pendergast se quedó en la entrada, escuchando, y solo reemprendió la marcha cuando estuvo seguro de que los únicos ruidos eran los del grupo.

Ahora un paso, luego otro, las paredes iban quedando detrás del haz de la linterna de Pendergast; y ni la conmoción ni el desfallecimiento impidieron que Corrie se maravillara de lo que iba revelando por partes la luz del agente del FBI. Era una sala de una altura descomunal, delimitada por paredes de una piedra roja tan húmeda que en algunas zonas casi parecía pulida. El suelo estaba sembrado de charcos poco profundos. Cerca de la bóveda, la pared se fracturaba en una serie de grietas horizontales donde la larga filtración del agua había formado velos de calcita. El contraste entre los velos, enormes y blancos, y la piedra roja despertaba el recuerdo de algo tan inverosímil como la suntuosa galería de un teatro.

El único problema era la ausencia de una vía de salida al fondo. La mezcla de torpor y alivio que había ido apoderándose de Corrie fue dispada de improviso por una oleada de miedo.

—¿Y ahora?—dijo el hombre de uniforme, jadeando—. ¡No, si ya lo sabía yo! Mucho atajo, y al final era una vía sin salida.

Pendergast miró el mapa.

—Estamos a menos de cien metros de la zona pública de las cuevas de Kraus,

pero hay una parte que tiene que ser paralela al eje Z.

—¿El eje Z? —dijo el hombre—. Pero ¿de qué habla? ¿Qué eje Z?

—El camino es por ahí arriba.

Pendergast señaló una pequeña abertura arqueada que había pasado inadvertida a Corrie. Estaba a unos diez o doce metros de altura, en una de las cortinas de piedra. De ella brotaba un chorro de agua que, tras formar cascadas por la ingente colada, desaparecía en la base de la caverna, por una grieta de grandes dimensiones.

—¿Y cómo se supone que vamos a subir? —preguntó el otro hombre con agresividad.

Pendergast inspeccionó la pared con la linterna, sin hacerle el menor caso.

—¿No pretenderá escalar! ¿Sin cuerda?

—Es la única opción.

—¿A eso lo llama opción? ¿Con ese pedazo de grieta en el suelo? A la mínima que resbalemos...

Pendergast volvió a hacer caso omiso de él y se volvió hacia Corrie.

—¿Cómo tiene las muñecas y los tobillos?

Corrie respiró hondo, entrecortadamente.

—Puedo hacerlo.

—No lo dudo. Suba usted primero. Yo la seguiré y le diré qué hacer. El agente Weeks irá al final.

—¿Por qué al final?

—Para cubrirnos desde abajo.

Weeks escupió de lado.

—Bueno.

Pese al frío y la humedad de la cueva, regueros de sudor le surcaban la mugre de la cara.

Pendergast se aproximó a la pared de la cueva sin perder más tiempo. Corrie, que lo seguía a pocos pasos, sintió que volvía a latirle muy deprisa el corazón. Procuró no mirar la superficie rocosa que se cernía sobre ellos. Se detuvieron a unos metros de la ancha fisura del suelo. La vaporización del agua formaba una cortina que humedecía aún más la piedra. Pendergast empujó a Corrie sin darle tiempo de pensárselo dos veces, mientras enfocaba los primeros asideros con la linterna.

—Me tiene justo detrás, señorita Swanson —murmuró—. No hay prisa.

Corrie se asió a la roca, tratando de dominar el dolor de las manos y algo aún peor como era el miedo. Para llegar a la abertura había que escalar en diagonal, por encima de la fisura. Como la caliza era estriada, ofrecía una gran abundancia de puntos de apoyo, pero la piedra era húmeda y lisa. Corrie trató de no pensar en nada que no fuera levantar un pie o una mano y subir quince centímetros más. Por los ruidos de abajo, supo que los dos hombres también habían empezado a

escalar. Pendergast le murmuraba instrucciones, y de vez en cuando usaba una mano para orientar sus pies hacia alguna repisa. Más que difícil (ya que los puntos de apoyo casi eran como peldaños de una escalera de mano), la escalada daba miedo. En una ocasión, Corrie miró hacia abajo y vio la coronilla de Weeks y el abismo que se abría a sus pies. Entonces dejó de trepar y tuvo un ataque de vértigo que le hizo cerrar los ojos. La mano de Pendergast volvió a afianzarla, mientras su amable y aterciopelada voz la instaba a seguir subiendo sin mirar abajo.

Un pie, una mano, el otro pie, la otra mano... Corrie se arrastraba lentamente por la superficie de piedra. Todo estaba negro, tanto arriba como abajo, salvo el punto de luz de la linterna de Pendergast. El corazón de la joven latía cada vez más deprisa. Empezaban a temblarle los brazos y las piernas, poco acostumbradas al esfuerzo de escalar. Por un fenómeno perverso, cuanto más se acercaba al pasadizo más desesperada se sentía. Como ya no se atrevía a mirar hacia arriba, ignoraba si faltaban dos metros o diez.

—¡Hay algo abajo! —exclamó de pronto la aguda voz de Weeks—. ¡Se mueve algo!

—Agente Weeks, apóyese en la roca y cúbranos —ordenó Pendergast, antes de volverse hacia Corrie y decir—: Solo faltan tres metros, Corrie. Imagínese que sube por una escalera de mano.

Desdeñando los pinchazos de dolor de las muñecas y los dedos, Corrie se aferró al siguiente asidero, encontró otro punto de apoyo con el pie y subió.

—¡Es él! —oyó exclamar a Weeks—. ¡Dios mío! ¡Está aquí!

—Use el arma, agente —dijo Pendergast con calma.

Corrie se aferró desesperadamente a otro asidero y encontró una repisa más alta para el pie, pero resbaló y, con el corazón paralizado de miedo, sintió alejarse la pared. Por suerte Pendergast la sujetó una vez más, hizo que recuperara el equilibrio y dirigió su pie hacia un punto de apoyo más seguro. Corrie contuvo un sollozo. Tenía tanto miedo que casi no podía pensar.

—Se ha ido —dijo Weeks, con la voz tensa—. Al menos no lo veo.

—Sigue aquí —dijo Pendergast—. Trepe, Corrie. ¡Trepe!

Jadeando de cansancio y dolor, Corrie se levantó un poco más mientras captaba vagamente los movimientos de Pendergast, que en una maniobra de gran agilidad se había colocado de espaldas a la roca y con los pies en la repisa. Tenía la linterna en una mano y en la otra la pistola, con cuya mira láser barría la caverna.

—¡Allí! —chilló Weeks.

Corrie oyó una detonación ensordecedora, y luego otra.

—¡Es muy rápido! —exclamó Weeks—. ¡Demasiado!

—Lo cubro desde arriba —dijo Pendergast—. Mantenga la posición, y sobre todo apunte con cuidado.

La escopeta disparó dos veces más.

—¡Ay, mi madre! ¡Ay, mi madre! —repetía Weeks, entre jadeos y sollozos.

Corrie se atrevió a mirar hacia arriba. La tenue luz de la linterna de Pendergast le permitió comprobar que estaba a un metro y medio del saliente por donde se entraba al túnel, pero no le pareció que hubiera más asideros. Primero palpó la piedra con una mano, y después con las dos, pero la encontró completamente lisa.

Otro grito, y otro disparo atronador.

—¡Weeks! —dijo Pendergast con dureza—. ¡Está disparando a lo loco! ¡Apunte!

—¡No, no, no!

Después de otro disparo, Corrie oyó que Weeks, en un momento de pánico, soltaba el arma descargada y empezaba a trepar como un enajenado.

—¡Agente Weeks! —bramó Pendergast.

Corrie volvió a levantar las dos manos con los dedos separados, buscando un punto de apoyo. Como no lo encontraba, gimió de terror y buscó a Pendergast con la mirada para implorar ayuda, pero se quedó de piedra.

Algo, surgido de repente de la oscuridad, saltaba por la roca como una especie de araña. La pistola de Pendergast se disparó, pero la forma seguía trepando hacia ellos. Hubo un momento en que la luz de la linterna recayó directamente en el ser, que se apartó con un gruñido de rabia. Corrie, sin embargo, había tenido tiempo de volver a ver su cara grande de luna, inhumanamente blanca; su larga barbita de chivo; sus ojillos azules manchados de sangre, que miraban fijamente bajo unas pestañas largas y femeninas; y su extraña y constante sonrisa. Era una cara con la ingenuidad de la de un bebé, pero al mismo tiempo tan distinta a todo, atravesada por tan extraños pensamientos y emociones, que a duras penas parecía humana.

Vio que subía por la roca a una velocidad escalofriante.

Pendergast disparó una vez más, pero Corrie vio que Weeks, en su loca escalada, se había interpuesto entre el monstruo y el agente del FBI, con el resultado de que este ya no tenía el blanco a tiro. Corrie se pegó a la roca con el corazón como un martillo, incapaz no solo de moverse sino de apartar la vista.

Al alcanzar a Weeks (que seguía escalando con todas sus fuerzas), el asesino echó un brazo hacia atrás y, golpeándolo en la espalda, lo aplastó como a un escarabajo. Weeks se desprendió de la roca con un grito de dolor, y empezó a resbalar. El poderoso brazo volvió a levantarse, y esta vez asestó un golpe lateral que lanzó la cabeza de su víctima contra la piedra. Hipnotizada de miedo, Corrie vio que Weeks caía roca abajo y desaparecía en la fisura, sin hacer ningún ruido al cruzar el velo de niebla y penetrar en la insondable sima.

Inmediatamente después se oyó otro disparo de la pistola de Pendergast, pero el asesino esquivó el proyectil con un salto simiesco y siguió deslizándose por la

pared de roca con una agilidad casi increíble, tanto, que Corrie no tuvo tiempo de respirar y ya lo vio sobre Pendergast. Hubo un golpe, y la pistola del agente salió disparada hasta chocar con el suelo. El puño del ser, verdadera maza, se dispuso a asestar el golpe de gracia. Justo entonces, Corrie recuperó el aliento y gritó:

—¡No!

Pero el puño no cayó donde quería. También Pendergast había dado un salto. El agente levantó un puño y lo descargó por el canto en la nariz del asesino. Se oyó un fuerte crujido, acompañado por un chorro de sangre muy roja. El asesino gruñó de dolor y dio otro golpe que arrancó a Pendergast de la pared. El agente perdió el equilibrio y resbaló, pero logró frenar su caída y afianzarse unos metros más abajo.

Sin embargo, ya era demasiado tarde. El ser, ensangrentado y echando espumarajos por la boca, había adelantado a Pendergast y trepaba hacia Corrie, que, impotente, ni siquiera disponía de una mano libre para defenderse. La necesitaba para no soltar la pared.

Lo tuvo encima en un abrir y cerrar de ojos. Sus manos, grandes y callosas, volvieron a cerrarse alrededor de su cuello, pero esta vez sin la menor vacilación ni humanidad en sus ojos inertes, solo furia y deseo de matar. El ruido de asfixia de Corrie fue silenciado por un brutal rugido.

—¡Muuuuuuuhhhhhhhhhhhhh!

## Setenta y seis

Hacía más viento que nunca. Shurte y Williams se habían refugiado en la grieta de entrada a la cueva. Shurte era consciente de que el sheriff les había ordenado apostarse en otro sitio, pero eran más de la una de la noche, y ya llevaban tres horas aguantando el frío y la lluvia, aunque...

Oyó un gemido y una palabrota, y miró a Williams. Estaba acurrucado en la hendidura, un poco más abajo, con la lámpara de propano. Shurte le había vendado el mordisco con el kit de primeros auxilios del coche patrulla. La herida tenía mal aspecto, pero no era para tanto. El verdadero problema era la situación de los dos. Las radios se habían quedado mudas, y el corte eléctrico era generalizado. Incluso las pocas emisoras comerciales que se recibían allí, en el quinto pino, habían dejado de emitir, y el resultado era que no tenían información, órdenes, noticias ni nada. Hazen y el resto del equipo llevaban tres horas en la cueva, y de momento lo único que había salido de ella era uno de los perros con media mandíbula arrancada.

Shurte tenía muy malos presentimientos.

El aire que salía de la cueva olía a humedad y piedra. Shurte se estremeció. No se le borraba de la cabeza la imagen del perro surgiendo de la oscuridad con un reguero de sangre. ¿Qué podía descuartizar así a semejante bestia? Volvió a mirar el reloj.

—Pero bueno, ¿se puede saber qué hacen? —preguntó Williams por décima vez.

Shurte negó con la cabeza.

—Yo debería estar en el hospital —dijo Williams—. ¿Y si tengo la rabia?

—Los perros policía no tienen la rabia.

—¿Cómo lo sabes? Fijo que pilló una infección.

—He puesto mucha pomada antibiótica.

—Entonces, ¿por qué me escuece tanto? Como se me infecte, me acordaré de quién me la ha vendado, «doctor» Shurte.

Shurte procuró no hacerle caso. Hasta los aullidos del viento por la boca de la cueva eran preferibles a los lamentos de Williams, y eso que parecían gritos de alma en pena.

—Que sí, tío, que necesito un médico. Me ha arrancado todo un trozo.

Shurte resopló.

—¡Williams, que es un mordisco de perro! Además, así podrás pedir que te condecoren por heridas en acto de servicio.

—Tendría que esperar a la semana que viene. Y esto me duele ahora.

Shurte miró a otra parte. ¡Vaya capullo! Era como para pedir un cambio de turno. Williams había resultado ser un gallina. Un mordisco de perro. ¡Qué risa!

Un relámpago desgarró el cielo y pintó brevemente la mansión de un color

blanco fantasmal. Llovían gotas enormes, impulsadas como balas por el viento. El agua bajaba como un río por la rampa de la cueva.

—Coño, tío, yo paso. —Williams se levantó—. Me voy a la casa, a relevar a Rheinbeck. Que baje él, que yo me quedo vigilando a la vieja.

—No son las órdenes.

—A la puta mierda con las órdenes. ¿No tenían que salir en media hora? Estoy herido, cansado y calado hasta los huesos. Tú quédate, si quieres, pero yo me voy a la casa.

Al verle alejarse, Shurte escupió en el suelo. Qué gilipollas.

## Setenta y siete

De pronto, un ruido seco se sobrepuso al rugido del monstruo y rebotó ensordecedor por los confines de la cueva. Corrie sintió que el peso horrible de la bestia se le venía encima y la aplastaba sin piedad contra la roca. El monstruo bramaba violentamente en su oído, como si le doliera algo; un bramido que llenó su nariz de pestazo a huevo podrido. La zarpa que la estrangulaba se abrió lentamente y dejó que moviera la cabeza para respirar. Entrevió una cara a pocos centímetros de la suya: ancha, más tersa de lo normal, de un blanco pastoso, con los ojos pequeños y la frente bulbosa.

Al segundo estallido, oyó el impacto de una bala en la superficie de piedra. Aspiró una bocanada de aire y se aferró a la roca resbaladiza. Alguien disparaba al monstruo desde abajo.

El monstruo perdió pie, pero lo recuperó enseguida y manoteó frenéticamente, bramando como un oso hacia el origen de las detonaciones.

Corrie oyó vagamente la voz de Pendergast:

—¡Ahora, Corrie!

En un esfuerzo de lucidez, soltó una mano, tendió desesperadamente el brazo a las alturas y encontró por fin el asidero. Llorosa, jadeante, se levantó a pulso, movió el pie... y sintió que le aferraban el tobillo.

Chilló y sacudió la pierna, pero la bestia se la estiraba con ferocidad para arrancarla de la pared de roca; y de nada servía resistirse, porque era un adversario demasiado fuerte. El dolor de sus dedos, que ya estaban hinchados y ensangrentados por haber intentado salir del pozo, se volvió insoportable. Sintió que perdía el agarre, y, arañando la piedra con las uñas, gritó de miedo y frustración.

De repente sonó otro disparo, y la presión en el tobillo se aflojó. Un agujonazo en la pantorrilla informó a Corrie de que había recibido uno o varios balines.

—¡No dispare! —dijo Pendergast con todas sus fuerzas hacia abajo.

Pero el monstruo ya no hacía ruido. El eco de las detonaciones, y de los gritos de dolor y rabia, se apagó lentamente. Corrie esperó pegada a la roca, paralizada por el miedo, hasta que obedeció al impulso casi involuntario de mirar hacia abajo.

Seguía allí, pero su cara de luna se había cubierto de sangre. Al principio la observó con una mueca atroz, parpadeando. Después sus manos sufrieron un espasmo y soltaron la pared. Mientras se despegaba de la roca, como a cámara lenta, su mirada se mantuvo igual de fija. Empezó a inclinarse gradualmente hacia atrás, y su cuerpo de gigante a caer al vacío, pero sin que su rostro perdiera la serenidad. Corrie, enferma de miedo, le vio chocar con la pared aproximadamente a cuatro metros, rebotar con un crujido entre chorros de

sangre, girar y, por último, caer pesadamente en la boca de la fisura. Al principio no se movía. Luego otro disparo lo alcanzó en un hombro y le hizo estremecerse, de forma que quedó con medio cuerpo en el abismo. Entonces apareció un hombre con una escopeta. Era el sheriff Hazen, apuntando directamente a su cabeza.

Una de las grandes manos del monstruo quedó aferrada al borde de la grieta, pero poco después se relajó, y el monstruo se perdió lentamente de vista, cayendo como una piedra en el abismo. Corrie escuchó, pero no oyó ningún ruido (impacto, o grito postrero de dolor) que marcara el final de aquel ser. Se lo había tragado las negras entrañas de la tierra. El sheriff, que no había llegado a hacer el último disparo, se quedó donde estaba sin moverse.

El primero en hablar fue Pendergast.

—Ahora, mucho cuidado —dijo a Corrie con su voz grave y firme—. Una mano después de la otra. Desde aquí veo el resto del camino. Hay buenos asideros, y faltan menos de dos metros.

Corrie sollozó, con todo el cuerpo temblando.

—Ya llorará al llegar arriba, señorita Swanson. Ahora tiene que escalar.

El tono categórico, de eficiencia, despertó a Corrie del miedo que la mantenía pegada a la roca. Tragó saliva, movió una mano, encontró un asidero, lo cogió, movió un pie... y, al levantar la otra mano, encontró el borde del precipicio. Había llegado. Subirse a él fue cuestión de segundos. Se tumbó boca abajo en el suelo frío del túnel, y lloró a lágrima suelta. Estaba viva.

Al principio estaba sola. Tras uno o dos minutos, Pendergast se arrodilló junto a ella y la rodeó con un brazo, mientras la consolaba así:

—Está perfectamente, Corrie. Ya se ha ido. Ya ha pasado el peligro.

Corrie no podía hablar. Solo podía llorar de alivio.

—Ya se ha ido. Ya ha pasado el peligro —repitió Pendergast, mientras su mano tibia y blanca le acariciaba la frente; y por unos instantes la imagen de su padre regresó, con tal intensidad que casi era una presencia física. También él la había consolado así, un día en que se había hecho daño jugando. El recuerdo era tan nítido que Corrie dejó de sollozar, hipó y, con gran esfuerzo, se sentó.

Pendergast se alejó unos pasos.

—Tengo que bajar a buscar al sheriff Hazen, que está malherido. Volvemos enseguida.

—¿El sheriff...? —dijo Corrie a duras penas.

—Sí. Le ha salvado la vida. Y a mí también.

Pendergast asintió con la cabeza y se marchó.

Corrie volvió a tumbarse en el suelo de piedra, y entonces se desencadenó el verdadero alud de emociones: miedo, dolor, alivio, terror y conmoción. Una brisa surgida de la oscuridad le alborotó el pelo. Traía un olor conocido y horrible: el del caldero de la sala donde la había capturado el asesino por primera

vez. Sin embargo, también trajo el leve olor de algo que casi había olvidado: el aire fresco.

Quizá fuera entonces cuando se durmió. A menos que, sencillamente, se desmayara. En todo caso, su siguiente recuerdo fue un ruido de pasos en la piedra. Al abrir los ojos, vio al agente Pendergast mirándola. Había recuperado la pistola, y alguien se apoyaba en él con todo su peso: el sheriff, ensangrentado, con el uniforme hecho unos zorros y, en lugar de oreja, un muñón de cartílago. Corrie parpadeó y lo miró fijamente. Parecía lo más cansado y magullado que uno podía estar y mantenerse aún en pie.

—Vámonos —dijo Pendergast—; falta poco, y el sheriff necesita la ayuda de los dos.

Corrie se levantó. Una vez que hubo recuperado el equilibrio (con la ayuda de Pendergast), se internaron lentamente por el túnel; y, cuando empezó a predominar el dulce olor a aire fresco, Corrie se convenció de que por fin saldrían.

## Setenta y ocho

Williams cojeaba por el camino. Cada paso hacía que le doliera el mordisco. Junto a la carretera, los maizales estaban destrozados, sin farfolla, con las mazorcas en el suelo y los tallos chocando incesantemente entre sí. Lanzó una sarta de insultos a la lluvia y el viento. Tendría que haber vuelto una hora antes. Ahora, además de herido, estaba mojado hasta los huesos. Magnífica combinación para una neumonía. Consiguió llegar al porche, pisando los cristales de una ventana reventada por el viento. Dentro de la casa ya se veía un poco de luz.

Era la chimenea. Qué bien. Por lo visto Rheinbeck se lo había tomado con calma, mientras él y Shurte vigilaban la entrada de la cueva en plena tormenta. Pues ahora le tocaba a otro disfrutar del fuego.

Se apoyó en la puerta para respirar. Cuando quiso abrirla, la encontró cerrada. La luz de la chimenea parpadeaba en los rectángulos del emplomado, formando dibujos calidoscópicos en el cristal.

Dio dos o tres aldabonazos.

—¡Rheinbeck! ¡Soy Williams!

No contestó nadie.

—¡Rheinbeck!

Esperó un par de minutos, pero seguía sin haber respuesta.

¡Pero bueno!, pensó. Seguro que está en el baño. O en la cocina. Fijo. Estaba comiendo en la cocina, o bebiendo, más bien, y con tanto viento no oía nada.

Rodeó la casa y encontró otro cristal roto en la puerta lateral. Acercó la boca a la ventana y exclamó:

—¡Rheinbeck!

Qué raro.

Tras arrancar los cristales que quedaban, metió la mano para abrir el pestillo, empujó la puerta y entró con la linterna encendida.

Dentro, la casa crujía, gemía y murmuraba como un ser vivo bajo el vendaval. Williams, inquieto, miró alrededor. Parecía resistente, pero a veces aquellas casa viejas estaban podridas por dentro. Esperó que no se le cayera encima.

—¡Rheinbeck!

Nada, que no contestaba.

Dio unos pasos cojeando. La puerta del salón al comedor estaba entreabierta. La cruzó y echó un vistazo. Estaba todo en orden: el tapete de encaje encima de la mesa, el florero en el centro, con flores frescas... Iluminó la cocina, pero estaba oscura, y no olía a comida.

Volvió a la entrada del salón, y se quedó indeciso. Parecía que Rheinbeck se hubiera marchado con la vieja. Quizá hubiera llegado la deseada ambulancia.

Pero entonces ¿por qué no los habían avisado, ni a él ni a Shurte? A la boca de la cueva se llegaba en cinco minutos. Típico de Rheinbeck. Nunca se preocupaba de los demás.

Echó un vistazo al fuego, con su luz amarilla proyectada alegremente en el salón. «Pues que se jodan», decidió. Ya que no podía moverse de aquel antro, más valía estar cómodo. ¿No le habían herido gravemente en acto de servicio? Pues eso.

Renqueó hasta el sofá y se sentó. Ajá. Mucho mejor. Por alguna razón, la calidez de un buen fuego siempre reconfortaba. Suspirando de satisfacción, contempló el reflejo de las llamas en los bordados de la pared, y en las figuritas de cristal y porcelana. Después de otro suspiro más profundo, cerró los ojos, aunque la luz se le filtraba por los párpados.

Se despertó de golpe, sin saber dónde estaba. Después de un momento de pánico, se acordó. Debía de haberse quedado dormido. Se desperezó y bostezó.

Un ruido sordo.

Tras el susto inicial, supuso que era el viento entrando por otra ventana rota. Se irguió y permaneció a la escucha.

Otro ruido.

Parecía dentro de la casa, abajo, en el sótano. De pronto lo entendió. Claro. Rheinbeck y la vieja estaban en el sótano a causa del aviso de tornado. Por eso la casa parecía deshabitada.

Suspiró de irritación. No tenía más remedio que bajar, aunque solo fuera para dar el parte. Abandonando la comodidad del sofá, cojeó hacia la puerta (no sin una mirada de añoranza al fuego) y se dirigió a la escalera del sótano.

Dudó si bajar. Se decidió a bajar. Los escalones protestaban bajo su peso, con unos crujidos que se sobreponían alarmantemente al furor de la tormenta. A medio camino, se detuvo y estiró el cuello para escrutar la oscuridad.

—¡Rheinbeck!

El mismo golpe sordo, seguido por un suspiro. Williams también suspiró. ¿Por qué se tomaba tantas molestias? ¡Estaba herido, hombre! ¡Habrase visto!

Al mover la linterna, el sótano (de por sí lleno de cosas) se pobló de barras amarillas y negras, proyectadas por la barandilla. En la pared de piedra del fondo había una enorme puerta.

—¿Rheinbeck?

Otro suspiro. Ahora que estaba más cerca, descartó que fuera el viento por una ventana rota. Sonaba trabajoso, como... húmedo.

Peldaño a peldaño, llegó al final de la escalera. Tenía la puerta enfrente. Se acercó cojeando y la empujó con gran lentitud.

Vio una mesita de taller, con una vela corrida y té para dos: tetera, tazas, nata, pastitas y mermelada, todo muy bien arreglado. Rheinbeck estaba delante, encorvado en una silla, con los brazos colgando y un tremendo agujero en la

cabeza, que chorreaba sangre hacia la boca. A sus pies había una estatua rota de porcelana.

Williams lo miró sin entender.

—¿Rheinbeck?

Todo estaba inmóvil. La sorda detonación de un trueno sacudió los cimientos de la casa.

Williams no podía moverse ni pensar. Ni siquiera era capaz de desenfundar la pistola. Por alguna razón, solo podía fijar una mirada incrédula en lo que tenía delante. Incluso en las profundidades del sótano, el furor de la tormenta hacía gemir la casa como si tuviera vida propia. Aun así, Williams no podía apartar la vista de la bandeja del té.

Otro golpe a sus espaldas lo sacó de su inmovilidad. Dio media vuelta, buscando la pistola, mientras el haz de la linterna barria la pared, y justo en ese momento apareció una figura como por arte de magia y se lanzó sobre él entre un torbellino de cajas cayendo. Era una mujer vestida de blanco, una especie de fantasma con los brazos en alto, el camisón hecho jirones, el pelo gris enmarañado y el cuchillo de Rheinbeck en uno de los puños levantados. De su boca abierta (un agujero rosa y sin dientes) salió un grito:

—¡Demonios!

## Setenta y nueve

La lluvia y el viento habían arreciado tanto que Shurte empezó, a temer que se hubiera formado una hilera de tornados cuyo destino directo fuera Medicine Creek. Ahora el agua bajaba hasta la cueva como un río. Justo después de resguardarse en la entrada oyó algo: pasos lentos y arrastrados, cada vez más cerca.

Insultando mentalmente a Williams por haberlo dejado solo, se apostó junto a la lámpara de propano y apuntó con la escopeta hacia los escalones, mientras le latía muy deprisa el corazón.

Empezaron a distinguirse figuras silenciosas y vagas en la oscuridad. Se acordó del perro, y tuvo escalofríos.

—¿Quién es? —preguntó, procurando que no le temblara la voz—. Identifíquense.

—El agente especial Pendergast, el sheriff Hazen y Corrie Swanson —fue la lacónica respuesta.

Bajó el arma, aliviadísimo, y descendió al encuentro de los tres con la lámpara de propano. Al principio casi no dio crédito a la sangrienta visión que descubrió: el sheriff Hazen casi irreconocible bajo una capa de sangre, y una joven llena de morados y de manchas de barro. Shurte reconoció a la tercera persona como el agente del FBI que le había dado un puñetazo a Cole, pero no tuvo tiempo de preguntarse cómo se había metido en la cueva.

—Tenemos que llevar al sheriff Hazen al hospital —dijo el agente del FBI—. Esta joven también necesita atención médica.

—Se han cortado las comunicaciones —dijo Shurte—, y por las carreteras no se puede circular.

—¿Dónde está Williams? —dijo Hazen, con la voz pastosa.

—Ha ido a la casa a... a relevar a Rheinbeck —Shurte se quedó callado. Casi le daba miedo preguntarlo—. ¿Y los demás?

Hazen se limitó a negar con la cabeza.

—Haremos que baje un equipo de rescate en cuanto se hayan restablecido las comunicaciones —dijo Pendergast, cansado—. Ahora, si es tan amable, ayúdeme a llevar a estas dos personas a la casa.

—A la orden.

Shurte pasó un brazo por la espalda de Hazen y lo condujo suavemente hasta el último escalón. Pendergast iba detrás, ayudando a la chica. Al abandonar la boca de la cueva, la furia de los elementos los obligó a encorvarse. La lluvia bajaba horizontal por la hendidura, fustigándolos, acribillándolos con tallos rotos de maíz y farfolla. La mansión de los Kraus se erguía frente a ellos silenciosa y oscura, sin otra luz que un vago resplandor en las ventanas del salón. Shurte se preguntó dónde estaban Williams y Rheinbeck, porque la casa parecía vacía.

Recorrieron lentamente el camino hasta la entrada y subieron al porche. Shurte vio que Pendergast intentaba abrir la puerta principal, y se la encontraba cerrada con llave. Justo entonces oyó algo dentro: un golpe sordo, seguido por un grito y un disparo.

Pendergast desenfundó la pistola con gran agilidad, y en menos de un segundo ya había echado la puerta abajo. Hizo señas a Shurte para que se quedara con Hazen y la chica, y entró corriendo.

Cuando Shurte, con la escopeta en alto, asomó la cabeza por el marco de la puerta, vio a dos personas forcejeando en el vestíbulo, cerca de la escalera del sótano. Eran Williams y alguien más, una horrible figura con un camión blanco ensangrentado y el pelo gris y largo despeinado. Le pareció imposible. Era la vieja. El siguiente grito fue estridente, casi ininteligible:

—¡Asesinos de niños!

Al mismo tiempo, el foganazo de un disparo iluminó la sala. En tres saltos, Pendergast llegó hasta la anciana de blanco y la agarró. Forcejearon un poco, y se oyó un chillido sordo. La pistola resbaló por el suelo. Shurte perdió de vista al agente y la vieja, mientras Williams se lanzaba escaleras abajo. Transcurrieron unos treinta segundos, hasta que Pendergast reapareció con la mujer en brazos, murmurándole algo al oído. Poco después, Williams salió del sótano con un brazo alrededor de Rheinbeck, que, con paso inestable, se sujetaba la cabeza manchada de sangre.

Shurte cruzó el recibidor con Corrie y el sheriff, y al entrar en el salón descubrió que la luz que había visto parpadear desde fuera era la chimenea. Pendergast sentó a la anciana en un sillón orejero, entre murmullos destinados a tranquilizarla, mientras le ponía holgadamente las esposas. Después se levantó y ayudó a Shurte a acomodar al sheriff frente a la chimenea, en el sofá. Williams, que tenía escalofríos, tomó asiento en el sofá más alejado de la vieja. La chica se había dejado caer en el sillón del otro lado de la chimenea.

La mirada de Pendergast cruzó la sala.

—Agente Shurte...

—Dígame.

—Vaya a buscar un kit de primeros auxilios a uno de los coches patrulla, y atienda al sheriff Hazen. Sufre una escisión grave de la oreja izquierda, lo que parece una fractura simple de cubito, traumatismo faríngeo y abrasiones y contusiones múltiples.

Pocos minutos después, cuando Shurte regresó con el instrumental médico, encontró la sala iluminada con velas, y más leña en el fuego. Pendergast había abrigado a la anciana con una manta de lana. La señorita Kraus los miraba con odio a través de una maraña de pelo gris.

Pendergast fue ágilmente al encuentro de Shurte.

—Ocúpese del sheriff Hazen.

Se acercó a la joven y le dijo algo muy amablemente. Ella asintió. Después, Pendergast cogió algunas cosas del kit de primeros auxilios y, tras vendarle las muñecas, se ocupó de los cortes de los brazos, el cuello y la cara. Shurte, mientras tanto, atendía a Hazen, que gruñía estoicamente.

Un cuarto de hora después ya habían hecho cuanto estaba en sus manos. Shurte comprendió que no tenían más remedio que esperar ayuda.

Sin embargo, el agente del FBI parecía inquieto. Se paseaba por la sala mirando a los demás con ojos plateados; y, mientras la tormenta sacudía la mansión, su vista recaía una y otra vez en la anciana manchada de sangre que se había quedado con la cabeza gacha, esposada y sin moverse en el sillón.

## Ochenta

El calor de la chimenea, los vapores de la taza de manzanilla y el sopor del sedante administrado por Pendergast se combinaban para que Corrie tuviera una creciente sensación de irrealidad. Hasta sus brazos y piernas, magullados y llenos de cortes, parecían ajenos a ella, y apenas le dolían. Bebía sin descanso sorbos cortos, tratando de sumirse en una simple acción mecánica y no pensar en nada. ¿De qué servía pensar, si no veía sentido a nada? Ni a la fantasmagórica aparición que la había perseguido por la cueva, ni al arrebato homicida de Winifred Kraus... a nada. Era como una absurda pesadilla.

De los tres policías, dos, Williams y Rheinbeck, estaban sentados en la otra punta del salón, el segundo de ellos con la cabeza y una pierna vendadas. El tercero, Shurte, se había quedado cerca de la puerta, mirando la oscura carretera por la ventana. Hazen yacía en un sofá extremadamente mullido, con los ojos entreabiertos, y tal cantidad de morados y vendajes que costaba reconocerlo. Pendergast observaba atentamente a Winifred Kraus, que los miraba a todos desde el sillón orejero y lanzaba veneno por sus ojos, que semejaban rojos orificios en su cara blanca y empolvada.

Pendergast rompió el silencio que reinaba en el salón, sin dejar de observar a la anciana:

—Señorita Kraus, lamento decirle que su hijo ha muerto.

Winifred gimió y sufrió convulsiones, como si la noticia fuera un golpe físico.

—Lo han matado en la cueva —explicó Pendergast sin alterarse—. Ha sido inevitable. No lo entendía. Nos ha atacado, y hemos sufrido varias bajas. Ha sido en defensa propia.

La anciana gemía y se balanceaba, repitiendo sin descanso:

—Asesinos, asesinos...

Pero poco quedaba del tono acusador. Solo quedaba dolor.

Corrie miró a Pendergast, intentando descifrar lo que había dicho.

—¿Su... hijo?

Pendergast la miró.

—La pista decisiva me la dio usted al contarme que en su juventud la señorita Kraus tenía fama de... liberal. Naturalmente, se quedó embarazada. En circunstancias normales la habrían hecho tener el niño en otra parte. —Volvió a mirar a Winifred Kraus, y le dijo con dulzura—: Pero su padre no la mandó de viaje. ¿Verdad que no? Tenía otra manera de solucionar el problema. La vergüenza.

La anciana, cuyos ojos se habían llenado de lágrimas, inclinó la cabeza. Se produjo un largo silencio. Y durante ese silencio el sheriff Hazen espiró con fuerza al comprender.

Corrie lo miró. Tenía toda la cabeza vendada, y una mancha muy roja

alrededor de la oreja cortada. Sus ojos estaban ennegrecidos, y sus mejillas moradas e hinchadas.

—Dios mío... —murmuró el sheriff.

—Sí —dijo Pendergast, mirándolo—. El padre, con su religiosidad fanática e hipócrita, los encerró en la cueva a ella y al fruto de su pecado.

Volvió a mirar a Winifred.

—Tuvo usted el niño en la cueva. Al cabo de un tiempo la dejaron reintegrarse al mundo, pero no a su bebé. El hijo del pecado tuvo que quedarse en la cueva. Que es donde la obligaron a educarlo.

Hizo una breve pausa. Winifred callaba.

—Lo que ocurre es que a la larga no le pareció tan mala idea. ¿Verdad que no? Así lo protegía de un mundo malvado. En cierto modo, el sueño de toda madre. —El tono de Pendergast era sereno, tranquilizador—. Siempre tendría a su pequeño con usted. Mientras estuviera en la cueva, no podría separarse de su madre. Nunca se iría de casa, ni conocería las asechanzas del mundo. Nunca la dejaría por otra mujer. Nunca la abandonaría, como su madre la había abandonado a usted. Lo hacía para protegerlo de la corrupción del mundo. ¿Verdad? Así su hijo siempre la necesitaría, dependería de usted y la querría. Sería suyo... para siempre.

Las lágrimas corrían ya por las mejillas de la anciana, que movía tristemente la cabeza.

Los ojos de Hazen, muy abiertos, miraban fijamente a Winifred Kraus.

Sin embargo, Pendergast mantuvo el mismo tono sosegado.

—¿Puedo preguntarle cómo se llamaba, señorita Kraus?

—Job —murmuró ella.

—Un nombre bíblico. Claro. Y que se demostró muy indicado. Lo educó en la cueva. Se volvió un hombre alto y fuerte; muy fuerte, ya que en su mundo la única manera de desplazarse era trepando. Job nunca tuvo la oportunidad de jugar con otros niños de su edad. Nunca fue al colegio. Apenas aprendió a hablar. De hecho, en sus primeros cincuenta y un años de vida no conoció a otro ser humano que a usted. Debía de ser un niño con una inteligencia superior a la normal, y de fuertes impulsos creativos, pero creció prácticamente sin socializarse como ser humano. Usted lo visitaba de vez en cuando, cuando no había peligro, y le leía, pero demasiado poco para enseñarle algo más que los rudimentos del lenguaje. Aun así, era un niño muy despierto. Muy creativo. Basta pensar en lo que aprendió por sus propios medios: a hacer fuego, a fabricar objetos ingeniosos con las manos, a hacer nudos y a crear auténticos mundos con los pequeños objetos que encontraba en la cueva. Es posible que en algún momento usted se diera cuenta de que confinarlo a la cueva (lejos del sol, de la civilización, del contacto humano y de la interacción social) era perjudicial para él, pero claro, para entonces debió de parecerle demasiado tarde.

La anciana seguía llorando en silencio con la cabeza gacha.

Hazen espiró lentamente por segunda vez.

—Pero salió —dijo con voz ronca—. Salió, el muy hijo de puta. Y empezaron los asesinatos.

—Exacto —dijo Pendergast—. Un día, excavando en los túmulos, Sheila Swegg descubrió la antigua entrada india a la cueva, la puerta trasera; que, dicho sea de paso, fue la que usaron los Guerreros Fantasma en su emboscada a los Cuarenta y Cinco. Los guerreros la cerraron por dentro tras volver a meterse en la cueva y suicidarse ritualmente tras el ataque. Pero Sheila Swegg la encontró cuando excavaba en los túmulos. Para desgracia suya. A Job, el hecho de que Sheila Swegg entrara en su cueva debió de causarle una impresión brutal. El único ser humano que conocía era su madre. Ni siquiera sabía que existieran otros. La mató por miedo, y es de suponer que involuntariamente. Más tarde encontró el acceso que había abierto su víctima, y por primera vez salió a un nuevo mundo, grande y lleno de prodigios. ¡Qué momento debió de ser! Porque usted nunca le había contado nada del mundo exterior, ¿verdad, señorita Kraus?

La anciana negó lentamente con la cabeza.

—Conque Job salió de la cueva. Debía de ser de noche. Al mirar hacia arriba, vio las estrellas por primera vez. Al mirar alrededor, vio los árboles oscuros de la orilla del río, y olió el aire enrarecido y húmedo del verano de Kansas. ¡Qué diferencia con la oscuridad cerrada donde había vivido medio siglo! Es posible que entonces, en la lejanía de los campos, viera las luces de Medicine Creek. En ese momento, señorita Kraus, perdió usted cualquier control sobre él. Como todas las madres. La diferencia es que, en su caso, Job tenía más de cincuenta años. Se había vuelto un ser humano muy fuerte, pero malgrado sin remedio. Y no era posible volver a meter el genio en la redoma. Job tenía que seguir saliendo, y explorando el nuevo mundo.

La voz de Pendergast se apagó en la fría oscuridad.

La anciana dejó escapar un débil sollozo. Todos se habían quedado mudos. Fuera, el viento amainaba lentamente. Un trueno rezagado retumbó en la distancia. Al final, la señorita Kraus se decidió a hablar.

—Cuando mataron a la primera mujer, no se me ocurrió que pudiera ser mi Job, pero después... Me lo contó él. Estaba tan entusiasmado... Tan contento... Me contó que había encontrado un mundo, como si no supiera que yo lo conocía. Él no quería matar a nadie, señor Pendergast. Se lo aseguro. Solo intentaba jugar. Quise explicárselo, pero no había manera de hacérselo entender, y...

Se atragantó con un sollozo. Pendergast esperó un poco y prosiguió.

—Cuando se hizo mayor, ya no fue necesario visitarlo tan a menudo. Supongo que le llevaba provisiones una o dos veces por semana. Así se explica que tuviera mantequilla y azúcar. Para entonces ya era casi autosuficiente. El sistema de cuevas era su casa. Él solo, con los años, había aprendido muchas

cosas, habilidades necesarias para sobrevivir en la cueva, pero el mayor perjuicio lo había sufrido en el ámbito de la moral humana. No sabía diferenciar el bien y el mal.

—¡Pero yo lo intenté! ¡No sabe cuántas veces intenté explicárselo! — exclamó Winifred Kraus, balanceándose.

—Hay cosas que no se pueden explicar, señorita Kraus —dijo Pendergast—. Hay que observarlas. Hay que vivirlas.

La tormenta sacudía la casa y la hacía vibrar.

—¿Cómo se le deformó la cabeza? —preguntó Pendergast al cabo de un rato—. ¿Por el mero hecho de vivir en la cueva? ¿O sufrió alguna caída durante la infancia? ¿Alguna fractura que no se le curó bien?

Winifred Kraus tragó saliva y se rehízo.

—Se cayó a los diez años. Creía que se me moría. Le habría traído un médico, pero...

Hazen la interrumpió con un tono que reflejaba asco, rabia, incredulidad y dolor.

—Pero ¿y las composiciones de los maizales? ¿Qué sentido tenían?

Winifred se limitó a mover la cabeza, sorprendida.

—No lo sé.

Pendergast volvió a intervenir.

—Es posible que no lleguemos a saber qué pasaba por su cabeza al crear esas imágenes. Era una forma de expresión personal, un concepto peculiar, y quizá incomprendible, de juego creativo. Ya ha visto los grabados de la cueva, y las composiciones de palos, cuerdas, huesos y cristales. Por eso nunca se ajustó al patrón de asesino en serie, por el simple hecho de que no lo era. Carecía del concepto de asesinato. Era completamente amoral. El sociópata más puro que se pueda imaginar.

La anciana seguía en silencio, sin levantar la cabeza. Corrie la compadeció. Se acordó de que había oído contar lo estricto que había sido su padre. Decían que la pegaba por cualquier infracción de sus complicadas reglas, llenas de contradicciones, y que una vez la había encerrado varios días llorando en el desván de la casa. Eran viejas historias, que siempre terminaban en un gesto de asombro y el mismo comentario: « Parece mentira, con lo buena persona que es Winifred... A ver si al final serán inventos» .

Pendergast seguía paseando por la sala, entre miradas a Winifred Kraus.

—Los pocos ejemplos que conocemos de niños con una educación parecida (como el niño lobo de Aveyron, o el caso de Jane D., encerrada en un sótano hasta los catorce años por su madre esquizofrénica) demuestran que se producen daños neurológicos y psicológicos a gran escala e irreversibles por el mero hecho de que una persona se vea privada del proceso normal de socialización y desarrollo del lenguaje. El caso de Job va un paso más allá: a él lo privaron del

mundo.

De repente, Winifred se tapó la cara con las manos y se balanceó.

—Ay, mi niño... —dijo, llorando—. Mi pobrecito Jobie...

El silencio era total, a excepción de los murmullos incesantes de Winifred.

—Pobrecito niño mío... Pobre Jobie...

Corrie oyó una sirena a lo lejos. Las luces de un camión de bomberos se filtraron por las ventanas rotas de la fachada, en forma de franjas luminosas que corrieron por las paredes y el suelo. A continuación oyeron el ruido de los frenos de una ambulancia y un coche patrulla; después, puertas de coche cerrándose y pasos pesados en el porche. Se abrió la puerta, y entró un fornido bombero.

—¿Por aquí va todo bien? —preguntó, campechano—. Ya hemos despejado las carreteras, y...

Calló al ver las manchas de sangre de Hazen, el llanto de la anciana esposada al sillón y el mudo estupor de los demás.

—No —dijo Pendergast con calma—. No va todo bien.

## Epílogo

### 1

El sol poniente flotaba sobre Medicine Creek como una bendición. La tormenta había disipado la ola de calor y el cielo estaba limpio. El otoño ya se insinuaba en el aire. Los maizales que habían sobrevivido a la tormenta estaban segados, y el pueblo se sentía liberado de aquel peso claustrofóbico. Centenares de cuervos pasaban en su vuelo migratorio y se abatían sobre los campos para buscar los últimos granos entre los rastros. Al borde del pueblo, el campanario de la iglesia luterana era una flecha fina y blanca sobre un telón verde y azul. Por sus puertas, abiertas de par en par, salían retazos de las vísperas.

No muy lejos, Corrie intentaba terminar *Beyond the Ice Limit* en la cama deshecha. En la caravana reinaba la tranquilidad. La ventana abierta de la habitación dejaba entrar una agradable brisa. Los cúmulos algodonosos que surcaban el cielo arrastraban sus sombras por los campos segados. Pasó dos veces de página. Llegaban de la iglesia las primeras notas de órgano de « Beautiful Savior », seguidas por las de un coro lejano, en el que como siempre destacaba la voz trémula de Klick Rasmussen.

Al oírlo, Corrie esbozó una sonrisa. Debía de ser el primer oficio que celebraba el nuevo pastor, un joven llamado Tredwell de quien el pueblo ya se enorgullecía. Sonrió aún más al acordarse de lo que le habían contado antes de salir del hospital: que Smit Ludwig había salido del maizal descalzo y lleno de morados y arañazos, tras dos días inconsciente por una conmoción, y se había ido derecho a la iglesia, donde precisamente se celebraba su funeral. Su hija, llegada para la ceremonia, se había desmayado. Sin embargo, el principal sorprendido había sido el pastor Wilbur, que, interrumpido en plena recitación de Swinburne, y seguro de ver un fantasma, había sufrido una apoplejía. En esos momentos convalecía lejos de Medicine Creek. En cuanto a Ludwig, se estaba recuperando muy deprisa y aprovechaba su estancia en el hospital para escribir los primeros capítulos de un libro sobre su encuentro con el asesino de Medicine Creek, que solo se había llevado sus zapatos, dejándolo por muerto en el maíz.

Corrie cerró la novela y se tumbó para ver pasar las nubes por la ventana. El pueblo se esforzaba por volver a la normalidad. Ya habían empezado las pruebas de selección para el equipo de fútbol, y en dos semanas lo harían las clases. Corría el rumor de que la universidad había decidido situar el campo experimental en Iowa, pero nadie lo lamentaba. Todo lo contrario. Al parecer, Pendergast compartía la idea de Dale Estrem y la cooperativa sobre los riesgos de la modificación genética. En todo caso, poco importaba ese tema en un momento en que el pueblo había sido tomado por representantes de Parques Nacionales, varios expertos en cuevas, un equipo de fotógrafos del *National*

*Geographic* y grupos de curtidos espeleólogos, a quién más impaciente por echar un vistazo a lo que ya se anunciaba como el mayor sistema de cuevas descubierto en Norteamérica desde las de Carlsbad. Todo indicaba que el pueblo se hallaba al borde de un nuevo amanecer que le traería riqueza, o como mínimo prosperidad. El tiempo lo diría.

Corrie suspiró. A ella le daba lo mismo. Un año más y, para bien o para mal, Medicine Creek pertenecería a su pasado.

Se quedó en la cama, pensando. Cuando ya era de noche, se levantó, fue al escritorio, abrió el cajón, palpó el fondo y retiró los billetes con cuidado. Mil quinientos dólares. Su madre no los había encontrado, pero tampoco había vuelto a darle la lata. El primer día después del hospital, había estado incluso amable, aunque Corrie ya sabía que le duraría poco; ya había vuelto al trabajo, y seguro que llegaría a casa con la carga habitual de botellines de vodka en el bolso. En uno o dos días sacaría el tema del dinero, y vuelta a empezar.

Acarició los billetes, pensativa. Tras una semana en el pueblo, colaborando con Hazen y la policía del estado en la recopilación de pruebas sobre el caso, Pendergast había llamado por teléfono para decir que se iba a primera hora y que quería despedirse (además de recoger su teléfono móvil). Corrie no se engañaba: lo que le interesaba era lo segundo, el móvil.

El agente la había visitado varias veces en el hospital, siempre solícito y amable, pero en el fondo Corrie esperaba algo más. Sacudió la cabeza. ¿El qué? ¿Que se la llevase como ayudante fija? Absurdo. Además, se lo veía cada vez más impaciente por marcharse, debido a algún asunto que lo esperaba, según él, en Nueva York. Había recibido varias llamadas al móvil de un tal Wren, pero Corrie no había podido espiarlas porque siempre salía de la habitación. En fin, tanto daba. Pendergast estaba a punto de marcharse, y en dos semanas ella volvería al instituto. Su último año en Medicine Creek Solo un año más de infierno.

Al menos ya no tendría que preocuparse por el sheriff Hazen, quien, curiosamente, le había salvado la vida, y parecía haber tomado por ella un interés casi paternal. Había que reconocer que en su primer día de alta, al ir a verlo al hospital, lo había encontrado muy bien. Hasta se había disculpado (claro que no directamente, pero se entendía, y sorprendía). Ella, por su parte, le había dado las gracias por salvarla, y la reacción del sheriff había sido derramar algunas lágrimas y decir que no había hecho bastante, ni muchísimo menos. Pobre. Aún estaba muy afectado por lo de Tad.

Miró el dinero. El día siguiente, cuando saliera de casa, expondría sus planes a Pendergast.

La idea se había formado lentamente, en el hospital, y en cierto modo la sorprendía no haberla tenido antes. Aún le quedaban dos semanas para empezar las clases. Tenía dinero, y era libre (el sheriff había retirado todas las

acusaciones). Nada la retenía, ni amigos dignos de ese nombre ni trabajo; y, si se quedaba en casa, tarde o temprano su madre le sacaría el dinero.

En realidad no se hacía ilusiones, ni siquiera en el momento de tener la idea. Sabía que, si lo encontraba, casi seguro que resultaría ser una de esas personas que nunca se deciden, un fracasado; alguien que, a fin de cuentas, se había casado y separado de su madre, dejándolas con el culo al aire. Nunca había pagado la manutención de su hija. Ni visitas, ni una mísera carta, al menos comprobada. No iba a salir precisamente el padre ideal.

Pero daba igual. Era su padre, y en lo más hondo de su alma Corrie tenía la sensación de dar el paso correcto, ahora que disponía de dinero y tiempo.

No sería difícil encontrarlo. Las quejas incesantes de su madre tenían el efecto involuntario de mantener a Corrie al día sobre sus movimientos. Tras mucho vagar por el Medio Oeste, su padre se había instalado en Allentown (Pensilvania), y trabajaba revisando frenos en un taller Pep Boys. ¿Cuántos Jesse Swanson podía haber en Allentown? El viaje en coche solo duraba un par de días. Lo que le había pagado Pendergast alcanzaría para la gasolina, los peajes, los moteles y un colchón más que suficiente para el caso (muy probable) de que tuviera que hacer frente a alguna avería inesperada.

Y aunque su padre resultara ser eso, un fracasado, le había dejado buenos recuerdos. Como mínimo no era un gilipollas. Antes de marcharse había sido un buen padre, que la llevaba al cine y al minigolf, y que sabía reírse y divertirse. Además, ¿qué era eso de ser un fracasado? A ella, en el instituto, también la tenían etiquetada así. De lo que estaba segura era de que la había querido... pese a dejarla en manos, todo había que reconocerlo, de una bruja borracha.

«No esperes demasiado, Corrie», se recordó.

Dobló los billetes y se los guardó en el bolsillo de los pantalones. Después sacó la maleta de plástico de debajo de la cama, la dejó sobre el colchón, la abrió y empezó a llenarla de ropa. Pensaba salir a primera hora, antes de que se despertara su madre, y ponerse en camino nada más despedirse de Pendergast. Tardó poco en hacer la maleta. Cuando la tuvo debajo de la cama, se acostó y se durmió en un periquete.

Se despertó en plena noche. Todo estaba oscuro. Se incorporó y miró alrededor, medio dormida. Algo la había despertado. No podía ser su madre, porque hacía turno de noche en el club, y...

Justo al otro lado de su ventana se oyó un borboteo, una serie de ruidos inarticulados y un golpe sordo. El miedo la despertó de golpe.

Lo siguiente fue una especie de chisporroteo, prelude de una serie de gotas que empezaron a caer ligeras en la chapa de la caravana.

Corrie miró el reloj: las dos. Al tumbarse, estuvo a punto de reír de alivio. Esta vez sí eran los aspersores del señor Dade.

Se levantó para cerrar la ventana, y aprovechó para respirar una ráfaga de

aire fresco que olía a hierba mojada.

Justo cuando se disponía a cerrar, una mano salió de la oscuridad y sujetó el filo del cristal. Estaba ensangrentada, y tenía las uñas rotas.

Corrie soltó la ventana y retrocedió en silencio.

Había visto aparecer una cara blanca y redonda, llena de morados, cortes, suciedad y sangre, con una barbita de chivo y una carnosidad anómala, infantil. La horrible mano abrió la ventana lentamente, hasta que no dio más de sí. Un mal olor espantoso (y más por los recuerdos que avivaba) penetró en la habitación y llegó a la nariz de Corrie.

Retrocedió hacia la puerta, mientras sus dedos embotados buscaban el móvil en el bolsillo. Al encontrarlo pulsó dos veces el botón de llamada, dando el orden de marcar el último número. El de Pendergast.

De un tirón, la enorme mano arrancó el marco de aluminio barato de la ventana, rompiendo el cristal.

Corrie se volvió, salió corriendo de la habitación, cruzó el pasillo descalza, se lanzó por el salón...

Y en ese momento se abrió de par en par la puerta principal. Era Job, vivo pero con un ojo reventado, supurando líquido amarillo. Su ropa extragrande de niño estaba sucia, hecha jirones. Era Job, con costras de sangre, el pelo apelmazado y un color enfermizo de piel. Uno de sus brazos colgaba roto e inservible, pero el otro buscaba a Corrie.

—¡Muuuh!

El brazo quería apresarla con sus garras. Job dio un paso con la cara deformada por la rabia, apestando toda la habitación.

—¡No! —chilló Corrie—. ¡No, no! ¡Vete!

Job avanzaba, dando golpes al aire y rugiendo incoherentemente.

Corrie se volvió y corrió por el pasillo hacia su habitación. Job la perseguía tropezando.

Dio un portazo y echó el pestillo, pero Job irrumpió con un ruido estremecedor, estampando la puerta contra la pared. Corrie se lanzó por la ventana sin pensárselo, de cabeza, y tras rodar por la hierba mojada, llena de cristales, se levantó y echó a correr en dirección al pueblo. Oyó el ruido de algo roto, un rugido de contrariedad y de nuevo algo roto.

Habían empezado a encenderse luces en las otras caravanas. Al volver la cabeza, vio que Job salía danzo zarpazos por la ventana, rugiendo y rompiendo cuanto encontraba a su paso.

Si conseguía llegar hasta la carretera, quizá no estuviera todo perdido. Corrió entre las caravanas. Tenía la verja a un centenar de metros.

Al oír un rugido, y mirar de reojo, vio que Job, encorvado y malherido, corría como un cangrejo por el césped, a una velocidad escalofriante, y le cerraba el paso hacia el pueblo.

Corrió con todas sus fuerzas, respirando a bocanadas, pero Job ya iba hacia ella y no le dejaba otra alternativa que volver hacia el fondo del parque de caravanas y salir a los campos oscuros, despojados. Metió una mano en el bolsillo, sacó el teléfono y se lo acercó al oído sin dejar de correr. Al hacerlo, oyó la voz tranquila de Pendergast.

—Ya voy, Corrie. Voy ahora mismo.

—Por favor, que va a matarme...

—Llegaré en cuanto pueda con la policía. Usted corra. ¡Corra!

Y corrió, corrió al límite de sus fuerzas hasta saltar por encima de la valla del fondo y lanzarse por los campos, erizados de rastros que se le clavaban en los pies descalzos.

—¡Muh! ¡Muh! ¡Muuuuuh!

Job estaba detrás, acortando distancias con su extraño y brutal paso de mono, que le hacía dar saltos apoyado en los nudillos de su brazo sano. Corrie siguió adelante con la esperanza de que se cansara y se rindiera de dolor, pero no, no se cansaba, la seguía entre rugidos de agonía.

Redobló sus esfuerzos, con los pulmones ardiendo, pero no servía de nada. Job se aproximaba por momentos. Estaba a punto de alcanzarla. Por muy deprisa que corriera, acabaría en sus manos. No...

¿Qué podía hacer? Llegar al río, además de imposible, era inútil. Se estaba alejando en línea recta del pueblo, de todo. Pendergast no podría llegar a tiempo.

—¡Muuuh! ¡Muuuh!

Oyó una sirena, confirmación de que Pendergast estaba demasiado lejos. Job estaba a punto de atraparla, echársele encima por detrás y matarla.

Ya oía retumbar sus pies, como acompañamiento frenético a sus gritos de agonía. No podía estar a más de diez metros. Corrie recurrió a todas sus reservas de energía, pero ya se sentía vacilar, ya sentía aflojársele las piernas, ya se notaba los pulmones a punto de reventar por el esfuerzo; y Job... Job cada vez más cerca. Lo tendría encima en un segundo. Tenía que hacer algo. Tenía que haber una manera de explicárselo, de disuadirlo...

Se volvió y gritó:

—¡Job!

Seguía rugiendo sin hacerle caso.

—¡Espera, Job!

Nada más decirlo sintió un golpe terrible que la tumbó de espaldas en la tierra blanda; y enseguida después era Job quien bramaba encima de ella, salpicándole la cara de baba, con el puño de gigante a punto de aplastarle el cráneo.

—¡Amiga! —exclamó.

Volvió la cabeza con los ojos cerrados, para esquivar el mazazo, y repitió:

—¡Amiga! Quiero ser amiga tuya, amiga tuya...

No pasó nada. Esperó, tragó saliva y abrió los ojos.

El puño seguía en alto, pero el rostro que la miraba había sufrido un cambio radical. Nada quedaba de la rabia de antes. Una nueva, poderosa e insondable emoción contraía las facciones.

—Tú y yo —graznó Corrie—. Amigos.

La mueca del rostro seguía siendo horrible, pero Corrie creyó ver un brillo de esperanza, e incluso de entusiasmo, en el ojo que quedaba.

Lentamente, el gran puño se abrió.

—¿Amiga? —preguntó Job con voz aguda.

—Sí, amigos —dijo ella sin aliento.

—¿Hugá con Job?

—Sí, Job, si quieres jugamos. Somos amigos. Jugaremos —farfulló Corrie, con un nudo en la garganta por el terror, mientras hacía esfuerzos por dominarse.

El brazo volvió a descender. Corrie entendió que la espantosa mueca de la boca debía de ser una sonrisa. Una sonrisa de esperanza.

Job bajó torpemente de encima de ella y a duras penas logró ponerse en pie, con una mueca de dolor pero la misma sonrisa grotesca.

—Hugá. Job hugá.

Corrie se incorporó entre jadeos. Sus movimientos eran lentos, para no asustarlo.

—Sí, ahora somos amigos. Corrie y Job, amigos.

—Amigoz —repitió Job con lentitud, como si tuviera muy olvidada la palabra.

Las sirenas se habían acercado. Corrie oyó frenazos y portazos.

Intentó levantarse, pero le fallaron las piernas.

—Exacto. Tranquilo, que no me voy. No hace falta que me hagas daño. Voy a quedarme aquí, para jugar contigo.

—¡A hugá!

Y Job dio un grito de alegría en la oscuridad del campo des poblado.

## 2

El Rolls-Royce aparcado frente al bar de Maisie tenía una capa de polvo, y su carrocería se había vuelto mate por la tormenta. Había alguien apoyado en él: Pendergast, con un traje negro limpio, las manos en los bolsillos y el cuerpo inmóvil bajo la luz de una mañana despejada.

Corrie se acercó a la acera, frenó el Gremlin a la altura del agente y aparcó. El motor se apagó con un eructo de humo negro.

Al verla bajar, Pendergast se irguió.

—Señorita Swanson, Allentown queda de camino a Nueva York. ¿Seguro que no quiere que la lleve?

Corrie negó con la cabeza.

—No, esto lo quiero hacer sola.

—¿Y si busco el nombre de su padre en la base de datos, y la informo de antemano sobre cualquier aspecto... digamos que inusual de su actual situación?

—No. Prefiero no saber nada. No espero milagros.

Pendergast la miró fijamente sin hablar.

—Me irá bien —dijo ella.

El agente tardó un poco en asentir.

—Sí, y a lo sé. De todos modos, y a que no quiere que la lleve, como mínimo tendrá que aceptar esto.

Dio un paso hacia ella, se sacó un sobre del bolsillo y se lo entregó.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Considérelo un regalo anticipado de graduación.

Al abrirlo salió una libreta de ahorros, con un depósito de veinticinco mil dólares en un fondo de educación a nombre de Corrie.

—No —dijo enseguida—. No puedo.

Pendergast sonrió.

—No solo puede, sino que debe.

—Perdone, pero no puedo aceptarlo.

Pendergast pareció titubear durante unos segundos, hasta que dijo con una voz muy grave:

—Entonces, permítame explicarle por qué tiene que aceptar. El otoño pasado, por causalidad y en circunstancias en las que prefiero no ahondar, recibí una considerable herencia de un pariente lejano y muy rico. Me limitaré a decir que no se había enriquecido por sus buenas obras. Ahora, dentro de mis posibilidades, estoy intentando rectificar la mancha que dejó en la familia Pendergast gastando el dinero en buenas causas. Discretamente, como comprenderá. Usted, Corrie, es una de esas buenas causas; no solo buena, sino excelente.

Corrie miró el suelo sin saber qué contestar. Nunca le habían dado nada en toda su vida. Que la cuidaran era algo nuevo, extraño, sobre todo tratándose de una persona tan distante, y distinta, como Pendergast. Sin embargo, ahí estaba la libreta, como prueba física en sus manos.

Volvió a mirarla, y la guardó en el sobre.

—¿Lo de fondo para educación qué significa? —preguntó.

—Todavía le queda un año de instituto.

Asintió. Los ojos de Pendergast brillaron.

—¿Le suena la Academia Phillips Exeter?

—No.

—Es un internado privado de New Hampshire, donde tengo reservada una plaza.

Corrie lo miró fijamente.

—¿Qué quiere decir, que el dinero no es para la universidad?

—Lo importante es que salga de aquí cuanto antes. Este pueblo la está matando.

—Pero ¿un internado? ¿En Nueva Inglaterra? No me adaptaré.

—Mi querida Corrie, ¿por qué es tan importante adaptarse? Yo nunca me he adaptado. Además, estoy seguro de que le gustará. Encontrará a otros marginados como usted; marginados inteligentes, curiosos y creativos. Yo pasaré por ahí a principios de noviembre, de camino a Maine, y le haré una visita para ver cómo le va.

Tosió educadamente en su mano.

Para su propia sorpresa, Corrie se acercó impulsivamente y lo abrazó. Sintió que se ponía tenso, y que al cabo de un rato se relajaba y se desprendía amablemente de su abrazo. Lo miró con curiosidad: no cabía duda, estaba violento.

Pendergast carraspeó.

—Disculpe que no esté acostumbrado a las muestras físicas de afecto —dijo—. No he crecido en una familia que...

Calló, ruborizándose un poco.

Corrie se apartó de él, presa de un maremágnum de emociones entre las que destacaba la vergüenza. Al principio Pendergast siguió mirándola, mientras volvía a dibujarse en sus labios una tenue y críptica sonrisa. Después se inclinó, le cogió la mano, se la llevó casi a los labios y, a continuación, se dio la vuelta y entró en el coche.

Momentos después, el Rolls se alejaba por la carretera, acelerando hacia donde salía el sol, cuya luz reflejó en su superficie curva antes de perderse en la cinta larga y recta de asfalto.

Corrie esperó un poco, subió al Gremlin y echó un vistazo a la maleta, los casetes y el montoncito de libros para comprobar que no olvidaba nada. Después guardó el sobre en la guantera, con la libreta dentro, cerró la tapa, arrancó, dejó que se calentara el motor y le dio gas hasta asegurarse de que no se calara. Cuando salió del aparcamiento del bar de Maisie, se fijó en la gasolinera Exxon de Ernie, que quedaba al otro lado de la calle, y vio a Brad Hazen. El hijo del sheriff estaba llenando el depósito del Caprice azul de Art Ridder, con una mano en la boquilla del surtidor y la otra en el maletero. Se le habían caído tanto los vaqueros, que Corrie vio unos calzoncillos desteñidos y grisáceos con el principio de la raya del culo justo encima del cinturón. Brad miraba boquiabierto el punto donde había desaparecido el Rolls-Royce de Pendergast. Al cabo de un minuto se volvió y, con un movimiento admirativo de la cabeza, cogió la escobilla.

De repente, Corrie sintió lástima por el sheriff. ¡Qué sorpresa que al final hubiera resultado tan buena persona! Tenía grabada su imagen en el hospital, con la cabeza de pepino apoyada en una almohada muy blanca, la cara diez años mayor y lágrimas en las mejillas mientras hablaba de Tad Franklin. Volvió a

mirar a Brad, y se preguntó si en el fondo, muy al fondo, no tendría también alguna chispa de decencia.

Sacudió la cabeza y aceleró. No pensaba quedarse a averiguarlo.

Cuando la carretera salió a su encuentro, pensó en dónde estaría al año siguiente, o en cinco años, o en treinta. Era la primera vez que se le ocurría pensarlo, y fue una sensación que le produjo una mezcla de placer y miedo.

El pueblo se encogió en el retrovisor, hasta que solo quedaron campos segados y cielo azul. Entonces comprendió que ya no podía odiar a Brad Hazen, como no podía odiar Medicine Creek. Ambos habían sido desplazados de su presente a su pasado, donde irían menguando hasta quedar en nada. Para bien o para mal estaba saliendo al ancho mundo, y jamás volvería a Medicine Creek.

### 3

Cuando Pendergast llegó, el sheriff Dent Hazen hablaba con dos policías al fondo del corto pasillo, con la cabeza muy vendada y un brazo enyesado. Se acercó al agente del FBI y le tendió la mano.

—¿Qué, sheriff, cómo va ese brazo? —preguntó Pendergast.

—No podré volver a pescar en todo lo que queda de temporada.

—Pues lo siento.

—¿Ya se va?

—Sí. Quería pasar a despedirme. Tenía la esperanza de encontrarlo, y quería darle las gracias por haber contribuido a que estas vacaciones hayan sido tan... interesantes.

Hazen asintió, ausente. Tenía profundas arrugas en la cara, y una expresión de amargura y angustia.

—Llega justo a tiempo para ver despedirse a la vieja de su angelito.

Pendergast asintió. Era la otra razón de su visita. Aunque no esperase mucho de ella, odiaba marcharse dejando cabos sueltos; y en aquel caso quedaba una gran pregunta sin respuesta.

—Si quiere, puede asistir a la tierna despedida. Los comecocos ya se han pegado como moscas al cristal, que por el otro lado es un espejo. Por aquí.

Hazen llevó a Pendergast a una sala oscura sin ninguna indicación en la puerta. Solo había una ventana blanca en la pared del fondo, con vistas a una sala de la unidad de internos del ala de psiquiatría del Hospital Luterano de Garden City. Frente al cristal, un grupo de psiquiatras y alumnos de medicina hablaba en voz baja con las libretas preparadas. La habitación del otro lado estaba vacía y poco iluminada. Justo cuando Pendergast y Hazen se acercaban a ella, se abrió una doble puerta y entraron dos policías llevando a Job. Tenía la cara y el pecho muy vendados, y un brazo enyesado hasta encima del hombro. Aunque la

iluminación fuera tan tenue, parpadeó con el ojo que le quedaba. Sus caderas estaban fuertemente ceñidas por un gran cinturón de cuero, dotado de una anilla delantera por donde pasaban las esposas para las muñecas. Las piernas estaban sujetas a la silla de ruedas con grilletes.

—Mírelo. ¡Qué hijo de puta! —dijo Hazen hablando más para sí que con Pendergast.

Bajo la atenta observación del agente del FBI, los policías dejaron a Job en el centro de la habitación y se apostaron a ambos lados.

—Ya me gustaría saber por qué lo hizo, ya —dijo Hazen en voz baja y apagada—. ¿Qué pretendía en esos claros del maíz? El círculo de cuervos, Stott hervido como un cerdo, Chauncy con la cola en la barriga... —Tragó saliva con dificultad—. Y Tad. Lo mató. ¿Qué coño le pasaba por la cabeza?

Pendergast no dijo nada.

En ese momento se abrieron las puertas por segunda vez, y Winifred Kraus entró apoyada en el brazo de otro policía. Llevaba una bata de hospital, y caminaba muy despacio con un libro muy gastado bajo el brazo. Estaba pálida, y demacrada, pero nada más ver a Job se iluminó, y fue como si se transformase de pies a cabeza.

—¡Jobie, cielo! Soy mamá.

Encima de la ventana, un altavoz transmitía sus palabras a la sala oscura, cuyo súbito silencio se vio rasgado por el crudo y metálico sonido de su voz.

Job levantó la cabeza, y una sonrisa le contrajo la cara.

—¡Mamá!

—Te he traído un regalo, Jobie. Mira, es tu libro.

Job profirió un sonido inarticulado de alegría. Su madre acercó una silla. Los policías se pusieron nerviosos, pero ni Winifred ni Job les prestaron atención. La anciana se sentó, rodeó el corpachón de su hijo con un brazo endeble y se arrimó a él. Mientras ella lo arrullaba, la cara de ternero de Job se iluminó con una sonrisa de alegría y de felicidad.

—¡Por Dios! —murmuró Hazen—. Mire, lo acuna como si fuera un bebé.

Winifred Kraus se puso el libro en las rodillas y lo abrió por la primera página. Era un libro de canciones infantiles.

—Voy a empezar por el principio. ¿Vale, Jobie? —dijo con dulzura—. Como te gusta a ti.

Empezó a leer sin prisa, con una cantinela infantil.

*Cien puñados de trigo  
en un saco muy hondo.  
Y veinticuatro grajos  
en un pastel redondo.  
Si se corta el pastel,*

*los pajaritos cantan.  
¡No es más rica la miel  
para el rey y la infanta!*

El cabezón de Job se movía al compás, y su boca emitía una especie de «uuuuu» que subía y bajaba en función de la cadencia de las palabras.

—El monstruo y su madre —dijo Hazen—. ¡Por Dios! Solo de verlo me dan escalofríos.

Winifred Kraus llegó al último verso y pasó de página. Job reía, feliz. Su madre siguió leyendo.

*¡Qué bueno está hervidito  
Juanito Albondiguilla!  
Azúcar en la olla  
y mucha mantequilla.*

Hazen se giró y cogió la mano de Pendergast.

—Me voy. Nos vemos en el purgatorio.

Pendergast se la estrechó sin contestar ni fijarse, hipnotizado por la escena que tenía delante: una madre leyendo canciones de niños a su hijo.

—Mira qué dibujo más bonito, Jobie. ¡Mira!

Cuando Winifred Kraus levantó el libro, Pendergast alcanzó a ver la ilustración. El libro era antiguo, y la página estaba rota y manchada, pero seguía distinguiéndose la imagen.

La reconoció enseguida, y fue una revelación tan intensa que le hizo tambalearse como un golpe físico. Se apartó del cristal.

Job sonreía y seguía con sus «uuuuu», balanceando la cabeza.

Winifred Kraus, serena, sonrió y pasó la página. La voz de la madre, desnaturalizada por la amplificación, siguió vibrando en el bafle.

*¿De qué son los niños? ¿De qué son, son, son?  
¿Los niños de qué son, de qué son?  
De serpientes, y hojas y ratones,  
de colitas de perro y caracoles.*

Pero Pendergast no se había quedado a oírlo. La marcha de un hombre delgado y vestido de negro pasó inadvertida al grupo de psiquiatras y estudiantes que, pegados al cristal, se habían enfrascado en discusiones sobre en qué punto del manual DSM-IV hallarían el diagnóstico, y si, de hecho, se encontraría alguna vez.

## Agradecimientos

Lincoln Child desea dar las gracias al agente especial Douglas Margini por haberlo asesorado constantemente, tanto sobre las fuerzas del orden como sobre guitarras eléctricas. También quiero dar las gracias a mi primo Greg Tear y a mis amigos Bob Wincott y Pat Allocco por sus acertados consejos sobre el manuscrito. Victor S. me hizo el gran favor de darme algunos detalles necesarios. Quisiera expresar mi agradecimiento a las siguientes personas, por contribuir a que la vida de escritor no tenga que ser una vida de monje: Chris y Susan Yango, Tony Trischka, Irene Soderlund, Roger Lasley, Patrick Dowd, Gerard y Terry Hyland, Denis Kelly, Bruce Swanson, Jim Jenkins, Mark Mendel, Ray Spencer y Malou y Sonny Baula. Gracias, también, a Lee Suckno por sus múltiples atenciones. Por encima de todo, quiero dar las gracias por su amor y su apoyo a mis padres, Nancy y Bill Child, a mi hermano Doug, a mi hermana Cynthia, a mi hija Veronica, y en especial a mi mujer Luchie. Asimismo, desearía expresar mi gratitud y reconocimiento a mi pueblo adoptivo de Northfield (Minnesota), que —en el nostálgico catalejo de la memoria— conserva todo el encanto de los pueblos norteamericanos, pero evitando sus limitaciones.

Douglas Preston desea expresar su profunda gratitud a Bobby Rotenberg por la lectura del manuscrito y el acierto de sus sugerencias. A mi hija Selene le agradezco sus inestimables consejos, sobre todo para el personaje de Corrie. Estoy profundamente en deuda con Karen Copeland por su ayuda y su respaldo, ambos enormes. Y a Niccolò Capponi, gracias por tantas, y tan fascinantes, conversaciones literarias, y por sus excelentes ideas. Vaya mi gratitud a Barry Turkus, por llevarme *in bici* por las colinas toscanas, y a Jody, su mujer. También deseo dar las gracias a algunos amigos florentinos, por servir de contrapeso a muchas horas de soledad frente al ordenador. Son los siguientes: Myriam Slabbinck, Ross Capponi, Lucia Boldrini y Riccardo Zucconi, Vassiliki Lambrou y Paolo Busoni, Edward Tosques, Phyllis y Ted Swindells, Peter y Marguerite Casparian, Andrea y Vahe Keushguerian, y Catia Ballerini. También estoy profundamente en deuda con nuestro traductor italiano, Andrea Cario Cappelletti, por su amistad, su defensa de nuestros libros y el acierto de sus consejos sobre esta novela en particular. ¿Cómo no mencionar, por otro lado, a la incomparable Andrea Pinketts? Por último, quiero expresar la mayor gratitud a mi mujer Christine y a mis otros dos hijos, Aletheia e Isaac, por haberme querido y apoyado siempre.

Y, como de costumbre, nuestra especial gratitud a una serie de personas sin las cuales las novelas de Preston y Child no existirían: Jaime Levine, Jamie Raab, Eric Simonoff, Eadie Klemm y Matthew Snyder.

Aunque hayamos situado la novela en el sudoeste de Kansas, tanto el pueblo de Medicine Creek como Cry County, y muchos otros pueblos y ciudades que aparecen en el libro, son ficticios o se usan de manera ficticia, como es también el caso de los personajes que los pueblan. No hemos vacilado en cambiar la geografía y la agricultura del sudoeste de Kansas al servicio de la ficción.



DOUGLAS PRESTON y LINCOLN CHILD son, hasta la fecha, coautores de dieciocho novelas. Cada uno de ellos también escribe novelas de gran éxito por separado. Viven a casi tres mil kilómetros el uno del otro y escriben juntos con la ayuda de internet, el fax y el teléfono.

DOUGLAS PRESTON es un escritor y editor estadounidense que nació en Cambridge, Massachussets, el 26 de mayo de 1956. Es conocido sobre todo por su labor conjunta con Lincoln Child de obras de terror o de tipo “tecno-thriller”. Se licenció en el Pomona College de Claremont, en California. Comenzó a escribir en colaboración con el Museo de Historia Natural Americano, como escritor y editor, siendo en la misma época (1978-1985) columnista para la revista Natural History y editor del Curator. Posteriormente siguió colaborando con otros medios, escribiendo para publicaciones como el New Yorker, el Smithsonian, Harper's y National Geographic. En 1986 se trasladó a Nuevo Méjico y se dedicó a recorrer a caballo diversas sendas investigando varios hechos históricos, lo que sirvió de base de muchos de sus libros.

LINCOLN CHILD es un editor, analista de sistemas y escritor estadounidense que nació en Westport, Connecticut, en 1957. Conocido sobre todo por sus obras escritas en colaboración con el autor Douglas Preston, Child empezó a escribir siendo un niño, y se licenció en Literatura Inglesa en Carleton College, en Minnesota. En 1979 consiguió un empleo menor en la prestigiosa editorial St. Martin's Press, y fue escalando puestos hasta convertirse en editor, fundando su

sección de terror. Finalmente abandonó el mundo editorial para trabajar como analista de sistemas en MetLife. Al dejar atrás la edición y concentrarse en algo totalmente diferente, Child empezó a echar de menos los libros y retomó la escritura, publicando su primera novela junto a Preston, *Relic*, que con el tiempo fue adaptada al cine bajo la dirección de Peter Hyams. Gozó de gran éxito, al igual que otras novelas que escribió tanto con Preston como en solitario, lo que le permitió dejar su empleo y dedicarse plenamente a la escritura. Sus obras se caracterizan por estar repletas de sorpresas y giros inesperados, y se suelen encuadrar dentro del género de los psicothrillers.

Ambos autores invitan a sus lectores a visitar su página web, [www.prestonchild.com](http://www.prestonchild.com), y a registrarse para recibir el boletín de noticias, *The Pendergast File*.